

Herencia y sangre Vol. V

Lo quiero CONTIGO

FABIANA PERALTA

Click EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Advertencia de contenido

Cita

Prefacio

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis

Capítulo treinta y siete

Capítulo treinta y ocho

Capítulo treinta y nueve

Capítulo cuarenta

Capítulo cuarenta y uno

Capítulo cuarenta y dos

Capítulo cuarenta y tres

Capítulo cuarenta y cuatro

Capítulo cuarenta y cinco

Capítulo cuarenta y seis

Capítulo cuarenta y siete

Capítulo cuarenta y ocho

Capítulo cuarenta y nueve

Capítulo cincuenta

Capítulo cincuenta y uno

Capítulo cincuenta y dos

Capítulo cincuenta y tres

Capítulo cincuenta y cuatro

Capítulo cincuenta y cinco

Capítulo cincuenta y seis

Capítulo cincuenta y siete

Capítulo cincuenta y ocho

Capítulo cincuenta y nueve

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Notas

Créditos

LO QUIERO CONTIGO
Herencia y sangre vol. V

Fabiana Peralta

Click
EDICIONES

Si te apetece disfrutar de la banda sonora de la novela mientras lees,
puedes acceder a ella escaneando el siguiente código QR.
Algunas canciones están en el libro, y otras son las que escuchaba la autora mientras escribía.



Los contenidos ofrecidos en el sitio web accesible a través del código QR se ofrecen sin ningún tipo de garantía sobre su exactitud. Estos contenidos podrían estar incompletos o ser incorrectos, así como ser retirados o modificados en cualquier momento sin previo aviso por parte del titular del sitio web o por terceros.
Editorial Planeta no tiene el control sobre los contenidos accesibles a través del código QR ni sobre la naturaleza del sitio web y declina toda responsabilidad por los posibles errores o modificaciones que se pudieran producir en dichos contenidos.
El sitio web accesible a través del Código QR puede, asimismo, tener políticas y términos de privacidad que están fuera del control de Editorial Planeta. Asegúrese de consultar las “Políticas de Privacidad” del sitio web, así como sus "Términos de uso" antes de realizar cualquier transacción o de facilitar cualquier tipo de información.

Estimado lector,

Lo quiero contigo es el quinto volumen de la serie *Herencia y sangre.*

Lo disfrutarás mucho mejor si antes lees *Así no me puedes tener, Mi propiedad, Corrompido* y *Porque puedo,* aunque son historias de diferentes personajes y también se pueden leer por separado.

Me gustaría advertirte de que este libro es un romance oscuro o *dark romance,* como te apetezca llamar al género, y en él hallarás escenas que pueden afectar a tu sensibilidad. Por tal motivo se recomienda a mayores de dieciocho años. Así que avanza con mesura si hay algo con lo que no te sientes cómodo. También te recomiendo que separes la realidad de la ficción.

Esta novela está dedicada a aquellos que buscan su lugar en la vida.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene **temas y escenas que pueden resultar perturbadores para algunos lectores**, entre ellos: maltrato y abuso infantil, degradación, manipulación, violencia gráfica, sangre, tortura, muerte, asesinato, lesiones graves, uso de armas y lenguaje despectivo.

Asimismo, incluye **contenido sexual explícito**, situaciones de consentimiento ambiguo o dudoso, dinámicas de poder, violencia de carácter sexual y prácticas que involucran el uso de cuchillos.

Esta no es una historia de amor hecha de arcoíris y sonetos. Es una ficción oscura que se adentra deliberadamente en territorios incómodos y en relaciones alejadas de los modelos románticos convencionales.

Por favor, ten en cuenta estas advertencias antes de comenzar la lectura y prioriza tu bienestar si alguno de estos temas puede afectarte.

Si decides adentrarte en sus páginas, espero que la historia te atrape y no te suelte hasta el final.

«Entonces te das cuenta de que no es quien te mueve el piso, sino quien te centra. No es quien te roba el corazón, sino quien te hace sentir que lo tienes de vuelta.»

PABLO NERUDA

Prefacio

Pasado

DONOVAN

No era extraño ver a papá ahogado en licor, pasado de drogas y maldiciendo porque nadie entraba en la pizzería que funcionaba en la planta inferior de nuestra casa, sita en la calle Columbia, en el vecindario de Dorchester (Boston). A pesar de mi corta edad, podía darme cuenta de que era lo más lógico que con su mal genio y derruido aspecto, la gente hubiera dejado de venir.

Acababa de llegar de la escuela a la que asistía, la cual quedaba a unas pocas manzanas de nuestra casa, y a la que iba y venía acompañado por mi maestra. Antes de que esto ocurriese, papá había dejado de enviarme porque le daba pereza acompañarme. Cuando dejé de asistir, ella se presentó en casa y habló con mi padre.

—Su hijo tiene un gran potencial, señor Clarke. Sus notas son excelentes, y realmente tiene una capacidad enorme para asimilar los conocimientos. Por favor, no deje de enviarlo al colegio.

—¿Y en qué lo aplicaría el día de mañana en la pizzería? Él tiene que aprender el oficio de su padre y saber cómo se lleva el negocio familiar, no necesita nada más.

—Todo negocio necesita llevar una contabilidad adecuada para que funcione. Tal vez el día de mañana Donovan se encargue de eso, además de ayudarle en el resto de las tareas. Vea, le seré sincera. He venido como última instancia para intentar convencerlo antes de que las autoridades del colegio le envíen a los del servicio

social. Estoy segura de que usted no quiere problemas con ellos, así que no deje de enviarlo. Como bien sabe, en Estados Unidos la escuela primaria es obligatoria, y los directivos del establecimiento están a punto de poner la denuncia.

—Son todos unos entrometidos, empezando por usted. Donovan y yo vivimos solos y no puedo llevarlo. Debo trabajar, así que deje de molestarme y no venga a amenazarme, ¿me oye?

—Cálmese, no es una amenaza, me he expresado mal. Le estoy avisando para que no tenga problemas; mi intención es ayudarle. Si usted lo aprueba, a mí no me costaría pasar a buscarlo todas las mañanas, y también le podría acompañar a la salida. Permítale seguir estudiando. Donovan es un gran chico, y lo hace muy bien. Tiene grandes cualidades, de verdad. Debería sentirse muy orgulloso de su hijo, es muy inteligente.

—Le he dicho que deje de molestarme.

—Señor, usted no tendrá que preocuparse por nada: yo me ocuparé de llevarlo y traerlo.

Tras insistir varias veces, mi padre cedió a regañadientes, y yo pude regresar al colegio.

* * *

—Hola papi, dejaré los libros en mi habitación y vendré a ayudarte a preparar los pedidos —dije esa tarde al llegar, y pasé corriendo a la escalera, pues se me había hecho un poco tarde y no quería que mi padre se cabreara más de lo que suponía que ya estaba.

—¿Cuántas veces debo decirte que no entres por el salón? Puede haber gente en las mesas, y tú pasas alborotado y molestando a quien está comiendo.

—No hay nadie, rara vez entra alguien.

A duras penas subsistía el negocio con los envíos, pensé.

Papá se enfureció al escucharme, como si le molestase oír la realidad. Me cogió por el suéter verde del uniforme del colegio, en el momento en que me apresuraba a subir para cambiarme, me detuvo tironeándome del pelo y me golpeó la cabeza contra la baranda de la escalera.

—Lo siento, papi, no quise decir eso —me apresuré a disculparme desde el suelo después de que me arrojase contra los escalones—. Quería avisarte de que ya regresé. La señorita Agatha me acompañó como cada día, no debes preocuparte.

—Mira la hora que es. ¿De dónde vienes? Este no era el arreglo con esa zorra. ¿Acaso cree que puede disponer de ti como si fueras su hijo? Llegas casi una hora después de la salida —vociferó pateándome las piernas y levantándome por el cuello como si fuera una hoja de papel.

—No te enojes. Me demoró la señora Celia, la directora: quiere que vayas para hablar de mis notas. La escuela quiere llevarme a una competición de matemáticas. Dicen que soy muy bueno, y me han seleccionado para representar al colegio en las competiciones nacionales. La señorita Agatha me dijo que soy el mejor de mi curso y que tengo muchas posibilidades de ganar.

—Estupideces. Yo no iré a ninguna parte, y tú mucho menos.

—No, no tienes que ir a ningún lado, no te preocupes. Ya le expliqué a la directora que tienes que trabajar, y la maestra Agatha también le comentó que no puedes dejar el negocio solo. —Tomando coraje le pregunté—: ¿Me dejarás ir? Papá, por favor, quiero hacerlo.

—No, tienes que ayudarme aquí. Esas idioteces no te sirven para nada, y esa maestrita ya me tiene harto, no hace más que llenarte la cabeza con bobadas. Da gracias que aún te permito ir a la escuela. Mejor no vuelvas a preguntarme o no te dejaré ir más a que pierdas el tiempo allí.

—No, papá, por favor. —Me aferré a sus piernas—. Sabes que me gusta estudiar. En cuanto a la competición, no te preocupes: es en el horario de clase, no faltaré más tiempo, y cuando regrese podré ayudarte como siempre. Solamente tienes que firmar autorizándome. He traído una nota de la directora. —Saqué la hoja de la mochila y la agité en una mano.

—Te he dicho que no. ¿En qué idioma hablo? —Me abofeteó e hizo una bola con la hoja—. Ahora ve a quitarte la ropa de la escuela y baja a trabajar conmigo. No eres bueno para nada. Ven a ganarte el alimento, no ocasionas más que gastos.

Me sentí frustrado, no entendía por qué mi padre no era como los de mis compañeros.

Seguro que ellos se sentirían orgullosos si sus hijos tuvieran la capacidad intelectual para participar en las competiciones de matemáticas. Mi papá no lo hacía, solo pensaba en sí mismo, en emborracharse, en drogarse y en cómo ser una bestia. Yo no le importaba. No me quería.

Además, estaba harto de que me golpeara, de que me maltratase y de que me culpara porque mamá nos dejara. Yo sabía que ella se fue porque estaba cansada de sus malos tratos. Recuerdo muy bien la noche en que se marchó.

Era de madrugada cuando fue a despertarme para ayudarme a vestir, y entre dientes me dijo que nos iríamos muy lejos los dos juntos.

Tengo muy presente que intentamos hacerlo todo lo más sigilosamente posible para que papá no nos oyera. Mi madre tenía preparado un bolso con algunas pertenencias, que había dejado junto a la puerta de entrada. Era obvio que lo tenía bien planeado, hasta había esperado a que papá cayese derrumbado después de beber y drogarse como cada noche.

Sin embargo, la suerte no nos acompañó. Cuando estábamos a punto de irnos, papá apareció y se interpuso en la puerta. De inmediato empezó a golpearla para impedir que nos fuéramos. A menudo la azotaba, sin importarle hacerlo delante de mí, así que no era nada nuevo ver cómo la maltrataba. Yo solía taparme los oídos para no oírla llorar, incluso intentaba alejarme, porque si me quedaba cerca, él parecía enfurecerse más, ya que le reprochaba que, desde que nací, ella se ocupaba con ahínco de mí.

Esa noche, él fue más brutal que de costumbre. Se puso totalmente fuera de sí al darse cuenta del plan de huida de mamá.

* * *

—Por favor, Hunter, por favor, ya basta, déjame. Vas a matarme, deja de golpearme —le rogaba mamá, pero él, ensañado, no paraba

de castigarla y lastimarla. El rostro de mi madre sangraba, y mi padre parecía disfrutar con cada golpe de puño que le atizaba.

—Solo muerta vas a salir de aquí. Eres una puta. Tú eres mi mujer y aquí te quedas. Tú y ese mocoso que parece que te importa más que yo.

—Basta, papá, estás lastimando a mi mamá —dije intentando apartarle de ella. Él me hizo a un lado con facilidad, arrojándome contra la pared. Antes jamás había sido tan violento conmigo.

A pesar de que me dolía la cabeza, comprendí que debía hacer algo. Cogí una de las sillas del comedor, la lancé sobre mi padre y empecé a gritar para que mamá pudiera huir.

—Corre, mamá, corre. Yo estaré bien. Vete muy lejos y no regreses; va a matarte.

Mi padre reaccionó contra mí, intentando hacerme callar. Furioso porque me había atrevido a golpearle, empezó a azotarme despiadadamente. Mi madre siempre había sido un escudo para mí, pero ese día no le detuvo: apenas le quedaba algo de fuerza después de la paliza recibida. Mi padre me golpeó y me pateó tanto que temí por mi vida. Cuando acabó, nos dimos cuenta de que ella se había marchado. Pensé que había ido en busca de ayuda. No fue así. Fue la última vez que la vi.

* * *

Aparté mis pensamientos, pues no tenía sentido seguir atormentándome con lo que no podía cambiar. Antes de que mi padre se enfureciera más, me apresuré a cambiarme y bajé a la pizzería. Al entrar en el depósito para acarrear los sacos de harina que mi padre debía usar en la cocina, él estaba esnifando cocaína.

—¿Qué miras?

—Nada —contesté desviando la vista.

—Entonces, ¿por qué me observas como si fueses superior a mí?

—No hice eso.

Odiaba cuando consumía cocaína. Se ponía violento y parecía que sus fuerzas se duplicaban. Prefería que se inyectara heroína o

tomase esas pastillas que a menudo se zampaba tras cerrar la pizzería: dejaba de existir.

A veces me sentía mal por desear que se metiera de más de esa basura en las venas, pues se supone que un hijo no debe desear la muerte de su padre, pero cada día era más insoportable vivir a su lado, y yo sentía que solo con su muerte podría librarme de él.

Cuando estaba muy pasado de alcohol y me pedía que le ayudase porque no atinaba a dar con la vena, estuve tentado de meterle más cantidad de la que cualquier humano podría soportar. Sabía que podía morir: lo había leído en internet, en uno de los ordenadores de la escuela. Nunca me atreví, tal vez porque yo no era un asesino.

—Muévete y sigue trayendo la harina.

Agaché la cabeza y me dediqué a hacer lo que me pedía. Para qué seguir maldiciendo mi suerte si no había escapatoria.

Al regresar a la cocina con un nuevo costal, se oyó la campanilla de la entrada. Papá retiró la salsa que estaba preparando sobre el fogón y fue a ver quién era.

No tardé en escuchar voces. Parecían discutir. Me asomé escondido tras el mostrador para que no pudieran verme. Eran los dos hombres que le vendían la droga a mi padre. Aunque bastante jóvenes, mi padre les temía, y cada vez que aparecían, él vaciaba la caja registradora y les entregaba todo el dinero.

—Esto no alcanza para nada —dijo uno de ellos—. Dame el resto de lo que nos debes, Hunter. Ya estoy harto de venir cada semana y que no tengas el dinero. Te advertimos de que hoy era la última que te perdonábamos.

—Lo sé, lo sé, pero las cosas no van bien en el negocio…

—A mí me importa un carajo, es tu problema. Querías drogas y te las dimos, así que o pagas o sabes lo que te pasará. No quiero tener que romperte una mano, porque entonces no podrás amasar tus asquerosas *pizzas*. Dame ya mismo el dinero que nos debes.

—Cavanaugh, te prometo que el fin de semana tendré el resto, solo faltan dos días. Por favor, hoy tengo varios pedidos; solo necesito unos días para terminar de juntar el dinero.

El más joven me vio y codeó al otro.

—Aidan, el chico…

Mi padre se dio la vuelta y me miró con furia.

—Ve adentro, ¿qué mierda haces aquí? —me ordenó al tiempo que me sacó de detrás del mostrador y me abofeteó.

—¿Qué te pasa, Clarke? Como no te puedes desquitar con nosotros…, ¿lo haces con el niño?

—Déjalo, Róni. No es nuestro problema —señaló el mayor.

—Te equivocas, hermano, es solo un crío, y este drogón asqueroso lo está maltratando.

—No estamos aquí para eso —dijo el tipo que se llamaba Aidan—. Hunter Clarke —volvió a mirar a mi padre—: solo te doy dos días. Si en ese tiempo no juntas el dinero, no hay nada más para ti. Supongo que no tengo que recordarte lo que te pasará además si no lo tienes, porque de alguna forma tendrás que pagar lo que nos adeudas.

—En dos días tendré el dinero, lo prometo. Oigan: ¿no pueden dejarme algo ahora, y les pago todo cuando vuelvan?

—¿Lo escuchaste? —expresó Aidan—. Quiere más y aún no ha pagado lo anterior.

El que me había defendido cogió a papá del cuello y acercándose mucho a él le dijo:

—No hay nada más hasta que nos pagues. Ya te hemos dado demasiado crédito, y ya te hemos esperado demasiado. Y no vuelvas a maltratar a tu hijo, porque la próxima vez que venga, le preguntaré, y si me entero de que le pusiste un dedo encima, te romperé todos los huesos. ¿Me has oído? —Papá asintió—. Ey, tú, ¿cómo te llamas? —me preguntó.

—Do-Donovan, señor —contesté tartamudeando, intimidado por la situación.

—Vuelves a tocar a Donovan y te mato, puerco asqueroso. Lo mismo que si no consigues nuestro dinero. No estoy hablando de gusto, que lo sepas. ¿Me entendiste?

Papá parecía haber perdido la lengua; se veía pálido y sudoroso.

—Contesta —dijo el tal Róni, y le dio un puñetazo en el estómago.

—Sí, sí, entendí.

—Mejor así.

Intenté escabullirme para terminar con mis tareas, porque conocía muy bien a mi padre y en cuanto los tipos se fueran, la iba a tomar conmigo. La verdad es que había disfrutado viendo como él temblaba de miedo ante alguien. Así que, si ahora me castigaba por haber aparecido en el salón, no me importaba.

—Maldito mocoso infeliz. Te tengo dicho que no aparezcas cuando estoy hablando de mis cosas.

El cinturón de mi padre cruzó una, y otra, y otra vez mi espalda, y aunque tenía puesta una camiseta, pude sentir el ardor del cuero lamiéndome la piel.

Cada golpe que me daba me adormecía más el corazón. Antes, cuando me maltrataba, lloraba y rogaba para que se detuviera. Hacía tiempo que ya no era así, porque cada golpe que mi cuerpo recibía, y cada marca que dejaba en él, no hacía otra cosa más que alimentar mi deseo.

«Quiero verlo muerto».

De pronto, una fuerza inesperada lo apartó de mí y lo arrojó al suelo. Me di la vuelta y vi a los hombres que unos instantes atrás se habían ido.

—¿Qué te dije, infeliz? ¿Qué te dije que iba a pasarte si le ponías una mano encima al chico?

El hombre más joven no dejaba de golpear a mi padre. Noté que tenía un puño de acero colocado en los dedos sobre su mano enguantada, y con él laceraba el rostro de Hunter una y otra vez. Luego lo cogió por el brazo y con una simple maniobra su hueso sonó como si se tratase de una madera que se había quebrado. Ver cómo lo golpeaba me producía satisfacción. Yo no sentía por mi padre otra cosa más que odio, y algunas veces miedo, y eso me hacía sentir incluso más odio por él.

—Por favor, por favor, no me mates, ten piedad de mí, por favor.

Rogaba papá berreando, mientras Róni no dejaba de golpearlo y patearlo.

El otro tipo, Aidan, se acercó a mi lado para comprobar mi estado. Levantó mi camiseta, y su boca se transformó en una línea al ver mi espalda.

—Lamento que no hayamos vuelto más rápido. No te preocupes, te llevaremos a un médico y te aliviarás muy pronto.

Róni levantó a Hunter del suelo y lo puso frente a mí.

—Pídele disculpas, ¡carajo! Discúlpate con tu hijo.

—Lo siento, lo lamento. Por favor, no me mates, no lo volveré a tocar, lo prometo.

—No es cierto, él no se arrepiente —aseveré mirando a mi padre a los ojos.

Levanté la vista y la fijé en el tipo que obligaba a Hunter a que se arrepintiera de lo que había hecho, y le indiqué que yo sabía demasiado bien que él no albergaba ese sentimiento en su corazón.

—Volverá a hacerlo cuando no tenga drogas o por cualquier motivo. Todo le sirve de excusa para golpearme; siempre lo hace, y un día me matará.

—Te prometo que no lo hará nunca más —sentenció con firmeza aquel tipo, y lo creí—. Dame una dosis, Aidan, una bien grande.

Aidan me miró y me guiñó un ojo. Luego fue hasta el coche y regresó. Metió la mano en su chaqueta, le entregó a su hermano lo que le había pedido y me preguntó:

—¿Dónde guarda las jeringas tu padre?

—Bajo el mostrador, señor.

Róni me tomó por el mentón y observó mi rostro mientras el monstruo de mi padre chillaba desde el suelo debido al dolor de su brazo por la quebradura.

—¡No has llorado mientras te golpeaba! —exclamó asombrado.

—Ya no lloro más. Acumulo odio con cada golpe, para cuando crezca y pueda devolverle cada uno, señor.

—Buen chico, eres muy valiente. ¿Dónde está tu madre?

—No lo sé. Se marchó cansada de que la maltratase también.

Aidan llegó desde la cocina con dos jeringas llenas de heroína, se inclinó y cogió el cinturón con el que mi padre me había golpeado y lo ató al brazo de Hunter para buscar su vena. Róni se apartó de mí y me quedé mirando fijamente lo que hacían, aunque no tenían que explicármelo. Sabía perfectamente lo que pretendían: nadie pensaría que le habían matado, él era un maldito drogadicto y todo el mundo creería que había muerto por sobredosis.

—¡Eres una basura! ¿Quieres esto? ¿Lo necesitas para dejar de sufrir?, ¿cierto?

—Por favor…, por favor, sí, lo necesito…

—No mereces morir feliz, pero tu hijo dejará de padecerte. Así que esto es por él, no por ti.

Róni clavó la primera jeringa en el brazo de mi padre mientras le hablaba, y al darse cuenta, Hunter quiso zafarse, pero lo sostuvieron entre ambos.

—No tienes que mirar —me dijo.

—Quiero hacerlo —afirmé con convicción.

Aquel hombre clavó la segunda aguja en el brazo de Hunter y nos quedamos esperando. Sentí asco, y una gran liberación. Me quedé tan aliviado que hasta la espalda parecía haberme dejado de doler. Cuando Róni clavó la segunda aguja, imaginé que era mi mano la que apretaba el émbolo. Al cabo de unos instantes, Aidan tocó el cuello de mi padre y dijo:

—Listo, debemos irnos.

—Vamos a tu habitación y recoges tus cosas —me instó Róni—. Vendrás con nosotros; no te dejaremos en manos del servicio social.

Capítulo uno

«Matar es un arte, al menos para mí. Me he perfeccionado para que mis víctimas sufran hasta su último aliento. Soy un asesino, y lo disfruto. No tengo alma, no tengo corazón, no tengo sentimientos: los perdí hace demasiado tiempo».

Donovan Connell

Presente

DONOVAN

Recientemente me había mudado a una vivienda en el muelle histórico Union Wharf, más precisamente en el extremo norte de Boston. Frente al mar, y muy cercano al puerto, un lugar muy tranquilo.

Aquel día, cuando salí del *loft* ubicado en la calle Commercial, una llovizna helada caía sobre mí, por lo que me ajusté el cuello del abrigo. Antes de llegar al aparcamiento observé mi espacio para decidir en cuál de mis dos automóviles me trasladaría. El Ford Mustang Shelby GT500 era el más cercano. Desactivé la alarma y me acomodé, desestimando trasladarme en el Clase G, ya que ese vehículo lo usaba para trabajos especiales, y hoy no era el caso.

Había quedado con Róni para almorzar en Point Italian Steakhouse, uno de los tantos restaurantes que pertenecían a los Cavanaugh, ubicado en la zona más concurrida del puerto marítimo de Boston.

Por suerte, al tratarse de una comida informal, no era necesario vestir de traje. Aidan era intransigente con nuestro aspecto: quería que pareciéramos hombres de negocios. Yo odiaba usarlos porque limitaban mis movimientos, y los evitaba a la menor ocasión. Vestía casual: un vaquero negro, camisa negra y chaqueta de cuero.

Desde que los tres hermanos, mis jefes, estaban en pareja, se habían acabado los encuentros en el Kings para cerrar negocios, y si era inevitable tratar con algún cliente que quería conocer el famoso antro, primero nos reuníamos en otro sitio y luego yo era el encargado de llevarlos de fiesta. Ese día, Róni había sido muy escueto. Me citó y dijo que necesitaba hablar conmigo, así que no sabía de qué iba el asunto en cuestión.

Llegué al sitio pactado para el encuentro y entré con mi coche en el garaje subterráneo en 21 Liberty Drive. El aparcacoches no se molestó en acercarse: sabía que no debía hacerlo con nosotros, pues nadie tocaba nuestros vehículos.

Aparqué en el sitio destinado a los Cavanaugh, y vi que también estaba el automóvil de Aidan. Me extrañó, pues no sabía que vendría.

Pensé que solo era para indicarme una nueva tarea o para ponerme al día sobre los contratiempos que desde hacía algún tiempo se acumulaban sobre nuestros negocios, ya que los federales nos tenían en el punto de mira después del ataque a Manor Place, razón por la que estábamos siendo más discretos que de costumbre. A pesar de tener nuestros infiltrados en la Agencia, no podíamos meternos a todos en el bolsillo.

Entré en el salón principal de Point, y la recepcionista levantó la vista de la pantalla del ordenador. La mayoría de los empleados nos conocían muy bien y sabían quién era yo. A menudo no podían disimular el pavor que sentían al verme, ya que tenían conocimiento de que jamás me temblaba la mano a la hora de matar a alguien. No obstante, ella siempre me miraba…, podía decirse con intriga, y su boca se curvó para entregarme una sonrisa deslumbrante.

—Buenos días, señor Connell. Le están esperando.

—Gracias, Heather.

La llamé por su nombre omitiendo el apellido, que también figuraba en la placa identificatoria que llevaba en su pecho. Era la sobrina de uno de nuestros soldados.

A simple vista, Heather Morton era una mujer muy carismática, y siempre lucía impecable. No podía ser de otra forma, ya que era el primer rostro que veías al entrar en el restaurante y era quien te iba a convencer de quedarte si no tenías una reserva. Además de carismática, era una mujer atractiva.

Le guiñé un ojo y se retorció en su sitio. Sabía que yo le gustaba. No obstante, yo tenía cosas que hacer, así que pasé directo al comedor privado donde siempre nos tenían una mesa preparada. Al entrar, vi que también estaba Kei: junto con Róni y Aidan, los tres Cavanaugh, cabeza de la Irish Mob en Boston, para la que trabajaba como *enforcer.* Me estaban esperando. Eso significaba que de lo que deseaban hablarme era algo importante. Me pasé la mano por la cabeza y caminé para coger el lugar libre que había en la mesa; aparté la silla y antes de sentarme extendí la mano para saludar a cada uno.

—¿Pasa algo? —pregunté en cuanto ocupé mi sitio. Miré a Róni buscando su mirada cómplice. Era uno de mis jefes, y también un buen amigo, así que busqué una pista en su rostro que me indicara lo que ocurría. Fijé la vista en nuestro *boss,* pues no quería que pensara que estaba eludiendo su autoridad.

—¿Es necesario que ocurra algo para que nos juntemos a almorzar?

—No —contesté a Aidan mientras me servía una copa de vino—, solo que parece una reunión formal y no estaba al tanto.

—De vez en cuando podemos improvisar nuestra agenda, ¿no crees? —contestó Kei. El silencio calculador de Róni me indicó que, aunque sus hermanos estuvieran haciendo pasar el momento como algo casual, no era así. Presentía que se trataba de algo delicado, pues si Aidan estaba allí y no era un compromiso pactado por negocios, no podía ser de otra manera. Y no había nadie más que nosotros, salvo los guardaespaldas personales de cada uno, a quienes saludé cuando entré y que esperaban alerta afuera, lo que indicaba que el asunto era muy personal y privado.

Entró el gerente del Point y, como de costumbre, me resultó empalagoso por demás. El tipo trataba a Aidan como si él fuera de la realeza, de una forma exagerada.

No le culpaba: era difícil saber cómo relacionarse con un tipo con tanto poder como el que él tenía.

Aidan Cavanaugh no era un líder condescendiente, y tenía toda mi admiración. Sabía que me apreciaba, sin embargo, el nepotismo no era favorable en los rasgos de un jefe de la mafia. Aunque tenía toda la confianza por su parte, también era cierto que había trabajado muy duro para estar donde me encontraba, y jamás pensaba defraudarle. Tanto a él como a Róni les debía mi vida. Ellos me habían protegido cuando quien tenía que hacerlo no lo hacía, y me habían ubicado en una familia del clan que no podía tener hijos y que se convirtieron en mis padres de crianza. Junto a ellos supe lo que era una verdadera familia y conocí el amor de un padre y una madre.

Levantamos nuestras copas en un brindis informal. Siempre lo hacíamos. Cada día en nuestras vidas contaba, pues no se sabía cuál podía ser el último, ya que vivíamos al filo de la muerte.

Aidan asintió al gerente, y este se adelantó para mostrarnos el menú. Pedimos y volvimos a quedarnos solos.

Estiré el brazo para coger la copa de vino y bebí un gran sorbo, esperando paciente a que hablasen.

—¿Como va todo? —preguntó Aidan por fin.

Le puse al tanto de las últimas novedades, aunque sabía que estaba al corriente de cada detalle, pues la información que le di ya la sabía Róni, que era como la voz de su conciencia. Kei ahora estaba muy incorporado al clan, y sin embargo Rónán seguía diferenciándose como el segundo al mando. Keiran se ocupaba más que nada de mantener el negocio legalmente correcto.

—Me alegra saber que nuestros negocios funcionen tan bien, a pesar de los contratiempos con la ley.

—Las cosas están más tranquilas de lo que estuvieron en años, hermano —dijo Róni—. No hay de qué preocuparse.

—Pues no es tan así. Los federales nos respiran en la nuca desde la masacre a los Hannigan en casa —acotó Kei—, así que debemos

cuidarnos por un tiempo. Por suerte, tenemos gente dentro del FBI que nos mantienen al tanto.

Aidan negó con la cabeza.

—Siempre hay algo que opaca la calma aparente.

—No hay nada que se pueda prever —acoté honestamente—, así que no hay que bajar la guardia —añadí dándole la razón al jefe.

Nos trajeron la comida, y Aidan hizo un movimiento con las manos para que nos dejaran solos.

Luego bebió de su copa y probó la ensalada de *prosciutto.*

—Mi experiencia me dice que la calma es el indicio de que se está gestando una gran tormenta. Cuando todo está demasiado bien es porque está a punto de colapsar, así que no me fío; siempre es igual.

—Mantenemos la guardia en alto, Aidan —dije para que supiera que estaba atento, y volví a beber de mi copa de vino.

—Necesitas encontrar una esposa.

Casi escupí la bebida sobre mi solomillo de ternera.

Miré a Róni, que estaba conteniendo una carcajada, y me tragué las palabras que quería decirle. Me limpié la boca con la servilleta, fijé la vista en mi *boss* y expliqué:

—No creo que esté listo para establecerme.

Él se rio, y sus hermanos también. Quería agarrar a trompadas a Rónán por no haberme advertido. Seguro que todos notaron mi desequilibrio. Aidan Cavanaugh me miró de manera glacial y me dijo:

—¿Crees que yo lo estaba? En nuestro mundo es más normal de lo que quisiéramos que las cosas funcionen así. ¿O acaso necesito explicarte por qué es importante que encuentres una esposa?

—Señor, si me disculpa…

—¿Señor? Llámame Aidan. Deja las formalidades, estamos nosotros solamente, y jamás me llamas señor. ¿Qué pasa?, ¿estás nervioso?

Asentí.

—Aidan, no veo cuál es el apuro. Mis relaciones siempre son breves y discretas. Hay cosas con más prioridad, como planificar minuciosamente la custodia del cargamento en Nuevo México para que no caiga en manos del cártel de Juárez. Estoy enfocado en eso,

cerciorándome de que nada salga mal, y no tengo espacio para ocuparme de una mujer que exija de mi tiempo. Además, nadie me interesa más allá de un buen polvo, tú me conoces bien. Por otra parte, ¿quién podría entender mi profesión para querer compartir su vida a mi lado?

»Entiendo tu punto de vista, pero tu mujer fue criada para ser la mujer de un *boss*, en cambio, ¿quién estaría preparada para ser la mujer del ejecutor de la Irish Mob?

—Haz tiempo para buscar una. Es una orden, y ahora sí te estoy hablando como tu *boss*. Siempre hay un roto para un descosido, ¿o quieres que te la encuentre yo?

—Foster es un jefe y está soltero, no veo que le estés exigiendo una esposa a él. Lo mismo Cian: es tu jefe de seguridad y se ve joven y desbocado. ¿También lo vas a casar? —acoté con un poco de rebeldía sutil. Al instante me di cuenta de mi error.

Aidan dejó los cubiertos en la mesa y me miró.

—Foster ya está en ello. Y Cian aún es joven, tú lo has dicho: él no se ve como un asesino despiadado. ¿Mi plan te parece justo? ¿Tengo que darte explicaciones de mis decisiones?

—No estoy cuestionándote.

—Lo parece.

—No lo hago, señor. —Acudí a la formalidad para demostrarle que no desoía su autoridad en la Irish Mob.

—Me alegro entonces —contestó sin recordarme que podíamos ser íntimos como siempre.

—Necesitamos cambiar tu imagen, eres de nuestros miembros más cercanos, y un hombre de familia siempre es mejor mirado —apuntó Keiran.

—Queremos que cambies tu aspecto, que no te veas tan temerario. —Rónán se rio—. Mirándote ahora, creo que se te fue la mano con la tinta en la carita. Por ahí podrías dejarte crecer un poco el pelo, vestir más formal y deja de usar tanto negro. Te ves como un auténtico mafioso.

—Como lo que soy, y me enorgullezco.

Me quedé mirando fijamente a Róni. Quería molerlo a palos. De los tres era con quien más confianza tenía, lo sentía como un

hermano, y me había puesto esta emboscada a la que vine sin preparación.

—Cálmate —indicó Aidan—. Rónán tiene razón. Precisas suavizar tu imagen, pues para la gente lo que ve es lo que somos. Debemos dar la imagen de un hombre de familia, trabajador, que vive para su esposa y los hijos que vendrán. Un hombre correcto según sus preceptos, que nunca se metería en nada sórdido. A nosotros no nos molesta tu aspecto, pero necesitamos proporcionar a los *snobs* almidonados lo que quieren ver. ¿Me entiendes?

—Perfectamente. También puedo cambiar mi imagen sin necesidad de casarme. Uno puede ser un hombre asentado sin tener una esposa. Conozco muchos que teniendo una aún mojan su polla en otro coño.

En ese momento vino a mi mente el pensamiento de mis padres biológicos: ¿Y si estaba arruinado genéticamente como ellos para formar una familia y no podía hacerme cargo de una? No era un cobarde, pero no quería que nadie tuviera que pasar por lo que viví en mi infancia.

Estaba acostumbrado a mi soledad, ¿y si de pronto la persona que se casaba conmigo pretendía que le diera explicaciones y yo reaccionaba mal? A mi padre le gustaba golpear, a mí me gustaba matar… Tal vez yo estaba más roto y era peor que él. ¿Por qué entonces condenar a una mujer a estar a mi lado? Aunque también era cierto que yo no mataba ni maltrataba inocentes…

—No eres solo mi ejecutor. Pensé que no tenía que aclarártelo. Somos familia. Mi madre te consideraba como tal. Ella te adoptó en nuestra casa como un miembro más cuando tus padres de crianza murieron, te abrió las puertas, te dio un lugar en nuestra mesa, y aunque no compartimos la misma sangre, sé que darías tu vida por cualquier Cavanaugh, así que estoy cuidándote, y cuidando de todos nosotros: es mi deber por ser el *boss* de la Irish Mob.

—Lo sé, solo que… me ha pillado por sorpresa.

—Ni siquiera te está imponiendo una esposa —dijo Róni.

—Puedes elegir a la que quieras —concluyó Kei.

—Cualquiera se vería muerta de miedo de dormir junto a un *enforcer.* Estamos hablando de chicas pertenecientes a la familia, no

de las putas que me tiro en el Kings. Ningún soldado, y mucho menos ningún jefe, querrá que su hija quede en manos de un asesino.

—¿Por qué te menosprecias? —me preguntó Rónán—. Todos los que estamos aquí tenemos las manos manchadas de sangre. Y los hombres que trabajan para el clan también.

—Gracias por tus palabras, pero sé ver las diferencias.

—Tampoco es necesario que estéis enamorados. Haz una lista con posibles candidatas de nuestro círculo y toma una. Tienes mi apoyo con la que elijas. Yo arreglaré el matrimonio —me informó Aidan.

—No quiero que obligues a nadie a aceptarme.

—Bien, en ese caso, hazlo a tu manera, pero hazlo pronto.

—Lo haré.

—Sabía que comprenderías —concluyó mi *boss*, porque en ese momento me hablaba como mi jefe, no como Aidan Cavanaugh. Eso lo tenía muy claro.

—Hay algo más en este cambio de imagen.

—¿Algo más?

—¿Qué pasa? ¿Tienes algún problema?

—No, Aidan, ninguno, lo que tú digas. Eres mi jefe, y sabes lo mucho que te respeto más allá de ello.

—Bien, porque quiero que desempolves tu título de licenciado en comercio internacional. Necesitamos meterte en la empresa para que parezcas una persona de negocios y que el foco de atención salga de ti.

—¿El foco de atención está en mí?

—Sí, debemos ser más cuidadosos con tus movimientos. El FBI quiere llegar a nosotros, y están buscando un punto débil. Tú eres una persona muy allegada, y nuestros contactos en la Agencia nos han informado de que estás siendo investigado. Hasta el momento no tienen nada, y por supuesto ahora que estamos alerta tendrán mucho menos. Aunque siempre hemos sido muy cuidadosos, debemos serlo más. Por el momento eso está controlado, sin embargo, nunca falta alguien que quiera convertirse en héroe y dejar un precedente en la historia de este país.

»Por tal motivo, mañana deberás pasar por Recursos Humanos para firmar el contrato con Seagate Pharmaceuticals Inc., y, por favor, no te quiero ver más vestido así, como un matón. De ahora en adelante te quiero ver enfundado en un traje a medida.

Miré por el rabillo del ojo a Róni. Tenía una sonrisa burlona en el rostro que no intentaba disimular: sabía muy bien lo mucho que yo odiaba vestir de traje.

—¿Y qué se supone que haré en Seagate?

—Trabajar como lo hacemos nosotros: la empresa no se sostiene ni crece sola. Para la sociedad, los Cavanaugh somos empresarios, hombres de familia y filántropos, y en eso quiero que te conviertas. Ya no solo tendrás el cargo de *enforcer,* ahora también serás nuestro nuevo diseñador de planes de negocios.

»Te graduaste con honores. Recuerdo muy bien lo bueno que eras en todo lo relacionado con los números, así que es hora de que emplees esos conocimientos que nunca pusiste en práctica.

—Como tú digas.

—¿Qué pasa? ¿Crees que no puedes?

—Por supuesto que sí, Aidan. Hice la carrera sin descuidar el estudio y el trabajo. No te fallaré. Siempre estuvisteis para mí, y ahora es mi turno de hacer lo que se me indique por el bien de la familia.

—Gracias —dijo Aidan.

Róni palmeó mi espalda. Kei me extendió su mano para que se la estrechara y me dijo:

—Aunque todavía no sea formal, quiero ser el primero en darte la bienvenida a la empresa.

—Seguiremos siendo un gran equipo también en Seagate —formuló Rónán.

—Y otra cosa: cerraremos el Kings.

—¿Cómo? —pregunté asombrado, porque no lo había visto venir. Era uno de los clubes más populares que la familia poseía, y donde se cumplían la mayoría de las fantasías de los asistentes.

—Sí —contestó Aidan certificando las palabras de Róni—, aunque no será un cierre definitivo. Lo que ocurre es que está demasiado en la mira de las autoridades, así que, apenas Ethna regrese de España,

le encomendaré la construcción del nuevo Kings. No confío en nadie más que en ella. En realidad, lo que más urge no es renovar el antro, sino sacar del subsuelo el pozo, así que aprovecharemos el cierre por reformas del *nightclub* para mudar ese sitio. Con el Kings no hay problemas: sabemos que los clubes de sexo son legales en Massachusetts, pero no queremos arriesgarnos a que hagan una requisa más a fondo en el lugar. Ese espacio lo transformaremos para la organización de fiestas privadas, una ampliación del Kings y los servicios exclusivos que ofreceremos.

Capítulo dos

Nunca había estado tan cerca de la muerte…

ETHNA

Más de dos meses en la Costa del Sol parecía suficiente para mi recuperación. Hacía tiempo que estaba repuesta, pero continuaba intentando superar mis miedos; el ataque que experimenté me había quebrado emocionalmente.

Aunque crecí en el seno de la mafia, no pensaba que pudieran utilizarme para llegar a Aidan y a su familia, ya que cuando papá vivía, él jamás consideró necesario extremar las medidas de seguridad conmigo, y así había seguido cuando el mando se traspasó a mis primos. Al parecer, la lucha por el poder y por conseguir el territorio de Boston se había recrudecido. Sin embargo, Aidan y mis primos les demostraron a todos que eran infranqueables.

Mi estómago ardía de furia y frustración cada vez que recordaba que nada después del ataque volvería a ser como antes, pues estaba segura de que no me permitirían continuar viviendo con la libertad con que lo había hecho hasta ese momento, prescindiendo de mi escolta cuando quisiera.

Lo cierto es que siempre había tratado de mantenerme alejada de los asuntos del clan, aunque desde que fundé mi constructora fue imposible negarme a lavar dinero de la familia.

Apenas comencé mis estudios me había quedado claro que tanto papá como el tío Connor esperaban que me convirtiera en arquitecta porque ambos habían visto una buena oportunidad para disimular

parte de los negocios turbios de los que siempre se ocuparon, y no tuve otra opción que aceptar si quería terminar mi carrera profesional.

Volviendo a mi estadía en España, lo cierto era que, a pesar de mis temores, estaba pensando seriamente en regresar a Estados Unidos, puesto que no aguantaba más la presión que mi madre ejercía sobre mí. Ella estaba obsesionada con casarme con un hombre poderoso, como había hecho Cait. Aunque realmente mi hermana y Trevor aún no habían formalizado su relación ante la ley, vivían como un matrimonio mientras aguardaban el nacimiento de su primer hijo, y era de público conocimiento que no pasaría demasiado tiempo para que arreglasen su situación de pareja, es más, eso ocurriría en cuanto Caitríona diera a luz, puesto que ella soñaba con una gran boda, y no podía ser de otra forma. En nuestra comunidad, Teeling era el *boss* de la Irish Mob tanto en la Costa del Sol como en Dublín, así que no se esperaba menos que un gran acontecimiento por todo lo alto.

No obstante, aunque yo fuera la única que quedaba soltera, no estaba dispuesta a ceder a las pretensiones de mi madre. Hacía demasiados años que me había independizado y que vivía sola en un lujoso apartamento en el Downtown Crossing de Boston; además, papá siempre había dicho que respetaría la pareja que eligiéramos mis hermanas y yo, incluso llegó a expresar que no estaba en sus planes obligarnos a un matrimonio concertado, así que iba a recordarle eso hasta que mi madre desistiera de sus ideas. Aunque él ya no estuviera y ahora Aidan fuera el encargado de decidir qué era lo mejor para nosotros, estaba segura de que me apoyaría en mis decisiones, ya que luego de lo que pasó con Caitríona, mi primo prometió no meterse más en nuestro corazón. Tan solo nos había pedido que nos limitásemos a consolidar una relación dentro de los negocios de la familia, con alguien que perteneciera a nuestro mundo.

Sabía que mi madre no sería fácil de convencer, ella era otra historia, siempre quería manejarnos la vida, y por eso mi tonta hermana Reagan había terminado como terminó, por escucharla.

Ella olvidó que con lo único con lo que no se negocia en el clan es con el perdón tras una traición como en la que ella participó.

Tal era la insistencia de mi madre con sus planes que al segundo día de llegar a la Costa del Sol tuve que pedirle a Caitríona que me diera hospedaje en la casa principal, pues no aguantaba quedarme en la casa de huéspedes que ocupaba mamá, ya que no perdía oportunidad para atormentarme con sus planes. De todas formas, ponerle un freno a Enya parecía casi imposible, pues con cualquier excusa aparecía y comenzaba con su perorata para intentar convencerme de que lo mejor para mí era que me quedase a vivir en España, para que Trevor pudiera conseguirme un buen candidato.

Por tal motivo, y aunque mi cuñado fuera el tipo más atento y amable, a esas alturas ya no podía pretender que siguiera lidiando con mi presencia y con la de mi madre, lo que significaba que era tiempo de regresar a mi vida profesional, pues estaba empezando a sentirme una entrometida, y no me encontraba cómoda invadiendo la privacidad de mi hermana y su pareja.

En realidad, yo contaba con mi propio lugar, y no tenía por qué seguir quedándome allí. Y debía retomar mi trabajo. Las obras de la constructora estaban bastante paralizadas, y Aidan me necesitaba.

Century Building Group, tras el ataque que había sufrido a manos del codicioso Ryan Hannigan, estaba funcionando al cincuenta por ciento.

Tras reforzar la seguridad y a pesar de continuar las obras ya comenzadas, no se estaban lavando activos en su totalidad. Si bien Aidan no me apuraba, sabía cuán importante era mi participación en el negocio familiar, aunque debía reconocer que mis primos habían sabido ampliar muy bien los horizontes y ahora el flujo de dinero sucio estaba mejor repartido entre las inversiones que la familia había incrementado desde que ellos tomaron el mando de la Irish Mob, y que habían transformado en negocios limpios.

—Esta noche tengo pensado sacar un pasaje para regresar a Boston —informé a Trevor y a Cait durante la cena.

—Me prometiste que te quedarías un tiempo más.

—Los primos me necesitan, y CBG —abrevié el nombre de la constructora mencionando sus siglas— está prácticamente detenida.

Hay mucha gente que depende de ese trabajo. Ya no tengo excusa para quedarme más tiempo, estoy totalmente repuesta, y no voy a mentirte: he empezado a extrañar mi vida, mis cosas, mi casa, mi trabajo. Ha pasado tiempo suficiente y necesito afrontar mis temores, tengo que retomar mi rutina, Cait.

—Ya me había acostumbrado a tenerte aquí, solo faltan unos pocos meses para que nazca tu sobrino —dijo mi hermana como último intento para convencerme de que me quedase unos días más, mientras se acariciaba la barriga.

—Cariño, acaba de decírtelo, necesita retomar su vida. —Trevor desvió la vista hacia mí tras coger con fuerza la mano de mi hermana—. Cuñada, no estoy echándote, todo lo contrario, me encanta que estés con nosotros. Por otra parte, soy consciente de que Cait está feliz de tenerte aquí, y ya sabes que me encanta complacerla, pero comprendo tus razones.

—Lo sé, cuñado, sé que no me estás echando. Es como acabo de decir: necesito regresar y volver a tomar las riendas de mi vida. Es preciso que supere lo ocurrido de una vez por todas, y aquí no lo haré. Esto es como vivir en el paraíso, estoy enamorada de Marbella y de Puerto Banús, amo salir de compras contigo, hermanita, sabes que disfruto ayudándote a planificar todo lo respectivo al *baby shower* de mi sobrino, pero mi vida no está planeada en este sitio, entiéndeme.

—¿Acaso hay alguien que quedó en Boston y no me has contado?

—¿Alguien? No entiendo a qué te refieres.

—Cait, cariño, estás siendo absorbente. Déjala tranquila. En pocas semanas la tendrás nuevamente aquí para el *baby shower.*

—Pero no será lo mismo, solo vendrá de visita. —Me tomó de las manos—. Puedes trabajar para Trevor, ¿cierto, cariño?

—¿Y dejar de lado a los primos en Boston? No sería justo desaparecer de la noche a la mañana. Sabes que hay muchos negocios que se disimulan en CBG, además, en esa empresa están depositados todos mis sueños. Fue un gran esfuerzo el que hice estudiando para conseguir mi título; conoces bien cuánto quiero la constructora, incluso estás al tanto de lo mucho que luché hasta ser arquitecta.

—Es cierto, lo siento. Trev tiene razón, estoy siendo egoísta.

—Hablaremos todos los días.

—Tendré que acostumbrarme.

—Hey, gracias por la parte que me toca. Parece que yo estoy pintado y que tú estás sola aquí —se quejó mi cuñado.

—Tú eres todo para mí —contestó Cait y se estiró para que él la besara.

—¡Qué bien que lo dices! Porque ya me estaba sintiendo prescindible, y hasta me estaba poniendo celoso.

—Me encanta la pareja que hacéis —dije mirándolos y disfrutando de su felicidad—, realmente es muy bonito veros juntos. La que se siente celosa soy yo ahora, me encantaría tener alguna vez una relación como la vuestra.

—Ahora soy yo el que pregunta…: ¿en verdad no hay nadie en Boston? Pues he notado que no te despegas de tu móvil.

—Nooo, no existe nadie, ¡ya dejad de suponer cosas que no son! Solo controlo la empresa desde aquí, haciendo lo que puedo desde la distancia.

—No me hagas caso, estaba bromeando, y desde ya te digo: no tienes que sacar ningún billete, mi avión está a tu disposición.

—Gracias, Trev.

—Espero que no pienses irte mañana mismo —me recriminó mi hermana.

—¿Te parece el domingo de la próxima semana? Tendremos lo que resta de esta y toda la otra para disfrutar.

—¡Me parece perfecto! —dijo ella, y yo salté de mi sitio para abrazarla. El embarazo la tenía muy sensible y por todo se emocionaba.

Capítulo tres

DONOVAN

Pasaron algunos días desde el almuerzo en Point Italian Steakhouse, y aún seguía contrariado.

Existían mil y un motivos por los que no anhelaba una boda.

Estaba sentado en la sala de mi casa bebiendo una cerveza, y frente a mí tenía una hoja y un bolígrafo. Había pensado hacer una lista con posibles candidatas para ir evaluando los pros y los contras de cada una, y así poder ir descartándolas hasta que finalmente quedase una; pero no lograba escribir el nombre de ninguna mujer que quisiera tomar por esposa.

Bebí un sorbo del botellín y me dije que tenía que dejar de ser un cobarde, pues era imperioso que le diera a Aidan un nombre para que él arreglase el casamiento.

Sí, finalmente había cedido a tener un matrimonio concertado, pues no tardé en comprender que no había tiempo para ponerme a conquistar a nadie, y tampoco tenía ganas de hacerlo.

Por supuesto que hasta que mi jefe me lo propuso, propuesta entre comillas, porque sonó más a un ultimátum, no estaba en mis planes casarme, y aunque en nuestro entorno era algo muy común hacerlo de esa forma, me tenía muy disgustado.

Como le había dicho a Aidan, no me seducía la idea de tener que obligar a nadie a que estuviera a mi lado.

Lo cierto es que yo era un rebelde por naturaleza y un hombre sin alma ni conciencia, pero no me gustaba forzar a ninguna fémina.

Por otra parte, no sabía cómo lidiar con una; estaba seguro de que no tenía paciencia para ello, y tampoco quería hacer un infierno la vida de la mujer que estuviera a mi lado.

Mi madre había vivido un calvario junto a mi padre, y yo no estaba demasiado seguro de cómo podía reaccionar en la convivencia.

Mi madre…

Hacía demasiados años que no pensaba en ella.

Pasado

—Grace, cariño, no llores, sabías muy bien que Donovan solo estaba momentáneamente con nosotros. Rónán ha ubicado a su madre y vendrá para llevarlo con ella, me acaba de avisar.

—Sí, sí, lo sé, solo que me había encariñado. Don es un niño tan bueno, nunca da problemas, me había hecho ilusión de que se quedase con nosotros. Thompson, no puedes culparme por eso.

—¿No crees que el niño merece reencontrarse con su mamá biológica?

—Por supuesto que sí, él siempre habla muy bien de ella al recordarla, y no se me escapa cómo se le iluminan los ojitos al hacerlo. Claro que me alegra, pero no me pidas que no sea egoísta. Ha pasado un año desde que Rónán lo trajo a casa, y yo… yo ya había empezado a pensar que se quedaría con nosotros.

El señor Connell en ese momento giró la cabeza y me sorprendió escondido en la entrada de la sala. Quise escapar, porque me asusté. Hunter siempre me castigaba cuando me encontraba espiándolo, pero, aunque desde que estaba con los Connell jamás me habían levantado ni la voz ni la mano, no pude evitar sentirme de esa manera, ya que mi padre se había encargado muy bien de meterme el miedo en el cuerpo.

—Lo siento, señor Connell, no quise fisgonear, solo escuché que usted había llegado y quería saludarlo, y luego…, cuando vi que la señora Grace lloraba, me preocupé, por eso me quedé oyendo —me expliqué rápidamente cuando me alcanzó en el corredor que comunicaba con las demás habitaciones de la casa.

—Hey, muchacho, no te mortifiques, no estabas haciendo nada malo, y si haces algo indebido, sabes que siempre lo hablamos hasta

encontrar una solución para que no vuelva a suceder. Grace y yo te dijimos cuando llegaste a esta casa que no tenías que temernos porque jamás íbamos a golpearte, ¿acaso no lo hemos cumplido?

Agaché la cabeza y me miré los pies.

—Lo lamento.

—Ven, no tiene importancia, ven conmigo. Grace y yo te tenemos que dar una noticia, aunque creo que ya la has escuchado.

Asentí con la cabeza.

Cuando llegamos a la sala, la señora Connell me hizo un sitio en el sillón para que me sentara en medio de ambos, y me abrazó con fuerza y me besó en todo el rostro. Siempre era muy cariñosa conmigo, pero sin asfixiarme.

—¿Supongo que ya oíste y debes estar muy feliz?

Me encogí de hombros.

—¿Me tengo que ir?

—¿Acaso no quieres ir con tu mamá? —me preguntó ella.

—No lo sé, hace mucho tiempo que no la veo —contesté exponiendo mis miedos.

—Tesoro, estoy segura de que ella te extraña tanto como tú a ella. Me contaste que se vieron forzados a separarse, así que por fin ahora volveréis a estar juntos.

Asentí nuevamente con la cabeza.

—Los voy a extrañar, yo también ya había creído que me quedaría a vivir aquí. Pero le pediré a mi mamá que me traiga de visita, si ustedes quieren.

—Por supuesto que nos encantará seguir viéndote. Y nosotros también te iremos a visitar —me aseguró el señor Connell—. Nunca te olvidaremos, Donovan, eres un niño muy bueno.

Ambos me acompañaron a mi habitación y me ayudaron a preparar la maleta con toda la ropa que me habían comprado, inclusive me dijeron que me podía llevar lo que quisiera, porque todo lo que estaba allí en el dormitorio era mío.

Había pasado una hora cuando Róni llegó a buscarme. Me encontraba muy nervioso, hubiera preferido que me acompañase la señora Connell, pero nadie discutía con él, así que me fui en su

automóvil, donde también estaba Aidan esperándonos cuando salimos.

El viaje se me hizo interminable, hasta que finalmente llegamos a una propiedad enorme, en Weston. Al llegar, lo primero que pensé fue que se habían equivocado de lugar, pues mi madre no podía vivir en esa casa tan grande, así que imaginé que tal vez estaría trabajando en ese lugar para los dueños de esa casa tan bonita.

Aidan era el que conducía; cuando detuvo el automóvil, ambos bajaron, y Róni fue el que me abrió la puerta para que descendiera.

—Vamos, campeón. Por fin vas a ver a tu mamá. Aún recuerdo cuando me pediste que la encontrara, así que para que veas que no me olvidé de tu encargo, todo este tiempo la estuve rastreando para que pudieras reencontrarte con ella.

—Gracias.

Róni revolvió mi pelo y me golpeó torpemente en el hombro para que caminase. Aidan en ese momento ya se había acercado al portero electrónico y estaba anunciándose.

—¿Señora Zhang?, soy Aidan Cavanaugh. Usted no me conoce ni a mí ni a mi hermano, pero tenemos algo que queremos devolverle. —Aidan me guiñó un ojo y luego continuó hablando—. Algo que hace mucho tiempo se le perdió y que le pertenece.

—¿Cómo dijo que es su nombre?

—Aidan Cavanaugh.

—Dígame exactamente qué quiere, porque si no, no saldré.

—Salga, le aseguro que no se arrepentirá.

La voz que emergía por el interfono se cortó de repente, y Aidan insistió, tocando el timbre.

—¿Estás nervioso, campeón? —me preguntó Róni mientras esperábamos.

—Un poco.

—No tienes de qué preocuparte, ella se alegrará al verte; será una gran sorpresa, ya verás.

De pronto se sintió ruido en la cerradura del portón y este se abrió, quedando apenas abierto.

Al ver a mi madre la reconocí de inmediato. Estaba muy bella, su cabello lucía diferente, y estaba vestida con ropa muy linda. La

emoción fue tan grande que no me pude contener.

—Mamá, soy yo, mami, soy tu hijo.

—Dios mío, Donovan… —Mi mamá se cubrió la boca y se quedó mirándome; parecía de piedra. Rónán tenía razón: estaba asombrada de que estuviera allí.

—Señora, le hemos traído a su hijo. El padre de Donovan murió, y no queremos dejarlo en manos del sistema —le informó Rónán.

Un niño que estaba aferrado a sus piernas se apartó de ella y se cayó. Aunque amortiguó el golpe en el trasero por el pañal, de inmediato comenzó a llorar y ella intentó calmarlo, olvidándose de nosotros.

—Váyanse de aquí, hace mucho tiempo que dejé atrás mi pasado. Mi esposo está a punto de llegar, y él no sabe… —Me miró con los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento, Donovan, no puedo, no puedes quedarte conmigo. Ahora tengo otra familia, simplemente… no puedo, espero que me entiendas.

—Es su hijo, ¿qué mierda dice? Donovan es solo un niño y le está rompiendo el corazón, ¿cómo le pide que entienda que lo está rechazando? —espetó Rónán furioso, y puso el pie en la rendija de la puerta cuando ella quiso cerrarla.

Sabía perfectamente que tanto Róni como Aidan podían violentar esa puerta sin esfuerzo, pero yo no quería que le hicieran daño.

—Quiero irme con el señor y la señora Connell —rogué de inmediato tironeando del brazo de Róni—. Por favor, quiero regresar con ellos, no quiero quedarme aquí.

Aidan me apartó, y Róni se quedó hablando con mi madre. Al alejarnos, ya no pude escuchar bien lo que decían, pero estaba seguro de que era algo atemorizante, porque ella estaba pálida en extremo.

—Por favor, Aidan, necesito irme.

—Ya nos iremos, no te preocupes por nada. El señor y la señora Connell estarán felices de que regreses, ellos te aman.

—Lo sé, llévame con ellos, me quiero ir de aquí, ella ya no me quiere.

—No es que no te quiera —intentó explicar Aidan, y largó una maldición, aunque yo sabía muy bien que no existía otra explicación.

Ella ahora quería a su otro hijo, y se había olvidado de mí.

—Quiero irme —repetí.

—Róni, vamos —gritó Aidan.

—Esa hija de puta… —espetó Rónán cuando se metió en el coche —. Hey, campeón —Rónán se dio la vuelta en el asiento y me lanzó una mirada compasiva que intentó disimular—, estarás bien con nosotros. Tú despreocúpate de todo y olvida que alguna vez vinimos a esta casa. Mierda, Aidan, debimos venir primero nosotros y no asumir que… —volvió a blasfemar, luego volvió a mirarme a los ojos mientras apretaba mi hombro—. Ella no te merece, todos nosotros ahora seremos tu familia, y así será por siempre.

Asentí y me acomodé en el asiento. Tenía el corazón roto y dolía mucho dentro de mi pecho, y estaba aguantándome las ganas de llorar.

Había soñado tantas veces con el reencuentro con mi mamá, pero nunca lo imaginé así.

Presente

Con el correr de los años, el dolor por el desamor de mis padres biológicos fue menguando, o no, solo que mi corazón se hizo de piedra y me obligué a no sentir.

Cuando uno se hace un hombre en el seno de la mafia, se vuelve bastante insensible, y más aún cuando ese hombre se transforma en el ejecutor de los Cavanaugh.

Para matar al enemigo había que apartar los sentimientos, y uno con el tiempo se olvida de condolerse.

Los Connell fueron mis padres desde ese día, y me dieron su apellido, y con el tiempo hasta llegué a llamarlos mamá y papá; ellos me criaron con valores y con mucho cariño, y hoy soy lo que soy gracias a ellos, pero también gracias a Róni, y a Aidan, mi *boss*. Por eso no le podía fallar a ninguno, debía hacer todo lo que se esperaba de mí, por gratitud y porque, como me habían prometido aquel día, ellos se convirtieron en mi familia.

Capítulo cuatro

ETHNA

Esa tarde decidimos no salir de la casa, Cait y yo nos encontrábamos en la fastuosa villa de Trevor, situada en Puerto Banús, preparando un budín de limón porque mi hermanita estaba con ansias de comer el que siempre hacía la tía Norah, así que llamé a Claudia y le pregunté si tenía la receta, ya que no iba a permitir de ninguna manera que Caitríona se quedara con el antojo. Por suerte, ella se la sabía, así que me emocionó que no se perdiera con la muerte de mi tía.

En el momento en que estábamos abocadas a la tarea de poner a hornear el budín, fue cuando nos llamó la atención que su pastor australiano se pusiera a ladrar con insistencia.

Cerré el horno rápidamente, abrí la puerta acristalada que servía de acceso a la terraza y me dirigí al can:

—¿Qué ocurre, Ivy?

Después del ataque en la constructora me había vuelto más atenta a mi entorno, casi hasta parecer obsesiva, y eso era lo que había hecho que me demorase en regresar a Estado Unidos: el miedo que me invadía y que a veces se volvía incontrolable.

Haciendo acopio de mi trauma, tomé una bocanada de aire y me deshice de mis malos pensamientos, puesto que mi hermana vivía dentro de una fortaleza.

Tragué saliva y caminé rodeando la piscina de borde infinito. Admiré el paraíso donde vivía Caitríona. La casa tenía unas increíbles vistas panorámicas al mar, y desde ella se accedía a la playa. La mansión de mi cuñado Trevor Teeling estaba fuertemente protegida por una exuberante vegetación que rodeaba el perímetro para mayor

privacidad, y donde la seguridad estaba reforzada por hombres fieles a él. Sin embargo, había aprendido que ningún sitio es impenetrable cuando existe un buen plan, pues a Ryan Hannigan le fue muy fácil atravesar los muros de Manor Place y atacar a la familia de mis primos, los Cavanaugh, utilizando mi empresa como carnada. Tampoco podía olvidar el ataque en la isla de Grecia, pero el haber sido herida me había dañado de una manera difícil de superar.

—Ven adentro, pequeña, hace frío —insté al chucho, pero me ignoró y siguió en su afán de ladrar.

—¡Ivy! —la llamó mi hermana desde la cocina. No obstante, también fue desoída por la perra.

En ese instante volteé la cabeza y me quedé viendo a Caitríona. Se veía muy pesada, pero lucía más hermosa que nunca en su embarazo, y se veía demasiado feliz, así que no pude evitar que la visión me arrancara una sonrisa.

El animal, que siempre era muy obediente, no dejaba de alborotar, y su reacción era bastante extraña, así que me acuclillé y acaricié su cabeza hundiendo mis dedos en su pelaje. Ivy se mostraba muy ansiosa. Miré a los guardias de seguridad que estaban diseminados por el sendero de entrada, y noté que estaban comunicándose por los micrófonos que llevaban puestos en sus oídos, así que era obvio que algo se saltaba la normalidad. No me había equivocado: la calma del lugar se vio interrumpida por el sonido de los motores de varios automóviles que irrumpieron allí.

Caminé hasta el borde de la terraza para ver el aparcamiento. Se trataba de un convoy de cuatro SUV Rezvani Tank de color negro. Me resultó extraño tanto despliegue de gente, puesto que si bien Trev, cuando no conducía su automóvil, se trasladaba en uno de ellos, rara vez traía gente a la casa, y mucho menos sin previo aviso. Las reuniones prefería mantenerlas fuera de la privacidad de su hogar, ya que era muy celoso de su intimidad.

—¿Quién es? —me preguntó Cait, que también había escuchado el ruido de los vehículos y se estaba acercando.

—No lo sé, aún no baja nadie, son cuatro SUV. ¿Trevor venía con alguien?, ¿no sabes?

Caitríona llegó a mi lado y también se asomó por la terraza. En ese momento, los custodios bajaron y abrieron las puertas traseras de los todoterrenos, y no tardamos en ver con asombro que toda la plana mayor de los Cavanaugh descendía de los vehículos.

—Oh, Dios, ¡no lo puedo creer! —gritó Cait.

Si bien ella era muy feliz junto a Trevor, era sabido que extrañaba horrores a nuestra familia. Nosotros y los Cavanaugh podíamos no tener la misma sangre, pero nos habíamos criado juntos, así que los sentíamos como si en verdad lo fueran, de ahí que siempre llamábamos a sus padres tíos, y a ellos los considerábamos nuestros primos sin serlo.

El primero en mirar hacia arriba al oír la voz de mi hermana fue Aidan.

—Hola, belleza —saludó él de muy buen humor. Mi primo se veía menos sombrío desde que había encontrado la razón de su vida; de inmediato se volvió y le tendió la mano a Alex para que descendiera del vehículo. Róni, Deé, Ava, Kei, Vero y *baby* Norah también emergieron de los otros automóviles, y Trevor tomó a su ahijada en brazos.

—¡No puedo creer que estén todos aquí! —chillé eufórica, sin disimular la alegría que me provocaba verlos, dándome cuenta en ese momento de lo mucho que los había echado de menos.

Todos saludaron animosos por nuestro recibimiento. Caitríona se había alejado de mi lado para bajar a recibirlos. Yo aún permanecía en el lugar intentando que mis ojos escudriñaran al resto de los hombres que nuestros primos habían traído consigo. Respirando entrecortadamente, me acerqué más al borde y tomé profundas y tranquilas bocanadas de aire. Al instante me sentí frustrada cuando noté que quien esperaba ver no había venido; de inmediato me obligué a moverme reprendiéndome en silencio, pues estaba siendo una tonta, ya que no tenía sentido pensar que él también podía estar aquí, ya que, al no estar ninguno de mis primos en Boston, alguien de su entera confianza debía quedarse encargado de los asuntos del clan, puesto que la última vez que todos se ausentaron ocurrieron grandes desastres, y de sus errores habían aprendido.

Por una simple razón en la que no quería detenerme, no podía dejar de pensar en él, y eso era así más precisamente desde el atentado. Él me había sostenido al teléfono mientras llegaba la ayuda, y luego habíamos seguido comunicándonos.

Hacía muchos años que lo conocía, pero Donovan siempre había permanecido invisible a mis ojos. Tal vez porque así es como a menudo él quería permanecer.

En ese momento vino a mis recuerdos la vez que sus padres de crianza y él coincidieron con mi familia en el cumpleaños del señor McManee, unos de los miembros más antiguos del clan.

A la sazón, mis hermanas eran dos tontas consentidas que se creían con derecho a burlarse de todos. Aidan y Rónán ya estaban bastante mezclados en la mafia, estaban empezando con sus primeras tareas. No era lo mismo con Keiran, ya que él tenía más o menos la edad que Caitríona y Regan. Yo, en cambio, apenas me llevaba unos pocos meses con Róni, y ya entendía de qué iba el trabajo de nuestra familia. De todos modos, no tenía mucho criterio a la hora de ver que mis hermanas a menudo se comportaban como malcriadas.

En esos días, mis hermanas creían que ser las hijas de nuestro padre les daba vía libre para ser odiosas. Además, pensábamos que nadie, salvo nuestros primos, los hijos del tío Connor, nos llegaba a la suela de nuestro zapato, y me incluyo en eso.

Vivíamos la clara etapa de pensamiento egocéntrico, y aunque por mi edad ya tendría que haber sido más centrada, prefería hacer la vista gorda y cubrirlas para que mis hermanitas no se metieran en problemas.

Pasado

—¿Tú quién eres?

El niño siguió recogiendo algunos *muffins* en un plato, ignorándola.

—Te he preguntado quién eres. ¿No sabes que es de mala educación no contestar? —le objetó mi hermana Reag, siguiendo con sus malos modos.

El niño la miró de arriba abajo, volvió la vista a lo que estaba haciendo y le dijo:

—¿Y tú quién eres para que yo tenga que contestarte? Deberías saludar primero si quieres que no te contesten mal.

—Soy Reagan, la hija de Brady Clancy. Háblame con respeto o le diré a mi papá que estás molestándome.

—No estoy haciéndolo, tú te acercaste a mí.

—Déjalo —intervino Caitríona—, no sabe de modales. ¿No ves que es un recogido de la calle que ahora vive con los Connell? Lo que pasa es que ellos no pueden tener hijos y por eso albergaron al bastardo.

—No soy un bastardo.

—Sí, lo eres. Escuché a papá cuando le contaba a mami que ahora los Connell tenían en su casa viviendo a un bastardo —explicó Caitríona.

—Dime cómo te llamas, recogido bastardo —insistió Reagan. Mis dos hermanas se rieron burlonamente—. ¿O acaso además de no tener familia tampoco posees un nombre?

—Claro que tengo nombre, pero no te lo quiero decir —contestó el niño toscamente y a la defensiva.

Reagan lo empujó, y el plato que el chico tenía en la mano terminó estampado sobre la falda vaporosa del hermoso vestido de mi hermana.

—Mira lo que has hecho. ¡Mamáá á!

—Yo no fui, has sido tú la culpable —argumentó el niño.

—Mentira —dijo Caitríona—, tú la empujaste y le aventaste el plato, le has arruinado el vestido a mi hermana.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó mi madre al acercarse.

—El bastardo recogido de los Connell me arrojó el plato y me ensució el vestido.

—Donovan, cariño, ¿qué ha ocurrido? —preguntó la señora Connell.

Ella había cogido al chico por el rostro y le hablaba muy dulcemente.

—Grace, lo que sucede es que el niño le ha estropeado su vestido a Reag. Claro, tú no puedes hacerte una idea lo que ha costado. Mis hijas usan ropa de diseño, nosotros no compramos baratijas en cualquier tienda.

—Enya, si el problema es el vestido…

—Mira —interrumpió mi madre—, acepta mi consejo: no deberías sacarlo de casa hasta que no sepa comportarse —replicó en su tono odioso cotidiano—. Ya está grandecito, pero se nota que no es normal, siempre está retraído. ¿No tendrá un problemita en la cabeza?

—No es cierto, ella me empujó e hizo caer el plato —se defendió Donovan. Ahora sabía su nombre—. Ella lo vio todo —dijo señalándome a mí, demostrando que estaba atento a su entorno.

—Yo no vi nada —me apresuré a decir al percatarme de la advertencia de mi madre en su mirada.

Lo cierto era que no quería perderme la fiesta en casa de Moira. Ella era la hija del jefe de Norfolk, y esa semana había una reunión en su casa de campo en el pueblo del mismo nombre, y mi amiga Valen quería ir porque le gustaba su hermano, y si yo no iba, ella tampoco podría. Por tanto, sabía que, si abría la boca, no saldríamos de casa.

—Cálmate, Enya. Donovan dice que él no ha sido —dijo la señora Grace Connell demostrando que creía firmemente en la palabra del chico.

—¿Acaso estás diciendo que mi hija es una mentirosa? Por Dios, Grace, sabes de sobra quiénes somos y la educación que Brady y yo le damos a nuestras niñas. A él en cambio lo conoces… ¿desde hace cuánto? Perdóname, pero es obvio que no sabes con qué valores fue educado ese chico —dijo en tono despectivo—, y por lo visto, muchos no tiene. Mi recomendación es que no vengas a fiestas con este niño hasta tanto le des un poco de educación, pues, si no es un enfermito, entonces es un salvaje. —Puso cara de repugnancia—. Entiendo tus ganas de ser madre, pero no deberías ponernos a

todos en riesgo involucrándonos con un desconocido que has recogido de la calle.

—¿Cómo puedes hablar de esa forma, Enya? Es un niño, no digas eso. Donovan está muy bien educado, y además es muy normal, y si no lo fuera, tampoco tienes derecho a discriminarlo de esa forma. Mide tus palabras; si lo conocieras, no hablarías así; él es muy respetuoso.

—Ja, este niño no es más que un mentiroso y un bruto, ¿y dices que es educado? Deberías irte ya mismo de esta fiesta y no obligarnos a mezclar a nuestras hijas con este bastardo.

Vi cómo Reagan y Caitríona hacían burla desde detrás de mi madre a Donovan cuando ella lo trató de bastardo.

—Enya, eres la esposa de Clancy y te respeto, pero estás haciendo un escándalo por un problema de niños, e insultando a Donovan. Él no es un bastardo. Y, además, deja de levantar la voz, todos nos están viendo. Por supuesto que ya me voy, porque tú serás Enya Clancy, pero yo sé muy bien que Don no miente. Discúlpame por incomodarte con nuestra presencia. Y mejor trata de educar tú a tus hijas, porque no es la primera vez que Reagan culpa a otro por algo que ella hace. ¿Te olvidas de la niña de los Cunningham cuando se cayó en el lago y casi pierde la vida? Luego se supo que Reagan la empujó.

—Esas fueron mentiras que se encargó en desparramar Valery, porque odia que mi hija brille y la de ella saque peores notas en el colegio. Su hija siempre está a la sombra de mi Reag. Por eso dijo que ella vio a Reagan empujar a la niña de los Cunningham.

—Contigo es imposible tener una conversación; es evidente que tus hijas tienen de quien aprender para ser como son.

—Respétame, o Brady podría enterarse de que Thompson se cruzó conmigo en el centro comercial y me hizo insinuaciones. Imagino que no querrás que tu esposo tenga problemas.

—Realmente es inverosímil pisar un lugar donde tú estás, ¿no te das cuenta de que ya nadie quiere juntarse contigo? Cómo tu hija no va a ser una mentirosa si tú…

—Dile a tu bastardo que le pida disculpas a Reagan o me encargaré de informar a mi esposo de lo que acabo de decirte.

—Lo siento, señora —se apresuró a decir Donovan—, ha sido mi culpa. Ella no me hizo nada, yo mentí.

—¿Don? No tienes que decir eso —dijo la señora Connell.

—Sí, lo siento, mentí; ahora digo la verdad.

Grace Connell besó la cabeza del niño, lo cogió por el hombro y se apartó del lugar junto a él, caminando a su lado protectoramente.

Presente

Ante mis recuerdos sentí culpa por haberme callado aquella vez, ya que era injusta la humillación que mi madre empleó aquel día, como también sabía que estaba mintiendo acerca del señor Connell. Nadie jamás se hubiera atrevido a insinuarse a la esposa de Brady Clancy, porque sería hombre muerto aunque solo la hubiese mirado.

Pero entonces me callé para mi propio beneficio y el de mi amiga Val.

Hoy, rememorando el incidente, me sentí mucho peor por ser malvada, igual que mi madre y mis hermanas, con Donovan, y no fue la única vez que él soportó desprecios de mi familia.

Sin embargo, por muy culpable que me sintiera, también había otra realidad que no podía hacer a un lado: él era el sicario de los Cavanaugh, y el encargado de cobrar las cuentas pendientes a los traidores.

Por consiguiente, aunque jamás se haya hablado de la muerte de Regan, no era una tonta para no saber quién se encargó de hacerle pagar a mi hermana su deslealtad. Él era el perro fiel de Róni, Aidan y Kei, y el ejecutor de todos los trabajos sucios. Donovan Connell había tomado el apellido de sus padres adoptivos, y era el encargado de manchar sus manos con sangre en nombre de mis primos, evitando que ellos tuvieran que hacerlo.

El griterío de los recién llegados hizo que abandonara mis pensamientos, así que me apresuré a caminar hacia la entrada.

—¡Que sorpresa! —dije abrazando y saludando a cada uno, y le quité a *baby* Norah de los brazos a Trevor, quien parecía embelesado

cargando a la hija de su mejor amiga.

—Oh, por Dios, está hermosa, Kei. Vero cada día se parece más a su abuela, es idéntica a la tía Norah. Hummm, qué bien huele este bebé.

Ava, la hija de Deé, ya andaba correteando por todas partes, y Alex, tras de ella. Esa niña tenía una energía asombrosa, parecía no cansarse jamás.

—Hemos venido a buscarte —acotó Aidan.

—No me voy hasta el domingo. —Miré a Caitríona.

—Sí, el domingo se va, no te la llevarás hoy —indicó mi hermana sin preocuparse por mostrarse mezquina.

—Lo sé, nos quedaremos hasta ese día; luego regresaremos todos en el *jet* de Trevor, puesto que Róni y Deé se llevan el nuestro. Es que… ayer, sin avisar a nadie, estos dos han ido y se han casado con sus custodios como testigos solamente, y Ava.

—¿Quéééé? —preguntamos Cait y yo, y de inmediato mi hermana miró a su hombre.

—No me mires así, porque acabo de enterarme en el aeropuerto, así que ve dejando esa mirada acusadora, que no había nada que contar —se defendió Trevor de inmediato.

Mi hermana y yo abrazamos eufóricas a los recién casados, y por supuesto los felicitamos.

—¿Por qué así de repente?, ¿por qué no hacer una fiesta? Y sobre todo, ¿por qué dejarnos fuera de semejante acontecimiento? —pregunté.

—Nosotros reaccionamos igual —me contestó Vero.

—No queríamos esperar más, solo necesitábamos concretar nuestros deseos. Cada vez que empezábamos a hacer planes, algo ocurría que nos sacaba de ellos. Han pasado tantas cosas que… decidimos que no hacía falta esperar a organizar un bodorrio. Además —Rónán cobijó a su flamante esposa con su brazo, rodeándole los hombros— Deé fue la que lo quiso de esa forma —besó su sien—, y a mí me encanta complacerla, aunque ella sabe perfectamente que cuando quiera podemos casarnos por la Iglesia y tener un gran festejo.

—Por supuesto que lo harán —dijo Caitríona—. El orden de los factores no altera el producto, si no, mírennos a nosotros: empezamos por engendrar un hijo. —Trevor acarició su barriga—. Deé merece entrar con su vestido blanco y que todos la envidien, es el sueño de toda mujer. Nosotros, en cuanto nazca Jr. lo haremos.

—Cierto —corroboró mi cuñado.

—Además me consta lo entusiasmada que Deé estaba con su propia boda cuando ayudó a Vero a organizar la de Alex y Aidan.

—Dije lo mismo —acotó Vero confirmando mis palabras.

—Róni no miente —habló Deé, arrebujándose aún más en el abrazo de su esposo—. Fue mi idea hacerlo así. Acababan de llegarnos los papeles de la adopción de Ava, y como ella ahora ya lleva oficialmente el apellido Cavanaugh, me pareció que era lo mejor para el patrimonio que heredó mi hija —miró a Róni embobada— que su padre se convirtiera en mi esposo. Así todo estará en orden y él podrá manejar los negocios tranquilo. Yo no deseo ocuparme de las actividades comerciales que dejó mi padre.

—Oh. —Me cubrí la boca por la sorpresa—. ¡¿Ava ya es una Cavanaugh con papeles y todo?! ¡Qué graaan noticia!

Cait los abrazó, y yo también lo hice.

—Pero… ¿se puede saber qué hacéis aquí? Al menos deberíais estar de luna de miel —preguntó mi hermana.

—Se van mañana a Maldivas —explicó Aidan—. Alex y yo cuidaremos de Ava, por eso al llegar expliqué que ellos se llevan el *jet*.

Lo miré a los ojos y estallé en una carcajada.

—Lo siento, pero… ¿tú cuidando de la niña? No puedo hacerme la idea.

—Las cosas han cambiado desde el atentado en la constructora y en la casa —dijo Vero.

—Hace dos meses que estoy aquí, ¿qué me he perdido?

—Aidan está muy doméstico, deberíais verlo —dijo su hermano menor burlándose de él, y Róni también aprovechó para meter baza.

—Sí, deberíais ver cómo lo han domesticado.

Con curiosidad miré al *boss* de la Irish Mob. El hombre más despiadado, calculador y poderoso que conocía se apresuró a decir:

—Nada ha cambiado, sigo siendo el mismo —indicó Aidan poniendo los ojos en blanco—, solo que en esta nueva etapa del clan pretendo compartir más con mi familia, así que, si Róni y Deé nos necesitan para disfrutar de su luna de miel, les demostraré que no solo puedo ser bueno empuñando un arma, también puedo ser un buen tío.

—No logro entender… Al llegar, dijiste que venían a buscarme, pero ya sabías que me iba el domingo, porque te lo había avisado. ¿Pasa algo?

—Necesitamos hablar todos juntos. Por eso Róni y Deé han hecho esta escala en sus planes, mientras el equipo de seguridad que los cuidará se instala en Maamin'gili. Creo que es una buena oportunidad antes de que ellos partan para Maldivas, y por otra parte no quería esperar a que Cait diera a luz para hacerlo, puesto que no quiero que nada opaque ese momento.

—Yo tampoco entiendo. —Mi hermana se tocó su vientre.

—Poneos cómodos, debéis estar cansados por el viaje —intervino Trevor—. Hay tiempo para hablar. Ya mandé a que preparen las habitaciones, así que en cuanto el personal de la casa nos informe, podréis ir a acomodaros.

Caitríona miró a su pareja, comprendiendo que él sabía muy bien de lo que Aidan quería hablar, y estaba a punto de increparlo cuando Alex, que había logrado controlar a Ava, se unió a nosotros en la sala.

—Huele a quemado, ¿no oléis? —preguntó.

De inmediato le entregué el bebé a su madre y corrí a la cocina. Al abrir la puerta del horno, el humo invadió el lugar.

—¡Mi budín de limón! —se quejó Caitríona desde la entrada, con un berrinche de niña pequeña.

Trevor y Keiran ya estaban abriendo todas las puertas que daban a la terraza para ventilar.

—Mierda, no debía quemarse tan pronto. Cuando Ivy comenzó a ladrar me olvidé de regular la temperatura del horno —me lamenté en vano.

—Ethna, por lo que recuerdo nunca fuiste buena en la cocina. —Se rio Aidan, y todos lo secundaron—. Mejor dedícate a lo tuyo, la

constructora te necesita.

—Para tu información, tal vez no lo era, pero desde que vivo sola me apaño bastante bien en el arte culinario. Esto que ocurrió fue una distracción por vuestra llegada.

—Era la receta del budín que hacía la tía Norah. ¡Joder! Me quedaré con las ganas —balbuceó Cait.

Trevor la abrazó.

—Le pediré a Alejandro —se refería a uno de los guardias más cercanos a él— que te consiga budín de limón, cariño.

—No será igual, estoy segura.

—De hecho, Cait, estoy seguro de que el que estaba haciendo Ethna tampoco lo era —apostilló Keiran.

—Porque se quemó —me defendí—. Claudia nos pasó la receta, y la hice al pie de la letra. Estoy segura de que iba a saber igual, o al menos muy parecido, puesto que no tengo la mano que la tía tenía para la cocina, eso es cierto.

»No te preocupes, hermana, lo volveré a hacer antes de irme.

Capítulo cinco

ETHNA

Al terminar la cena, nos acomodamos en la sala.

Los tres hermanos Cavanaugh habían pedido hablar con nosotras, y sus parejas nos dieron intimidad, incluido Trevor, el dueño de casa, que se retiró a su despacho. Caitríona lo había estado interrogando, pero solo dijo que tuviera paciencia porque no era algo que debía decírselo él, y que lo sabía porque Aidan le había consultado debido a su avanzado embarazo, para ver si le parecía apropiado que tuvieran esa conversación.

La situación fue muy extraña cuando todos se marcharon para dejarnos a los cinco solos.

—¿Se puede saber qué sucede? —preguntó mi hermana—. Siento que hay un misterio desde que llegasteis, y ya no puedo más con las ansias.

Aidan comenzó diciendo:

—Necesitamos hablar algo muy delicado con vosotras, algo que nos involucra a todos, y es necesario hacerlo para que, de una vez por todas, en esta familia se acaben los secretos y así tengamos un nuevo comienzo.

Caitríona se tocó el vientre.

—¿Estás bien? —se interesó Aidan.

—Sí, solo que presiento que lo que vais a decir no me gustará, y más porque sé que le preguntaste a Trevor si era adecuado en mi estado que hablemos, aunque no quiso soltar prenda de qué se trata.

—No te equivocas —intervino Rónán.

—Se trata de Brady —dijo Kei.

—¿Qué hizo mi papá ahora? —pregunté. Aidan había hablado de secretos que nos involucraban a los cinco, así que, si Kei nombraba a mi padre, presentía que no era algo fácil de digerir.

—¿Cómo queréis oírlo? ¿Suavizado, o dicho sin anestesia para que se sepa de una vez?

—Lo prefiero sin anestesia. —Sentí un repelús invadiendo todo mi cuerpo, y una sensación de terror se abrió paso en mi pecho, extendiéndose lentamente y provocando que cada latido de mi corazón se fragmentara.

—Yo también —expresó Caitríona—. Después de lo que les hizo a los padres de Trev, no espero nada bueno de él, así que estoy segura de que dolerá de cualquier forma.

—Vosotras y nosotros somos hermanos.

—¿Qué locura estás diciendo, Aidan? —preguntó mi hermana sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Entonces mamá y papá no son… —me fallaron las palabras.

—No, aguarda —interrumpió Rónán—. Somos en realidad medio hermanos. Nuestra madre era Norah Cavanaugh, pero nuestro padre fue el mismo que el de vosotras.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que mi padre y Norah se atrevieron a traicionar a Connor?

Aidan se inclinó porque estaba de pie, y me besó la cabeza.

—Quisiera decirte que fue así como pasó, que solo se trató de un engaño, pero a estas alturas deberías saber que Clancy y Connor eran mucho más retorcidos, y que ninguno hacía nada sin que el otro lo supiera.

Miré a Keiran y me abrazó.

—Lo siento —dijo—. Aunque hay una parte muy macabra en esta historia, lo bueno es que hemos ganado dos medio hermanas.

—Basta, Aidan, voy a parir aquí mismo si no desembuchas ya todo. Te dije que lo dijeras sin anestesia.

—Brady violó a mamá con el consentimiento de Connor, porque él era estéril y nunca podría tener descendientes. Y no se mataron entre ellos. Cuando nos enteramos, los matamos entre los tres. Bueno…, en realidad, a Connor lo mató nuestra madre en el momento en que todo salió a la luz.

Me cubrí la boca. ¿Qué clase de hombre había sido mi padre? Realmente había sido una aberración como persona, un hombre con dos caras, porque con sus hijas nunca demostró ser así.

Contuve la respiración mientras sentía que mis pensamientos empezaban a girar en espiral.

—¡¿Por qué teníais que abrir la boca?! ¡¿Para humillarnos más todavía?!

Todos miramos hacia la entrada. Allí estaba mamá de pie, y parecía fuera de sí.

—Lo que pasa es que Norah siempre tiene que quedar como la víctima, y yo… ¿qué? ¿Quién pensó en mí alguna vez? Ella hizo con Brady lo mismo que con Connor; lo sedujo, era una harpía que volvía locos a los hombres, siempre babeaban por ella, le encantaba pavonearse porque sabía que nadie la podía tocar. Connor era mío, él había puesto sus ojos en mí antes que en ella, y también me lo quitó, y luego, cuando vio que yo tenía la familia que nunca podría tener, me robó a Brady.

—¡Mamá!, ¿lo sabías? —pregunté ofuscada. No podía creer que se lo hubiera callado.

—Por supuesto que sabía que ellos no eran hijos de Connor, una mujer siempre sabe cuándo su hombre se mete en la cama de otra. Ella me envidiaba.

Aidan, que hasta ese momento estaba conteniéndose, se fue como una fiera sobre ella y la cogió por el cuello. Me puse de pie y corrí hacia ellos, forcejeando para intentar ponerme en medio.

—Por favor, Aidan, está dolida, no sabe lo que dice —rogué colgándome del brazo de Aidan.

—¡Desdice toda la mierda que acabas de soltar! —ordenó Aidan—. ¿Qué podía envidiarte si yo soy mayor que Ethna? Tú te casaste con Clancy después de que ella se casara con Connor. Fue un plan ideado por el monstruo de tu marido. Mi madre se casó enamorada de Connor, pero ellos ya tenían la intriga bien urdida para quedarse con el poder de los Cavanaugh.

Rónán y Keiran también se habían puesto de pie para atajar a Aidan. Él quería comerse viva a mamá, no soltaba su cuello, y sus dedos cada vez hacían más presión en su garganta.

—Discúlpate y deja de ensuciar la memoria de mi madre —le ordenó, aunque, conociéndolo, no confiaba en que aun disculpándose le perdonase la vida.

Cait también se había puesto de pie y le rogaba que se detuviera.

—Mamá, discúlpate, por favor —exhortó mi hermana, intentando que Aidan no la matara.

Sabíamos de lo que era capaz Aidan, y no le temblaría el pulso si lograba zafarse de sus hermanos, que por fin habían logrado apartarlo de mamá. Por otra parte, tenía fe en que el amor de Alex lo hubiera humanizado un poco.

—¿Estás tan horrorizado por lo que hizo tu padre, Aidan? Tú no eres mejor que él: enviaste a matar a tu hermana, hiciste que mataran a mi niña, y también mataste a tu propio padre. ¿Crees que no lo sabía antes de escucharte?, ¿crees que no sabía que matasteis a Brady?

—Tú llevaste a la muerte a tu hija por tu codicia —gritó Keiran, que siempre era un hombre muy mesurado, pero se enajenó al escucharla—, por tu culpa, por alentarla a que se metiera en mi cama aun sabiendo que era mi hermana. Así que tú también eres un monstruo ambicioso, y, por si se te olvida, te recuerdo que como consecuencia murió mi primer hijo. Ella obtuvo lo que se buscó.

—Clancy era un ser malvado que merecía morir. Sí, Enya, nosotros lo matamos, era la única manera de liberar a mi madre de todo por cuanto pasó, y si ella no hubiera matado a Connor, también nos lo hubiéramos cargado a él —le hizo saber Rónán.

Mamá fijó la vista en nosotras dos como si con sus ojos nos largara dagas afiladas.

—Sois dos desagradecidas con vuestra madre. No lo olvidaré. Tendré en cuenta que preferisteis a tres asesinos antes que a quien os dio la vida e hizo todo lo posible para que vivierais como dos princesas.

—Enya, ya cállate y vete de aquí —vociferó Trevor, que había aparecido en la sala por el griterío, al igual que Alex, Vero y Deé.

Mi madre hizo caso y se fue. Entonces sus hermanos soltaron a Aidan.

—Voy a matarla con mis propias manos —dijo Aidan queriendo salir tras ella, pero me apresuré y me puse frente a la puerta.

—Basta de sangre, Aidan, basta de tanto horror en esta familia, ¡te lo ruego! Si algo me aprecias, olvida las barbaridades que dijo, te lo suplico, hermano. —Quise ponerme de rodillas, pero él no me lo permitió—. Borremos el horror que Connor y nuestro padre crearon; sé que tú eres mejor y más justo que ellos.

Aidan se me quedó mirando a los ojos y luego tiró de mí cogiéndome por la nuca y me abrazó.

—Chiss, no llores. Tienes razón, nosotros somos una versión mejor que ellos. —Me besó en el pelo—. Ya no llores más. Por eso hemos venido, para que a partir de hoy tengamos un nuevo comienzo en nuestras vidas, más unidos; quiero cambiar la historia de este clan, y estoy dispuesto a hacerlo. Os defenderé con mi vida, y nunca seré vuestro enemigo, salvo que me falléis.

Aún no lograba salir del estupor que la noticia me había causado.

Me parecía estar viviendo una pesadilla de la cual no podía despertarme. Con solo imaginar lo que la tía Norah vivió tantos años se me erizaba la piel y mi cuerpo temblaba. Definitivamente, mi padre era un monstruo.

Miré a mi alrededor e inspiré con fuerza. Todos se habían marchado para descansar. Me había quedado sola en la sala junto a la chimenea. Me sentía desolada. Cait seguramente estaba bajo la contención de Trevor, y él de seguro le estaba dando el consuelo que necesitaba después de habernos enterado de la nueva atrocidad que papá había hecho, pero yo aquí estaba sola, intentando cobijarme en mi propio abrazo.

En nuestro entorno pasaban cosas que no eran comunes para cualquier persona que no perteneciera al submundo de la mafia, pero, al haber crecido en este seno, se suponía que estábamos más acostumbrados para lidiar con ciertos acontecimientos violentos. Sin embargo, a mí me costaba un poco más hacerlo, tal vez porque siempre quise ser una persona común y corriente y no una hija de la Irish Mob.

Lo que Aidan, Róni y Kei nos habían revelado era algo para lo que no estábamos preparadas ni mi hermana ni yo. Cuando mamá se

marchó, y con más tranquilidad, nos contaron con lujo de detalles cada suceso.

Saber que nuestro padre muchas veces se había ensuciado las manos con sangre había sido algo con lo que habíamos crecido, así que lo aceptábamos porque lo tomábamos como su trabajo. Para protegernos de los enemigos del clan era necesario que lo hiciera. Pero asumir que en verdad era una aberración de hombre era algo muy difícil de digerir.

Primero hubo que asimilar lo de Trevor y su familia; lo que le había hecho a la madre de mi cuñado y a su padre traspasó los límites de los códigos que se suponía que un hombre dentro de la mafia a la que pertenecíamos debía tener.

Y ahora acabábamos de enterarnos de que nuestros primos Aidan, Róni y Kei eran nuestros medio hermanos, y lo que él hizo para que eso ocurriera había sumado más horror y repudio contra el hombre que una vez amamos y respetamos como nuestro padre.

Capítulo seis

DONOVAN

Continuaba con la vista fija en la hoja en blanco, me terminé el resto de lo que quedaba de la cerveza y me deshice de los recuerdos que no sumaban nada bueno a la decisión que debía tomar.

Yo no era un cobarde, así que debía asumir mi responsabilidad. Mi jefe me había pedido que escogiera una esposa, y debía hacerlo por la familia que siempre me trató como un ser humano y no como material de descarte.

Así que, sin pensarlo más, cogí el bolígrafo y escribí dos nombres.

Después de mucho pensarlo, solo dos parecían medianamente adecuados, aunque en realidad pensar en alguna de esas mujeres para compartir el resto de mi vida me resultaba repugnante, no porque fuesen personas indeseables, por el contrario, tanto Kylee York y Zoe Kinkaid eran muy bonitas, pues si debía elegir una esposa, al menos prefería una que fuera agradable de ver. Ambas eran hijas de dos miembros fieles a nuestra Irish Mob pero, aunque más o menos eran de mi misma edad, no estaba seguro que alguna estuviera lista para lidiar con toda mi mierda. Y mucho menos que la elegida se sintiera feliz de que el ejecutor del clan para el que servía su padre la reclamara.

Recordé cierta vez en que me crucé con ambas. Ellas eran amigas, y en aquella ocasión se estremecieron al verme entrar en la sala de los Kinkaid. A menudo disfrutaba de provocar esa sensación en la gente. Me gustaba que me temieran, me hacía sentir poderoso, y eso era algo esencial en la labor que debía desempeñar; pero ahora que lo pensaba, tal vez no era el mejor sentimiento que pudiera

despertar en la mujer que pretendía elegir como esposa, ya que no quería parecerme en nada a mi padre.

La vibración de mi móvil con un mensaje entrante me alejó de los recuerdos…

Cogí el teléfono y no pude evitar sonreír al ver en la pantalla de quién se trataba. La noche se acababa de poner interesante.

Hola, Donovan. ¿Duermes?

Tecleé rápidamente la respuesta.

¡Hola! Tú eres la que debería estar durmiendo. Aquí son casi las diez de la noche, así que allí son seis horas más. ¿Qué haces despierta de madrugada?

Aún no me he dormido.

Ah, saliste de fiesta…

No, es que estoy desvelada. Sabes seguramente que todos los Cavanaugh están aquí.

Sí, por supuesto.

Ni siquiera estoy en el dormitorio, sigo sentada en la sala viendo hipnotizada el crepitar de las llamas de la chimenea. Lo que hemos estado hablando no me ha permitido conciliar el sueño, me lo ha quitado por completo y me tiene fatal. Lamento ser tan escueta, pero aún no estoy segura de si se puede contar, no hemos hablado de eso.

No te preocupes, sé a lo que fueron.

¿Lo sabes?

Me enteré de casualidad el día del atentado en la mansión; entré buscando a Aidan porque había llegado la policía, y justo estaban hablando y oí parte de la conversación, pero fue suficiente para saber que compartís el mismo padre.

Obviamente, Aidan, Róni y Kei saben que soy una tumba. Jamás develaría ningún secreto de la familia. Ahora dime…, ¿qué te tiene tan mal?

Lo que hizo mi padre es horrible. Me siento terrible pensando en el calvario que soportó mi tía. También estoy mal por mis hermanos, por todo lo que implica.

Hay cosas que sobrepasan los límites en esta vida que llevamos, estoy de acuerdo, pero tú no debes sentirte mal por lo que haya hecho Clancy. Espera, te llamaré para que hablemos más fluidamente.

Marqué de inmediato, y el teléfono casi no alcanzó a sonar antes de que ella contestara.

La atmósfera comenzó a chisporrotear a mi alrededor al oír su voz aterciopelada. Cada vez que la escuchaba, lograba desestabilizarme. Jamás me había ocurrido algo así con ninguna otra mujer, por lo que me sentía muy extraño. Ethna Clancy era algo mayor que yo, pero a mí nunca me había importado la edad de ninguna mujer, es más, escapaba de las jovencitas porque siempre eran un problema.

—Gracias por llamarme. Últimamente siempre estás conteniéndome cuando más lo necesito; me siento un poco avergonzada, pues parece que solo te hablo para contarte mis problemas y mis miedos; casi se ha vuelto una costumbre para mí, desde el atentado, esperar oír tu voz.

—Te he dicho miles de veces que no me molesta. Generalmente disfruto del silencio, pero hablar contigo resulta agradable.

—Guau, el hombre más solitario que conozco me está diciendo que le gusta hablar conmigo; es toda una revelación.

—No te burles, te dije que no soy muy bueno conversando.

—No me burlo, solo que ya ves: tienes ese efecto en mí, me haces olvidar lo malo. Y no opino igual que tú, creo que tu conversación siempre es muy entretenida, y te empeñas en que eres un gran antisocial.

—No tengo mucho de qué hablar, ¿qué podría decirte?, ¿hablarte de mi trabajo? No me parece una buena opción para entablar una conversación con alguien. ¿O acaso te intriga saber cuántas personas maté hoy?

—Si tú puedes oírme a mí, sería justo que yo te oyera también.

Estallé en una carcajada.

—No nos engañemos, estás siendo amable, pero estoy seguro de que no me llamarías más si hiciera eso. Créeme, no sería una buena conversación; los detalles serían un tanto escabrosos.

—No creo que todos los días mates a alguien.

Me quedé en silencio.

—¿Estás ahí? —se impacientó.

—Aquí sigo.

—Conozco el trabajo de un *enforcer,* no hay secretos. Crecí en el clan, y papá nunca nos ocultó nada de la vida de la mafia, aunque después de lo que me he enterado, no sé cuánto ha sido lo que ha escondido.

—Sé que no vives en una dimensión paralela, y conoces cómo funcionan las cosas en el clan. No me refiero a eso. En nuestro mundo no hay marcha atrás en ninguna decisión que tomemos. Y… supongo que hay ciertos detalles que intuyes, aunque no los conozcas al dedillo. Lo que hicieron tu padre y Connor es diferente.

»Podemos vivir escalando una montaña de los cuerpos que dejamos atrás. Eso lo hacemos para sobrevivir dentro de las reglas que nos toca jugar. Sin embargo, hay códigos que no está bien quebrantar, necesitamos un poco de racionalidad en ciertas acciones.

»Una cosa es defendernos de nuestros enemigos, otra diferente es dañar a quien no lo merece, y menos a nuestros allegados. Se trata de no cruzar esa delgada línea que nos convertiría en inhumanos. Se trata de no alejarse del fundamento de nuestras acciones dentro del submundo en el que nos tocó vivir.

ETHNA

Su voz era baja, tentadora, y caliente como el maldito infierno al que pertenecía. Y aunque fuera una yuxtaposición con lo que él representaba, era una jodida calma para mí, incluso aunque me provocase un torbellino inexplicable de un montón de cosas en mi interior que no sabía cómo manejar.

Mi corazón se contrajo y tuve una sensación extraña en el estómago, y así era cada vez que lo escuchaba.

Esa noche había lidiado con el impulso de hablarle, pero finalmente había cedido a mi necesidad.

Si lo pensaba detenidamente, Donovan tenía razón: él era el *enforcer* de la organización, y eso significaba que era quien había terminado con la vida de mi hermana, motivo suficiente para alejarme de él; tal vez eso era lo que me estaba advirtiendo sin decirlo, el peligro que corría acercándome a su lado.

Comprendía que en la mafia la traición se pagaba de la única manera que se podía cobrar, con la muerte, pero que Donovan Connell con sus propias manos lo había hecho me debería dar repugnancia, y odio. Debería estar sintiendo la misma aberración que ahora sentía por mi padre, pero, como él también dijo, la muerte en nuestro círculo social era algo más natural de aceptar.

También era cierto que amaba a Reagan, más allá de que era una persona tan difícil de tratar, al igual que mamá, y que innumerables veces me había hecho la vida imposible. Ella era mi hermanita; no obstante, no lograba sentir rechazo por el hombre que había hecho justicia para salvaguardar la tranquilidad de los negocios del clan y la vida de toda la familia, y eso me molestaba, porque para cualquier persona normal era algo imposible de aceptar; y me asustaba, porque significaba que en el fondo yo también era un ser igual de retorcido.

Lo cierto era que, aunque hubiese preferido nacer en una familia común y corriente, no era el caso, y era muy consciente de que la muerte nos rodeaba más de lo normal.

Aun así, seguía habiendo cosas que no podía consentir, como las bajezas que mi padre había cometido. Agité la cabeza, porque tampoco estaba bien tratar a Donovan como si él no fuese el asesino de Reagan. Pero no podía sentir lo mismo por mis hermanos al

enterarme que habían matado a mi padre: fue como un alivio al comprender que no podría hacer daño a ninguna mujer más. Lo que me convertía también en alguien que no quería ser.

—¡Hola!… ¡Hola!… Ethna, ¿colgaste?

—No, lo siento. Creo que no está bien que te siga llamando, lo mejor será que no lo haga más.

—¿Qué pasa? Aguarda. ¿He dicho algo que te ha molestado?

—No, pero esto no está bien. Tú seguramente tienes trabajo que hacer, y yo necesito recomponer mi vida como era antes del atentado. Gracias por estar cuando te necesité, me contuviste al teléfono cuando creí que iba a morirme. Estaba demasiado asustada ese día en que me hirieron, y tú me tranquilizaste hasta que llegó la ayuda médica, pero no debo molestarte más. Y… lamento haber seguido haciéndolo, creo que busqué cualquier excusa para desnudar mis miedos contigo como esa vez, y tendría que haberlo hecho con mi familia. Así que perdón por molestarte —hablé sin permitirle que me interrumpiera.

—Ethna, creo que estás buscando excusas. En el fondo, tú y yo sabemos que no estás siendo sincera, no puedes estar hablando en serio.

—Hablo muy en serio. Adiós.

Capítulo siete

DONOVAN

Me quedé mirando la pantalla del móvil cuando la llamada se cortó.

Ella me había colgado, no creía que fuera un problema de comunicación telefónica, había sido muy clara; dijo «adiós» y desapareció de la línea.

Y por más que le buscara explicación, no podía entender qué fue lo que dije que pudo ofenderla.

Si esperaba escuchar misericordia en mis actos, eso no sucedería, así que era obvio que lo que le dije la hizo sentir decepcionada.

Yo no era un héroe.

Era un ser despiadado con quien tenía que serlo, y era un asesino, y a veces rozaba el título de villano, y no podía cambiarlo, tampoco quería hacerlo, además, me sentía orgulloso de cómo era.

Por otra parte, era consciente de que no era bueno relacionándome con las mujeres más que para hacerme chupar la polla o para enterrar mi pene en su coño. Nunca había necesitado más que eso, pero me había parecido que con Ethna se había creado una conexión que jamás tuve con nadie, y a menudo pensaba que las cosas entre nosotros estaban creciendo de una manera que ninguno de los dos se había propuesto.

Arrojé el teléfono sobre la mesa baja, y mi vista se volvió a fijar en el papel donde estaba escrito el nombre de la hija de Kinkaid y el de la hija de York.

Lo cogí, lo hice una bola y lo arrojé a la chimenea, viendo cómo era consumido por las llamas y se convertía en cenizas.

—Todo esto me toca los cojones. Tener una relación con una mujer es una mierda. Son todas iguales, solo te complican la vida, y

yo no estoy para soportar a ninguna.

Me puse de pie, caminé despojándome de la ropa en el trayecto y me interné en el baño; contrariado, abrí los grifos y ni me preocupé en esperar a que se templara el agua. El *shock* que me produjo el chorro frío hizo que mi humor se agriara más.

Encima, como si el cabreo que tenía no fuera suficiente, debía sumarle el fastidio por no poder ir al Kings a desahogarme, ya que el maldito *nightclub* estaba cerrado por reformas. Tal vez podía pasar por el Point Italian Steak House. Estaba seguro de que podía conseguir un polvo con la recepcionista, aunque ignoraba si ella tenía hoy ese turno.

Me duché con rapidez, salí del baño y en la cintura me enrosqué una toalla que cogí rápidamente del estante. No me preocupé de secarme, necesitaba el ramalazo gélido en mi piel, aunque no sería suficiente para alejar mis pensamientos contrariados.

No entendía por qué en ese momento me fastidiaba más el rechazo de Ethna que el no poder seguir dilatando la elección de mi futura esposa. Pero debía reconocer que ella estaba siendo más intuitiva que yo.

Ethna era la hermana, o mejor dicho la media hermana de mi jefe, y por lo tanto era inalcanzable para mí.

—¿Qué mierda estoy pensando? —me regañé mientras me miraba al espejo. Me pasé la mano por la cabeza y la bajé restregándome la cara—. Ella jamás podrá formar parte de ninguno de tus planes —le informé al reflejo de mi rostro proyectado en el cristal.

Agité mi cabeza al recordar cómo dejaron que Foster y Caitríona tontearan. Sin embargo, a la hora de entregarla en matrimonio, se la habían dado a un jefe perteneciente a la misma casta que ellos.

Ese conocimiento debía ser una clara pauta de lo que pensarían si yo quisiera avanzar con Ethna, así que lo mejor era quitarme esos pensamientos perturbadores del cerebro, pues yo no era más que un simple ejecutor al que respetaban por su fidelidad y efectividad, y al que apreciaban, pero no tanto como para tener algo con su hermana.

* * *

Me cambié en tiempo récord, y al salir a la calle cerré el botón de mi chaqueta y levanté las solapas. La noche estaba fría, y el viento me golpeó en el rostro. No llevaba un abrigo más grueso, consideraba que mis movimientos ya estaban demasiado limitados por el traje de tres piezas que estaba obligado a vestir, así que no quería agregar más inmovilidad a mi cuerpo. Caminé con premura hasta el aparcamiento. Un choque de adrenalina me recorría por dentro desde que recibí la llamada de uno de nuestros hombres, llamada que había llegado en el momento preciso para alejarme de los estúpidos pensamientos que habían invadido mi cerebro esa noche.

Nuestro soldado me había informado de que por fin habían dado con el paradero de uno bueno que creía que podía escapar de nosotros y no pagar su deuda de apuestas. Un riquillo que se escudaba en el poder de su padre, y que no tenía cojones más que para escabullirse como la rata que era. Sus días de suerte se habían acabado.

Me subí a mi Clase G y conduje hacia el campo que estaba ubicado en Rowley, en el condado de Essex, lugar que momentáneamente estábamos usando para ajustar cuentas con idiotas como ese, que pensaban que podían escapar de los Cavanaugh. El lugar era un buen sitio, ya que ahí mismo nos deshacíamos de los cuerpos. El problema era que estaba un tanto alejado de la ciudad. Así que esperaba que la nueva cámara de torturas se acondicionara bien pronto.

Cuando recibí la llamada, supe que podía deshacerme de mi mala energía torturando a ese bobo, por eso me apresuré a alistarme y ponerme en marcha.

Al llegar al lugar, uno de los soldados que custodiaban el sitio me abrió el portón para que entrara.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Sullivan. ¿Todo listo?

—Sí, lo dejaron temblando y rogando por su vida; está preparado para usted.

Agradecí con un movimiento de cabeza, y apenas aparqué frente al cobertizo saqué una cajetilla de cigarrillos del bolsillo interior de

mi chaqueta y cogí uno y lo encendí.

Le di una fuerte calada antes de descender del vehículo. Apenas lo hice, me quedé algunos instantes apoyado en la carrocería, admirando el cielo de la cerrada noche mientras disfrutaba del humo que ingresaba en mis pulmones.

Me tomé mi tiempo para terminar el cigarro, luego lo apagué contra una de las columnas que sostenían el tejado y metí la colilla en el bolsillo de mi chaqueta. Siempre era muy precavido y jamás dejaba evidencia de mi ADN en ninguna parte. Róni había sido mi maestro, y yo jamás olvidaba ninguna de sus lecciones. A su vez, él había sido instruido por Clancy. Ese hijo de puta tenía mil defectos, pero había que reconocer que era letal y se había encargado de transmitir su sabiduría en el arte de matar. Arte del que yo realmente disfrutaba, y que había perfeccionado estudiando minuciosamente el cuerpo humano para ser certero con mis víctimas y que no muriesen antes de tiempo.

Hay quienes eligen la oscuridad como medio de vida, otros, como yo, son elegidos por ella.

Me paré en la entrada con las dos manos presionadas contra mi cuerpo y observé mi reino. En ese lugar me sentía un ser supremo. Invencible, poderoso, incluso podía palpar el peligro irradiando de mí. Miré a mi presa, se veía cansado y asustado, aunque muy pronto estaría «aterrado».

Se encontraba desnudo con los brazos extendidos sobre la cabeza, colgando de un gancho improvisado que pendía del madero de contención del techo.

Parker Green tenía unos treinta y tres años. Su aspecto físico era más bien regordete, y estaba bastante calvo, sus facciones no lo hacían un ser agraciado, lo que no impedía que al tipo se lo viera siempre rodeado de hermosas mujeres, y es que… cuando tienes una billetera abultada, muchas veces no es necesario tener un porte para revista *GQ*.

Era el hijo menor de uno de los magnates más poderosos en los negocios de bienes raíces. Cuando llegó a nosotros, motivado por su vicio incontrolable por el juego, alucinó al ver lo fuerte que se podía apostar en nuestros casinos, y no tardó en contraer deudas, que al

principio no tuvo problemas en pagar; hasta que su padre se enteró de dónde provenían y terminó cerrándole todos los accesos a sus cuentas.

Me acerqué sigilosamente, mis pasos seguros y confiados. Lo mío era una rutina, así que estaba aguardando el momento exacto en que mi víctima se diera cuenta de que había dejado de estar solo. Más pronto que tarde él comprendería que su peor pesadilla acababa de llegar.

Disfrutaba ese instante en el que podía palpar el terror en sus ojos; amaba esa sensación, porque me causaba un *shock* de adrenalina que lograba que me olvidara de todo, y que incluso me quitaba el agotamiento y me sumergía en una simbiosis agónica de muerte y destrucción.

La corriente de aire que entró por la puerta junto a mí hizo que él volviese la cabeza para mirarme.

De inmediato comenzó a tironear de la soga que sujetaba sus muñecas, y resbaló en el suelo, donde se había orinado; vi con satisfacción el momento en que intentaba mantener el equilibrio, ya que apenas lograba tocar el suelo con las puntas de los pies.

Mu produjo una enorme placidez escuchar el crujido cuando se separó su brazo de su hombro debido al peso de su cuerpo, estaba seguro de que era semejante a la que experimentan los adictos a la droga, un sentimiento narcotizante que me invadió por completo.

Preso del pánico, intentó volver a ponerse en pie, pero ahora con el brazo en esas condiciones el esfuerzo era mayor.

Cada vez que él se movía, la polea donde estaba atado subía un poco más, y la soga que estaba alrededor de su cuello comenzaba a acortarse también.

—Vas por mal camino. Sinceramente…, tu sentido de la supervivencia apesta, tío —le dije mientras me quitaba la chaqueta de mi traje a medida y la ponía lejos de él, donde no pudiera mancharse. Luego comencé a arremangarme la camisa—. Deberías tener en cuenta que eres un poco pesado: si sigues moviéndote de esa forma, desencadenarás tú mismo tu final.

Había logrado volver a apoyarse nuevamente en el suelo con la punta de los pies, al tiempo que chillaba y pedía un médico. Pobre

iluso, no sabía, o no quería enterarse tal vez, que un médico poco podría hacer por él una vez que le pusiera las manos encima.

Consiguió afirmarse un poco más y tomó grandes bocanadas de aire antes de comenzar a hablar:

—Déjame ir, por favor, les pagaré. Iba a hacerlo, lo prometo, solo tuve algunas complicaciones. Tengo lastimado el brazo, Connell. Me duele mucho, necesito ayuda, necesito un médicooo.

—Tu tiempo de gracia terminó, Green, así que es hora de divertirnos un poco tú y yo —le informé con voz muy calma—, aunque… esto podría parar, claro está, si me dices que ya mismo eres capaz de darme el dinero que nos adeudas.

—Suéltame, te lo ruego —lloriqueaba—. Si lo haces, ahora mismo podré hacerte un cheque.

—Hablas sin mirarme a los ojos, ¿por qué me evitas? ¿Será porque eres una rata inmunda que está mintiendo?

Me reí sin ganas. Sus tontas súplicas estaban cabreándome, porque me estaba queriendo tomar por tonto nuevamente.

—Además, ¿qué me vas a dar?, ¿un cheque sin fondos como el que me entregaste la última vez que nos vimos? ¿Sabes lo que les pasa a los que se creen muy vivos y se ríen en mi cara? Les demuestro quién es el que ríe último. —Él temblaba y continuaba lloriqueando. Había pánico en sus ojos; me encantaba leer las emociones de mis víctimas—. Además, ya estamos al tanto de que papi te cerró las cuentas y te echó de su compañía, así que dime: ¿cómo piensas pagarnos? Soy todo oídos, y agradece que hoy estoy un poco condescendiente.

Encendí un cigarrillo y caminé alrededor de él mientras le daba una honda calada.

—Maldito vasallo infeliz. Hagas lo que hagas, siempre serás el recadero de los Cavanaugh.

Me reí por lo bajo. El idiota acababa de malgastar su último vestigio de dignidad antes de que empezara nuevamente a rogarme, pues en nada comenzaría a enterarse de que el que era un donnadie era él, porque sin el dinero de su padre su vida no tenía ningún valor.

Detuve mi caminata frente a Parker mirándolo fijamente a los ojos, sin que pudiera leer en mi rostro ninguna expresión ni pensamiento. Estaba más que listo para hacerle saber quién mandaba en ese lugar y quién era el insignificante en esa situación, incluso comprendería muy rápido la muy mala elección de palabras que había hecho, pues hacía demasiado tiempo que juré que nunca nadie más me menospreciaría.

Así que levanté la mano sin que él se percatara y hundí la brasa del cigarro en su tetilla hasta apagarlo en su piel, luego guardé la colilla en mi bolsillo y aproveché para ponerme un puño de acero que tenía ahí. Cuando saqué la mano comencé a golpearle el rostro con saña y satisfacción, puesto que ver cómo su piel se laceraba por la fuerza que empleaba me producía un aleteo en el estómago.

El marrano cobarde había comenzado a chillar nuevamente, y su brazo había vuelto a crujir.

—Dime, esta es tu última oportunidad. ¿Tienes o no el dinero que nos debes? —le pregunté intentando no olvidar que lo primordial era cobrar la deuda, por más gusto que me diera destrozar a ese inservible.

—Lo conseguiré, lo prometo.

Agité la cabeza, el idiota se seguía burlando de mí.

—Creo que no me entiendes, ya no hay tiempo, es ahora el pago o…

Caminé hacia la mesa donde estaban los elementos de tortura y tomé unas tenazas de odontología.

Me dirigí adonde se accionaba la palanca que bajaba la polea donde estaba sostenido y lo dejé caer al suelo. Sin darle tiempo, me acerqué y le di un puntapié en el hombro lacerado, luego lo cogí con prestancia por las manos y lo arrastré hasta un sillón de dentista, y sosteniéndolo por el cuello lo senté para amarrarlo a él.

—No lo tengo, pero antes de que termine la semana lo conseguiré. No me hagas más daño, por favor.

—No estás entendiendo —repetí—, y eso me enoja. No hay más tiempo, solo podrás salvarte si en este mismo instante me entregas la suma que nos adeudas, puesto que la última vez te burlaste en mi cara, y… ese fue el peor error que pudiste haber cometido. Me

hiciste quedar como un tonto ante mis jefes, quise ser bueno contigo y lo desaprovechaste, así que… lo lamento —le expliqué mientras le abría la boca para comenzar a arrancarle los dientes. El primero fue uno de los incisivos superiores—. Esto se volvió muy personal para mí —agregué—, sin contar que también me hiciste enfadar buscándote, pero, como verás, no hay un sitio en esta tierra donde te puedas escapar de mí.

—Déjame hacer un par de llamadas. Le pediré el dinero a alguno de mis amigos y lo conseguiré. Por favooor, no me sigas lastimando.

Me rogó entre sollozos y flemas de sangre que salían de su boca. Debía reconocer que el dolor no había hecho aún que sus energías disminuyeran.

—Sé demasiado bien que todos te soltaron la mano. De no ser así, no te hubieras escondido con tanto esmero. Nadie te quiso prestar más dinero; el último fue tu amigo Montgomery, pero en vez de venir a pagar tu deuda, fuiste y te lo volviste a jugar. —Me miró con asombro de que supiera eso—. Te fuiste a Las Vegas a gastarte lo que era nuestra paga. Si no te hubieras burlado de mí como lo hiciste, de verdad que te hubiera dado otra oportunidad, pero… te creíste muy avispado y me quisiste tomar por tonto, así que solo te diré algo más: ¿lo quieres lento o rápido?

—No me mates, nooo, por favooor, nooo, no lo hagas, por favor, lo conseguiré.

Caminé hasta un balde que contenía una toalla mojada con sal para ganado, la cogí y se la puse sobre los ojos, la nariz y la boca, sosteniéndola hasta provocarle asfixia, vómito y quemazón en las fosas nasales.

Luego me aparté y encendí otro cigarro, y me senté frente a él para esperar a que se calmara. Observé su rostro: estaba pálido, y temblaba. Cuando terminé de fumar, me puse de pie y mirándolo muy de cerca le volví a preguntar:

—¿Lento o rápido?

»Te lo explicaré para ayudarte a tomar la decisión. Nuestro cuerpo solo tiene cinco litros de sangre, así que si hago cortes por capas, te desangrarás lentamente hasta que tu corazón deje de funcionar debido a que tu cuerpo se quedará sin sangre; o también puedo

darte una muerte rápida: un solo corte preciso y en pocos minutos volverás a tener paz. ¿Quieres una muerte rápida? —le dije mientras cogía un escalpelo y empezaba a cortar su abdomen.

Él gritaba sin parar y gimoteaba.

—Ay, Parker…, Parker… Nadie escapa de la Irish Mob. Tu padre tiene muchos negocios con nosotros, nos conocías bien cuando te metiste en nuestro casino, así que debes haberte dado cuenta de que si tu papá te soltó la mano es porque no le importa nada de ti. ¡Qué mal padre!, ¿cierto? Porque… ¿qué padre deja abandonado a su suerte a su hijo sin importarle su destino? Uno sin sentimientos, y al parecer el tuyo no los tiene por ti, ya que, si no, hubiera pagado tu deuda.

—No me mates, por favooor, consígueme un médico, me voy a desangrar. Te pagaré… Estás locooo, eres un maldito loco.

Su gimoteo me estaba enfermando, y lo peor de todo, me estaba desconcentrando, y eso me estaba poniendo de peor humor, pues no podía evitar que mis pensamientos se trasladaran a Ethna.

—¡Cállate! Eres un maldito llorón. ¡Cállate! —le repetí amenazante, y aunque continuó llorando, al menos detuvo su perorata—. Te contaré un secreto —le hablé al oído cuando se calmó —. Mi madre era así, desalmada como tu padre, ella también me abandonó.

»Y mi padre… era un hijo de puta vicioso como tú, solo que él no jugaba, se drogaba, y tampoco lo podía controlar. No sabes el alivio que sentí al verlo morir, así que, como comprenderás, nunca he sido una persona piadosa.

—No quiero morir, por favooor.

—Te contaré otro secreto. —Le cubrí la boca para que dejase de rogar—. Aidan fue a hablar con tu padre, y el viejo Green le dijo que no pensaba pagar tu deuda, que te demos el merecido que creamos justo, que no iba a malgastar su fortuna en tus vicios. —Parker abrió los ojos muy grandes—. Te sorprendí, ¿cierto?

»Es como te lo cuento. Yo estaba ahí. Lo dijo con una frialdad que ni te imaginas… aunque debes conocer bien a tu padre. Por cierto, conmigo fue muy amable, me regaló una botella de Macallan, de las que guarda en ese mueble que cierra con llave.

»¡Qué morbo! ¿No? ¿Crees que me estaba pagando para que te matase, para que así por fin se le terminaran los problemas que le ocasionas? Medio tacaño de todas formas, porque estamos hablando de apenas un Macallan de veinticinco años.

»Ay, Parkercito. —Le di unos golpecitos en la mejilla—. Si no me hubieses hecho esa trastada de darme un cheque sin fondos…, te hubiera dado más tiempo, sobre todo por lo cínico que fue tu padre cuando lo fuimos a ver.

—Necesito un médico, me muerooo.

—Maldición, ya bastaaa —grité mientras el escalpelo le cercenaba la carótida. Luego lo solté de las correas que lo sujetaban al sillón y lo arrastré para engancharlo de los pies a la polea donde lo había tenido colgado antes, puesto que en esa posición se desangraría más rápido. Estaba tal como hacen con los terneros en el degolladero.

La verdad era que me había aburrido. El idiota no me escuchaba, y de pronto me di cuenta de que estaba hablándole a las paredes; tenía razón, yo parecía un loco hablando con nadie.

Caminé hasta el aparador y me serví una medida de *whisky* en un vaso desechable. Luego me senté a ver cómo la vida de Parker se apagaba.

Mi obra había concluido demasiado rápido para mis costumbres, pero ya estaba hecho. Necesitaba que la noche terminara, porque definitivamente la chica Clancy me había agriado el momento.

«¡Carajo!», exclamé de pronto al recordar que Aidan me había dicho que había que enviarle el cuerpo al viejo Green, lo que significaba que aún no había terminado. Tendría que cocerlo y acomodarlo un poco.

Así que me puse de pie con cuidado de no pisar el charco de sangre y lo miré más de cerca con detenimiento.

—¡Mierda!, tendrá que ser un funeral con la tapa del cajón cerrado. Se me ha ido la mano con los golpes en la cara, y el diente… no se lo tendría que haber sacado. Bueno —fruncí la boca —, es solo un detalle, no creo que Aidan se enoje por eso. Es que… se me fue de la cabeza que había que devolver el cuerpo.

Terminé el *whisky* y me puse a limpiar el desastre. No permitía que nadie lo hiciera, porque era muy minucioso juntando todo lo que me podía incriminar.

Me llevó algunas horas acondicionar un poco el cadáver, pero había conseguido, según Sullivan, un resultado bastante bueno.

Estábamos los dos de pie frente al muerto, que estaba sobre una mesa.

—Quedó bien, señor, con un poco de maquillaje para difuntos tal vez puedan dejar abierto el cajón.

—¿Tú crees? —Volvimos a mirar a Parker en silencio, estudiando sus hematomas.

—A decir verdad, no, señor, no creo que haya solución.

—Al diablo, ya está, me importa una mierda —dije al tiempo que cogía todas las pertenencias de Parker en una bolsa y también mi ropa manchada, que luego quemé para que no quedasen evidencias.

Junto al hombre que esa noche estaba de guardia, metimos a Parker en una bolsa mortuoria, y llamé para que viniesen a recoger el cuerpo y se lo llevaran a su padre.

Capítulo ocho

ETHNA

Siempre asumí que, con un poco de buena cintura, podría eludir ciertas obligaciones a las que, por pertenecer a una familia de la mafia, estaba forzada a responder. Sin embargo, hacía tiempo que me había dado cuenta de que eso era imposible, pues no había manera de no mezclar mis actividades con las suyas; además, ahora que conocía mi parentesco con los dirigentes de esa familia, fui consciente de haber vivido sumergida entre las páginas de una novela rosa que yo misma creé en mi mente.

Cuando naces dentro de la Irish Mob, no hay escapatoria. Incluso debí suponer que solo se estaba dilatando el momento antes de que mi burbuja explotara. Las mujeres de la familia no tenemos demasiadas elecciones, éramos criadas para ser despiadadas al igual que los hombres, dispuestas a todo por defender el honor de la familia a la que pertenecíamos, y además debíamos ser capaces de mantener a costa de nuestra vida la estructura delictiva de la organización en la medida que la ley amenazara con estrechar el cerco a nuestros cabecillas.

Así que tarde o temprano debíamos cumplir con lo que el destino dentro de la organización nos deparara, y ahora que sabía que Aidan, Rónán y Keiran eran mis medio hermanos, estaba casi segura de que no dudarían en prometerme con alguien que les sirviera para una buena alianza y garantizara la continuidad de sus negocios fuera de la ley. Además, ya había tenido demasiada vía libre, pues era la mayor de mis hermanas, y aunque me mantenía en forma, ya no era una adolescente ni una jovencita. Por otra parte, estaba convencida de que esta revelación también tenía que ver con eso, para que

supiera que debía involucrarme no solo por ser hija de mi padre, quien había servido a la familia toda su vida, sino para que fuera consciente de que por ser consanguínea de los Cavanaugh debía cumplir con lo que se me requiriera.

No dudaba del cariño que siempre había existido entre nosotros aun antes de saber que compartíamos la sangre, pero ahora había más compromisos por el vínculo.

Si lo pensaba bien, Caitríona era una privilegiada, pues Trevor resultó ser el verdadero heredero de los Teeling. De no haber sido así, Aidan no habría dudado a la hora de entregarla a su tío. No lo culpaba, así era la vida en las organizaciones que llevaban el mismo estilo de vida que nosotros; incluso él tuvo que aceptar un matrimonio consensuado y pactado muchos años atrás.

Tras una respiración profunda, me apoyé en el respaldo del asiento del *jet*. Estábamos regresando a Boston.

Miré a Alex. Ella y mi hermano. Debía acostumbrarme a verlos así, se veían muy enamorados y se complementaban a la perfección, así que, después de todo, tal vez no era tan grave una boda arreglada de antemano, pues ambos podían sobrellevar la carga de esta vida por pertenecer a familias que vivían dentro de las propias leyes que cada una dictaba para sobrevivir, saltándose las que cualquier mortal debía acatar en la sociedad.

Debía aceptar que mi futuro era más incierto que nunca.

Decidí deshacerme de mis pensamientos, pues aún no había indicios de algo así. Para qué torturarme, aunque era mejor estar preparada mentalmente para cuando ocurriese. Era consciente que mis medio hermanos estaban decididos a no ocultar nuestro vínculo. Era una nueva etapa donde los secretos no tenían lugar, así que tarde o temprano iba a surgir alguna alianza de ese tipo.

Miré por la ventanilla. El *jet* flotaba en el espacio aéreo, entre las nubes. Ya había amanecido. Recordé la despedida con Cait. Fue breve; le prometí que regresaría para el *baby shower* de mi sobrino, y también le dije que intentaría estar a su lado cuando diera a luz. Cuando tocó despedirme de mi madre, ella se mostró hosca al enterarse de que Aidan no iba a ocultar que todos éramos hijos de Brady Clancy. Cuando le quise exponer mi opinión, ella terminó más

ofendida conmigo, porque no apoyaba que todas las atrocidades que había hecho mi padre salieran a la luz.

—Pronto me mudaré de esta casa. No voy a permitir que mis hijas también me humillen como pretenden hacerlo. Olvidaros de que tenéis una madre. De todas formas, sé que nos os importo; ya me lo dejasteis muy claro tanto tú como Caitríona, apoyando a los Cavanaugh.

Esa fue su contestación en modo *drama queen,* como siempre.

Luego nos trasladamos al aeropuerto de la Axarquía, en Vélez, un sitio menos concurrido que la terminal ejecutiva del aeropuerto de Málaga-Costa del Sol.

Trevor prefería que desde allí despegaran sus aviones. Así que partimos en su *jet* privado para retornar a casa, ya que el avión de la familia se lo habían llevado Róni y Deé para disfrutar de su paradisíaca luna de miel.

Ellos estaban muy felices, habían hecho las cosas de forma poco convencional a las tradiciones, pero consiguieron lo que querían: estar unidos ante la ley. Ahora Deé era una auténtica Cavanaugh a los ojos de todos, y nadie podía refutar eso.

En ese momento, Ava, que había quedado al cuidado de Alex y Aidan, se despertó, y mi hermano se levantó de su asiento para cogerla en brazos y calmarla antes de que despertara a los que aún descansaban.

Me encantó ver ese lado tierno y piadoso de Aidan. Se le veía tan compenetrado en su rol que no me cabían dudas de que sería un gran padre cuando tuviera sus propios hijos.

Era un hombre de honor y buenos sentimientos con su familia; protector y cauteloso de su entorno.

Nos había dejado claro que siempre estaría para nosotros, para lo que necesitáramos, por eso estaba segura de que también le devolveríamos lo mismo a él. Era nuestro líder en todos los sentidos, y estábamos convencidos de que no existía ninguno más idóneo para regir esta familia. Aunque sus hermanos también tuvieran participación en la dirección, él era el *boss*.

Eché un vistazo atrás. En otro de los sofás que se hacían cama dormían Vero y Kei con su hija en medio de ambos. Aidan y yo

éramos los únicos despiertos en lo que quedaba de vuelo.

Ellos ahora eran mi familia, no solo por sentirlo, sino porque además compartíamos ADN, y si antes los amaba, ahora mucho más. Siempre me sentí protegida por estos hombres de una manera especial, y ahora me daba cuenta de que el lazo de la sangre sí existe. Por eso siempre estuvimos tan unidos.

—¿Por qué no duermes? —me preguntó Aidan entre susurros, puesto que había conseguido que Ava se volviera a dormir.

—Normalmente es a la hora a la que me levanto para hacer actividad física, así que mi reloj biológico, al parecer, lo tiene muy registrado.

Se levantó con cuidado y dejó a Ava durmiendo junto a Alex. No se me escapó la forma en que arropó a su mujer. Parecía casi imposible esa actitud en él, sabiendo lo rudo y letal que podía ser, pero ahí estaba siendo cuidadoso de la persona a la que amaba.

Luego se aproximó y se sentó junto a mí, en el sofá donde yo había dormitado durante la noche.

—¿Y tú por qué no duermes? —lo interrogué.

—Normalmente duermo pocas horas. Estaba adelantando trabajo de la empresa, si no, estos días que estuve fuera me pasarán factura. ¿En qué pensabas? Hace unos cuantos minutos que te despertaste.

Me encogí de hombros.

—En todo lo que pasó estos días, y entre otras cosas, en tu petición de mudarme a la casa de mis padres dentro del terreno de Manor Place. Hace demasiado tiempo que no vivo ahí. Si mamá regresa, no quisiera compartirla con ella.

—Esa propiedad es más segura. Siempre hay amenazas; aunque parezca que todo está en calma, no está de más ser precavidos. Y, como te expliqué, creo que lo mejor es que te cambies ahí, ya que a partir de que se enteren de que eres nuestra hermana, las amenazas se multiplicarán para ti. Necesito que todo esté bajo control para enfocarme en los negocios, y si sé que sigues en tu casa, no estaré tranquilo. Además, ya hemos reforzado la seguridad de la constructora. No tiene que volver a pasar lo que pasó durante el ataque. Era un punto de debilidad que nunca se tuvo en cuenta y

que el enemigo fue capaz de detectar. Tú no debes preocuparte por nada, estás bajo mi cuidado, no permitiré que nada te ocurra.

—Me preocupa tener que convivir con mamá si regresa a Boston, no lo resistiría. Mamá es una persona difícil de llevar, y no comparto muchos de sus pensamientos. Puede ser mi madre, pero no por eso voy a hacer la vista gorda.

—Tú despreocúpate. Enya no regresará, ya le he dejado bien en claro que no la quiero cerca. Ella sabía todo y se calló. Como le aseguré, nunca le faltará nada, solo porque es tu madre y la de Caitríona, pero la quiero bien lejos de Manor Place.

Asentí.

—Lo lamento. Mamá es… muy ambiciosa, y creo que en realidad se calló por eso y porque tal vez tuvo miedo de desvelar que lo sabía.

—Imagino… Por eso sigue con vida. Creo que sí, debe haber tenido miedo, pero no le perdono que no se haya solidarizado con mamá. Olvidémonos de Enya. Al menos yo no quiero seguir hablando de ella; no quiero oscurecer mis pensamientos. Como te dije, lo hago por ti y por Cait. ¿Hay algo más que te preocupa?

—Por ser tu hermana, no sería descabellado que alguien de otra organización te pidiera mi mano, y en ese caso…, supongo… —Miré mis manos y me las retorcí sin poder terminar la frase. Estaba hablando con Aidan, y aunque nos conocíamos de toda la vida, me ponía nerviosa confrontarlo—. También sé que estoy un poco mayor, y que por ahí no hay muchas posibilidades de dilatar…

—No voy a obligarte a estar con quien no quieras; siempre que pueda evitarlo, lo haré. Puedes estar tranquila. No te obligaré, aunque… puede que fuera la última salida. Quiero que comprendas que no soy como mis padres; aprendí la lección con Caitríona. Esa vez estaba nublado por el dolor de haber perdido a mamá, casi me volví loco cuando eso pasó, y lo manejé como pude. Habían pasado demasiadas cosas, y… en cuanto a lo que le pasó a Reagan, no me arrepiento de mi decisión, por más que ya sabía que ella era mi medio hermana. Lo que Reagan hizo es lo único que no toleraré, puesto que es por el bien de todos; la traición es algo que no se

puede pasar por alto, se trate de quien se trate. Dentro del clan hay reglas muy claras que nadie debe olvidar.

—No tienes que explicarme cómo funcionan las cosas en esta familia. Y aunque duela, también sé que ella se lo buscó. Lamento que haya escuchado a mi madre y haya decidido ir tras Kei a pesar de todo. No sé en qué pensaba Enya conociendo nuestro parentesco.

—Yo también lo lamento. Pasó lo que pasa cuando alguien nos traiciona. Enya, por suerte, no estaba involucrada en las decisiones que Reagan tomó al liarse con los Hannigan, porque la conversación que estaríamos teniendo en este momento sería otra.

—Es muy loco que a estas alturas de la vida nos enteremos de que somos hermanos. En fin, aunque solo compartimos el padre, me suena mejor decir hermanos que medio hermanos.

—A mí también, así que dejémoslo en eso.

—Jamás lo hubiera imaginado.

—Se preocuparon en ocultarlo bien Brady y Connor.

—Lamento tanto lo que sufrió tía Norah… No puedo imaginar el calvario por el que debió pasar. ¿Cómo dos personas pudieron aferrarse tanto al poder, al punto de cometer esas atrocidades para conseguirlo? Aidan, no permitas nunca que el poder te cambie, sigue siendo como eres, por favor.

—Tienes mi palabra. Nunca dañaré a nadie de mi familia, siempre y cuando no lo merezca, porque entonces sabes que puedo ser muy impío y sin arrepentimiento. Yo velo por el bienestar de todos. Pero déjame corregirte: fueron tres personas, porque tu madre también lo sabía.

—Gracias por indultarla.

—Lo hice… porque de todas formas no habría podido hacer nada para detener a Connor y Brady.

—Supongo que no.

—Claudia tampoco pudo hacer nada, pero al menos ella se mantuvo aparte, y al lado de mi madre. Por eso no quiero a Enya cerca; que agradezca que dejé pasar lo que hizo.

Capítulo nueve

Hanscom Field, aeropuerto operado por la Autoridad Portuaria de Massachusetts, ubicado a veintidós kilómetros en las afueras de Boston (Estados Unidos), donde generalmente los Cavanaugh aterrizaban su avión.

ETHNA

Tras algunas horas más de vuelo, llegamos a nuestra tierra.

Todos estaban listos para bajar. Yo me había quedado rezagada, pues, cuando el capitán avisó para que nos preparásemos, me distraje chequeando en mi tableta unos documentos de la empresa que había descargado con el fin de leerlos durante el viaje.

Así que me quedé para el final.

Posteriormente me calcé el abrigo y me incliné para ver la pista mientras los demás ya estaban listos para descender. De inmediato lo divisé entre los hombres que esperaban a mis hermanos.

Era la viva imagen de lo que un hombre alto, moreno y apuesto debía tener para descollar entre el resto, incluso sus músculos provocaban pensar que la tela de su traje y de su abrigo estaba demasiado tensa y que en cualquier momento podía desgarrarse.

Esa era otra sorpresa. Él siempre evitaba vestirse así, o al menos lo recordaba casi siempre en ropa informal, y sobre todo de cuero; y su pelo… estaba diferente también: lo había dejado crecer, no lo llevaba tan rapado.

Su nueva imagen lo hacía más humano, menos sombrío.

Un estallido de risa se escapó por mis pensamientos, y la mirada del señor alto, moreno y apuesto arremetió en mi dirección, indicándome que sabía muy bien dónde estaba yo, porque no dudó en echar un vistazo a la puerta del *jet*, lo que me dejó claro que estaba evitando mirarme, siendo plenamente consciente de mi presencia.

El impacto de sus oscuros ojos café, más tirando a ébano, clavándose en los míos, terminó por quitarme todo el aire de los pulmones y no tuve más opción que quedarme aferrada del pasamanos de la escalinata del *jet*, porque sentí mis piernas flaquear; por suerte, era la última que tenía que bajar, así que estaba segura de que no le impedía el paso a nadie.

Joder, definitivamente era muy guapo, y me preguntaba por qué antes no había reparado en él. No obstante, ahora mismo creía que había malinterpretado mi carcajada, pues me miraba como si me quisiera asesinar, y créeme, no querrías que Donovan Connell te mirara de esa forma, y mucho menos que tuviera esos pensamientos.

Estaba guapísimo. No, no era la palabra adecuada para describir a aquel hombre. Maldición, él era simplemente… digno de arrastrarse salivando.

Esos ojos como el ébano, combinados con un sedoso cabello castaño oscuro, lo hacían lucir francamente magnánimo.

El negro siempre había sido mi color favorito, incluso hasta hubo un tiempo que no usaba otra tonalidad.

En definitiva, comprendí que debía moverme, así que comencé a bajar la escalera sin quitar mi mirada de él. Humm…, su rostro tenía características afiladas y cinceladas, su boca era llena, y su arco de Cupido, por ser un hombre, estaba muy bien definido. Sus hombros eran sólidos y cuadrados, con un amplio pecho que se destacaba bajo el chaleco que llevaba puesto bajo la chaqueta del traje azul noche de tres piezas, que enfundaba su majestuoso cuerpo.

Mi mirada recorrió lentamente cada milímetro de él antes de posarse nuevamente en las piscinas de color azabache que formaban sus ojos, y que solo podían describirse como misteriosas.

Mi corazón latía a una milla por minuto, y había un aleteo constante en mi estómago, como si miles de aves revolotearan en el interior.

—Señorita Clancy… Buenos días, y… bienvenida.

El grave tono de su voz al decir mi nombre me hizo estremecer, y comprendí al instante que ese hombre tal vez podía conseguir lo que ningún otro había podido, llevarme al orgasmo con unas pocas palabras.

«Dios, ¿en qué estaba yo pensando?».

Estiró su mano con un gesto muy caballeroso, y me la ofreció para que descendiera el último escalón, y yo la acepté. Al instante sentí un chisporroteo de energía que me recorrió todo el cuerpo. Creo que él también lo advirtió, porque se quedó mirándome fijamente. Mi vista se asentó en los intrincados tatuajes que cubrían parte de la piel de su rostro; luego la centré en su mano, donde también la tinta inundaba su piel. Entre otros símbolos resaltaba una fecha grabada sobre sus dedos. Me sentí intrigada, pero aparté la mirada.

Tan caliente como se veían sus tatuajes debía dejar de mirarlo, o todos se darían cuenta, incluso él se percataría de que el suelo era como arenas movedizas bajo mis pies.

—Gracias, señor Connell, buenos días —contesté devolviéndole la misma solemnidad que él había empleado, como si fuéramos completos desconocidos que no habíamos estado durante más de dos meses intercambiando mensajes y llamadas de teléfono. Incluso tuve que hacer un gran esfuerzo para que mi voz saliera clara y segura, porque su frialdad me había descolocado.

Me sentía molesta por el desapego de su saludo, pero… qué esperaba si la última vez que hablamos la que había puesto distancia había sido yo, y él ahora no estaba más que respetando mi decisión; además, no estábamos solos, quizá solo se trataba de eso.

Lamenté que el contacto de nuestras manos hubiera sido tan breve; de inmediato él se apartó para ayudar a los hombres que eran mis hermanos y que recogían el equipaje de todos.

Caminé con paso firme hacia uno de los Cadillac Escalade que nos aguardaban junto a la pista, sin darme la vuelta y contoneándome, y sin dejar de sentir cómo sus ojos aún permanecían sobre mí. Hasta

que no aguanté más y disimuladamente miré en su dirección para confirmar que tenía razón.

Alex y Vero ya estaban dentro de uno de los automóviles. Era una mañana fría y ventosa, así que ellas se apresuraron para que los niños no cogieran frío.

—Ethna, ve con las mujeres —me indicó Aidan—, y tú, Donovan, ven con nosotros para que nos pongamos al día.

Donovan colocó las maletas que cargaba en el maletero de nuestro SUV, que era el más cercano, y luego se metió en el otro junto a Aidan, Kei y Foster Hayes.

—¿Qué fue eso? —me interrogó Alex al momento en que me acomodé dentro del todoterreno.

—¿De qué hablas? —dije mientras me colocaba las gafas de sol, aunque estaba segura de que mis mejillas estaban ardientes y no había manera de ocultarlas.

—¿Estoy alucinando, Vero? —preguntó Alex—. ¿O tú viste lo mismo que yo?

—Tienes razón, hubo un intercambio raro de miradas entre ellos —apostilló Verónica como si yo no estuviera presente—, a mí también me lo pareció.

—¿Estáis hablando de Donovan Connell? Él es el *enforcer*, no entiendo lo que insinuáis.

—No te tenía por una persona tan prejuiciosa. ¿Qué tiene que ver que sea el *enforcer*? En esta familia todos tienen las manos manchadas de sangre que yo sepa, incluso yo. Además, no dimos nombre. ¿Cómo supiste que hablábamos de él y de ti?

—Alex, no tengo prejuicios, no soy como mi madre, solo intuí que hablabas de él porque fue con quien tuve contacto al bajar del *jet*, así que por eso lo asumí.

Ambas se rieron.

—Se comieron con la mirada —aseguró Alex sin mirarme, y hablando con Vero como si yo no estuviera sentada en el mismo vehículo. Me di cuenta de que habían cerrado el compartimento que comunicaba con la cabina donde estaba el chófer.

—Humm, esto es muy interesante. ¿Qué piensas que dirá Aidan? ¿Se habrá dado cuenta? Luego indaga y cuéntame —le pidió Vero a

Alex.

—Basta, es inapropiado por donde lo miréis, es mucho menor que yo, y además es el ejecutor, y eso nos pone en conocimiento de quién es el encargado de los trabajos que ni tu esposo, ni el tuyo ni Róni quieren hacer, por consiguiente, él es quien mató a Reagan. Lo siento por traer esta conversación aquí. —Le cogí la mano a Vero—. Sé cómo se paga la traición en esta familia, pero era mi hermana. De todas formas, que sienta así no quiere decir que apruebe lo que te hizo —me apuré en aclarar.

—Suena retorcido, lo entiendo, pero así es todo en el inframundo —me contestó ella, y, teniendo en cuenta que venía de fuera de la mafia, me asombró que lo tuviera más asumido que yo—. No te preocupes, igual que tú, puedo separar lo de Reagan.

»Sin embargo…, tus hermanos mataron a tu padre. Si es por eso, también tendrías que sentir repulsión por ellos —reflexionó luego de algunos segundos—. Si te gusta, no tendrías que pensar tanto las cosas y disfrutar; es un buen chico.

—Vero, tú misma acabas de decir que te intriga lo que pensaría Aidan. Las tres somos conscientes de que el parentesco que ha salido a la luz no me pone en un lugar cómodo para elegir con quién estar. Puede que no me obliguen a aceptar a quien no quiera, lo que no significa que, llegado el momento, será Aidan quien me dé opciones para elegir. Las mujeres de la mafia nacemos para eso.

—Tienes un buen punto de vista, pero… mírame a mí, tampoco fue tan malo casarme con Dan, aunque sé de historias que no siempre han salido bien. Sin embargo, tú y Donovan sí os gustáis —afirmó Alex—, no estamos alucinando.

—Basta, por favor, esta conversación no nos lleva a nada. Y… no, no me gusta.

Capítulo diez

DONOVAN

Tuve que ir a recoger al jefe.

Hubiera preferido no hacerlo para no tener que verla y comprobar lo que ya sabía, que Ethna era hermosa y producía en mí una atracción que nunca había sentido por ninguna otra fémina. También comprobé que hubiese hecho cualquier cosa para permanecer más tiempo a su lado, y que sin duda era una gran distracción que no podía permitirme, pues había demasiado trabajo pendiente.

Aidan adelantó su regreso después de que lo pusiera al tanto de que uno de los depósitos de armas que nos pertenecía había sido atacado; así que prácticamente estuvimos toda la noche en contacto y me había pedido que los fuera a recoger al aeropuerto para que los pusiera al corriente de todo.

—¿Pudiste averiguar algo más? —me preguntó cuando me acomodé frente a él dentro del SUV.

—Muy poco, Aidan. Aún estoy en eso. Quienes dieron el golpe fueron muy profesionales y se encargaron de cubrir muy bien su pista; dañaron nuestro sistema informático de seguridad, y bueno, se cargaron a los dos guardias sin problema. Robinson ya se está ocupando para volver a poner en funcionamiento el sistema de seguridad, aunque poco sirve si ya lograron violarlo.

—Por su bien espero que no tenga nada que ver con esto. Esa chica siempre me resultó muy extraña. Desde que Trevor me la presentó me produjo desconfianza, así que ojalá me equivoque, porque lo que pasó es obra de un experto en informática.

—No debemos descartar nada. Estoy trabajando en eso también, pero hasta ahora parece que está limpia. ¿Qué dijo Teeling?

—Está muy extrañado de que hayan vulnerado con tanta facilidad la seguridad —me contestó Kei.

—Y muy preocupado también —añadió Aidan— él usa el mismo *software*, así que, sin pérdida de tiempo, cuando nos avisaron, se puso a trabajar para reforzar todo. Si vulneraron el nuestro, él y De Luca también están en peligro.

—Me lo imaginé. Aidan, te repito, estoy convencido, aunque aún no tenga pistas firmes, de que hay similitudes con el *modus operandi* de la Tríada, pero no te puedo asegurar nada.

—En la madrugada fuimos los tres al barrio chino —intervino Foster, que también estaba ahí, al igual que Cian.

—Sí, me dijo Donovan que irían. ¿Qué pudieron averiguar?

—Decidimos ir porque uno de nuestros hombres me informó que a la misma hora que pasó el atentado se vio merodeando por el Savage a miembros de la Tríada —aportó Foster—. Ya sabes, siempre se mueren por alardear para endilgarse la autoría, aunque en este caso no lo han hecho aún. Igual que Donovan, yo también estoy seguro de que fueron ellos.

—Jefe —acotó Cian O'Dwyer—, tal vez subestimamos a los chinos, por eso decidimos ir a averiguar.

—Solo fuimos nosotros tres, tampoco queremos empezar una guerra sin pruebas, pero que sepan que los tenemos en la mira. Esos chinos son escurridizos. Mierda —me toqué la frente—, ¿cómo se llama el chino? —le pedí a Cian y Foster con la mirada para que alguno me lo recordara.

—Huang Wong Yu —dijo Foster.

—Descubrimos que se trata de un sobrino de Xu Zhao —seguí explicando—. Al parecer, llegó hace un mes de Lugo, y no vino solo: está acompañado por varios hombres de su entera confianza. Por lo que pudimos recabar, puesto que muchos tenían miedo de hablar y cuando nos vieron llegar salieron corriendo, incluso tuvimos que perseguirlos, averiguamos que… —Hice un gesto con la mano porque otra vez había olvidado el nombre del chino, y me estaba poniendo de mal humor no poder recordarlo. En realidad, esa raza me ponía de mal humor.

—Wong —habló esta vez Cian.

—Wong vino para reavivar las actividades del clan que hace un tiempo exterminamos, y que antes estaba conducido por su tío Xu Zhao. Este Wen…

—Wong, Donovan —me corrigió Foster. Definitivamente ya estaba cabreado por no recordar el puto nombre del chino. Miré a Foster queriendo asesinarlo por ponerme en evidencia delante del *boss*.

Aidan elevó los ojos al cielo, demostrándome que estaba perdiendo la paciencia.

—¿Qué mierda te pasa que estás tan distraído? —me interrogó Aidan, cabreado también—. Joder te necesito más atento que nunca. Tú nunca te distraes con nada, y menos olvidas los nombres. —Me aplicó un correctivo en el brazo con su palma abierta y chasqueó los dedos frente a mi rostro—. Espabílate.

—No estoy distraído, solo que no recuerdo el nombre del maldito chino —me apresuré a contestar.

Él tenía razón, mi cabeza se había quedado enganchada a Ethna Clancy, y sentía mi mente nublada. Ella se estaba convirtiendo con demasiada rapidez en mi obsesión, y también en mi distracción, y no podía permitírmelo. Ethna nunca sería mía, ya que era la hermana de mis jefes, y no lo permitirían.

De inmediato intenté retomar la información para demostrarle a Aidan, y a mí mismo, que era tan eficiente como siempre.

—Bien, déjame pasarte en limpio todo. Este chino —no me arriesgué con el nombre nuevamente para no cabrear más a Aidan —, por lo que indagamos, es muy conocido y temido en Lugo, en España —aclaré—. Pero nadie conoce su rostro.

—Es el hijo del jefe de la Tríada que opera en esa provincia —dijo Cian—. Su hermano mayor será el heredero del mando cuando su padre se retire. El rostro de los tres es un verdadero misterio.

—El heredero es el hijo de una hermana de Xu. Ella murió en un atentado con un coche bomba a manos de los albaneses en la lucha por el poder de la producción de marihuana en Lugo —informó Foster.

—Su padre es el *Mountain master* de la tríada: así denominan ellos a su *boss*, a quien a menudo también lo nombran con un código, el 489, o también le dicen *Dragon head,* en fin, su nombre

es Huang Kuo Wo, y el de su hermano, Huang Kuo Chin —agradecí para mis adentros poder concentrarme de una vez en los nombres de los chinos—. Actualmente, el hermano del que llegó a Boston es el *Vanguard,* es decir, el oficial de operaciones. El código que utilizan para nombrarlo es el 438, o también el 2238, y este clan pertenece a la diáspora de la tríada 14K, al igual que los Ping On de Boston que comandaba su tío Xu.

»El hermano de Wong, como te informó Cian, es el príncipe heredero de la tríada, el próximo *Dragon head.* Por otra parte, se rumorea que Wong ha venido a comandar la segmentación del clan que su tío no fue capaz de proteger ni hacer prosperar, porque nosotros se lo impedimos.

—Joder, esto no me gusta nada. No permitiré que se reactiven esos hijos de puta. No hay lugar para otro jefe en Boston, el único soy yo. Ahora que nos quitamos de encima a los Hannigan, no consentiré que ese Wong cobre poder. ¿Cómo puede ser que no haya ninguna fotografía de él? Quiero conocer el rostro del enemigo.

—No la hay, Aidan, pero pronto la tendrás. Yo también quiero ver la cara de ese hijo de puta que vino a romper nuestra calma —le contesté.

—Le enviaré un mensaje a Trevor para que investigue. Tal vez en España se pueda conseguir mejor información. Ahora mismo él está con problemas en la Costa del Sol con los albaneses.

»Tú —me miró fijamente—: quiero que descubras dónde se oculta el chino hijo de puta, y cuando lo encuentres, quiero que te conviertas en su sombra, quiero que no le pierdas la pisada a la Tríada. No confío en nadie más para eso, tú puedes ser un fantasma si te lo propones. Necesito que te adentres en el seno de la organización y averigües hasta la hora en la que cagan, y quiero un informe completo de ese Wong, desde que nació hasta ahora.

—Cuenta con ello —contesté con la adrenalina a flor de piel, ansioso por ir tras la presa.

—Tú, Foster, te quiero en la misma misión. Sois mis dos hombres de mayor confianza, y los más idóneos para esto.

—Ahí estaré apoyando a Donovan. —Él estiró su puño y lo chocó con el mío.

—Y tú, Cian, organiza a los hombres para que estén atentos y limpien nuestras calles. No quiero a ningún chino en mi territorio, no los podemos dejar avanzar.

—Así será, jefe. Estaremos con todos los radares en funcionamiento.

—Kei, te quiero controlando el Savage, ya que Foster estará ocupado y Róni no está disponible.

—Claro, hermano, yo me hago cargo. ¿Qué haremos con Róni? ¿Le informarás?

—Está con poca seguridad, y esto que está pasando me preocupa. No quisiera interrumpir su luna de miel, pero no decirle nada tampoco sería prudente.

—Yo creo que tenemos que informarlo. Si me permites opinar, Aidan, creo que hay que ponerlo sobre aviso por si saben que está relajado en Maldivas —intervine.

—Sí, pero si se lo digo, ese cabeza dura querrá venirse, ya lo conoces.

—No podemos dejarlo con la espalda descubierta. Si hay una crisis, necesita saberlo —concluyó Keiran.

Nos quedamos en silencio. Aidan tecleaba frenéticamente en su móvil, y Keiran me preguntó cómo iba la planificación del traslado del cargamento que teníamos que pasar desde Nuevo México.

—Muy bien, estamos finiquitando los detalles de logística para no dejar nada al azar.

»Me he entendido muy bien con los hombres de Moretti, Socolov, De Luca y Gonzales Montero. Ahora mismo estamos a la espera de que Aidan nos informe si finalmente se deciden a formar parte del negocio la ‘Ndrangheta siciliana de Nueva Orleans, para terminar de trazar la ruta que debemos proteger del cártel de Sinaloa y del de Juárez.

—Presiento que esos malditos sicilianos serán un dolor de cabeza —argumentó Keiran—. Sigo sosteniendo que no debimos invitarlos a que se unieran al negocio, siempre han sido unos traicioneros.

—Tranquilízate, confía en mí, ya te dije que no te debes preocupar por ellos, pueden ser los más poderosos en Italia, pero su célula en Estados Unidos no lo es más que nosotros —dijo Aidan al tiempo

que levantaba la cabeza de la pantalla de su móvil—. No se atreverán a nada; tienen más que perder que ganar si nos traicionan. Les caerá la fuerza de la Camorra, la Bratva, la Cosa Nostra y el cártel de Tijuana encima, y son muy conscientes de que la palabra de los de Sinaloa y los de Juárez tiene mucho menos valor que la de ellos mismos. Sus relaciones penden de un hilo desde hace mucho tiempo; en cambio, de esta manera, con nuestra propuesta suman nuestro apoyo y congregan su poder contra ellos.

A partir de que De Luca, el jefe de la Cosa Nostra en Filadelfia, se uniera en matrimonio con la hermana de Edgar Alejandro Gonzales Montero, el líder del cártel de Tijuana en México, durante el mismo trato por el que Aidan había tenido que tomar por esposa a Alex Socolov, De Luca y su cuñado empezaron a pergeñar negocios para pasar droga de México a Estados Unidos, pero para lo que tenían en mente necesitaban sumar más gente, puesto que había zonas por las que había que pasar el cargamento que eran lideradas por otros cárteles mexicanos, archienemigos, y con mucho poderío en ese país, como lo eran el cártel de Juárez y el de Sinaloa. Por eso le habían propuesto el negocio a los Cavanaugh, y Aidan había sumado a Mikhail Socolov, el nuevo jefe Bratva, su cuñado, y también a Romeo Moretti, el jefe de la Camorra en Las Vegas; de esa manera se podrían proteger mejor las fronteras, y los cargamentos llegarían tranquilamente a nuestras manos para ser enviados a Europa, donde Teeling se encargaría de la distribución en aquel continente.

De pronto la vista de Aidan se fijó en Foster.

—Por cierto, ya hablé con McTavish, y nos espera el próximo fin de semana en su casa, junto a tus padres, para pedir la mano de su hija.

—Perfecto, Aidan. Avisaré a mis padres para que se preparen para ir a Bristol.

—¿La hija de McTavish? Pensé que sería con la hija de Mullen.

—Cuando le dije a Aidan de la chica Mullen, me informó de que ya estaba prometida con el hijo de Doyle.

—No lo sabía.

—Yo tampoco.

—¿Y tú —me preguntó el *boss*—, ya tienes un nombre? ¿Qué pasa con lo que te pedí antes de que surgiera este viaje a España?

—Estoy en eso, Aidan.

—Necesito que te definas, deja de dar vueltas. Ya ves, Foster lo resolvió muy rápido, y solo se lo pedí un día antes que a ti. ¿Qué ocurre, tienes algún problema con lo que te solicita tu jefe?

—No, Aidan, sabes que estoy dispuesto a lo que sea por la familia. Pensé que había un poco de tiempo.

Los ojos de Aidan se volvieron oscuros. Yo sabía que estaba tirando mucho de la cuerda: los Cavanaugh podían tener un favoritismo conmigo, pero sus órdenes no se cuestionaban jamás, y aunque este había sonado a un ruego, se trataba de una orden de mi jefe.

—Te doy una semana más, si no, yo elegiré a tu esposa.

—No será necesario.

—Perfecto.

Capítulo once

ETHNA

A pesar de ser el lugar donde nací y crecí, las calles de Chestnut Hills me eran desconocidas, como si nunca las hubiera transitado. Lo cierto es que por lo general intentaba no venir por el lugar y me movía más en la ciudad.

Prefería pensar que se trataba de que en mi mente se había quedado arraigado el paisaje de Puerto Banús, el sitio donde había pasado los últimos dos meses de mi vida.

Sí, eso era, me sentía como cuando vuelves de unas largas vacaciones y tu entorno te resulta extraño, y sin embargo sabes muy bien que se trata de un sitio que frecuentaste.

Llegamos a Manor Place, el Escalade atravesó el gigantesco portón de hierro de la entrada, y luego zigzagueó por los caminos interiores hasta que por fin se detuvo frente a la lujosa mansión principal.

Detrás de nosotros aparcó el otro automóvil que traía a mi nueva familia de sangre y a Donovan. También iban Foster y Cian, otros de los hombres de confianza del clan, aunque a mí ellos no me interesaban.

Hayes bajó el primero para sostener la puerta del Escalade mientras Aidan y Keiran descendían. Como iba sentada en esa dirección, no perdí ni un detalle cuando Donovan se apeó del automóvil y caminó abotonándose la chaqueta en dirección al nuestro. Le habló algo al chófer, y este se apartó haciéndose cargo él de franquearnos el descenso.

Yo nunca había reparado en la belleza de un hombre, pues consideraba que me convertía en una persona muy banal. Incluso con los pocos hombres que había estado en mi vida, me había

enfocado en conocerlos interiormente y los había valorado por su inteligencia, pero jamás había tomado en cuenta el exterior. Sin embargo, con Connell era diferente. Su porte y belleza tenían una contundencia en mí que me dejaba sin aliento.

—Uff, si las miradas hablaran, estarías en aprietos, porque a pesar de tus gafas de sol vi muy bien a quien no dejabas de ver —me dijo Alex antes de descender.

Me acomodé las gafas oscuras, sintiéndome intimidada por los dichos de la mujer de mi hermano, y me quedé en el lugar, pensando que el chófer me llevaría hasta la casa que pertenecía a mis padres dentro de Manor Place, y donde había nacido.

Escuché la voz de Aidan, que se había acercado, inclinándose para verme en el interior del Escalade.

—Baja, almuerza con nosotros, luego tendrás tiempo de instalarte.

—Si no te importa, primero prefiero ir a casa a darme una ducha y cambiarme la ropa del viaje; luego vendré para el almuerzo.

—Claro, como prefieras —dijo separándose del coche nuevamente —. Donovan, quédate tú también a almorzar; de paso terminaremos de ponernos al día.

Sentí un aleteo extraño al escuchar que él también se quedaría.

No debería importarme, pero mi mente daba vueltas con la información y no podía dejar de sentirme nerviosa, aunque francamente no correspondía tal inquietud; después de todo no sería la primera vez que compartiría la mesa con él. Lo distinto era que hasta antes del atentado él había permanecido invisible a mis ojos.

Pasado

—Respira pausado y concéntrate en oír mi voz.

—No puedo, Donovan, voy a morirme, te dije que me dispararon, estoy sangrando mucho.

—No morirás, ya hemos comprobado juntos tu herida y no hay ninguna bala dentro de tu cuerpo porque ha salido de él.

—Voy a desangrarme, tengo dos agujeros… ¿Y si me dañó otro órgano?

—Hey, Ethna, me dijiste que confiabas en mí, te ayudé para que taponaras el disparo, y eso será suficiente hasta que llegue el doctor, que por otra parte ya está en camino. Estás consciente y lúcida, lo que significa que realmente no es tan grave como parece. Estás muy asustada, por eso tienes que tranquilizarte para que tu torrente sanguíneo no fluya tan rápido. Trata de relajarte, te aseguro que hoy no será el día en que mueras, créeme, eso no pasará.

—No puedes saberlo, no eres médico, y además no estás aquí.

—Es verdad, no soy médico, pero por mi profesión sé reconocer una herida mortal.

—Estoy asustada, y esto duele mucho, y puedes equivocarte, ¡joder! No soy una persona resistente al dolor, no estoy acostumbrada a esto, a pesar de haber nacido dentro de la Irish Mob. Odio la sangre.

—Lo sé, pero juntos vamos a bloquear ese dolor que ahora no te deja pensar más que en eso. ¿Confías en lo que te digo?

Me quedé en silencio, porque realmente no tenía idea de cómo podía lograr lo que él decía si ni siquiera estaba a mi lado, solamente me estaba asistiendo a través del teléfono, y no creía que de esa forma pudiera hacer demasiado.

—Contéstame —me incitó para que le respondiera.

—Sí, confío —dije sin mucha convicción, pero lo hice de todos modos, necesitaba creer que era cierto.

—Bien, ahora debes enfocarte en que no estás sola; yo estoy aquí y no te voy a dejar. Róni ha llamado al médico y está en camino, créeme, no tardará. Llegará antes que nosotros a Manor Place.

—Mi secretaria está muerta, puedo verla desde aquí, tiene un disparo en la cabeza. Por favor, creo que quedaron pocos supervivientes en la constructora, he llamado y nadie ha venido.

—Deja de mirar a tu secretaria si eso te pone nerviosa. Los muertos están muertos y no hacen daño.

—Es muy fácil para ti hablar de muertos, pero no para mí.

—Concéntrate en mi voz, si no, no te podré ayudar.

—De acuerdo, dime qué tengo que hacer.

—Quiero que te relajes. Ya estás sentada en el suelo y apoyada contra la pared, así que a partir de ahora solo deberás pensar en lo que te indico. Te guiaré con mi voz para que aprendas a relajar todo tu cuerpo, y eso te ayudará a aliviar el dolor que sientes. Lo primero que tienes que hacer es concentrarte en tu respiración; de ahora en adelante será lo único que importe. Te diré cómo hacerlo: cierra los ojos para que te puedas concentrar en lo que te digo.

Él hablaba pausada y calmadamente, y su serenidad se metía a través de mis oídos y en el interior de mi cuerpo.

No sé cómo lo hacía, pero empezaba a sentirme más etérea. Su voz me proporcionaba la paz que necesitaba por medio de imágenes que con su ayuda construía en mi cerebro.

—Ve controlando tu respiración para que sea más y más profunda… Inhala profundamente, y retén la respiración, y ahora exhala lentamente en tres, dos, uno… Nuevamente, inhala, y tres, dos, uno, y exhala muy lentamente. Ahora ve encontrando esa respiración confortable para ti, respira con normalidad y céntrate en eso, en escuchar tu respiración, y nota cómo tu cuerpo se relaja…

* * *

El sonido de la puerta cuando se cerró y la voz de Aidan diciéndome que me esperaba me hicieron volver al aquí y ahora para dejar atrás los recuerdos del día del ataque y cómo Donovan había logrado, con hipnosis guiada, según me explicó él luego, tranquilizarme hasta que el médico llegó.

Desde ese día no he podido dejar de pensar en él, en el gran enigma que es ese hombre.

En apariencia tosco, despiadado y sombrío, pero a puerta cerrada no me cabía duda de que tenía la capacidad de llegar al interior de las personas.

El automóvil se detuvo.

La propiedad que siempre ocuparon mis padres no estaba tan lejos de la mansión principal, que se encontraba en los terrenos que formaban parte de Manor Place, aunque quedaba separada de la mansión por un gran macizo de abedules, hayas, arces, robles y

alerces que luego se transformaba en un bosque de pinos blancos y rojos si mirabas en dirección contraria. Al otro lado de la arboleda era donde estaba la casa que ocupaba el personal de servicio, a la que no se tenía acceso desde ahí.

El chófer bajó del auto y me abrió la portezuela para que pudiera descender.

—Señorita Clancy, bienvenida. Soy Brandan McGuinness y he sido designado como su escolta personal, junto a Oscar Kane. Ambos estamos a su entera disposición para acompañarla donde sea que vaya y protegerla.

El tal Oscar dio un paso adelante para que lo pudiera identificar.

—Buenos días, señorita Clancy, es un honor servirla.

—Tu apellido es Kane… —repetí—. Acaso… yo te conozco… ¿Tú eres el hermano de Áine Kane? —Oscar estaba cambiado. Era unos años mayor que su hermana y yo, y aunque hacía mucho que no lo veía, logré reconocerlo.

—Sí, señorita, mi hermana y usted estudiaron juntas.

—Perdimos contacto cuando ella se fue al internado de Walnut Hill. Lo último que supe fue que había hecho una audición para el Boston Ballet. Envíale mis saludos, por favor.

—Se los daré de su parte. Ella también le envía los suyos: se puso muy contenta cuando se enteró de que había sido designado como su escolta. Mis padres también lo hicieron.

Asentí con la cabeza y sonreí.

—Salúdalos de mi parte también. Recuerdo haber almorzado un par de veces en tu casa, y ellos siempre fueron muy amables conmigo. Tu hermana soñaba con unirse a la División Profesional de la Escuela del Boston Ballet en Walnut Hill, ¿lo consiguió?

—Apenas entró en la universidad sufrió una lesión irrecuperable que no le permitió continuar con la carrera.

—No lo sabía, lo siento mucho. Sé muy bien cuánto lo anhelaba.

—Al principio fue duro, pero lo superó. Está casada, y es madre de dos niñas.

—Me encantaría verla, pásale mi número. Supongo que lo debes tener, ya que fuiste asignado mi custodio personal. —Él asintió—. Dile que me llame, por favor.

—Lo haré, señorita Clancy.

Miré a mi alrededor y vi varios guardias diseminados por el perímetro de la casa. Definitivamente, esto iba a ser una pesadilla. Cuando mi padre vivía, no era así. Después del atentado en la casa, todo había cambiado para todos.

—¿Mi coche? ¿Ya lo trajeron? —quise saber—. ¿Está en el garaje? —pregunté antes de entrar en la casa.

—Nosotros la llevaremos adonde sea que necesite ir —me contestó el tal Brandan—. Es lo que nos han indicado.

—No lo creo. —Negué con la cabeza—. Siempre conduzco mi automóvil para ir a todas partes; no estoy acostumbrada a tener chófer, y no pienso cambiar mis hábitos. Entiendo que se ha reforzado la seguridad de la familia a partir del atentado, pero no dejaré de conducir yo misma adonde quiera. Comprendo también que ustedes no hacen más que su trabajo y cumplir con las órdenes, pero yo me encargaré de hablar con Aidan y decirle que no es necesario.

»Así que, si no han traído mi automóvil, ocúpense de que mañana a primera hora esté aquí para que pueda ir a la constructora. A las ocho comienza mi día en CB —usé parte de las siglas de la empresa para nombrarla—, así que tendré que salir con tiempo.

Ambos asintieron no muy convencidos, pero quería dejarles claro que en mi vida mandaba yo, y nadie más que yo. Estaba segura de que en cuanto me alejara estarían llamando al jefe de seguridad para informarle de mi rebeldía.

Entré en la casa dejando atrás a mis dos guardias sin importarme lo más mínimo lo que hicieran. No había forma de que nadie me hiciese cambiar de opinión, pues no pensaba dejar que los hechos que viví en el atentado a la constructora me cambiaran los hábitos y me volvieran temerosa.

De pie en la residencia que siempre habían ocupado mis padres, miré en derredor. Estaba vacía desde hacía tiempo, pero en cuanto puse un pie dentro me di cuenta de que el personal de limpieza la había mantenido en orden. Al entrar me sentí incómoda; hacía demasiado tiempo que me había ido de allí. Me toqué el pecho, no me gustaba la sensación que estaba teniendo.

Ilusa de mí, cuando me fui creía que había conseguido mi independencia del clan. Muy pronto me di cuenta de lo contrario. Por supuesto, tampoco lo permitirían ahora mis hermanos: los que nacíamos dentro de la mafia no teníamos elección.

Estando en la sala, de inmediato comprendí que iba a necesitar cambiar el aspecto de la casa o me volvería loca, pues sentí como si hubiera regresado a los años de mi adolescencia. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y no pude explicarme por qué me sentí tan desestabilizada.

De pronto apareció Valentina en la sala.

—Buenos días, niña.

—¡Por favor, Valentina! No me llames así. Mamá te obligaba a que nos llamases de esa forma, pero ella no está aquí. Solo seremos nosotras dos; y ve y quítate ese uniforme horrible, te lo pido por favor. —Me acerqué y la estreché en un abrazo—. Estoy feliz de estar aquí solamente porque estás tú.

—Me alegra verla a mí también, señorita.

—¿Señorita? ¿Qué te pasa? Soy Ethna, tu amiga de toda la vida. Llámame por mi nombre, como siempre que tú y yo nos hemos encontrado fuera de esta casa. Quiero que nuestra relación vuelva a ser lo que era cuando éramos niñas y me tratabas de igual a igual.

Ella puso los ojos en blanco.

—Hasta que tu mamá me ubicó muy ejemplarmente. No quiero problemas en el trabajo, *Bae*[1] —me dijo resignada.

Mi madre siempre había sido una perra. Recordaba muy bien a lo que Valen se refería.

La había mandado a por su cepillo de dientes, y luego la obligó a limpiar la suela de mis zapatos con él; de inmediato, bajo su estricta mirada, la hizo cepillarse los dientes. Y todo porque nos encontró jugando en mi habitación y ella se había puesto uno de mis vestidos.

«Puedes jugar con mi hija para que ella se entretenga, pero no te confundas, tú no eres más que la hija de la criada de esta casa».

Recordé las palabras que esa vez había largado mi madre, como siempre, destacándose en ser una gran sociópata aporofóbica[2] .

Me deshice de los pensamientos y sonreí de oreja a oreja al escuchar que me llamaba Bae. Era nuestro nombre secreto de amigas y no importaba la edad que tuviésemos, siempre lo usaríamos.

Mi madre nos había robado muchas cosas, pero no el cariño que siempre sentimos la una por la otra, un cariño que a veces era más fuerte que el que sentía por mis hermanas verdaderas.

—No lo habrá, Bae —le garanticé cogiendo sus manos—. Te repito: estamos solas tú y yo, y por los guardias no debes preocuparte, no responden a mi madre. Además, ahora todo ha cambiado, hay tantas cosas que tengo que contarte. Déjame darme una ducha e instalarme y te pondré al corriente de las novedades, te aseguro que ni te imaginas…

Cogí a Valentina por el hombro y la invité a que caminara junto a mí, hasta que llegamos al comienzo de la escalera.

—Mañana mismo empezaré a redecorar esta casa, así que consigue personal para que empiecen a sacar todos estos muebles afuera. Hoy mismo me meteré a comprar en línea para renovar todo.

—¿En serio? Eso me ha puesto de muy buen humor.

—Ahora que mamá no está aquí, todo será más tranquilo, y nuestro trato será normal, el que siempre nos merecimos y el que nos dimos cuando nadie era testigo. Ya no tendremos que tolerar no poder disfrutar de nuestra amistad, ya no tendrá que ser a escondidas —le aseguré para que se quedara tranquila.

—Sé cuál es mi lugar a tu lado, estoy aquí para servirte.

—No, ya no será al nivel en que mi madre pretendía que fuera. No voy a quitarte el trabajo, puesto que si un poco te conozco, no aceptarás vivir aquí como mi amiga, pero quiero que sepas que eso es lo que en verdad deseo.

—De ninguna manera. Es lo mismo que si a ti te pidieran que no trabajes más en la constructora porque tienes lo suficiente para no hacerlo.

—Entiendo lo que dices, pero no quiero esclavos serviles a mi lado. Que te quede claro. He regresado a esta casa, pero no tenemos que tratarnos como empleada y patrón. Tú eres mi amiga, siempre lo has sido, siempre nos arreglamos para que nuestra

amistad sobreviviera sin que mis padres lo supieran, y eres la persona en quien más confío. Conoces mi vida del derecho y del revés, al igual que yo sé de la tuya, ya no tenemos que escondernos para disfrutar de nuestra amistad, Bae.

Nos abrazamos.

—Vuelvo a repetirte, no quiero problemas, todo puede seguir como hasta ahora…

—Chist. Tú te callas. Deberías tener muy claro que siempre me importaron una mierda los juegos de poder de mis padres.

—Está bien, el señor Aidan ha hecho traer todas tus cosas desde el apartamento. Te las acomodé en tu antigua habitación, espero que estés bien con eso.

Asentí y besé su pelo. Ella era unas pulgadas más baja que yo, y con los zapatos planos que usaba en el trabajo la diferencia se acentuaba un poco más, ya que yo llevaba unas botas con tacones.

Valentina estaba a nuestro servicio desde que su madre, la anterior ama de llaves de papá y mamá, murió de un infarto masivo a la temprana edad de cuarenta y cinco años. Su padre era el jardinero de esta parte de Manor Place, así que ella desde muy joven quedó en el lugar que ocupaba su mamá.

Subimos juntas las escaleras.

—¿Ya viste a Oscar Kane?

—Sí, lo reconocí enseguida, a pesar de que está bastante cambiado.

—¿Te acuerdas de cuando estabas enamorada de él?

Me cubrí la cara con ambas manos.

—Por favor, qué vergüenza. Bueno, tú y yo sabemos que enamorada no estuve nunca de nadie, y que tampoco fui tan lanzada. Mucho ruido y pocas nueces; tampoco ningún hombre me hizo sentir… Solo me encaprichaba. Sin embargo, recuerdo las estupideces que hice para estar cerca de él. También recuerdo que Oscar me miraba como a un insecto. Él era más grande y ya estaba en su iniciación en el clan, y… se creía superpoderoso entonces.

—Te hiciste amiga de su hermana para poder ir a su casa.

—Lo sé, no me lo recuerdes. Tú estabas supercelosa de Áine. Ella era tan buena…

—La odiaba con todas mis fuerzas porque tu madre te permitía estar con ella, ya que su padre era uno de los hombres fieles al tuyo, y no te dejaba estar conmigo porque yo solo era la hija del jardinero y la criada.

—Pero no triunfó, eso es lo único que nos debe importar, no logró separarnos.

—Lo sé.

—Mejor dejemos de nombrar a mi madre, porque su nombre nos trae malos recuerdos.

»Y con respecto a Oscar, no es mi tipo, así que, si te gusta, es todo tuyo.

—Me encanta. Está mejor que cuando era un crío, y, además, no está casado.

—Entonces, ¿a qué esperas para conseguir una cita con él? Será la primera vez que una mujer no quiera asesinarte por tentar a su marido. —Valentina siempre buscaba relaciones imposibles y destructivas—. Ayúdame a elegir qué ponerme, tengo que ir a almorzar a la casa de mis hermanos.

—¿Qué has dicho?

—Que nadie querrá asesinarte.

—No, no. ¿Has dicho mis hermanos? ¿De quién hablas? Tú no tienes hermanos varones.

—Lo siento, no te lo quería contar de esta forma, por eso no te dije nada por teléfono, pero necesito decírtelo ahora mismo. Aidan, Róni y Kei son hermanos míos y de Cait.

—¿Te has vuelto loca?

—Ven, mientras me doy un baño te contaré.

Mientras me quitaba la ropa seguí dándole detalles, y proseguí haciéndolo desde dentro de la ducha.

—¿Me estás oyendo? —le pregunté asomando la cabeza desde la ducha acristalada al ver que no me contestaba—. ¿Qué te pasa, por qué estás llorando? —Valentina estaba mordiéndose la mano para ahogar su llanto—. Me estás asustando, Bae, tú nunca lloras, ¿qué te sucede?

—Nada, no es nada —me aseguró mientras se secaba los rastros de lágrimas y se recomponía—. Me impresionó lo que me relataste,

lo que tu papá le hizo a la señora Norah.

—Supongo que estás tan en *shock* como yo. Te juro, me cuesta tanto creerlo… También lo hizo con la madre de mi cuñado. Así que debo aceptar que mi papá era un ser muy malvado, una monstruosidad de persona, Bae. ¿Cómo es posible que nunca me diera cuenta de cómo era?

Ella negó con la cabeza, pero continuaba escatimando las palabras. Hasta que tras tomar una profunda bocanada de aire, expresó:

—Se te hará tarde. Has dicho que te esperaban para almorzar.

—Sí, lo sé, pero necesitaba desahogarme contigo, es preciso que acepte que no se trata de un mal sueño. Viví toda la vida creyendo que mi papá era un superpapá, y ahora sé que he tenido una venda sobre los ojos.

Estiré la mano y cogí una toalla para envolverla alrededor de mi cuerpo antes de salir de la ducha. Valentina me alcanzó otra para que la enroscase en mi pelo.

—¿Estás mejor? —le pregunté. Tenía extinta la mirada.

—Sí, no fue nada. Me sentí sensible por lo que me estabas contando, y horrorizada, tal como te pasó a ti. Supongo que tú y Cait lo estáis pasando muy mal. Cambiemos de tema, ya que es algo que no se puede deshacer, así que mejor apresúrate a arreglarte, ya casi es mediodía.

—Joder, necesito secarme el pelo para irme a cambiar.

—Te ayudo. —Me quitó el secador de pelo de la mano—. Tú maquíllate mientras tanto. Ahora cuéntame, ¿estaba en el aeropuerto?

La miré a través del espejo. Ella sabía de mi repentino interés por el *enforcer* de los Cavanaugh, y también que él jamás tendría un lugar en mi vida, pues era un hombre rodeado de muerte, y entre sus muertos se encontraba mi hermana.

—No ayuda que me hables de él. Necesito sacarlo de mi sistema. Y será difícil si me lo cruzo a cada rato; incluso… estará en el almuerzo.

—Oh, en ese caso, creo que será mejor que cambies el vaquero que pensabas ponerte por este pantalón símil piel —dijo metiéndose

en mi guardarropa y cogiendo uno que era de cintura alta y tachas en los costados—, y… opino que quedará muy bien acompañado de esta camisa negra, así puedes mostrar un poco tu escote. Con las bombas negras de charol y suela roja quedará perfecto.

—No necesito impresionar a nadie —le dije mientras me ponía la máscara de pestañas.

—Ni tú te crees lo que acabas de decir. Ven, déjame alisarte el pelo, y… te buscaré unos aretes de gran tamaño para que resalten en tu rostro y él no pueda dejar de mirarte a la cara. Créeme, deseará morderte esos carnosos labios que tienes.

—Basta, Valentina, no quiero hacer nada para intentar seducirlo. Aunque no quieras entenderlo, hay más cosas negativas que positivas, así que no es adecuado que ponga mis ojos en él. Por otra parte…, ya desistí de tener una relación con nadie. No quiero hablar de eso, me hace mal.

—Soy tu mejor amiga, ¿cierto?

—¿Qué tiene eso que ver? Esta conversación es estúpida.

—Nadie te conoce como yo, y aunque te lo prohíbas aduciendo que es el *enforcer* y bla, bla, bla, te mueres por tener algo con él. Lo que pasa es que tienes miedo de no poder.

»Mírame, tienes que animarte, darte la oportunidad de conocerlo. Al menos quítate las ganas. La estupidez más grande que te escuché decir ayer cuando hablamos por teléfono fue que uno de los impedimentos es que tú eres mayor que él. Pues déjame decirte que no se lo ve para nada inocente, no es como si te estuvieras aprovechando de un menor de edad.

—No quiero seguir escuchándote. Es el asesino de mi hermana, y punto. No hay motivo más firme que ese.

Veinte minutos más tarde estaba vestida exactamente como Valentina quería, y lista para ir a la mansión que ocupaban mis hermanos. Cuando a Bae se le metía algo en la cabeza era bastante difícil de persuadir. En fin, no era más que una excusa, pues lo cierto es que no hice mucho por negarme. Sin embargo, me escudé en que el *outfit* era idea suya, pues de esa forma no me sentía tan entregada.

Capítulo doce

DONOVAN

Estaba fuera fumándome un cigarrillo mientras me ocupaba de organizar la recogida de Róni y Deé en el aeropuerto, puesto que llegaban en la noche de su interrumpida luna de miel, después de que Rónán fuera informado de lo que estaba ocurriendo aquí y de mi sospecha con respecto a los chinos.

Le di una honda y última calada al pitillo antes de apagarlo y me maldije por disfrutarlo tanto. Había estado un mes sin fumar, pero desde que Aidan me dijo lo de mi inminente boda, lo había cogido otra vez y había aventado dentro de algún cajón los *vaper*.

Cuando levanté la cabeza de mi teléfono, tras reunir a los hombres que llevaría conmigo para buscar al segundo al mando de la Irish Mob, por suerte estaba bien afirmado contra una de las columnas de la galería trasera de la casa, porque de no haber sido así, me hubiera caído de culo cuando vi a Ethna caminando hacia la mansión. Estaba enfundada en unos pantalones de cuero, y literalmente fue como si algo bajo mis pies se sacudiera.

Joder, debía convencerme de una vez de que ella era inalcanzable para mí. Debía dirigir la vista a otro lado y ocuparme de encontrar una esposa, aunque era muy cierto que todo cuanto intentaba para alejarla de mis pensamientos parecía imposible: ella estaba obsesionándome.

Metí el teléfono en el bolsillo y me preparé para abrirle la puerta de entrada a la casa. Antes planeaba interponerme en su camino para que dejase de ignorarme, y de paso para que me explicara por qué decidió cortar toda comunicación entre nosotros.

—¿Estás bien?

—¿Me ves mal acaso?

Me tomé mi tiempo para indagar cada curva de su cuerpo, luego vagué mi vista por su rostro deteniéndome en su boca antes de contestarle. Ella parecía tranquila, pero yo era muy bueno leyendo a las personas, y noté la rigidez de su espalda y un tic en su mandíbula. Definitivamente mi inspección la había abrumado, aunque intentaba disimular y hacer como que no.

Me incliné hacia ella hasta que nuestras narices casi se tocaron, y dejé que mi aliento acariciara su piel mientras le hablaba.

—Te veo muy bien, en efecto, eso lo noto a simple vista, pero el exterior muchas veces logra ocultar lo que pasa por dentro. ¿Estás durmiendo apropiadamente?, ¿no han vuelto a regresar las pesadillas?

—Por supuesto que duermo bien —dijo en tono casual. Me di cuenta de que estaba mintiendo porque de pronto comenzó a pestañear más rápido.

—Mientes muy mal.

Ethna volvió a parpadear descontroladamente, y en ese momento su lengua salió y barrió su labio inferior, y juro que si no estuviéramos en el patio trasero de la casa de mi jefe, no sé si hubiera podido contenerme de besarla. Su perfume me envolvía por completo y me estaba haciendo perder la razón.

Debía agradecer que era bastante bueno manteniendo el control; sin embargo, mi polla traidora estaba intentando ponerme en ridículo, así que, si Ethna mirase hacia abajo, podría darse cuenta de cómo estaba de tensa mi bragueta. Joder, para colmo me había quitado la chaqueta.

Ella rechinó los dientes y me miró con los ojos entrecerrados. Estaba cabreada por no poder disimular como quería.

—Hazte a un lado y déjame pasar.

—Nunca imaginé que cuando nos volviésemos a ver fuera así de frío nuestro encuentro.

—Quiero entrar, ¿puedes apartarte de mi camino?

—¿Has probado con las inspiraciones profundas y te has concentrado en oír tu respiración? Solo debes recordar cómo lo

hacíamos juntos, tienes que memorizar lo que te decía y seguir la voz que seguramente está impregnada en tu cerebro.

—¿Tan irresistible te crees como para que no haya podido olvidar tu voz?

—No me refiero a eso. Cuando hicimos las sesiones para relajarte, te concentraste muy bien, así que por lo general cuando uno se concentra tanto como tú lo has logrado varias veces, esos sonidos y esas imágenes quedan en el interior de cada uno.

Ella se acomodó un mechón de pelo tras la oreja, visiblemente incómoda. Estaba mirando mi boca. Cogí entre mis dedos el mechón que había llevado tras su oreja y lo palpé entre mis dedos; luego olí su pelo bajo su atenta mirada.

Ahora que la tenía frente a frente sabía con certeza que no me equivoqué en mi percepción: ella se sentía atraída por mí.

Sin mediar más palabras abrí la puerta, y sin soltar el picaporte dejé mi cuerpo obstruyendo la entrada para que cuando pasara tuviera que rozarse conmigo. Como yo era más alto que ella, al pasar junto a mí nuestros rostros quedaron al mismo nivel, e indefectiblemente los ojos de Ethna se fijaron en los míos. Estábamos tan cerca que podía sentir su respiración agitada, así que levanté mi otra mano y pasé mi dedo por su mejilla y lo dejé bajar por su cuello, deteniéndome en el lugar donde su pulso latía.

—Adelante, señorita Clancy —susurré y le guiñé un ojo—, ya sé todo lo que necesitaba saber, puede irse.

Capítulo trece

ETHNA

Trataba de caminar normal, pero mi cuerpo estaba temblando y no era más que un manojo de nervios y ansiedad.

Me sentía emocionada y asustada a la vez, y a decir verdad no tenía idea de cómo me las iba a ingeniar para ignorarlo. Cerré los ojos y respiré profundo, tratando de bloquear la ola de imágenes que invadieron mi cerebro.

Lo que más me llamó la atención de ese intercambio fue la mirada de Donovan, tan en oposición con su exterior. No hacía más que confirmarme que él se ocultaba bajo todos esos tatuajes que lo hacían verse sombrío y despiadado. Había una cordialidad profunda en él. Al menos cuando me miraba era lo que destellaban sus ojos: él se preocupaba por mí. Y muy a mi pesar, eso me encantaba.

El tipo después de todo no era solo una máquina de matar, eso ya me lo había demostrado, pero desde que estábamos en contacto no habíamos tenido oportunidad de estar como hoy frente a frente.

Me sorprendía lo casual que soné en todo momento mientras hablé con él. Lo cierto era que un huracán arrasaba todo en mi interior.

Intentaba caminar en línea recta; temía tropezar. Podía sentir la presencia de Donovan detrás de mí, a pesar de que caminaba sin hacer ruido.

Aun así, logré cruzar la sala y seguir los sonidos de la conversación en el comedor. Al parecer, todos estaban ya sentados alrededor de la mesa, y entonces entendí por qué se atrevió a acercarse tanto a mí: estaba seguro de que nadie nos vería.

—Ahí estás —dijo Alex bajando el teléfono que sostenía contra su oído cuando entré—. Estaba llamándote; están por servir el almuerzo.

—Creo que dejé mi móvil en casa. Lamento la demora. Me quedé hablando con Valentina, estábamos poniéndonos al día.

Alex me miró sin entender de quién hablaba.

—Valentina Malone es la encargada de la casa —le expliqué mientras percibía los únicos dos lugares vacíos en la mesa, uno enfrentado al otro—, y además es mi mejor amiga —concluí—. Crecimos juntas; su madre era la anterior doméstica de mis padres.

Alex hacía poco que estaba entre nosotros, y la casa había permanecido cerrada, así que era obvio que no sabía nada de Bae. Me senté junto a Verónica maldiciendo para mis adentros: a ella no se le iba a escapar que Donovan y yo entramos a la vez.

—Hola, Claudia —saludé al darme cuenta de que ella estaba enfrente, donde Donovan se sentó. Estiré la mano a modo de cumplido; no quería pasar por descortés. Mis hermanos la consideraban como de la familia, así que desde el atentado la habían eximido de las tareas domésticas, aunque, según me habían contado Deé, Vero y Alex, ella no podía con su genio y siempre estaba metiendo la cuchara en todo lo relacionado con el manejo de la casa.

—Hola, cariño, me alegra verte bien y repuesta.

Me toqué con la mano el costado, y palpé sobre la ropa la horrible cicatriz que me había quedado. No pude apartar la vista de Donovan y recordar nuevamente que él había permanecido a mi lado en el teléfono conteniéndome. Supongo que él captó el movimiento de mi mano, porque su vista estaba fija ahí, tal vez recordando lo mismo que yo.

—Gracias, perdón por sentarme a ciegas y no saludarte, una desatención por mi parte —dije intentando disimular el intercambio silencioso que ocurría entre ambos.

—No te preocupes, sé que no fue a propósito, me consta lo dulce y atenta que siempre eres —aseveró Claudia.

—¿Por qué no fuiste a España unos días? De paso podías conocer el sitio tan hermoso donde vive mi hermana —indagué.

—No faltará otra ocasión. Preferí quedarme, necesitabais hablar en familia.

Aidan, sentado en la cabecera, puso los ojos en blanco al oírla.

—No fue porque es una cabezota. Ella también pertenece a esta familia, fue la última pareja de mi abuelo antes de que muriera. Así que no sé por qué se empeña en quedar excluida.

—Oh, así que eres como una abuela postiza de todos nosotros. Déjate mimar entonces, Claudia, ya que tú siempre has atendido a esta familia de manera especial, y ahora comprendo por qué.

De inmediato trajeron la comida, y las diferentes conversaciones invadieron el lugar. Yo me centré en mi plato, tratando de no levantar la cabeza para no mirar a Donovan.

Joder, estaba muerta de hambre, pero tenerlo sentado frente a mí hacía que la garganta se me cerrara y no pudiera pasar bocado.

DONOVAN

La mujer con la que he estado obsesionado durante más de dos meses se encontraba sentada frente a mí y era inevitable que me quitara el aliento.

No solo era hermosa. No existía una palabra adecuada para definir su belleza, porque realmente la veía como a ninguna otra mujer que hubiera visto antes.

Esto no era normal.

En realidad, yo no era un gran observador de la belleza femenina. Las mujeres que habían pasado por mi vida solo sirvieron para satisfacer mis deseos sexuales, y con eso era más que suficiente para mí; nunca me preocupé por conocer sus nombres. Con ella era diferente, tal vez porque nunca me relacioné con ninguna otra mujer al nivel que lo hice con Ethna, aunque no fue una relación relevante, fue mucho más que con cualquiera.

Lo que más me gustaba de ella era que tomaba el desafío en sus manos; sin embargo, aun cuando creía que lo estaba haciendo bien, se olvidaba de que parte de mi trabajo consistía en determinar si la gente me decía la verdad.

Aunque Ethna Clancy no fuera aficionada al mundo de violencia en el que vivíamos, tampoco era el tipo de mujer que se amedrentaba fácilmente en público, y eso no hacía más que provocarme tirones en la entrepierna.

Me llevé un trozo a la boca y al levantar la vista del plato la encontré observándome mientras bebía de su copa de agua. Sin romper nuestra mirada, arqueé una ceja y sonreí tras echar un vistazo rápido y constatar que nadie nos observaba. Cada uno estaba sumergido en lo suyo, así que no escatimé en demostrarle que me había dado cuenta de que me estaba mirando.

Ella estiró la mano para colocar la copa de agua sobre la mesa, pero falló en su cálculo y terminó derramando el líquido sobre el mantel.

—Ay, por Dios, qué torpe soy —dijo antes de comenzar a secar el agua con la servilleta, provocando que el resto de las miradas se posaran en lo que pasaba.

La empleada doméstica encargada del servicio se acercó desde la esquina donde se encontraba para asistirla, y fue entonces cuando Claudia se inclinó hacia mí para hablarme con disimulo al oído:

—Estás jugando con fuego, Donovan. —Me dio unas palmaditas en el hombro—. Deberías cerciorarte de que Aidan esté conforme. Habla con él antes de que descubra cómo vosotros os miráis a sus espaldas. Ella es su medio hermana, y sé que no tengo que explicarte lo que eso significa. Tal vez no querrá verla en la lista de candidatas que escojas como posibles esposas, o tal vez sí, deberías averiguarlo antes de avanzar. Tómalo como un consejo, no esperes a que se entere de otra manera.

—Lo sé muy bien, no te preocupes. Seguramente guarda a Ethna para una posible alianza que sume beneficios al negocio. Ignoraba que estuvieras al tanto de que debo encontrar esposa.

—Fue mi consejo: casarte a ti y a Foster para alejar la atención depositada en vosotros. Dos hombres de familia siempre son mejor vistos, aunque creo que Aidan ya lo estaba considerando. Hace demasiados años que estoy en esta familia, y significa que sé cómo funcionan las cosas; parece que tú no.

—Bueno, ¡esto sí que es una sorpresa! Ahora eres algo así como el *consigliere* de la Irish Mob.

—No hay ese rango en nuestro clan, pero tal vez podría reclamar el puesto, ya que, sí, soy el miembro más antiguo dentro de la familia. No tienes que ponerte a la defensiva conmigo, yo no soy nadie, solo te evito un malentendido —prosiguió—. Que Aidan haya tomado mi recomendación es pura casualidad, sabes perfectamente que él no escucha a nadie más que a sí mismo.

—Claudia, no me hagas caso, estoy de mal humor; no me agrada la idea de tener que casarme con nadie. Sé cómo funcionan las cosas, y siempre estaré dispuesto a lo que necesite mi *boss*. —Ella acarició mi mandíbula.

—Eres un buen chico, ya verás que no es tan grave como parece. Todos los hombres temen al matrimonio, pero mira a mis muchachos: ninguno se ve como si no lo disfrutara.

Asentí con la cabeza. ¿Qué podía decirle? No iba a ponerme a explicarle que yo me creía un hombre arruinado para hacer feliz a una mujer. Y en cuanto a Ethna, me gustaba, sí, me sentía atraído, pero era muy consciente de que yo tampoco era una buena opción para ella, así que debía dejar de tontear con esa atracción que me embargaba al verla, porque no me conducía a nada. Además, como acababa de insinuar Claudia, Aidan no la querría en mi lista. Ella no había hecho más que confirmarme lo que yo ya presentía. Por algo me había advertido.

Mi teléfono estaba sobre la mesa con la pantalla hacia abajo, y en ese momento comenzó a sonar.

Cogí la llamada y escuché lo que me decían al otro lado de la línea. Cerré los ojos un segundo mientras negaba con la cabeza antes de ponerme de pie para alejarme de la mesa y así poder hablar con más soltura.

—¿Cuántas bajas?… Mierda, ok, ya voy para allá.

Apenas colgué, me dirigí a la cabecera de la mesa donde estaba sentado Aidan y me incliné para hablarle al oído.

—¡Joder! —gritó el jefe apenas le conté que habían atacado otro de nuestros depósitos. Presionó el puente de su nariz, sacudió la cabeza y se puso de pie.

Inmediatamente arrojó la servilleta sobre la mesa, miró a Keiran y le hizo una seña para que se acercara, al tiempo que nos alejábamos del comedor.

—Acaban de atacar el depósito sur de Westport —le informó.

Capítulo catorce

ETHNA

En el instante en que Donovan cogió esa llamada, supe que algo grave estaba pasando, incluso lo comprendí antes de que Aidan lo corroborara.

Los hombres se fueron y terminamos de almorzar, pero el ambiente había quedado enrarecido, pues, aunque el ataque aparentemente ya había pasado, el peligro en nuestro mundo siempre estaba candente; además, conociendo a Aidan, sabía que no iba a detenerse hasta tanto descubriera al autor. No le importaría descender hasta el mismísimo infierno para hallar al culpable, lo que provocaría que todos sus hombres, incluidos Keiran y Donovan, se unieran a él.

Acababa de entrar en mi casa. La tarde estaba inusitadamente cálida para la fecha en la que estábamos, pero todavía sentía frío en todo el cuerpo y no creía que volviera a sentirme con la temperatura corporal normalizada hasta que Alex me avisara de que todos habían regresado en una sola pieza, lo que me hacía extrañar más la tranquilidad de mi apartamento en la ciudad, pues allá no me enteraba de estos reveses.

—¿Ya regresaste? Pensé que te quedarías más tiempo —dijo Valentina saliendo de la cocina.

—El almuerzo fue interrumpido por una situación imprevista. Los hombres tuvieron que marcharse, ya sabes: nunca se sabe el momento en el que tienen que irse, y mucho menos el momento ni la forma en la que regresarán.

Me dejé caer en el sofá de la sala. Valentina se unió de inmediato a mí.

—¿Y? Cuéntamelo todo.

Fingí que no sabía de lo que me estaba hablando.

—No tengo idea de las actividades de la organización, ni pienso inmiscuirme en eso. No soy partidaria del mundo en el que vivimos, así que para mí es mejor no saber.

—¿Podrías dejar de actuar como si no supieras lo que te estoy preguntando?

—Te digo que hubo un problema, pero no entendí nada.

—Bien, cuando dejes de fingir demencia y quieras contarme, me avisas. Tal vez deje lo que esté haciendo y tenga ganas de prestarte atención.

Me sentí agradecida porque Val desistiera de seguir indagando, ya que no estaba preparada para sacar a relucir el malestar que me invadía y no podía manejar.

Había escuchado parte del intercambio entre Claudia y él, y ahora tenía conocimiento pleno de que Aidan esperaba que Donovan consiguiera una esposa rápidamente, y eso me había contrariado.

«¡Joder!».

No debería importarme lo que él hiciera con su vida, pero desde que escuché la conversación mi mente no pudo apartar la noticia de que muy pronto Donovan Connell le pertenecería a otra mujer.

Toqué mi pecho; algo dentro de mí se sentía extraño. Era como si de pronto mi cuerpo estuviera trepidando por dentro. Levanté la mano y la llevé a mi cuello, al lugar exacto donde Donovan había apoyado su mano palpando mi pulso. No estaba muy segura de por qué tuve la necesidad de hacerlo, pero de pronto me encontré inhalando la punta de mis dedos donde aún persistía el aroma de su loción. En ese momento ansié poder enfrascar su perfume y me sentí celosa de la persona que pronto podría disfrutar de su olor a diario.

Recostada en el sillón, me quedé mirando el techo, como sumergida en una ensoñación y pensando en lo que pasó, en la proximidad de nuestros cuerpos cuando me detuvo antes de entrar.

Se trataba de una sensación extraña, pues, a menudo, cuando me obligaba a estar con un hombre para demostrarme que no era un

bicho raro, no conseguía más que comprobar que lo único que podía sentir era indiferencia hacia el sexo opuesto.

En aquel instante vino a mi mente la primera vez que tuve relaciones sexuales. Fue como un acto automatizado lo que mi cuerpo ejerció, y así había sido siempre que tuve sexo, incluso con el paso del tiempo hasta llegué a pensar que lo que a mí me atraía eran las mujeres, ya que con ellas me sentía cómoda, pero cuando quise abordar una relación con una, tampoco pude. Lo sentí tan indeseable como con un hombre.

Tampoco fueron tantos los individuos con los que me acosté. Valentina decía que todos con los que estuve eran unos idiotas y no supieron llevarme al clímax, pero tras intentarlo terminé por comprobar que efectivamente en mi cuerpo existía un problema; al parecer, yo no era apta para sentir nada, así que, por tal razón, desde hacía varios años, desistí de someterme a la humillación que suponía intentarlo otra vez.

Sin embargo, hoy con Donovan fue diferente. Su mano rozando mi piel hizo que me estremeciera sin causarme un repelús que tuviera que disimular; lo que sentí con su caricia fue otra sensación que nadie había despertado nunca en mí y que percibí agradable.

De pronto la imagen de mi hermana muerta y torturada, puesto que nuestra madre nos obligó a ver su cuerpo mutilado, me sacó de la fantasía en la que me encontraba, haciéndome comprender que sus manos no siempre olían a perfume, y que con más frecuencia de lo normal se impregnaban del olor metálico de la sangre.

Mi cuerpo se tornó rígido y me puse de pie. No podía entender por qué justamente con él mi piel había decidido despertarse del letargo en que había estado. Respiré profundamente y me sentí agobiada, y noté cómo la sangre corría en tropel dentro de mis venas; incluso advertí cómo mi corazón comenzó a latir demasiado rápido y mi pulso se disparó con tanto ímpetu que agradecí estar sola, porque estaba segura de que el rubor en mis mejillas era evidente.

Lo sé, era una mujer adulta, pero por alguna razón que no lograba desentrañar, el sexo siempre había sido un tabú para mí, aun cuando hacía mucho tiempo que había dejado de ser virgen.

Me masajeé el ceño para aliviar la preocupación y para animarme a dejar de pensar, pues sabía muy bien que cuando estaba preocupada, ese gesto era lo que me delataba.

Siempre me he escudado en una imagen de *femme fatale,* esa actitud me había servido para que los hombres me vieran como alguien inalcanzable. La maniobra muchas veces fue perfecta para alejarlos, pero ahora quería ser notoria precisamente con quien menos tenía que desear serlo.

Capítulo quince

DONOVAN

Llegamos al depósito sur, en Wesport, y dos de nuestros hombres nos estaban esperando fuera. A simple vista se podía observar que se encontraban bastante magullados.

Al ver a Aidan descender del Escalade que se aparcó frente a mi automóvil, se congelaron, y sus rostros palidecieron. No los culpaba por mostrarse temerosos: nuestro *boss* estaba más que cabreado tras recibir un segundo golpe en tan corto tiempo.

Nos acercamos a la entrada.

—Jefe, lo sentimos, nos cayeron por sorpresa, fue todo demasiado rápido… Le juro que no tuvimos oportunidad de hacer nada —se atrevió a decir uno, pero fue literalmente ignorado por Aidan, que pasó al interior del cobertizo sin siquiera mirarlo.

—Caminad —les indiqué a ambos. El que habló entró cojeando y con un fuerte golpe en la cabeza del que manaba abundante sangre. El otro se cogía del costado a la altura de las costillas.

Aidan recorrió en silencio el desastre que estaba a la vista: cuerpos acribillados y una pila de cajas con armas desparramadas a medio camino, como si en el último momento hubieran decidido dejarla.

En ese instante llegó Foster, y casi por detrás arribó Cian, que era el encargado de todos los guardias.

—Mierda —dijo este último al ver la gran cantidad de pérdidas que había.

—Quiero un inventario lo más rápido posible para saber cuánto es lo que se llevaron —dijo nuestro *boss*.

Aidan se acomodó el abrigo cogiéndolo por las solapas y como una pantera al acecho se acercó a uno de los soldados que sobrevivió, quedándose a muy escasos centímetros de este y mirándolo muy fijamente.

El hombre temblaba sin disimular su temor, y con razón, porque, sin mediar palabra, Aidan Cavanaugh sacó uno de sus puños y lo impactó de lleno en medio de su vientre, dejándolo sin aliento y doblado por el dolor.

—¿Qué mierda estabais haciendo que os cogieron por sorpresa?

—Perdón, jefe, perdón… —suplicó el otro arrodillándose frente a Aidan.

Cogiéndolo por la chaqueta, lo puse de pie frente a nuestro *boss*.

—Deja de lloriquear —le indiqué sin paciencia, no había nada más exasperante que oír las súplicas de un maldito cobarde.

Mientras nosotros nos ocupábamos de esos inservibles, Keiran, Foster y Cian contabilizaban los daños.

—Dime, ¿acaso anoche no se envió una alerta de seguridad?, ¿o es que no estabas al tanto de que ya habían atacado otro de nuestros depósitos y que tenías que estar espabilado? —preguntó Aidan con ironía al joven soldado, que había dejado de hablar, pero que tiritaba como una hoja.

—Sí, sí, señor, por supuesto que nos llegó la alerta. Fue imprevisto lo que sucedió, todo pasó de forma muy sincronizada, y además eran demasiados hombres, estaban encapuchados y tenían estudiado cada movimiento; se colaron por el techo —contó el que se sostenía la costilla.

Ambos miramos hacia arriba y vimos las chapas faltantes.

—Bajaron a rapel, no nos dieron tiempo a nada. Estoy seguro de que me cargué al menos a uno —expresó con orgullo—, pero se lo llevaron cuando me desmayé por el golpe en mi cabeza. Creo que no me remataron porque ya habían pasado demasiados minutos, o tal vez porque querían dejar a alguien con vida para que contase lo profesionales que fueron. Nos superaban en número, y era como si supieran dónde estábamos cada uno.

Aidan me miró al escuchar lo relatado por el soldado.

—¿Quién estaba a cargo de las cámaras?

—Yo mismo, se-ñor —expresó entrecortado el que había relatado el arribo, y que aún sostenía entre mis manos para que Aidan hiciera lo que quisiera con él.

Aidan se acercó a él y lo miró furioso.

El idiota cobarde empezó a suplicar nuevamente. Era obvio que se trataba de un ratón de biblioteca que solo servía para estar frente a un ordenador.

—¿Quiere ver las filmaciones de las cámaras?

—Camina, Byte. —Ese soldado se llamaba Doran Meyler, pero lo llamé así porque trabajaba frente a un ordenador, así que empleé el nombre de la unidad de almacenamiento y manipulación de datos que se utiliza en la mayoría de los sistemas informáticos y en telecomunicaciones.

Le di un empujón para que el bueno para nada se moviese, ya que incluso hasta se había orinado frente a Aidan y permanecía estático por más que ya lo había soltado.

—No había nada anormal, se-se-se lo juro, señor, —dijo tartamudeando—. Nada que indicara que algo estaba sucediendo, nunca se cortó la imagen, ni apareció nadie en la pantalla para alertarme —explicó decidido mientras nos hacía ver las imágenes del momento del ataque.

Nos miramos Aidan y yo, y Keiran, que se había acercado, dijo:

—Se me ocurre que tal vez utilizaron un bloqueador de señal para transmitir las imágenes que ellos querían que viéramos.

—Hijos de puta, se creen tan impunes que se dan el lujo de atacarnos a plena luz del día —blasfemó nuestro jefe.

—Pasa las grabaciones de las imágenes de seguridad nuevamente —le indiqué a Byte, y todos nos centramos en ellas—.Ahí, retrocede —El empleado informático lo hizo, y cuando fue el momento que había alcanzado a detectar, señalé—: Hace como un pequeño parpadeo, ¿lo visteis? Es casi imperceptible, pero es lo único que noto.

Aidan golpeó la mesa y todo lo que estaba arriba brincó, y algunas cosas cayeron al suelo.

Estaba furioso y no me sorprendía, ya que en menos de veinticuatro horas habíamos sufrido dos ataques casi simultáneos.

Al momento de salir del depósito, y luego de dar las indicaciones para que se les diera sepultura a los soldados caídos, Aidan nos ordenó a Foster y a mí:

—Quiero que vigiléis a estos dos que quedaron vivos. Cercioraos de que no tienen nada que ver con los atacantes, sobre todo no perdáis de vista al de las cámaras: es muy fácil de persuadir, es un timorato.

—No te preocupes, pensaba hacerlo —le confirmé—. El otro dijo que parecían saber muy bien la ubicación de todo, eso me dio que pensar.

—A mí también —aseveró Aidan—. Keiran, te encargas de resarcir a las familias de los muertos, por favor.

—Claro, hermano, despreocúpate de eso; también me ocuparé de dar las condolencias en nombre de la familia.

—Aunque ya lo había hecho, he dado órdenes para reforzar aún más la seguridad de todos los depósitos —indicó Cian antes de que Aidan le dijera nada.

—Quiero gente vigilando dentro y fuera, pero que no estén visibles. No nos podemos fiar de las cámaras de seguridad, porque es posible que hayan sido hackeadas —ordenó Aidan—, así que establece guardias en todo el perímetro, no quiero ninguna excusa.

—Tal vez anoche también actuaron de la misma forma, pero como no dejaron a nadie vivo… —aportó Foster—. Tiene bastante lógica para echar luz a lo ocurrido en la masacre de nuestros hombres en el depósito Norte. Propongo volver a revisar las cámaras.

En ese instante llegaron más hombres para limpiar el lugar.

—Donovan, tienes el disco con las grabaciones originales para que analicen si fueron manipuladas, ¿verdad?

—Lo tiene Foster, Aidan.

—Bien.

—Yo me encargo de eso —corroboró él.

—Donovan, quiero que lleves a Robinson al campo en Rowley. Normalmente tú y Róni os encargáis de esto, pero como él no está, avísame cuando la tengas ahí. Necesitamos tener una conversación con ella para ver por qué hay tantos fallos en la seguridad informática.

—Ya mismo la busco.

De camino, mi teléfono sonó, y al ver el número sonreí: era la llamada que estaba esperando.

—Hola, Yuhang. Dime, por favor, que tienes buenas noticias para mí y que por fin podremos vigilar a esos chinos del demonio.

—Señor, ya alquilé el apartamento en China Town, y dé por seguro que muy pronto estaré dentro de la organización.

—Confío en que eso también lo conseguirás. Pásame la dirección. Si esos chinos hijos de puta son los responsables de los ataques, juro que les haré pagar cada gota de sangre de nuestros hombres.

—Así será, señor.

Capítulo dieciséis

DONOVAN

Fui tras Robinson, como me había ordenado Aidan. Llegué a su casa en el vecindario de Dorchester y aparqué retirado de la entrada. No tenía pensado llamar para entrar, pues si ella estaba implicada, al verme, podría intentar escapar. Sabía que había otra entrada por detrás de la propiedad, así que sigilosamente fui hacia allí.

Forzar la cerradura de la cocina no requirió mucho esfuerzo, y en cuanto entré lo que vi me advirtió que algo no andaba bien, porque todo estaba tirado por el suelo en la sala.

—¡Joder!

Desenfundé mi arma y entré agazapado. Reinaba un profundo silencio, así que no creía encontrar ningún contratiempo, pero siempre era mejor prevenir que curar. Algo me decía que había llegado demasiado tarde; empecé a revisar habitación por habitación hasta que di con su estudio. Cuando entré, Robinson tenía la cabeza sobre un charco de sangre encima del ordenador. Al rodear el escritorio, la pantalla mostraba la cámara del último depósito atacado.

—¡Mierda!

Por el desorden en toda la casa, todo hacía suponer que no había cooperado de buena gana, sin embargo, la habían doblegado, y lo más seguro era que lo habían conseguido.

Guardé el arma y cogí mi teléfono para hablar con Aidan y ponerlo al tanto de lo ocurrido. Inmediatamente tras cortar con él llamé a un equipo de limpieza para que viniesen a encargarse de levantar el cuerpo de la chica y borrar todo rastro que pudiera llevar a nosotros.

Lo que acababa de ocurrir era muy grave, y significaba un mazazo en nuestra seguridad. Era imperioso reforzar cada sitio de inmediato.

Me quedé a esperar a nuestros hombres. Mientras llegaban, me encargué de correr el cuerpo de Robinson para llevarme su ordenador. Necesitábamos analizar los sitios adonde había entrado para poder calcular la información que manejaba el enemigo. No sería mucha, pues había accesos en los que Aidan recibía una alerta si eran vulnerados, y eso no había ocurrido. Era de suponer que ella los había advertido y que, con suerte, solo habían accedido adonde se habían ocasionado los últimos daños. Para cerciorarnos bien, lo mejor sería que Trevor se metiese en el ordenador de Robinson para analizarlo. Cogí también su móvil y me encargué de registrar toda la casa en busca de cada uno de los artefactos tecnológicos que ella pudiera tener.

ETHNA

Permanecía en la sala organizando mis pendientes. Había decidido trabajar hasta tarde, pues no quería llegar mañana a la constructora y que el caos me tomara por sorpresa, incluso tenía varias obras que debía pasar a inspeccionar.

Estaba tan concentrada en el trabajo que cuando Valentina entró corriendo desde la cocina, llamándome a viva voz, me sobresalté.

—¿Qué cuernos te pasa? Casi me matas del susto.

—Está aquí, está fuera.

—¿De quién hablas? —pregunté mientras dejaba mi portátil a un lado y bajaba las piernas, que tenía recogidas bajo mi trasero.

—Donovan, lo vi desde la ventana de la cocina cuando llegó. Está hablando con Brandan —me indicó, tironeando de mi mano para que me pusiera de pie.

—Déjame, ¿acaso crees que voy a salir? Estoy segura de que si está aquí, no es por mí.

—¿Ah no? ¿Y entonces por qué pasaría por la casa? Viene de la mansión, y, que yo sepa, si va de salida, no tiene por qué pasar por aquí.

—En tal caso, que llame a la puerta, no seré yo la que me acerque a verlo.

—No seas tonta, debe haber venido a traer a Róni. ¿Qué tal si sales como que vas para la casa grande a verlos y así te cruzas con él?

—Estoy en pijama.

—Estás completamente vestida.

—Con el frío que hace fuera, se dará cuenta de que no estoy preparada para salir de casa. Además, no sé por qué te sigo la corriente, no quiero verlo. No tengo por qué hacerlo.

Val continuó tironeando de mí y ahora estábamos junto a la ventana, pero como la cortina estaba cerrada, él no nos podía ver.

—No quiero espiar. Es muy inteligente y está entrenado incluso para tenere ojos en la nuca. Nos puede ver y… me moriría de vergüenza.

—No entiendo por qué siempre estás reprimiéndote.

—No lo hago, él no me interesa.

—Ja, eso no te lo crees ni tú.

—Además, ya está buscando esposa. Aidan se lo ordenó.

—Parece que eso te tiene preocupada. No te atrevas a decirme que no, porque te conozco.

—Por supuesto que no me preocupa; no se puede hablar contigo, solo te hice un comentario.

—Pídeselo a tu hermano, dile que tú te quieres casar con él.

—¿Estás totalmente loca? No me quiero casar, y menos con él.

Valentina apartó levemente la cortina y la tentación fue muy grande. Como estaba levemente inclinada, por encima de ella eché una ojeada.

—Además, los matrimonios arreglados no funcionan de esa forma. La mujer no es la que elige —agregué inconscientemente, sin ocultar que me había quedado pensando en ello.

—Pero el *boss* es tu medio hermano, así que solo tienes que sugerírselo y él lo arreglará para ti.

—Mierda —blasfemé y tiré de Valentina para que la cortina se cerrara, puesto que Donovan en ese momento había ladeado la cabeza para mirar hacia la casa.

—No seas cobarde, tarde o temprano te arreglarán un matrimonio, y no creo que pase mucho tiempo, pues no estás muy jovencita que digamos. Mejor que tú elijas con quién, y no que te impongan un hombre que no te apetezca.

—Donovan no me apetece, y es mucho menor que yo.

—Serías muy tonta si en verdad no te apeteciera, porque está como un tren eléctrico. Y la edad no es un impedimento: la mafia casa a sus hijas con viejos decrépitos. ¿Qué hay si fuera al revés? Y vamos, que tampoco es el caso: tú no eres una vieja, solo tienes unos pocos meses más que Róni. Y… mi vida, además —levantó mis tetas con sus manos— aún están en su lugar, y sin cirugía. Donovan Connell debería sentirse muy halagado si lo reclamas.

DONOVAN

El día se había pasado en un frenesí de contratiempos.

Estaba muy cansado, ya que había sido una jornada extremadamente larga.

Acababa de llegar de recoger del aeropuerto a Róni y a su esposa, y de escoltarlos hasta su casa. En el camino había puesto a Rónán al corriente de cuanto estaba ocurriendo, y mi cabeza estaba a punto de estallar, pues los problemas sobraban.

Lo único que ansiaba tras llegar a casa era darme una ducha y dormir algunas horas, ya que estaba casi sin pegar ojo desde que los malditos chinos nos atacaron por primera vez. No necesitaba confirmación, mi olfato me decía que ellos habían sido los autores materiales de los dos ataques.

El agotamiento esa noche comenzaba a pasarme factura, pues al no estar ninguno de mis jefes en la ciudad cuando todo ocurrió, fue una gran tensión la que acumulé, ya que la responsabilidad recayó en mis hombros por ser el hombre de más confianza de los hermanos Cavanaugh, y a quien habían dejado a cargo de todo mientras se ausentaban de la ciudad. Eso me tenía mal. Había hablado con Róni, Kei y Aidan para hacerles saber cómo me sentía por haberles fallado, y aunque los tres intentaron no hacerme sentir

tan culpable, alegando que, de haber estado ellos, tampoco hubieran podido evitar los acometimientos, yo seguía juzgándome responsable.

Debido al mucho cansancio mental y físico que acarreaba, organicé con Foster y esa noche se quedó él en la casa de vigilancia que conseguimos alquilar en China Town, desde donde podíamos observar a los presuntos autores del ataque, pues teníamos una buena vista del restaurante chino donde sabíamos que se reunían los integrantes de poca monta de la tríada. Además, confiaba en que Yuhang pronto se infiltraría en el corazón de la mafia china y frenaríamos sus intenciones contra nuestro clan.

Yuhang era un soldado muy astuto. El chico tenía condiciones, y estaba seguro de que muy pronto escalaría posiciones dentro de nuestra organización, pues era sagaz y muy lanzado. Su nacionalidad era estadounidense, pero con raíces chinas e irlandesas, una conveniente mezcla que nos venía como anillo al dedo, ya que su fisonomía, por parecerse a su madre de etnia oriental, pasaba desapercibida y era ideal para infiltrarlo entre nuestros enemigos; otra ventaja era que manejaba muy bien el idioma.

Al entrar en casa, Juno y Marcus vinieron a mi encuentro. Su recibimiento siempre era exagerado, pues ambos pugnaban por mi atención. Juno era una preciosa hembra, y Marcus, un fatuo macho, ambos de color negro y de raza dóberman.

—Hey, sentados —dije mientras los abrazaba a ambos. Eran atléticos, de muy buen temperamento, los mejores protectores, pero también sumamente cariñosos conmigo, y estaban entrenados para atacar.

Pasé junto al dispositivo de voz y le indiqué que la música comenzara en todas las habitaciones de la casa donde tenía configurados mis equipos de sonido Echo. Le había pedido a Alexa escuchar *Where Are You*[1] de Elvis Drew, y mientras comenzaban los primeros acordes de la canción me deshice del abrigo y caminé hacia el baño. En el trayecto fui despojándome de toda la ropa, quedándome solo con mis armas.

Mi pensamiento voló al momento antes de salir de Manor Place. Había cogido el sendero que llevaba a la casa que ahora ocupaba ella; como un tonto adolescente busqué cualquier excusa para descender de mi automóvil y hablar con sus custodios para intentar verla, aunque fuera de lejos. Así que agucé la vista para indagar a través de alguna de las ventanas.

Al darme cuenta de lo estúpido que estaba siendo, sin mediar palabra, monté en mi coche y salí de los terrenos de la mansión lo más pronto que pude.

Estaba obsesionándome con esa mujer, nunca me había pasado con ninguna otra. No era bueno para mí no poder pasar página.

Moví la cabeza negando, al comprender el rumbo de mis pensamientos, y de inmediato dejé las armas sobre la mesa del lavabo e hice una pausa antes de entrar en la cabina de la ducha. Una extraña sensación me invadió; me insté a hacerla a un lado y di un paso para entrar bajo el chorro que acababa de abrir.

ETHNA

Junté mis cosas y hui a mi habitación dejando atrás a Valentina.

Mis ojos se humedecieron al entrar y cerrar la puerta tras de mí, comprendiendo lo que me pasaba. Era una cobarde que solo buscaba excusas.

En nuestro mundo retorcido, nadie se preocuparía si decidía amar al asesino de mi hermana menor. Las reglas en la mafia estaban hechas para cumplirse, y si alguien las violentaba, se quitaba del camino y se seguía adelante. Se trataba de simple supervivencia: tomar una vida para garantizar la propia y las de todos los miembros de la organización era lo correcto.

Así que debía dejar de esconderme en esa tonta excusa por más inhumana que pareciera, tenía que aceptar que estaba aterrada de quedar en evidencia frente a él y que mi secreto mejor guardado fuera descubierto.

Si era sincera conmigo misma, no podía negar que me asustaba la idea de que él supiera que era una muñeca incompleta, que además

estaba hecha de hielo, y que mi exterior no era más que una fachada para que nadie se me acercara.

A simple vista era una hembra inalcanzable e inconformista. Prefería que los hombres creyeran eso a que se enterasen de que no era capaz de sentir ninguna emoción en la intimidad, y que sentía repugnancia de que me tocaran y me besaran.

No sabía lo que era hacer el amor, y mucho menos disfrutar del sexo. Aborrecía el contacto físico con cualquier hombre. Pero él me atraía de una manera inconsciente y desmedida. Donovan era viril de los pies a la cabeza, yo adoraba mirar sus fuertes manos y quería verlas aferradas a mi carne, sin embargo, estaba segura de que si lo dejaba entrar en mi vida no podría soportar no sentir la idiosincrasia de su sexo invadiendo el mío; yo estaba rota, era una mujer incompleta, y él era demasiado hombre para soportar mi frialdad. Jamás podría complacerlo como seguramente él pretendía de su mujer.

Asimismo, estaba segura de que Donovan era tan experimentado en la cama que no podría simular a su lado, él se daría cuenta de mis orgasmos fingidos.

Valentina no comprendía, y por eso buscaba incentivarme a estar con él. Ella sabía de mis limitaciones, pero pensaba que se trataba de que no había encontrado al hombre conveniente. Siempre sentí vergüenza de la mujer que yo era.

Muy a mi pesar, tampoco soportaba la idea de saberlo con otra.

Capítulo diecisiete

ETHNA

Muy temprano estaba lista para retomar mis actividades laborales. Me había llevado más tiempo del habitual arreglarme, tal vez inconscientemente lo hice para dilatar mi ida a la constructora.

Debía recuperar las riendas de mi vida.

Al salir de casa no encontré mi automóvil, como había solicitado el día anterior, pero sí estaban mis custodios esperándome para llevarme a bordo de un SUV del mismo modelo que usaba toda la familia para trasladarse.

—¿Dónde está mi coche?

—Buenos días, señorita Clancy. Se nos ha indicado que no puede conducir sola, que lo mejor para su seguridad es que nosotros la llevemos y la traigamos escoltada cada día.

Estaba furiosa, esto no ayudaba a mis inseguridades, y de esta forma no iba a poder superar el ataque que había sufrido. No era un capricho, solo necesitaba que mi vida volviese a ser como antes del atentado.

Cogí mi móvil y llamé a Aidan. No había podido hablar con él antes, como había planeado, pero ahora iba a hacerlo. Mi hermano atendió al segundo tono.

—Buenos días.

—Quiero mi automóvil, puedo conducir yo misma hasta la constructora, quiero volver a tener la vida que siempre tuve. Soy una mujer independiente y no pretendo dejar de serlo porque ahora sé que soy tu medio hermana.

—¡Qué bien que me has llamado! Apenas llegase a la empresa, iba a pedirle a mi secretaria que te informara que te espero para

almorzar en Point Italian Steakhouse a las doce y cuarto. Tenemos cosas de las que hablar. Hay un encargo muy especial del que quiero que te ocupes cuanto antes, y solo confío en ti para llevarlo a cabo.

—Aidan, ¿oíste lo que dije?

—Por supuesto, pero nuestro jefe de seguridad dispuso dos agentes muy competentes para tu custodia, y también serán tus chóferes, y… ahí se quedan.

—Me importa una mierda lo que el jefe de seguridad haya dispuesto. Conduzco mi propio automóvil desde los diecisiete años, y así seguirá siendo. Accedí a vivir en Manor Place, pero no voy a ceder a mi independencia. Necesito trasladarme yo misma adonde me dé la gana.

—Es temporal, Ethna, no me compliques el día desde temprano. Tengo demasiados problemas para atender estos caprichos.

—Aidan, ¡quiero mi automóvil! —repetí enfáticamente.

Un profundo silencio invadió la línea. Estaba segura de que había cabreado lo suficiente a mi hermano y que se estaba conteniendo, pero no iba a depender de nadie para moverme por la ciudad a mi antojo.

—Te espero a las doce y cuarto en Point Italian Steakhouse. Ahora súbete al puto auto y ve a trabajar, o sigue adelante con el berrinche y quédate en la cama y no salgas de casa, me da igual, pero los custodios se quedan y tú no saldrás sola de esta propiedad, ¡carajo!

—Yo nunca he sido caprichosa, no se trata de eso. Papá siempre respetó mi independencia, y el tío también.

—Yo no soy ellos, yo cuido de mi familia, y haré todo lo que esté a mi alcance para protegerla. No es momento para que andes sola por la ciudad, te necesito a salvo.

La línea enmudeció. Me aparté el móvil de la oreja y me quedé viendo la pantalla. Aidan había colgado.

Miré a mis escoltas. Brandan McGuinness ya estaba situado tras el volante, y Oscar Kane aún permanecía estoico sosteniéndome la puerta esperando a que subiera. En ningún momento se habían apartado de sus lugares, como si supieran lo que Aidan iba a contestarme.

Cabreada y sintiéndome una tonta, subí al coche para ir a trabajar. No tenía otra opción. La ira desbordaba por cada poro de mi piel.

Después de una mañana ardua en CB, en la que puse en orden varias cosas que habían quedado en *standby* en mi ausencia, fui al aparcamiento donde mis custodios me esperaban en el Escalade en el que me trajeron por la mañana. Me dirigía al almuerzo que Aidan pactó conmigo hoy. Estaba segura de que se trataba de algún asunto de trabajo, así que me acomodé en el todoterreno y repasé mentalmente lo que le diría. Le dejaría claro que no pretendía seguir con niñeras a todas partes de la forma en que estaba sucediendo. Como no iba a quitarme a los escoltas, al menos que me siguieran detrás.

Al llegar, el SUV aparcó en el garaje del restaurante. Además del automóvil de Aidan estaba el de Róni. No estaba al tanto de que él también vendría.

Las puertas del elevador se abrieron y entré. Apenas me acomodé en el interior, escoltada por mis dos guardianes, noté en la periferia inmediata que Donovan se apresuraba para alcanzarnos. Nuestras miradas se encontraron y me congelé.

—Alto —gritó, alertando a Brandan para que impidiera que el elevador se cerrara.

En cuanto entró, miró con malhumor a mi custodio, palmeó su pecho con el revés de la mano en franca advertencia y chasqueó los dedos frente a sus ojos.

—Aguza tu instinto. Se supone que estás atento, sin embargo, no me viste venir.

—Lo siento, señor, no volverá a ocurrir.

—Por supuesto que no puede volver a ocurrir —le dijo con el rostro muy cerca del suyo, demostrándole por qué era considerado un depredador en nuestro mundo. Era evidente el respeto y la aprensión que Kane le tenía.

Brandan tragó saliva, y sus labios temblaron cuando le contestó. No había persona que no temiera a Donovan Connell. Tenía fama de despiadado, era un asesino que no temía nada ni a nadie. Aunque lo lógico sería que yo también le temiera, no era así, ya que ese hombre conseguía que me derritiera solo con oír su voz.

La puerta aún permanecía abierta y no podía apartar mi vista del rostro cabreado de Donovan ante la desatención de mis custodios. Él había dejado de mirar a Brandan para fijar su atención en Oscar. Nunca había sido testigo de una reacción tan visceral en él. Su cuerpo estaba tenso, sus dientes apretados, y las fosas de la nariz dilatadas, mientras que sus ojos eran como dos pozos insondables.

Se quedó ahí parado, con todos sus músculos en tensión, esperando que alguno de los dos se atreviera a decir una estupidez más, disculpándose por la distracción, luego ladeó la cabeza y sus ojos se posaron en mí, suavizando su gesto lentamente cuando su mirada se encontró con la mía.

—Fuera. Yo escoltaré a la señorita Clancy hasta el comedor. No sois necesarios arriba. Quedaos pendientes aquí, vigilando esta entrada.

Me estremecí al escuchar sus indicaciones; el hecho de pensar que nos quedaríamos solos me desestabilizaba. Mi estómago se agitó, incluso mi respiración se quedó atrapada en mi garganta y todo cuanto pude hacer fue ofrecerle un dubitativo saludo.

Vi a Donovan más guapo que nunca, o tal vez era mi impresión. Llevaba puesto un traje de negocios, y su apariencia era más oscura y peligrosa que con su chaqueta de cuero, pues era como ver a un lobo vestido con piel de cordero. En apariencia, correcto e inofensivo, pero indescifrable desde sus entrañas y letal como la muerte.

DONOVAN

Ella estaba nerviosa; apenas notó mi presencia, su cuerpo se tensó y no pudo disimular su inquietud.

Era normal para mí que la gente se mostrara atemorizada, pero no quería que con ella fuese así. Sin embargo, no podía dejar pasar por alto la imprudencia de sus custodios, por lo que ahora se mostraba doblemente asustada al escucharme regañar a esos papanatas inoperantes. Hice una anotación mental para ponerlos en evidencia con Cian, y comprobar si realmente eran los indicados para cuidarla.

Respondí a su saludo y me acomodé de espaldas a ella mirando hacia la puerta, ignorándola.

De inmediato noté la vacilación de su rostro en el reflejo que recogí en el acero del elevador.

Tenía la sensación de que ahora estaba decepcionada; tal vez esperaba un cálido saludo, pero ella fue la que quiso poner esta distancia entre nosotros. Me ubiqué en el único lugar que ella se preocupó por remarcar, yo solo era un empleado de su familia con quien no quería tener más trato del necesario.

—No sabía que tú también vendrías al almuerzo. Pensé que almorzaría con Aidan, pero al entrar he visto el automóvil de Róni —expresó rompiendo el hielo entre nosotros y demostrándome que no era para nada frágil, y desconcertándome al romper la distancia que me había pedido.

—Lamento incomodarla con mi presencia, señorita —le contesté sin dejar de mirar hacia la puerta.

—¿Señorita?

Giré mi cuerpo y la miré, noté un estremecimiento en ella, ignoré su pregunta y le dije:

—El señor Aidan dispuso mi asistencia. Se supone que soy el más versado para orientarla en lo que se le va a pedir.

—Ah, o sea que… ¿tú sabes de qué se trata?

—Por supuesto. —Asentí con la cabeza además de utilizar mi voz para contestar.

Se abrió la puerta del elevador en el comedor principal del restaurante, y tras constatar que la salida era segura, puse mi cuerpo con la espalda contra la pared escudriñando el piso principal del local de comidas.

—Adelante, es seguro, puede descender. La escoltaré hasta el comedor privado. A su derecha, por favor.

Asentí con la cabeza cuando ella pasó junto a mí. Era una hembra impresionante, y su perfume no hacía más que desestabilizar mi entrepierna. Joder, sería mejor que me calmara o me vería en serios problemas.

Pasamos junto a Heather, la recepcionista.

—Hola, Heather.

—Hola, Donovan —se atrevió a tutearme, y no se me escapó el asombro de Ethna al oírla.

—Parece que tú y esa… os conocéis bien.

—Cierto… —dije sin dar más detalles. No tenía por qué explicarle que nuestro trato no era más que el que había visto. Por mí, que pensara lo que quisiera.

Advertí su ira mal disimulada, y sonreí antes de que volviera a enfocarse en el camino.

Aproveché para admirarla. Ethna llevaba un peinado con una cola de caballo muy tirante que le despejaba por completo el rostro, haciendo que sus facciones se resaltaran. Estaba subida sobre unas botas de charol que le llegaban hasta debajo de la rodilla, con tacones muy altos, que realzaban sus piernas. Iba enfundada en un abrigo de pelo largo con un cinturón que marcaba su esbelta figura. Juro que no podía esperar a verla cuando se lo quitara y su cuerpo quedara expuesto en ese vestido de punto que había podido distinguir bajo la chaqueta.

Caminaba delante de mí con esa actitud que la caracterizaba. Siempre había destacado entre sus hermanas, no solo por su altura, sino porque a simple vista te dabas cuenta de que era una mujer que no era fácil de dominar. Altiva, soberbia y deslumbrante.

«Inalcanzable», me dije una vez más.

Cuando estábamos a punto de llegar, me apresuré para abrirle la puerta del comedor privado. Mis manos ardían por tocarla, pero eso era algo que solo podía desear y que jamás iba a suceder.

Si Ethna fuera otra fémina, habría acompañado su paso con mi mano en su cintura, pegándola a mi cuerpo para que sintiera el calor que mi piel desprendía por lo mucho que la deseaba.

Era imprescindible que detuviera mis pensamientos, puesto que adentro estaban Aidan y Róni, y este último me conocía demasiado y no sería fácil ocultar mi apetito por Ethna. ¡Joder! Necesitaba enmascarar el desorden que me producía esa bomba *sexy*. Debía controlarme o estaría en serios problemas.

Capítulo dieciocho

ETHNA

Entré en el comedor esperando que ni Róni ni Aidan se dieran cuenta del desbarajuste que su *enforcer* me producía.

Donovan conseguía con su cercanía que mi piel se sintiera en carne viva, deseando que sus manos me acariciaran para proporcionarme alivio.

Joder, cuando cogió el pomo de la puerta, casi me infarté. Vi su mano llena de tatuajes y la imaginé rodeando mi cuello mientras bombeaba con su sexo en el mío.

Toqué mi frente simulando arreglarme algún pelo fuera de lugar; lo cierto era que solo buscaba acallar mis pensamientos con la fricción.

¿Qué me estaba pasando?

Nunca había deseado a ningún hombre de esa forma, y a él lo quería en mi vida, y nada parecía funcionar para alejarme por completo.

Ese macho me intrigaba, y me atraía, y me convertía en una mujer desconocida para mí misma.

Tal vez lo que sucedía es que después del atentado me había transformado en una persona muy retorcida.

Volví a tocarme la frente porque estaba olvidando mis limitaciones. El deseo por Donovan parecía ser más fuerte que nada.

—¡Hola, hermanita! —Róni se puso de pie al verme entrar. Había llegado por la noche y aún no había tenido el gusto de saludarlo a su regreso de su interrumpida luna de miel.

Me sentí agradecida porque su voz me apartara de mis morbosos pensamientos.

Abrí mis brazos y lo abracé, permitiendo que él me acurrucara en los suyos.

Luego me aparté y saludé a Aidan. Él era más medido en sus demostraciones, más parco, cauteloso, incluso más frío.

—Me colgaste el teléfono esta mañana. La conversación de todas formas no terminó entre nosotros y espero que me escuches —le advertí.

—¿Seguirás con lo mismo? Desde ya te digo que no, así que mejor no gastes saliva porque no cederé.

—Aidan, no rechazo mi custodia, pero no quiero chóferes. Podrían seguirme detrás para no sentir que pierdo por completo mi autonomía. Me gusta conducir, me gusta trasladarme por mis propios medios. Mi automóvil está blindado como los SUV de toda la familia. En eso —bajé la mirada porque me avergonzaba nombrarlo —, aunque papá no es santo de la devoción de nadie, él siempre fue cuidadoso con nuestra seguridad.

Vi por el rabillo del ojo que Róni asintió casi imperceptiblemente con la cabeza, y también noté que Donovan negaba con la suya al darse cuenta de que Aidan estaba titubeando y tal vez a punto de aceptar.

—Dios, ¿por qué serán tan complicadas las mujeres? No, Ethna, por ahora no. No digo que siempre será así, pero en este instante no es prudente que te traslades por tu cuenta. Todos estamos con la seguridad reforzada, ya que ha surgido una eventualidad que esperamos resolver muy pronto.

Donovan hizo girar sobre la mesa el encendedor con el que jugueteaba y lo guardó en el bolsillo de su pantalón. Creo que una sonrisa petulante curvó sus labios al escuchar que Aidan no cedía.

«Idiota». ¿Quién se creía para alegrarse por la decisión de mi hermano si después de todo él no tenía vela en este entierro?

Dejamos el tema zanjado. No iba a seguir con lo mismo, no era tan inmadura para no entender. Al menos ahora sabía que la situación no era permanente.

Avanzando en la reunión, primero charlamos brevemente del viaje de Róni y Deé, y me alegré de que, aunque fueron pocos días, me aseguró que lo pasaron muy bien en su luna de miel.

Al rato nos trajeron lo que habíamos pedido. No entendía el porqué de la presencia de Donovan, aunque me enteré de que también ocupaba un puesto en la empresa. Él siempre había estado fuera de mi campo visual, hasta ahora, claro, así que, como nunca me preocupé de su vida, aparte de que era el ejecutor del clan, me pilló por sorpresa enterarme de que tenía un título universitario.

—Y… ¿qué estudiaste?

—Soy licenciado en Comercio Internacional.

—No te imagino negociando… —dije con total sinceridad, y sé que soné desdeñosa. No podía no verlo como un homicida; él no se valía precisamente de las palabras para hacer su trabajo.

—No lo subestimes —me interrumpió Róni—. Donovan es un excelente negociador. Es un gran estratega que maneja a la perfección los traslados y la distribución de nuestras mercancías.

—Estás tomándome el pelo, no estás hablando de su trabajo en la empresa.

—Estás siendo grosera, hermanita —interrumpió Aidan—. Donovan no es tan rudimentario como insinúas, vas a herir su orgullo.

—Lo lamento —dije mirándolo a los ojos—, no fue mi intención.

—No se preocupe, entiendo que usted no me conoce, y es normal que pueda pensar que siendo quien soy no tenga otras habilidades más que para… —se acercó al centro de la mesa y habló más bajo— matar.

Sentí el rubor en mis mejillas, y entonces todos empezaron a reírse.

—Relájate —me indicó Rónán al tiempo que frotó mi hombro cuando notó que me ponía rígida—. Donovan es de nuestra absoluta confianza, es muy capaz e instruido. Maneja a la perfección cuatro idiomas, algo crucial en su carrera universitaria. Estamos bromeando, no tienes que ponerte así. Tú y nuestras actividades no congeniáis muy bien, pero, y ahora no bromeo, no tienes que cohibirte con él. Puedes tratarlo como si fuera de nuestra familia, y confiar en Donovan. Nosotros lo hacemos plenamente.

—Creí que os habíais llegado a conocer bastante durante y después del atentado —insinuó Aidan mientras sorbía de su copa de

vino.

—La señorita Clancy quedó agradecida conmigo porque la contuve al teléfono, y fue muy amable haciéndomelo saber.

—Sí, gracias una vez más, ese día estaba muy asustada, y él fue muy solícito. Para ustedes ciertos acontecimientos son muy comunes —expliqué—, no para mí. Todavía tenía en la cabeza resonando los disparos del día en que asaltaron la isla en Grecia. No estaba repuesta del susto cuando se metieron en mi empresa y mataron a todos los que estaban a mi alrededor y me hirieron.

Él asintió con la cabeza.

—Uff, cuanta solemnidad, me aburrís. Ethna, él es Donovan. Donovan, ella es Ethna. Empezad a tutearos porque debéis pasar varias horas juntos. —Miré a Aidan desconcertada—. Lo que te quiero encargar es algo muy minucioso y secreto, por lo que necesito que os llevéis bien, hermana. Donovan te ayudará con el diseño de la nueva sala de interrogatorios; él te explicará lo que necesitamos en el nuevo lugar que queremos que construyas. Tiene que ser un sitio del que nadie pueda darse cuenta de que existe, y debe estar en alguno de nuestros clubes o donde tú creas que es más conveniente, pero en la ciudad.

—Donovan te indicará las propiedades que tenemos disponibles, y tú decidirás cuál es la más idónea para tal fin —intervino Róni—, ya que el Kings está en la mira de los federales, incluso ya se ha desmantelado.

—También te debes encargar de ampliar ese *nightclub* para que no queden rastros de lo que alguna vez funcionó ahí. Tú me entiendes —dijo Aidan—: recubre las paredes con algo para que la sangre que alguna vez las pintó no sea detectada si alguien viene a allanar el sitio. Por ahora lo hemos evitado, pero uno nunca sabe.

Asentí con la cabeza. Estaba segura de que ese lugar olería a muerte. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo; tomé mi copa de vino y bebí para disimular lo nauseabundo que me resultaba lo que me estaban encargando.

—Queremos que trates con Donovan, porque te podrá guiar para preparar el lugar. Comprenderás que eres la persona idónea para este trabajo. Él se encargará de conseguirte a los trabajadores para

la obra, tú despreocúpate de eso. Donovan se asegurará de que no hablen de la existencia de ese lugar.

DONOVAN

Vi el pánico en sus ojos y supe que estaba imaginando lo que ocurriría con esa gente cuando terminaran el trabajo, teniendo en cuenta que ella solo veía en mí a un asesino. No me extrañó que pensara que el silencio de esas personas iba a cobrármelo con sus vidas. Por primera vez desde que me convertí en el *enforcer* de los Cavanaugh, su opinión me pesó; no quería que pensara eso de mí y traté de tranquilizarla.

—Me aseguraré de que todos los que trabajen en el proyecto sean leales al clan, a eso se refiere tu hermano —le aclaré.

—Por favor, Ethna —se quejó Aidan al comprender lo que ella pensaba—, no andamos por la vida matando gente sin motivo. ¿Qué estás imaginando?

—Nada —se apresuró a contestar.

Róni largó una carcajada.

—Tranquilízate, es como te dice Donovan —le aseguró—, no tendrás que cargar con esas muertes en tu conciencia. Respira, estás pálida.

—Dios —dijo aferrándose a la mesa mientras cerraba los ojos y respiraba muy hondo—, solo he puesto mi empresa para lavar dinero, nunca me inmiscuí en otra cosa. Deberíais comprender que no tengo idea de cómo funciona esto. Papá siempre me permitió mantenerme al margen. Yo no soy como mis hermanas, no sé lucha personal, no sé manejar armas; siempre he intentado ser una persona normal, aunque eso es imposible en nuestra familia.

—Exactamente, Ethna, no somos una familia normal, y te necesitamos.

—Lo sé, Aidan, lo sé, y os demostraré que podéis contar conmigo. Haré un trabajo impecable, y todo quedará como me pidáis. Tengo claro que no se puede escapar de nuestro designio; somos quienes somos, y nos ha tocado nacer en la mafia. No hay escapatoria para

ninguno de nosotros, solo que a algunos nos cuesta aceptarlo más que a otros. Tal vez Kei y yo nos parecemos en eso: él durante muchos años se mantuvo a un lado.

»Después de todo, el búnker de la casa y los dobles vestidores donde se guardan las armas —agité la mano— quedaron como querías, ¿no? Antes no te pareció mal que utilizara a mis empleados.

—¿Realmente crees que se trató de tu personal? ¿Crees que tus empleados están fuera de nuestra nómina? —le preguntó Aidan, y ella no supo qué contestarle—. Olvídalo. Ahora tú y nosotros sabemos que compartimos ADN además del compromiso por haber nacido en este clan. Me pareció bien hablar contigo sin tapujos. Creo que eres más fuerte de lo que piensan, aunque estos años te has mantenido al margen. Esta es otra etapa donde toda la familia tiene más participación.

—Serénate —intervino Róni—. Por lo mismo que te dice Aidan te pedimos esto. Por la confianza que sabemos que podemos depositar en ti. —Él tomó su mano y dejó un tierno beso sobre su piel. Sentí envidia de que fuera quien la consolara.

Ethna Clancy no estaba hecha para esta vida. Era una persona que habitaba por casualidad del destino en nuestro oscuro y aterrador mundo. Me intrigaba incluso que su padre la hubiera mantenido más inocente que a sus hermanas; por alguna razón era la que menos idea tenía de la vida que llevábamos, a pesar de ser la mayor de las tres hijas de Clancy.

Continuamos hablando de algunas características del lugar, y ella demostró tener muy buenas ideas.

Finalmente vinieron a retirar nuestros platos, no sin que los guardias que estaban fuera pidieran autorización, y entonces el camarero nos entregó la cartilla para que eligiésemos el postre.

—Yo paso —dijo Aidan poniéndose de pie y colocándose la chaqueta—. Tengo una reunión por videoconferencia: asuntos de la farmacéutica que no puedo desatender para que el resto de los negocios continúe funcionando.

Me estrechó la mano, y también a Róni.

—Nos vemos en la empresa, hermano —dijo.

—Sí, en un rato estoy allí —corroboró Rónán mientras le indicaba al camarero que le trajera un pastel de chocolate.

—Quiero lo mismo —indiqué.

—A mí, un café irlandés, por favor —pidió Ethna.

Aidan rodeó la mesa y dejó un beso en la base de la cabeza de su hermana.

—Estoy seguro de que tú y Donovan os entenderéis bien, y que interpretarás al dedillo todo lo que te pida —dijo antes de marcharse —. Lo más importante es la insonorización del lugar y el disimulo.

—Despreocúpate, me ocuparé de todo.

En cuanto se fue, Rónán me miró y entrecerró los ojos; sacó de su chaqueta una hoja doblada en cuatro y me la entregó.

—¿Qué es esto? —pregunté antes de abrirla.

—Mi ayuda, ya que no te decides. He confeccionado una lista con posibles candidatas para ti. Pensé que Ethna además podría colaborar, pues estoy seguro de que las conoce muy bien. Le estás dando largas al asunto. No querrás que Aidan se canse de esperar y elija por ti.

Ethna me quitó la hoja de la mano y leyó los nombres en voz alta.

—¿De verdad te parece que alguna de ellas es adecuada para él? —interrogó a Róni sin dejar que contestara—. Son todas unas idiotas e inmaduras —sentenció—. No creo que ninguna sea idónea para convertirse en su esposa.

—Tal vez debería ser yo quien elija, ¿no creéis?

Cogí la hoja y entre los nombres vi los dos de las mujeres que había considerado unos días atrás.

—Kylee York y Zoe Kinkaid. Ambas me parecen muy bonitas.

—Kylee York no tiene nada en el cerebro, igual que su amiga Zoe. Por favor, son dos niñas consentidas y egocéntricas. Ahora, si lo que quieres es convertirte en niñera de alguna de ellas, allá tú —me dijo sin tapujos.

—¿Y qué debería tener una mujer para estar a su altura según tú? —interrogó su hermano.

—Mínimamente, poder mantener con él una conversación coherente, si no, sería un total aburrimiento.

Nos miramos fijamente, aunque sabía que no era una buena idea con Róni ahí. Quería preguntarle si pensaba que nuestras conversaciones eran coherentes y entretenidas.

—No creo que en la cama vayan a hablar demasiado, Ethna. Vamos, ¡por favor! Todos sabemos que los matrimonios arreglados tienen más de sexo que otra cosa al principio. El resto llega con el tiempo.

—Para vosotros los hombres todo pasa por la cama. No veo para qué pides mi opinión.

—Me interesa su opinión —dije mirando a Róni—. Creo que ella tiene razón: una puta para llevarme a la cama la encuentro en cualquier lado.

—Exacto —aseguró ella.

—Pero estoy buscando una esposa. —Llevé la vista a Ethna, y sabía que estaba jugando con fuego con Róni sentado entre nosotros. Si había alguien que podía leerme demasiado bien, ese era él—. Se supone que esa mujer será con quien compartiré el resto de mi vida, así que debe tener algo especial que me anime a atarme a ella.

—Dijiste que Kylee York y Zoe Kinkaid eran de tu agrado. Es obvio que algo te atrajo de ellas, luego algo especial deben de tener. En fin, decídete por una y no hartes a Aidan —me aconsejó Róni.

ETHNA

Me puso de mal humor que Donovan pareciera considerar la propuesta de Róni, ya que no podía imaginarlo con ninguna de esas mujeres. Me exasperaba que él pareciera reflexionar que podría compartir algo con alguna de ellas, y odiaba el solo pensamiento, que hubiera admitido que sus nombres rondaran en su cabeza como posible elección.

Necesitaba encontrar la forma para que la conversación se acabara; no quería formar parte de ella, y mucho menos que ninguna de esas furcias con bandera de damiselas en apuro pasara a ser su realidad más próxima.

Un profundo peso se asentó en mis entrañas al comprenderlo. Lo único que se me ocurrió fue mirar la hora y decir:

—Necesito moverme. ¿Vamos a ver esos lugares que dijo Aidan o no? Tengo otras cosas que hacer.

Donovan me quitó la hoja de la mano, la dobló y la metió en su chaqueta.

—Estudiaré tu lista más tarde —le contestó a Róni, y me miró al hacerlo.

El teléfono de mi hermano sonó, y él cogió la llamada, alejándose para hablar. Aproveché para ponerme de pie, esperando que Donovan también lo hiciera.

Por suerte, parecía que la llamada era importante. Róni nos hizo una seña para que nos fuéramos, y expresó con mímica que nos veríamos en la casa por la noche.

Salimos del comedor, y cuando los ojos de Rónán se alejaron, Donovan tomó mi brazo guiándome hacia el ascensor como si quisiera que entrásemos rápidamente allí para que nadie se uniera a nosotros.

Al entrar en la caja metálica, intenté alejarme al fondo del elevador, pero él no me lo permitió. Puse mis manos sobre su pecho para mantener la distancia entre nosotros, y mis palmas parecieron incendiarse al tocar las ondulaciones de su cuerpo bajo la camisa. Donovan Connell era músculo y fibra por donde se lo palpase.

Con cada cosa que sucedía, comprendía más y más que no había manera de detener lo que estaba sintiendo.

—Esperad —se oyó a Rónán gritar, y ambos nos separamos profundamente convulsionados. Donovan más tranquilo que yo, por supuesto—. Bajo también; me voy para Manor Place. Ava se cayó de una mesa. Juro que esa niña es un demonio, nos está quitando las ganas de tener otro crío.

—¿Fue grave? ¿Qué hacía encima de una mesa?

—Cuando se quedó con Aidan y Alex, mi hermano le hizo ver *Peter Pan*, y esta mañana le envió de regalo unas alas, y ella ahora se cree Campanita. ¡Voy a matar a Aidan!

—Joder…, dije que Aidan no era apto para cuidar a una niña.

Donovan se carcajeó.

—Esa pequeña es una bomba atómica.

—Para colmo, Alex no está en casa.

—¿Se lastimó mucho?

—No sé, al parecer necesita sutura. Como todas las mujeres gritaban, no pude oír lo que decían. Prefiero irme para allá.

DONOVAN

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Ethna.

—Tenemos trabajo —me apuré a recordarle—. Róni puede manejar un pequeño corte, ¿verdad?

—Sí, sí, vosotros id a hacer lo que tenéis que hacer, seguramente lo de Ava no es nada; tal vez hasta se pueda detener el sangrado con pegamento; ya sabes, las mujeres son exageradas.

—No somos exageradas —le retrucó Ethna—: un golpe en la cabeza de un niño puede traer consecuencias. Lo que pasa que vosotros sois unos kamikazes.

—No hablemos de etnias asiáticas: en estos días son un dolor de huevos para nosotros —replicó Róni, y aunque ella no entendió lo que quiso decir, no preguntó.

El ascensor se detuvo en el aparcamiento subterráneo y salimos los tres. Róni se despidió de nosotros, y apenas se alejó, la invité a que avanzara. Sus custodios, al vernos, demostraron que estaban muy atentos y enseguida se prepararon para que ella subiera al vehículo en el que la habían traído.

—La señorita Clancy se va conmigo —les informé.

—No es necesario. Tengo cosas que hacer, así que mejor me iré con ellos.

Ignoré sus palabras y me dirigí a McGuinness y a Kane.

—Tenéis la tarde libre, pero permaneced atentos por si la señorita Clancy os necesita. Fuera de mi vista.

—Sí señor, sí.

—¿Quién te crees para despedir de esa forma a mis custodios? Yo decido…

Ya harto de su indiferencia y de que quisiera prescindir de mí, la cogí por el codo apenas el SUV se alejó, y la llevé hacia mi Ford Mustang Shelby GT500 de color negro.

—Sube —ordené mientras abría la portezuela.

Intentó responder, pero me alejé dejándola con la palabra en la punta de la lengua. Rodeé el coche y me acomodé en el asiento del conductor. Ethna permanecía inmóvil, siguiéndome con la mirada. Desde el interior me incliné para hablarle:

—¿Vas a subir o te piensas quedar ahí? Te escuché decir que tenías otras cosas que hacer, pero no te estás moviendo.

Se metió en el automóvil de mala gana y se acomodó a mi lado dando un portazo. Me quedé mirándola mientras apretaba con fuerza el volante intentando por todos los medios no perder los estribos, pues se estaba comportando como la muchacha caprichosa que conocí apenas llegué a este lugar.

—Eres un grosero. ¿Qué pasa? Se fue Aidan y empezaste a tutearme.

—No vuelvas a golpear mi coche de esa forma —contesté ignorando su paréntesis.

Noté que se sonreía al tiempo que tironeaba del cinturón de seguridad para colocárselo. Me centré en mirar la cobra que estaba en el centro del volante, porque si algo me sacaba de quicio era que no trataran bien mi coche.

—No vuelvas a darme órdenes.

Demostrándole lo rápido que podía ser, desabroché mi cinturón de seguridad y con un hábil movimiento accioné el asiento eléctrico para hacerme lugar y cruzarme al suyo, cayendo sobre ella. Me había cansado de ser caballeroso, además, la pura verdad es que yo no lo era. Apoyé mi rodilla en su butaca y la cogí por el mentón; la otra mano la envolví con presteza a su cintura, deleitándome con lo estrecha que era. El calor de nuestros cuerpos me quemaba por dentro, ambos respirábamos con dificultad, como si el oxígeno del habitáculo del automóvil se hubiera consumido de repente, y me encadené a su mirada…

Yo era un ser sombrío y corrupto que no merecía ni una mirada suya, pero también era impío, ¿por qué iba a tener condescendencia

con ella?

Era la hija de Brady Clancy, y su padre era un ser más putrefacto que yo; sin embargo, Ethna se había mantenido alejada de las actividades delictivas de la familia. Ella no estaba infectada con lo pútrido de la mafia, incluso creía que dentro de la familia era la única que jamás se había manchado las manos con sangre, algo difícil de creer en nuestro cosmos.

Tuve que luchar con la necesidad de besarla. Estaba disfrutando por sentir a Ethna entre mis brazos. De pronto advertí la rigidez de su cuerpo, pero solo duró unos segundos; luego su mirada se posó en mi boca, dándome la señal que necesitaba.

ETHNA

Su mano alrededor de mi cintura se apretó un poco más y cerré los ojos, disfrutando de la sensación de sus dedos hincándose en mi carne. Tomando el coraje que necesitaba, abrí mis ojos para ver cómo los de él se estrechaban estudiándome. La mano que sostenía mi barbilla se movió, y su pulgar delimitó mis labios; en lugar de empujarlo para que se alejara, luchaba con la necesidad de inclinarme hacia él.

Decir que Donovan era lo que deseaba sería quedarse corta, pero era una cobarde y no me atrevía a aceptarlo. De pronto me encontré preguntándome cómo se sentiría tener esos labios presionados contra los míos.

Una sonrisa maliciosa se atisbó en su rostro, pero no me asustó; por alguna razón sentía que confiaba en él. Entre todos los mortales sobre la tierra, yo confiaba en Donovan Connell, un asesino despiadado.

Al tiempo que luchaba para procesar lo que estaba ocurriendo, mi estómago hizo una voltereta cuando advertí que él me miraba con descarada lujuria.

Solo tenía que animarme a dejarlo avanzar.

Centré mis ojos en su carnosa boca, y entonces él pareció comprender.

Sus labios se aplastaron contra los míos, y esperé la sensación de repulsión que siempre me invadía cuando un hombre me besaba. Eso no ocurrió. Su boca experta me reclamó de inmediato, y su lengua se hizo paso a través del interior de la mía. Aguardé a que el ramalazo de repugnancia ocurriera en ese momento; para mi asombro, tampoco sucedió.

Mi mano se movió inconscientemente y me aferré a su brazo, sabiendo que mis demonios en cualquier instante harían su aparición. El momento avanzaba y nada de lo que normalmente me ocurría pasaba. Me concentré en su aroma natural, mezclado con su perfume, y extrañamente me di cuenta de que eso me tranquilizaba más. Subí los brazos, envolviéndolos alrededor de su cuello, y entonces él profundizó el beso. Su lengua se metió más en mi cavidad, y su boca se abrió un poco más, como si quisiera devorarme.

Centrándome en los sonidos de mi corazón, sentí cómo estallaba en un martilleo salvaje contra mis costillas, y mientras Donovan se aferraba más a mi cuerpo, solo podía pensar en él, y en nada más que él.

Se apartó de mis labios, su respiración se oyó furiosa y entrecortada; la mano que antes me sostenía por el mentón ahora sostenía mi nuca. Apoyó su frente en la mía y sin decir una palabra me soltó y volvió a acomodarse en el sitio del conductor. Se quedó aferrado al volante, como si quisiera partirlo. Continuaba en silencio. Hubiera querido que no se detuviera, pero lo había hecho. Me acomodé en la butaca y continué mirando al frente, como él, totalmente callada; solo el resuello de nuestras respiraciones se escuchaba.

Repentinamente noté que él se movía, y cuando giré la cabeza lo vi coger el cinturón de seguridad. El bronco rugir del motor V8 de su Mustang se hizo paso y Donovan maniobró su coche para sacarnos de allí.

Comprendí que se había arrepentido de besarme. Tal vez yo era peor de lo que imaginaba haciéndolo; era obvio que lo había desilusionado y por eso se había detenido; seguramente no había cubierto sus expectativas.

Recordé las palabras que empleó el hombre con quien mantuve mi última relación, él se había dado cuenta de mi problema, y mientras yo estaba en el baño, lo escuché hablando por teléfono con un amigo:

Definitivamente, el apodo que le pusimos le queda pintado. Créeme, es un iceberg: en la cama se congela, es como estar sobre una muñeca inflable. Meter la polla en su coño se siente igual. Pete, créeme, no solo cuando besa parece una muñeca automatizada… No…, no…, está en el baño. Estoy vistiéndome para irme. Mierda, gasté un dineral en una habitación de lujo en el mejor hotel de la ciudad, y solo quiero huir de su lado. Eché solo un polvo, y no quiero más.

Esa había sido la última vez que estuve con un hombre, prometiéndome a mí misma que ningún otro me humillaría como lo había hecho Jonas Madison.

Ahora lo único que debía hacer era seguir adelante, necesitaba demostrarle a Donovan Connell que el beso que me había dado había sido mucho menos para mí que para él.

—¡No vuelvas a hacerlo! Estamos obligados a vernos por el encargo de mi hermano, pero te pido que en el futuro te pongas en tu lugar.

»Hagamos como si nada pasó, y enfoquémonos en el trabajo. Aidan mencionó dos hoteles en la ciudad —proseguí diciendo—. Creo que esos sitios son donde deberíamos ir primero, puesto que si ya el Kings está en la mira, no es adecuado volver a instalar el lugar de interrogatorios en un *nightclub.*

—¡Cállate un momento! —Su grito me sobresaltó, y de inmediato él hundió más su pie en el acelerador.

No era prudente ir a la velocidad a la que íbamos, y menos en la ciudad… Me atreví a mirarlo, y noté que Donovan no solo estaba decepcionado, sino cabreado, y aunque lo más sensato hubiera sido mantenerme en silencio, no lo hice.

—Quiero bajarme. Aidan no aprobaría que estuvieras poniendo mi vida en peligro —dije. No me contestó, pero noté que su nuez de Adán se movía mientras tragaba la bronca—. ¿Me oíste?

Ladeó la cabeza. Su mirada oscura me puso la piel de gallina. Ahora entendía por qué todos decían que era una máquina de matar, pues su mirada parecía estar a punto de asesinarme.

Un silencio absoluto se instaló entre nosotros, y en su rostro se colocó una máscara imaginaria que lo convirtió en un ser indescifrable. La bilis subía por mi garganta, y un sabor amargo se plantó en mi boca. Miré sus manos y advertí el instante justo en el que aflojó su agarre del volante e inmediatamente aminoró la marcha.

Fijé mi vista en el camino, aunque cada tanto podía advertir por el rabillo del ojo cómo su cabeza se giraba para observarme. Decidí sacar mi móvil y revisar mis correos electrónicos para mantenerme ocupada y que él pensara que no me afectaba lo que había pasado. No era una buena idea, pues mis manos temblaban.

«Cálmate —me dije—, solo ha sido un beso, no dejes amedrentarte por el hecho de que Donovan sea un hombre tan experimentado. Seguramente él lo olvidará muy rápido. No le des más importancia de la que realmente ha tenido».

Parecía imposible porque aún podía sentir sus manos sobre mí, su aliento, su sabor, su perfume…

Capítulo diecinueve

DONOVAN

Las emociones contenidas se arremolinaban dentro de mí.

Mi corazón se retorcía provocándome un gran dolor con sus latidos desbocados. Me insté a ignorarlo, pero el beso había succionado el oxígeno de mis pulmones, y mi cabeza no podía apartar lo bien que se había sentido.

Cuando nuestras bocas se tocaron, un choque interneuronal se instaló en mi cerebro y al momento en que toqué su lengua con la mía supe que necesitaría armarme de gran valor para apartarme. Besarla había sido un error en toda regla, porque ahora cómo iba a conformarme con eso.

Parecía que para ella no había sido igual, pues ni siquiera se inmutó después del contacto.

La molestia se descargó sobre mí por haber caído en la tentación de probarla. Me quedé observándola cada tanto. Yo era bueno analizando a las personas, pero Ethna me había demostrado que tenía mucho de Aidan, otro hombre que me costaba descifrar.

Cuando empezó a hablar restándole importancia a nuestro beso, comprendí que estaba furiosa, a tal punto que sin perder la compostura amenazó con ponerme en evidencia con su hermano. Por supuesto que yo no era un cobarde, tampoco un suicida, de ninguna manera quería provocar mi muerte, pues sabía lo letal que Aidan podía ser, y recordaba la dura lección que le había dado a Foster cuando se empeñó en perseguir a Caitríona. Aquella vez, si no había sido más duro fue porque su prioridad era vengar el asesinato de su madre.

Por otra parte, no quería que él perdiese la confianza que tenía en mí.

Continuamos el viaje en silencio. Sus manos temblaban cuando sacó su móvil; odiaba pensar que me temía. Tal vez era mejor así.

En otro momento jamás me hubiera detenido para conseguir lo que quería de una mujer, aunque debo reconocer que tampoco me había embrollado con demasiadas: las féminas que habían pasado por mi vida fueron conquistas ocasionales que no sabían quién era yo ni a qué me dedicaba. A decir verdad, prefería las mujeres del Kings: con ellas obtenía el alivio que precisaba y de esa forma evitaba los problemas de una relación.

Con el correr de las horas, y enfocados en las características de cada sitio, tras visitar el último me dijo:

—Después de haber visto todos los posibles lugares, sigo pensando que el mejor es el subsuelo del Manoir Doré. Veo muchos más pros que contras. Creo que es la mejor opción.

—Preferiría que fuera en uno de los *nightclub*. Allí no se corre el riesgo de que nadie detecte ruidos anormales.

—Confía en mí. —Ella estiró la mano y tocó mi antebrazo. A lo largo de la tarde habíamos logrado distendernos nuevamente, centrándonos en el trabajo—. Insonorizaré perfectamente el lugar.

—Está bien, si estás decidida… ¿Dónde quieres que te lleve? Se ha hecho un poco tarde. ¿Te llevo a la constructora?

—Tienes razón, no creo que allí quede alguien trabajando. Mejor llévame a casa.

—Ok. —Hice un gesto para que echase a andar.

Ethna asintió con la cabeza y salió caminando por delante de mí, contoneándose. Esa mujer iba a ser mi perdición.

Subimos al coche, y en el camino a Manor Place toqué el mando del volante y encendí el sistema de sonido; busqué entre las listas de Spotify y seleccioné una de las que más me gustaba. Comenzó a sonar *Dancing with the devil*[1] .

—¿Te molesta la música?

—No, un poco explícita la letra. No la conocía.

—Entonces, ¿te molesta la letra?

—No soy una mojigata.

—No he dicho eso.

—¿Quién canta?

—EMO.

—Nunca lo había oído.

—Tiene buenas canciones, me gustan las letras… oscuras. Me identifican.

Comenzó otra canción del mismo intérprete, *Promises*[2] *,* y sus mejillas se colorearon. Era raro ver hoy en día a una mujer adulta teniendo esos ardores. Noté cómo apretaba sus piernas, pero no iba a olvidar nuevamente quién era ella, como tampoco volvería a confundir sus actitudes; no iba a volver a cruzar esa línea.

A la mierda si le incomodaba la música que escuchaba, era mi coche.

Cuando estábamos llegando a Manor Place accioné mi móvil, conectado al sistema del automóvil, y envié un mensaje de voz.

—Llegando en cinco. Activando protocolo de seguridad.

—De acuerdo, señor, nos preparamos —me contestó el soldado a cargo de vigilar que tuviéramos la entrada libre.

Al llegar, el portón ya estaba abierto, y los guardias fuera, controlando que ningún peligro acechara nuestro ingreso.

—¿Por qué tanto control? No es normal, salvo que exista un peligro. Jamás salen a chequear la entrada.

La miré, pero no contesté. No era mi tarea darle esa información.

—Te estoy hablando —dijo cabreada, y no pude evitar reírme—. No sé qué es tan gracioso —contestó, claramente furiosa.

Volví a mirarla, y ella se pasó la lengua por los labios. Imité su gesto, y sin quitar mi vista de su boca le dije:

—Pregúntale a cualquiera de tus hermanos. No estoy autorizado a decirte nada.

—Entonces… sí pasa algo. Maldición, otra vez hay peligro para la familia.

—Precaución. No puedo decirte más —le dije para calmarla.

—Bajaré en la mansión, así hablo con Aidan de lo que he decidido.

Aparqué en la explanada de la casa, bajé para abrirle la puerta y estiré la mano para que descendiera.

—Gracias.

Hice un asentimiento con la cabeza y le informé:

—Entraré contigo.

Nos recibió Alex.

—Hola a ambos. Aidan os espera en el búnker. ¿Os quedáis a cenar?

—Prefiero ir a casa. Ha sido un día largo y quiero darme una ducha y ponerme ropa cómoda.

—¿Tú, Donovan? Hay *meatloaf* y pastel del diablo para el café. Tus preferidos.

—Es una tentación, sin duda, pero tengo cosas que hacer. Mi día aún no termina.

Bajamos la escalera, y antes de que tocásemos a la puerta, el cerrojo se destrabó para que pudiéramos entrar. Seguramente Aidan estaba pendiente de las cámaras en el interior y había accionado el interruptor.

Caminamos por el pasillo hasta llegar a la oficina de Aidan.

—Pasad. ¿Qué novedades tenéis? ¿Ya elegisteis el lugar?

—Ella eligió —contesté.

—El Manoir Doré —concluyó Ethna—. Es perfecto, porque está junto al sector de las calderas, y justo debajo de las cocinas de los restaurantes del hotel. Son lugares donde siempre hay ruidos y mucho ajetreo.

»Además, no llamará la atención que entren trabajadores, pues se están remodelando dos de los bares. Para que todo pase más desapercibido podemos estipular un rediseño del *lobby*, que tiene un estilo muy industrial en comparación con el edificio, así que pondremos trabajadores a la vista y lograremos un vestíbulo más lujoso y fastuoso, más acorde con el dorado que predomina en la estructura y en los vidrios del inmueble. Lo haré resaltar aún más en el mítico casco de Back Bay.

—¿Qué te preocupa? —me preguntó Aidan.

—No sé, en un *nightclub* los decibelios de la música son la tapadera perfecta.

—El Kings está en la mira, pondrán atención en los otros antros también. Insonorizaré el espacio del Manoir Doré, aislaré acústicamente las paredes como si se tratara de un *nightclub*, trabajaré a la inversa. Confiad en mí, no traspasará ni un sonido. Imaginad lo mucho que se atenúa desde fuera lo que sucede en un antro. Un grito humano no tiene más potencia que los equipos de música: no traspasará los muros. Utilizaré la técnica *box in box*, que consiste en aislar un espacio dentro de otro contra ruidos y vibraciones. Se hace un tratamiento a los suelos, al techo y a las paredes, incluso pondremos un conducto de ventilación individual, porque es fácil que los sonidos viajen por esos sitios. No os preocupéis, sé lo que hago.

Aidan abrazó a su hermana y besó su sien.

—Lo dejo en tus manos, confío ciegamente en ti.

—Gracias —dijo ella cuando se apartó—, nunca te defraudaré. Me pondré a trabajar en el proyecto y apenas tenga todo encaminado te avisaré. Id reuniendo trabajadores para el sótano, de los del *hall* de entrada me encargo yo.

»¿Hay algún tope en el gasto?

—Sin tope, hermanita, lo dejo a tu libre albedrío, inspírate.

—Donovan, ¿cuándo podemos ir a ese lugar donde me dijiste que está todo lo que hay que instalar en el sótano?

—Puedo llevarte mañana. ¿Te parece que pase por ti a las cinco de la tarde?

—Perfecto. Correré mi agenda para quedar libre a esa hora. Bien, me despido, ya quiero llegar a casa.

ETHNA

Saludé a mi hermano, le di un beso rápido a Donovan en la mejilla y comencé mi camino a la salida. En el momento en que estaba a punto de cruzar la puerta para ascender la escalera, me di cuenta de que había dejado mi móvil apoyado en el escritorio de Aidan, así que regresé sobre mis pasos.

La puerta del despacho había quedado entreabierta, y una voz se filtró con facilidad cuando dijo:

—La chica Kinkaid, no quiero dar más vueltas. Arréglalo todo, Aidan. Me avisas cuándo vayamos a pedir su mano.

Me apoyé en la pared y sostuve la respiración, mis uñas se clavaron en mis palmas, y las oprimí tan fuerte que el dolor estalló en mi piel. Donovan acababa de elegir a su esposa.

Mi corazón se retorció en mi pecho, latiendo dolorosamente. La molestia estalló dentro de mí: sus palabras habían succionado el oxígeno de mis pulmones.

No podía procesar lo que había escuchado porque mi cerebro se había atascado en «Me avisas cuándo vayamos a pedir su mano».

Negué con la cabeza intentando despejarla, pero su voz se repetía una y otra vez en mi cerebro. Mis dedos se apretaron sujetando la correa de mi bolso para no seguir haciéndome daño. Estaba como en estado de *shock*, y sentí la bilis subir por mi garganta. Inspiré profundamente para evitar que las náuseas me invadieran.

Buen Dios, ningún hombre había logrado en toda mi vida aumentar mi ritmo cardíaco como Donovan, pero él ni siquiera pensó en mí como una opción para compartir su vida, pues le estaba dando a mi hermano el nombre de la mujer que quería a su lado, y claramente no era yo.

Joder, por qué había tenido esa presunción si era obvio que ni Rónán me tuvo en cuenta como una posible candidata cuando elaboró la lista.

Mi corazón se aceleró ante lo que estaba sintiendo, mi visión se borroneó. Mis oídos se obstruyeron, y mis pulmones ardieron en busca de oxígeno.

Tragué con fuerza, y un sollozo se ahogó en mi garganta al darme cuenta de la pérdida, aunque no sabía por qué sentía así si él nunca había sido mío. No me importaba, mi corazón dolía igual, como si dentro estuviera la hoguera del maldito infierno quemándome.

Me dolía respirar, un dolor que no se detenía. Cada centímetro de mi cuerpo estaba entumecido, y me encontré rogando por que se tratara de un mal sueño.

Obligándome a recomponerme, me aparté de la pared. Los celos seguían agitándose en mi estómago, y temí volcar su contenido, aunque no había ingerido nada desde el almuerzo. La amargura de la bilis combinaba bien con mi estado de ánimo.

Intenté serenarme y respiré profundamente antes de entrar.

Fingí compostura.

—Perdón si interrumpo —dije fijando la vista en los ojos de Donovan, que tenía una expresión bastante abatida para tratarse de un hombre que estaba planeando su próxima boda. Aidan lo sostenía por el hombro—. Olvidé mi móvil.

Me incliné para cogerlo y al volverme fulminé a Connell con una mirada desdeñosa. Luego salí corriendo de allí como si el diablo me pisara los talones.

Necesitaba coger oxígeno, salir de esa casa antes de que los celos se apoderaran por completo de mí y me transformaran en una loca desquiciada.

Capítulo veinte

DONOVAN

Ella parecía disgustada y muy cabreada conmigo.

Cuando entró, sus ojos largaban dagas en mi dirección. No entendía por qué. Al irse me había saludado normalmente, pero cuando regresó, su cuerpo estaba rígido, y su expresión era desafiante.

—Mujeres. —La voz de Aidan me sacó de mis pensamientos—. ¿Por qué serán tan difíciles de entender? A veces tienen esos cambios de humor que te hacen decir: ¿qué es lo que me perdí?

—¿De qué hablas? —me hice el desentendido.

—Creo que a mi hermana le hace falta un hombre que le quite el mal humor. —Agitó su mano en el aire—. En fin, no me hagas caso. ¿En qué estábamos antes de la interrupción?

No me gustó el comentario de Aidan. Mierda. Me llevé una mano a la cara y me froté el rostro. No podía imaginarla con otro hombre. Pero no era prudente dejar que el jefe me leyera.

Tampoco quería seguir hablando de mi pronta boda con Zoe Kinkaid. En verdad, no me entusiasmaba saber que pronto estaría atado a una mujer que no amaba ni deseaba.

Intenté seguir con otra conversación, aunque lo que en verdad quería era salir corriendo tras Ethna para preguntarle qué carajo le pasaba.

—Necesito irme a dar una ducha y pasar por China Town. Foster me espera para relevarlo.

—Están tardando para obtener una fotografía de Wong.

—En eso no se tarda mucho. La casa señuelo está ubicada muy convenientemente; desde allí se tiene una vista perfecta del Dragon

Palace —hablaba del restaurante chino donde nos habíamos enterado de que se reunían los de la Tríada—; además, ya tenemos dentro a Yuhang. Pronto tendremos una visión más clara de lo que está pasando. Quien entre y salga de ahí quedará registrado.

—¿No quieres quedarte a cenar? Seguramente ya están todos en el comedor.

Las cenas en casa de los Cavanaugh eran el momento del día en que indefectiblemente la familia se juntaba en el ala principal de la mansión.

—Alex me invitó cuando entré, pero me disculpo contigo también. Prefiero moverme: debo pasar por casa para luego ir al barrio chino.

Aidan palmeó mi espalda y empezamos a caminar hacia la salida.

—Te avisaré cuando hable con Kinkaid.

—De acuerdo.

ETHNA

Apenas subí la escalera me encontré con los ojos inquisitivos de la familia que estaba moviéndose hacia el comedor principal. Miré a todos y a nadie en particular, porque mi mente aún estaba enganchada en lo que acababa de escuchar. Necesitaba huir de allí, así que, sin importarme que me estuvieran saludando, ignoré a todos y empecé a caminar rumbo a la salida como alma que lleva el diablo.

Ava corrió a mi encuentro y se aferró a mis piernas, impidiéndome que avanzara.

—Tíaaa.

Aunque estaba desencajada, no podía ignorar a la niña. Ella era una inocente que no tenía culpa de mi mal humor, ni el resto de las personas que allí estaban, pero no podía quedarme porque empezarían a indagar. No veía la forma de zafarme.

Me puse en cuclillas, besuqueé a Ava e intenté alejar mis pensamientos. No valía la pena ponerme como me había puesto por algo que nunca sería y que había tenido un comienzo tan efímero y

un final tan abrupto. Mi atracción por él, a pesar de que quería alejarla, estaba ahí; no era lo mismo por su parte.

—La tía está cansada, trabajó todo el día y quiere irse a casa a descansar —le expliqué, y de paso todos oirían también—. Dame un besito aquí. —Señalé mi mejilla.

Me puse de pie, saludé rápidamente a Kei y le hice unos arrumacos a Norah, que estaba en sus brazos. También le di un rápido beso a Róni, y como vi que él tenía la intención de hablar, le dije:

—Ya está todo pensado. Aidan os contará. Si me disculpáis, ahora me voy.

Estaba tan apurada por salir que no me había percatado de que Deé, Alex y Verónica se habían trasladado a la puerta principal y me esperaban para detenerme antes de que saliera, por lo que, cuando quise hacerlo, se transformaron en una barrera humana.

—¿Qué pasó? Te vi entrar, y ahora no pareces la misma persona jovial que llegó. ¿Hubo algún problema con Aidan? —preguntó Alex.

—No, nada de eso, solo estoy cansada. Ha sido un día largo. Necesito irme a casa, ducharme y quitarme estas botas altísimas —me excusé.

—Te hizo algo el idiota de Donovan. Dime lo que te hizo y le digo a Róni que lo ponga en línea, porque llegasteis juntos, así que es obvio que estabas con él —afirmó Deé, demostrándome que ninguna había tomado en serio mis palabras.

Miré a Deé a los ojos. Ella había dado en el clavo, pero por supuesto no iba a admitirlo, aunque, en realidad, tal vez la culpable era yo por no ser lo que a él le gustaba. ¿Qué podía decir? ¿Que me probó en el coche y se dio cuenta de que no le atraía?

Me había cabreado escuchar que ya había elegido a su esposa, sin embargo, lo cierto era que nadie podía obligarlo a sentir por mí algo que claramente no sentía.

Aunque en nuestro mundo eso no era tan así.

Tal vez si hacía lo que Val me había sugerido…, tal vez… si hablaba con mi hermano… No, no iba a torcer nuestro destino forzándolo a que estuviera a mi lado, porque eso no haría más que convertirnos en dos desdichados.

Moví la cabeza y me di cuenta de que no había contestado.

—No, nada de eso. Estuvimos toda la tarde juntos con un encargo de Aidan. Se portó muy correcto, él es todo un caballero.

»Solo necesito llegar a casa —insistí.

—¿Estás segura? Porque sé que puede ser muy odioso si se lo propone.

—No, Vero, os prometo que solo estoy cansada. El trabajo que me encargó Aidan no es muy cómodo para mí, aunque soy la persona que debe ocuparse. Sin embargo, ya le busqué la vuelta para que no sea tan desagradable. No os preocupéis, de verdad, estoy bien. Gracias de todas formas por preguntar.

Llegué sin aliento. Había corrido toda la distancia que separaba el ala principal de la mansión hasta mi casa. Cuando entré, Valentina estaba en la sala recostada en el sillón, leyendo un libro.

Ella se sentó, y cuando la vi no pude contener las lágrimas.

—¿Qué mierda te pasó? ¿Por qué lloras?

Me abalancé sobre ella y me ceñí a su cuello. Val me cobijó entre sus brazos, dándome tiempo para que me calmara.

Cuando me aparté, me miró a los ojos y recogió mis lágrimas con sus dedos.

—¿Quieres contarme lo que pasó?

—Se va a casar con Zoe Kinkaid. Todo este tiempo dije que él no me interesaba…, pero hoy nos besamos.

»No quiero que Donovan sea de otra mujer, de pronto no lo soporto.

—Joder, cuéntame, ¿cómo que os besasteis?

—Fue el beso más hermoso que me han dado en toda mi vida. Sentí que tocaba el cielo con las manos. No sentí rechazo, quería más, pero él de pronto se apartó y se volvió un témpano. Es evidente que no sintió lo mismo que yo.

—Carajo, tal vez fue otra cosa, tal vez se intimidó. Tú eres a simple vista una mujer avasallante; quien no sabe lo mucho que te cuesta relacionarte con el sexo opuesto, cree que eres una comehombres.

—No nos engañemos, Val, soy de hielo, y él lo advirtió. Donovan Connell no se amedrenta ante nada ni nadie.

»Quise escudarme en mil y un pretextos para alejarme de él, tú sabes por qué, porque tenía miedo; pero hoy, cuando nos besamos, me di cuenta de que es lo que quiero, incluso, aunque sea retorcido, ni siquiera me importa que haya matado a mi hermana. No sé, siento que es la persona que estaba esperando para que me curase de mis traumas.

—Tienes que follártelo.

—¿Te has vuelto loca? Te acabo de decir que se casará con Zoe Kinkaid. Le gusta ella, no yo, y además apenas pude con un beso, no sé si podría con más.

—Entonces, no veo la forma de que desista de casarse con esa si tú no haces tu lucha. ¿Se lo dejarás en bandeja de plata?

—No le estoy dejando nada, porque nunca lo tuve.

—Porque te encargaste de alejarlo de ti. Acaba de salir a la luz que eres la hermana de su jefe. Se me ocurre que tal vez piensa que Aidan no os permitirá estar juntos, que te guarda para otro *boss*, no sé; estoy especulando los motivos que pudo haber tenido para no avanzar; no te ciegues por los celos.

—No es así, tú solo me quieres dar aliento. Yo estaba ahí, no intentó nada más que un beso. Es mejor olvidarme de él, no insistas, sé que no le gusto.

—Tus inseguridades no te dejan ver la realidad. —Me cogió el rostro con ambas manos—. A no ser que él sea gay, cosa que dudo, ningún hombre desecha la posibilidad de un revolcón con una mujer, tiene que existir otra razón.

—Los motivos son simples. Zoe es una veinteañera, carne fresca, mientras que yo ya me alejé demasiado de los veinte, incluso soy mayor que él.

—Esa mujer no es competencia para ti, sé lo que te digo.

Capítulo veintiuno

DONOVAN

En diez llego a la constructora. ¿Ya estás lista?

Siempre soy muy responsable y puntual.

Admiro a las personas que no me hacen perder el tiempo, nos vemos en nada.

Mi tiempo también es valioso, así que también admiro que tú seas puntual.

Sonreí al leer la pantalla de mi móvil. No volví a contestar: a Ethna le encantaba tener la última palabra, y eso me hacía gracia más que cabrearme.

Me había pasado todo el día desconcentrado, aguardando la hora para pasar a por ella, incluso Aidan me llamó la atención en una reunión que tuvimos con un nuevo cliente de la farmacéutica que queríamos atraer, ya que cuando fue mi turno de presentarle el plan de negocios que le ofrecíamos y explicarle por qué le convenía mos más que nuestra competencia, estaba distraído pensando en la chica Clancy, en el beso que nos dimos el día anterior y con una erección dentro de mis pantalones imposible de ocultar. Por suerte, no tenía que ponerme de pie, porque hubiera sido un momento demasiado embarazoso, puesto que no me podía quitar de mis pensamientos el sabor de sus labios y lo bien que había sentido tenerla bajo mi cuerpo y a mi merced.

Si seguía así iba a quedar en carne, porque no había podido apartar la mano de mi polla desde el día anterior; me había hecho una paja tras otra imaginando cómo sería enterrarme en ella hasta

dejarla sin aliento. Lo peor de todo era que no podía imaginar encontrar el alivio en ningún otro coño, así que al parecer lo único que me quedaba era seguir atormentándome y follándome el puño.

Joder, no podía quitármela de la cabeza, le había dicho a Aidan que me casaría con Zoe Kinkaid y se suponía que debería estar pensando en mi futura esposa, sin embargo, no podía apartar a Ethna Clancy de mis pensamientos, parecía imposible.

Aparqué en la entrada de la oficina corporativa de Century Building Group, ubicada en Dorchester, el barrio donde nací y crecí hasta que los Cavanaugh me rescataron.

El centro comercial del barrio había cambiado mucho según mis recuerdos, y la empresa estaba en una zona próspera.

Me incliné en el interior de mi Clase G para mirar la fachada antes de bajar. Se notaba que Ethna había trabajado duro. Aparte de que su empresa se utilizó para lavar activos de la familia, el nombre y el prestigio obtenidos había sido obra suya.

Tenía a su cargo proyectos de construcción de todos los tipos y tamaños. Ethna Clancy era reconocida en la industria de la construcción. Había estado a su cargo la remodelación de la zona de alquiler de coches en el Aeropuerto Internacional Logan, incluyendo la renovación del área comercial donde estaban los puestos de alquiler, las nuevas estaciones de mantenimiento y las instalaciones de lavado de automóviles y de transferencia de combustible, además del aparcamiento que se había agregado.

Cuando bajé, divisé a los custodios de Ethna, así que me acerqué y les dije que podían irse cuando saliéramos, puesto que ella se iba conmigo.

De un vistazo rápido advertí la seguridad reforzada en el lugar.

Entré al *lobby* del edificio. El interior era bastante diferente al exterior, revestido en piedra arenisca y vidrio; tenía un diseño más industrial, había mucho hierro y madera.

Me acerqué a la recepción, donde me anuncié.

—Señor Connell, la señorita Clancy lo aguarda en su despacho.

Tras recibir las indicaciones para llegar a su oficina, subí la gran escalera central de cemento de dos pisos, que partía la construcción en dos áreas; desde la planta alta admiré el magnífico espacio. Era

la primera vez que estaba allí, y ahora entendía por qué había sido tan fácil que los Hannigan entraran.

La decoración era rústica, con tuberías, vigas y conductos de ventilación a la vista, columnas de cemento desnudas y mesas de hierro con tapas en madera de fresno. Había varias estaciones de trabajo repletas de empleados inmersos en sus labores, un espacio de trabajo colaborativo, una cafetería enorme, una peluquería. A mi paso no se me escapó el cartel que indicaba que tras la puerta se encontraba la sala de masajes, y otro que informaba que allí estaba el gimnasio. Pasé por varias salas de conferencias. Desde los grandes ventanales se podía ver el patio trasero en la planta baja, camiones con los logos de la constructora y la salida que conducía a una terraza donde se podía disfrutar de cómodos espacios al aire libre.

El edificio estaba pensado para ser un lugar agradable donde los empleados fueran a trabajar con gusto, porque allí se tenía en cuenta la salud humana, el bienestar, la productividad y la sustentabilidad. Por eso la masacre ocurrida aquí, en su espacio, a ella le había afectado tanto.

Continué caminando por el pasillo de la izquierda, desde donde se podía ver la marina en el río Neponset.

Finalmente alcancé el ala del edificio que la recepcionista me había indicado, y antes de llegar a la oficina de Ethna, la divisé en una sala de conferencias donde había empotrada a la pared una gran pantalla táctil que iba del techo al suelo. Ella me vio a la vez que yo a ella, y me hizo señas. Se disculpó con la gente con la que estaba reunida para salir a mi encuentro.

Mientras Ethna caminaba hacia mí, me quité las gafas y la comí con la mirada, sin importarme que percibiera el hambre en mis ojos. Era una mujer demasiado hermosa, «perfecta» era una palabra que la definía muy bien, y me estaba volviendo loco.

Llevaba unos pantalones vaqueros que le marcaban las estilizadas piernas, y sus pechos, que ansiaba sostener en mis manos, estaban resaltados con un *body* de encaje negro que se encontraba a la vista porque llevaba la camisa y la chaqueta abiertas. En los pies había elegido ponerse unas botas altas de ante.

Cuando estuvimos uno frente al otro, la saludé con un beso en la mejilla, y mientras la acercaba a mí, cogiéndola por un brazo, aspiré como un adicto impregnándome de su perfume, que me recordaba a la vainilla y al caramelo de las palomitas de maíz. Deseé sacar mi lengua y recorrer su piel.

Sonreí como el gato de Cheshire.

—Cuando intercambiamos mensajes te dije que estaba lista, y era cierto, pero surgió un imprevisto. Te prometo —juntó las manos— que no te hago esperar más de diez minutos.

Algo me poseyó y cogí uno de los mechones de su pelo castaño que ese día llevaba suelto, y lo coloqué detrás de su oreja, tal vez porque siempre que la veía angustiada o preocupada despertaba en mí un sentimiento de protección y unas ganas incontrolables de consolarla.

—No te aflijas, atiende tranquila lo que sea; te espero.

—Gracias. Mi secretaria —indicó, y entonces reparé en la mujer que estaba tras ella— te llevará a mi oficina para que estés cómodo, y te traerá lo que desees de la cafetería.

Estuve tentado de decirle que la esperaba en el bar, pero la tentación de ver su espacio personal fue más grande que las ganas de ver ese otro sitio.

Caminé tras ella hasta que se perdió nuevamente en la sala de juntas.

—Enseguida estoy contigo —me aseguró antes de cerrar la puerta.

No se me escaparon las miradas lascivas de los hombres que la esperaban; se la comían con los ojos. Tuve que contener las ganas de entrar y golpear a cada uno hasta que sus ojos estuvieran tan cerrados por mis puñetazos que ninguno la pudiera volver a mirar.

No tenía ningún derecho sobre Ethna para reclamarla, y me sentí mezquino.

—Adelante, señor Connell —indicó su secretaria, que me observó mientras mi vista no podía despegarse de Ethna. Me importó un carajo.

—Señor, le dejo la carta de la cafetería para que me diga lo que desea tomar.

—Solo un café. No es necesaria la carta. Gracias.

Su oficina estaba pegada a la sala de juntas donde había entrado. A diferencia del resto de áreas del inmueble, era la única que tenía privacidad. Al entrar y cerrar la puerta, el vidrio de sus paredes se volvió totalmente opaco, pues se trataba de un cristal inteligente.

El despacho era un amplio espacio que seguía los parámetros de decoración del sitio, en un estilo más suntuoso. Todo era blanco, salvo el gris de las vigas desnudas en el techo y las columnas que sostenían la estructura.

Cuando la empleada regresó con mi café, le pedí que dejase la puerta abierta para que el cristal permaneciera transparente, y me senté de forma que pudiera verla mientras Ethna desplegaba sus directivas a la gente que estaba reunida con ella.

Me encantó observarla en plena labor. A simple vista te dabas cuenta de que se encontraba apagando un incendio en su empresa. Se veía decidida, segura, íntegra y muy fuerte. Y atenta a su alrededor, porque varias veces miró en mi dirección, sin dejar de ocuparse de su tarea principal.

Aunque Ethna me había dicho diez minutos, finalmente se desocupó en menos. Salió antes que nadie de la sala, cruzando la puerta con esa actitud avasallante que tanto me agradaba. Al entrar en su despacho, me encontró sentado disfrutando de mi café y de la vista maravillosa de su cuerpo.

—Parece que estabas viendo un gran espectáculo —dijo provocativa, al tiempo que cerraba la puerta y los cristales se volvían invisibles.

—Insuperable —ratifiqué.

—Termina tu café. Me lavo las manos, cojo mi abrigo y el bolso, y nos vamos.

Sorbí lo último que quedaba de la bebida y me puse de pie.

—Parece que estás de muy buen humor hoy. Ayer parecías muy cabreada cuando regresaste al búnker de Aidan.

ETHNA

—Soy sumamente perfeccionista, así que haberme olvidado el móvil y tener que regresar me puso de mal humor. Espérame, ya vuelvo.

Me metí en el baño, esperando no haber titubeado con la respuesta que le di. Había ensayado mucho junto a Val lo que le diría en el caso de que se hubiera dado cuenta de mi mal genio.

Abrí el grifo y dejé correr el agua mientras me miraba al espejo y respiraba muy profundo. Intenté encontrar la calma para salir y volver a enfrentarlo.

Me lavé rápidamente las manos, y retoqué mi maquillaje con celeridad. Luego cepillé un poco mi cabello y salí; al hacerlo, él se encontraba de pie en la puerta obstruyéndome la salida. Estaba con los dos brazos extendidos y aferrado con ambas manos al marco de la puerta.

Su cuerpo musculoso se veía enorme, y el traje negro de tres piezas que llevaba puesto parecía que iba a estallar en sus bíceps. La botonadura de su camisa estaba tirante a la altura del pecho.

La proporción de su torso era perfecta con relación a su cintura, todo era armonioso en él, incluso sus muslos se notaban fuertes bajo la tela de sus pantalones.

Lo recorrí con la vista hasta terminar en sus zapatos Santoni. Cerré los ojos y me obligué a deshacerme de los pensamientos nefastos que de pronto me invadieron, pues me enfureció que estuviera intentando hacerse el seductor cuando yo había escuchado que le dijo a Aidan que le consiguiera a Zoe Kinkaid. No quería pensar en que yo solo era para él un último hurra[1] antes de casarse. No quería bloquear mi mente y desmerecerme como siempre hacía cuando estaba con un hombre, no quería encontrar una excusa para mirar en otra dirección. Necesitaba alejar mis malos pensamientos y no ser pesimista por una vez en la vida.

No debía olvidar lo que la noche anterior, mientras cenábamos en mi dormitorio, le había prometido a Valentina.

Pasé por debajo de sus brazos y lo eludí.

—Vamos, se terminará haciendo tarde, supongo que tienes otras cosas que hacer.

Donovan sonrió y no dijo nada. Negó con la cabeza y caminó hacia la salida para abrirme la puerta y que pasara primero.

Le agradecí la cortesía. Tuve que detenerme un momento para cerrar mi despacho y dejarle a mi nueva asistente unas carpetas. La chica parecía muy eficiente, aunque constantemente me recordaba que habían masacrado a mi empleada anterior.

De camino a la salida también saludé a las personas con las que me fui cruzando. Me gustaba tener una buena relación con los empleados de planta, con los nuevos y con los que habían sobrevivido al atentado. Me esforzaba por conocerlos y mantener un trato cordial con cada uno, pues estaba convencida que el respeto no pasaba por mostrarme como un jefe gruñón, y hasta el momento todo indicaba que tenía razón.

Donovan me guio hasta su coche, que no era el mismo del día anterior. Era un todoterreno. Me abrió la puerta y esperó a que me acomodase para cerrarla. Sus modales me halagaban en todo momento, pero por alguna razón me intrigaba demasiado su lado oscuro. Rodeó el SUV al tiempo que se colocaba unas gafas de aviador. Me quedé colgada observando su andar. En todo instante demostraba ser el dueño de la situación.

Se acomodó en el interior del vehículo y se colocó el cinturón de seguridad. Una de sus manos estaba aferrada al volante, y mis ojos se hipnotizaron estudiando la tinta que la cubría. Puso el todoterreno en movimiento y salimos del lugar.

—¿Qué significan esos números que llevas en la segunda falange de tus dedos, es una fecha?

Pasaron unos segundos antes de que me contestara, luego giró la cabeza y mirándome a los ojos me dijo:

—Preferiría no hablar de eso.

—Claro, disculpa, no quise incomodarte.

—No lo haces, en realidad, no quiero incomodarte a ti —dijo deteniéndose frente a una moderna cafetería—. Ahí arriba estaba mi casa cuando era niño, abajo mi padre tenía una pizzería, no tengo ni un solo recuerdo bueno de mis días ahí.

—Lo lamento. —Me había cogido por sorpresa su comentario.

—Ya no duele, tuve una verdadera familia gracias a los Connell.

Se me estrujó el corazón de todas maneras al enterarme de que su infancia había sido tan dura. Recordé al niño solitario y a la defensiva que había llegado a nuestro mundo, y me di cuenta de que Donovan era un superviviente. Estuve tentada de preguntarle por su madre. No lo hice, algo me dijo que no era muy buena idea, ya que no se me escapó que no la había mencionado.

—Lamento que tengas tan malos recuerdos. —Estiré una mano y acaricié la que tenía apoyada en la consola, donde en otros autos estaba la palanca de cambio. Aquí no era el caso, ya que esta estaba junto al volante—. También lamento aquella vez que mis hermanas fueron odiosas contigo y yo no las desmentí. Hablo de ese día en el cumpleaños del señor McManee —le aclaré para que recordara la ocasión—. Fue apenas llegaste a vivir con los Connell.

Donovan observó mi mano, me miró a los ojos y sonrió de lado.

—No pensé que te acordaras de ese día. Siempre me pareciste la más bonita de las tres. En cuanto a lo que ocurrió, actuaste de la única manera que podías. Tu madre no te habría perdonado si decías la verdad.

Bajé la vista, avergonzada por Enya.

Su mano se estiró y cogió mi mentón para que lo mirase.

—Éramos chicos, y en cuanto a tu madre, se supone que debemos obedecer a nuestros padres, y fue lo que hiciste.

—Yo no era tan chica, era casi como Róni en ese momento, nos llevamos pocos meses de diferencia.

—Pasó hace mucho tiempo. Por otra parte, no importa la edad que hayas tenido, no podías contradecirla.

—Tienes muchos tatuajes —afirmé cambiando de tema. Hablar de los atropellos que mi madre había cometido me ponía de mal humor.

—Todo lo que tengo tatuado en mi cuerpo tiene un significado, por eso está ahí.

—Es algo así como el mapa de tu vida.

—Algo así. Cada uno me identifica de alguna manera.

—Suena muy profundo.

—¿Creías que solo me dedico a matar gente?

Negué con la cabeza.

—Pude conocerte bastante cuando hablábamos en el tiempo en que estuve en España. Ante todos te muestras despiadado y sin sentimientos, pero tú me enseñaste un lado piadoso. Además, sé cuánto te aprecian mis hermanos; si no fueras una buena persona, no lo harían.

—La sangre no es el único lazo que une. Por cierto, ¿por qué no quisiste que siguiéramos en contacto? Ahora parece que el destino nos fuerza a cruzarnos, así que lo siento si te sientes obligada a mantener trato conmigo.

—En la vida que nos ha tocado vivir hay cosas que no deberían ser normales, siempre me negué a aceptarlo, no lo tomes a mal.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que te pregunté? Acaso… porque soy el *enforcer* del clan, ¿a eso te refieres?

No fue una pregunta, él lo había afirmado; agradecí que lo entendiera.

—Sé que mi hermana traicionó al clan, y también sé que… solo hiciste tu trabajo.

—No entiendo. Aguarda…

—Me resulta incómodo hablar de esto, ya lo superé.

—¿Qué superaste?

Nos detuvimos en un semáforo, estábamos a punto de abandonar la ciudad y coger la ruta. Ladeó la cabeza y se me quedó mirando, de pronto comenzó a reírse.

—¿De qué te ríes? —le pregunté cabreada.

Su rostro se ensombreció; aunque tenía puestas las gafas de sol, pude advertir su rictus.

Levantó la mano y me cogió por el cuello.

—Crees que solo me dedico a matar gente.

—No.

—Sí, lo haces, estoy acostumbrado, no te preocupes —aflojó su agarre, aunque no me había apretado con fuerza, solo me había sujetado para demostrarme lo fácil que podía ser para él matarme con sus propias manos.

Joder, ¿por qué la conversación había tomado ese rumbo?, ¿por qué sencillamente no podía apegarme al plan que tantas veces habíamos ensayado con Valentina?

La respuesta era simple: inconscientemente, buscaba la forma de alejar a los hombres de mi lado. Y eso es lo que había empezado a hacer. Incluso estuve a punto de decirle que sabía que ya había escogido a su futura esposa.

—Como te dije, estoy acostumbrado, solo que contigo me mostré… —hizo una pausa—. Tú misma lo dijiste hace un rato. —Chasqueó la lengua—. No importa, olvídalo.

—Termina lo que ibas a decir —contesté envalentonada.

—No vale la pena, Ethna, ya no importa.

Continuamos el resto del camino en silencio, hasta que reconocí el sitio donde estábamos. Rowley era una ciudad rural a cuarenta minutos de Boston, ubicada en la costa del condado de Essex; era un sitio rico en antigüedades, casas históricas; en cuanto a tamaño, era un pueblo muy pequeño que albergaba apenas a unos mil quinientos habitantes, así que las tierras de cultivo no tardaron en aparecer.

Donovan viró a la derecha y cogimos un camino de tierra polvoriento que nos llevó a un campo donde funcionaba una granja en la que divisé trabajadores en la zona de cultivos.

DONOVAN

—¿Quiénes son los encargados de este sitio?

—Los Greenfaey mantienen este lugar despejado y tranquilo. Ellos laboran la tierra desde hace unas décadas, pero desde que está Aidan a cargo del clan no pide nada de las ganancias, solo que mantengan esta fachada de legalidad.

»Es principalmente una granja de frutas y vegetales orgánicos, y también de cultivo de flores, pero además venden compost, leche pasteurizada y homogeneizada. Los animales que hay en la granja no consumen hormonas ni antibióticos, aquí todo es muy natural. La carne de res que se vende es de ganado alimentado solo con pasto; se venden huevos frescos también.

»Durante el día hay mucho movimiento, pero el lugar que nosotros usamos es el viejo granero, que está detrás del sembrado.

Normalmente no acostumbramos a entrar por aquí. Cuanta menos gente nos vea, mejor. Supuse que te gustaría ver esto. Me he dado cuenta de que disfrutas de lo ecológico, orgánico, natural y sostenible; basta con ver el edificio de tu constructora, has logrado un espacio muy sostenible.

—Gracias por pensar que esto me agradaría, yo… me he empeñado en ser grosera contigo.

Estiré la mano para cubrir con mis dedos su boca, no quería que continuara hablando, me había quedado claro que ella pensaba que yo había matado a su hermana, y antes nunca me importó que alguien pensara que mis manos solo estaban teñidas con sangre y que podían hacer mucho daño.

Me dolió saber que Ethna había asumido naturalmente que ese trabajo lo había hecho yo. Estaba seguro de que nadie se lo había dicho, pues Róni jamás le hubiera echado la culpa a otra persona sin hacerse cargo de sus actos. Por otra parte, se había limitado a hacer justicia, y nadie sobrevivía a violar el pacto de silencio y lealtad, ni siquiera un miembro de la familia.

De todas maneras, de haber tenido que hacerlo, por supuesto que lo habría hecho; después de todo, su hermana no era más que una maldita traidora que incluso causó la muerte del primer hijo de Vero y Kei, así que lo hubiese realizado con gusto. Pero aquella vez solo me tocó limpiar el desastre que había dejado Róni, él aún no había conocido a Deé, por tanto, ella aún no lo había rescatado de la oscuridad que habitaba por aquel entonces.

Una ira cruda sin filtrar me invadió al comprender que Ethna pensaba que no existía otra persona más que yo para encargarse de algo así.

Tampoco era mi deber sacarla de su error. Si ella conjeturaba eso, no iba a ser yo quien le dijera quién lo hizo; debería averiguarlo por su cuenta.

Me detuve junto a James Greenfaey, un viejo asociado nuestro que antiguamente fue oficial en la jefatura de policía de Rowley, un miembro ejemplar de la comunidad de cara a la sociedad, y una excelente pieza para nosotros dentro de las fuerzas del orden.

Cuando llegó su retiro, Aidan le ofreció hacerse cargo de la granja, ya que era lo que querían él y su mujer: irse a vivir a un lugar rodeado de naturaleza y donde pudieran trabajar la tierra. Aceptó rápidamente. Su hijo era el actual comisario del pueblo, y también un hombre fiel a nosotros.

La granja era una fachada perfecta para cuando necesitábamos usar el campo, así que, ubicarlo allí había sido magnífico.

—Buenas tardes, señor Connell.

—Me alegro de verlo, Greenfaey.

—Lo mismo digo. Tengo preparada la canasta con los víveres que me solicitó, ¿se la alcanzo ahora?

—Por favor.

Greenfaey le hizo una seña a uno de sus empleados para que se la consiguiera, así que me apresuré para bajar y abrir la puerta suicida de mi Clase G para que pudieran meter las cosas en el asiento trasero.

Quise pagarle, pero se negó a cobrarme. De todas maneras, le metí algunos billetes de los grandes en el bolsillo de su camisa a cuadros.

—Un gusto haberte visto, James. Saluda de mi parte a la señora Greenfaey.

—Le haré llegar sus saludos. Creo que le ha colocado una tarta de manzana en la canasta. Cuando le dije que hoy usted pasaba, se puso a hornear para que se la llevara, pues sabe cuánto le gusta.

—Ella siempre consintiéndome. Dile que muchas gracias, pero que me malacostumbra.

Me subí al SUV y no tardamos en reanudar el viaje.

—Te aprecian mucho.

—Normalmente le caigo bien a la gente a la que tengo que hacerlo, y muy mal a los que me deben temer.

»Esa canasta es para ti. Le pedí que te la preparasen para que te llevaras alimentos orgánicos.

—Oooh, ¡muchas gracias!

Desaparecimos en el camino detrás de la plantación. Era el tiempo de la cosecha del maíz. El viejo granero siempre estaba disimulado tras el plantío, pues junto a ese sembradío ya estaba creciendo la

lavanda, que también hacía su magia ocultando el cobertizo, ya que tenían diferentes fechas de recolección.

—No conocía este campo, ni siquiera sabía que pertenecía a la familia; es enorme.

—Cierto. Hace poco que se ve tan próspero, antes no era más que un terreno abandonado.

Aparqué junto al granero. Estábamos solos, le había ordenado a los guardias que se mantuvieran alejados, y por supuesto nadie se atrevería a desoír una orden mía. Así que bajé y rodeé el todoterreno para abrir la puerta de Ethna. Antes de que descendiera saqué un par de guantes del bolsillo y se los tendí; se me quedó mirando, pero los cogió.

—No quiero que tus huellas queden en este sitio. —Ella me miró a los ojos comprendiendo y asintió con la cabeza—. Tal vez no sean de tu talla.

—Servirán.

Me calcé mi par de guantes y luego la invité a entrar.

Estaba atento a sus reacciones. En cuanto cruzamos la puerta, intentó disimular el repelús que recorrió su cuerpo. De inmediato miró desde la entrada indagando el interior.

—Ven —le dije extendiendo una mano para que la tomara como si fuera lo que necesitara. Levantó su mano y enredó sus dedos en los míos, entonces la guie al centro del lugar.

Una vez allí, cogió la cadena que pendía del techo, y también la que estaba unida a esta y que tenía un collarín unido a ambas por una doble polea, seguramente analizando en su mente cómo funcionaba. Luego cogió los grilletes y también los estudió.

Se apartó de ahí soltándome la mano y se acercó a la mesa donde estaba el instrumental. Miró desde lejos lo que había, luego fue hacia el mueble y quiso abrirlo.

—¿Qué hay aquí?

Caminé hacia ella, saqué una llave de mi bolsillo y abrí el armario para que viese lo que allí se guardaba.

Ahí estaban las ampollas de adrenalina, venenos, material de sutura y pegamento para cuando algún muerto requería un poco de compostura.

Observó todo, y no hizo ningún comentario mientras leía las etiquetas.

Luego caminó hacia el sillón de dentista.

—Necesitamos una cabina donde instalar esto. Las paredes deben ser de aluminio, y debe haber reflectores que apunten al sillón, un sitio que se pueda cerrar desde dentro y desde fuera.

—Para que refracte la luz —razonó.

—Exacto.

Miró el suelo, seguramente buscando algún rastro de manchas de sangre, pero yo era muy bueno limpiando, nadie nunca encontraría nada a simple vista.

—Dime, ¿el suelo de qué material lo prefieres?

—Algo fácil de limpiar, y que no absorba.

—Necesitarán que además tenga un drenaje que colecte todos los residuos y los elimine sin dejar rastro. Podemos instalar un sistema químico en los desagües.

—Sería fantástico. Necesitamos también que instales una zona de celdas. Allí está lo que se desmanteló del otro recinto, tal vez algo te sirva, o quieras cambiar por otros materiales.

—Puertas ciegas para aislamiento, tal como lo imaginé. ¿Medidas? —Ella había sacado su iPad del bolso y su Apple pencil para tomar notas.

—Un metro y medio de ancho y largo.

—¿Alto?

—Pensándolo bien, podrían ser del mismo alto.

—Quieres cajas metálicas más que celdas, entonces.

—Cierto. Se me acaba de ocurrir.

—¿Insonorizadas?

—Serían perfectas.

«Antes no eran bajas —conjeturé rápidamente—, pero de pronto me sedujo la idea de que sintieran asfixia».

—¿Quieres que al abrir la puerta se encienda una luz fluorescente?

Me reí por la sugerencia, y me quedé viéndola extasiado. El lado oscuro que estaba dejándome ver me excitó.

—Más perfectas aún. Que sean cinco o seis.

—Sin baño.

—Sin baño, pero haz una letrina fuera de las celdas y sin paredes. Haz algunas celdas comunes con barrotes, con dos es suficiente.

Ella asintió y tomó nota también.

—Necesitamos también un área privada donde descansar en el caso de que debamos permanecer demasiadas horas allí.

»Un lugar que te haga olvidar dónde estás, y que sea óptimo para relajarse, una *suite* donde nos podamos duchar y cambiarnos.

—Ok, ¿con cama?

—Cama, cocina, sala de estar y baño.

Garabateó rápidamente en su tableta. Después de unos cuantos minutos me enseñó.

—Vaya, qué buen bosquejo.

—Más allá de mi reserva con todo esto, quiero demostrar que puedo ser útil. ¿Te parece bien la distribución?, ¿algún mobiliario? Ahí veo sillas. —Señaló las que estaban contra la pared frente a la zona de poleas.

—Sí, asientos y un perchero.

—Bien, si te das cuenta de que omitiste algo, me avisas.

Mientras me hablaba guardó el iPad y caminó para poder apoyar su bolso sobre una de las sillas. Luego, lentamente y contoneándose, caminó hasta la zona de poleas nuevamente.

Miró hacia arriba y cogió los grilletes. Su mirada se había vuelto oscura; no podía descifrar lo que estaba pensando.

—Supongo que debe soportar suficiente peso esto, nada como yo.

—Para todos los tamaños.

—¿Tienes tú la llave?

—Sí.

No había terminado de contestarle cuando ya había cerrado el cepo alrededor de su muñeca.

—Estás dejando ADN en esa argolla.

—Se supone que eres bueno limpiando, acabas de decirme eso. —Sonrió astuta—. Ahora dime: ¿qué haces mejor, limpiar o ensuciar?

Me reí de lado, porque presentía que ella estaba utilizando un doble sentido en sus palabras.

—Estás jugando con fuego, ¿lo sabes?

—Tal vez deseo quemarme.

Saqué la llave de mi bolsillo y me acerqué para liberarla. No iba a caer nuevamente en la tentación; sin embargo, cuando cogí su mano para buscar la cerradura, ella ató el otro grillete en mi muñeca.

—Ethna, ¿sabes que si seguimos avanzando, esto no tiene marcha atrás? No será como ocurrió en el coche.

Capítulo veintidós

ETHNA

Podía escuchar su respiración agitada mientras me hablaba.

—¿De qué se trata, Donovan? ¿De respeto o de que no te atraigo?

—¡Joder! ¿De verdad me estás preguntando eso?

Encontré su mirada, y mi corazón se detuvo dentro de mi pecho antes de desbocarse de una manera inverosímil.

Advertí una negrura dentro de sus ojos, una oscuridad que en vez de espantarme me atrajo más y más, con una fuerza incontrolable.

Enredé mis manos en su nuca antes de que perdiera la resolución, y aplasté mi boca contra la suya. Saqué mi lengua y acaricié sus labios, no quería pensar en que muy pronto la magia se detendría, no quería dejar de sentir y ponerme rígida. Mi mente siempre me traicionaba, y deseaba que en esta ocasión no fuera así; quería por una vez en la vida entregarme a un hombre sin inhibiciones, y por alguna razón creía que con Donovan lo lograría. Estaba segura de que él sabría lo que hacer.

Él profundizó el beso, haciéndose cargo de la situación; en un arrebato bajó sus manos para cogerme por la cintura y sofocarme contra él; mis pechos rozaron su pecho con cada respiración, y me sentí mareada de placer mientras mi lengua danzaba contra la suya una y otra vez.

Una humedad que jamás había sentido mojó mis bragas, acompañada de un fuego inusual en mi entrepierna. Se había quitado los guantes, y sus manos ásperas y posesivas me oprimían casi hasta dejarme sin respiración. No me importó, porque estaban justo donde deseaba que estuvieran.

Sentí la dureza dentro de su bragueta cuando se frotó contra mí, y entonces me dije que seguramente este era el final de la magia, puesto que a pesar de haber superado el beso no estaba tan segura de que pudiera manejar el pánico que me produciría sentir su erección; sin embargo, y para mi asombro, eso tampoco ocurrió, solo sentí un aleteo en mi vientre acompañado de una impaciencia por tocar su piel. Quería arrancarle la ropa para palpar su pecho.

«Joder, ¿acaso él era la cura que necesitaba y ya no sería más un témpano de hielo que no podía sentir?».

No lo creía, estaba segura de que más pronto que tarde el pánico levantaría su cabeza y se asomaría en mi interior. A pesar de ello, me dije que valía la pena continuar hasta donde fuera, puesto que estaba experimentando con Donovan sensaciones que nunca había tenido.

Calor, anhelo y una humedad adictiva fue lo que siguió. Continué asombrándome cuando mis manos se encontraron desabrochando su pantalón. Mi mano izquierda pesaba, porque aún la tenía unida a la cadena.

Él pareció darse cuenta y me dijo:

—Déjame quitarte eso.

—No quiero parar —le dije, y seguí en mi lucha por abrir su abotonadura. Aún tenía puestos los guantes, y eso lo hacía más difícil; él tironeó del látex y me los quitó.

De pronto tuve miedo de que ocurriera una desconexión si nos deteníamos.

Sus ojos más oscuros que la noche permanecieron en mí, demandando y consumiéndome, hasta que su mano cayó y sentí el tintinear de la llave que sostenía depositándose en el suelo. Se abalanzó sobre mí y volvió a apoderarse de mis labios, al tiempo que yo seguía en mi lucha para meterme dentro de su bóxer. Sus manos ahora estaban en la cinturilla de mis vaqueros, menos temblorosas que las mías. Desabrochó el botón y bajó el cierre para sumergirse en el interior. Buscó a tientas y gimió en mi boca al palpar la mojadura de mis bragas; con un dedo hábilmente las corrió y acarició mi centro. Apartándose de mi boca, me miró a los ojos,

luego sacó la mano que estaba dentro de mi pantalón y con su lengua lamió sus dedos.

Él asintió con una sonrisa astuta en sus labios mientras sus manos finalmente liberaron su erección.

Lo miré, era enorme; su falo se veía estirado y brillante, y en la punta una gota de *precum* se derramaba de él.

—¿Esto quieres?

Me prohibí amilanarme y asentí.

Sus manos me atrajeron a su cuerpo y quiso darme la vuelta.

—No —le pedí—, mirándonos frente a frente.

Bajó mis pantalones junto con mis bragas, la tela y el elástico lamiéndome la piel; luego se inclinó para quitarme las botas y terminar de bajarme el vaquero. Cuando liberó una de mis piernas, estando en cuclillas, se acercó a mi centro y su lengua barrió la humedad que se derramaba de mi coño.

Me arqueé ante la sensación que me produjo, sostenida por sus grandes manos, segura de que no me dejarían caer.

Enredé mis dedos en sus cortos mechones y me aferré a él dejándome llevar por la lujuria que Donovan Connell había desatado en mí.

—Por favor… —le rogué mientras su lengua hacía maravillas.

Parecía como si mi cuerpo hubiera resucitado de su letargo. No podía creer que estuviera sintiendo todo lo que sentía; era como si Donovan hubiera sabido cómo apretar los botones que lo devolvieran a la vida.

En ese punto ya casi no lograba manejar la ansiedad; quería saber lo que ocurriría cuando me penetrara, así que volví a rogarle ansiosa.

Se puso de pie y me sostuve de la cadena temiendo caer, ya que me sentía inestable. Lo vi buscar en su billetera un condón y ponérselo, luego se bajó un poco más los pantalones y sosteniéndome de una pierna entró dentro de mí.

Cerré los ojos, esperando el dolor y la repulsión, pero nuevamente todo lo que sentí fue diferente. Abrí los ojos lentamente y lo miré, perdiéndome en sus ojos. Eran dos piscinas oscuras que emanaban

pasión y lujuria. Sus caderas se movieron en un largo recorrido dentro de mí.

Gruñó deteniéndose en mi interior, se inclinó y mordió mi labio inferior tironeando de él.

—*Is ceol mo chroí thú* —dijo, y lo entendí perfectamente: «eres la música de mi corazón». Recordé que Róni en el almuerzo había comentado que sabía varios idiomas, así que estaba comprobando que el irlandés era uno de ellos.

Luego comenzó a moverse dentro y fuera de mí mientras que con una mano yo me aferraba de su hombro y con la otra de las cadenas.

Bajé la vista y miré sus manos entintadas en contraste con mi piel, y me encantó ver cómo se aferraba a mi carne, tal como lo había imaginado alguna vez, y me quedé extasiada viéndolo entrar y salir de mí.

Se mecía invadiéndome por completo, me sentía llena, expandida, y no podía creer que lo estuviera recibiendo como lo hacía. Me sentía flotar, y me dije que, aunque no llegara al orgasmo, no me importaba, porque haber conseguido esta ensambladura tan natural con él era más que suficiente para mí.

Sin embargo, Donovan parecía empeñado en darme todo el placer que pudiera.

—Oh, Dios, eres perfecta —recitó antes de volver a apoderarse de mi boca otra vez.

Bajó su mano y acarició mi clítoris, un suave masaje circular mientras me empalaba una y otra vez.

—Vamos, cariño, dámelo todo —me pidió.

—Do-no-van —recé su nombre de forma entrecortada, sin poderme creer lo que él me estaba haciendo sentir.

Cerré los ojos con fuerza.

—Mírame y di mi nombre nuevamente —exigió mientras cogía más ritmo para enterrarse en mí con más y más ímpetu.

Lo contemplé y me empapé de su mirada exigente, levanté la mano que tenía en el hombro y acaricié su rostro, y él se recostó sobre mi palma.

—Esto es lo que necesitaba. ¡Joder! Deberías tener un cartel que avisase de lo peligrosa que eres.

Sus ojos brillaron y antes de que pudiera asimilar lo que estaba ocurriendo, sus empellones se volvieron más bruscos, encendiendo un placer desconocido dentro de mí.

—Di mi nombre —volvió a demandar mientras se enterraba muy profundo en mí.

De pronto una sensación de desesperanza me invadió cuando se detuvo.

—Por favor, continúa. —Él no podía comprender que tal vez esta era mi única oportunidad para que mi cuerpo reaccionara.

—Di mi nombre —repitió—, y te daré lo que estás ansiando.

—Hazlo, Donovan, por favor, Donovan —repetí por si no me había escuchado—, muévete.

Comenzó a menearse nuevamente, y un temblor me atravesó cuando el dolor y el placer se mezclaron.

Sentí que un nudo se formaba en mi garganta al momento en que el ramalazo de goce me azotó. Las palabras se atascaron en mi garganta y balanceé mis caderas contra su polla, necesitando más contacto. Era difícil pensar con él dentro de mí, llenándome por completo y llevándome a un éxtasis que mi cuerpo nunca había probado.

Abrí la boca en busca de aire, porque el goce me estaba consumiendo.

Un profundo gemido vibró en su garganta, y la reverberación del sonido se sintió directo en mi centro, su dedo aceleró el ritmo sobre mi clítoris, y sus caderas se mecieron más rápido también, construyendo un calor dentro de mí como si mis entrañas se retorcieran. Encontré su mirada y me sentí envuelta en una sensación de paz, notando cómo mi cuerpo se movía por voluntad propia, como si no recibiera las órdenes de mi cerebro porque todo se había descontrolado.

La presión que se estaba cimentando en mi interior entonces explotó, y grité y tiré de su pelo sin comprender en qué momento me había aferrado así de él.

Me sentí un ave que abría sus alas y volaba muy alto, inmensamente feliz.

Lo vi sumergirse una vez más en mi interior y detenerse muy dentro de mí. Las venas de su cuello parecían que fueran a explotar. Donovan también gritó como si se sintiera herido, y comprendí que estaba derramando su orgasmo en mi interior.

Las chispas ardían incendiando mi cuerpo.

Enterró su rostro en el hueco de mi cuello. Luego se enderezó y tras mirarme como si sintiera adoración, me besó. Fue un beso sutil el que dejó sobre mis labios, como si me estuviera agradeciendo, pero fue mucho más que eso para mí, porque sentí que el mundo entero se desvanecía a nuestro alrededor.

En ese instante, su teléfono comenzó a sonar. Noté la preocupación inmediata en su rostro.

—No, todavía no salgas de mí —le rogué cuando quiso apartarse.

—Debo hacerlo, es Aidan el que está llamando.

—No quiero.

—Sabes que no puedo, tengo que atenderlo.

Salió de mí sin importarle mi protesta. Comprendía que no podía evitar a su *boss*, pero la pérdida fue demasiado grande cuando dejó mi pierna en el suelo.

Rápidamente cogió la llamada al tiempo que se empezó a guardar a sí mismo. No podía apartar la vista de él. Cogió la llave del suelo y apretando el teléfono entre su oreja y el hombro se quitó los grilletes.

Lo vi alejarse y sentí un gran vacío. De pronto tuve miedo de que todo terminase en lo que había ocurrido.

Me puse en cuclillas y abracé mis piernas.

Donovan no podía comprender lo que había significado para mí lo que acababa de ocurrir. No quería llorar, porque debería explicarle, y no estaba preparada para hacerlo. La felicidad de saberme curada era muy difícil de manejar.

Deshaciéndome de mis sentimientos, me puse de pie para coger el bolso, pero no llegaba. Donovan se dio cuenta y me facilitó la llave. Después de liberarme de las cadenas busqué unos pañuelos desechables.

Me limpié y comencé a vestirme.

Miré a Donovan mientras hablaba con mi hermano. Parecía preocupado. No tardó en colgar. Yo terminaba de abrocharme el pantalón y estaba acomodando mi pelo.

—Debemos irnos.

Me ayudó a ponerme el abrigo. Todo se había vuelto escarcha después de tanto fuego.

En el momento en el que salimos del granero, un trueno resonó en el cielo haciendo temblar nuestro entorno. Me estremecí. El clima no podía haberse vuelto más inhóspito, como si se estuviera confabulando con la incomodidad que sentía a mi alrededor.

No pude evitar preguntarme qué había estado mal para qué él se tornara tan frío de repente.

Ya estábamos en el camino a casa, no me había vuelto a mirar; sus manos iban aferradas con fuerza del volante, y reinaba un profundo silencio.

—¿Pasó algo? ¿Qué está mal?

Su cabeza giró de repente, como si hubiera recordado que yo estaba junto a él.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar al frente.

Yo no era el tipo de chica que se daba por vencida fácilmente, así que presioné:

—¿Tan malo fue?

Se me quedó mirando.

—Nada puede ser peor, creo.

El resto del viaje transcurrió en un absoluto silencio. Sentí un nudo en la garganta, pero no iba a derramar ni una sola de mis lágrimas por él.

Era un bruto. No sé qué esperaba de un asesino, del ejecutor de la Irish Mob que presidían mis hermanos, un tipo frío, calculador y sin sentimientos.

Capítulo veintitrés

DONOVAN

Llegamos a Manor Place y primero llevé a Ethna a su casa. Ella bajó del todoterreno sin esperarme y salió casi corriendo hacia el interior de la vivienda sin despedirse.

Tenía mi mente entumecida. Cuando Aidan llamó, no esperaba oír lo que me dijo, y eso me dejó en *shock*.

En el camino de regreso a Chestnut Hills le envié mensajes a Foster; me respondió que seguían sin novedades.

Estaba muy preocupado por lo que pudiera haberle pasado. Que no hubiera noticias de él no auguraba nada bueno.

Bajé frente a la mansión y me metí al trote en la casa.

Me recibió Deé, informándome de que estaban reunidos en el sótano. Bajé casi sin detenerme a saludarla. En el momento en que empecé a descender, mi móvil sonó. Se trataba de una llamada de un número desconocido. Me apresuré para entrar y conectar mi teléfono al sistema de seguridad. Les hice una seña a todos, y cuando la llamada estuvo asegurada, la cogí.

—Hable.

—Connell, soy Chu Shing Wo, el *Straw Sandal*[1] de nuestra hermandad. Te estoy llamando porque mi jefe quiere una reunión con el tuyo.

Aidan me hizo una seña para que le siguiera la corriente; ya se estaba rastreando la llamada.

—¿Y qué te hace pensar que puedo conseguírtela?

—No subestimes mi trabajo. Sé que eres uno de los hombres de confianza de los Cavanaugh, y su *enforcer*. Además, imagino que quieren que todos los ataques se acaben. Sería bueno que oigan la

propuesta que mi jefe tiene para hacerles, siempre y cuando quieran la restauración de la paz en su territorio.

—No negociamos con víboras chinas. Tú lo acabas de decir: este es nuestro territorio. De todas formas, le pasaré el recado, pero no esperes más que eso.

—También podrías hablar con Rónán Cavanaugh y convencerlo para qué persuada a su hermano. Ustedes se quieren como si fueran familia a pesar de no serlo.

—No sé de dónde sacas esa información. Podría hablar con mi segundo al mando si tuviera interés, pero no lo tengo, así que no intercederé en nada. Le diré a mi jefe, y él será quien decida, como siempre.

—Tal vez te equivocas y sí tienes un interés personal en esto. Eres inteligente, Connell. Si no aceptan, seguiremos destrozando sus negocios.

La ira hirvió en mi sangre al escuchar que se jactaba de los ataques a nuestros cobertizos. La furia nos invadió a todos los que estábamos escuchando. Por otra parte, no se trataba de que hubiera hecho una gran investigación; era de público conocimiento la relación que tenía con el clan Cavanaugh, y por eso me estaba contactando a mí.

—¿Crees realmente que tus amenazas nos importan? —dije con voz fría—. Tuvisteis éxito porque nos pillasteis desprevenidos, pero ya no más. Vamos a exterminaros a todos; no existís. Es una advertencia general, no lo tomes por lo personal, o… sí, porque cuando te encuentre voy a matarte muy lentamente.

—Consigue la reunión.

—No me presiones, no te gustará enterarte de lo que salga de eso; no se me da bien cuando lo hacen. —Mi voz era mortalmente tranquila.

Aidan me pedía que estirara la conversación. Me mostraba la pantalla de su móvil, donde había escrito una nota que decía que nuestra gente ya estaba obteniendo una triangulación de la llamada y saliendo a su encuentro. La tensión en mi mandíbula estaba a punto de romper mis dientes.

—También tengo un recado para tu jefe: dile que tomaré otro atentado contra nuestros negocios como uno personal contra mí. Te aseguro que ninguno de vosotros querrá verme descargando mi ira sobre su hermandad —lo desafié.

—Uuuy, estoy temblando.

—Haces bien.

Róni me hizo señas de que quería que lo distrajera un poco más, porque ya había salido nuestra gente para interceptarlo. Al parecer, el hijo de puta estaba muy cerca del centro de la ciudad. Apreté los dientes y tensé el cuerpo; la necesidad de dar una lección a esas víboras chinas tamborileaba en mi torrente sanguíneo. Por Dios, quería descargar mi fuerza sobre cada uno de ellos.

—¿Y qué…?

De pronto, la línea enmudeció.

—¿Hola? ¿Hola?

»Maldito jodido chino. Me cortó.

Me toqué la frente.

—No es idiota —dijo Kei—, por supuesto que sabía que estábamos ubicándolo.

—¿Sin novedades de Yuhang? —pregunté a Foster.

—Nada, sigue sin contestar su teléfono; da que está apagado.

—El silencio nunca es una buena señal —dijo Róni y me apretó el hombro—, y no olvides que acaban de llamarte, lo que me lleva a preguntarme cómo consiguieron tu número.

—¿Tal vez del teléfono de Yuhang? —sugirió Foster.

—Joder, no puede ser que lo hayan descubierto. Me siento responsable, yo lo metí ahí.

Aidan se sentó tras su escritorio.

—Si está vivo, lo encontraremos. Tenemos gente buscándolo. Y no es tu culpa, todos los que estamos aquí sabemos que en cualquier momento puede llegar nuestro final.

—Así es, Donovan —me dijo Keiran.

—Estoy furioso. Cuando le ponga la mano encima a esos chinos, van a arrepentirse.

El teléfono de Róni sonó en ese instante.

—¡Carajo! —nos miró a todos y nos informó—: llegaron tarde.

Aidan descargó su puño contra la mesa, haciendo que se agitara todo lo que había arriba.

—¿Cómo?… —Róni se quedó escuchando lo que le decían y movió su mano para indicarnos que hiciéramos silencio—, ¿están seguros de que no hay una bomba dentro?

Rónán conectó el altavoz.

—Seguros no estamos, señor, pero la nota que estaba con el paquete dice:

«La sangre no sabe traicionar».
Entregar a Aidan Cavanaugh

—Traed el paquete —ordenó Aidan.

—Pero…, ¿hermano? —se quejó Keiran.

—Yo me encargo de revisarlo fuera —anuncié—. Esa frase la utilizan para demostrar por qué no aceptan gente de otra nacionalidad en su organización. Tengo un mal presentimiento.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón y me encontré con el condón anudado que había dejado cuando Aidan me llamó. El hallazgo me pilló por sorpresa, y entonces me di cuenta de que desde ese momento me comporté como un grosero con Ethna. Me toqué la frente al comprender sus preguntas cuando veníamos en el coche; ella me estaba preguntando por nosotros y yo le contesté puras pavadas pensando en lo que le podía haber pasado a Yuhang. Mierda, no estaba acostumbrado a lidiar más que con putas que solo me quitaban las ganas y sanseacabó, mujeres a las que no tenía ni que mirar después de correrme.

—¿Qué pasa? —preguntó Rónán. Seguramente advirtió mi desconcierto; él me conocía demasiado bien. Era obvio que mi expresión me había dejado expuesto.

—Nada —contesté con rapidez, intentando sonar casual. Comencé a marcharme, anunciando que me iba a esperar el paquete en la entrada.

Durante el trayecto y en soledad tuve la oportunidad de ponerme a pensar en lo que había ocurrido en el granero. Encendí un cigarrillo mientras caminaba por la extensa propiedad y repasé en mi

memoria lo acontecido. No tardé en ponerme duro al recordar lo que había sentido al tenerla entre mis brazos.

Fue un momento que no olvidaría jamás. Mientras estaba con ella, absolutamente todo dejó de existir. Me olvidé de todo: de quién era, de quién había sido y de dónde venía. Fue como si el pasado dejara de doler y todas las preocupaciones se alejaran. Lo único que importó fue la intimidad que estábamos compartiendo, esa fuerza magnética que nos atraía y que no podíamos evitar.

El olor a caramelo y vainilla de su perfume aún permanecía en mí, embriagándome, y sus gemidos persistían en mis pensamientos. Tal vez debía decirle a Aidan que no me casaría con Zoe Kinkaid, detenerlo antes de que fuera demasiado tarde. Pero… debía casarme con alguien, y aunque Ethna y yo nos deseáramos, sus hermanos no iban a permitirme más que eso, y su madre, de enterarse, mucho menos. Ella creía que sus hijas tenían sangre azul, y jamás estaría de acuerdo en que se uniera a un bastardo recogido.

—Señor Connell —me saludó el soldado que custodiaba la puerta. Asentí con la cabeza a modo de saludo y le di una última calada a mi cigarro antes de arrojarlo al césped.

Había dejado de llover, y la temperatura había bajado más. Levanté el cuello de mi chaqueta y me froté las manos mientras echaba un poco de mi aliento caliente sobre ellas.

—Hace frío, ¿quiere un poco de café? —me ofreció el soldado que estaba dentro de la caseta.

—Gracias, estoy bien. Hay olor a nieve en el aire —comenté mientras me movía para no quedarme quieto y que el frío no siguiera calando en mis huesos.

No pasó mucho tiempo antes de que un SUV virara frente a la entrada. De inmediato di la orden para que le dieran paso. Los soldados que venían dentro bajaron y no tardé en comprobar que el tamaño de la caja que traían era bastante importante.

—Señor Connell.

—Dame el detector de explosivos —le indiqué al soldado de la garita.

Tras comprobar que la caja no contenía nada que nos pudiera hacer volar en mil pedazos, les ordené que la dejaran delante de mis

pies y que se alejaran antes de abrirla, pues no sabía qué había dentro; y tal vez ellos no debían verlo.

En cuanto corrí la tapa, mis sospechas se hicieron reales.

—Mierda.

Cogí mi móvil y marqué el número de Aidan. Él y los demás aguardaban mi llamada, razón por la cual atendió casi antes de que sonara el teléfono.

—Venid, no puedo llevar esto a la casa.

—¿Es Yuhang? —preguntó. Era lo que todos sospechábamos y no nos habíamos atrevido a decir.

—Sí, carajo, tenéis que verlo con vuestros propios ojos.

—Estamos en camino —contestó mientras escuchaba que un vehículo se ponía en marcha.

No tardaron en llegar. Foster venía al volante, así que fue el último en bajar. Abrí la tapa de la caja y, aunque estábamos acostumbrados a la muerte, cuando le tocaba a uno de los nuestros, se vivía de forma diferente. Mi corazón latía desbocado al comprobar la brutalidad a la que fue sometido.

—Malditos enfermos —acotó Aidan.

—Dios —exclamó Keiran.

—No esperaba encontrarlo de otra manera —dijo Rónán.

—Es sabido que el castigo tradicional son los mil cortes —explicó Aidan—, pero no esperaba que lo descuartizaran. ¡Chinos de mierda!

Foster no dijo nada, solo se hizo la señal de la cruz.

—Es nuestro compañero Wang Yuhang —informó el *boss* a los soldados que permanecían un poco más alejados, y los invitó a que se acercaran. Algunos, si bien estaban preparados para enfrentar la muerte, no podían lidiar con semejante barbarie, así que era normal que no pudieran manejar las náuseas. El hedor a sangre y cadáver se dispersaba en el ambiente—. Quiero que veáis lo que los chinos hijos de puta le hicieron y que no lo olvidéis, porque cuando les caigamos encima, ninguno deberá sentir piedad por ellos, como no la tuvieron con él.

No estaba todo su cuerpo; solo nos habían enviado la cabeza y un brazo, pero sin la mano, y ambas partes tenían muchos cortes a la vista. Incluso le habían arrancado las orejas. Obviamente, no había

sido una muerte rápida; antes lo habían sometido al famoso suplicio chino.

En ese momento, Cian O'Dwyer llegó tras seguir las pistas de dónde podía estar Wang, y se encontró con él dentro de la caja.

—¡Mierda! Vine lo más rápido que pude. No esperaba encontrarme con esto… Aún tenía esperanzas… No es justo, era un gran soldado.

—Suspende todas las búsquedas —ordenó Aidan.

—Claro, jefe, lo siento tanto… —se santiguó frente a los pedazos de nuestro compañero y concluyó—: Eras un gran hombre, y muy valiente.

—Descansa en paz, amigo —recé por su alma—. Encontraste el fin muy rápido, pero te prometo que vengaremos tu muerte.

—Así será —aseguraron todos persignándose mientras yo cubría las partes de su cuerpo que nos habían enviado.

Miré a los soldados que lo habían traído y les encargué que lo llevasen a la funeraria que trabajaba con nosotros para que se encargaran de que su familia pudiera dar sepultura a sus restos.

—Yo me encargaré de resarcir a los Wang —dijo Keiran—, y también les daré el pésame de parte del clan.

Tras ayudar a cargar la caja en el baúl del SUV, regresamos a la casa.

Cuando bajamos del todoterreno, Róni me sostuvo por el hombro, manteniéndome a su lado.

—No fue tu culpa. Era un buen plan infiltrarlo.

—Lo sé, pero cargo una impotencia. Los quiero destrozar con mis propias manos uno a uno. Necesito matar, necesito venganza.

—Lo haremos, te lo prometo. Me siento igual que tú.

Capítulo veinticuatro

ETHNA

—No es como piensas. Se enfrió todo por la llamada que recibió. Dices que se veía preocupado, tal vez lo que te contestó en el coche era por eso, su mente estaba en otro lado.

—¿No entendió mi pregunta? ¿Eso me quieres decir?

—Me has contado que te dijo mientras te estaba follando que eras la música de su corazón, no puede luego decirte que eres lo peor que le pasó, me niego a creer que te lo dijo a ti, tenía que referirse a otra cosa.

—Tú me quieres animar.

—¿Lo disfrutaste?

—Como nunca pensé que lo haría. Tú mejor que nadie sabe mis problemas, jamás creí que llegaría este momento.

—Entonces algo bueno dejó.

—Quiero más, quiero volver a sentir lo que sentí. Me siento codiciosa, y solo puede ser con él. Me niego a que sea algo pasajero.

—Estoy segura de que él también desea lo mismo. Ve a darte un baño y, mientras tanto, prepararé la cena. No pienses más, deja que ocurra lo que tenga que pasar y no sigas torturándote.

»Cuando resuelva el problema que se le presentó, verás cómo te busca.

Subí las escaleras y me despojé de toda la ropa al llegar a mi dormitorio. Necesitaba meterme en la ducha para lavarme de todas las malas energías que me circundaban, aunque eso significara también lavar la huella que él había dejado en mi cuerpo. Recordé sus manos sosteniéndome y cerré los ojos para que la visión fuera

más nítida. Aún podía sentir su calor, lo podía sentir abrazándome, su aroma impregnándome, su respiración en mi cuello enloqueciéndome, sus gruñidos mientras se enterraba en mí.

Apreté más mis ojos, y luego me sostuve con las manos los lados de mi cabeza para que las sensaciones y los sonidos se acallaran; parecía imposible. Mi corazón se aceleró y la sangre hirvió en mis venas. Volví a sentir el calor en mi centro, ese que solo Donovan provocaba. Estaba muy cerca de volverme loca si no podía volver a tenerlo.

Debía hacer algo, porque claramente no pensaba que mi corazón pudiera soportar esta desilusión.

Jamás había ansiado algo con tanta fuerza. Mi felicidad tenía nombre y apellido: Donovan Connell, y no estaba dispuesta a desistir.

DONOVAN

—¿Qué harás, Aidan? —preguntó Róni mientras nos arrellanábamos en los sillones de la sala de su oficina dentro del búnker.

—Yo creo que debemos pactar esa reunión que te pidieron y emboscarlos —opinó Keiran.

—Concuerdo con Kei —expresé mientras repartía los *whiskys* que había servido para todos—. Debemos darles una lección.

—Sí, hermano, quiero caerles encima, necesito acción —manifestó Róni—. Necesito sangre en mis manos, que paguen por todo el daño que nos hicieron.

—Mi humilde opinión es que no necesitamos derramar más sangre. Yo creo que Aidan debe tener esa reunión de forma virtual y escuchar la propuesta. Nuestros soldados necesitan seguridad y confianza, no creer que pueden morir en cualquier momento. Tal vez la proposición no sea tan descabellada después de todo —reflexionó Foster.

—Quieren quedarse con nuestro negocio. No podemos dejar que nos consideren débiles —intervino Rónán.

—Sé que lo primero es el diálogo —declaré—, pero han aceptado en nuestra cara que ellos nos atacaron y, por si fuera poco, nos envían a nuestro amigo en pedazos. No nos olvidemos de Robinson, y de los otros soldados que perecieron en los otros ataques. Nos han declarado la guerra.

Aidan permanecía callado, escuchándonos a todos, dejando que debatiéramos. Él ya tenía su decisión tomada.

—Los soldados quieren venganza. Tengo mi teléfono que está explotando, jefe. La noticia corrió como reguero de pólvora —informó Cian.

—Tened calma. Vamos a emboscarlos, pero también los oiremos. Les dejaremos creer que estamos dispuestos a negociar —habló finalmente nuestro *boss*—. No quiero a la tríada en nuestro territorio, no les concederé ningún poder. Cuanto antes los exterminemos, mejor.

»Previamente, debemos estudiar muy bien sus movimientos para no fallar, y para eso necesitamos ganar un poco de tiempo. Ni siquiera conocemos la cara del enemigo, tampoco sabemos dónde se esconde, así que antes de nada es preciso saber a quién nos enfrentamos y tenerlo ubicado.

»Por supuesto que nuestros hombres necesitan seguridad y confianza, pero también necesitan venganza, como están pidiendo. Sin embargo, debemos ser más astutos que ellos.

»Mientras tanto, asegurad bien nuestros cobertizos, y seguid limpiando las calles de Massachusetts de estos malditos chinos; que se enteren también de que no solo se derramará nuestra sangre. Así, cuando quieran negociar, también serán conscientes de que necesitarán detener la caza que hemos iniciado.

»Cian, te encargas de esparcir esta orden.

»Donovan, Róni y Keiran: quisiera dinamitar el nido de víboras chinas, volar el Dragon Palace, ya que ahora sabemos que ese es el *tong*[1] donde se esconden, pero no podemos hasta tanto no sepamos dónde está Wong. Antes debemos estar seguros de que ahí no hay niños, nunca matamos niños, y no lo haremos ahora.

»Foster: asegura muy bien todos nuestros clubes. No quiero errores ni que nadie indeseado pase más allá de la puerta. Trevor ya instaló el nuevo *software* de seguridad, pero no nos fiaremos solo de la tecnología. También quiero seguridad en nuestros hoteles. Sacaremos a toda nuestra gente a la calle, no les dejaremos ninguna opción. De la misma forma hay que fortalecer las entradas a la ciudad. Por supuesto, me encargaré de informar a los lugartenientes de nuestros territorios, puesto que cabe la posibilidad de que dirijan ataques a ellos. Hay que actuar con rapidez; los hemos desestimado tanto que no sabemos cuánto creció su hermandad.

»Donovan: espera unos días y contacta al idiota que llamó hoy. Vamos a conocer a Wong, y luego… empapelaremos las calles con su rostro. Pacta una reunión en el Point Italian Steakhouse. Entretanto, poned en marcha todo para que se lleve a cabo después de la reunión. Mantenedme informado.

Cuando salimos y subí a mi todoterreno, mi móvil sonó. No tuve que mirar la pantalla para saber que era Róni. Mis jefes tenían asignado cada uno un sonido diferente.

—¿Rónán?

—¿Dónde vas?

—¿Dónde crees?

—Estoy seguro de que no vas a tu casa. ¿Vas a cazar chinos?

—¿No es un plan estupendo?

—El mejor, pero deberías saber que no te irás solo en busca de diversión. No me dejarás atrás. Espérame en la entrada a la I-90 E, no quiero que Aidan se vuelva loco, ya que dijo que los cacemos si los encontramos en nuestro territorio.

—Por eso no dije nada… Hermano, necesito aplacar esta ira que siento. No puedo alejar de mi mente la imagen de la cabeza de Yuhang dentro de esa caja. Necesito acallar mis demonios, y la única forma de lograrlo es con un poco de venganza.

—Ojo por ojo y diente por diente. Nos vemos en un rato.

ETHNA

En cuanto bajé, Valentina entró alborotada; venía de fuera.

—¿Qué pasa?

—Donovan sigue en casa de tus hermanos. Ve para allá con cualquier excusa.

—No lo haré.

—Sí que lo harás.

Valentina empezó a empujarme hacia fuera.

—Está bien, está bien, no es necesario que me empujes, iré.

Tomé una gran bocanada de aire y, sacándome toda la indecisión que me rodeaba, erguí mis hombros y caminé hacia la salida. En el momento en que puse un pie fuera, casi me caigo de culo al ver que Donovan aparcaba frente a mi casa. Me quedé de pie en la entrada observándolo descender.

Encontré su mirada y mi corazón pareció detenerse. Un halo de oscuridad lo circundaba, atrayéndome a él como si se tratara de una fuerza invisible, y mientras seguía sus movimientos, un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Sentí que cada poro de mi piel se encendía al ver cómo sus ojos se volvían más oscuros cuando me recorrió con la mirada.

—¿Podemos hablar?

—Claro, pasa.

DONOVAN

En el momento en que la puerta se cerró, una necesidad tremenda de volver a probar sus labios me invadió, así que la cogí por el cuello, apliqué una suave presión y, aplastándola contra la pared lateral, me adueñé de su boca dándole un beso desesperado. Ninguna mujer había logrado acelerar mi ritmo cardíaco como ella lo hacía solo con mirarla. La necesitaba. Ethna hacía que me perdiera, aunque sabía que era necesario detenerme.

Me aparté de sus labios haciendo un gran esfuerzo, y apoyé mi frente contra la suya. Abriendo mis ojos, parpadeé; debía calmarme. Nuestras bocas estaban a solo un suspiro de distancia, invitándome a que volviera a devorarla.

Me aparté de ella para mirarla a los ojos. Sus labios estaban rojos por mi falta de cuidado al besarla. Los reseguí con mi pulgar; eran pulposos y aún conservaban el brillo de mi saliva. Ethna me observaba, sus ojos estaban difusos, aguardando; tenía la boca entreabierta y respiraba con dificultad. Sus mejillas estaban teñidas de rosa. Me encantaba esa forma de pedirme más. Mi pecho estaba aplastado contra el suyo, y sus caderas se separaron de la pared, chocando más contra mi polla.

Podía sentir su impaciencia, que ella quería lo mismo que yo. Se veía tan seductora, a pesar de ser una mujer adulta, parecía tan inocente… Ahora estaba convencido de que estaba decidida a pecar.

Esta obsesión por ella me estaba consumiendo toda la voluntad.

Sus manos se levantaron para envolverse en mi cuello, sus uñas arañaron mi nuca.

Joder, estaba tan duro por ella. Debíamos hablar, y debía marcharme, o Rónán llegaría antes que yo a la Interestatal.

—Ocurrió una emergencia, por eso tuvimos que salir así de Rowley —le expliqué mientras mis manos entintadas acariciaban su rostro, manteniéndome obnubilado por el contraste de mi piel y la cremosidad de la suya—. Tenemos que hablar delo que pasó, solo que ahora Róni me espera. De todas formas, preferiría que hablásemos en otro sitio.

—No puedo salir de casa sin mis custodios.

—Lo sé. Encontraré la forma de que nos veamos a solas, ¿quieres?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, quiero.

—Necesito… volver a estar dentro de ti. No soy bueno con las palabras sutiles, necesito volverte a follar y que tu coño ordeñe mi polla nuevamente, necesito más de ti, Ethna.

Ella gimió al oír mi sucia propuesta, y sus caderas volvieron a balancearse para friccionarse contra mi bragueta.

Una oscura obcecación se apoderó de mí, como si necesitara alimentarme de sus gemidos. Volví a besarla. Cuando me aparté, busqué su cuello y lo mordisqueé con fuerza como si necesitara

marcarla. Alivié el escozor con mi lengua chupando su pulso; sabía a pecado, a lujuria, a algo prohibido; levanté la cabeza y miré la marca que había dejado en su piel, y me encantó.

«Eres mía —pensé—, aun cuando no pueda tenerte, me encargaré de que nunca me olvides. Haré todo lo posible para que cada vez que estés con alguien sea a mí a quien recuerdes, con quien compares. —Acaricié su rostro—. No soy un caballero, ni mucho menos un ser misericordioso. —Reseguí sus facciones—. Eres tan hermosa y pura, y yo me identifico con Caronte: soy el barquero que lleva a los muertos al Averno, siempre y cuando tengan un óbolo para pagarme; soy ruin, codicioso, oscuro, no soy bueno para ti ni para nadie, pero precisamente por ser como soy me encargaré de que tú jamás seas de otro; podrán tener tu cuerpo, pero tu alma siempre me pertenecerá».

Esto me lo prometí reflexionando en silencio, sin dejar de apartar la mirada de su hermoso rostro y su tersa piel.

Mordí sus labios y luego los volví a besar. Mi mano buscó la abotonadura de su pantalón y con rapidez la metí dentro de sus bragas. Deseaba comprobar lo húmeda y resbaladiza que estaba; así que metí dos dedos en su coño y la bombeé rápido y fuerte haciéndola gritar. Estaba tan ansiosa que en cuanto la invadí se corrió en mis manos. Su respiración se detuvo, y su mirada se clavó en mí, deseando mucho más que lo que le había dado.

—Eres jodidamente mía, solo mía.

A regañadientes saqué los dedos de su coño y bajo su atenta mirada me los lamí juntando sus jugos. Era exquisita.

Retorció sus piernas y se apoyó contra la pared cuando me alejé.

—¿Cuándo nos veremos?

—Iré a tu empresa.

—¿Mañana?

Asentí.

—Te avisaré cuando salga para allá.

Ethna estuvo de acuerdo.

Le dediqué una última mirada lasciva, y aunque no tenía casi determinación para alejarme de ella, debía hacerlo, así que antes de tumbarla en la sala y follarla como un poseso, me marché.

ETHNA

Al cerrarse la puerta, Valentina salió del despacho que fuera de mi padre.

—¡Aaah, santo Dios del universo, amiiigaaa!

—Estoy sin respiración. —Quise abrazarla.

—Sal de aquí, asquerosa, estuviste besuqueándote después de que él…

Nos reímos y empezamos a saltar.

—Dios, escuché todo. Ese hombre es el fuego del río Phlegethon, en el inframundo.

—Tenías razón, me dijo que algo pasó.

—Te lo dije.

—¿Escuchaste todo lo que me dijo?

—No solo escuché. Perdón, amiga, pero abrí la puerta y espié. Ese hombre está loquito por ti.

—No tienes idea de lo bien que besa.

—Yo creo que no besa, te come.

—Créeme, solo mirarlo te deja sin aliento. Tiene una llamativa belleza masculina, pero es el poder que emanan de sus ojos y sus manos lo que te deja prendada de él.

—Dios mío, te tiene totalmente embobada.

—Nooo, más.

Nos carcajeamos.

Capítulo veinticinco

DONOVAN

Llegué al punto de encuentro en la Interestatal 90 este. Por suerte, Rónán aún no había llegado; si no, tendría que haberle explicado el porqué de mi demora, habiendo salido antes que él.

Aparqué a un lado del camino y activé el equipo de sonido, seleccionando en la lista de reproducción de Spotify, *Walk*[1] .

Mis ojos vagaron por la carretera. La nieve empezaba a caer, pero ya se había formado un manto blanco sobre la tierra. Encendí un cigarrillo mientras esperaba y me moví para apoyar las piernas sobre el asiento del copiloto. Había anochecido.

Lo primero que hice tras convertirme en el *enforcer* del clan fue crearme una reputación. Algunos afirmaban que era cruel y prefería que me temieran a que me respetaran, así que la adrenalina empezó a viajar por mi torrente sanguíneo, porque muy pronto esos chinos hijos de puta conocerían en primera fila lo cruel que podía ser.

Desplacé el espejo retrovisor para poder ver hacia atrás en la posición en que me encontraba, y no pasó mucho tiempo cuando noté que las luces de los faros de un automóvil se acercaban.

No tardé en reconocer el todoterreno blindado, así que me enderecé y salí del coche cuando el SUV aparcó detrás de mí. Rónán bajó sonriente. No había venido solo.

—Mierda.

—Sí, mierda, sabía que no ibais a hacer caso ni tú ni mi hermano, así que no os iba a dejar escurriros solos. Es lo que quería, pero di una contraorden porque no quería poner a nadie en peligro —me contestó Aidan.

Choqué su mano y también la de Keiran, que por supuesto también estaba allí. Rónán palmeó mi espalda.

—Es que hay que ser de hielo para no querer caerles a los chinos hoy mismo.

—Lo sé, pero no quería que todos nuestros hombres salieran y se desatara una maldita batalla.

—Tendremos diversión de la buena —afirmó Róni exaltado.

—Conseguimos una localización, en fin —aclaró Keiran—. Trevor la consiguió. Tenemos el lugar donde vive el Red Pole de los chinos.

—Eso sí que es una buena noticia —manifesté—. Esto será cara a cara con el hijo de puta que cortó a Yuhang.

—Deja tu coche y entremos en este; hace frío para conversar aquí fuera —me instó el *boss*.

Me aparté de mi Clase G y me uní a los Cavanaugh. Keiran se acomodó para conducir el Escalade, y Aidan se sentó a su lado. Detrás, nos colocamos Róni y yo.

—¿Vamos a Chinatown? —quise saber.

—No —me contestó Rónán—, el *enforcer* vive en Jamaica Plain.

Pasamos los barrios más ricos de Boston, y finalmente llegamos a nuestro destino. El vecindario no era tan lujoso como Back Bay, lugar que acabábamos de dejar atrás, pero seguía siendo un barrio acomodado. Además, el índice de violencia allí era bastante alto, aunque lo más probable era que los vecinos no supieran realmente quién era el que vivía en esa casa.

Aparcamos en la esquina. Rónán, Aidan y yo revisamos nuestras armas dejándolas listas para usar. Durante el viaje habíamos trazado un plan para capturarlo.

Keiran también revisó su pistola, pero como él era el chófer asignado para esta misión, la dejó preparada y apoyada en la consola central, por si acaso tenía que usarla.

Fuimos pacientes. La información que teníamos era fidedigna, así que era cuestión de esperar.

—Se acerca un automóvil, y coincide con la descripción —anunció Aidan desde la otra esquina donde estaba haciendo guardia para darnos tiempo a que Róni y yo nos preparásemos.

Nos escondimos tras los árboles de la calle y en cuanto el maldito chino descendió de su automóvil, lo abordamos.

Era un tipo alto y ancho, de muy buena contextura física. Su tez estaba bronceada, así que su piel amarillenta se veía más como de un tono oliva.

Se defendió al instante, pero yo estaba más que dispuesto a desahogar en él todas mis frustraciones del día, así que giré su brazo cuando quiso golpearme y Róni le atizó un golpe en el estómago para quitarle el aire. Luego, lo arrojé al suelo pateándolo, pero el muy cabrón saltó y nuevamente estuvo erguido dispuesto a defenderse. Aidan ya se había acercado. Con su pie barrió el suyo, provocando que nuevamente cayera. Hubiera podido solo con él, pero necesitábamos actuar con rapidez, así que, como no tenía un ápice más de paciencia, apreté el maldito gatillo que había puesto bajo su axila.

El sonido del disparo coincidió con los gritos de dolor del chino; su hombro se había desintegrado.

Róni me miró y puso los ojos en blanco, cubriendo la boca del infeliz para amortiguar sus quejas.

—No había que dejar sangre en la calle —me indicó ofuscado.

—Lo lamento, no me aguanté.

Keiran se acercó con el todoterreno; arrastramos al chino y lo metimos dentro. Había que marcharse antes de que algún vecino alertara a las autoridades de lo que estaba ocurriendo en la calle, cosa que no hubiera sido problema, ya que contábamos con asociados en las fuerzas de seguridad, pero supondría una pérdida de tiempo.

—Malditos irlandeses hijos de puta —blasfemó el asiático en un inglés rudimentario.

—Aaah, veo que sabes quiénes somos —dijo Aidan y lo golpeó en la boca con su arma, haciéndole saltar algunos dientes—. No te he dado permiso para que hables. Cacheadlo.

Cogimos su móvil y lo apagamos para prevenir que lo buscaran, por si acaso el maldito tenía algún tipo de rastreo instalado en el teléfono. Revisamos sus bolsillos y le quitamos las armas. Con un detector de señal le escaneamos el cuerpo para saber si tenía algún

otro tipo de rastreo, pero no hallamos nada. Luego cogimos su identificación, que decía que se trataba de Chen Yu.

Keiran ya se había puesto en marcha y estábamos de camino a Rowley.

Yu nos miraba con odio, pero no emitía palabra.

—Supongo que fuiste tú el que se divirtió con Yuhang —dije, y el mierdecilla oriental se me quedó mirando a los ojos.

No hacía falta que contestara. Él, al igual que yo, era el encargado de limpiar y sacar del camino todo lo que le molestaba a su jefe.

Róni encendió un cigarrillo a pesar de que sabía que a su hermano le molestaba. Le dio una calada y luego me lo pasó.

Aidan odiaba el humo del cigarro, pero se aguantaba porque sabía que era la forma con la que manejábamos un poco nuestra adicción por matar.

—No te preocupes —me dijo Rónán Cavanaugh—, es nuestro turno ahora.

—¿Creen que tienen las cosas controladas? —habló por fin el chino, y luego se carcajeó irónico. Aidan lo golpeó en la boca con el puño.

—Te dije que no hablaras.

Teníamos en nuestras manos al asesino de la Tríada. Atraparlo había sido demasiado fácil. Tal vez porque el idiota pensaba que después de la violencia que mostraron enviándonos a Wang en pedazos nos iban a amedrentar y accederíamos a hacer un trato con ellos para frenar la ola de violencia. No sabían que el olor a muerte era como una inyección de adrenalina combinada con una línea de cocaína para una mayor diversión.

Aspiré el humo del cigarrillo y se lo pasé a Róni. Acercándome a Yu, le lancé la bocanada de humo en su cara.

—Puedo oler tu miedo, aunque intentes ocultarlo. Tú decides cuánto se alargará tu agonía, todo depende de lo que nos digas.

—¡Vete a la mierda! ¡Bastardo!

Róni y yo nos reímos.

—Pensaste bien, amigo —me dijo Róni—. Está cagado, porque ya empezó a acordarse de toda nuestra ascendencia.

»Invéntate un mejor insulto —le explicó Rónán—, ese no es un agravio para Donovan; no haces más que recordarle por qué está aquí con nosotros y por qué le gusta tanto matar, solo avivas su sed de sangre con esos recuerdos.

Chocamos nuestras manos en el aire y comenzamos a reír más fuerte. Keiran y Aidan se unieron a nosotros disfrutando también de la broma, que en realidad no lo era, porque era mi absoluta realidad.

Cuando mataba, me cobraba cada desprecio y cada sufrimiento por el que me habían hecho pasar mis padres. Recordar que era un bastardo al que ellos no habían querido hacía que mi ira se multiplicara.

Me incliné sobre Chen y apoyé mi palma enguantada en su hombro destrozado, haciendo presión y provocando que gritara por el dolor.

—Eso pensé: duele, pero tenía que comprobarlo. Como verás, no soy compasivo. Bueno, tú tampoco lo eres, así que sabes a qué atenerte. Me quedó claro cuando vi a Yuhang, así que no estás teniendo más que de tu propia medicina.

Al llegar a Rowley, el automóvil se aparcó frente al granero. Bajé al maldito chino arrastrándolo por el pelo. Intentó defenderse, pero Róni le aplicó un correctivo. Cuando lo quisimos meter dentro, empezó a forcejear. Realmente el cabrón demostró tener agallas, así que Aidan le metió un tiro en la pierna para que se calmara y hundió su dedo enguantado en el orificio que había dejado la bala.

—Te vas a tranquilizar, o te prometo que tu muerte será muy pero muy lenta, más lenta que la que le diste a Yuhang, porque no voy a engañarte diciéndote que existe una posibilidad de que puedas salvarte. No, tú —movió el dedo dentro del hueco que dejó la bala, provocando que gritase un poco más— estás condenado. De todas formas, queda en ti que tu muerte sea rápida o no, siempre y cuando cooperes un poco, por supuesto. Ahora, si decides no hacerlo, debes saber que te dejaré muchos días agonizando.

Apenas entramos, mi visión se centró en las cadenas. No pude evitar que mis pensamientos volaran a lo que pasó hacía apenas unas pocas horas. Ella estaba clavada en mi mente, pero no era

oportuno que mi memoria me traicionara de esa manera en este preciso momento.

Intenté centrarme en lo que importaba: procurar que el chino nos dijera algo antes de matarlo.

Sin embargo, todos pensábamos lo mismo: era seguro que no obtendríamos nada de él, más que venganza y diversión.

El juramento que realizan los miembros de las tríadas es decisivo. El silencio es lo fundamental para que su entramado delictivo funcione a la perfección. Si no lo matábamos nosotros por no hablar, lo matarían ellos por no resistir, o para no correr el riesgo de que hubiera sucumbido a la tortura y los hubiese traicionado.

Sus miembros casi nunca progresaban en esa organización porque, a diferencia de otras mafias, las tríadas eran como una infección que mutaba y se propagaba y, sobre todo, porque sus cabecillas vivían para sacar partido de sus soldados en beneficio propio. Eran como una sanguijuela que les chupaba la sangre y los dejaba secos.

Tras horas de torturas, el maldito chino seguía resistiendo a los tormentos que nos turnábamos en darle. Y a esas alturas era como si su sentido común hubiera quedado atrapado en una espiral en la que los estímulos dolorosos generaban de forma recurrente una sensación amplificada del dolor. Estaba seguro, por mi estudio del cuerpo humano, que ser sometido a esos padecimientos provocaba que su cerebro se enconase adormecido ante tanto sufrimiento.

—No hablará, Aidan, no lo hará, está entrenado para eso —espeté mientras me limpiaba la sangre del chino que había salpicado mi rostro. Miré mi camisa, totalmente arruinada.

—No dirá ningún plan que tenga su jefe, si es que lo sabe; no dará ningún tipo de información —dijo Rónán.

—Si no lo hizo cuando estaba más lúcido, menos lo hará ahora, hermano —alegó Keiran.

—Sabe que si no lo matamos nosotros, lo matarán ellos, y para los chinos el honor es muy importante —dije mientras encendía un cigarrillo y bebía *whisky* de la botella que estábamos compartiendo. Me encontraba algo aburrido. La tortura ya se había extendido demasiado y sin ningún fruto, hasta se había vuelto monótona.

—Lo sé —aceptó Aidan finalmente—. Tenía que intentarlo. Tengo el presentimiento de que estos chinos quieren más que nuestros negocios, es algo que siento aquí —dijo tocándose el pecho, y apoyó su otra mano en mi hombro, ya que era a quien tenía más cerca—. Cuando tengo una corazonada, a menudo la sigo, porque jamás me equivoco.

—No será con él con quien lo averigüemos —le dije aspirando con fuerza de mi cigarro.

—Sin embargo, hemos hecho justicia por Yuhang —reflexionó Róni.

—Sé que quieres irte a tu casa —me dijo mirándome a los ojos—, pero le prometí que lo haría agonizar hasta que su vida se extinguiera.

»Se lo debemos a Yuhang.

El chino estaba extinto, sus párpados ya no se sostenían abiertos, pero seguía quejándose. Llevaba en su espalda el tatuaje de un dragón que lanzaba fuego por la boca.

Me acerqué y, cogiéndolo por el pelo, le arrojé sal de ganado en las heridas, provocando que gritase por el ardor, y haciéndolo reaccionar.

La tortura es cuestión de paciencia, pero ya no había mucho más que esperar.

Yu tosió escupiendo sangre. Su cuerpo ya no se sostenía, así que su peso solo estaba siendo soportado por las ataduras en sus muñecas.

Le inyecté adrenalina para reanimarlo y para probar un último intento de que hablase.

—Dime algo y te prometo que acabaré con tu sufrimiento; sé que quieres descansar.

Decirle que iba a ser contemplativo era una mierda estúpida, porque lo haría sufrir hasta su último aliento. Tal vez eso lo haría hablar, aunque él era un hombre tan experimentado como yo en el arte de torturar, así que era obvio que se sabía todas las artimañas.

Cogí un cuchillo y lo moví ante él para que el brillo de la hoja captara el de la luz.

El miedo surcó su rostro, aunque intentó esconderlo. Nadie es tan valiente para querer morir; el ser humano se aferra a la vida, pero era obvio que estaba cansado de tanto sufrir.

Le corté la mejilla, pero el maldito perro continuó resistiendo.

Moviendo mi mano, hundí la punta en su vientre y gimió de dolor.

—¿Dónde se esconde tu maldito jefe?

Un silbido de entre sus dientes se escapó al momento en que retiré la hoja de acero de su cuerpo. Volví a enterrarla en otro lugar, evitando tocar uno de sus órganos vitales.

—Quiero oír tu voz, Yu. Estás muy callado —dije sacando una vez más el cuchillo de su cuerpo y volviendo a hundirlo en otro sitio.

Agónicos gritos repicaron en las paredes y en mis oídos, y aspiré reconociendo el olor metálico de la sangre que penetraba en mis fosas nasales mientras que en mi mente se reproducía el momento en que mi padre levantaba su brazo para azotarme con la hebilla del cinturón hasta hacerme sangrar.

Volví a tirar de mi brazo hacia atrás para quitar el cuchillo retorciéndolo un poco. Róni lo bañó con sal de res, provocando que los gritos del asiático se multiplicaran.

Nos miramos los cuatro, comprendiendo que estábamos en un callejón sin salida.

Tiré el cuchillo al suelo, y Róni me alcanzó un cigarrillo encendido al que le di una ávida calada. Miré al oriental. Él conocía el cuerpo humano tanto como yo, y estaba al corriente de que sus horas estaban contadas, no iba a resistir mucho más.

Me acerqué a la mesa y cogí una amoladora, poniéndola en funcionamiento.

—Es tu última oportunidad antes de que pierdas la mano. Dame los paraderos de los jefes de tu Tríada.

Keiran desató una de las bridas que lo sostenían, y Aidan sujetó su brazo para que pudiera realizar la amputación. Se sacudió de dolor cuando empecé a cortarlo, y la sangre salpicó en todas direcciones. El infeliz gritó muy fuerte y de repente lo escuchamos hablar en chino. Obviamente, no entendimos una mierda, ninguno de nosotros manejaba ese idioma. Personalmente lo odiaba, así que jamás me

preocupé por aprenderlo. Aidan me ordenó que me detuviera. Seguidamente, Yu habló casi sin aliento, esta vez en inglés:

—«Euro, Dólar, Yuan. Esa es mi tríada.» —Había citado a Roberto Saviano en su libro *Gomorra*—. Jamás delataré a mis hermanos. No hay forma de contener el caos. Estamos en sus calles y no nos echarán. No hay lugar para ambos —sentenció.

—Mátalo —dijo Keiran— o lo haré yo.

Levanté la cabeza y miré a mi jefe. Aidan asintió.

Sin pensarlo, saqué mi arma, le quité el seguro y apunté a Yu en la cabeza, dejando un hermoso y decorativo agujero en medio de sus cejas. No me había dado cuenta de que ellos también habían desenfundado las suyas, así que los cuatro disparamos a la vez, terminando con su vida.

—Un chino menos por quien preocuparse —dije limpiándome la masa encefálica que me había salpicado—. Hemos cumplido, lo hemos hecho sufrir mucho, y el hijo de puta solo se estaba burlando de nosotros.

—Vamos a limpiar esto entre todos para que podamos irnos cuanto antes —sugirió Róni.

—Yo me encargo, no os preocupéis —dije eximiendo a mis jefes del trabajo.

—Estás tan cansado como nosotros, hagámoslo rápido y enviemos el cuerpo al *tong* chino. Lo dejaremos en la entrada de China Town para que el mensaje les llegue muy claro, a ver si siguen atreviéndose a desafiar nuestro liderazgo —planteó Aidan—. Nos queda de paso llevarte a que recojas tu SUV camino a casa, y no será la primera vez que hacemos esto —dijo codeando a Róni y a Kei —, ¿verdad, hermanos? No siempre hemos estado en la cima más alta en esta organización.

—Maldito Connor, siempre nos enviaba a limpiar a sus muertos —se quejó Rónán.

—Ahora entiendo por qué no tenía ninguna connivencia con sus hijos. No éramos nada de él —dijo Keiran mientras me ayudaba a descolgar a Yu.

—No deberías quejarte, Kei. Fuiste el que mejor lo pasó de los tres —opinó Aidan mientras se inclinaba para estudiar el cuerpo sin vida

de Chen Yu—. Dame un cuchillo —pidió Aidan.

Con la punta escribió en el pecho del chino.

«No vuelvas a amenazar a una persona que no tiene nada que perder».

—Wong quiere diálogo, pues bien, dialoguemos.

Los cuatro nos carcajeamos mientras admirábamos la frase que Aidan había dejado en el pecho del chino.

Capítulo veintiséis

DONOVAN

Pantallazos de la violencia experimentada corrían por mi mente. Se suponía que debería estar acostumbrado, pero los jodidos fantasmas se encargaban de perseguirme y dañaban mi mente más de lo que quería.

Tomar la vida de alguien no tendría que ser un problema; de hecho, no lo era. Lo que sí era un problema era saber que no tenía ni un hueso misericordioso en mi cuerpo y que la oscuridad era lo que llenaba mi interior.

He tomado la mano de la muerte en las mías más de lo que quisiera. Tal vez, si pudiera arrepentirme, mi alma no estaría tan agitada, pero no sabía cómo hacerlo.

Apreté los dientes y respiré profundamente. Aún podía sentir el olor de la sangre en mi ropa, en mi piel, y es que el olor a muerte era tan particular que jamás me abandonaba. Muy poca gente conocía las cargas que llevaba en mi interior y la negrura de mi alma. No importaba cuántos años pasaran desde que maté por primera vez: siempre lo sentía igual.

El aire a mi alrededor se inundaba con ese sentimiento retorcido y desequilibrado que tanto odiaba y que no podía evitar mientras ejecutaba a mis víctimas. Las llamas del infierno se avivaban en mi interior, y cada uno terminaba teniendo el mismo rostro en mi mente: el del maldito drogadicto que me engendró y que me arruinó la vida apartándome de mi madre. Incluso parecía como si el sentimiento de odio jamás se fuera a acabar.

Era bien pasada la medianoche y me encontraba a pocas manzanas de mi casa. Estaba cansado, necesitaba imperiosamente

un baño y dormir. Me dolían todos los músculos del cuerpo, incluso más que cuando me sometía a un entrenamiento físico. Cogí mi móvil; durante las últimas horas lo había desestimado. Cuando lo desbloqueé, lo primero que vi fueron las llamadas y un mensaje de Ethna. Leer su nombre no ayudó demasiado a que mi agotado cerebro descansara. Me deslicé por los mensajes y abrí el suyo; no había otra cosa que me interesara en ese momento. Toqué la pantalla para reproducir el audio y presioné el teléfono contra mi oreja para que su voz me inundara por dentro.

🎤 Necesito verte, no puedo esperar a mañana.

Miré la hora; habían pasado más de dos horas, así que lo más probable es que ya estuviese dormida. No tenía sentido llamarla; de todas maneras, no era bueno que me viera en este estado. No quería espantarla y que conociera al monstruo en el que me convertía cuando mataba. Aparqué el automóvil en mi sitio y desactivé la alarma de la vivienda desde mi móvil. Me preparé para bajar, y, en ese momento, una figura salió de entre las sombras. Reaccioné al instante, así que en una fracción de segundo le apunté a la cabeza.

—Donovan, soy yooo.

La miré por un momento antes de reconocerla, sin bajar el arma. Ella estaba aterrada, mirando el cañón de la pistola fijamente.

—¡Dios mío, Ethna! Pude haberte matado, joder, ¿qué mierda haces aquí? Mira la hora que es.

Miré alrededor buscando a sus custodios, pero no hallé a nadie.

Que ella estuviera allí cuando aún no había bajado de la oscuridad en la que me encontraba no era bueno. A menudo, cuando intimaba con alguien después de haber estado horas torturando a alguna persona, no podía ser condescendiente ni amable.

Me pasé la mano libre por el rostro.

—¿Dónde mierda están tus guardias? —Dejé escapar un suspiro.

—Estoy sola, bueno…, no del todo. Acabo de bajar del coche de Valentina; ella me ayudó para que pudiera salir de la mansión.

Un Toyota Highlander Platinum de color negro se detuvo junto a nosotros. Estuve a punto de alzar mi arma nuevamente, pero Ethna me sostuvo el brazo.

Normalmente no soportaba que me tocasen cuando estaba en ese trance; solo toleraba que lo hicieran Róni o Aidan, pues mi piel se sentía ardiendo como cuando la azotaba el hijo de puta de mi padre biológico.

Miré su mano, y el aturdimiento me invadió al advertir que su toque no me molestó.

—Es Valentina. —Mis ojos se encontraron con la mirada aterrorizada de Ethna—. ¿Estás bien? —me preguntó, y asentí con la cabeza, pues en mi mente aún estaban reproduciéndose las imágenes del chino siendo torturado por mis propias manos, mezcladas con lo que había sufrido cuando yo solo era un niño.

—Hola, Donovan.

—Hola, Valentina.

—Ethna, me llamas y te paso a buscar —indicó la pelirroja desde el SUV que estaba detenido.

Mis ojos volvieron a fijarse en Ethna y levanté la mano para cogerla por la nuca, tratando de no hacer demasiada presión. A decir verdad, no sabía si lo estaba logrando; aún me sentía muy violento.

—¿Por qué estáis solas en la calle a esta hora? —las regañé—. ¿Adónde vas? —le pregunté a su amiga con el ceño fruncido, descargando mi furia a través de las palabras.

—Se quedará en mi apartamento en la ciudad, hasta que sea la hora de venirme a buscar. Claro, si quieres que me quede.

Apreté su cuello y noté que no estaba siendo suave. Decidí bajar la mano y coger a Ethna por el brazo, apartándola para acercarme a su amiga.

—Valentina, no quiero parecer grosero, pero no deberíais estar aquí. —La miré furioso por sacar a Ethna de Manor Place, maldita inconsciente. Me importaba un carajo si Ethna era mayor y tomaba sus propias decisiones; ella, como su amiga, no la debería haber seguido en esta locura—. Vete ya mismo al apartamento; luego yo llevaré a Ethna hasta allí. No quiero que salgas, y cualquier cosa,

llamas. Hoy no es un día seguro para que andes en la calle; han pasado algunas cosas y no deberíais haber salido de la seguridad que os brinda la mansión. —Fruncí la boca para que supiera que lo que había hecho había sido una estupidez—. Ve y avisa cuando llegues.

—Está bien, Donovan, como digas, me cuidaré.

—Llama en cuanto llegues —volví a recordarle.

—Estás asustándome. ¿Qué pasó? —preguntó Ethna. Mi mano estaba apretando su brazo y probablemente se le harían algunos cardenales.

—Nada. —No iba a entrar en ningún detalle; ella no necesitaba saber que la muerte se había apoderado de mi día después de haberla tenido en mis brazos—. No es seguro que estéis en la calle, y menos sin protección. —La miré sin ocultar mi cabreo por lo que habían hecho. No me gustaba que se expusiera sin medir las consecuencias.

—Valentina, ya escuchaste: me llamas apenas llegues —le pidió Ethna también.

—Lo haré, amiga; que lo paséis bien —dijo la pelirroja antes de marcharse, y nos guiñó un ojo.

Llevé a Ethna a paso apresurado para ponerla a resguardo, ya que lo más probable era que el cuerpo de Chen Yu habría sido encontrado por los chinos.

Abrí la puerta, y mis perros comenzaron a gruñir al advertir a alguien extraño a mi lado.

Les ordené que se calmaran.

—¿Estás seguro de que no me comerán?

—Si yo no les digo que lo hagan, no lo harán. Entra con confianza, no tienes qué temer; son muy amigables.

—Déjame decirte que no lo parecen.

—Ella es Juno, y él es Marcus —le presenté a mis dóberman al tiempo que volvía a activar las alarmas perimetrales de la casa.

ETHNA

Estaba un poco asustada. La mirada de Donovan era extraña, como si sus pupilas hubieran desaparecido y sus ojos solo fueran dos pozos negros. Además, esos dos perros gigantes no me daban demasiada confianza; se veían muy atléticos y parecían dos bestias feroces, aunque al mirarlos no había forma de imaginar mascotas más perfectas para Donovan.

Estiré mi mano dejando que me olfatearan; sabía que los animales podían oler el miedo, así que lo mejor era conquistarlos. Luego me puse en cuclillas frente a Juno.

—Eres hermosa, supongo que ya lo sabes —le dije rascándole la cabeza detrás de las orejas. Marcus se metió en medio para llamar mi atención—. Tú también eres un gran semental; incluso eres muy fuerte, como tu dueño.

Levanté la vista y volví a mirar a Donovan a los ojos. Su mirada se había suavizado un poco. Estaba observándome con esa expresión tan sombría que lo caracterizaba, pero ahora ya no parecía tan aterrador como cuando bajó de su coche. Lo recorrí con mis ojos; tenía unas profusas ojeras y parecía cansado. Su atuendo completamente negro disimulaba muy bien lo que su camisa blanca gritaba. Mis ojos se clavaron en las manchas de sangre que había en su pechera, y él bajó la vista para ver lo que yo estaba viendo.

—Necesito bañarme —explicó—. Espérame aquí. Ellos te harán compañía. Les gustaste; si no, no se hubieran acercado a ti. Créeme, estás segura a su lado; me han ignorado desde que entramos.

Asentí sin poder quitar los ojos de la sangre que cubría el pecho de Donovan.

—De acuerdo, aquí te espero.

Tomando coraje, me acerqué y toqué sus labios con los míos. Él me cogió por el pelo y se apoderó de mi boca de manera descomedida, y con una vehemencia que me hacía sentir débil. Su mano se había enroscado en mi cabello, tironeando de él, hasta que se apartó de mí, dejándome sin respiración; tardó en abrir los ojos y, cuando lo hizo, me soltó y me dijo

—Iré a bañarme.

Moví la cabeza aceptando mientras él se alejaba. Donovan me había consumido el oxígeno en ese beso y me había dejado

tambaleando. Tomé una bocanada de aire al quedarme sola y miré a mi alrededor intentando alejar mis pensamientos.

Era obvio de dónde venía; era el ejecutor de mis medio hermanos, así que seguramente había estado haciendo algún trabajo para ellos, y esa sangre en su camisa pregonaba el tipo de encargo que había atendido.

Me moví por el lugar para centrarme en otra cosa; debía acostumbrarme a que Donovan manchaba sus manos con sangre con más facilidad de la que me agradaba. Era necesario que superara eso si pretendía tener algo más que lo que había pasado esa tarde con él.

Cuando me moví, los perros se pararon, pero seguían viéndose amigables; incluso intentaban que continuara acariciándolos.

Me quité el abrigo y lo dejé junto a mi bolso sobre el sofá de la sala. Escuché el sonido de una notificación en mi móvil, así que lo busqué y desbloqueé. Era Valentina avisándome de que ya estaba en el apartamento. Le contesté y volví a guardarlo.

La casa de Donovan no se veía sombría como me la había imaginado. Había muchas ventanas que de seguro conspiraban para que el ambiente se viera muy luminoso durante el día. Además, se trataba de un sitio amplio, con las vigas del techo y conductos de calefacción y ventilación expuestos a la vista. La sala estaba integrada a la cocina y al comedor, donde había una mesa para diez o doce comensales, en una madera dura que armonizaba a la perfección con la madera del piso; el lugar para elaborar los alimentos se notaba muy cómodo y funcional, y por la distribución y los electrodomésticos que estaban a la vista, era muy probable que a él le gustase cocinar.

Pasé la mano por la encimera blanca de la isla central, que contenía el fregadero, y luego me dirigí a la enorme bodega que iba del techo al suelo y estaba empotrada en la pared que se encontraba de frente a la entrada.

Fui al refrigerador y lo abrí, ya que según John Stonehill, un caos en la nevera de una persona, por lo general, equivale a un caos en la vida de uno; sin embargo, todo estaba meticulosamente acomodado y limpio. No había comida vencida, y además estaba

muy surtido para tratarse del refrigerador de un hombre que vivía solo. Me di cuenta de que cuidaba mucho de su alimentación, por eso se veía tan sano y fuerte. Según el gurú del refrigerador, nada decía más sobre lo que somos que lo que comemos y bebemos. Incluso una nevera podía proporcionarnos una visión definitiva sobre nuestra salud, apariencia, ingresos, estilo de vida y hasta el tipo de persona romántica que somos. La falla en lo que estaba viendo podía ser que estaba tan lleno que todo indicaba que no había lugar en su vida para otra persona en ese momento.

Agité la mano y me deshice del pensamiento.

Vi una botella de vino blanco ya abierta, la cogí y serví dos copas que tomé del anaquel que estaba junto a la nevera. Definitivamente, era una vivienda con muchos detalles de muy buen gusto, y contaba con un exquisito diseño arquitectónico.

Entre la sala y el espacio culinario, el suelo era de vidrio transparente, transformándose en un mirador hacia el subsuelo, donde pude divisar otra sala de estar.

Cogí las dos copas, me dirigí a la escalera por donde había desaparecido Donovan y bajé. Pasé por el salón de esparcimiento, y siguiendo el sonido del agua, entré en una habitación muy amplia. No estaba preparada para ver al monumento de hombre que estaba tras el cristal de la ducha con hidromasaje vertical. Él estaba allí de pie, apoyado con las manos contra los azulejos, recibiendo el masaje de los *jets.* Era una aglomeración de músculos y piel entintada; se veía demasiado *sexy,* y hacía que mis nervios se desbocaran de forma tal que hasta dudaba de cómo me llamaba. No entendía cómo podía haber permanecido todo ese tiempo ignorando a este hombre, pues habíamos compartido otros momentos, pero jamás él estuvo en mi periferia.

Donovan se pasó la mano por la cara para eliminar el agua que le caía desde la ducha que estaba sobre su cabeza. Yo seguía embelesada viendo la belleza oscura que provocaba que mi cuerpo se estremeciera, deseándolo. Teniendo en cuenta que Donovan siempre estaba atento a su entorno, se dio la vuelta, seguramente advertido de mi presencia, y en ese soplo nuestros ojos se encontraron, atrapándome en la negrura de su mirada.

Me dedicó una sonrisa lobuna que no hizo más que hacerlo parecer más atractivo y peligroso, incitándome además a que mis bragas se mojaran. Él estaba un poco más relajado.

Su mirada tenía la atención depositada en mis dobles D, haciendo que las puntas de mis senos se tensaran. Recordé que papá a menudo decía que su madre también tenía un buen venir como yo. Siempre me había molestado ser tan exuberante, aunque con el tiempo había aprendido que mi cuerpo era mi arma para alejar a los hombres. Sin embargo, a Donovan parecía atraerle mi delantera. Su lengua salió disparada y se relamió los labios mientras sus ojos continuaban admirando mis formas.

La sensación de su vista desnudándome era tan fuerte que me obligó a mirar hacia otro lado, haciéndome sentir un poco intimidada. Al ladear la cabeza divisé que en uno de los estantes había un dispositivo Echo.

—Alexa, reproduce a Patrickreza —solicité al dispositivo que se manejaba por voz, y al instante comenzó a sonar *The Wall*[1] .

Donovan abrió la puerta acristalada y cogió una toalla para secarse el rostro. Su pose no hacía otra cosa que demostrarme que se sentía muy seguro de su cuerpo y desnudez.

Cuando se detuvo a unos pasos de distancia, extendí la mano y le ofrecí el vino, que por supuesto cogió; luego con la punta de mis dedos tracé lentamente su piel.

—Lamento haber venido a invadir tu espacio sin invitación, pero… necesitaba que hablásemos. No podía esperar a mañana, iba a explotarme la cabeza.

Una descarga de energía pareció atravesar el aire entre nosotros, y lo sentí brutal, lujurioso. No podía quitar la vista de las gotas que recorrían su piel, quería inclinarme y juntarlas con mi lengua, marcándolo. Donovan cogió mi muñeca deteniendo el recorrido de mis dedos, haciendo que lo mirara a los ojos.

—Debo advertirte que tal vez no es el mejor momento para estar a mi lado, quizá no pueda ser el caballero que tú pretendes que sea.

Dios, estaba ardiendo; el deseo se agitó en mi interior y bajó en espiral hasta mi centro cuando mi vista continuó recorriendo su

perfecto cuerpo, estudiando sus abdominales y esa perfecta V que apuntaba a su polla. El anhelo me consumía, su pene estaba alzado, no se veía para nada adormecido.

Él creía que me gustaba gentil, pero a mí me encantaba tal como era, no quería cambiar nada en él, me gustaba enigmático, oscuro, dominante, rústico, brutal.

Tomándome por sorpresa, Donovan se acercó tragando la distancia que nos separaba y cogiéndome por la nuca atrapó mi boca para darme un beso urgente y para nada suave, incluso menos medido que el anterior. Era como si un halo de oscuridad lo circundara, y por eso se había disculpado, por no ser tan cuidadoso, pero no me importaba.

Cuando nos apartamos me dijo:

—Si no fuera porque me encanta que estés aquí en mi casa, te pondría sobre mis rodillas y te azotaría ese culo redondo que tienes. —Su mano bajó a una de mis nalgas y hundió sus dedos en mi carne —. Debería castigarte por haber burlado tu seguridad y por haberte expuesto en la noche.

—Tomamos precauciones —le aseguré con la respiración entrecortada. Volvió a besarme; esta vez mordisqueó mis labios provocándome cierto dolor.

—Alguien podría haberos visto salir y seguiros.

—Hasta que no cogimos la carretera no salí del maletero, así que si había alguien vigilando fuera de la casa, solo vieron salir a Valentina. Por cierto, ya me avisó de que llegó bien a mi apartamento.

Él agitó la cabeza y sonrió, pero de inmediato su gesto se transformó en cabreo.

Subió la mano para cogerme por el mentón y me habló muy de cerca, así que pude sentir su aliento sobre mi piel. Olía al vino que acababa de sorber, pero también pude advertir el aroma de algún *bourbon* que seguramente consumió antes.

Mordisqueó mi labio inferior, y chupó el superior antes de continuar hablando:

—No me cambies de tema. Valentina podría ser la forma perfecta para meterse en la mansión. No volváis a hacerlo, ¿me escuchaste?

—Está bien, papá.

—No estoy bromeando —sus dedos en mi barbilla hicieron más presión—, estoy hablando muy en serio. Por otra parte, no entiendo por qué los guardias de la puerta os dejaron salir a esa hora.

—No me hagas desvelar sus maniobras, porque te enojarás con los hombres de la entrada.

—Joder, puedo imaginar a esos hijos de puta babeando por tu amiga. Espero que nunca se te ocurra emplear tu seducción con ellos, porque tendría que matarlos por desearte y… creo que, si algo te conozco, no te gustaría cargar con esos muertos en tu conciencia.

Negué con la cabeza. Sin embargo, algo debería estar mal en mí para que me excitara esa forma vehemente en que me reclamaba.

—Ella puede salir y entrar —le expliqué—. Su vida no es importante, según parece, aunque sí lo es para mí. Val es mi otra mitad, la quiero como se quiere a una hermana, o tal vez más de lo que quiero a Cait, y como comprenderás eso es mucho. —No quería nombrar a mi hermana muerta, no quería ese fantasma entre nosotros—. Hemos crecido juntas, y aunque mi madre siempre nos quiso separar, no lo logró. De todas formas, no regañes a los soldados, por favor —hice un mohín—. Siempre que Valentina sale, al volver debe avisar antes de llegar, y si no dice la frase correcta, es el indicio de que algo no está bien. Ellos tienen palabras clave.

Él asintió.

—¿Cómo conseguiste mi dirección?

—Me habías dicho, cuando yo estaba en España, que te estabas mudando, y me explicaste dónde quedaba tu nueva casa. ¿Recuerdas?

—Recuerdo muy bien cada una de nuestras conversaciones, no creí que tú lo hicieras.

—No sabía con exactitud el número, pero cuando te vimos llegar al aparcamiento…

Me tomó de la cintura y me hizo trepar sobre sus caderas.

—Aaah…

Caminó conmigo a cuestas hacia la habitación mientras mordisqueaba mi cuello. Cuando me dejó sobre mis pies, bebí un

sorbo de vino. Estábamos junto a la cama. Donovan tomó mi copa y la dejó a la par de la suya sobre una de las mesas de noche.

Su cuerpo desnudo me distraía, su polla estaba muy dura y estirada, provocando que su glande se viera brilloso. Inclinó su cabeza y besó mi cuello.

Donovan

Joder, esta mujer iba a ser mi perdición. Quería controlarme un poco, pero no sabía cuánto podría hacerlo; por eso le había advertido.

A menudo después de matar o torturar iba en busca de una puta para follarla hasta calmarme, pero con ella no tenía que ser cuidadoso, podía descargar toda la ira enterrándome en su coño hasta que me sintiera satisfecho, luego era muy fácil echarla de mi lado sin ninguna explicación.

Sin embargo, con Ethna era diferente, no podía ni quería que conociera al monstruo de dos cabezas que asomaba en mí cada vez que quitaba una vida, no deseaba que se diera cuenta de que matar o torturar me excitaba tanto como enterrar mi polla en un coño.

Tampoco quería que viera mis debilidades, porque por supuesto las tenía, pero eran solo mías. Estaba tratando de hacer un poco de conversación, pero solo podía pensar en la forma en que me enterraría en su coño una y otra vez.

—Donovan, ¿estás aquí?, ¿qué pasa? Mírame.

Había dejado de besarla y estaba inmóvil aferrado a su cuerpo, tal vez apretándola más de lo que debería. Levanté la cabeza sacándola del hueco de su cuello y corrí su pelo despejando su rostro.

Miré mis manos tatuadas y callosas sobre su tersa y perfecta piel. Ella era tan pura, y yo no era más que el maldito demonio contaminándola. Mis ojos nunca habían visto nada tan perfecto como ella. Ethna me volvía loco y me quitaba hasta la respiración.

—Bésame. Por favor, hazme el amor.

Yo no sabía cómo hacer eso, yo solo sabía follar, no podía darle lo que ella quería. Lo más probable después de tomarla fuera que se diera cuenta de que en mi pecho no había un corazón, sino un músculo que no sabía cómo ser piadoso.

Yo era un ser inmoral que desarrollaba mi poder en la oscuridad y que no buscaba redención; la maldad reinaba dentro de mí. Estaba pútrido y me alimentaba de la carne de los débiles, disfrutando del poder que matarlos me daba. Pero también era inmisericorde, así que no iba a dejarla escapar.

Joder, su cuerpo me hacía cosas que nunca sentí, pero en ese momento no quería pensar. Iba a fingir darle lo que ella quería, cuando en verdad solo tomaría lo que yo en ese momento tanto necesitaba: hacerla mía.

Dejando mis pensamientos de lado, me centré en sus labios carnosos, que me pedían que los besara. Incliné mi cabeza y le di lo que tanto demandaban.

Deseo, anhelo y algo más que no podía descifrar era lo que me provocaba tenerla así solo para mí. Tal vez era mezquindad, sí, ese era un sentimiento que iba bien conmigo, por supuesto, eso era, porque no podía imaginarla con otro, y eso estaba empezando a desquiciarme.

Bajé la mano apretando su muslo, sabiendo que mis dedos no estaban siendo nada clementes y que probablemente le dejarían marcas. Pues mejor, porque cuando las viera me recordaría.

La empujé sobre la cama y luego me aparté de sus labios y busqué nuevamente su cuello abriendo mi boca para chupar y morder. Ella jadeó y se arqueó dándome más acceso, y entonces deslicé mis labios hasta su clavícula, sintiendo a través de la fina tela de su ropa cómo sus pezones se ponían erectos, dejando al descubierto su deseo por mí.

Acercándome a su oído decidí anunciarle lo que quería hacerle. Estaba seguro de que un poco de conversación sucia le gustaría:

—Voy a comerte el coño hasta hacerte gritar mi nombre.

Su gemido resonó entre nosotros provocando que mis dedos se enterraran más en su carne. Sonreí porque no me había equivocado. A ella le gustaba así, sucio; levanté la mano y acaricié su pezón puntiagudo sobre la tela de su blusa, y entonces me di cuenta de que no llevaba sujetador.

—Viniste preparada para mí, ¿verdad? —retorcí su punta entre mis dedos, arrancándole más gemidos.

Sus manos acariciaron mi espalda, pero necesitaba que entendiera que no había posibilidad alguna de que pudiera dejarle tomar el control.

Así que tomé sus manos y las llevé sobre su cabeza.

—¿Quieres que te haga muchas cosas obscenas? ¿Cierto? Tú no quieres que te haga el amor, tú viniste preparada para que te folle, para que te haga correr con mi boca y con mi polla, ¿verdad? No podías esperar hasta mañana para tenerme dentro de ti nuevamente.

—Donovan…, por favor…

Su cuerpo se retorció bajo el mío buscando más fricción.

—Contéstame.

—Sí, quiero.

—¿Qué quieres?

Ella intentó besarme, pero aparté mi boca.

—Dime lo que quieres, Ethna.

—Quiero que me hagas lo que acabas de decir.

Negué sonoramente mientras pasaba mi lengua por sus labios, que intentaban abrirse y morderme.

—Chist, bebé, estás ansiosa, pero yo digo cómo y cuándo.

Me puse de pie dejándola en la cama retorciéndose. Su mirada no se apartaba de mi polla.

—Chúpame —me acaricié hasta que mi *precum* empezó a derramarse y hasta que su lengua salió disparada para humedecer sus labios.

ETHNA

Sentándome en la cama no me permití titubear y dejé que mi deseo fuera más fuerte que mis miedos; quería complacerlo.

Saqué la lengua para lamer el pene de Donovan y abrí la boca para acogerlo en mi interior. Su piel estaba caliente, y su sabor salado invadió de inmediato mis papilas gustativas.

Lo metí más profundo, y entonces él levantó la mano para cogerme por el pelo; mirándolo a los ojos sin dejar de saborearlo, y

centrándome en su cuerpo y en su rostro, esperé a que el pánico me invadiera cuando comenzó a moverse, pero nuevamente ese sentimiento a su lado no llegó, así que iba a terminar por convencerme de que Donovan era la cura que necesitaba.

Lo probé con fuerza, lo lamí con entusiasmo hasta que sus caderas se volvieron incontenibles. Relajé mi boca y centré mi vista en la tinta de su pelvis, y leí:

«Animal».

Dejándolo que guiara el ritmo que él necesitaba para llegar, mientras mi mano se movía recorriendo su longitud, para ayudarlo; sus fuertes manos permanecieron aferradas a mi cabeza al tiempo que su polla entraba y salía de mí.

—Joder, es la mejor mamada que me han hecho en toda mi vida. ¡Carajo! Voy a correrme, nena, qué bien me la chupas.

Los chorros de semen no tardaron en invadir mi boca; un poco se derramó, y otro poco tragué. Me sentí feliz, me sentí única, me sentí importante para él. Tironeó de mi pelo haciendo que lo mirase y se inclinó para besarme.

—Hueles y sabes a mí, y me encanta.

Me hizo poner de pie y comenzó a quitarme el pantalón, dejando mis bragas puestas. Luego cogió la camisa y me la quitó por encima de la cabeza, se apartó y rodeó mi cuerpo recorriendo con sus ojos mis curvas. Inclinándose frente a mí, tomó uno de mis pezones entre sus dientes y me miró mientras sus manos levantaban uno de mis pechos y su lengua salía para lamer.

—Eres perfecta, Ethna —dijo succionando y lamiendo.

Empujándome sobre la cama, estiró mis bragas, provocando que el roce sobre mi clítoris me hiciera retorcer. Lentamente las quitó y abrió mis muslos, haciendo que su mirada de fuego me quemara por dentro; me levanté para apoyarme en mis codos. Verlo tan concentrado mirándome no hizo otra cosa que provocar que se me escapara un gemido.

—Estás tan mojada… Déjame devolverte el favor; es mi turno, bebé.

DONOVAN

Mis dedos empezaron a vagar por su coño, luego me incliné para levantar con mi lengua su humedad; chupé con fuerza hasta que sus piernas se apretaron a mi alrededor, su coñito sabía a gloria y a pecado, un pecado que quería beberme completo.

Sus manos sostenían mi cabeza como si la presión de sus piernas no fuera suficiente para evitar que no me apartara de su entrada. Así que moví más rápido mi lengua hasta arrancarle nuevos gemidos; entré y salí de su cavidad, luego la giré sobre su núcleo, succioné y lamí.

Su olor embriagador no me permitía detenerme; ella olía a sexo y a deseo; luego saqué mis dientes para también mordisquear su clítoris al tiempo que metía un dedo en su interior. Apuré el movimiento para ayudarla a correrse, bombeé y bombeé hasta que decidí meter otro dedo para estirarla un poco más, los curvé en busca de su punto G; entrando y saliendo a gran velocidad, Ethna se aferró a mí y no tardó en empezar a tironearme del pelo, lo que indicaba que estaba a punto de correrse.

Joder, no me había dado cuenta de que estaba masturbándome con la mano que tenía libre hasta que sus labios dejaron escapar mi nombre y mi semen se derramó sobre mi puño, mientras que mi corazón parecía a punto de explotar.

Me subí sobre ella para inmediatamente posicionarme en su entrada, y la penetré como un desquiciado, empecé a moverme entrando y saliendo con movimientos rítmicos, percatándome de que mi erección nunca había bajado, al contrario, sentía que las paredes de su vagina provocaban que mi polla se pusiera aún más dura, como si no me hubiera acabado de correr.

Arrodillado en la cama, cambié de posición para penetrarla en otro ángulo. Parecía poseído por la lujuria, necesitaba enterrarme más profundo; así que abrí sus piernas para mirar cómo mi pene se perdía en su interior. Avaro, estiré la mano y apreté uno de sus senos, como si tocar cada resquicio de su cuerpo fuera mi única necesidad; con fascinación volví mi visión a su coño depilado, que

me recibía expandiéndose para darme más entrada y provocando que mi pelvis acelerara su movimiento.

Inclinándome sobre su cuerpo, atrapé su fino cuello, apreciando con hechizo la rudeza de mi mano sobre su aterciopelada piel, en tanto mi boca buscó la suya desesperadamente, enredando nuestras lenguas en un apasionado baile.

Comencé a mover mis caderas con más fuerza, notando que el beso que nos dábamos estaba consolidando algo único y descomunal dentro de mi cuerpo. Continué así, sintiendo que el aire se me atascaba en los pulmones, y descolocado advertí la agonía de la pasión.

Percibí que Ethna se empezaba a tensar, reclamando mi polla, anunciándome que estaba muy cerca de conseguir el éxtasis, así que coloqué una mano detrás de su cabeza y otra en su cintura, acelerando más mi ritmo, sin despegar mis ojos de su rostro; nuestras miradas se encadenaron, nuestras respiraciones se volvieron rápidas y fuertes, y por un momento sentí que ambos quedábamos suspendidos en el aire en el instante en que ella comenzó a gemir agónicamente. De pronto, mi mano se había apartado de su cintura; se había entrelazado con la suya.

Un millón de emociones se reflejaron en sus ojos mientras que una lágrima se deslizó por su rostro. Me incliné para recogerla con mi lengua, y me volví a apoderar de su boca sin dejar de moverme para que no bajase de la ola de lujuria en la que aún continuaba montada.

Embriagado de deseo, me sentí su dueño, y el impacto de ese sentimiento no hizo otra cosa que provocar que mi orgasmo se estrellara dentro de mi pecho.

Mi cuerpo se desplomó sobre el suyo, y los chorros de semen se derramaron en su interior.

Aferrado a ella, deseé que el momento no acabase jamás.

La madrugada nos encontró despiertos. No habíamos hablado demasiado, nos habíamos acariciado todo el tiempo, y cuando menos lo esperábamos, estábamos otra vez fundidos en una espiral de placer. Había perdido la cuenta de cuántas veces tuvimos sexo, como si nuestros cuerpos no pudieran apartarse.

Había que levantarse de la cama, seguramente el amanecer estaba muy próximo y era preciso que la llevara de regreso a la mansión antes de que empezaran a despertar en la casa.

—Ethna…

—Humm. —Mi mano estaba acunando uno de sus pesados pechos, y ella con sus dedos delimitaba mis nudillos.

—Necesitamos irnos, bebé.

—Necesitamos hablar, Donovan.

—No hace falta decir más.

Ella se movió y apoyó su mentón sobre mi pecho.

—No hemos usado condón.

—Nunca lo hago con nadie sin protección, puedes estar tranquila, jamás te expondría.

—Yo… hace cinco años que no estoy con nadie.

Mis cejas se levantaron sin que pudiera detenerlas. No esperaba escuchar una revelación como esa. Ella era tan hermosa que me parecía imposible que en cinco años no hubiera habido un hombre que la reclamase. Estaba seguro de que tenía una fila rindiéndose a sus pies con una mirada que Ethna les destinase.

—Me cansé de intentarlo —me aclaró—, de hecho, tú… —bajó la vista— eres el primer hombre que me provoca un orgasmo, yo nunca…

—¡Joder! —Me senté un poco más en la cama. Esto empezaba a ser demasiado íntimo, aunque lo que había pasado durante toda la noche no tenía otra connotación.

Aunque quisiera evitar decirlo y pensarlo, sabía perfectamente que no se parecía en nada a cuando me follaba a una puta del Kings.

—Pensé que estaba dañada, que naturalmente no podía sentir.

—¿Por qué no me lo dijiste? Hubiera sido más cuidadoso para que lo consiguieras. —Intenté ser considerado en ese momento, aunque a decir verdad las palabras habían brotado de mis labios sin dificultad—. Tú no tienes ningún defecto, eres la perfección con la que cualquier hombre podría soñar. Solo te topaste con idiotas que no supieron cómo hacerte sentir.

—Tal vez —se encogió de hombros—, o tal vez mi cuerpo estaba esperándote a ti. Todo lo que pasó entre nosotros ha sido perfecto,

Don, ¿puedo llamarte así?

—Sí, claro. Yo también creo que fue perfecto.

—Hay algo más: no uso ningún método anticonceptivo. No había necesidad, no estaba con nadie y no pensaba estarlo.

—¡Carajo!

Salté de la cama y me agarré la cabeza. Su coño seguramente aún estaba lleno de mi semen, lo habíamos hecho tantas veces que… Mierda, esto no podía salir bien de ninguna manera; tal vez alguno de mis nadadores ya había llegado a la meta, y ahora… ¡joder!

Aidan me iba a matar por tocar a su hermana. Ni siquiera confiaba en que Róni tuviese consideración por mí. Y lo peor de todo era que ella resultara… no, no quería ni pensar en la palabra embarazo, porque con los padres que yo había tenido estaba seguro de que en mí no existía ni un solo gen con ese instinto, así que era imposible que yo fuera un buen padre con los progenitores que me habían tocado en suerte. Por tal motivo, hacía demasiado tiempo que había decidido no tener descendencia, jamás. No estaba dispuesto a arriesgarme a traer un ser humano a este mundo, ya que estaba seguro de que no sabría cómo darle amor.

—Lo siento, debí decírtelo antes —dijo al advertir el terror en mi rostro; increíble, pues yo no le temía a nada, sin embargo, de pronto me veía y sentía totalmente atemorizado.

—Fuimos dos en esa cama, yo debí preguntar, pero como no me detuviste… pensé… ¡Mierdaaa! —Me apreté la sien, porque había comenzado a punzarme como si me hubiera despertado con resaca después de una gran borrachera—. Esto no puede estar pasando.

—¿Qué sucederá con Zoe Kinkaid? Podemos hablar con mis hermanos y…

—¿Cómo sabes lo de Zoe? —Ethna se encogió de hombros—. Tengo que casarme con ella, Ethna. Roguemos que esta noche no tenga consecuencias. Somos adultos, sabemos que nada entre nosotros puede prosperar.

—Maldito infeliz, ¿y tan tranquilo me lo dices? —Había saltado de la cama para intentar abofetearme, pero la detuve aplastando mi cuerpo contra el suyo y sujetando sus manos tras su cuerpo.

—¿Puedes escucharme

—No quiero oírte. Te gustó follarme toda la noche, y resulta que ahora me dices tan frescamente que tienes que casarte con otra.

—¿No entiendes? No nos permitirán estar juntos. Tú no estabas en la lista que hizo Rónán. ¿Qué te hace pensar que Aidan o cualquiera de tus hermanos lo consentirán? Solo soy el asesino a sueldo del clan, y tú eres casi una princesa.

»No soy nadie. Sabes cómo funcionan las cosas en el inframundo en que vivimos, ni siquiera cuento con un nombre para darte.

—Te quiero, tú eres más que un asesino para mí, eres un hombre con sentimientos, me lo demostraste.

—Te dejé ver lo que querías ver. Lo cierto es que soy un hombre sin compasión.

—Conmigo la tuviste.

—Ethna, hoy, cuando llegué, acababa de torturar a un hombre.

—Algo habría hecho. Tú no matas por placer.

—No me conoces, Ethna.

—No me importa que tú hayas matado a mi hermana. Me enamoré de ti, sucedió.

—Tú no me amas, soy un experimento en tu vida, quien te dio tu primer orgasmo, y no me consideras más que un asesino, pues no te costó asumir que yo maté a Reagan. Por supuesto, ¿quién, si no? ¿Cierto?

»Ahí lo tienes, eso es lo que soy para ti también; aunque lo niegues, no me consideras más que un simple asesino, es lo que acabas de decir.

—Te prometo que no me importa, nunca más lo volveré a mencionar.

—Llegué con la polla dura por la lujuria que me provoca matar, estaba duro aún antes de saber que iba a follarte, Ethna. Soy un ser sin corazón.

—Eres un bastardo.

—Eso también.

—No quise decir eso. Sin embargo, a ti ni siquiera te importa lo que te estoy diciendo —descargó sus puños sobre mi pecho una y otra vez.

Me daba rabia decepcionarla, pero era mejor que se desengañara ahora mismo de mí. Solo teníamos que ir a por la píldora de emergencia y esperar que funcionara.

—Vístete, tenemos que pasar por una tienda a conseguir la píldora del día después.

—Vete a la mierda. Solo querías follar conmigo —chilló—, soy yo la que fue un experimento para ti, querías regodearte sabiendo que te tiraste a la hermana de tu jefe. Fui una estúpida al pensar que era importante para ti. Por supuesto, eres un hombre sin sentimientos, acaba de quedarme muy clara la facilidad que tienes para deshacerte de las personas.

—Vístete —le repetí—, te llevaré a comprar eso y a recoger a Valentina, y luego os escoltaré hasta Manor Place.

Capítulo veintisiete

ETHNA

Envuelta en la sábana, pasé al baño. Mi pelo estaba enredado y hecho una mierda cuando vi mi reflejo en el espejo. De inmediato noté los chupetones en mis tetas, y mis traicioneros pezones se endurecieron al recordar lo que habíamos hecho.

No quería sentirme atraída por Donovan, no quería que mi cuerpo reaccionara como lo estaba haciendo, pero el muy ladino me demostraba que tenía memoria propia. Incluso era incorrecto que aún me estremeciera cuando claramente acababa de rechazarme.

Cogí un frasco de perfume que había sobre la encimera y lo arrojé contra el espejo.

De repente, la puerta del baño se abrió, y Donovan entró, miró rápidamente que yo estuviera bien y luego al ver que solo se trataba de un berrinche, me ignoró y caminó hacia la ducha para darse un baño.

—¿Podrías darme un poco de privacidad para cambiarme al menos?

—¿Tienes exigencias? Acabas de destrozar el espejo de mi casa. Y… ¿quieres privacidad? Después de lo de esta noche, entre tú y yo no hay nada privado.

—Pues te equivocas, dejaste claro que tú y yo solo tuvimos una conexión incorrecta.

—Incorrecta o no, estoy seguro de que lo que hicimos no lo olvidarás en mucho tiempo, acabas de decirme que fue único.

—¡Vete al carajo! —le grité—. También acabo de comprender que no vales la pena. Así que no te creas tan único, porque estoy segura de que se trataba de un problema de autoconfianza, como me dijo

mi terapeuta, solo tenía que abrirme y permitirme sentir. Estoy convencida de que con el próximo será igual o mejor que contigo, pronto lo comprobaré.

Salió de la ducha chorreando agua, con los ojos entrecerrados, y caminó hacia mí, hasta que no hubo espacio entre nosotros, arrinconándome contra la pared.

—¿Qué? No pensarás que me quedaré llorando por ti mientras tú te casas con otra. Ahora que mi cuerpo por fin se despertó, estoy decidida a recuperar el tiempo perdido.

Maldición, mi piel lo deseaba a gritos, pero intenté que mi voz sonara convincente.

Apretó los dientes, y avizoré la presión que estaba ejerciendo en su mandíbula. Su mirada se había transformado en diabólica, tanto que envió un escalofrío por todo mi cuerpo cuando golpeó la pared descargando un puñetazo sobre la mampostería a la altura de mi cabeza.

Bramó dejando escapar un gruñido gutural.

La intensidad de su mirada parecía que fuera a quemarme viva, y la ira latente que advertí en él se disipó como una sombra a nuestro alrededor; como si lo que le había dicho hubiera despertado dentro de él a un monstruo que estaba conteniendo. Indudablemente, algo parecía estar mal. Me importaba una mierda, aunque no podía decidir si me gustaba o no el animal que apenas parecía contenerse con mi insinuación.

Apartándose de mí, cogió una toalla furiosamente para secar la humedad de su cuerpo.

Mentiría si negase que pagaría lo que fuera por conocer sus pensamientos en ese preciso momento.

Fingiendo no prestarle atención, me ocupé de recoger mi pelo acomodándolo lo mejor que pude, y salí para vestirme. Había decidido que cuando llegase a casa me metería bajo la ducha para quitarme toda huella de Donovan Connell. No iba a usar la suya, eso sería demasiado íntimo, y él había dejado claro que no quería ninguna otra intimidad entre nosotros.

Actuando como dos desconocidos que no acababan de pasar la noche revolcándose de mil maneras en la cama, continuamos sin

dirigirnos la palabra, y cuando estuvimos listos, salimos de su casa.

En el camino, se detuvo en una farmacia que estaba abierta las veinticuatro horas para comprar un anticonceptivo de emergencia. Mientras lo esperaba, tuve el impulso de salir del coche y empezar a correr para alejarme de él, pero no iba a arriesgarme. Donovan no merecía que me pusiera en peligro.

No tardó en regresar.

—¿Cuándo te tiene que bajar la regla? Quiero saberlo —exigió y cogió mi mano antes de que pudiera atrapar el paquete que traía, obligándome a que le prestara atención.

Lo miré con desprecio por ser tan desalmado; realmente estaba rompiéndome el corazón en mil pedazos. Tenía que conseguir una esposa, pero no me elegía. ¡Maldito seas, Donovan Connell! Quise insultarlo, pero las palabras estaban atascadas en mi garganta. Temía flaquear, aunque estaba dispuesta a permanecer entera, pues no me volvería a humillar frente a él.

Apenas me contuve de escupirle en la cara, así que ignoré su pregunta.

—Suéltame —le ordené con los dientes apretados.

—Ethna, no estoy bromeando, dime lo que te pregunté, ¡carajo!

—Te avisaré si hay algo que avisar. Mi cuerpo no te pertenece, y eso significa que yo pongo mis reglas. Y cuida el tono que usas conmigo, mantén un poco tus modales, o quieres que te recuerde quién soy yo y quién eres tú. Después de todo es lo que parecías no querer olvidar hace un rato. No sea cosa que me queje con Aidan y le diga que el idiota *enforcer* del clan es un descarado que me faltó al respeto.

—Esos juegos estúpidos conmigo no —me advirtió tomándome por el mentón.

Le quité la caja de la mano y la metí en mi bolso, pero él tironeó de mi cartera y volvió a tomarla para sacar la píldora del blíster.

—Abre la boca, quiero ver que te tomas la pastilla delante de mí.

—Púdrete. No sabía que tu fetiche era ver cómo tomo la píldora, así como mirabas cuando te comía la polla.

—Abre la boca, maldita sea.

Forzó mis labios para que se separaran, y me la metió en la boca, luego me tendió un botellín de agua que también había comprado para que bebiese. Como yo no la cogía, la destapó y me obligó a beber.

La píldora bajó por mi esófago, y la sentí como si estuviera tragando ácido o cianuro.

Cuando apartó la botella de mi boca, cerré mi abrigo, ladeé la cabeza hacia la ventanilla y me centré en el exterior para evitar mirarlo.

No lograba asimilar lo idiota que había sido al pensar que él sentía algo por mí.

Sin duda, las mujeres somos unas tontas idealistas que pensamos que los príncipes azules también salen de las páginas de los libros. Debí considerar que, dentro de la mafia, conseguir un amor verdadero es poco probable; por consiguiente, no todas las mujeres de la mafia consiguen la felicidad, y yo no iba a ser una de esas afortunadas.

Debía desengañarme y reconocer que Donovan era el monstruo que decía ser, tal como me había dicho él mismo: uno sin corazón ni sentimientos.

Capítulo veintiocho

DONOVAN

Los truenos bramaron a nuestro alrededor, y las nubes cargadas de agua se congregaron antes de que los relámpagos las iluminasen; el viento corría con fuerza como preludio de una gran tormenta.

Continuamos avanzando por la ciudad y, en cuestión de segundos, una fuerte lluvia empezó a bañar las calles de Boston.

Llegamos al apartamento de Ethna en el centro, y aparqué junto al bordillo, donde Valentina ya estaba esperándonos en la salida del garaje. Golpeé el volante en cuanto me detuve, y coincidió con el siguiente movimiento de la naturaleza: la descarga de un rayo que se pudo observar a lo lejos.

Ethna estaba lista para saltar de mi coche, pero yo no estaba preparado para dejarla ir tan pronto, así que me incliné por delante de ella y detuve la puerta para que no pudiera salir.

Estaba furioso, no podía imaginarla en brazos de otro. Aunque me transformase en un maldito maníaco, no lo iba a permitir. Ella no sería de nadie; aunque yo no la pudiera tener, por mi vida que tampoco la tendría otro; mataría a quien se le acercara, y sabe Dios que podía hacerlo, incluso si alguien lograba ponerle un dedo encima, lo desollaría frente a ella para que comprendiese, y luego me la follaría sobre su sangre.

Haciendo acopio de mi ira, le hablé con mi tono más sereno.

—Aguarda. No fue mi intención hablarte como lo hice.

—Vete a la mierda —contestó forcejeando para zafarse de mí y salir—, no tiene sentido que me ofrezcas una maldita disculpa. No la necesito.

No se me escapó el tono mortífero que utilizó. Era una advertencia en sí misma que me indicaba que no se trataba de un cliché eso que decían que del amor al odio solo hay un suspiro; creo que ella ya había empezado a odiarme visceralmente.

Su rostro permaneció inexpresivo, sin que se moviera un puto músculo de su cara. Entrecerré los ojos tomando una profunda bocanada de aire; mi mente se arremolinaba con miles de escenarios posibles, ninguno plausible para lo que deseaba.

—Nunca le pedí disculpas a una mujer, ni mucho menos fui condescendiente con ninguna —le expliqué calmadamente, aunque dentro de mí había un torbellino.

—¿Tengo que sentirme halagada por eso? —dijo con sorna, volviendo el rostro para mirarme.

—Eres especial, Ethna, lo eres, ¡maldición! Pero comprende…

Le devolví la mirada intentando vislumbrar sus rasgos; no encontré nada en su expresión fría como un témpano.

—Valentina me espera, quiero regresar a mi casa.

El silencio calculador de ambos mientras nos mirábamos se volvió ominoso y lóbrego.

—Os acompañaré hasta donde empiezan las cámaras, ahí bajarás y te meterás en el maletero de la misma forma que saliste. No quiero que tengas problemas con Aidan.

—¿No quieres que tenga problemas? ¿O no quieres tenerlos tú? —Hincó su dedo en mi pecho.

—Ambas cosas. Se supone que debemos hacer lo que él ordena, así funcionan las reglas en el clan. Puede que sea tu hermano y confíe en mí, pero también es nuestro *boss*. Sus órdenes son sagradas, no se cuestionan ni se pasan por alto, o mueres. ¿Lo comprendes? No le tengo miedo a la muerte, pero no quisiera caer en sus manos. ¿Tú sí? No te lo aconsejo. Aidan puede ser más despiadado que yo, te lo aseguro.

Su rostro inescrutable me indicó que la plática estaba concluida. Era lo mejor. Me aparté y bajó corriendo, y a la misma velocidad se metió en el Toyota de su amiga. Se había empapado de todas maneras. Salí del coche y me quedé viéndola mientras el aguacero

se descargaba sobre mí también, como si quedar empapado y congelarme igual que ella fuera lo más justo.

Leí sus labios en cuanto se acomodó dentro del SUV. Seguramente Valentina le preguntó por nosotros, pero su respuesta fue que pusiera el coche en marcha.

«Sácanos rápido de aquí», le pidió.

Su amiga, que seguramente la conocía bien, debió haber interpretado que la situación no era la mejor. Aunque no le había explicado nada, ladeó la cabeza y se me quedó mirando con un cabreo evidente; estaba seguro de que había comprendido que las cosas no habían ido bien.

Puso el coche en marcha, y me monté en el mío para seguirlas y que no se me escaparan. Era mi responsabilidad cuidar de que llegasen bien a Manor Place. No obstante, antes de marcharse, la pelirroja levantó la mano y me enseñó su dedo medio; luego salió al camino a toda velocidad.

Nadie en su sano juicio se atrevería a insultarme, pero a ella parecería importarle una mierda quién era yo y lo que pudiera hacerle si me enfurecía.

Me carcajeé sin ganas, porque era evidente que esa mujer tenía agallas; incluso me gustó saber que Ethna era tan importante para ella al punto de desafiarme. Me hacía comprender que no estaba sola en este mundo tan hostil en el que nos había tocado vivir.

ETHNA

Entré en el todoterreno de Val y solo le bastó mirarme para saber que estaba devastada.

—¿Qué pasó?

—No preguntes, sácanos rápido de aquí.

—Maldito infeliz —dijo Valentina, y le mostró su dedo medio antes de emprender el regreso a casa.

—¿Nos sigue?

—Muy de cerca —contestó acomodando el espejo retrovisor—. ¿Puedes explicarme qué pasó para que tengas esa cara? Tu pelo

dice que no lo pasaste del todo mal.

—Lo que pasó es que follamos toda la noche sin parar, y luego me dijo que se tiene que casar con Zoe Kinkaid.

—Hijo de puta. ¿Dijo «tengo que», o «me voy a» casar?

—¿Qué importancia hay en cómo lo dijo? Es lo mismo: se casará con ella.

—Bueno, en cualquier otra persona no la tendría, se casa y punto, pero sabes que él obedece órdenes de tu hermano. Así que si dijo «me tengo que casar» significa que no es lo que él quiere.

—Bueno, sí, también dijo eso, que en la lista de Róni no estaba yo, lo que significaba que jamás permitirían una relación entre nosotros.

—¿Ves? Te lo dije. No es que no quiera estar contigo, es lo que tiene que hacer.

—Me importa un carajo, ni siquiera lo quiere intentar.

—No puede desobedecer a Aidan. Sabes la forma en que funciona todo en la mafia. Las órdenes no se cuestionan ni se desoyen. Habla con Aidan o con Róni, con cualquiera de ellos.

—No lo haré.

—¿Por qué?

—Porque no quiero, porque es biología básica. El óvulo no es quien persigue al espermatozoide, así que no seguiré en esas, punto, déjame en paz, conduce y cierra el pico. Yo sé lo que hago, no voy a perseguirlo.

No iba a decirle que era la estúpida más grande de este planeta por tener sexo con Donovan sin cuidarme y que tal vez ya había consecuencias por mi estupidez. No estaba dispuesta a contarle que posiblemente ya estuviera embarazada del hombre que me acababa de despreciar, y que además me había obligado a tomar un anticonceptivo de emergencia, humillándome.

No quería que supiera que había sido tan tonta como para no preservarme de las consecuencias que podía traer follar sin protección, como si no lo supiera; usar un preservativo era algo tan básico como salir bajo la lluvia con un paraguas para no mojarse, no solo para evitar un embarazo, sino para evitar cualquier otra enfermedad de trasmisión sexual. Miré mi ropa empapada y empecé

a reírme de mí misma. Era un idiota, estaba empapada y tiritando, también había salido bajo la lluvia sin paraguas, yo era un chiste en toda regla.

—¿Te volviste loca?

No podía dejar de reír, aunque a ratos me reía y a ratos berreaba por mi estupidez.

—No me hagas caso —le dije cuando me pude calmar—, lo importante es que de todo esto algo bueno salió: no soy anormal.

—En eso tienes razón.

—Así es. Me curé, y fue tan bueno sentir que mi cuerpo estaba vivo que solo por eso lo odio un poquito menos.

—Tengo un plan.

—No quiero oírte. —Me cubrí los oídos. Val subió la calefacción al máximo—. Mira cómo me fue por escucharte. Aquí estoy…, toda deshecha después de que hizo lo que quiso con mi cuerpo.

»Debí imaginar que esto no saldría bien. No tendría que haberte hecho caso. Debí haber esperado a que él me buscase. Pero como se supone que tú tienes más experiencia que yo con los hombres… —Con los dedos encerré mis palabras entre comillas, porque sus relaciones siempre terminaban desastrosamente, así que la tonta era yo por haber prestado atención a su estúpido plan de ir a la casa de Donovan para que cayera rendido a mis pies al ver que podía tenerme a mí y no conformarse con Zoe Kinkaid.

—Bueno, que yo sepa no te obligué a nada, y bien que lo disfrutaste, de eso estoy segura.

—Tienes razón —dije al cabo de unos minutos—. Olvídalo. No debería haber ido, pude rehusar tu plan y no ceder; la única culpable soy yo, y nada más que yo, por creer en pececitos de colores.

Continuamos en silencio casi todo el camino. No podía dejar de pensar en Donovan, y para colmo ahora debía esperar hasta que mi período se hiciera presente. Sería otro recordatorio de cuanto habíamos hecho.

Sin embargo, debía tener fe, no podía tener tanta mala suerte y quedar embarazada de alguien que no quería saber nada de mí.

Había actuado irresponsablemente y como una chiquilla inmadura que no piensa en las consecuencias; me había dejado llevar por el

fuego que él despertaba en mi interior, el fuego que nunca había sentido; pero estaba segura de que Dios no podía abandonarme, no podía resultar peor de lo que ya estaba.

Capítulo veintinueve

Varios días después…

ETHNA

Había pasado todo el día sin poderme concentrar prácticamente en nada que estuviera relacionado con el trabajo.

Era como si mis pensamientos no encontrasen rumbo, porque siempre regresaban al mismo lugar; se habían quedado estancados en la cama de Donovan Connell y en su formidable y sólido cuerpo.

Desde aquella última noche dedicaba un momento a repasar lo ocurrido. No quería que mi memoria lo olvidase, así que cerraba los ojos y me emocionaba al imaginar sus manos recorriendo mi piel, marcándola con su tacto. Incluso si inspiraba con fuerza, podía apreciar el aroma de su jabón mezclado con su aroma propio. También tenía impregnado en mi memoria el de sus sábanas mezclado con el olor a sexo. Habíamos retozado muy unidos, como si necesitáramos fundirnos para transformarnos en uno solo.

Aún podía sentir la sensación de sus labios sobre mí, pues nos habíamos besado sin dejar un solo rincón de nuestra piel sin recorrer. Nos habíamos acariciado y deseado tanto que pensé que mi pecho iba a estallar de felicidad. Muy a mi pesar, solo se trató de un momento efímero que duró hasta que llegó la hora de irme, y entonces la magia se acabó. Como en el cuento de Cenicienta, el hechizo terminó a las doce, y la carroza se transformó en calabaza.

El repaso de esos sucesos, aunque contradictorio, también me enfurecía. No podía entender por qué no lograba quitármelo de la cabeza a pesar de su rechazo.

Para colmo, Valentina parecía no entender que era un tema zanjado, y eso tampoco ayudaba. Acababa de enviarme el perfil de Instagram de Zoe Kinkaid; verla tan lozana, fresca y bonita era como una daga atravesando mi pecho al darme cuenta de por qué la había elegido a ella y no a mí. Zoe apenas tenía veinticuatro años, mientras que yo ya había pasado los treinta hacía rato.

Toqué mi frente intentando alejar todo lo que tuviera que ver con él, pero la obsesión que ese hombre había despertado en mí era tal que, en vez de estar trabajando, tenía abiertas una gran cantidad de pestañas para tratar de entender los significados de algunos de los tatuajes que llevaba dibujados sobre su cuerpo y que se habían grabado en mi mente a fuego.

Eran tantos que ahora, tras leer las posibles interpretaciones, me daba cuenta de que verdaderamente su piel era una hoja de vida. Recordaba muy bien cuando me dijo que no estaban ahí porque sí, y por eso me había dedicado a indagar, negándome a dejar de saber de él.

De pronto se escuchó una escaramuza fuera de mi oficina que me sacó de mis pensamientos.

—Le digo que no puede entrar sin que lo anuncie.

La puerta se abrió de golpe y Donovan Connell, la panacea de todas mis enfermedades, apareció magnánimo, sorprendiéndome. Sus ojos oscuros como el ébano se fijaban en mí, recorriéndome hambrientos como siempre que me miraba.

Abducida por ese magnetismo, y sin quitar la vista de él, me quedé sin palabras al verlo.

—Lo siento, Ethna, se metió y no pude detenerlo.

—Está bien, Darcy, no te preocupes —contesté a mi asistente, pues permanecía obnubilada con la presencia de ese hombre que no me dejaba pensar en otra cosa que no fuera él y que estaba poniendo patas arriba mi vida de una forma descontrolada, algo a lo que le temía demasiado, porque era una adicta al control, y perderlo me sacaba de mi eje.

—Ya oíste, puedes irte —le indicó Donovan a mi secretaria, mirándola cabreado—. Fuera, vamos, muévete.

Darcy estaba asustada, y no la culpaba. En el fondo agradecí que diera un paso atrás y no siguiera desafiándolo, porque él parecía a punto de lanzarla por los aires sin importarle usar la fuerza. Aunque ahora Donovan vistiera trajes caros y hubiera dejado crecer su cabello, los tatuajes en su rostro lo seguían haciendo muy oscuro y aterrador, al igual que su tronadora voz y su tamaño corporal.

Asentí con la cabeza a mi asistente, dispensándola, y ella dio un paso más atrás, quedando al otro lado de la puerta. Donovan la cerró y puso el cerrojo.

—¡Grosero! No puedes venir a mi lugar de trabajo y presentarte así, como un matón.

Se rio.

—Soy un matón. Y si no quieres que haga esto, y dé además estos espectáculos frente a tus empleados, no me sigas ignorando. No has contestado ninguno de mis mensajes, y tampoco mis llamadas.

—Estaba ocupada trabajando, a diferencia de ti, que se ve que te sobra el tiempo para perderlo enviando textos y haciendo llamadas telefónicas. Además, no me interesa ningún intercambio más contigo.

Él se aproximó dando una gran zancada, así que cogí la tapa de mi *notebook* para cerrarla. No quería que viese que había pasado el tiempo investigando el significado de todas esas imágenes que cubrían su piel. Seguramente leyó en mi rostro que me espantaba que descubriera lo que había estado fisgoneando, y se apresuró para no dejarme que la bajara. Donovan era muy sagaz e inteligente, y sabía que una de sus cualidades para estar en el puesto en que estaba era la de leer a sus mártires, así que una expresión bastaba para delatarse con él.

—Vaya, ¿así es como trabajas? —Sonrió perspicaz, y a pesar de que forcejeé con él para bajarla de todas maneras, fue inútil. Él me dominaba en altura y fuerza, y además ya era un poco tarde, puesto que acababa de descubrir mi gran secreto: que me había pasado todo el día imaginándolo desnudo sobre mí.

—Si hubieras atendido mis llamadas, me podrías haber preguntado y no habrías perdido ¿horas?… «de trabajo» —dijo

sarcásticamente— investigando. Te habría contado incluso el momento en el que me hice cada uno. —Se acercó a mi oído—. Algunos fueron cuando terminaba de matar; otros, imaginando cómo lo haría.

—¡Idiota! Eres un soberbio y un…

—Asesino, dilo.

—Vete a la mierda.

Era en vano seguir batallando con él, pues ya había visto todo, así que el camino de la vergüenza era inevitable. Al menos lo más razonable sería que me colocara a resguardo, pues su cercanía y el aroma de su perfume me estaban enloqueciendo.

Corrí mi silla hacia atrás para ponerme de pie y alejarme de Donovan, pero sus movimientos siempre permanecían alerta; no le costó cogerme por ambas manos y, tironeando de mí, llevó mis brazos a mi espalda y me pegó a su cuerpo.

Respiraba con dificultad y, como si estuviera perdiendo el control, escondió su rostro en mi cuello para aspirar sobre mi piel con la misma desesperación con la que los drogadictos esnifan una línea de cocaína.

—Me estás volviendo loco. ¡Maldición! Tampoco he podido dejar de pensar en ti. —Su voz salió apremiada y parecía angustiado.

Quería creerle, pero él me había destrozado el corazón y sentía un dolor tan profundo en mi pecho que era necesario protegerme de alguna manera.

Me cogió por el rostro, me miró a los ojos, y su mirada avasalladora me desarmó. Donovan me quitaba la razón; incluso quise apartarme de él, pero no me lo permitió.

De inmediato, su boca estuvo sobre la mía, y entonces supe que no tenía escapatoria, porque hiciera lo que hiciese, mi alma le pertenecía.

—Nooo —chillé apretando los dientes y empujándolo para que su boca se apartara de mis labios—. No vuelvas a besarme —aunque sabía que iba a ceder más pronto que tarde, quería luchar y no darme tan fácilmente por vencida.

Se agarró la cabeza y pasó la lengua por sus labios, como si estuviera saboreando el sabor de los míos.

—Creo que la otra noche fuiste demasiado claro, así que no veo la razón por la cual tú y yo debamos seguir hablando, y mucho menos que intentes besarme.

—Te equivocas —me espetó furioso—, aún no sabemos si habrá consecuencias de lo que pasó entre nosotros.

—No te preocupes —sonreí burlona—, me quedó claro que no quieres tener nada que ver si es así.

Cogiéndome por el brazo, devoró la distancia que nos mantenía separados.

—Eso lo veremos llegado el caso —afirmó con rotundidad y sin temblarle la voz—. Ethna, tú me gustas, ¡carajo!, me gustas mucho, pero sabes que las órdenes de Aidan jamás se cuestionan; él mismo tuvo que casarse con quien no quería.

—Y se enamoró perdidamente de Alex, así que seguramente tú también tienes esperanza de enamorarte de Zoe, si es que no lo estás ya, claro, porque es sospechoso que cambies caviar por salchichón.

»Sabes perfectamente que en nuestro entorno no es lo mismo que te quedes con la hermana del jefe a que te quedes con la hija de un soldado fiel, pero, claro, se me olvidaba, tú —hinqué mi dedo en su duro pecho— la escogiste, así que mejor ahórrate el discurso de que estás obedeciendo a Aidan.

—No eres una posibilidad para mí, no está permitido que ponga mis ojos sobre ti. Tú misma leíste la lista que confeccionó Róni. ¿Crees realmente que Aidan no tuvo nada que ver con esos nombres? Él siempre manipula todo, aunque no diga hacerlo.

—Pues ya pusiste más que tus ojos sobre mí, y ni siquiera estás dispuesto a intentarlo. Ahórrate ese discurso barato que ni tú mismo te crees, no me quieras tomar por tonta, solo deseas seguir tirándote una grandísima cana al aire mientras no formalizas.

—Le juré fidelidad al clan y a la autoridad que tu hermano representa en él. Me debo a sus órdenes; su palabra es la ley, y la Irish Mob sigue funcionando, y todos seguimos vivos gracias a eso. No es posible violar nuestra palabra de honor y lealtad; es la piedra fundamental que sostiene a la organización.

—Vete a la mierda, no veo dónde está la traición. Lo que pasa es que eres un maldito cobarde. No, tú no eres un cobarde. Ella es tu elegida, así que, por favor, no vuelvas a presentarte como el matón que eres en mi trabajo. Y tampoco me llames más. De ahora en adelante mantendremos las cosas profesionales. Proseguiré informándote del progreso de las reformas en el subsuelo del hotel, y nos limitaremos a eso, a lo que pidió mi hermano, nuestro *boss*, como tú dices.

—No tiene que ser así.

—¿No? ¿Y qué propones? ¿Que me convierta en tu puta?, ¿en la zorra que te calienta la cama cuando no quieras estar con tu esposa? Por cierto, ¿ya hay fecha para el casorio?

Me abrazó casi hasta dejarme sin respiración, pero no tuve el valor de alejarlo.

—¡Cállate! Al menos esta última vez no nos despidamos con odio.

Levanté las manos y me aferré a su espalda. Su cuerpo musculoso y espléndido me engullía por completo. Tal vez Donovan tenía razón y nos merecíamos una hermosa despedida.

Aún no entendía a qué había venido, tal vez para esto. ¿Para dejar las cosas en paz entre nosotros?

Alcé la cabeza para mirarlo fijamente. Su mano sostuvo mi mentón, y su dedo pulgar resiguió el contorno de mis labios.

—Son los labios más bonitos que he besado. Los únicos que me hicieron sentir el verdadero significado de un beso.

Cerré los ojos y me dejé llevar por el éxtasis que me producían los tonos graves de su voz.

—Es muy cruel lo que me dices, no es halagador. No lo arruines más todavía. —Abrí los párpados—. Vete, no soy tu juguete —le rogué; no tenía más valor para rechazarlo, aun cuando lo que me estaba proponiendo era ser la otra.

La batalla de voluntades iba de uno a otro y parecía no haber forma de detenerla. Le pedía que me dejara en paz, pero aún permanecía aferrada a su cuerpo.

Respiré profundamente cuando su mirada volvió a encontrarse con la mía, lo amaba como nunca imaginé enamorarme de un hombre. Su traje oscuro moldeaba su cuerpo tonificado, acentuando sus

hombros y sus bíceps. Era el tipo de cuerpo por el que cualquier mujer quisiera vivir sin bragas para estar disponible para él en cualquier momento.

Una poderosa tensión volvió a usurpar el aire a nuestro alrededor, y el deseo acechó descontrolado bajo mi piel. Sentí sus ojos desnudándome. No podía ser indiferente a su penetrante mirada; parecía como si nuestro cerebro no fuera capaz de recibir las órdenes para que nos apartásemos.

—Tú siempre serás mía, y yo siempre seré tuyo, aun cuando no podamos estar juntos —dijo con sus labios a un suspiro de los míos.

Quería decirle que estaba equivocado, que todo cuanto había ocurrido entre nosotros había sido solo físico, que mi atracción por él se limitaba a eso, pero yo sabía muy bien que no, que ese hombre era el único con la capacidad para hacerme olvidar todo, incluso que tenía que rechazarlo.

Puso un beso en mi cuello, luego mordisqueó esa zona y lamió ese lugar para aliviar el escozor que me había provocado, haciendo que un escalofrío recorriera por completo mi cuerpo.

Dios, ¡las cosas que podía hacer con esa boca!

Mi pulso se aceleró, y su lengua salió una vez más para acariciar ese lugar donde estaba segura de que podía advertir mi latido tronando bajo la piel.

—Nos deseamos, eso es innegable.

Su voz sonaba mordaz, y me dieron ganas de patearlo en las bolas por ser tan engreído, por decir lo que no quería admitirle.

Empujó su enorme cuerpo contra el mío, enjaulándome en el suyo, y un profundo sonido retumbó en la parte posterior de su garganta.

«¡Que Dios me ampare!», él era tan grande y poderoso.

Mis pezones comenzaron a doler contra el calor que emanaba su carne a través de la ropa, mi corazón latía tan fuerte que temí que se me escapara del pecho.

Un lado de su boca se curvó. Por supuesto, sabía exactamente lo que me estaba haciendo, y por más que yo quisiera negarlo, no había manera.

Estábamos lo suficientemente cerca para besarnos. La necesidad se disparó directamente a mi centro y no dejaba de asombrarme lo que él me provocaba. Mis muslos se apretaron, y la aspereza de su sombra de las cinco en punto fue todo lo que deseé; imaginé su cabeza en medio de mis muslos dándome placer, sabía que era un experto; ansié el roce de su barba, que combinaba éxtasis y dolor por igual.

Su mano se curvó alrededor de mi cuello, aplastándome contra la pared, y luego presionó su boca contra la mía.

—Tú también deseas esto. Aunque ambos sepamos que es incorrecto, no lo podemos evitar, Ethna. No soporto tu indiferencia, me enloqueciste, y aquí me tienes, deseándote como un condenado a muerte.

Su voz áspera se perdió dentro de mi boca cuando su lengua se introdujo en la mía.

Él estaba en lo cierto, yo tampoco podía evitarlo. Me había pasado todo el jodido día obsesionada con él. Era una obsesión que nos hacía daño.

De pronto sentí que me faltaba el aliento, que él se había adueñado de todo mi oxígeno cuando me besó, como si fuera lo único que importaba.

—Memoricé cada lugar de tu cuerpo y cada caricia que hace que estalles en mis brazos. Incluso me aprendí todos los secretos de tu piel y qué partes tocar para hacer que grites mi nombre.

Su lengua volvió a meterse en mi boca y se enredó con la mía nuevamente.

Sentí la adrenalina fluctuando por mis venas a una velocidad descontrolada, provocando que hasta me zumbaran los oídos.

Separó mis piernas con su pie, y su muslo presionó contra mi coño. Su dura polla se hincó entonces contra mi cadera, y cuando me moví para buscar más fricción, levanté las manos para aferrarme a sus anchos hombros, porque sentía que no podía sostenerme en pie.

Noté la tensión de sus músculos bajo la tela de su traje hecho a medida. Parecía que las costuras estuvieran a punto de romperse. Apreté mi agarre palpando su fuerza, al tiempo que advertía su

mano vagando por mi costado para coger el borde de mi vestido. Maldije por no haberme puesto un pantalón en vez de una falda, para que su acceso no fuera tan cómodo.

No tardé en sentir la callosidad de sus dedos reptando hacia arriba por mi muslo, buscando mis bragas, mientras su versada boca hacía todo lo posible para no dejarme pensar. Continuó moviéndose hasta que por fin rozó mi humedad, algo que era imposible de ocultar porque tenía mi tanga empapada.

—Estás tan mojada. —Un gemido escapó de mi boca cuando su dedo hizo presión sobre mi núcleo—. *Is ceol mo chroí thú* —había dicho «eres la música de mi corazón». La misma frase en irlandés que había empleado la primera vez que estuvimos juntos en el granero—. No puedes pedirme que me vaya cuando sabes que tú y yo solo queremos esto.

Un sonido gutural salió de su garganta al correr el elástico de mis bragas; su dedo se deslizó por mi resbaladiza piel.

Mis manos se levantaron y me aferré a su cuello tironeando de los mechones de su pelo mientras mis dientes mordisqueaban sus sabrosos labios. Ya no quería dejarlo ir, ya no quería que se fuera, necesitaba que aplacase el fuego que desataba en mi interior.

Un gemido que no pude contener se escapó de mi boca cuando empujó dos dedos dentro de mi coño.

—Chiss, bebé, nos pueden oír afuera, y no quiero que nadie escuche; tu placer es solo mío.

—Por favor, Donovan —le supliqué desesperada. Apreté sus dedos con los músculos de mi vagina—. No me hagas esto— le rogué en un último intento para que se detuviera, aunque no era lo que quería. De alguna forma continuaba, y con muy poca convicción, aferrándome a la poca cordura que mi mente vislumbraba a ratos.

—No soy compasivo, bebé, lo sabes bien; de todas formas, y en contra de mi propia esencia, lo estoy siendo, porque esto es exactamente lo que deseas, aunque no lo quieras admitir.

Joder, él era tan sabio, él podía leerme tan bien…

DONOVAN

Visibilicé un estremecimiento en la transparente piel de su cuello, y advertí el momento en que tragó con fuerza asimilando mis dedos dentro de ella.

¡Carajo! Ethna era tan bella. Era un ángel tentador que hacía que me humillase una y otra vez. No me importaba con tal de tenerla.

Mordisqueé su cuello tiñendo de rojo su sensible piel de porcelana, y un rugido salvaje salió de mi pecho como algo primitivo que no pude evitar cuando admiré mi marca.

Ella era jodidamente mía, y solo mía; me negaba a aceptar lo contrario.

Mirándola fijamente, moví mis dedos en su interior poseído por una oscura obsesión, mientras bebía con mi mirada su expresión. Sus manos se enroscaron en mi cuello, y las paredes de su coño se apretaron con avidez mientras mi bombeo dentro de ella se hacía más intenso, hasta que me perdí en su mirada, que no tardó en suavizarse, satisfecha.

Mi corazón comenzó a latir a un ritmo incómodo cuando su mirada de adoración acabó literalmente prendiéndome fuego, y entonces tracé círculos alrededor de su clítoris con mi pulgar, y sus caderas se movieron contra mi mano para encontrar más contacto. Sus ojos se cerraron al tiempo que aceleré un poco más el ritmo de mis dedos.

De un movimiento rápido la tomé por los muslos y la llevé al escritorio, dejándola sentada en el borde. Ethna se aferró con sus dedos a mi cintura, acariciando sobre la tela de mi camisa las ondulaciones de mis abdominales y retorciéndose mientras esperaba a que me pusiera de rodillas. Cuando lo hice, abrió sus piernas para mí, para que pudiera observar lo deseosa que estaba, ofreciéndose.

Poseído por el desenfreno que ella despertaba en mí, admiré el brillo de su lujuria, y cuando levanté mi vista la noté observándome. Me miraba como si yo fuera su dios, y no el maldito demonio que estaba dispuesto a tomar lo que quisiera, sin importarme que la estuviera tentando para irse conmigo al maldito infierno.

Mis manos rompieron su tanga, y de inmediato enterré mi cabeza entre sus muslos; primero la olí, y su olor me hizo sentir mareado. Saqué la punta de mi lengua tocando su entrada, y luego di algunas vueltas presurosas sobre su clítoris, para luego morderlo. Mi lengua

se aplanó entonces, y junté su humedad por completo, y volví a meter mis dedos dentro de ella mientras continuaba lamiéndola.

—Por favor —volvió a rogarme, pero estaba seguro de que esta vez no quería pedirme que me detuviera.

Sin apartar mi lengua de su núcleo, la miré entre las pestañas y noté que sus ojos brillaban con un sentimiento de plenitud absoluto.

Deslicé mis dos dedos con más fuerza, entrando y saliendo de ella, activando más su placer. Hasta que decidí sacarlos, estremeciéndome por completo cuando comenzó a suplicar; entonces clavé mi visión en su coño expuesto a mí, y soplé sobre su húmeda piel para hacerla retorcerse un poco más.

Desesperada, intentó que mi boca cerrara la distancia que nos separaba. Para ello, sus manos tironearon de mi cabello, manteniéndome ahí. La toqué más rápido y mordí su clítoris hasta que sentí nuevamente el placer que se estaba construyendo alrededor de mis dedos y los curvé para tocar ese lugar dentro de ella, y así entregarle lo que tanto deseaba.

La presión explotó dentro de su cuerpo y gritó mi nombre con fuerza. Levanté una mano, y aunque me encantaba oírla, cubrí su boca porque de verdad me volvía avaro con esta mujer y no deseaba que nadie más que yo la escuchara gozar.

Aletargada por el resabio de su orgasmo, la cargué en mis brazos llevándola hasta el sofá de su oficina.

Cuanto más nos mirábamos, más aumentaba la tensión entre nosotros. Levantó los brazos y se bajó el cierre de su vestido, luego los alzó sobre la cabeza para que se lo terminara de arrancar. Su cuerpo escultural me quitaba el aliento y me aceleraba el pulso. Como en un trance, mis manos se despojaban de la ropa que cubría mi cuerpo.

Me quedé de pie, desnudo frente a ella, y todo se desvaneció a nuestro alrededor. El mundo pareció detenerse. Todos los problemas se esfumaron. Solo importábamos ella y yo, deseándonos.

Inclinándome, tomé un puñado de su largo cabello, y su lengua salió al encuentro de la mía. Con un sonido áspero, mi boca se adueñó nuevamente de la suya. Exploré cada resquicio de su cavidad al tiempo que me sentaba a su lado, el deseo invadiendo

mis venas, como si estuvieran por explotar atiborradas por la lujuria que fluía por mi torrente sanguíneo.

La cogí por la cintura acomodándola a horcajadas sobre mí; seguidamente abrí la mano para llevar entre mis dientes el preservativo que había capturado de mi billetera en el momento en que me quité el pantalón, puesto que no estaba dispuesto a volverme a arriesgar.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas cuando un sonido bajo salió de su garganta y entonces su rostro se inclinó para devolverme el beso con un deseo salvaje mientras sus brazos se enjaulaban alrededor de mi cuello con un agarre de acero, al tiempo que sus caderas se movieron para restregar su coño sobre mi muslo.

Ese brutal latigazo de deseo amenazó con llevarse toda mi cordura y reducirme a cenizas. En medio del desenfreno, me di cuenta de que nunca había sentido tanta necesidad de hacer feliz a alguien.

Sus uñas se clavaron en mi espalda, y un gemido irregular se escapó de mi boca. Bruscamente la dejé de espaldas en el sillón, y con rapidez me coloqué el condón.

—Donovan. —Mi nombre salió como un suspiro mientras abría más sus piernas dándome paso en su interior. Su coño rosado y brillante me sorbía el cerebro.

Mi cuerpo zumbaba por ella, y era una sensación desconocida y descontrolada.

Pasó sus manos por mi pecho cuando me recliné y direccioné mi dolorosa polla en su entrada. Metí la punta dentro de ella y me quedé mirando, sintiendo que mis labios temblaban por la visión, porque mi pene invadiendo su vagina no era más que la maldita victoria conseguida.

—Esto es la putísima gloria —dije con voz ronca al ver cómo me perdía en su interior, abriéndome camino, estirándola, para invadirla por completo; cogí una de sus piernas y la puse sobre mi hombro y empecé a moverme lentamente al tiempo que con mi lengua chupaba la piel de su tobillo.

El fuego se encendió dentro de mí; quería más, no podía mantener ese ritmo, necesitaba coger velocidad. Volví a mirar nuestros cuerpos unidos, y ella se apoyó en sus codos para mirar lo

mismo que yo. Incluso había tal intensidad en su mirada que temí correrme demasiado rápido.

—¿Ves eso, bebé? Esa imagen siempre quedará grabada en tu memoria y en la mía, porque es la puta perfección, porque estemos con quien estemos, en ese momento siempre seremos tú y yo follándonos.

—Fóllame, maldito cabrón. Muéleme y cierra la puta boca.

Golpeó mi pecho, y su brazo se enroscó en mi cuello atrayéndome, para hacer que descendiera sobre ella. Mordió con desesperación mi labio. Sentí al instante el sabor metálico de la sangre; luego su lengua salió para saborear ese ferroso sabor.

Mis caderas empezaron a moverse como un látigo, reflejando el fervor de mi alma. En ese momento, su palma aterrizó en mi trasero y sus uñas se enterraron en mi piel, como si la velocidad no fuera la que necesitaba.

Cogiéndola por la cintura, llevé su cuerpo con el mío, sentándola sobre mí.

—Tenemos que detenernos, o todo acabará demasiado rápido. Quiero que ahora me folles tú, bebé —le indiqué—. Quiero ver cómo tu coño se entierra sobre mi polla y me traga por completo.

ETHNA

La lujuria de su voz me atravesó el pecho; me puse en cuclillas e inclinando mi cabeza observé lo mismo que él, cómo mi vagina lo tomaba deseosa.

Una luz cegadora se disparó en mi visión, y su palma se descargó en mi nalga desnuda, provocando un intenso escozor que me hizo darme cuenta de que me había quedado inmóvil viéndonos unidos.

—Fóllame, Ethna. Fóllame, bebé, cabalga mi verga.

Mi trasero picaba por el bofetón, pero disparó mi excitación, haciendo que mi coño goteara sobre su perfecta polla. Me moví arriba y abajo. Me senté sobre él, enterrando su pene por completo en mi interior mientras mis manos se aferraban a sus anchos hombros. Bajando la cabeza, saqué mi lengua y lamí su pecho,

resiguiendo las líneas de todos sus tatuajes, esos que me habían obsesionado durante todo el día, y advertí lo estruendoso que latía su corazón. Apoyé mi palma para impulsarme, y él debió advertir que mis piernas se encontraban un poco acalambradas, pero no estaba dispuesta a detenerme. Había algo morboso en el dolor de mis músculos que se transformaba en más placer.

Donovan estiró más sus piernas acomodándome para que me arrodillara sobre el sillón y corrió su trasero hasta el borde del sofá tomando el control, entrando y saliendo de mí de una forma descomedida, al tiempo que su boca apresaba uno de mis pezones sobre el encaje de mi sujetador; hasta que sentí que su mano se levantó reptando sobre mi espalda para desprender el sostén y así quitar la tela de entre nosotros.

Sin dejar de moverse chupó mi punta, como si estuviera alimentándose, seguramente me iba a dejar un nuevo chupetón; además, la succión activó hábilmente cada célula de mi piel.

Igual que la descarga de un rayo, algo atravesó mi cuerpo, y una sensación ya conocida gracias a él comenzó a construirse en mi interior; luego volvió a asestarme otra cachetada en el trasero aferrándose con ambas manos y hundiendo sus dedos en mi carne, donde seguramente también agregaría más moretones. Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. El latido de su corazón se aceleró contra mi pecho, y algo oscuro surcó su mirada; parecía a punto de perder el control.

Mecí mis caderas para acompañar su ritmo, las giré, y me di cuenta de que con ese movimiento activaba más mi propia necesidad. Empecé a notar las señales, mi coño ciñéndose a su alrededor, porque estaba cerca.

—Eso es, nena, dame tu corrida, dámela toda. Me estás exprimiendo, y me encanta.

Sus manos estaban por todas partes, su piel brillaba de sudor, sus músculos tensos por el esfuerzo, pero sus caderas no se detenían en búsqueda de ese placer que prometía colapsarnos a los dos; el sonido de nuestra carne chocándose invadía el lugar.

Continuó moviéndose; casi sin respiración agarró mis caderas e intensificó más el ritmo de las suyas en tanto su boca apresaba la

mía; bebiéndonos el oxígeno de ambos nos volvimos a besar; hilos de saliva chorreaban de nuestras bocas, alimentándonos con el placer que nuestros cuerpos emanaban desde su interior.

Clavé mis uñas en su pecho cuando el incendio dentro de mí amenazó con quemarme. Volvió a abofetear mi trasero, y tiré la cabeza hacia atrás, sin poder entender por qué eso me excitaba tanto. Donovan mordió uno de mis pezones con fuerza; el dolor me atravesó, junto con el placer que desafiaba con hacer explotar mis entrañas.

Volvió a abofetearme, y el latiguillo de su mano me hizo correr instantáneamente.

Grité su nombre, y esta vez no me pudo detener; me importaba una mierda si alguien nos había escuchado.

Me corrí tan fuerte que cuando abrí los ojos comencé a ver puntos negros en la periferia de mi visión.

Al bajar del orgasmo, lo encontré mirándome extasiado y contuvo su respiración enterrándose muy profundo en mí.

Su boca dejó escapar un gemido y nuevamente entró y salió con fuerza. Su mano, abandonando una de mis nalgas, se metió entre ambos para acariciar mi clítoris y darme un poco más de placer. Algo comenzó a edificarse nuevamente y volví a sentir esa necesidad de subir a la cima para lanzarme en caída libre. Se movió más rápido, abrumándome con la fuerza de su cuerpo y la resistencia de sus músculos. Sus embestidas se intensificaron como si quisiera romperme.

Jamás pensé que podía gozar tanto con el dolor.

Un nuevo orgasmo me golpeó en cuestión de segundos con una fuerza descomunal mientras él continuaba empujando en mi interior, hasta que su piel se estremeció evidenciando la intensidad de su propio éxtasis, al tiempo que sus caderas se quedaron estáticas con su polla muy dentro de mí. Contuvo la respiración mientras se descargaba. Admiré su perfecto cuerpo, las venas parecían a punto de explotar, y el latido de su yugular se notaba estrepitoso a la vista.

Me dejé caer sobre su torso, y su mano acarició mi espalda con la intención de calmarme, luego me acomodó de lado sobre el sillón, y

lo sentí relajarse; aún respirábamos con dificultad, pero dichosos, escalando el efecto residual de nuestro placer.

Capítulo treinta

DONOVAN

Si no hubiera sido porque estábamos en su oficina, me habría quedado así, acurrucado junto a ella, manteniéndola segura entre mis brazos, sin permitir que se apartara de mí, y probablemente la habría vuelto a follar en pocos minutos.

No había venido a esto. A decir verdad, no sabía a qué había venido, aunque no había llegado con la clara intención de follármela como un desquiciado. Tampoco era mi intención hacerle daño; incluso me asombró saber que sus sentimientos me importaban. Yo nunca había querido proteger a nadie, salvo a mi madre cuando era un niño, pero luego ese sentimiento murió dentro de mí. Jamás volvió esa necesidad de que a la persona que… amaba no le pasara nada. Lo que no significaba que no quisiera a mis padres adoptivos, los quería, pero ese querer se traducía más en un sentimiento de agradecimiento que en otra cosa.

La vida me daba otro revés. Nuevamente, el destino me quitaba a la única mujer que me hacía sentir completo y querido, la que había despertado un lado humano dentro de mí que creía muerto.

No podíamos seguir con esto, pero me había desquiciado que me ignorara por teléfono. No podía soportarlo. Yo no tenía ningún derecho sobre ella, pero, subconscientemente, quería tenerlos todos, y no había forma de resignarme.

La apreté contra mi pecho mientras hacía que su espalda y todo su cuerpo encajaran completamente con el mío. Debía poner en orden mis pensamientos; no podía continuar actuando de forma carnal e irracional.

Yo era una bestia, un animal, pero no quería serlo con ella.

—¿Qué significa esta fecha en tu mano?… Donovan, ¿me oyes?

—¿Qué? Perdón, no te estaba prestando atención.

Ethna se dio la vuelta para enfrentarme. Enredamos nuestras piernas y sostuve su trasero redondo y desnudo en mi mano; no podía estar sin tocarla.

—Te pregunté qué significa esa fecha que llevas tatuada. Cuando llegaste, dijiste que podías explicarme cada uno de tus tatuajes —dijo, cogiendo mi mano izquierda—. Sé que no es la fecha de tu nacimiento, y debe ser algo importante para que la hayas puesto ahí. Tu piel es un jeroglífico viviente. Si no quieres decírmelo, lo entenderé.

Me quedé mirándola y acaricié su rostro. Era tan pura en comparación conmigo… Ella sabía de los tejemanejes de la mafia, pero sus manos jamás se habían cargado ninguna vida.

—¿Y cómo es que sabe la fecha en que cumplo años, señorita Clancy?

—No te burles, tengo mis recursos también. Si no me lo quieres decir, no importa. Tal vez no te gusta que invada tu privacidad.

—Es el día en que Róni y Aidan me salvaron. El día que mataron al hombre que me engendró, cuando lo encontraron moliéndome a palos. Yo era un crío.

El cuerpo de Ethna se estremeció. Agarró mi mano y besó mis nudillos, donde estaba impresa la fecha.

Acarició mi rostro, seguramente compadeciéndose del niño golpeado.

—Los Cavanaugh eran los proveedores de drogas de ese hombre que no merece que lo llame padre —dije, rezumando rencor y sin poder ocultarlo. Tampoco quería hacerlo; lo odiaba demasiado—. Aidan y Róni estaban iniciándose y los mandaban a hacer trabajos de calle. Hunter les debía dinero, pero se metía tanta droga que rara vez estaba consciente para trabajar y cumplir. Así que fue perdiendo los clientes de la pizzería de la que era dueño, al punto de que ya casi nadie entraba a comprar en su negocio.

»Esa vez, Aidan y Rónán habían ido a cobrar la deuda. Como de costumbre, Hunter no tenía el dinero. Así que le extendieron de mala gana la prórroga y le cortaron el crédito. Lo vieron maltratándome

delante de ellos y entonces Róni lo advirtió antes de irse. Le dijo que no le gustaría enterarse de que me ponía un dedo encima, porque si no, se las tendría que ver con él.

»En cuanto se marcharon, Hunter Clark descargó su ira contra mí. Yo siempre era el culpable de todo, y si no había un motivo, de todas formas, lo inventaba para golpearme, hasta quebrarme como tantas veces o dejarme la espalda en carne viva, al punto de que no podía ni soportar el roce de la ropa.

La sentí palpando mis cicatrices, disimuladas bajo la tinta. Una lágrima se le escapó de los ojos, surcando su mejilla, y la recogí con mis labios.

—No llores, ya no duelen. Ese día fue la última vez que puso sus asquerosas manos sobre mí. Lo odiaré hasta el día en que me muera, porque él fue el causante de esta vida que me tocó vivir. No es que me arrepienta de nada de lo que hice o hago. El arrepentimiento es un sentimiento que pueden darse el lujo de sentir los débiles. Si uno es justo, no tiene por qué sentirse así.

»Tal vez… hubiera tenido otro destino, sin tanta oscuridad. Hay cosas que, aunque parezcan normales, pesan.

—¿Qué le pasó?

—¿Me estás preguntando cómo murió Hunter?

—Espero que lo hayan hecho sufrir mucho antes de que muriera.

Me reí.

—No conocía ese lado vengativo de ti. Me gusta. Lamento desencantarte. Su muerte fue bastante rápida, aunque con el tiempo me di cuenta de que, dadas las circunstancias, en ese momento no podría haber sido de otra forma. Fue la manera más silenciosa de sacarme de allí.

»Róni, que siempre fue un zorro viejo, le insistió a Aidan para regresar poco después de irse. Estaba seguro de que, en cuanto lo hicieran, el asqueroso drogadicto volvería a golpearme. Cuando volvieron, lo encontraron azotándome la espalda con el cinturón. Entonces Rónán se encargó de golpearlo hasta dejarlo rogando por su vida, mientras Aidan se ocupaba de mí.

»Pensando en irse, miré a los ojos a Róni y le aseguré que no se detendría, que volvería a hacerlo. Quería que lo matara. Lo deseaba.

Y, por suerte, él lo hizo: le inyectó una sobredosis de heroína.

»Recuerdo que me quedé viéndolo hasta estar seguro de que no respiraba. Estuve tentado de pedirles que me dejaran apretar yo mismo el émbolo. Sabía cómo hacerlo. A veces, cuando Clark —ese es mi verdadero apellido— estaba demasiado drogado y no atinaba en su vena, me pedía que lo pinchara. Nunca había tenido el valor de matarlo poniéndole más cantidad de ese veneno. No obstante, con ellos ahí, a mi lado, lo hubiera hecho con ganas y sin miedo.

»Tal vez te parezca un monstruo por desear la muerte del hombre que puso sus espermatozoides para que yo viniera a este mundo, pero te aseguro que era lo único que podía frenarlo. Era él o yo.

»Ya ves… Quizá mi alma oscura siempre fue así de negra. Lo más probable es que tenga los mismos genes corroídos que él.

—No pienso que seas un monstruo. Él, bien muerto está. Me duele saber que sufriste tanto siendo tan pequeño. Se supone que los padres están para proteger a los hijos, y no creo que tú no tengas esos valores. Eres un hombre muy inteligente, que sabe muy bien lo que está bien y lo que está mal, y eres justo y solo matas a tus enemigos. En la mafia, nuestra vida no se rige ni por las leyes normales ni por las divinas; se rige por las de nuestro clan.

—Tienes una visión suavizada de mí. No importa.

Nos quedamos mirándonos en silencio.

—¿Y tu madre, Don? ¿Dónde estaba ella? ¿Murió?

Los recuerdos de veinticuatro años atrás se precipitaron en mi mente.

—Mi madre se fue de casa cuando yo tenía cinco años. Hunter también la golpeaba. Cierta noche, ella tenía todo planeado para que nos escapáramos, pero el inmundo drogadicto nos descubrió cuando nos estábamos yendo y empezó a azotarla. La estaba matando. —De pronto, me encontré rememorando cada golpe, como si no hubieran pasado tantos años—. Aunque era pequeño, me daba cuenta de que no era como siempre, que ese día estaba siendo más brutal que nunca. Aún cierro los ojos y puedo escuchar el sonido de los huesos del brazo de mi madre cuando Hunter se lo quebró.

»Busqué la forma de llamar su atención y que me golpeara a mí, para que mi madre tuviera la oportunidad de escapar. Y ella lo hizo.

Se fue. Al principio creí que regresaría por mí, pero nunca ocurrió.

—Lamento que hayas pasado por todo eso. Lo siento de verdad. —Ethna besó mi rostro como si con sus besos pudiera borrar todo mi sufrimiento, y en cierta forma lo hizo. Su alma piadosa me hacía sentir querido, importante—. Ningún niño debería pasar por lo que tú pasaste. No fue justo.

—Hunter tuvo su merecido, aunque tal vez hubiera sido más justa una muerte más dolorosa. Estoy seguro de que se fue al infierno. Tal vez, cuando me muera y vaya al infierno por tantos pecados cometidos, me lo encuentre y tenga mi revancha.

—No hables de tu muerte. No quiero pensar en eso.

—Quédate tranquila, no planeo morirme pronto. Te prometo que haré todo lo posible para que no ocurra.

Nos besamos pausadamente, un beso tranquilo y suave, como si ese beso fuera para sanar. Nos apartamos. Sus labios brillaban con mi saliva, y eso me extasiaba.

—¿Nunca más volviste a saber de tu madre? —preguntó sin querer zanjar el tema, y por alguna razón que no entendía, no me molestaba hablar de eso con ella.

—Había pasado casi un año desde que estaba con los Connell cuando Róni la encontró. Cuando me llevaron con ella, mi madre tenía una nueva familia y… ¿sabes? Jamás hablé de esto con nadie —le expliqué para que supiera lo especial que ella era para mí—. Solo Aidan, Róni y los Connell lo sabían.

»Ella… me rechazó, Ethna. Dijo que no podía recibirme, que su nuevo marido no sabía de su pasado. Tenía un niño que apenas caminaba, así que lo más probable es que tenga un hermano. Creo que era un niño, tal vez Rónán o Aidan tengan más memoria que yo. Nunca hablamos de ello, y tampoco me interesa. No recuerdo muy bien al crío, ya sabes, los recuerdos de cuando eres chico no tienen mucha fidelidad. Además, intenté olvidarla por todos los medios.

—¿No pensaste en buscarla cuando creciste?

—No. Enterré mi pasado, la arranqué de mi corazón de la misma forma que ella hizo conmigo. Supongo que yo representaba para mi madre la parte de su vida que quería olvidar. Los Connell me adoptaron como su hijo, y yo los adopté a ellos como mis

verdaderos padres. A veces, la sangre no hace familia. Ellos me dieron todo el amor que mis progenitores se negaron a darme, y fue suficiente.

—Gracias por contármelo. Me siento halagada por que compartas esta parte tan tuya conmigo.

—Tú… logras… cosas…

Ella me besó con vehemencia, aplastando su boca contra la mía, y de inmediato tomé la conducción del beso. Seguíamos en la oficina, y no podíamos quedarnos retozando mucho tiempo más, aunque fuera todo lo que quisiera hacer. Era su lugar de trabajo, y ya había pasado de un simple polvo. Debíamos movernos.

—¿Y tu infancia? ¿Cómo fue? Supongo que siempre fuiste una princesa muy consentida.

—Yo… no tengo muchos recuerdos de mi niñez. Incluso tengo ciertas lagunas de momentos de mi adolescencia. He olvidado viajes y vacaciones en familia.

—¿Cómo es eso? —dije, extrañado por su confesión, al saber que llevaba una mierda importante a cuestas.

—Sí, mi mamá lo atribuye a un atentado que sufrimos ella y yo. Ese día estábamos entrando a la ciudad cuando nos interceptó un automóvil y mataron a nuestros custodios. También nos amenazaron con sus armas, incluso oprimieron el gatillo en mi cabeza… con una pistola sin balas. Se trató de un aviso para mi padre y el tío Connor. No sé por qué asunto. Ese episodio traumático hizo que se borraran parte de mis recuerdos. Por eso papá consintió que me mantuviera tan apartada del clan. Mi salud mental no es apta para vivir en la familia en la que nací.

—¿Nunca hiciste terapia?

—Mi madre y mi padre se encargaron de llenar esos espacios vacíos dentro de mi cerebro contándome los recuerdos que se habían borrado. Incluso lo de ese atraco.

—Entonces, lo del atentado no lo recuerdas; lo sabes porque te lo relataron.

—Exacto. Mi madre les rogó a gritos que no nos mataran. Obviamente no querían hacerlo, ya que estábamos a su merced. Se trató de un mensaje muy bien entregado.

—La mayoría de las veces, cuando nuestra memoria se vuelve selectiva, es porque queremos olvidar aquello que nos atormenta. La mente se protege de esos malos recuerdos. Se llama amnesia disociativa: olvidar para sobrevivir. No entiendo por qué borraste otros momentos de tu vida. Solo tendrías que haber olvidado ese episodio. Hubiera sido bueno que te hicieran una hipnosis de regresión. Tal vez con ese procedimiento se podría saber qué otra cosa desató que tu chip se borrara. Sencillamente, no creo que haya sido solo ese episodio, porque en ese caso hubieras olvidado únicamente eso. Tal vez haya algo más.

Se encogió de hombros.

—Dejé todo como estaba. Como te dije, lo que no recuerdo mis padres me lo contaron.

»Crecí bastante retraída, y mi refugio fue el estudio. Tal vez por eso, teniendo la edad que tengo, nunca tuve una relación estable con ningún hombre, ya que siempre me costó relacionarme con ellos. A eso súmale que mi adolescencia no fue nada normal, pues Róni y Aidan iban a la misma escuela que yo. Todos sabían que éramos como familia, así que nadie quería problemas con los Cavanaugh. Obviamente, tenían fama de pendencieros y no permitían que nadie se me acercara. Eran hermanos celosos, aun sin saber que en verdad compartíamos el mismo padre.

»Años después, cuando acudí a terapia, fue por mi incapacidad de sentir.

—¿Y no hablaste con tu terapeuta sobre tu amnesia?

—Sí, por supuesto. Surgió el tema de mis lagunas mentales, pero el terapeuta dijo que eso no tenía nada que ver, que en realidad mi problema era que sufría de ansiedad social. Según él, por eso tenía tendencia al aislamiento, debido al miedo al rechazo, y eso hacía que no pudiera relacionarme con los hombres.

¿Cómo un terapeuta pudo decirle eso y no indagar en algo que estaba a la vista y era un claro problema en su mente? Algo no me cuadraba en lo que me contaba.

—¿A qué médico acudiste?

—Al que estaba en nuestra nómina, el doctor McAllister. Creo que él murió.

—¿Tu primera vez fue normal, Ethna?

—Fue todo lo normal que puede ser cuando solo tienes diecisiete años. Ocurrió cuando estaba terminando la preparatoria. El chico más popular de toda la escuela había puesto los ojos en mí, y a mí él también me gustaba. El problema estaba cuando ellos querían más. En fin, aquel chico era el mariscal del equipo de fútbol y fue el único que se animó a acercarse a mí aun sabiendo a la familia que pertenecía. Su padre estaba en nuestra nómina también. Obviamente, yo quería ser como el resto de las chicas de mi edad, que vivían su sexualidad en plenitud, pero ya me daba cuenta de que cuando nos besábamos algo no se activaba en mí.

»Sin embargo, seguí adelante. La primera vez que tuve sexo no fue una gran experiencia, pero supongo que para ninguna mujer lo es; dolió mucho, y además estaba muy nerviosa, y él era tan inexperto como yo; aunque se jactaba de ser experimentado, no lo era. Imagínate que lo hicimos por primera vez en el campo de deporte del colegio, detrás de las gradas. Valentina se encargó de vigilar que Aidan y Róni no se dieran cuenta de que me había ido de la fiesta en la que estábamos. Me dejaban ir solo porque iba con ellos, pero obviamente no eran grandes cuidadores; eran jóvenes y también querían su propia diversión. A esa edad solo piensas en eso.

Esa noche, mi amiga incondicional se vistió igual que yo y se mezcló entre los asistentes, asegurándose de que mis hermanos la vieran desde lejos y pensaran que era yo. Nunca les dejó ver su rostro, siempre procuró estar de espaldas, incluso se puso una peluca del color de mi cabello.

»Sin embargo, se enteraron. El idiota que tomó mi virginidad luego anduvo diciendo que no sangré y que no era virgen. Y ahí fue cuando Róni y Aidan lo pusieron en su lugar… Se ganó varios implantes dentales y una cicatriz en su rostro de adonis.

—Creo que tú y Valentina realmente sois de temer cuando os proponéis algo.

—Ella haría cualquier cosa por mí, y yo por ella. Siempre nos sostuvimos la una a la otra, y así sigue siendo.

»Recuerdo que pensé que no había sentido nada por el dolor, pero después, con el tiempo y otras experiencias, me di cuenta de que

algo en mi cuerpo no funcionaba bien. Siempre había malestar físico, además de seguir sin sentir nada. Luego, en otras relaciones, empecé a sentirme incómoda, temía que el hombre que estaba conmigo notara mi problema, así que cortaba las cosas antes de que llegaran demasiado lejos. Dejaba pasar un tiempo y lo intentaba con otros, pero al ver que con nadie funcionaba, empecé a paralizarme.

—O sea que fuiste a terapia después de haber tenido sexo.

—Sí. De todas formas, no fueron muchas las sesiones a las que asistí, pues no veía ningún avance. Cuando me mudé a los dormitorios de Harvard, en la universidad, comencé a sentirme menos como un bicho raro. Fue como si ganara más confianza en mí misma, pero cuando intentaba tener una relación con algún hombre… todo volvía a mi mente y me bloqueaba.

»Entonces fui a terapia. Sin embargo, psicoanalizarme tampoco ayudó a que mi cuerpo se volviera receptivo, y al final desistí. Creí que algo en mí estaba roto y no tenía arreglo.

»Era frustrante. Por eso, cuando me gradué, me dediqué de lleno a mi profesión y utilicé el empoderamiento que me dio mi título para volverme inalcanzable ante los hombres. Funcionó para mantenerlos alejados… hasta que llegaste tú —arrastró sus largos y finos dedos por mi pecho— y me sanaste. Tal vez el terapeuta tenía razón…: era miedo al rechazo. Por suerte, Valentina me incitó a que me animara contigo.

—No creo ser un sanador, Ethna, pero estoy bastante seguro de que lo que te ocurría puede estar relacionado con lo que pasó con tu memoria. Deberías retomar la terapia y hablar de ello. Tal vez el profesional al que acudiste no era el adecuado.

—No es necesario. Te digo que tú lo curaste todo. Despertaste mis sentidos. ¿Cómo es que sabes tanto de hipnosis y esas cosas que tienen que ver con la mente?

—¿Puedo hablarte con honestidad? ¿No te vas a horrorizar?

—Por favor, hazlo. No soy una mojigata que ignora lo que pasa en el clan. Aunque haya decidido no inmiscuirme demasiado y mi padre me lo haya permitido, sé cómo funcionan las cosas.

—No soy un experto, pero he leído mucho. Me interesa todo lo relacionado con los entresijos de la mente. Me sirve para controlar la

de mis víctimas… y también la mía. La violencia que nos rodea lo amerita. A veces necesito separar mis sentidos para convertirme en el monstruo que debo ser a la hora de matar a alguien. Incluso preciso crear mi propio mundo para poder tocar tierra. Hago meditación, surfeo y practico la hipnosis.

—De ahí los tatuajes, ¿no? Son la coraza que te hace parecer temerario, aunque en el fondo cuentan la historia de tu vida. La resiliencia que siempre tuviste que mostrar desde niño. Son, de alguna manera, la protección que encontraste en esos símbolos que llevas tatuados en tu cuerpo.

—Nunca nadie me leyó tan bien. Nunca nadie me vio tan humano como lo haces tú, pero no te engañes, tal vez es lo que quieres ver en mí.

—Eres algo así como el doctor Jekyll y *mister* Hyde[1] .

Nos sostuvimos la mirada y luego estallamos en carcajadas por su ocurrencia.

En medio de nuestras risas, un móvil comenzó a sonar. Ethna se sentó y, con una expresión rápida, añadió:

—Es Cait. —Su tono de llamada parecía especial, porque ni siquiera miró la pantalla. Se levantó de inmediato para ir a buscar su teléfono—. Debo atender —me avisó poniéndose de pie.

ETHNA

—Tienes que venir ya mismo. Tu sobrino está por nacer.

—¿Cómo que ya va a nacer? ¡Todavía falta! La semana que viene íbamos a hacer el *baby shower*, ¡todo estaba planificado!

—Pues olvídate del *baby shower*, porque va a nacer antes de tiempo. He tenido una fisura de bolsa, y te necesito aquí conmigo. Las contracciones aún no han comenzado, pero me dijeron que el parto podría desencadenarse en cuestión de horas. Me acaban de revisar y creen que tal vez en la noche comiencen.

—Estoy al otro lado del océano, ¿cómo se supone que llegaré tan rápido? Son casi siete horas de vuelo en *jet*, más el tiempo hasta llegar al aeropuerto.

—Inténtalo. La matrona dice que todo está listo para un parto en agua, que será lento por cómo se presenta, pero necesito que estés aquí. Quiero que el nacimiento sea como lo planeamos.

—Está bien, intentaré llegar. Voy a colgar y llamaré a Aidan para que preparen el avión.

—Trevor ya se está encargando de eso. Tú solo tienes que ir al aeropuerto. Valentina enviará tu maleta.

—Gracias por organizarme la vida, hermana.

—Es un caso de fuerza mayor, sabes que nunca me meto en tu vida.

—Lo sé, solo bromeo. Pareces muy tranquila, yo, en cambio, estoy temblando. —Ella se rio—. ¿Mamá está contigo?

—A mamá la quiero lejos. Discutimos, y Trevor le pidió que se mudara; la ubicó en otra de sus propiedades en la ciudad. Al parecer, el estrés hizo que el parto se adelantara.

—¿Qué hizo ahora?

—No, ahora no, hermana. Por favor, ahora quiero pensar solo en mi bebé.

—Tienes razón. Además, mamá no tiene solución. Tengo que colgar para organizar mis cosas en la oficina.

—Cuando llegues, te estarán esperando en Axarquía para recogerte y traerte a casa.

—Ok, nos vemos en unas horas. Espera, no cuelgues… ¿Cómo te sientes? No te lo he preguntado, ¿no tienes ningún dolor? No suenas como si estuvieras de parto.

—Como te dije, las contracciones aún no comienzan; pronto lo harán. Apúrate para estar a mi lado cuando empiece a doler mucho. Necesito que sostengas mi mano.

—Está bien, hermanita, no nos demoremos más.

Colgué con Caitríona y miré a Donovan. Ya se había puesto los pantalones y estaba abotonándose la camisa. Yo aún seguía desnuda.

—Mi hermana pronto va a dar a luz. Me voy a España.

—Escuché.

No podía creer que pasara algo que nos interrumpiera justo cuando las cosas parecían encaminarse entre nosotros.

—Estoy tan asustada. Ella parece tan tranquila. Eligió parir en casa, un parto natural en una piscina. Caitríona siempre fue transgresora, y ahora lo estoy viendo. Yo, en cambio, preferiría la seguridad de una clínica.

—Tengo entendido que el agua tiene un efecto analgésico para la madre, y les ayuda a afrontar mejor las contracciones.

—¿También eres experto en partos?

Su risa fue fresca y despreocupada. Me encantaba verlo tan relajado.

—Te dije que me gusta leer mucho. Soy curioso.

—Eres un hombre sumamente enigmático, Donovan Connell. —Me puse de puntillas y lo besé. Él aprovechó para abofetear mi nalga.

—Y tú eres sumamente hermosa, Ethna Clancy.

—Lo sé —me burlé de él.

Recogí mis bragas, aunque era inútil porque estaban destrozadas. Joder, tendría que viajar sin ropa interior hasta el aeropuerto. Miré a Donovan, que poseía una sonrisa irónica dibujada en su boca, así que le arrojé las bragas a la cara. Luego de olerlas, las metió en su bolsillo jactándose del trofeo conseguido. En ese momento, mi móvil volvió a sonar.

—Es Aidan —le indiqué, justo cuando su móvil también comenzó a sonar.

Lo sacó del bolsillo y, sin mirar la pantalla, me informó:

—Es Róni.

Todo era demasiado indebido entre nosotros, tal y como se presentaban las cosas.

—Me iré al baño para hablar, y así no te oirá —dije.

Él asintió y, cuando nos alejamos, ambos cogimos las llamadas.

—Supongo que ya Cait te llamó. Ya te están preparando el vuelo.

—Gracias, ahora mismo estoy juntando mis cosas para salir de la oficina. Me resta delegar lo más urgente y salgo para el aeropuerto.

—Tus guardias ya tienen toda la información, ellos te acompañarán a España. Valentina envió tu maleta al aeropuerto. Mierda, estoy nervioso yo también. Alex habló con la matrona y me dijo que todo marcha perfectamente, que no hay de qué preocuparnos, aunque se haya adelantado algunas semanas.

—Yo estoy temblando. No entiendo por qué eligió un parto en el agua y no en un hospital. Ya la conoces, cuando se le mete algo en la cabeza, no hay quien se lo quite. Ahora entiendo por qué vosotros os lleváis tan bien…. sois tal para cual.

—¿Estás diciendo que tu hermano mayor es un cabeza dura? Más respeto.

Nos reímos.

—Oye, cambiando de tema. Donovan está ahí, ¿cierto?

Sus palabras me pillaron por sorpresa. No podía entender cómo él sabía que Don estaba en mi empresa. ¿Acaso tenía cámaras instaladas aquí, y yo no estaba al tanto?

—Me dijo que iba a verte por ciertos detalles que querías discutir con él, por la construcción de lo que te pedí. Espero que lo hayáis resuelto.

Salí del baño para que escuchara que Aidan sabía que él estaba aquí y no dijera otra cosa.

—Sí, sí, aún está aquí, y ya hemos aclarado todo.

—Sí, Róni me dice que ya está hablando con él.

Capítulo treinta y uno

DONOVAN

Salió del baño intentando ponerse el sujetador con una mano, pero le era imposible. Apreté mi teléfono entre la oreja y el hombro para ayudarla, además de aprovechar la oportunidad para cubrir sus hermosas tetas, que no hacían otra cosa que distraerme.

Ethna tenía los pechos más sublimes que había visto. Y eso que nunca me habían faltado mujeres a mi alrededor. Eran llenos, y en un tamaño que enloquecería a cualquier hombre. Ni hablar de sus pezones rosados y sobresalientes, una invitación constante a lamerlos sin descanso.

—Bueno, te dejo para terminar de arreglarme. Os mantendré informados y os avisaré cuando nazca nuestro sobrino. Espero llegar antes de que ocurra. A pesar de mis nervios, no quiero perdérmelo.

—Te llevaré al aeropuerto —le informé cuando terminé de hablar —. Tus guardias ya fueron a por sus maletas, viajarán contigo. Así que nos queda un rato más juntos antes de que te vayas.

No me gustaba pensar en despedidas, pero esto tenía toda la connotación de una. Y aunque ella no lo dijera, sé que había pensado lo mismo que yo.

Ethna estiró los brazos y los enredó en mi cuello. La recibí envolviendo su cintura con los míos, atrayéndola contra mi pecho. Adoraba sentir sus tetas presionadas contra mí. Un gemido irregular escapó de mi garganta cuando nuestras lenguas se encontraron en un beso frenético, una necesidad cruda y desesperada. Por un momento agonizante nos quedamos de pie mirándonos cuando nuestras bocas se separaron.

—Termina de arreglarte, o se hará tarde.

—Cierto.

Íbamos de camino a Hanscom Field, el aeropuerto desde donde los Cavanaugh preferían despegar su *jet*, ya que ahí teníamos gente de nuestra nómina a cargo del registro de los vuelos. La observé de reojo: iba concentrada en el camino, impecable como siempre. Ethna era el epítome de la elegancia y la perfección.

Llevaba puesto un vestido muy ajustado, con una cremallera en la espalda. No era bueno atinando con las marcas, pero estaba seguro de que era de algún diseñador famoso; sobre el vestido se había colocado un abrigo de corte A, que la hacía sumamente elegante, y llevaba el pelo suelto cayendo en cascada sobre sus hombros.

Estiré el brazo, y mis dedos ásperos se deslizaron por su muslo. Necesitaba que me mirase, que me prestara atención, ansiaba que los últimos momentos en que podía tenerla a mi lado yo fuera el centro absoluto de su mundo.

Su boca se curvó en una sonrisa genuina cuando su mirada se encontró con la mía; cogió mi mano delimitando las equis que había tatuadas en mis nudillos.

—¿Qué significan? Tienes varias en tu cuerpo.

Ella seguía obsesionada con cada uno de mis tatuajes. Pensé en mentirle, pero ella debía aceptar quién era yo.

—Representan momentos que quería dejar atrás, malos recuerdos. —Le contesté en un tono sereno y me quedé aguardando su reacción. Seguro que estaba calculando esos momentos malos en mi vida—. Simbolizan la forma de superar los obstáculos y seguir adelante a pesar de las dificultades —agregué.

—¿Y las rayas? También hay muchas.

La miré unos instantes y luego decidí contestarle:

—Cada raya representa… a alguien que maté.

Sus dedos se detuvieron sobre mi piel, pero su expresión no cambió. No parecía horrorizada ni sorprendida, solo pensativa.

—No es una forma de llevar la cuenta —aclaré—. No me interesa recordar números. Es más bien una manera de marcar lo que nunca podré borrar, una manera de llevarlo conmigo.

Su pulgar recorrió una de las líneas, como si pudiera sentir el peso de cada una.

—Aun así, aquí estás, conmigo.

Su voz no tenía juicio, solo una certeza que me desarmó. No supe qué decir, simplemente giré su mano y besé el interior de su muñeca. El auto redujo la velocidad al acercarnos a la pista privada del aeropuerto. El tiempo con ella se estaba agotando.

—Es la gente que maté, Ethna. Cuando se hicieron demasiados, comprendí que no había sido una buena idea, así que dejé de contabilizar.

Levantó mi mano y dejó un beso sobre ella. Supe que tal vez en cuanto llegase a casa me tatuaría unos labios en ese lugar, como símbolo de los suyos.

Sus manos estaban frías.

Era de esos inviernos que parecían no acabar jamás. La ventisca azotaba contra el parabrisas del coche y, al costado del camino, se podía observar nieve acumulada. Subí la calefacción del automóvil para que se pudiera relajar, aunque quizá solo se trataba de sus nervios.

—Ya casi llegamos, tranquilízate, estás muy inquieta.

—Estoy ansiosa por llegar al lado de Cait, y preocupada también; será un largo viaje.

—Todo saldrá bien, estoy seguro.

—Estaría más tranquila si supiera que no está en su casa.

No quería soltar su mano, pero lo hice para accionar el Apple CarPlay. Tal vez, con alguna melodía, sus pensamientos se calmasen un poco.

Please[1] comenzó a sonar. La letra de la canción desató el fuego instantáneamente, y la lujuria y el sentimiento se mezclaron en el aire que respirábamos, como si nunca pudiéramos tener suficiente uno del otro. Volví a estirar el brazo y apreté su rodilla. Mi piel hormigueó al tiempo que mis dedos serpentearon hacia arriba, entre sus piernas, mientras ella las abría para darme más acceso. Nos sonreímos sin emitir palabras tácitas, y mi corazón palpitó iracundo al punto que pensé que perforaría mi pecho.

La influencia de Ethna en mí era realmente arrasadora y no dejaba de asombrarme; al igual que un automóvil de carrera, podía

conseguir que mi torrente sanguíneo se acelerara en cuestión de segundos. Estábamos muy cerca de nuestro destino; en poco menos de cinco minutos estaríamos arribando al Hanscom Field, y aunque ninguno se hubiera atrevido a mencionarlo, esta podía ser la última oportunidad para estar juntos.

Hice una maniobra peligrosa en la carretera y me orillé en el camino. Corrí mi asiento hacia atrás, todo lo que las correderas me permitieron. Tenía la ventaja de que mi Mustang no tenía asientos traseros.

No tuve que invitarla a que se subiera a horcajadas sobre mí. Ethna había interpretado muy bien lo que deseaba, posiblemente porque anhelaba lo mismo que yo, así que ya había cruzado una de sus piernas para montarse sobre mi regazo. Sus manos ansiosas desabrocharon la cremallera de mi pantalón y liberaron mi polla erecta.

—Oh, Dios mío, Donovan, tengo miedo de mis pensamientos, ¿en qué me estoy convirtiendo? ¿En un monstruo sexópata?

—No tengas miedo, bebé, solo móntame y disfrutemos de esta atracción que sentimos —le dije animándola a no reprimirse.

«Te prometo que aquí el único monstruo soy yo», pensé.

Ella se empujó sobre mi cuerpo para que pudiera amontonar su falda en su cintura.

Joder, se suponía que estaba aquí para cuidarla, y eso significaba que mi función era estar atento a nuestro entorno, pero a la mierda con todo.

Cuánto había de cierto en que el enamoramiento te volvía estúpido y proclive. Recapacité, sin embargo, y por más que me lo cuestionaba, me importaba un carajo; así que la cogí por el culo y la ayudé a bajar sobre mi pene enterrándome de una sola vez en su resbaladizo coño, y llenándola hasta la empuñadura.

Carajo, definitivamente su vagina era mi perdición. No había otra cosa que quisiera más que vivir hundido en ella.

Ethna gritó, pero sus gemidos se ahogaron en mi boca cuando la tomé como un hombre hambriento; enterré mi lengua en su cavidad, invadiendo cada resquicio, bebiéndome a su vez mis propios gemidos mezclados con los suyos.

Por todo el infierno, imaginarla en otros brazos, montando otra polla que no fuera la mía, acentuaba mi instinto asesino. Me sorprendí reflexionando si sería demasiado matar a cada hombre que se le acercara cuando yo no pudiera hacerlo.

Empecé a moverme dentro de ella, penetrándola fuerte y rápido, enojado por nuestro destino, y apretando con mis dedos su culo, intentando poner otra marca más en su piel, y transformando la follada en una desesperada y lasciva. De pronto recordé que no me había puesto un condón. Maldije para mis adentros porque esta mujer me hacía olvidar todo. La levanté y la puse en el asiento del acompañante y lo abatí para que se recostara en él. Saqué un preservativo del bolsillo de mi pantalón, me lo puse y la penetré nuevamente mientras acariciaba su clítoris. Moví las caderas para llenarla por completo, una y otra vez. Tenía una necesidad muy profunda, tanto que temí perder mi alma en el instante que sentí como mis bolas se apretaban preparándose para liberar la carga.

Aceleré mi toque para ayudarla a que ella también llegara a su clímax, y cuando la sentí tensarse a mi alrededor, mi semen se disparó en su sediento coño.

—Joder, sí, bebé, síííí.

Lentamente salí de ella disfrutando de la visión de mi polla al abandonar su vagina.

—Lo siento, no me pude contener.

—No lo sientas, fue perfecto, yo tampoco quise contenerme.

Me senté en mi butaca y cogí una caja de pañuelos desechables de la consola central, le entregué unos cuantos para que pudiera limpiarse y cogí otros para hacer lo propio. Tras quitarme el condón lo anudé y me guardé a mí mismo dentro del pantalón, mientras ella acomodaba su ropa.

Se había tratado de un polvo rápido, como si un simple beso antes de entrar al aeropuerto no fuera suficiente.

—¿Continuamos?

—Por favor.

Ajustamos nuestros asientos y los cinturones de seguridad, y nos dimos un beso rápido antes de regresar a la carretera.

Capítulo treinta y dos

ETHNA

El coche se detuvo junto al avión privado, y lo primero que divisé fue a mis guardias junto a la escalerilla; habían llegado antes que nosotros. Donovan bajó, indicándome que esperara dentro, y rodeó su coche escudriñando el sitio. Luego de comprobar que el área era segura, abrió mi puerta para que pudiera descender.

Una media sonrisa cómplice tiró de sus labios, y no había nada más que quisiera hacer que inclinarme y lamerlos nuevamente, pero no podía hacerlo frente a los ojos intrusos que permanecían ajenos a lo que ocurría entre nosotros, aunque tal vez era lo que debía hacer para que mis hermanos se enteraran y lo obligasen a casarse conmigo.

Nuestra energía enrevesaba el aire, y cada respiración que tomaba enviaba pequeñas sacudidas a través de mí.

Salí del vehículo cogiendo su mano extendida, que me ayudó a tomar envión para apearme del coche. Sabía que, si me subía a ese avión, tal vez sería la última vez que estaríamos juntos, porque no habíamos dejado nada claro, aunque en el fondo pensaba que no sería capaz de seguir adelante con la boda.

Me soltó de inmediato, guardando las formas ante las miradas de los soldados y del piloto, que también estaba a su lado. Me indicó que caminase por delante mientras que él me escoltaba hacia el *jet*. Manipulando la situación, caminé contoneándome, para que le costase concentrarse en otra cosa que no fuese en mi trasero. Cuando estuve frente a mis guardias, giré mi cuerpo y, cogiendo a Donovan por el rostro, le imprimí un beso en los labios.

Primero se tensó, y aunque no levantó los brazos, tampoco hizo nada para apartarme. Cuando aparté mi boca de la suya, le dije:

—Adiós, cariño, te llamaré apenas aterrice.

El cabreo en su rostro era aterrador, pero me importó una mierda dejarnos en evidencia. Me volví y me preparé para subir.

—Buenas tardes, capitán.

—Buenas tardes, señorita Clancy. Tendremos buen tiempo en nuestro vuelo. Calculamos llegar a las nueve y veinte de la mañana, hora española; tres y veinte del huso horario de Boston.

—Perfecto.

Comencé a subir la escalinata sintiendo la intensidad de un par de ojos oscuros que me observaban. Antes de perderme en el interior de la nave, me volví para mirar a Donovan. Efectivamente, él estaba mirándome con las manos en los bolsillos de su pantalón. Su mirada era penetrante, y sus labios se curvaron en una fría sonrisa, pero la terquedad estaba en mi esencia y no iba a desistir tan fácil de ese hombre. La azafata que me aguardaba en la entrada tenía preparado mi cóctel favorito para ofrecerme. Le di las gracias y aguardé a que Don volviera a levantar su mirada hacia mí, ya que se había puesto a hablar con Brandan, Oscar y el capitán. Cuando lo hizo, le arrojé un beso para que a nadie le quedase duda de que entre él y yo existía algo. Esperaba que de alguna manera esto llegara a oídos de mis hermanos.

DONOVAN

Había subestimado a Ethna y debía reconocer que me había pillado por sorpresa.

Nunca imaginé que se atreviera a hacer esas demostraciones frente a la tripulación y los soldados; de todas formas, todos eran manejables.

A decir verdad, no debería estar tan asombrado, pues su padre era un hombre con los cojones bien puestos, así que no era de extrañar que ella sacara a relucir su parte guerrera, demostrando que poseía las agallas suficientes, como el resto de su familia.

Metí las manos en los bolsillos de mi pantalón y apreté los puños. Ethna me había dejado tambaleando. Podía saborear la furia en mi lengua, estaba echando llamaradas a pesar de mi frío exterior, pero nadie lo notaría.

—Supongo que no hace falta aclarar que no han visto nada —dije a Brandan y Oscar, y fijé la mirada en el piloto para que se diera por enterado de que la advertencia iba dirigida a él también—. La privacidad de los miembros de la familia es prioridad, y su trabajo es cuidar de ellos y servirlos, nada más.

Ninguno de los tres se atrevió a mirarme a los ojos. Sabían perfectamente de lo que era capaz, y la confianza que los Cavanaugh me tenían. Además, no eran lo suficientemente importantes dentro del clan para cuestionar una orden mía. Por otro lado, ni siquiera había especificado que mi advertencia era para evitar que los chismes llegaran a oídos de mis superiores.

—La vida personal de cualquiera en esta familia no es de su incumbencia, ni mucho menos un tema de conversación, con nadie. ¿Comprendido? Así que, si quieren permanecer en sus puestos, saben que aquí no han visto ni oído nada. En caso contrario… No hace falta decir más, ¿cierto?

—Por supuesto, señor —respondieron los tres al unísono.

—Me encanta saber que nos entendemos como siempre. Pueden subir al avión, no queremos que el vuelo de la señorita Clancy se demore.

»Comandante… —llamé antes de que se alejara— apelo a su profesionalidad y experiencia. No me cabe duda de que usted sabrá dar buenos consejos e iluminará a los demás integrantes de la tripulación de a bordo, ¿verdad?

—Desde luego, señor Connell, no se preocupe por nada.

—Por supuesto que no estoy preocupado —le advertí, acercándome más a él, soplando mis palabras en su rostro—. Ustedes son los que deberían estarlo.

No hacía falta continuar aclarando. Todos eran conscientes de que nadie nunca había tenido una segunda oportunidad en mi cuaderno de bitácora.

Miré hacia arriba y, la muy descarada, se atrevió a lanzarme un beso antes de que todos subieran. De todas formas, nada iba a trascender, pues si todas las personas que estaban aquí querían conservar su vida, así sería.

Capítulo treinta y tres

ETHNA

Por suerte, Donovan se había ocupado de agotarme con la intensidad de los dos polvos que habíamos echado antes de subir al avión, así que, aunque no fue enseguida, finalmente conseguí quedarme dormida durante el vuelo. Esto relajó bastante mi ansiedad por llegar al lado de mi hermana.

Apreté el puente de mi nariz cuando la azafata vino a despertarme. Había dormido unas cuantas horas, aunque la tensión en mis articulaciones parecía una burla a mi intento por descansar durante el viaje. El malestar competía incluso con cada respiración que tomaba cuando recordé que estábamos en el aire, de camino a Málaga.

Había solicitado al personal de a bordo que me despertaran una hora antes de aterrizar, pues quería ponerme una ropa más cómoda para el clima de la costa del Sol, y para que cuando llegara a casa de mi hermana en Puerto Banús, ya estuviera lista para acompañarla en el parto.

Apenas puse un pie en la Axarquía, me guiaron hasta un Airbus H145M que aguardaba para trasladarme a la fortaleza donde vivían mi cuñado y mi hermana. Al ver el helicóptero, inmediatamente lo reconocí: era el mismo que nos había atacado aquella vez durante la boda de Vero y Kei en Hermes. Joder, no era momento para traer a mi memoria los episodios ocurridos en Grecia, donde la tía Norah había perdido la vida. Me centré en lo que acababa de hablar con Trevor antes de descender del *jet*. Él me había informado de que Cait estaba con contracciones muy seguidas, y que, al parecer, el momento de dar a luz estaba muy cerca.

Me apresuré a subir. El helicóptero ya estaba en marcha, y el piloto estaba listo para despegar. En cuanto me ajusté el arnés y me coloqué los cascos de vuelo, emprendimos el viaje.

Las siguientes horas fueron tan intensas que perdí la noción del tiempo. Ver a mi hermana sacar fuerza de donde no la tenía para parir a su hijo provocó que sintiera una gran admiración por ella. Trevor y yo nos turnábamos para sostenerla y darle masajes en la espalda. Estaba agotada, pero vivir este momento junto a ellos me hizo sentirme realmente agradecida de que ambos me permitieran compartir algo tan único.

Cuando el bebé finalmente fue expulsado del vientre de Cait, no pude contener las lágrimas. La matrona que lo recibió lo puso inmediatamente sobre el pecho de Caitríona. Trevor y ella se abrazaron emocionados por sostener por primera vez a su hijo. Se miraban con tanto amor que la energía que transmitían terminó por robarme el aliento.

Me hice a un lado al comprender que estaba sobrando en el lugar. Ellos necesitaban privacidad para disfrutar del instante que estaban viviendo como pareja. Había sostenido la mano de mi hermana todo el tiempo, alentándola y transmitiéndole mi fortaleza cuando decía que ya no tenía más fuerzas para empujar. Sin embargo, y aunque en cierto momento me asustó ver lo agotada que estaba, mi hermanita lo había logrado.

Stephen, el futuro heredero del imperio Teeling, nació con tres kilos cuatrocientos sesenta gramos, y se lo veía sano y fuerte. En cuanto lo sacaron del agua, comenzó a berrear, demostrándonos que sus pulmones funcionaban perfectamente.

Tras mirarlos embelesada de felicidad, salí de la habitación con la garganta hecha un nudo por tanta emoción.

Cogí mi móvil e hice una videollamada a la familia para darles la buena nueva y contarles que mi sobrino era el bebé más guapo del planeta.

—¿A quién se parece? —preguntó Vero emocionada, al saber que su mejor amigo, a quien consideraba como un hermano, ya era un flamante padre.

—Es igual a Trevor. Su pelito es bien oscuro, igual que el de su papá.

—Aquí estás, tía. —La voz de Trevor me pilló por sorpresa; había salido de la habitación cargando a su hijo en brazos—. Me imaginé que estabas hablando con la familia, así que quise salir a presentarles a mi hijo. —dijo mi cuñado, posicionándose con su bebé frente a la cámara de mi teléfono.

Todos suspiraron embelesados, y nadie se privó de hablar de forma ñoña, incluida yo, que reclamé además cargar a mi sobrino. Luego regresé junto a Cait, pues me había mandado llamar.

—¿Por qué te fuiste?

—Porque tú y Trevor necesitabais disfrutar de un momento a solas con vuestro hijo. —Mi hermana negó con la cabeza y frunció la nariz, queriéndome indicar que estaba equivocada.

—Es guapísimo, Cait —le dije, mirando embelesada a mi sobrino, que aún permanecía en mis brazos—. ¿Cómo te sientes? Tienes que descansar. La matrona dijo que debes hacerlo para que te baje la leche. Este muchachote dormirá algunas horas. Trevor y yo nos quedaremos pendientes.

—Gracias por llegar a tiempo y acompañarnos.

—Estoy segura de que lo hubieras hecho muy bien aunque yo no hubiera estado aquí. Hermana, te agradezco a ti y a mi cuñado la posibilidad de vivir el nacimiento de Stephen junto a vosotros, aunque debo confesar que al principio estaba aterrada.

—Realmente estoy cansada.

—Fueron muchas horas las que se tomó este señorito para salir de tu vientre. Pero ya está aquí, y es un príncipe.

Capítulo treinta y cuatro

ETHNA

A la mañana siguiente, había planeado levantarme temprano; quería preparar un gran desayuno para Trevor y mi hermana. Estaba segura de que ambos estaban exhaustos. Había escuchado llorar a Stephen varias veces durante la noche, pero ellos se hicieron cargo de la situación y de las necesidades del recién nacido. Me daba mucha ternura ver a mi cuñado cambiando pañales, sabiendo que no le temblaba la mano a la hora de empuñar un arma. Lo había visto luchar codo a codo con mis hermanos, pero a su hijo lo trataba como si sus manos fueran capullos de algodón.

Golpeé la puerta del dormitorio que compartían y esperé a que me dieran permiso. La voz somnolienta de Trevor me hizo darme cuenta de que estaba en lo cierto: habían descansado muy poco.

Dicen que es lo normal con un recién nacido; teniendo en cuenta que sus barriguitas son muy pequeñas y necesitan comer con frecuencia, hacen siestas a lo largo de las veinticuatro horas del día para poder alimentarse.

Por consiguiente, también es normal que los hábitos de todos cambien en la casa con la llegada del bebé, pues el crío era un pequeño demandante.

Apenas entré empujando la mesa con ruedas que contenía los manjares que había preparado, vi el caos instalado en los rostros de ambos.

—Estáis terribles.

—Dios mío, este niño cree que soy un surtidor, ha estado toda la noche prendido a mi teta.

Me informó mi hermana, que se encontraba sentada y apoyada contra el respaldo de la cama, rodeada de almohadas. Trevor estaba fatal, con unas ojeras espantosas.

—Dios, cuñada, eres nuestro ángel de la guarda. Debí haber recordado que necesitábamos alimentarnos, pero te juro, no lograba levantarme de la cama. Mira que no soy de dormir mucho; la tensión de los últimos días me ha superado —dijo Trevor, sentándose para empezar a tragar el alimento que les había llevado.

—Parecéis zombis. —Me reí.

—En breve nos convertiremos en eso, Ethna —aseguró mi hermana—. Aunque solo con mirar a Stephen me doy cuenta de que cualquier esfuerzo vale la pena.

—Pronto empezareis a conoceros mejor los tres, y todo será más fácil.

—¿Cómo sabes eso?

—Las mujeres que ya son madres en mi empresa lo cuentan. Al parecer, los primeros días son los más difíciles, porque no solo es nuevo para vosotros conocer al bebé, él también os está conociendo y adaptándose a este mundo. No todo es color de rosa, pero dicen que se supera en poco tiempo. Cuando menos lo imaginéis, os organizareis acorde a sus necesidades y os convertiréis en expertos, aunque ahora os parezca increíble.

—Dios te oiga, Ethna. —Mi hermana había terminado de amamantarlo.

—Dámelo, le haré su provechito y además lo consentiré un rato mientras desayunáis y hacéis lo que tengáis que hacer. Aprovechad para daros una ducha y ocuparos de vosotros. La tía se encargará de este muchacho; voy a malcriarlo al máximo, pues el fin de semana me voy.

—Gracias por dejar tus cosas en *standby* para quedarte unos días —dijo mi cuñado mientras se llenaba la boca con los huevos revueltos y el tocino que había preparado.

—Nada que agradecer, lo estoy disfrutando. —Sonreí antes de volverme y salir con el crío en brazos.

Unos días después decidí salir de compras, quería comprarle un regalo a mi sobrino. Su nacimiento nos había pillado por sorpresa, y

no había tenido oportunidad de adquirir obsequios para él. Pensaba hacerlo cuando fuera el *baby shower*. Había nacido muy sano, al parecer, estaba ansioso por llegar a este mundo.

Cuando llegué a la calle Ribera, comencé a recorrer las tiendas de lujo más exclusivas. Entré en Baby Dior y no pude resistir la tentación de comprar casi la colección completa para bebés. Era imposible elegir solo algunas cosas, así que le indiqué a la vendedora que me diera todo lo que tuviera para recién nacido. Lo mismo hice en Gucci y en D&G. Cuando vi la cantidad de paquetes que mis guardias tenían que ayudarme a cargar, me di cuenta de que se me había ido la mano. Había adquirido demasiadas cosas, pues ni cambiando al crío tres veces al día existía la posibilidad de que pudiera estrenar toda la ropa que acababa de comprarle. Me había gastado una fortuna, pero era mi primer sobrino, razón de más para que mi gasto estuviera justificado.

Aunque Keiran ya tuviera su hija, aún estaba asimilando que él también era mi hermano, así que el nacimiento de Stephen lo sentía diferente.

Cuando salimos de la última tienda, ya había empezado a bajar el sol, y la temperatura estaba bastante cálida. Tenía ganas de caminar un poco.

—Id a dejar los paquetes en el coche —indiqué a mis escoltas, pero se me quedaron mirando como si le estuviera hablando a la pared. Realmente, la situación ya empezaba a fastidiarme; parecían mi sombra multiplicada por dos—. Parecen dos árboles de Navidad con tantos regalos.

—Lo sentimos, señorita, se nos indicó que estemos pendientes de usted.

Puse los ojos en blanco.

—No me pasará nada, sabéis perfectamente que nadie se atrevería a tocarme en esta ciudad. De hecho, si no fuera así, mi hermana no conduciría su propio automóvil en Marbella. Este sitio está controlado por mi cuñado, y aquí estoy a salvo. Además… —miré donde estábamos, era la calle Juan Belmonte—, me sentaré en KAO a tomar un cóctel. —Señalé el sitio—. La tardenoche de

Marbella está hermosa, y ese restaurante, como casi media ciudad, es propiedad de Trevor —expliqué.

Ambos se miraron, dudando si ceder.

—Por favor, necesito un poco de respiro, aprovechad para… no sé —agité la mano—, id a conocer la ciudad, caminad un poco, llenad vuestros pulmones de oxígeno, el aire del mar lo purifica todo. Apuesto a que nunca estuvisteis en Marbella. Buscaos dos hermosas españolas y pasadlo bien. Tratad de disfrutar los días que nos quedan en esta bella ciudad.

Continuaban sin ceder y ya me estaba empezando a encabronar, pues parecía que hablaba a dos lápidas.

—Joder, Oscar…, sabes que soy responsable, no me moveré de aquí. Cuando me quiera ir, os llamaré.

—Está bien —dijo a regañadientes—, nos sentaremos en una mesa enfrente, desde donde podremos verla —señaló hacia La Scala —, así tendrá un poco de privacidad. Solo eso.

—Gracias, y tutéame, por favor.

—Estaremos enfrente, señorita —indicó Brandan, quitándole la responsabilidad de tutearme a Oscar. No me importaba que se negaran a tutearme con tal de que me dejaran respirar un rato.

Apenas se retiraron, marqué el teléfono de Trevor. Era mejor ir allí con una reserva, y aunque era temprano, no quería estar esperando por un buen lugar para disfrutar del paisaje.

—Hola, cuñado.

—¿Todo bien?

—Sí, sí, solo quería preguntarte si puedo mencionarte en KAO. La vez anterior que estuve me quedé con ganas de conocer el lugar, y de pronto estaba frente al restaurante y se me antojó entrar.

—No cuelgues. Pásame con la anfitriona en cuanto entres.

—Gracias, ¿cómo está mi sobrino?

—Chiss, durmiendo, estamos por cenar antes de que se despierte.

Subí la escalerilla de la entrada. El lugar transmitía la sensación de un íntimo jardín secreto con La Concha como telón de fondo. Era un sitio informal y lujoso a la vez. Pertenecía al mismo grupo de restaurantes que La Scala, el icónico bar y restaurante de Marbella,

propiedad de Trevor, donde me esperarían mis guardias. El servicio aquí era más sofisticado, y el ambiente más pomposo.

—Buenas noches, ¿tiene reserva?

—Le paso con mi reserva —contesté a la anfitriona, entregándole mi teléfono. La chica se quedó mirándome sin entender, así que le dije—: Trevor Teeling.

Su mentón tembló casi de manera imperceptible. Tal vez ni era necesario hablar con él, pero le di mi móvil de todas formas. No sabía lo que mi cuñado le quería decir.

Tras unos escasos minutos me devolvió el teléfono y me dijo:

—Buenas noches, señorita Clancy, es un placer recibirla. ¿Dónde le gustaría sentarse? ¿Quiere que la ubiquemos dentro o prefiere en la terraza?

—Dentro, por favor. Estoy un poco acalorada, ya que anduve de compras.

—Claro, enseguida le haremos un sitio.

—¿Habrá alguna mesa desde donde se vea La Scala?

—Haré levantar a algún cliente, enseguida la ubico —me contestó, demostrándome que estaba dispuesta a hacer lo que fuera, incluso saltar en un pie si se lo solicitaba.

—No, de ninguna manera, no es necesario. —La empleada miró a su alrededor, estaba nerviosa, pues no parecía encontrar un lugar libre para mí dentro.

—¿Le gustaría pasar a la barra y degustar algún cóctel mientras le preparo una mesa? Podría hacer que le preparen una en aquel sitio. ¿Le parece bien? —me dijo, señalando una esquina de la terraza vidriada—. Creo que puede ser un buen punto para que observe La Scala. Aunque no es la mejor vista, es una buena opción.

No quería que pensara que era una persona banal, ni tampoco pretendía poner el local patas arriba importunando a nadie solo por ser la cuñada de Trevor.

—No quiero ocasionar molestias, puedo acomodarme donde me diga. De verdad, comprendo que no hice una reserva.

—De ninguna manera, hay que armar una mesa extra de todas formas. Solo le pido unos breves momentos para disponer todo, lo haremos con mucho gusto.

—Desde luego, no hay problema. Me pediré un trago mientras tanto, muchas gracias.

Me acompañó hasta la barra, dejándome asistida por el barman después de presentarme. Le pedí un cóctel que no fuera muy fuerte y que contuviera frutas. Me recomendó un Storm. Mientras tanto, me explicó los ingredientes: ron especiado, licor de plátano, cordial de mora, jugo de piña, jugo de naranja y, por último, granadina. Lo sirvió en una sofisticada copa en forma de pez de cristal, el sorbete atravesado por un pincho con una guinda y una fresa. Era realmente llamativo.

Apenas me lo entregó, sorbí rápidamente y mis papilas gustativas se activaron con la mezcla de sabores. No pude evitar que escaparan ruidos del fondo de mi garganta mientras disfrutaba de los sabores que explotaban en mi boca; realmente era exquisito.

Cogí mi móvil, acomodé el escote del revelador vestido que llevaba puesto, y me tomé una *selfie* mientras bebía el cóctel que me acababan de servir. Inmediatamente evalué la posibilidad de enviársela a Donovan, pero estaba enojada con él, pues no se había dignado a enviarme ni un miserable mensaje.

Sin embargo, era demasiado tonta para abstenerme e ignorarlo. Así que abrí el chat, adjunté la fotografía que acababa de tomarme y le escribí un mensaje.

> Disfrutando de Marbella. Si pensabas que estaría aquí apenada porque no he tenido noticias de ti, déjame decirte que te equivocaste. La vida es demasiado corta para no vivirla, o mejor dicho, para vivirla amargada. Como te dije hace un tiempo, estoy convencida de que con el próximo será igual o mejor que contigo; hay varios tipos que parecen muy adecuados para comprobarlo, y hoy estoy dispuesta a hacer el experimento.

Noté enseguida que el mensaje había sido leído y entregado; aunque me quedé esperando una respuesta, nunca llegó.

Él me había ignorado. Pues… bien, que se fuera a la mierda.

—¿Americana?

—¿Perdón?

—Te oí hablando con el barman y me pareció que tu acento es americano.

No había reparado en el hombre que estaba sentado a mi lado. Nos separaba una butaca alta, vacía, hasta que su suave voz se hizo paso. Una ráfaga de brisa trajo además su perfume hasta mi nariz, y no pude evitar cerrar los ojos. Era la misma lujosa loción que usaba Donovan. Joder, esto no podía estar sucediendo.

Me quedé mirándolo. El desconocido era un adonis exótico de raza asiática que olía a cítricos y madera, y… a misterio. Su tono era tranquilo y enigmático, como todo él, pero pude notar un poder subyacente inconfundible en su figura, tanto en el tamaño de su cuerpo como en su traje de fina confección. Su perfecto inglés también arrojaba un acento americano.

Estiró la mano y se presentó con su nombre de pila.

—Jake.

Miré su mano surcada por venas y, tras un instante de vacilación, estiré la mía para presentarme también.

—Ethna. —Correspondí su saludo, y él rápidamente cogió mi mano, sosteniéndola por algunos instantes antes de apartarla.

Al moverse, su caro perfume volvió a llegar en oleadas hasta mí, trayéndome recuerdos que me desestabilizaban.

Fijé mi vista en el extraño y traté de alejar mis demonios, los cuales tenían nombre y apellido: Donovan Connell. Mientras lo observaba, me di cuenta de que nunca me había fijado en nadie de raza asiática, no por nada en particular, simplemente no se había dado la oportunidad. Aunque…, bueno, también era cierto que desde hacía mucho tiempo no me fijaba en ningún hombre. Había cerrado mi corazón y dejado de intentar relacionarme con alguien, excepto con Donovan.

Pero Jake tenía un atractivo que no podía pasar desapercibido para nadie.

—Bueno, Ethna, no me has contestado, ¿eres americana o no?

—De Boston, Massachusetts. —Di un trago, mirándolo entre las pestañas.

—El planeta Tierra es muy pequeño, puesto que también soy de Boston. Aunque no siempre viví allí, ahora es mi residencia.

—Es una increíble coincidencia, Jake. O sea que estás de vacaciones en Marbella.

No fue una pregunta, lo afirmaba para comprobar si él alternaba entre esta ciudad y Boston, ya que había dicho que no siempre había vivido en Massachusetts. Esperaba no parecer demasiado interesada.

—Negocios —contestó rápidamente, sin desvelar demasiado—. ¿Y tú? ¿Estás de vacaciones?

—He venido por el nacimiento de mi primer sobrino. Bueno, bah, no es mi primer sobrino, ya tengo otra sobrina, lo que ocurre es que acabo de enterarme de que *baby* Norah y yo somos parientes consanguíneos. —Agité la mano, no iba a explicarle todo el rollo del parentesco con mis hermanos—. No me hagas caso, no importa. En realidad, también tengo otra sobrina que, aunque no lleva nuestra sangre, es como si lo fuera. Pero podría decirse que es mi primer sobrino varón.

—Bueno, felicidades entonces. Así que eres una flamante tía, asumo que ya nació.

—Sí, hice tanto enredo con los parentescos que no te lo dije, pero sí. Gracias.

—¿Puedo? —interrogó, cogiendo su bebida y poniéndose de pie para cambiarse al asiento contiguo al mío, que aún permanecía vacío.

Asentí con la cabeza, aunque él no esperó a que contestara. Me quedé observando el movimiento de su nuez de Adán mientras sorbía su *whisky*. Dejó el vaso sobre la barra, y su mirada se concentró en mí.

—Cuéntame, ¿a qué te dedicas?

—Soy arquitecta, tengo una empresa de construcción en Dorchester. Y… ¿cuál es tu profesión, Jake? Dijiste que estabas aquí por negocios.

—Soy CEO, tengo una empresa farmacéutica en Boston, pero me encuentro en España porque tenía que atender otros asuntos.

—¿Farmacéutica? Bueno, creo que nuestro destino tiene varias coincidencias, pues mis hermanos se dedican a ese negocio también.

—¿De verdad? —Sonrió mostrándome su blanca y perfecta dentadura—. ¿Cómo se llama la empresa de ellos?

—Seagate Pharmaceuticals.

—¿Tus hermanos son los Cavanaugh?

—¿Los conoces?

—No personalmente, pero son una de las principales industrias farmacéuticas en Boston, que además apoyan muchos negocios de biotecnología. ¿Quién no ha oído hablar de ellos en esa rama? Son quienes manejan todos los hilos en la ciudad. Mi empresa, aunque tengo grandes aspiraciones, obviamente no es competencia para ellos.

—¿Cómo se llama tu empresa?

—Bright Industry. Hace poco que estamos en el mercado de Massachusetts, pero me siento muy satisfecho de los buenos resultados que estamos obteniendo. Me hace muy feliz haber regresado a mi país de origen.

—Hemos recuperado a un nativo entonces.

Ambos reímos. En ese momento se acercó la anfitriona dirigiéndose a él.

—Señor Bright, su mesa ya está lista. Si gusta acompañarme, lo guiaré con gusto.

La mirada de Jake se clavó en mí.

—¿Me acompañas a cenar? Qué tal si festejamos esta fantástica coincidencia, ¿qué dices, Ethna? ¿Me concedes el honor?

«¿Por qué no? —pensé—, ¿por qué no dejar de sentirme cohibida y hacer lo que le había dicho a Donovan que haría, si al parecer él seguía en su afán de dejarme a un lado en su vida?».

—Cancela mi mesa —miré el nombre de la anfitriona en su placa —, Ana. Cenaré con el señor Bright.

—Genial —dijo él muy animado mientras se ponía de pie y cogía mi copa para llevarla con la suya al sitio que le habían dispuesto.

—Por aquí, por favor —nos indicó Ana, y ambos la seguimos.

El aspecto de Jake era el de un modelo de *fitness* de la portada de *Men's Health*. Vestía completamente de blanco, con una camiseta

entallada que se ajustaba a todos sus músculos y revelaba además un torso muy fuerte y unos bíceps que parecían rasgar la manga de la prenda. Calculaba que medía un metro noventa. Realmente, su altura lo hacía imponente.

Indefectiblemente, mientras caminábamos, su perfume volvía a invadir mi espacio una y otra vez, lo que no ayudaba para que dejara de recordar a Donovan.

La piel de Jake no tenía ni un solo tatuaje a la vista, a diferencia de Donovan, que casi no tenía sitio sin tinta.

Jake Bright apoyó las bebidas sobre la mesa y se apresuró a correr la silla para que me acomodara. Luego se sentó frente a mí.

Ambos estábamos leyendo el menú que nos habían entregado para decidir qué pedir. Cada vez que levantaba la mirada por encima de la carta, veía que él hacía lo mismo, dejándome notar un atisbo de sonrisa en sus ojos y algo más que no podía identificar. Se trataba de una sensación densa y oscura que danzaba en el aire.

Acercándose por encima de la mesa, me habló más de cerca:

—¿Te parece si pido un champán, o prefieres vino?

No estaba acostumbrada a beber demasiado, pero quería animarme a hacer cosas que en otro momento no me hubiera atrevido.

—El champán me parece perfecto.

—Bien, tráiganos una botella de Cristal. También guacamole con verduras en tempura, y pollo deshuesado a la parrilla.

—Yo quiero el ojo de bife argentino. Viene con champiñones y tomates cherry, ¿verdad?

—Así es, señorita —corroboró el camarero.

—Ok, entonces solo eso.

—Si me permite, tal vez su bife maridará mejor con un vino tinto —me sugirió el camarero.

—En ese caso —interrumpió Jake—, ya que tienes ganas de probar eso, tráigame lo mismo que pidió la señorita, y… —sin dejarme hablar, hojeó rápidamente la carta de vinos— un Clos D'Ora.

—¿Puedo ofrecerles una tabla de quesos mientras llegan los platos principales? —volvió a hablar el camarero, ignorándome.

—Me parece perfecto —contestó Jake.

—Aguarde.

—Sí, señorita.

—Sé muy bien la regla del vino blanco y champán con carnes blancas y quesos, y todo ese rollo, como también sé que las carnes rojas van con vino tinto, pero no me gusta el vino tinto. —Miré a Jake.

—Volvamos para atrás entonces. La dama parece que sabe muy bien lo que quiere. Tráiganos lo que pedimos primero.

—Por supuesto, señor. Disculpe la intromisión, señorita.

—No se preocupe, gracias.

Al quedarnos solos, mientras yo intercambiaba con el camarero, Jake se había recostado en su asiento, mirándome con atención. Su sonrisa henchida me hizo sentir un poco intimidada, y sus ojos negros me quemaron, pero intenté que mi cerebro anulara la inseguridad creciente en mi interior. Era una sensación que se deslizó por toda la extensión de mi columna, como si de pronto una nube de oscuridad, que se podía traducir como peligro, lo rodeara. Incluso me miró como si quisiera poseerme, devorarme, pero no era lujuria lo que advertía, era otra sensación que no podía determinar.

Inhalé profundamente y me cuestioné si debía hacer caso a lo que sentía. Probablemente lo más sensato era salir corriendo adonde me aguardaban mis guardias. No obstante, me dije que se trataba de una más de mis inseguridades al relacionarme con un hombre. Sí, debía ser eso. No permitiría que mis miedos me impidieran conocerlo. Aunque no creía que él fuera aprobado por nadie, pues si bien Aidan me había dicho que no me obligaría a un matrimonio concertado, estaba segura de que nadie ajeno a nuestra vida sería adecuado. Sin embargo, no había por qué privarme de pasar un rato agradable junto a alguien que podría ser una gran persona, aunque no fuera para involucrarse demasiado.

Mordí el interior de mi mejilla y bajé la mirada. Su voz me sacó de mis especulaciones.

—Cuéntame, así que te dedicas a la construcción. ¿Te va bien?

Intenté relajarme y contestar con naturalidad.

—Bastante bien. Hice varios trabajos que me han dado suficiente prestigio en mi campo. Estuve a cargo de la remodelación de la zona de alquiler de coches en el Aeropuerto Internacional Logan.

—Vaya, esa zona quedó muy bien.

Fruncí la nariz.

—¿Qué? No te imagino alquilando un vehículo en el aeropuerto. Siendo un empresario debes tener el tuyo propio.

—Me atrapaste intentando ser agradable contigo. —Nos carcajeamos—. Tienes razón, no he visto el lugar, pero sé de las remodelaciones, a ver, me mantengo al día con las noticias, me gusta estar informado.

—Ok, eso te lo acepto.

—Es increíble que viviendo los dos en Boston nos hayamos conocido en un sitio tan lejano a nuestra tierra.

—Dicen que el destino es el que baraja las cartas.

—También dicen que está en cada uno hacer un buen juego. Y cuando te vi entrando por esa puerta… —señaló la entrada—, supe que quería llamar tu atención, eres hermosa.

—Gracias —respondí mientras me mordía el labio inferior y jugueteaba con uno de los anillos que llevaba puesto en mi mano derecha. Sus dedos levantaron mi mentón para que lo mirase.

—Eres hermosa —repitió—. No debes ruborizarte de que te lo digan, porque es la pura verdad. Y creo que no solo eres hermosa por fuera, estoy seguro de que tu interior es mejor aún. Pues tienes humildad a pesar de que sabes lo bella que eres. Después de todo, la soberbia es un pecado capital, y los vanidosos a menudo no tienen demasiado que mostrar, más que el cascarón que los envuelve.

Por suerte, el camarero interrumpió trayéndonos el champán.

—Está bien, yo me encargo de descorcharlo.

—Como prefiera, señor. Jake sacó la botella del balde de hielo y la destapó, luego sirvió el contenido en las copas flauta, entregándome una. Tras llenar la suya, la levantó y formuló un brindis:

—Por esta bella coincidencia. —Chocamos nuestras copas y luego sorbimos la burbujeante bebida—. Espero que nos volvamos a ver en Boston, ¿qué opinas?

—Será lo que tenga que ser, Jake. Tal vez esta noche sea el comienzo de una bella amistad.

—¿Solo amistad? —Se tocó el pecho—. No me desilusiones tan rápido, pensé que yo te gustaba un poquito. Es obvio que tú me gustas; debo ser sincero, siempre lo soy, soy muy directo, Ethna. No sé si solo me conformaré con ser tu amigo.

—¿No te parece que vas un poco rápido?

—Te dije que jugaría mi mejor mano, y es lo que estoy haciendo, persiguiendo nuestro destino. —Se inclinó por encima de la mesa—. Te contaré un secreto: siempre consigo lo que deseo.

—Acabas de decir que los vanidosos no tienen mucho que ofrecer, más que lo que se ve por fuera, y tú estás siendo muy presumido.

Levantó un dedo y tocó su frente.

—Creo que he quedado atrapado en mis propias palabras. Joder, ya ves, reconocer un error también demuestra que tengo humildad, así que todo en su medida justa supongo que es bueno, ¿no crees?

—Creo que eres bueno torciendo las palabras a tu favor.

Nos reímos.

En ese momento trajeron los platos que habíamos pedido. Todo tenía muy buena pinta, y apenas probé mi cena comprobé que no solo se veía bien, sino que también sabía delicioso.

—Dime, ¿en qué otra parte viviste? Dijiste que estabas aquí solo por negocios, así que asumo que se trata de otro lugar.

Jake se limpió la boca después de tragar el bocado.

—Muy atenta. Viví en Galicia.

—Vaya.

—¿Qué pasa? —Estiró la comisura de sus ojos con sus dedos, achinándolos aún más—. ¿Pensaste que diría algún país asiático?

Sentí que mis mejillas ardían, no quería que creyera que era una prejuiciosa.

Su mano se estiró para tocar mi mejilla, y su tacto me hizo estremecer.

—Hubiese sido lo más lógico, no te sientas mal, no creo que seas una segregacionista. No todos los que tenemos rasgos asiáticos somos autóctonos de Asia. Soy tan americano como tú. Vinimos a

Europa junto a mi familia cuando era muy pequeño; trasladaron a mi padre a este continente por trabajo, pero nací en América.

—Hablas español entonces.

—Español y gallego.

—Claro, estuviste en Galicia —toqué mi frente—, perdón por mi ignorancia. ¿Por qué se usa ese idioma en Galicia?

—Bueno, es una lengua románica que evolucionó del latín, idioma que fue introducido por los romanos cuando dominaban el noroeste de la península ibérica y que está estrechamente emparentado con el portugués. ¿Tú hablas español?

—No, y tampoco lo entiendo. Solo inglés.

Él asintió con la cabeza.

—Supongo que…, ¿quién vive aquí? ¿Tu hermano? Él sí lo habla.

—Aquí viven mi hermana y mi cuñado. Ella habla muy poco español, pero lo está aprendiendo. Mi cuñado lo habla fluidamente.

—Presumo que tu cuñado tampoco es español, ya que acabas de decir que lo habla fluidamente.

—Él es irlandés. Dime, ¿cómo se dice en gallego «eres muy guapo»?

Él sonrió, y me alegré de no estar reprimiéndome de expresar lo que me parecía.

—*Es moi guapo.* Me gustaría pensar que es lo que opinas de mí.

—Supongo que te miras a diario en el espejo, así que sabes que lo eres. —Nos quedamos en silencio—. Sí, Jake, opino eso de ti.

—Gracias.

—Dime algo más en gallego.

—*Quero bicarte.*

—¿Qué significa?

—Quiero besarte.

Cogí mi copa y bebí un gran sorbo de champán; no estaba segura de poder seguir adelante con este coqueteo.

Por suerte, mi teléfono vibró sobre la mesa. Sin pensarlo, lo cogí para salir del aprieto en el que yo misma me había metido.

La situación era por demás incómoda, ya que me acababa de llegar un mensaje de Donovan.

Desbloqueé la pantalla para leerlo. Aunque debería ignorarlo, no podía hacerlo.

> No me agrada que sigas adelante con tu vida sin mí, lo sabes, pero también sabes que es lo mejor para ambos. Disfruta, y felicidades por el nacimiento de tu sobrino, enhorabuena.

—¿Pasa algo?

—No —intenté relajar mi ceño, porque sentí que lo estaba frunciendo—, es mi hermana —mentí—. Me pregunta qué hago. Tomaré una fotografía de la cena.

Hubiese querido enviarle una fotografía del adonis con el que estaba, para que viera que no eran solo palabras, y que mi acompañante era el poseedor de un pedazo de ADN contenido en un cuerpazo. De paso, se daría cuenta de que estaba a punto de perderme. Aunque casi disparo la cámara haciendo un plano completo de Jake, comprendí que no estaría bien que lo fotografiara sin su autorización, así que cuando tomé la foto me cercioré de que se viera solamente la mano del hombre que me acompañaba. Saqué varias, por si Jake me pedía ver lo que enviaba, y cuidé de que él no se viera. Adjunté la foto y escribí rápidamente:

> Gracias por tus buenos deseos. Me lo estoy pasando increíble.
> Ya sabes eso que dicen: ten cuidado con lo que deseas, porque puede que lo consigas, y si lo consigues, puede que no sepas qué hacer con ello.
> Adiós, Donovan.

—Lo siento, debía contestar.

Jake asintió con la cabeza mientras continuaba comiendo.

Estaba usando a Jake, y eso no hablaba bien de mí, pero me importaba un carajo, ya que tal vez sacudía a Donovan y lo hacía despertarse y darse cuenta de que podía perderme.

Capítulo treinta y cinco

DONOVAN

Caminaba por el aparcamiento de mi casa en el momento en que mi móvil vibró en mi mano.

Mis oídos zumbaron apenas abrí el mensaje que Ethna me había enviado, consumiéndome el oxígeno que entraba en mis pulmones al notar en la fotografía que no estaba sola. Me centré en la mano del hombre que podía verse, y vi el caro reloj que llevaba puesto. Su antebrazo se veía fuerte, y su piel no tenía ningún tatuaje que pudiera ayudar a identificarlo. Era evidente que no se trataba de ninguno de sus custodios.

—¿Con quién carajo estás? —pregunté en voz alta sin importarme que la gente creyese que me había vuelto loco por hablar solo.

La energía maníaca vibró dentro de mí, y apreté los dientes con tanta fuerza que me dolió la mandíbula.

Quería llamarla y ladrarle como el perro rabioso que seguro parecía, y exigirle que me diera una explicación.

Masajeé mi nuca. Esa mujer iba a terminar volviéndome loco.

Para colmo, en la fotografía anterior había visto lo *sexy* que estaba. A decir verdad, ella siempre estaba *sexy*, se pusiera lo que se pusiese. Además tenía la maldita costumbre de exhibir su escote, y… maldición, sus tetas eran la fantasía de cualquier hombre.

Sentí el resuello de la ira brotando en mi interior y enmudeciendo el sonido de la ventisca de nieve que ese día azotaba la ciudad.

«Jódete, ahí tienes tu karma, y no se trata de la venganza del universo: estás consiguiendo el reflejo de tus acciones. Querías que se alejara, pues bien, ya está con otro».

Imaginarla con otro hombre y lejos de mi vida hacía que todo se volviera un sinsentido.

No podía comprender el alcance de mis sentimientos, no podía entender por qué me pasaba esto con ella, pero la sensación estaba ahí, y no había forma de arrancarla de mi pecho.

Subí a mi Mustang y me aferré al volante con tanta fuerza que, por un instante, temí arrancarlo con la presión de mis manos.

Nunca había confiado en una mujer lo suficiente para entregarle mi corazón. Siempre lo consideré una pérdida de tiempo y poder, porque estaba seguro de que al final todas terminarían decepcionándome, igual que hizo mi madre.

Ethna era mi obsesión, mi deseo. Y quería que fuera mi mujer. Tal vez hasta estaba esperando un hijo mío.

Joder, necesitaba hacer algo, alejar a ese tipo de su lado.

¿Dónde mierda estaban sus malditos custodios? ¿Por qué habían permitido que alguien se le acercara?

—¡Mierdaaa! —grité y comencé a golpear el centro del volante hasta que mis nudillos empezaron a sangrar.

La impotencia que sentía me retorcía por dentro. No había manera de hacer nada sin que Aidan, Róni o Keiran se enteraran, porque si me entrometía, lograría ponerme en evidencia.

Los esfuerzos por ir uno lejos del otro resultaban infructuosos, era como dar un paso adelante y dos atrás.

Tampoco podía quedarme sin hacer nada. No iba a permitir que se enredara con otro, porque Ethna era mía.

Desde que sucedió, varias veces me planteé la posibilidad de que haber tenido sexo sin condón no había sido una omisión. Tal vez, en el fondo, lo hice para forzar una situación que, de otro modo, sus hermanos jamás permitirían.

En la mafia, las cosas funcionaban de una sola forma.

Los matrimonios debían ser beneficiosos para que los negocios que no podían salir a la luz continuaran en la clandestinidad, y también para que la organización siguiera funcionando.

La figura que mejor representaba la situación era la de un anillo, convirtiendo el matrimonio concertado en algo muy importante. Un anillo colocado en el dedo adecuado significaba que el silencio

comprado en esa fusión no tenía ni principio ni fin, ya que todos los involucrados necesitan de ese contexto para seguir sobreviviendo, y en nuestro caso, mi lealtad ya la tenían, por lo que no era un candidato a tener en cuenta, además de que no podía aportar nada al negocio que ya no les hubiera dado.

Por otra parte, aunque los hermanos Cavanaugh en los últimos tiempos estaban muy enfocados en que los negocios legales crecieran más que los otros, lo verdaderamente cierto era que una vez que entras en el inframundo ya no sales.

La mafia era un círculo vicioso que te llevaba a una dirección, a delinquir para perdurar, pues lo que hayas hecho, simple y llanamente, no se puede borrar con nada.

Así que como yo era un hombre inteligente, sabía que Keiran era el único de los hermanos que había sido beneficiado con la gracia de elegir a una mujer fuera de nuestro círculo, pues lo necesitaban de regreso para que la ecuación funcionara. El hermano menor era el cerebro que haría que nada colapsara, puesto que la falta de esmero de Connor y Brady en el mundo actual no podía durar mucho tiempo.

Aidan y Rónán sabían que tarde o temprano serían ellos los que dirigirían los negocios, y por eso también hacía tiempo que en sus planes su hermano menor era indispensable para llevar a la cima a la empresa farmacéutica que globalizaba la mayor parte de los negocios legales, y que, además, era la pantalla perfecta para la ruta que habían afianzado con la unión de Caitríona y Trevor Teeling.

El hecho de que hubiera sido Trevor o su tío no tenía la mayor importancia; aunque ahora Aidan y Trevor tenían una buena relación, cuando inició esa fusión daba igual.

Lo mismo con Róni, porque no nos engañemos sosteniendo que Aidan odiaba la idea de que su hermano se casara con la heredera del resto de Massachusetts. Puede que la aborreciera al principio, por la sangre que corre por sus venas, pero el giro que significó robársela a los Hannigan no era porque él fuera condescendiente, sino porque en el camino se dio cuenta de cuánto podía ganar el día que dominara la guerra iniciada a la familia de Deé; los irlandeses del clan contrario eran los dueños de la otra parte del Estado, así

que ahora el casamiento de Róni y Deé hacía indestructibles a los Cavanaugh, convirtiéndolos en los dueños absolutos del mercado.

Por tal razón, también fue importante su matrimonio con Alex Socolov. Él obtuvo su venganza contra su suegro, y además creó nuevas alianzas con la familia al apoyar a su cuñado para que se pusiera a la cabeza en el poder, y así crear nuevos negocios para su beneficio.

Aidan Cavanaugh no hacía nada sin haber calculado los pros y los contras, y si no eran más pros que contras, simplemente se apartaba.

Aidan era el hombre más estratega e inteligente en la mafia, y todos sus pares lo sabían, por eso lo respetaban, y muchos lo respaldaban y deseaban convertirse en sus aliados.

Su cerebro maquiavélico nunca descansaba: podía hacerte un jaque mate con dos movimientos; motivo por el cual nadie se atrevía a ir contra él, y quienes lo intentaban eran unos ilusos que no lo conocían y que soñaban con ser los que hicieran historia derrumbando el poderío de Aidan, un ser con una mente privilegiada.

Él, sin que nadie se diera cuenta, se había convertido en un líder indiscutible, había alineado poco a poco a las familias más prestigiosas del inframundo, uniéndolos para trabajar en conjunto; llevando de esa forma al poder a un orden superlativo de impunidad, ya que las fuerzas aunadas de esos hombres hacían que los territorios se multiplicaran para todos, convirtiéndolos en invencibles.

La Bratva, la Camorra, la Cosa Nostra, la Irish Mob y el cártel de Tijuana ahora conformaban una nueva fuerza inquebrantable que a nadie le convenía.

Ellos se hacían llamar Underworld Kings[1] , y eran la nueva fuerza que temer, porque estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para perpetuarse en el poder que la unión les había otorgado.

Por eso, pensar que Ethna podía ser mía era solo un deseo. Yo no le podía otorgar ningún beneficio a Aidan, puesto que ya me tenía donde le era útil, sacando de su camino a la gente que le molestaba.

Así que era obvio que su hermana estaba destinada a ser de alguien que afianzara o extendiera su poder.

Cogí el móvil que había arrojado sobre el asiento del copiloto y busqué entre mis contactos para llamar a McGuinness. Le hice una llamada por FaceTime, confirmando que mi terquedad era enorme, sin importarme los problemas en los que pudiera meterme con tal de arruinarle el momento a Ethna.

—Señor Connell, buenas noches. —El idiota estaba nervioso aunque quisiera disimular.

—¿Todo tranquilo? La señorita Clancy… ¿no ha dado problemas? Supongo que ya se acostumbró a que tiene que ir a todas partes con ustedes.

—Sí, señor, todo está en orden.

No se me escapó cómo le tembló el mentón. Estaba alterado; el idiota ni siquiera era un buen mentiroso.

—Kane —saludé al otro custodio cuando se puso al lado de su compañero—, ¿dónde estáis? Parece un bar, ¿acaso no estáis trabajando?

—Lo estamos, señor. La señorita salió de compras y luego entró a cenar a KAO, un sitio que es propiedad de su cuñado.

Malditos idiotas ineficientes. Se notaba a primera vista en una y otra imagen que eran diferentes sitios, lo que no hacía más que corroborar mi sospecha: ella estaba sola.

—Entonces están en KAO con ella, en el mismo lugar —dije a propósito—, porque el jefe fue claro: quiere que la vigilancia siga como en Boston. Nadie puede acercarse a la señorita Clancy. ¿Entendido? El peligro que acecha a la familia no se esfumó porque ella ahora esté en España.

Acababa de pillarlos.

—Desde luego, señor. Ella está a salvo, bajo nuestra protección y atenta mirada como siempre.

—Malditos hijos de puta, mentirosos —lancé—. Dad gracias de que no os tengo cerca, porque sé perfectamente que ahora mismo ella está sola. La lealtad también se demuestra en la forma en que se cumplen las órdenes. Id ya mismo con la señorita Ethna, y espero que esté bien, porque no podréis prescindir de mi mierda si a ella le

sucede algo —ladré mi orden—. Rezad porque se encuentre de una sola pieza, solo eso os hará conservar la cabeza —grité frente a la pantalla. Veía todo rojo en ese momento—. Ya hablaremos de este fraude a vuestro regreso.

—Sí, señor, sí, estamos vigilándola. Nos pidió un poco de distancia, desde aquí la vemos.

—Fuera de ahí. Id adonde está ya mismo, no quiero oír ninguna excusa.

Los vi salir corriendo y corté la comunicación. No quería que Ethna se enterara de que había enviado a sus custodios para interrumpir lo que fuera que estuviese sucediendo con su enigmático acompañante. Lo único que me interesaba era arruinar cualquier cosa que se estuviera cociendo.

ETHNA

Jake acababa de recibir una llamada, así que se levantó para atender. Habló unos segundos, y cuando regresó sugirió que nos fuéramos a seguir la noche en algún otro sitio. Habíamos terminado de cenar, así que acepté, me cogió de la mano tras dejar dinero suficiente para que la cena estuviera cubierta y más.

—Ven, dejé mi automóvil en el aparcamiento trasero. Vayamos por la entrada lateral.

Parecía algo apremiado por irse de allí. Aun así, lo seguí. Al salir, un hombre le acercó su coche. Debía tratarse del aparcacoches, o al menos eso creí; no llevaba uniforme para identificarlo. Se bajó y le entregó las llaves de un Ferrari de color blanco. Jake me guio hacia la puerta del copiloto, asistiéndome para que subiera; luego rodeó el automóvil y como el techo del deportivo de lujo estaba corrido, no se preocupó por abrir la portezuela, dio un atlético salto y se acomodó a mi lado. Mientras me abrochaba el cinturón de seguridad, él ya lo había hecho y en un tris había puesto el coche en marcha para salir a toda velocidad del lugar, lo que hizo que los neumáticos rechinaran.

—Parece que tienes prisa —dije terminando de colocarme el cinturón.

Se sonrió mientras engullía las calles de la Costa del Sol.

—Así es, tengo prisa por llevarte conmigo.

Debió advertir la duda en mi rostro.

—¿Conoces la disco Dreams?

—No.

—Te gustará, lo pasaremos muy bien.

De inmediato, la música empezó a sonar en el equipo de sonido. David Guetta y su canción *Memories*[2] .

Relajé mi cuerpo cuando dijo que íbamos a un sitio concurrido. Mis custodios habían quedado atrás; tal vez era buena idea enviarles un mensaje y decirles adónde me dirigía.

Saqué mi teléfono del bolso, pero Jake estiró la mano reteniéndolo.

—Olvidémonos de todo, apaguemos nuestros móviles, así evitamos más interrupciones. Te propongo que disfrutemos de la noche de Puerto Banús, quizá no nos volvamos a ver, aunque —extendió la mano y me acarició el mentón— apelo a que no sea así. De todos modos, hagamos de esta noche una inolvidable.

Sonreí, tenía razón: no había nada malo en sentirse libre por una vez.

Me desprendí el cinturón de seguridad y me puse de pie, levantando los brazos hacia el cielo, al igual que mi rostro. Necesitaba avizorar la libertad que Jake me ofrecía, pero sobre todo quería olvidarme de Donovan.

—Eres hermosa, demasiado bella para ser real. —gritó por encima de la música, pero fingí que no lo escuchaba. Continué bailando y cantando mientras Jake se escabulló por el tránsito en las calles de la Costa del Sol, con el viento azotándonos la cara.

Al llegar a la disco, un corpulento hombre se acercó a abrir la puerta del automóvil. Al ver a Jake, asintió con la cabeza. Jake le entregó la llave sin decir una sola palabra, luego dio la vuelta para buscarme. Me ayudó a descender cogiéndome por la cintura, y sin abrir la puerta me sacó por arriba.

—Ayyy —grité cuando me atrapó entre sus brazos porque me había cogido desprevenida.

Jake apretó su cuerpo contra el mío y me deslizó por el suyo hasta dejarme en el suelo.

Mi corazón no dejaba de latir con impaciencia, estaba haciendo algo que nunca había hecho en mi vida; siempre había seguido las reglas y recomendaciones, y nunca me había puesto en peligro con un desconocido.

—Nos divertiremos a lo grande, lo prometo —me aseguró a milímetros de mi boca, pero no intentó besarme.

Cogiéndome de la mano, empezamos a caminar hacia la entrada.

Había una fila larguísima, sin embargo, al verlo, los encargados de la seguridad asintieron con la cabeza igual que el que recogió su coche y se hicieron a un lado para darnos paso.

No puede evitar preguntarme: ¿quién carajo era Jake Bright?

—Parece que te conocen bien.

Hablé acercándome a su oído porque en cuanto traspasamos la segunda puerta la estridencia de la música se apoderó del ambiente.

Sonaba *Just a lil bit* de 50 Cent[3] .

—Este sitio es de un amigo, somos casi como hermanos gemelos.

Asentí dejándolo que me guiara, pero en realidad lo que quería era bailar, ¿acaso no habíamos venido a eso?

—Quiero bailar esta canción —dije, y lo arrastré a la pista.

Hallamos fácilmente el camino, todos se balanceaban y reían; nuestros cuerpos fluyeron al ritmo de la música. A Jake no le costó seguir mi ritmo, joder, este hombre sabía mover sus caderas muy bien.

Dejándome llevar por la melodía, me di cuenta de que realmente había canciones que jamás pasarían de moda y siempre serían un *hit*.

No sabía ni un solo paso de *hip hop*, pero podía menear mi culo y mi pelvis de manera *sexy*. Tal vez mi estilo era más el de Jennifer López, así que no me inhibí y continué disfrutando. No miré lo que hacían los demás, solo pensé en Valentina; ella estaría muy

orgullosa de mí si supiera que me estaba dejando llevar, y por una vez en la vida no estaba siendo una mujer estructurada.

Cuando terminó la canción, estaba exhausta; en cambio, Jake parecía como si acabara de comenzar.

Estaba aferrada a su cuello, y en nuestra periferia había varios hombres vestidos de negro. Me hizo recordar a los guardaespaldas de mis hermanos cuando íbamos a Grecia y nos rodeaban en Imperium Paradiso, su disco, protegiéndonos para que nadie se nos acercara.

Pensé que no era por nosotros, ya que lo más probable era que debía haber alguna celebridad en el lugar, puesto que la Costa del Sol era un destino elegido por muchos famosos.

Jake me apretó más contra él, y su boca cayó sobre la mía sin darme oportunidad a que lo rechazara. Su beso fue posesivo y devastador, y cuando se apartó me dejó vacilando. Sin embargo, no estaba segura de poder ir más lejos; tal vez le había enviado señales equívocas y ahora Jake creía que me iría a la cama con él, pero no estaba dispuesta a cruzar esa línea. Cuando me besó, pensé en Donovan, en que no quería esos labios sobre mí, sino los suyos. Aunque me había propuesto darle un escarmiento, ahora sabía que estaba más arruinada que antes, pues antes de él tenía la esperanza de encontrar un hombre que me hiciera sentir cómoda, pero ahora sabía que ningún otro que no fuera Donovan podría lidiar con mis fantasmas.

—Tranquila, pareces asustada. No tienes que temerme, no soy un abusador. No me pude contener. Discúlpame por robarte un beso; desde que te vi en KAO, he tenido ganas de adueñarme de tus labios, pero no avanzaré más si no quieres. Ven, vayamos arriba a beber algo.

Tragué saliva, otra vez con esa sensación de verme como una tonta mojigata frente a un hombre, pero él parecía no tener prisa porque ocurriera algo más. Jake se movía por el *nightclub* como si fuera el dueño, pero me había dicho que era de su amigo, casi hermano. Así que, tal vez por eso, mostraba tanta confianza en su andar.

Me llevó al sector VIP. De inmediato llamó mi atención que en las mesas contiguas no hubiera nadie, como si esa zona se hubiera despejado para que solo fuera ocupada por nosotros. Realmente era extraño, ya que el lugar estaba a reventar.

Los hombres de negro estaban otra vez a nuestro alrededor, pero se habían quedado en la escalera, impidiendo que nadie subiera, así que evidentemente no estaba alucinando: no estaban con una celebridad.

—¿Por qué esos hombres están ahí? ¿Qué tienen que ver contigo?

—Este sector normalmente lo ocupa mi amigo, por eso se mantiene despejado. Imagina que no están, ignóralos. ¿Qué quieres tomar?, ¿pido otro champán o prefieres un combinado? —contestó rápidamente cambiando de tema.

—Para mí, una copa más de champán, no estoy acostumbrada a beber tanto alcohol.

El DJ a cargo de las mezclas de esa noche tocó desde los últimos éxitos hasta himnos clásicos.

No me podía distender, estaba intranquila; no quería que mis guardias avisaran a Trevor o a Aidan de que había desaparecido. Lo más lógico era avisarles de que estaba bien.

—Iré al baño —dije. Miré a mi alrededor intentando identificar el lugar. Jake me vio buscando, así que se repantingó en su asiento y me señaló el sitio adonde debía ir—. No tardo.

Dentro del baño encendí mi móvil y llamé a Oscar.

El teléfono no había alcanzado a sonar ni dos veces cuando él atendió la llamada y me lanzó una retahíla de palabras.

—Carajo, ¿acaso quieres que nos corten la cabeza? ¿Dónde estás? Dime ya mismo para ir a buscarte.

—Estoy bien. De hecho, estoy llamándoos para que no os preocupéis. Me encontré con un amigo de USA, y nos vinimos a un antro.

—Dime ya mismo dónde estás para ir allí —repitió, como si no hubiera escuchado lo que le acababa de decir—. No puedes estar sola —recalcó—, tenemos órdenes de no despegarnos de ti. Hemos confiado en tu palabra y te dimos el espacio que nos pediste para que comieras en KAO, y mira cómo nos pagas.

Oscar estaba cabreado y no lo culpaba por temer por su pellejo, incluso me estaba tuteando, cosa que sistemáticamente se había rehusado a hacer. No me molestaba que lo hiciera, se lo había pedido varias veces.

—Tendrás que seguir confiando en mí. Te garantizo que estoy a salvo, sé cuidarme. ¿Por qué nunca nadie me escucha? Te dije que estoy con alguien a quien conozco. ¿Qué quieres, que folle a tu lado? Buscaros a alguien con quien echar un buen polvo también, os hace falta. Verás que se te cambia el humor a ti y a tu amigo.

—Mierda…

—Sí, mierda, necesito un poco de intimidad.

—Tienes un muy buen punto, lo entiendo, pero se nos ha indicado…, joder… Brandan estaba a punto de retorcer el pescuezo del gerente del KAO si no le enseñaba las cámaras. Nos hemos vuelto locos cuando comprobamos que no estabas ahí; estuvimos a punto de llamar a tu cuñado.

—No es necesario que os preocupéis, no regresaré tarde. Nos encontraremos en KAO en dos horas.

»Lo lamento, Oscar —dije al tiempo que colgaba el móvil.

—Ethna, nooo.

Guardé el teléfono en el bolso y luego me miré en el espejo, inspirando profundamente e instándome a no sentirme culpable por lo que había hecho. Sacudí la cabeza, desprendiéndome de los malos pensamientos, y decidí que retocaría un poco mi maquillaje. Luego salí para regresar junto a Jake; sin embargo, él no estaba en la mesa.

Nos habían traído el champán y también una bandeja con fresas, mi debilidad, así que sin pensarlo me zampé dos.

—¿Están ricas?

—¡Jake! —pronuncié su nombre mientras me apuraba a tragar—. No hay nada que me apetezca más en la vida que las fresas bañadas en chocolate.

—Es bueno saber que compartimos el mismo gusto, también son mis preferidas.

Se inclinó para coger una y la metió en mi boca, luego dejó un beso en mis labios, volviéndome a pillar por sorpresa.

Esto se estaba complicando…

«¿Qué esperabas? —me dije a mí misma, guardándome mis pensamientos—. Somos dos personas adultas, y es obvio que ningún hombre a estas alturas está esperando tener un romance de adolescentes; es innegable que Jake no espera tener que pasar un gran número de descubrimientos a nivel personal para llegar a la cama. Por supuesto, está suponiendo que la noche culminará con nuestros cuerpos enredados entre las sábanas».

Odiaba sentirme así, pero sobre todo odiaba no poder sacar un clavo con otro clavo, como la mayoría de las personas hacía si se lo proponían. Odiaba además comprobar que yo seguía siendo una mujer anormal a pesar de haber pensado que esa etapa ya estaba superada en mi vida después de haberme acostado con Donovan Connell.

¿Por qué con él sí y con otro no?

Capítulo treinta y seis

DONOVAN

Hacía algunos días que Aidan me había informado de que mi boda con Zoe Kinkaid se demoraría, puesto que su madre estaba cursando la etapa terminal de su enfermedad, con un desenlace inminente. Así que el señor Kinkaid le había pedido un tiempo, ya que ni su esposa ni ellos estaban en condiciones para llevar a cabo una celebración; tal vez de haber sido unos meses antes, hasta la hubiera animado enterarse de que su hija se casaba, pero en el momento en que le llegó la comunicación del matrimonio, no era propicio un evento tan festivo.

Por supuesto, Aidan no se había negado, y me informó sin imaginarse lo mucho que rogué porque ese momento se estirase todo lo posible.

Sin embargo, parecía que la suerte no estaba de mi lado, puesto que la mujer acababa de morir.

Llegué a Warren St, donde se erigía la iglesia St. Mary & St. Catherine of Siena. En esa maravillosa construcción de estilo gótico, que combinaba el granito Rockport con molduras de ladrillos, se llevaría a cabo el funeral de la señora Kinkaid, razón por la cual estaba asistiendo al servicio conmemorativo.

Más temprano, cuando Róni me avisó de la muerte de mi futura suegra, había enviado un arreglo floral de lirios azules a mi nombre. Ese fue otro problema, ya que no sabía qué poner en las flores funerarias, razón por la cual busqué el obituario para enterarme qué decía, ya que no había conocido a la mujer más que de vista:

Treasa Kinkaid murió pacíficamente en su casa después de una valiente lucha de siete meses contra el cáncer cerebral. Treasa era amada por todos los que la conocían por ser compasiva, devota, confiable, generosa, encantadora, divertida, fuerte, creativa y sabia. Fue una abnegada madre y amorosa esposa…

Tras leer completo el primer párrafo, me decidí por un texto breve que creía que estaría acorde a las circunstancias:

En memoria a tu valentía.
Mi más sentido pésame a toda la familia.

Donovan Connell

Joder, definitivamente yo era bueno quitando vidas, no siendo compasivo, pero según Róni era lo que correspondía hacer, ya que muy pronto ellos serían mi familia.

Miré los alrededores del vecindario; todo estaba lúgubre, nada más triste que un funeral blanco, puesto que había estado nevando durante toda la noche.

El paisaje me recordó el día en que mi madre adoptiva murió. Ella también había padecido un cáncer, pero el suyo estaba alojado en su páncreas. Cuando los médicos lo descubrieron, poco fue lo que se pudo hacer porque estaba muy avanzado.

Descendí de mi Mustang y me subí las solapas del abrigo Brioni, puesto que hacía mucho frío. Escudriñé el entorno buscando algún peligro adyacente. Se trató de un acto reflejo que tenía muy incorporado; sin embargo, el sitio estaba despejado, salvo por muchos rostros conocidos que pertenecían a nuestra organización y que también estaban presentes para acompañar a su compañero, el señor Callum Kinkaid, un fiel soldado que, con el correr de los años, se había convertido en uno de los generales del clan, siendo quien supervisaba y ponía a raya a los miembros del barrio Charlestown,

un vecindario con una fuerte historia de inmigrantes irlandeses que escaparon de la hambruna en Irlanda.

Mi llegada a la entrada de la parroquia coincidió con la de mis jefes y sus guardaespaldas, así que esperé a que descendieran del SUV que los había traído. Cuando bajaron, me extrañó que viniesen junto a sus esposas.

—Hola, hermano —fue el saludo de Rónán al verme, seguido de un abrazo. No era extraño que él se refiriera así a mi persona, ya que nos considerábamos como tal, aunque no lo fuéramos—. Qué momento de mierda para presentarte por primera vez a tu futura prometida y su padre.

—Algunos nacen con estrellas, y otros estrellados.

Saludé a Aidan y a Keiran; ambos palmearon mi espalda.

—Aquí estamos toda la familia para acompañarte a ti y a la que muy pronto será tu familia política. No siempre la sangre dictamina el parentesco, por eso tú formas parte de la nuestra —me informó Aidan.

—Gracias.

Saludé a Alex, a Verónica y a Deé.

—Lamento que te haya tocado pasar por este momento tan incómodo, no es el ideal para presentarte a tu futura esposa, pero será un lindo gesto que todos estemos a tu lado —fue la respuesta de esta última.

—Soy un poco torpe para estas cosas, así que gracias, Deé.

—Todo saldrá bien; por suerte, no es demasiado lo que se debe decir en estas circunstancias. En gran parte es un discreto silencio el que acompaña. Hazles saber que estás a su lado, y será suficiente —expresó Verónica, y asentí indicando que recibía con agrado los consejos.

Entramos en la iglesia y todas las miradas se depositaron en nosotros. Los adulones de siempre intentaban llamar la atención de Aidan. Caminamos por la nave central, y de inmediato vi a Zoe Kinkaid dándose la vuelta para mirarme, seguramente alertada por su amiga Kylee York, sentada a su lado. Era evidente que ya debían saber. Nuestras miradas se encontraron; a diferencia de cuando miraba a Ethna, no sentí ninguna conexión con ella. Era hermosa,

eso era innegable, pero no había ninguna satisfacción en tenerla a mi lado; definitivamente, no era a ella a quien yo quería.

Ethna…

Joder…

Abrí y cerré mi puño enguantado. No es que hubiera olvidado que estaba con otro, no; solo que debía ocuparme de otras cosas ahora. Esperaba que sus custodios ya estuvieran con ella, porque iba a decapitarlos si no la conseguían antes de que el hijo de puta que estaba a su lado le pusiera una mano encima; maldición, de haber estado en España, yo mismo me habría encargado.

Nos acercamos al féretro, el cual estaba cerrado y cubierto con un manto blanco. Seguramente la enfermedad había consumido el cuerpo de la señora Kinkaid y por eso habían decidido que el servicio fuera de esa forma. La ceremonia era una mezcla entre las costumbres de los estadounidenses y la Iglesia católica, fe que profesaban la mayoría de los irlandeses en estas tierras.

Me persigné frente al ataúd y me quedé en silencio sin saber qué hacer. Se suponía que debía emitir una plegaria por su alma, pero yo no tenía la costumbre de rezar. Mi segunda madre, y la única que reconocía como tal, la señora Grace Connell, mientras yo era un niño me había iniciado en la fe católica; incluso me había hecho bautizar, y también se había encargado de que recibiese la primera comunión, además de hacer que los acompañara a misa todos los domingos mientras fui un crío. No obstante, a estas alturas de mi vida me parecía un poco hipócrita invocar a Dios estando mis manos contaminadas con la sangre de tantas almas.

El obispo, probablemente enterado de la presencia de la familia Cavanaugh, se acercó de inmediato.

—Señor Cavanaugh —estiró la mano para saludar a Aidan, exponiendo su anillo en un claro pulso por demostrar su poder.

—Monseñor Bishop, gracias por recibir a mi familia en la casa de Dios —dijo Aidan como todo un devoto feligrés, y besó su anillo episcopal; luego miró a Keiran y este sacó del bolsillo interior de su abrigo un cuantioso cheque, ya que había alcanzado a divisar varios grupos de ceros, que su excelencia por supuesto se negó a tocar. En

su defecto, hizo señas a uno de sus acólitos para que extendiera la bandeja de plata donde Kei lo depositó.

—Reciba esta humilde donación a nombre de los Cavanaugh. Esto es para la diócesis que su excelencia preside; espero que sea de utilidad para alimentar a muchos necesitados. Sé que usted sabrá destinarlo muy bien —dijo Aidan, demostrándole que el dinero que le entregaba, y que él sabía muy bien de dónde provenía, también le otorgaba poder, y monseñor no se negaba a aceptar, olvidándose de su dignidad.

—Sin duda así será. Gracias por pensar en los más desprovistos. Por supuesto, esto es obra del Señor: fomentar esta caridad fraterna para traer alegría y consuelo a los más humildes.

—Amén —dijimos todos.

—Gracias a usted por abrir las puertas de la iglesia para que su familia y amigos puedan despedir a la señora Kinkaid con una hermosa homilía a su cargo.

El obispo extendió su mano sobre la cabeza de Aidan y pronunció:

—El Señor te bendiga y te guarde; te muestre su faz y tenga misericordia de ti.

Acto seguido extendió su brazo para que el resto de nosotros también besáramos su anillo, y luego emitió una nueva bendición. Antes de apartarse, posó sus ojos en mí.

—Has crecido, Connell. Recuerdo muy bien cuando te di la primera comunión; aún no era el obispo de esta diócesis. —Asentí, demostrándole sin palabras que también lo recordaba—. Hace mucho que no se te ve por la iglesia; tu madre era una fiel devota. A ver cuándo pasas para que te tome confesión y en nombre del Señor te absuelva de tus pecados. Eso le haría muy feliz a Grace.

—Lo haré, su eminencia.

—Te estaré esperando.

Asentí nuevamente.

El prelado tocó el féretro y rezó una plegaria en silencio. Luego se acercó a la familia Kinkaid, que ocupaba el primer banco de la derecha.

Cuando el obispo se alejó, Aidan se acercó a saludar a Callum Kinkaid y le dio su pésame. Después lo hicimos los demás.

—Gracias por acompañarnos en el dolor, señor, es todo un honor para nosotros que usted haya venido a despedir a mi querida Treasa.

Jamás se le decía «jefe» en público, y Callum era un fiel miembro que estaba al corriente y acataba muy bien cada una de las reglas.

Aidan lo abrazó, palmeó su espalda, y al oído le dijo:

—Somos familia, Kinkaid. Todos somos una gran familia irlandesa —recalcó—. Que tu esposa descanse en paz y el Señor te dé consuelo.

Quise poner mis ojos en blanco, porque realmente nunca había escuchado a Aidan tan místico, incluso evité mirar a Róni cuando lo vi dándose la vuelta y disimular que tenía tos.

Este hombre sí que sabía representar el papel de *boss* en cualquier circunstancia.

Los demás también dimos nuestro pésame.

Cuando fue mi turno, tendí mi mano en un saludo sobrio, sin extenderme demasiado, y sin decir más que lo que se acostumbra en estos casos, ya que aún la noticia de mi próximo compromiso con su hija no había salido a la luz, y eso, por supuesto, aún me daba un poco de aire ante las miradas de los demás miembros asistentes al funeral.

—Agradezco que nos acompañe hoy, señor Connell.

Luego él presentó al resto de su familia:

—Ella es mi hija Zoe, y esta es mi otra hija, Cadhla. Él es mi único hijo varón, Barry. Estamos todos muy agradecidos por su presencia, señor —volvió a referirse a Aidan.

Nuestro jefe palmeó su hombro, y luego nos movimos para sentarnos en la banca detrás de la que ocupaban los Kinkaid y que rápidamente se había liberado al ver entrar a Aidan con toda su prole.

Cuando nos acomodamos, el obispo comenzó con la ceremonia formal. Yo esperaba que terminara pronto, aunque al ver a Bishop presidir él mismo la homilía, supe que el momento sería eterno.

Y no me equivoqué.

Por suerte, el único orador a cargo del panegírico fue el señor Callum, quien tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quebrarse.

Mi futura esposa lloraba desconsolada mientras su padre le dedicaba sentidas palabras a la difunta, recalcando lo buena madre y esposa que había sido. No obstante, para mí era como ver llorar a una completa desconocida por quien no albergaba ningún sentimiento.

Róni, que estaba sentado junto a mí, me codeó el brazo.

Cuando lo miré, hizo señas a mis nudillos magullados.

«Joder, había olvidado que no debía quitarme los guantes».

Él se acercó a mi oído.

—¿A quién le has roto la cara? Eso se ve muy reciente. ¿Qué me perdí?

—Me lastimé trabajando en la motocicleta —mentí, pero pareció dejarlo satisfecho, pues Rónán sabía que estaba restaurando una BMW R nine T Scrambler del 2015 que conseguí en estado deplorable y que me había propuesto dejar como nueva.

—Cómprate una R18 de este año y déjate de renegar.

Le hice un gesto con la mano, mostrándole que él no entendía lo que significaba para mí.

Capítulo treinta y siete

ETHNA

El nerviosismo envolvió todo mi cuerpo y, sin poder disimular, me alejé de Jake.

—¿Qué sucede?

—Fue un error haber venido, mejor me voy a casa de mi hermana —dije con total naturalidad—. Acaba de nacer mi sobrino y puede que necesiten mi ayuda. No está bien que yo esté aquí divirtiéndome; debería haberlo pensado mejor antes de aceptar tu propuesta. No he venido por un viaje de placer. Lo siento, Jake.

La tensión en sus ojos la sentí como una mano imaginaria rodeando mi cuello y asfixiándome.

Aunque estaba aterrorizada, me quedé sosteniéndole la mirada mientras mi corazón latía con fuerza amenazando con destrozar mis costillas. Incluso tuve la sensación de que algo oscuro anidaba en su interior.

De inmediato, mi razón me advirtió que lo mejor era correr, alejarme de él, pero no por mis inseguridades con los hombres, sino porque había percibido algo en Jake que me hizo sentir desprotegida y en peligro.

Mi respiración se volvió errática cuando quise levantarme y su mano se aferró a mi muñeca.

Se veía contrariado; no parecía la misma persona amable de hacía unos minutos, como si le costara manejar su temperamento.

Le ofrecí una sonrisa paciente, esperando que su gesto se suavizara, pero no estaba segura de lograrlo.

Tragué saliva. Parecía no quedar nada del hombre encantador que había conocido en el restaurante un par de horas antes. Miré mi

brazo y noté la presión ejercida por su mano. Sus nudillos estaban blancos. Mi gesto le hizo reaccionar y aflojó su agarre.

—No quise ser brusco… —Me soltó y se pasó la mano por el pelo —. No quiero que te vayas.

—No es nada personal, simplemente, creo que no es el momento adecuado.

Su mano volvió a cogerme, levantó mi dolorida muñeca y sus labios mullidos tocaron con delicadeza mi piel inflamada. Como si de pronto algo hubiera hecho un clic dentro de él. Luego, su boca se acercó a mi oído hasta que lo único que pude sentir fue su aliento.

—Te llevaré donde me digas. —Me besó en la parte palpitante de mi cuello—. No quiero que esto termine aquí y ahora. Quiero seguir viéndote, Ethna. —Asentí sin pronunciar palabra—. Vamos, te llevaré.

—Puedo tomar un Uber, no es necesario que te molestes; no lo tomes a mal, pero prefiero irme sola.

—¿Tan repelente soy que no quieres que te vean conmigo?

—No creo que seas repelente, pero sí creo que eres un hombre al que no le gusta que le digan que no.

—Verdaderamente, no estoy acostumbrado.

—No te estoy rechazando, solo que no es el momento adecuado —repetí.

Saqué el móvil de mi bolso y me di cuenta de que lo había dejado encendido.

—Toma, pon tu número en mi teléfono.

Me miró sin soltar el móvil.

—Lo encendiste en el baño, supongo. Descuida, no me debes ninguna explicación, olvida mi tonto comentario.

Tecleó rápidamente, y luego sacó el suyo antes de entregarme el mío.

—Ya está, soy desconfiado. Cuando quiero algo lo persigo, así que, si tú no me llamas, te llamaré yo. Ya me quedó registrado tu número.

Puse la cabeza de lado y abrí mi bolso para que pusiera mi móvil allí.

Jake lo dejó caer dentro y luego sin darme tiempo a nada me cogió por la cintura, aplastándome contra su duro torso.

Me empujó contra el sofá, enredando sus dedos en mi cabello para sostener mi cabeza y tenerme justo donde me quería; se apretó más contra mí y sin perder más tiempo su boca me devoró. Su lengua se enredó con la mía, y sus gemidos reverberaron en el interior de mi boca; me insté a no desesperarme, concentrándome en el aroma de su perfume, imaginando que no era él, sino Donovan, el que me estaba besando. El beso fue duro, explosivo. Percibí su mano subiendo por mi costado y detenerse sobre mi pecho; sus largos dedos pellizcaron mi pezón a través de la ropa, y su pelvis se aplastó contra mí para que pudiera sentir su erección a través del pantalón.

Mi estómago se revolvió, pero empujé la sensación esperando que se diluyera. Mi corazón latió rápido, y el pánico llenó mi pecho. Luché contra el impulso de apartarlo de encima de mí; sabía que era el límite exacto de lo que podía tolerar.

Dios, estaba cansada de sentirme tan rota.

Una sensación oscura y consumidora se abrió paso en mi interior. Por suerte, cuando estaba a punto de alejarlo, Jake se apartó de mi boca.

Se me quedó mirando con los ojos entrecerrados. Estaba cabreado, supongo que preguntándose por qué mi lengua se había retraído.

Se sentó a mi lado y me ofreció su mano para que me incorporase.

—Soy un poco rara, lo sé. —Tuve la necesidad de justificarme, pues sabía que no había manera de disimular lo ocurrido.

Noté cómo la vena en su cuello palpitaba; tal vez estaba conteniéndose de mandarme a paseo. Algo dentro de mí quería que eso ocurriera, pero también estaba la sensación que me animaba a continuar.

Estiré los brazos y me aferré a su cuello, escondiendo mi rostro en ese hueco. Jake estiró las manos, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuerpo, cobijándome.

—¿Nos volveremos a ver? —pregunté tímidamente.

Me apartó de su cuerpo y cogió mi rostro entre sus manos.

—No hay otra posibilidad, para ti y para mí. Ten por seguro que nos volveremos a encontrar —dijo con rotundidad.

Nos pusimos de pie y acomodamos nuestra ropa. Sentía la boca seca, así que cogí la copa que descansaba en la mesa y bebí un gran sorbo de champán, además para enjuagar el sabor de Jake, que aún me atormentaba.

Él me miraba sin apartar sus ojos de mí, así que le sonreí, intentando disimular la repulsión que me causaba.

—Vamos, te llevaré adonde me indiques.

—No es nece…

—Te llevaré —me cortó.

—Está bien, volvamos a KAO, allí me espera el chófer de mi cuñado —mentí; no quería revelar que se trataba de mis guardaespaldas. Había demasiadas cosas en mi vida que no podía explicarle a Jake.

En el momento en que bajamos la escalera, un hombre calvo con aspecto de gigante intimidante se acercó a él y le habló al oído.

Me deslicé de su lado entre la multitud, tratando de pasar desapercibida, aunque sabía que Jake no tardaría en notar mi ausencia.

La música retumbaba en mis oídos mientras salía apresuradamente del bullicioso club nocturno en Puerto Banús. Mi corazón latía con fuerza, no solo por la música estruendosa, sino por lo mal que me sentía al escapar de Jake Bright. Había terminado en una situación comprometedora con él, y ahora mi única opción era huir.

Había caído la noche. Afuera solo había unas pocas personas y los porteros del antro.

Apenas salí, caminé alejándome de la entrada para ir en busca de un taxi, pero un SUV Rezvani Tank de color negro se detuvo frente a mí. Para mi asombro, se trataba de Oscar y Brandan, mis custodios. Cuando se bajó la ventanilla, advertí que McGuinness iba tras el volante. Kane descendió rápidamente para abrirme la puerta trasera del automóvil.

—Suba. Qué suerte que salió y no la tuvimos que ir a buscar.

—Oscar —dije sin ocultar mi asombro—, ¿cómo supisteis dónde encontrarme?

—Eso no es relevante ahora; lo importante es que ya está con nosotros y está bien.

La tensión en el aire podía olerse, mis custodios estaban cabreados por haberlos eludido.

Ya en camino a casa de Trevor, decidí hablar:

—¿Podemos obviar el hecho de que me escapé? No quiero que mis hermanos se enteren de que prescindí de mi seguridad, no necesito escuchar ningún sermón, y no volverá a pasar, lo prometo.

Sabía que conseguir el silencio de mis custodios no sería fácil, pero prefería enfrentar las consecuencias con ellos a los regaños de Aidan por irme con un desconocido. Nadie tenía por qué saber de Jake, no quería meterlo en problemas, pues mi vida y mi mundo entero lo eran.

—No creo que sea posible, nos dimos cuenta de que no estaba en KAO porque nos llamó el señor Connell —me informó Oscar, cabreado—. No vuelva a tomarnos por tontos —me advirtió volviéndose en la butaca del copiloto para verme—. Después de lo que hizo esta noche, perdió nuestra confianza.

—¿Cómo que Donovan os llamó? —«La foto», pensé—. No importa, yo me encargaré de hablar con él para que Aidan no se entere y no os regañen por mi culpa. Asumiré todas las consecuencias. Lo prometo.

—No vuelva a hacerlo —dijo Brandan—, porque no la volveremos a cubrir si es que consigue que el señor Connell no la delate.

Claramente, Brandan prefería que yo me ocupara, y lo estaba dejando claro.

Mis tacones resonaron en el hormigón mientras caminaba rápidamente hacia la entrada de la lujosa mansión de mi cuñado cuando llegamos.

Decidí quitarme los zapatos porque era tarde y no quería despertar a nadie.

—¡Ethna!

—¿Qué haces despierta tan tarde? —pregunté, sorprendida al ver a Cait en la sala.

—¡Oh! Necesitaba un poco de aire después de que por fin Stephen se durmiera; precisaba un poco de silencio también —respondió con una risita, intentando ocultar el cansancio de su voz.

—No quise molestar, perdón por invadir tu paz. No quería llegar tan tarde.

—No seas boba, tú siempre tan remilgada. Ven —me cogió por el hombro—, vayamos a la cocina a por una leche con miel y me cuentas cómo estuvo tu salida. Quiero oír algo que no sean eructos y llantos, y olvidarme un poco de los pañales y de sentirme como un surtidor todo el tiempo.

—Estás cansada, hermana.

—Lo estoy, y estoy aterrada también. Ser madre es más difícil de lo que imaginé. Tu vida cambia de un día para otro, y te das cuenta de que nunca más será como era. Ojo, no me arrepiento de nada, solo con mirar a Stephen me derrito de amor, pero también es cierto que todo es un caos. Nuestra vida con su llegada se puso patas arriba. Trevor necesita ocuparse de sus negocios.

—Cálmate, no será siempre así. Los tres os tenéis que acostumbrar y encajar en el nuevo contexto. Perdón por salir y no quedarme a ayudaros. No quiero invadiros. Compré regalos para mi sobrino, y luego hice una locura.

—¿Qué hiciste?

Le conté a Caitríona lo ocurrido y sentí un alivio temporal.

—Crecimos en la misma familia. Sé cuán agobiante puede ser tener custodios respirando en tu nuca todo el tiempo. Sabes que miles de veces me escabullí de ellos, no tienes que explicarme nada. Y sabes las locuras que he hecho para no casarme con el tío de Trevor. Lo único que te diré es que, si tienen orden de no despegarse de ti, aún en Marbella, es que algún peligro hay.

»Sin embargo, me alegra que hayas conocido a ese tal Jake, que, según me cuentas, está de muerte lenta.

—Sí, pero en nuestro mundo no hay lugar para las personas normales, así que no quiero complicar su vida. No volveré a verlo.

—Quisiera alentarte para que sigas adelante conociéndolo, pero debo decirte que tienes razón. Podemos conocer personas, pasar un

buen momento, pero no tenemos derecho a tener más que eso, un agradable rato.

Mi teléfono acababa de vibrar. Cait y yo nos miramos.

—¿Qué pasa?

—Es un mensaje de Jake, quien claramente no está dispuesto a pasar página.

—Pues tendrá que hacerlo, hermanita, tendrá que hacerlo.

Capítulo treinta y ocho

DONOVAN

Después de la solemne ceremonia en la iglesia, donde las palabras no creo que fueran consuelo, nos dirigimos al camposanto.

Al llegar a la entrada del cementerio Forest Hills, el camino se extendió frente a todos los presentes, marcado por la melancolía de la ocasión. Incluso las sombras de los árboles parecían llorosas sobre el sendero, como si también quisieran acompañar a la persona que veníamos a despedir.

El sonido apagado de los pasos resonó en mis oídos al apearnos de los automóviles. Cada paso era un recordatorio de la realidad que la familia Kinkaid estaba a punto de enfrentar.

El aire frío cortaba como cuchillas traspasando incluso la ropa mientras me encontraba parado junto a la tumba recién cavada. El clima no podía ser más desapacible. El cielo estaba gris, como si la naturaleza también lamentara la pérdida.

«Al menos ha dejado de nevar», pensé.

Metí las manos en los bolsillos sin saber qué hacer, la incomodidad que se apoderaba de mí en ese lugar sagrado era insoportable.

A simple vista la melancolía flotaba en el aire, mezclada con el aroma de las flores.

Miré el sepulcro de la madre de Zoe, mi futura esposa. No podía evitar sentir una extraña desconexión con el dolor que se esperaba que sintiera. No es que no valorara la pérdida de la mujer que estaba siendo sepultada, sino que mi mente estaba abrumada por otro tipo de preocupaciones, una preocupación en particular que era la más urgente: Ethna.

Mis ojos vagaron por el cementerio, pensando en ella y solo en ella. Si cerraba los ojos, podía imaginarla junto a un hombre y no podía evitar que mi sangre hirviera en mis venas.

Estaba atrapado en mis propios pensamientos, preguntándome si Ethna estaba bien o si necesitaba algo.

Me sentía ajeno a ese lugar, a ese funeral, a ese duelo.

Quería huir, escapar de aquel sitio, de aquel momento. Me sentía asfixiado.

No podía soportar la falsa empatía que flotaba en el aire a mi alrededor mientras mi mente estaba obsesionada con Ethna y su seguridad.

Levanté la vista y observé el cabello rubio de Zoe ondeando al viento mientras ella se mantenía en silencio. Estaba abrazada a sus hermanos y a su padre, con la mirada fija en la tumba donde estaba a punto de descender el féretro de su madre. Parecía como si el dolor la hubiera dejado en un estado de completa inmovilidad. Sin embargo, yo no sentía el pesar que se esperaba de mí, puesto que en mi cuerpo solo circulaba el deseo de asegurarme de que Ethna estuviera a salvo.

Sabía que era la oportunidad de enfrentar la realidad de mi vida junto a Zoe, pero era muy difícil, sabiendo que no la amaba como debería y que, muy probablemente, jamás lo haría.

La vibración de mi teléfono en el bolsillo me alejó de mis pensamientos. Lo saqué y vi que era Brandan. Me alejé rápidamente caminando entre las lápidas y contesté:

—Espero que me llames para decirme que ya estáis junto a ella.

—La señorita ya está en casa de su hermana, a salvo, señor.

—Perfecto. Por vuestro bien, no volváis a alejaros de ella y no permitáis que nadie más vuelva a acercársele.

—No lo haremos, señor.

—¿Conseguisteis la identidad de la persona que la acompañaba para averiguar sus antecedentes?

—Cuando fuimos con ella, la señorita estaba sola.

Me quedé elucubrando en silencio sobre la foto, pues no parecía manipulada. El hombre que estaba con Ethna se acababa de convertir en un absoluto misterio.

—Señor…

McGuinness me estaba hablando, pero yo me había perdido, luchando con los demonios que anidaban dentro de mi cabeza.

—Sí, ¿qué decías?

—Le decía que no quiero faltarle al respeto a nadie, pero quería pedirle otra oportunidad. ¿Cree que es posible que nuestro jefe no se entere de este traspié en nuestra labor?

—Haced bien vuestro trabajo si queréis que no llegue a oídos del jefe. A él no le gustaría saber que sus órdenes no son escuchadas. Esta es la última oportunidad que os doy.

No le dije que iba a guardar silencio más que nada porque me convenía a mí que Aidan no supiera que estaba pendiente de la vida de Ethna. Me importaban un carajo Brandan y Oscar, puesto que, en tal caso, sería yo quien debería dar explicaciones de por qué me interesaba tanto lo que su hermana hacía.

Todo se desvaneció mientras hablaba, olvidándome del lugar en que estaba. Mi mente se había enredado en pensamientos confusos caminando entre las tumbas. Quería liberarme de la situación, pero, sobre todo, quería una cosa: estar con Ethna. Deseaba asegurarme de que se mantuviera lejos de aquel hombre y de cualquier otro.

Colgué el teléfono y me quedé allí de pie, reflexionando. Me toqué el pecho ante la extraña sensación.

No sabía qué me esperaba al final de ese camino incierto, aunque una cosa era segura: necesitaba enfrentar la verdad, confrontar mis propios sentimientos y decidir qué era lo correcto para Ethna y para mí.

Miré atrás y vi que habían empezado a descender el ataúd. Me apresuré a regresar junto a las personas que estaban dando el último adiós a la señora Kinkaid.

Los Cavanaugh ya se habían despedido en la iglesia, así que no estaban allí junto a los pocos que habíamos ido al cementerio.

El sonido de la tierra cayendo sobre el ataúd se transformó en un eco que invadió los oídos de su familia, y el momento se tornó dramático mientras observaban cómo la última morada se cerraba, haciendo más profunda la realidad de su pérdida. Zoe lloraba desconsolada, flanqueada ahora por su amiga Kylee York, quien

parecía estar fallando en su intento por tranquilizarla. Sin previo aviso, su cuerpo se desplomó como una marioneta a la que le cortaron los hilos, y me moví con rapidez, sujetándola para evitar que cayera al suelo helado. La sostuve entre mis brazos y la alejé del lugar. En el camino con ella a cuestas, volvió en sí, pero sus ojos estaban vidriosos y su cuerpo sin fuerzas. Evidentemente, el dolor de perder a su madre había sido demasiado para ella y había sucumbido ante el agotamiento emocional.

La escena se volvió más surrealista a cada segundo que pasaba. Aunque la atención de algunos de los presentes se desvió de la ceremonia fúnebre al drama que se desarrollaba con Zoe, el señor Kinkaid y sus otros hijos permanecieron sumidos en el desconsuelo y no repararon en el hecho. Cogí el toro por los cuernos.

—Llevémosla al coche para que se recupere —indiqué a su amiga —; se le debe haber bajado la tensión arterial.

La acomodé en uno de los automóviles que formaban parte del cortejo fúnebre.

—Zoe, ¿te sientes mejor? —le preguntó su amiga mientras yo frotaba sus muñecas.

—Date la vuelta y ayúdame a acomodarla en el asiento. Tú levanta sus piernas para ayudar a que el flujo sanguíneo llegue bien a su cerebro y que su tensión se estabilice —le indiqué a la chica York.

La puse de espaldas en el asiento y me quedé observándola por encima de su cabeza. Mi futura prometida yacía vulnerable y rota. En ese instante, uno de los chóferes me tendió un botellín de agua y, reclinándome en el asiento, le di de beber mientras sostenía su cabeza para que pudiera tragar pequeños sorbos.

—¿Has comido algo? —le pregunté.

Zoe negó con la cabeza; estaba aturdida, pero sus ojos estaban fijos en mí.

—¿Amiga, te sientes mejor? —le preguntó Kylee, preocupada.

Zoe respiró profundamente, tratando de recuperar la compostura.

—Sí, gracias. Quiero regresar junto a la tumba de mamá —me pidió.

—Aún estás demasiado pálida. Tómate un tiempo; luego te acompañaré —le aseguré y continué frotando sus muñecas suavemente como un gesto de apoyo.

Con el correr de los minutos, la confusión en los ojos de Zoe dio paso a una expresión más alerta. Se incorporó lentamente, apoyándose en mí. A medida que recobraba fuerzas, sus mejillas recuperaron el color y la debilidad comenzó a desvanecerse.

—Gracias por cuidar de mí —dijo Zoe, mirándome con gratitud.

Asentí en silencio. Se trataba de nuestro primer acercamiento personal.

—Y gracias por estar hoy a mi lado, Donovan —dijo rompiendo un poco el hielo entre nosotros, un hielo que yo me negaba a fragmentar.

La oscuridad del cielo parecía reflejar la complejidad de mis emociones, comprendiendo el futuro incierto que se extendía entre nosotros.

Terminado el entierro, todos comenzaron a alejarse de la tumba. Permanecí a un lado de la familia Kinkaid, que compartía abrazos y palabras de consuelo con los últimos asistentes que aún quedaban. Para acercarme, esperé a que los demás se alejaran. Zoe, con ojos entristecidos, me miró con agradecimiento.

—¿Te gustaría acompañarnos a casa? Ofreceremos una reunión conmemorativa por la vida de mamá. Sería reconfortante tenerte con nosotros en este momento difícil.

El lugar, que hacía unos instantes estaba lleno de voces susurrantes y sollozos, de pronto se sumió en un silencio sepulcral.

—Aprecio profundamente la invitación y me gustaría acompañaros. Sin embargo, necesito ponerme al día con algunas responsabilidades urgentes.

La comprensión se reflejó en los ojos de Callum Kinkaid, mi futuro suegro.

—Entendemos completamente, Donovan —habló el padre de Zoe —. Sabemos que la vida sigue y cada uno tiene sus compromisos; sin embargo, te agradecemos la compañía que nos brindaste.

Extendí mi mano para estrechar la suya, y también saludé al muchacho Kinkaid y a la hermana menor.

—Nos vemos, Callum. Adiós, Zoe —dije, dejando un rápido beso en su carrillo.

Me dirigí a mi coche. El crujido de la grava bajo mis pies sonó extrañamente fuerte en el silencio que invadía el camposanto. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, un hombre de rasgos orientales apareció casi de la nada. Su presencia fue tan repentina que me sobresaltó y estuve a punto de sacar mi arma.

—Donovan Connell, esto es para usted.

El hombre, algo mayor de edad, me entregó un sobre. Su mirada, oscura y penetrante, no reveló ninguna emoción. Antes de que pudiera preguntarle algo, habló:

—Todo está explicado ahí. Me estoy arriesgando mucho por acercarme a usted. No me falle.

Dicho esto, se dio la vuelta, alejándose con pasos rápidos y seguros. Me quedé observándolo a distancia mientras se subía a un SUV negro que no tenía matrícula.

Podía haberlo detenido y pedirle más explicaciones, pero había códigos, y el cementerio era un sitio que siempre se respetaba, así que no iba a montar un pandemónium para que el asiático no se fuera.

Miré el papel en mis manos, preguntándome quién era ese tipo y qué mensaje podría contener ese misterioso sobre. Eran preguntas no muy difíciles de responder; estaba seguro de que tenía que ver con la Tríada Ping On.

Me metí en el Mustang y leí la nota que tenía la cualidad de parecer mecanografiada por el tipo de letra usada.

> Lo espero el viernes a las doce p. m. en el carril para bicicletas Minuteman Bikeway, en Arlington. Entre caminando; lo encontraré en la senda.
>
> Tengo información que está buscando. Puedo darle datos relevantes, pero venga solo. Solamente así hablaré con usted. Estoy poniendo mi pellejo en juego y, si viene acompañado, juro que no me dejaré ver.
>
> Sea puntual; no tendremos mucho tiempo para hablar. Si descubren que contacté con usted, soy hombre muerto. La información, por supuesto, no es gratis; quiero quinientos mil dólares.

Guardé el sobre en el bolsillo de mi chaqueta y puse el coche en marcha para alejarme del lugar.

Había tirado señuelos por todas partes y, evidentemente, alguien había recogido la carnada. Aunque también podía tratarse de una trampa, esa posibilidad casi la descarté; tenía la corazonada de que no era así.

Salí de Forest Hills y, en el camino, llamé a Róni para avisarle de que me dirigía a Manor Place, donde los pondría al corriente de las recientes novedades.

Apenas llegué a la mansión, el aire helado de la tarde-noche azotó mis mejillas al descender del coche. La tensión flotaba en mi cuerpo.

Róni, Aidan y Kei me estaban esperando. Inmediatamente bajamos al búnker en el sótano para hablar en privado. La razón de mi visita se volvió clara cuando les entregué la nota con la cita.

Sus miradas revelaron de inmediato una preocupación compartida y, antes de que pudiera pronunciar palabra, Róni se adelantó:

—No irás solo a ese encuentro —dijo con determinación, y Kei añadió:

—Estamos contigo en esto.

—Exactamente —confirmó Aidan—. Iremos contigo para cuidarte las espaldas, y llevaremos algunos hombres con nosotros también.

—No arriesgaré el contacto con este chino. Me quiere solo ahí. En un principio también pensé que podía tratarse de una emboscada, pero luego lo razoné mejor y, tras evaluar la situación, llegué a la conclusión de que, si el objetivo era matarme, bien lo podrían haber hecho hoy. Es obvio que estaba tras mis pasos y aprovechó el momento en que estuve desprevenido para acercarse. No estaría poniéndome sobre aviso, ¿no lo creéis?

—Es un buen razonamiento —acotó Keiran.

—Por otra parte, si realmente se trata de una emboscada, no creo prudente que vayáis. ¿O acaso queréis que exterminen a todos los cabecillas del clan?

—Siempre hacemos frente a los problemas —me contestó Aidan, repantingándose en su sillón.

Sentí la mano de Róni apoyándose en mi hombro.

—Iremos contigo, no hay discusión. No estoy dispuesto a perderme la acción. Ya estoy un poco aburrido. Ha pasado mucho tiempo desde el enfrentamiento con los Hannigan y, si bien la vida hogareña es placentera, no te llevarás tú solo la diversión.

—Puedo encargarme del asunto, ¿me habéis perdido la fe?

—Iremos todos —repitió Aidan—, y llevaremos hombres de apoyo también. Puede que no sea una emboscada y realmente se trate de un desertor de la tríada con la información que necesitamos, pero ¿y si no es así? No se hable más. El viernes ingresarás solo en el carril bici, pero tendrás colocado un micrófono para que podamos escucharte y, de ser necesario, entraremos en el camino para ayudarte. Además, si somos más, también hay más posibilidades de capturar al chino o a los chinos que se presenten al encuentro, y tal vez alguno hable.

Asentí, comprendiendo que Aidan tenía razón; su plan era el mejor por las razones que acababa de señalar.

Capítulo treinta y nueve

DONOVAN

Había llegado el día del encuentro.

El eco de mis pasos resonaba en el oscuro camino que se extendía a lo largo de las antiguas vías de tren, transformadas en un sendero para ciclistas y peatones. Estaba muy atento cuando alcancé a oír algunos murmullos apenas audibles. Caminé con paso firme, las sombras danzaban a mi alrededor como fieles sirvientes. Toqué mi pecho y saqué mi arma, preparándola para disparar ante el mínimo peligro.

Estaba en el lugar donde quedé en encontrarme con el que suponía era un desertor de la Tríada Ping On, que aparentemente estaba dispuesto a venderme información del paradero de Wong. Miré a mi alrededor y pareció que la penumbra era ideal para que el chino que me había contactado pudiera revelar el secreto.

De repente, una figura emergió de la oscuridad. No tuve dudas apenas la vi. Era Zhang Mei, o Mei Clarke, el apellido que usaba cuando vivía junto a mi padre biológico, en el formato americano con su nombre primero.

Aquella mujer era nada más y nada menos que quien me había dado la vida y a quien hacía años no veía. Ella estaba de pie allí, su rostro marcado por los años, pero aún con una belleza que el tiempo no había podido arrebatarle por completo. Su mirada encontró la mía y, por un breve momento, el tiempo pareció detenerse.

La sorpresa me paralizó, y mi mente luchó por aceptar la realidad que tenía ante mis ojos. Los recuerdos de mi madre y de la infancia tumultuosa comenzaron a emerger como fantasmas del pasado, y sentí que el suelo bajo mis pies comenzaba a moverse.

Apreté los dientes con rabia mientras mis ojos se encontraban con los de mi progenitora, chispeando con una hostilidad que apenas podía contener. Algo en la expresión de Mei me dejó desconcertado. Se vislumbraba en ella un atisbo de pesar, o tal vez yo quería que así fuera.

Vi una sombra moverse a escasos metros de nosotros. Se trataba del hombre que me había contactado en el cementerio.

—No tienes que sacar tu arma, no es necesaria. Nadie quiere hacerte daño —dijo ella. Su voz resonó en mi cabeza; me había obligado a olvidarla, pero en ese momento todo regresó a mi memoria.

—Mei —gruñí su nombre, mi voz profunda y descortés resonando en el camino—. ¿Qué truco estás intentando?

Zhang Mei levantó la mano para tocarme, pero se detuvo.

—Siempre serás mi bebé, no importa cuánto hayas crecido —dijo en chino, un idioma que ella procuró enseñarme cuando yo era pequeño, pero que luego me negué a practicar para enterrar su recuerdo.

Cuando utilizó la frase que siempre me decía, entendí perfectamente. Mi memoria solo estaba adormecida porque me había forzado a hacerlo.

—Habla en inglés. Te fuiste demasiado pronto para que pudiera aprender tu idioma.

—Donovan, cariño, he esperado mucho tiempo para volverte a encontrar —dijo Mei. Su voz llevaba consigo un rastro de nostalgia y arrepentimiento que ya había advertido en su expresión.

—¿Esperado mucho tiempo? —espeté con frialdad, seguro de que mis ojos brillaban con resentimiento—. Has esperado demasiado, Mei. Demasiado para aparecer ahora, así, y esperar que te reciba como si no me hubieses abandonado.

Una fina lluvia comenzó a caer, bañando el escenario con un brillo plateado mientras me enfrentaba a la figura menos pensada que apareció de repente ante mí. Apreté los puños, luchando contra las emociones turbulentas que amenazaban con desbordarse de mi pecho, y recordé las noches solitarias de mi infancia; la sensación de abandono que me había marcado. También recordé los golpes de mi

padre biológico, que hicieron que Mei huyera, y rememoré una a una las razones que nos obligaron a seguir por caminos separados.

Aun así, no podía perdonarla. Ella me había cambiado, había prescindido de mi cariño y me había arrojado de su vida como se desecha la basura.

Las sombras de los árboles me asfixiaron, creando un ambiente ominoso que reflejaba la tormenta emocional dentro de mi pecho. El sendero solitario a esa hora se llenó de fantasmas, asemejándose a un laberinto de complicaciones insondables.

—Estoy aquí, hijo…, y hay algo que debes saber.

Fruncí el ceño.

—No tengo ningún interés en hablar contigo. No es a ti a quien esperaba encontrarme esta noche, pero veo que era un emisario tuyo —dije, mirando al hombre que nos acompañaba a distancia para darnos privacidad.

—Sabía que si no llegaba a ti haciéndote creer que tenía la información que buscabas no vendrías.

»Te ves tan fuerte y tan… Eres un hombre hermoso, te pareces a Hunter. De mí no tienes nada, ni un solo rasgo de mi etnia oriental. —Mei estiró la mano y quiso acariciarme el rostro. Parecía estar conteniendo el llanto. La detuve, cogiéndola con fuerza y desprecio por la muñeca.

—Tú estás muerta para mí; moriste el día que elegiste a tu nueva familia y me dejaste fuera de la ecuación.

El rechazo en mi voz era inconfundible y la solté como si de pronto lo que tenía en mi mano fuera un hierro al rojo vivo.

Mei dio un paso hacia delante, la mirada suplicante.

—Entiendo que estoy en deuda contigo, Donovan, pero quiero explicarte. Las circunstancias eran difíciles; aún lo son, pero no me importa. Tú estás por encima de todo, por eso estoy aquí.

La interrumpí con un gesto brusco de la mano.

—Las circunstancias siempre son difíciles, ¿no es así? —dije con sarcasmo—. No estoy interesado en oír tus explicaciones. Tuviste la oportunidad de ser mi madre cuando más te necesitaba, y la desperdiciaste.

Mei bajó la mirada, la tristeza se reflejaba en sus ojos. No me importó, precisaba herirla, hacerle saber cuánto la necesité y lo mucho que me dañó su olvido.

—Lo siento, Donovan. Sé que no hay palabras que puedan devolverte lo que te quité. Cometí errores, pero te amaba y pensé que lo mejor era alejarte de mí. Aún te amo, hijo; jamás he dejado de hacerlo. Siempre mi corazón estuvo roto por alejarme de tu lado; siempre viví a medias porque tú me faltabas.

Sacudí la cabeza con desdén.

—Amor. Esa palabra no significa nada para mí. Aprendí a confiar y depender solo de mí mismo. Tú y Hunter os encargasteis de darme esa lección. No necesito tu amor ahora; ya es demasiado tarde. Por si te interesa, tuve una madre y un padre que merecieron más ese título que vosotros.

Mei se mordió el labio inferior, luchando contra las lágrimas que amenazaban con caer de sus ojos.

—Solo quería verte, quería pedirte perdón y…

Yo permanecía imperturbable y no iba a conmoverme con su llanto.

Di media vuelta y empecé a caminar hacia el lugar donde había dejado mi automóvil, donde seguramente Róni, Aidan y Kei ya estaban enterados de que mi encuentro había sido con mi madre biológica.

—No te vayas, tienes que escucharme —me gritó, alcanzando mi brazo. Me detuve, pero no me volví—. Necesitamos hablar, hijo —agregó ella con urgencia.

—No me llames hijo —le grité. Suspiré profundamente, sintiendo el peso de la situación—. Mei, ni ahora ni nunca volveremos a hablar tú y yo. Déjame en paz —respondí sin mirarla.

Furioso, aparté bruscamente la mano de Mei que aún reposaba sobre mi brazo y me alejé, dejando atrás a la mujer a quien una vez amé más que a mi vida.

La lluvia seguía cayendo, sin poder lavar las viejas heridas, pues en el sendero los pasados entrelazados se separaron una vez más, destinados a seguir caminos diferentes en la fría noche de Arlington.

Apenas salí del sendero, advertí que el resto de los hombres se habían retirado y que solo quedaban Róni, Aidan y Kei esperándome, apoyados contra el capó del SUV.

Kei le codeó el costado a Rónán, y este salió a mi encuentro.

—¿Estás bien? —Lo miré a los ojos y asentí en silencio. Me di la vuelta y me monté en el SUV tras el volante, aguardando a que ellos subieran para irnos de allí.

Tras dejar atrás el lugar, respetando mi mutismo por algunos minutos, Róni fue el primero en romper el silencio con su voz serena pero llena de interés.

—¿Cómo estás? Suponemos que el encuentro con tu madre no fue fácil.

Asentí con la cabeza, agradeciendo su preocupación. Él iba sentado en el lado del copiloto.

—Fue abrumador; estoy procesándolo. No tengo que contaros nada, pues imagino que escuchasteis todo. Algunas cosas siguen sin respuesta; tampoco me interesa hallarlas.

Aidan, siempre perceptivo, fue directo al grano.

—Ella habló de «la información que buscabas». Creo que se refería a Wong. Kei y yo estábamos discutiendo eso antes de que llegaras.

Miré por el espejo retrovisor. El compartimento que separaba la cabina del conductor estaba abierto. Kei asintió con expresión reflexiva.

—Sí, está claro que ella se enteró de que buscabas a Wong y lo usó para acercarse a ti.

Mis pensamientos se agitaron al recordar la conversación con mi madre. En ese momento, el estupor por estar frente a ella no me dejó pensar ni actuar con astucia.

—Lo arruiné todo, ¡carajo! Lo siento.

Róni frunció el ceño, profundizando en el tema.

—A todos nos pilló por sorpresa este encuentro. Solo atiné a despedir a nuestros hombres cuando advertí que el peligro era inexistente para darte privacidad. Pasaron tantos años que había olvidado que tu madre era china.

—¿Cómo carajo sabía que tú buscabas a Wong? ¿Cómo supo que era la estrategia perfecta para acercarse nuevamente a ti? —preguntó Keiran.

—Mierda —golpeé el volante con el talón de la mano y me hice a un lado de la carretera—. Actué como un principiante y dejé escapar la posibilidad de sonsacarle.

Intrigado, Aidan continuó la línea de pensamiento.

—Podría ser que tu madre esté dentro de la tríada y haya escuchado algo, o que la hayan enviado. Esto casi lo descartaría, pues no hubiera ido sola. Cuando la encontraste…, ¿cómo se llamaba el nuevo marido de la madre de Donovan, Róni?

—Brownh… Brown… Brand… Brock, algo así, joder, no lo recuerdo. Por aquel entonces fue muy difícil hallarla, solo fue un golpe de suerte, porque ella no había resistido la tentación de saber de ti y anduvo por el vecindario donde vivías con tu padre —me informó Rónán—, y en su afán por enterarse, habló con una vecina y le dijo que se había casado con ese tal… Lo siento, no lo recuerdo. En fin, la cosa es que así fue como la encontré.

—Nada encaja. El hombre que te contactó era oriental, ¿cierto, Donovan?

Mis emociones eran un torbellino, pero traté de serenarme y expresar lo que pensaba.

—Es todo muy confuso. Por un lado, estoy molesto porque haya llegado a mí así, como si nada, pero ahora también estoy enojado conmigo mismo por no haberme moderado y escuchar lo que tenía que decirme. Tal vez sí tenía información de Wong. Me encegueció verla.

Kei puso una mano reconfortante sobre mi hombro.

—Sí, no te culpes por estar en *shock* al verla.

—Es cierto, no te culpes, hermano —me habló Róni—, todos quedamos en *shock*, somos humanos, no somos máquinas. Nosotros escuchamos todo y tampoco hicimos nada para detenerla y que nos explicara. Se trata de tu madre biológica, la situación nos superó a todos.

—En ese momento quisimos que pudieras hablar con ella. Os merecíais un encuentro —dijo Aidan, demostrándome que él

también participó del estupor.

—Pero los errores siempre salen caros en nuestro mundo —acoté —. Por otra parte, ya les habrá quedado claro que no quiero nada con ella.

—Estamos aquí para apoyarte, sin importar cómo decidas abordar la situación. Tú siempre estuviste en nuestros peores momentos también. Siempre te lo digo, Donovan, somos familia aun cuando no compartamos la misma sangre.

Asentí a Aidan y puse el coche en marcha para retomar el viaje.

La conversación continuó explorando capa tras capa de la situación, mientras yo reflexionaba sobre mi pasado y consideraba cómo seguir adelante. Lo que me hizo reflexionar sobre que nuestra amistad era más sólida de lo que yo creía, y que los Cavanaugh siempre estaban ahí para ayudarme a superar cualquier desafío que se presentara, igual que yo para ellos.

Capítulo cuarenta

ETHNA

El sol se filtraba a través de las persianas del lujoso *jet* privado de Trevor. Nos preparábamos para despegar desde el aeropuerto de la Axarquía.

Finalmente, me había quedado más de lo pensado; pasaron dos semanas desde el nacimiento de mi sobrino Stephen. La calidez de esos días en familia me encantaba, pero debía regresar a casa. Cait y Trevor, por otra parte, ya se estaban acostumbrando a la rutina de cuidar a su pequeño, y yo sentía que mi presencia ya no era tan indispensable.

Los primeros días después del parto fueron intensos y llenos de felicidad, pero ahora la cotidianidad se estaba estableciendo, y mi papel de tía se había vuelto más superfluo; además, ellos necesitaban recuperar su privacidad.

Me acomodé en el asiento del *jet* y, mientras el personal del aeropuerto finalizaba los preparativos para el despegue, mis pensamientos se tornaron a lo ocurrido el día anterior en casa de mi hermana.

La mañana estaba envuelta en una atmósfera de calma, con la luz del sol filtrándose tímidamente a través de las cortinas. El hogar rebosaba de felicidad desde la llegada del nuevo miembro de la familia, y Cait y yo nos encontrábamos terminando de desayunar, después de que Trevor se marchara para ocuparse de sus asuntos de trabajo, cuando nuestra madre irrumpió en escena con todo el drama que solo ella podía desatar.

El estruendo que trajo consigo la presencia de Enya eclipsó cualquier rastro de tranquilidad y armonía.

La paz se había roto en el momento en que los guardias de seguridad, cumpliendo con las órdenes de mi cuñado, le impidieron el acceso como ella pretendía. La muy astuta no había llegado hasta que, seguramente, se cercioró de que Trevor se fue, sabiendo que él no iba a ser tan blando como nosotras para recibirla.

La puerta se abrió con violencia y allí estaba Enya, con su cabello y manicura impecables, enfundada en un traje de Chanel y con la expresión de alguien que ha sido gravemente ofendida. La escena estaba lista para formar parte del acto principal en la obra de teatro que siempre le encantaba representar.

Gritó, chilló y lanzó reproches como si se tratara de una afrenta imperdonable no haberla dejado entrar sin previo aviso.

—¡Cómo os atrevéis a excluirme de la llegada de mi nieto! —vociferó.

—¿Puedes bajar la voz? Stephen está durmiendo —le expliqué, intentando calmarla—. Sería mejor que primero dijeras «hola», y nos preguntaras cómo estamos.

—Tú también eres una desapegada, porque en estos días no has sido capaz de avisarme que estabas en Marbella.

—¿Ya terminaste con los reproches? —le preguntó Cait. Ella miró fijamente a mamá, con una intensidad que cortaba el aire a través de la habitación—. No olvido por qué Trevor te echó de esta casa, mamá. Y no puedo creer que tú quieras hacer como si nada hubiera pasado.

Las palabras resonaron en mi mente, creando un eco de confusión y curiosidad.

—¿Vais a dignaros a explicarme qué fue eso tan grave que ocurrió, y que tú has preferido evitar contarme desde que llegué? —le dije a Caitríona—. ¿O tal vez me lo cuentas tú, mamá?

Caitríona dejó escapar un suspiro y continuó con una amargura que no podía ignorar.

—Tal vez para ti sea más fácil olvidar, pero no lo es para mí. Cada día es una lucha contra el recuerdo de lo que pasó, mamá. No dejas de sorprenderme nunca.

Me encontré mirando entre las dos, tratando de comprender la verdad detrás de esas palabras.

—Lo que pasa es que tu hermana es una exagerada —dijo, agitando la mano y restando importancia a lo que Cait decía.

—Mamá, ¿qué fue lo que hiciste para enojar tanto a Trevor? Mira que sé de sobra lo paciente que él puede ser contigo.

—Yo te lo contaré —interrumpió mi hermana.

—¿Por qué mejor no me dejas ver a Stephen y dejamos el pasado atrás? Ya pedí disculpas hasta el cansancio, y también acepté mi exilio. ¿Qué más debo hacer? —interrumpió mi madre—. Solo quiero poder tener en brazos a mi único nieto, a eso he venido. Me equivoqué, lo sé, me arrepiento.

Por suerte, Enya no se quedó demasiado tiempo, seguramente porque no era tonta y sabía que Trevor ya debería estar enterado de su presencia en la casa.

En cuanto mamá se fue, el silencio se apoderó de la habitación cuando cerró la puerta tras de sí, dejándonos a Caitríona y a mí a solas.

Advertí su mirada esquiva y sus gestos nerviosos, que me hicieron sospechar que era el momento para obligarla a hablar, pues podía reconocer muy bien cuando Cait se sentía incómoda y solo podía calmarse desahogándose.

—¿Qué fue lo que hizo, Cait? Sé que algo te pesa demasiado —le dije con firmeza, obligándola a mirarme a los ojos.

Ella suspiró, pareciendo cargar con un peso insoportable sobre sus hombros. Después de un momento de vacilación, comenzó a contarme la historia que había estado ocultando.

—Es que mamá hizo algo horrible —murmuró Caitríona.

La urgí a seguir.

Poco a poco fue soltándose, hasta que finalmente me relató con detalle cómo nuestra madre había tramado una serie de engaños y mentiras, llevándola a cometer actos que nunca habría imaginado. Cuando llegamos al meollo del asunto, Cait bajó la mirada, como si le avergonzara decir las palabras en voz alta.

—Mamá te vendió a un jeque árabe —confesó en un susurro, como si pronunciar esas palabras de manera casi imperceptibles para el oído humano pudiera hacerlas más llevaderas.

Sentí un nudo en el estómago. Incapaz de procesar completamente la magnitud de esa traición y de lo que significaba, sentí que me faltaba el aire y que estaba a punto de volcar por la boca todo el desayuno.

—¿Qué mierda estás diciendo?

—Cálmate, respira con calma, estás muy pálida, no te asustes. Trevor ya lo solucionó, sigues siendo libre. La cosa es que Trevor también se vio involucrado —continuó Caitríona—. Enya lo metió en un gran lío con los árabes, como si tuviera pocos problemas, pero ya sabes que él es muy hábil para apaciguar las aguas, sin embargo, tuvo que devolver el dinero que mamá ya se había gastado, y más. Era eso o iniciar una guerra con los árabes, porque exigían que te entregara.

Las palabras de mi hermana resonaron en mi cabeza como si estuviera atrapada en una pesadilla surrealista. No podía comprender cómo mi propia madre me había podido vender. La confusión y la ira se mezclaron dentro de mí. Antes de que pudiera procesar la situación, Caitríona continuó hablando.

—No sé qué hacer con nuestra madre, su ambición no tiene límites, y está visto que no le importa arruinar nuestras vidas.

La traición de mamá seguía resonando en mi mente, dejándome con mil y una preguntas sobre cuánto más desconocía de la oscura red de engaños que ella tejía a mi alrededor.

Agité la cabeza para deshacerme de los nefastos recuerdos. Mi mente saltó a mi otra preocupación, y me encontré preguntándome por lo que ocurriría al regresar a Estados Unidos. Parecía imposible tener paz, ya que no podía evitar pensar en Donovan; no habíamos vuelto a hablar, pero Valentina había tratado de mantenerme al tanto de lo que pudo averiguar de él.

El sonido de mi teléfono interrumpió mis pensamientos. Al contestar, sin mirar de quién se trataba, me encontré con la voz de Jake al otro lado de la línea.

—¡Hola, Ethna! ¿Cómo estás? —exclamó con arrebato.

—Hola, Jake.

—Después de tu salida abrupta del *nightclub*, experimenté una montaña rusa de emociones y me replanteé varias veces si volver a

llamarte, puesto que mi último mensaje jamás lo contestaste. —Su tono cambió, volviéndose más serio—. No he dejado de pensar en ti —admitió sinceramente—. La conexión que compartimos aquella noche ha dejado una profunda huella en mí.

Me quedé en silencio, sin saber qué decirle.

—¿Aún estás ahí, Ethna?

—Sí, aquí sigo.

—Quiero verte. ¿Aún estás en Puerto Banús? Yo he dejado Marbella hace algunos días; ya me encuentro de regreso en Boston. No puedo quitarte de mi cabeza. —Su voz denotaba determinación.

—Tal vez no sea una buena idea seguir viéndonos. Mi vida es un tanto complicada y no quiero enredar la tuya —expresé con sinceridad, esperando que entendiera.

—¿Cuándo nos vemos?

—¿No me has oído, Jake?

—Perfectamente, pero no me atemorizan las complicaciones. Por el contrario, los desafíos son mi motor.

—Debo colgar. Mi avión está a punto de despegar y debo apagar el móvil.

—¿Estás volviendo a Estados Unidos entonces?

—Sí.

—Nos veremos pronto. El destino conspiró aquella noche para reunirnos, Ethna, así que no voy a desistir de ti. Que tengas un buen viaje de regreso.

Capítulo cuarenta y uno

ETHNA

A medida que el *jet* privado comenzó el descenso entre las nubes, las ventanillas se llenaron de un blanco espumoso, reduciéndose significativamente la visibilidad a unos escasos metros.

Mi corazón latía con expectación, y la emoción crecía a medida que la ciudad se hacía más nítida a la vista.

Conforme la aeronave empezó a acercarse para hacer contacto con la tierra, el ruido del viento y los motores aumentaron, alertándome de que estábamos a punto de aterrizar.

Pronto la pista de aterrizaje se transformó en un faro donde las luces titilaban y trazaban el camino. Al momento en que el avión descendió, sentí una leve presión en los oídos que muy pronto se esfumó.

Aterrizamos en las afueras de Boston, y el bullicio de las turbinas poco a poco cesó, hasta que la nave se detuvo por completo. Mi mirada se llenó de esperanza mientras buscaba vorazmente a Donovan a través de la ventanilla. Sin embargo, la desilusión se apoderó de mí al darme cuenta de que él no estaba allí.

Había varios hombres que trabajaban para el clan, pero no quien yo ansiaba ver entre ellos.

Descendí del avión privado cuando me indicaron que podía hacerlo, y caminé en dirección al Escalade que aguardaba al costado de la pista y que pertenecía a la flota de automóviles de mis hermanos.

Mis custodios me escoltaron caminando tras de mí. Mientras avanzaba hacia el vehículo, me pregunté si finalmente este viaje había sido el fin de lo que hubo entre Donovan y yo.

Al abrir la puerta del SUV, fui recibida por la sorpresa de un enorme ramo de rosas rojas que yacía elegantemente en el asiento. No había ninguna tarjeta que revelara la identidad del remitente, pero mi mente inmediatamente voló hacia Donovan. La idea de que pudiera ser él quien había enviado esas flores avivó la llama de la esperanza en mi interior.

Las rosas exudaban un aroma encantador, y el enigma de su origen se entretejía con la incertidumbre del rumbo de mi vida. Me sumergí en la especulación, imaginando a Donovan preparando ese gesto romántico en secreto, conjeturando la forma que utilizó para hacerlas llegar, y sonreí. La ilusión creció en mi corazón mientras el SUV empezaba a desplazarse por el aeropuerto, y me aferré a la posibilidad de que, si bien él no había venido a esperarme, tal vez lo estaba haciendo en casa, dispuesto a convertir este reencuentro en un momento inolvidable.

Al acercarme a Manor Place, mi corazón comenzó a latir con una mezcla de emoción y nerviosismo. Lo había extrañado demasiado y había esperado con ansia el momento para volverlo a ver. El simple pensamiento me hizo sentir mariposas revoloteando sin parar en el estómago.

Al divisar la entrada de la majestuosa mansión, mis ojos escudriñaron ansiosos la fila de lujosos automóviles aparcados en el sitio de costumbre. Busqué con avidez el distintivo Mustang de Donovan. Mi mente se llenó de imágenes de los momentos pasados con él y me descubrí apretando las piernas. Sin embargo, a medida que mi vista recorría la fila de coches, la ansiedad comenzó a mezclarse con una incipiente desilusión, ya que no encontraba ninguno de sus automóviles por ninguna parte.

La esperanza se desvaneció lentamente, dejando espacio a la realidad, cuando finalmente el Escalade se detuvo frente a la gran casona de estilo francés. Estuve tentada de decirle al chófer que siguiera directo a mi casa, pero era evidente que mis hermanos me estaban esperando, así que no me quedó otra opción que descender.

Necesitaba impostar mi actitud abatida, y esconder mi tristeza y frustración, pues debía aceptar que el castillo de sueños que había construido en mi mente se acababa de desmoronar.

Durante el regreso a casa imaginé en vano nuestro reencuentro, ya que el contexto de la situación me demostraba que las expectativas y la realidad a veces seguían por caminos muy diferentes.

El frío quedó atrás en el momento en que traspasé la imponente puerta principal de la casa; sin embargo, la destemplanza de mi alma permanecía arraigada en mí, por más que allí se respirase un agradable aroma a hogar.

Al dirigirme a la sala, mis ojos se posaron en la calidez del momento en que Vero sostenía en sus brazos a la pequeña Norah, amamantándola con ternura.

—Ethna, ¡qué bien que ya estás aquí! —exclamó Deé, acercándose a recibirme con entusiasmo—. Justo estábamos hablando de ti.

Alex, con su sonrisa característica, se unió al grupo en aquel momento, haciéndome sentir parte importante de la familia con su abrazo, aunque la desilusión reclamara cada poro de mi cuerpo.

—Hola a todas. ¿Se puede saber cuál es el motivo de que me estuvieran nombrando?

Vero dejó a Norah en la cuna que estaba instalada en la sala y se sumó al círculo.

—Necesitamos tu ayuda —dijo después de darme un beso en la mejilla y cogerme del hombro—. Estamos seguras de que podrás hacernos buenos aportes —anunció Vero con un brillo extraño en los ojos.

—No entiendo.

—Donovan y Zoe se comprometerán —dijo con el desparpajo que la caracterizaba. De inmediato sentí las miradas de Alex y Deé, expectantes de mi reacción.

—Lo que sucede es que la madre de Zoe murió mientras tú estabas en España —me explicó Alex—, y teniendo en cuenta que la familia Kinkaid aún está de duelo, Aidan dijo que la fiesta se celebrara en la mansión, algo sencillo, pero no queremos que el momento pase desapercibido. Sabes que Donovan es como de la familia.

—Sí, queremos organizar una fiesta, pequeña, austera, pero inolvidable, para celebrar su amor —concluyó Deé.

La noticia del compromiso resonó en mis oídos como el acto principal de una ópera trágica, convirtiéndose en un himno de despedida que significaba el final de mis ilusiones junto a él.

No quise desvelar que ya sabía de la muerte de la señora Kinkaid, porque eso dejaría en evidencia a Valentina, pues ella me pasaba la información del día a día que podía recoger entre las empleadas de la casa.

Sin embargo, no debí disimular lo suficiente el impacto que supuso la noticia de que la boda seguía adelante, puesto que Deé, percibiendo mi cambio de ánimo, se levantó del sofá y se acercó adonde permanecía de pie, con preocupación en sus ojos.

—¿Te sientes bien?

Las palabras se atascaron en mi garganta al darme cuenta de que Donovan había tomado una decisión sobre su vida sentimental, y esa decisión no me incluía.

Asentí con la cabeza, esbozando una sonrisa forzada, tratando de convencerme de que no me ocurría nada, pues no podía explicarles que la noticia me había devastado, ya que aún sentía en mi piel los resabios de sus caricias antes de partir a España.

—Sí, no es nada, supongo que debe tratarse del *jetlag*. Me duele un poco la cabeza.

—Ay, pero qué inhumanas somos, chicas —acotó Deé—. Ethna acaba de llegar y ya la estamos atosigando, pidiéndole colaboración con el evento.

—Es cierto —corroboró Vero—. Ven, siéntate aquí con nosotras, deja tu bolso y cuéntanos cómo estuvo el viaje. Y lo más importante: queremos ver todas las fotos de mi sobrino. Sabes que Trevor y yo siempre nos hemos querido como si realmente fuéramos hermanos. Es muy parecido a él, ¿verdad? Perdón por Cait, pero a simple vista uno se da cuenta que no sacó nada de ella.

—Sí, tienes razón, Stephen es el vivo retrato de su padre.

Me sentí agradecida por el cambio de tema, ya que realmente estaba a punto de salir corriendo, al borde de las lágrimas, puesto

que lo que habíamos supuesto con Val no era tal, pues la muerte de la madre de Zoe no había aplazado nada.

La voz de Claudia se hizo eco en la sala y la vimos descender los escalones que comunicaban el amplio *hall* de entrada con el sitio donde nos encontrábamos.

—Oh, miren a quién tenemos aquí: a nuestro novio estrella. Llegas justo, querido. Aquí las chicas y yo estábamos debatiendo detalles de tu compromiso, y queríamos consultarte ciertas cosillas.

Las cuatro nos volvimos hacia donde Claudia miraba, en el momento justo en que Donovan entró por la puerta trasera de la terraza que lindaba con el salón.

Nuestras miradas se encontraron en ese instante, como si se tratase de los polos opuestos de un imán que no pueden evitar la fuerza de atracción que emerge entre ellos, provocando que las voces y toda la acción que pasaba en la sala se volvieran imprecisas, como si el mundo entero se hubiera consumido a nuestro alrededor, hasta transformarse en ese único punto donde nuestros ojos se entrelazaron y nada ni nadie más importaba.

Su oscura, profunda y penetrante mirada era fiel a la conexión que él y yo sabíamos que existía entre nosotros; se trataba de la fuerza de una energía subyacente que fluía silenciosamente entre nuestros cuerpos, con un poder incuestionable. Incluso las palabras se volvieron innecesarias para rememorar en silencio la historia que solo Donovan y yo conocíamos.

En ese instante supe que algo se había alterado levemente, cambiando el curso de los acontecimientos de la noche. Podía decir sin temor a equivocarme que Donovan y yo éramos dos piezas de un rompecabezas que encajaba de una manera que desafiaba cualquier explicación lógica y cualquier orden.

—¡Ethna, llegaste!

La voz de Róni provocó que el hechizo se rompiera. Volví la vista al frente para mirar a mi hermano, que venía acompañado de mis otros dos hermanos.

Aidan fue el que divisó a Don.

—Hey, Donovan, llegaste justo. Creo que tienes una habilidad especial para saber cuándo se come en esta casa, porque siempre

llegas en el momento exacto. Claudia acaba de irnos a buscar para sentarnos en el comedor a cenar.

—No, nada de eso, solo es casualidad, lo juro —se disculpó—. Regresaré luego, no quiero interrumpir a la familia.

Aidan se acercó a él y le dio un puñetazo contenido en las costillas mientras lo cogía por el cuello con el otro brazo.

—Deja de decir bobadas, siempre eres bienvenido.

Mis hermanos se acercaron a saludarme. Los tres me cobijaron en un abrazo protector y me indicaron lo felices que estaban de tenerme de regreso.

Donovan y yo nos saludamos fríamente; pasado el estupor al verlo, no pude pasar por alto que estaba preparando su compromiso con Zoe Kinkaid, y lo aborrecí con todas mis fuerzas, haciéndoselo saber con mi actitud.

—¿Estás lista para retomar el proyecto? —me interrogó Aidan mientras caminábamos hacia el comedor.

Se refería a la sala de torturas y las reformas en el *nightclub*. Aunque yo no había estado en el país, no me había desentendido de las diligencias, pues había estado en contacto estrecho con los trabajadores, que en mi ausencia habían seguido adelante con la obra en cuestión.

—Por supuesto, mañana a primera hora pasaré a chequear todo lo realizado, aunque me consta que va muy encaminado y pronto podremos poner fin a las tareas de remodelación. Los equipos están haciendo un trabajo muy grande. Haber puesto dos equipos de tareas ha sido un acierto para que la obra se concluya muy rápido, ya que se trabaja en doble turno.

Si bien al principio había querido huir de aquel lugar, al ver a Donovan quise quedarme para encontrar la oportunidad y pedirle explicaciones de que me estuviera excluyendo de su vida después de follarme como un loco antes de que me fuera.

Terminamos sentados uno junto al otro en la mesa.

«Bien, solo falta que echen la pasta», pensé.

—Acabo de llegar y me encuentro con la feliz noticia de que están planeando tu boda.

—Mi compromiso —me aclaró mientras cogía la bandeja que le acababa de pasar para que se sirviera ensalada.

Moví mi pie y enterré mi tacón sobre su Santoni izquierdo, haciéndolo sobresaltar.

—Bueno, en fin, el compromiso solo es un paso antes de la boda, ¿cierto? —pregunté a bocajarro, esperando que alguien me secundara.

—Ethna tiene razón, por supuesto. Lo que sigue, y muy pronto, es tu boda —aseveró Aidan.

Le pasé la fuente de la otra ensalada de mala manera, conteniéndome, porque lo que deseaba era ponérsela de sombrero.

—Aaah, y en ese caso, ¿para cuándo sería? ¿Ya hay fecha? Cuéntanos todos los planes, siempre es agradable oír historias de amor.

—Lo que tengo para relatar no es nada nuevo, pero tal vez tú sí tienes novedades, porque me enteré de que te hicieron llegar flores al aeropuerto. ¿Por qué mejor no nos cuentas quién te envió ese enorme ramo de flores que aún permanece dentro del coche? Ya que dices que oír historias de amor es agradable, estoy seguro de que tú tienes una que contar.

—¿Cómo? ¿Cómo es eso? —arremetió Keiran, muy interesado.

DONOVAN

Desde que me acerqué a los custodios que escoltaron a Ethna desde Hanscom Field y les pregunté si todo había estado tranquilo, empecé a ver todo rojo cuando me informaron que sí, salvo por el hecho de que le habían dejado un ramo de flores en el aeropuerto, y que habían decidido entregárselo tras revisarlo para cerciorarse de que no fuera peligroso y de que tampoco contuviera micrófonos.

Como un poseso, había abierto la puerta del SUV para buscar alguna tarjeta que me indicara una pista; no había nada.

—¿Qué nombre tenía la tarjeta? —pregunté de inmediato, comprendiendo que tal vez ella la había guardado.

—No había tarjeta, señor.

Se trataba de alguien que estaba al tanto de los movimientos de Ethna.

Por eso, cuando ella quiso burlarse de mi situación con Zoe Kinkaid, decidí abordarla, poniéndola en evidencia ante todos para que no le quedase más remedio que admitir el nombre de su enamorado secreto.

Sus mejillas se colorearon de un tono carmesí cuando la expuse, y su mirada se clavó en mí como si fueran dagas.

—Pensé que vosotros habíais enviado las flores —contestó a Keiran, mirándolo fijamente a los ojos tras ladear su rostro.

—Nosotros no fuimos, ¿no? —acotó Róni mirando a Aidan para que se lo asegurara.

—No —dijo este muy calmado—. ¿No tienes idea de quién te pudo haber enviado las flores?

—No —aseveró ella descaradamente sin mirar a su hermano, al tiempo que enterraba su vista en el plato para recoger un bocado y llevárselo rápidamente a la boca tras decir—: las conservé porque pensé que las habíais enviado.

Su respuesta parecía genuina, pero algo en la forma en que evitaba la mirada me hizo dudar.

—Me parece extraño que alguien haya enviado flores sin dejar una nota o algo. ¿No te parece? —prosiguió diciendo Keiran. Las mujeres se miraron entre sí, pero ninguna acotó nada.

Ethna soltó una risa nerviosa mientras jugueteaba con su comida.

—Bueno, no sé, a veces la gente hace cosas un poco raras, ¿no crees?

—En nuestro mundo no hay lugar para esas cosas raras. Donovan, averigua si revisaron bien esas flores; en todo caso, que lo vuelvan a hacer —me indicó Aidan. Algo me decía que él tampoco se tragaba el cuento de que ella no sabía de quién se trataba.

—Ya lo hice, están limpias —contesté.

Ella ladeó la cabeza y me miró con saña, pero no dijo nada.

—¿Segura que no sabes nada al respecto? Tal vez conociste a alguien en España y tenéis pensado reencontraros.

Volvió a recoger un bocado de su plato y antes de llevárselo a la boca, habló:

—No tengo idea, Róni, y no, no conocí a nadie.

Primera mentira comprobada: ella había conocido a alguien y lo ocultaba. Lo sabía muy bien, porque me había enviado una fotografía. Noté el cambio en su tono de voz y la evasiva en sus respuestas, ya que no levantaba la cabeza para contestar.

Mis sospechas, y estaba seguro de que las de sus hermanos también, se intensificaron.

Me costaba creer que Ethna no supiera quién le había enviado las flores. La sombra de la duda persistía en mi mente, y estaba seguro de que ocultaba algo, ya que su actitud no cuadraba del todo con la honestidad que siempre exhibía.

Esperé unos segundos, zanjando el tema para que todos dejaran de prestar atención. Luego miré a Aidan, y sin que nadie lo notara, él me hizo una bajada de ojos casi imperceptible, indicándome que me ocupara.

No podíamos dar por sentado que la persona que pretendía acercarse a Ethna fuera completamente inofensiva, más aún si evitaba exponer su nombre públicamente.

Ahora que tenía vía libre, podía encargarme de encontrar al hijo de puta que intentaba cortejarla. Nada mejor que tener el visto bueno del jefe para no tener que ocultar mis movimientos.

Capítulo cuarenta y dos

ETHNA

Acabada la cena, anuncié que me retiraba a casa. El cansancio por el viaje se había apoderado de mí y ansiaba la comodidad de mi hogar. Además, estaba demasiado cabreada para seguir escuchando los planes del compromiso de Donovan y Zoe, aunque agradecía que, por la muerte de la señora Kinkaid, fuera el compromiso y no la boda.

Los hombres se habían retirado al sótano, seguramente para hablar de trabajo, y las mujeres pensaban seguir la velada en la sala para continuar con los preparativos de la fiesta.

—Os dejo. Estoy segura de que os podéis arreglar perfectamente sin mí. Necesito llegar a casa y darme una ducha antes de dormir. Aún me duele la cabeza por el *jetlag.*

Me despedí de todas y me marché. Al salir, los custodios, que aún no se habían retirado, insistieron en acercarme a la vivienda que ocupaba dentro de Manor Place.

—Gracias, prefiero una caminata nocturna. Aquí no hay peligro, así que relajaos. Brandon, Oscar, ya podéis retiraros. No os volveré a necesitar por hoy. Id a descansar, que ha sido un largo viaje —decliné con firmeza.

Brandon se apresuró a tomar el ramo de flores que había quedado dentro del coche y se ofreció a acompañarme cargándolo. Mi impulso fue decirle que arrojara las flores al cesto de la basura. Al oír el ruido de una puerta cerrándose, di una mirada rápida que reveló a Donovan saliendo de la mansión, listo para marcharse, pues estaba colocándose el abrigo Brioni de paño negro. Teniendo en cuenta que las flores habían molestado a Donovan, reconsideré mi

decisión. Tomé el lujoso y enorme ramo de rosas entre mis brazos y volví a expresar mi preferencia por caminar.

—Brandon, por favor, llevad mis maletas a la casa antes de iros. Muchas gracias por todo.

Miré por el rabillo del ojo a Donovan, que me observaba fijamente, pero decidí ignorarlo. Ese hombre estaba quitándome toda la cordura. Con las flores en mis brazos y el camino por delante, comencé a alejarme de Manor Place, sumergiéndome en el sendero que me llevaba a mi nuevo pero antiguo hogar.

Apenas empecé a andar, me envolvieron la oscuridad y el frío de la noche. Intentaba ahogar los pensamientos que amenazaban con desbordar mi mente. Me dolía el alma imaginarlo con Zoe Kinkaid. Tragué el nudo en mi garganta y continué avanzando. En ese momento una fuerza inesperada me sujetó y me dio la vuelta.

—¿Quién te envió esas flores? —preguntó Donovan con una mezcla de curiosidad y posesión en su voz.

Ahí estaba él, mirándome fijamente y aplastándome contra su fuerte pecho, pidiéndome explicaciones por las rosas. Sus ojos intensos buscaban respuestas en los míos, y mi corazón palpitaba con fuerza, propagando un fuego entre nosotros. Aunque me esforzaba por mantenerme en calma, la presión de su pecho contra el mío hizo que me faltara la respiración. Donovan no parecía entender que lo único que yo deseaba era eso, que siempre me tuviera así, cobijada contra su cuerpo. Además, no comprendía que no era bueno que estuviéramos tan cerca si me quería alejar de su lado.

Traté de desviar la mirada para evitar sentirme obnubilada. Donovan me cogió por el mentón y su firme agarre no me permitió escapar. Estábamos tan cerca que podía sentir su respiración en mi rostro.

Sabía que no podía ocultar la verdad por mucho tiempo, pero tampoco estaba dispuesta a traerle problemas a Jake. Así que al que tenía que alejar era a él. Tal vez, después de todo, no había sido una buena idea provocar a Donovan con las flores. Él era un hombre muy peligroso, y Jake no pertenecía a este mundo oscuro y ruin.

—No es asunto tuyo —murmuré intentando mantener mi postura desafiante. Por alguna razón no podía no hacerle frente, aunque supiera que no era un rival fácil.

Donovan no cedía; era un hueso duro de roer. Su mirada penetrante me exigía a gritos la verdad. El frío de la noche pareció en ese instante tornarse más intenso a nuestro alrededor, como si una tormenta estuviera por desatarse.

—Todo lo que tenga que ver contigo es asunto mío.

—Pues deberías ocuparte de tu prometida y dejarme en paz. Llegué de España y me encontré con todos los preparativos en marcha para tu compromiso, ¿cómo crees que me sentó? Me follaste como un desquiciado antes de irme, ¿piensas que no tengo sentimientos? Pues bien, tú ya tomaste una decisión, así que comprendí que mi corazón es libre. Lo arrojaste a los lobos cuando decidiste seguir adelante con esa estúpida boda. Así que, Donovan Connell, no te pertenezco. Lo que yo haga y a quién decida aceptar tampoco te incumbe, métete en tus asuntos.

—Lo descubriré, ¿sabes? —dijo con determinación, sin apartar la mirada de mis ojos—. Voy a descubrir quién es el hijo de puta que te envió flores en mis narices.

La tormenta ya había comenzado en nuestros corazones, y no había forma de escapar de ella.

Intentó besarme por la fuerza, pero me resistí, mordiendo su labio hasta hacerlo sangrar.

—Déjame en paz. Me estás volviendo loca —le grité apartándolo de mí. Le arrojé las flores a la cabeza y empecé a correr, pero Donovan me detuvo.

—¿Fue el idiota que estaba contigo en Marbella? Voy a matarlo, Ethna. Voy a cortarle la cabeza y te la traeré como trofeo si se atreve a acercarse a ti. Por su bien, espero que solo haya sido esa cena y nada más, porque serás la responsable de su muerte.

—Eres una bestia —le grité, aunque debía reconocer que él parecía dolido.

—Sí, soy el diablo en persona, y ¿sabes qué? Me gusta serlo. Ruega por que no descubra que pasó algo más entre él y tú.

—¿Quieres saber lo que pasó? No tendrás que descubrir nada porque yo misma te lo diré: me acosté con él, me folló mucho mejor que tú, me hizo volar con cada orgasmo que me arrancó.

»¿O creías que iba a quedarme llorando por ti mientras tú vives tu vida con Kinkaid? Ahora… ¡fuera de mi camino! ¡Tú no tienes ningún derecho a nada!

—Eres igual que todas: os abrís de piernas con el primero que se os cruza y os olvidáis del cariño que dijisteis sentir. ¡Eres una puta!

Mi mano salió volando y lo abofeteé.

—No permitiré que insultes mi dignidad de esa manera. ¡No soy una puta!

Quiso volver a besarme a la fuerza. No cedí; él era mucho más fuerte que yo, pero yo era igual de tozuda.

—Tú eres el único que me trata como si lo fuera. Te aborrezco. Déjame en paz, deja de molestarme.

—Me importa un carajo lo que quieras, me importa una mierda, porque siempre me pertenecerás. Y no estoy prometiendo en vano. Te juro, Ethna, que lo voy a matar por haberse atrevido a tenerte. Sabes bien cuánto disfruto bañando mis manos con sangre, voy a arrancarle las tripas a ese bastardo. Dame tiempo para descubrir quién es y entonces verás lo que le pasa.

—No te atrevas. Estás completamente loco. No necesitamos tu permiso para hacer lo que nos venga en gana.

Lo mejor era mantenerme con la boca cerrada, pero no podía dejar de desafiarlo. Le había mentido, no me había acostado con Jake, pero necesitaba hacer que le doliera tanto como me dolía a mí imaginarlo con Zoe.

Me cogió por el cuello, manteniéndome alejada de él. Yo intentaba darle manotazos y patadas, pero Donovan sabía muy bien cómo tenerme controlada. Giró mi cuerpo y me aprisionó contra su musculoso torso, restringiendo todos mis movimientos, trabando además mis piernas entre las suyas y apresándome entre sus brazos, que eran como cinchos de acero. Su perfume no ayudaba, porque solo me hacía desear esa cercanía, sin importar la forma ni el lugar.

—En cuanto averigüe su nombre —habló contra mi oído; su voz oscura y prometedora me hizo estremecer—, lo voy a descuartizar y te lo enviaré de regalo en una caja.

Donovan me empujó, y el impulso me transformó en una marioneta sin control. Me quedé allí sin saber qué hacer, mientras lo veía alejarse. Él caminaba dando grandes zancadas en dirección a su automóvil.

Mis pasos se volvieron desordenados cuando quise retomar el camino. Al abrir la puerta de mi casa, el cálido y sincero abrazo de Valentina me envolvió dándome la bienvenida. Me aferré a ella con fuerza. Como me conocía tanto, captó al instante que algo no estaba bien.

—¿Qué pasa, Bae?

Sintiendo la necesidad de compartir mi dolor, le relaté lo sucedido con Donovan. Con cada palabra, el peso en mi pecho en vez de disminuir aumentó. Y aunque ella siempre había sido mi refugio en las tormentas que se desataban en mi interior, esta vez no pude encontrar en su compañía consuelo ni fortaleza para enfrentar la realidad.

—Ya lo sabía —terminó confesándome—, solo que no quise amargarte el regreso. Estaba al tanto de que en la casa preparan los festejos del compromiso. Tienes que olvidarte de él.

—¿Cómo hago? Acabo de contarte lo que me dijo. No sé qué pretende.

—Tienes que seguir adelante con Jake. Estoy segura de que vas a tener la bendición de tus hermanos.

—Eso es imposible, nadie que no pertenezca a nuestro mundo puede formar parte de él. Además…, no soporté sus besos cuando estuvimos en Marbella.

—Porque tienes a ese idiota de Donovan metido en tu cabeza.

—Qué más quisiera yo que tuvieras razón.

—Basta, no llores más.

Tomé una profunda bocanada de aire y asentí.

Más tarde, ya metida en la cama y sumergida en la penumbra de mi habitación, mi mente daba vueltas sin descanso con todo lo ocurrido. Había sido un día agotador, lleno de emociones

desestabilizadoras, y aunque mis párpados pesaban por el cansancio, no conseguía conciliar el sueño. Anhelaba que el agotamiento me venciera y me arrastrara a los brazos de Morfeo, envolviéndome en un éxtasis reparador. Aunque durmiera mil años, cuando despertara, los problemas no habrían desaparecido.

En el instante en que pensé que por fin me dormiría y que mis pensamientos se detendrían, una chispa de conciencia surgió dentro de mí. Me senté de golpe en la cama y me toqué la cabeza al comprender lo que podía pasar si no me ocupaba rápido.

—Joder, ¿cómo no lo pensé antes?

Acababa de recordar que mis teléfonos, tanto el personal como el del trabajo, eran monitoreados por seguridad. Así que salté de la cama al ver que Donovan podía descubrir mi conexión con Jake a través de esos dispositivos.

Él era sumamente astuto, y estaba segura de que pronto se pondría a indagar. Sabía perfectamente que no había sido una amenaza para asustarme. Decidida a ponerle fin a la angustia que me invadía, caminé con determinación. Mis pies tocaron el frío suelo, y me dirigí a la habitación de Bae. Cuando entré en su dormitorio, ella ya estaba dormida. Sigilosamente para no interrumpir su sueño, cogí de la mesilla de noche su teléfono y me lo llevé.

Regresé a mi habitación y me sumergí en la tarea de hablar con Jake. Mis dedos danzaron sobre la pantalla, tecleando un mensaje que serviría para ponerlo sobre aviso.

Hola, Jake, soy Ethna. Gracias por las flores, son hermosas.
¿Recuerdas lo que te dije sobre que mi vida es un tanto complicada? Pues bien, necesito pedirte que, por favor, no me llames ni me envíes mensajes a mi teléfono. No puedo explicarte por qué, y créeme que es por tu seguridad. Por eso te estoy escribiendo desde este número. Sé que suena extraño lo que te digo, pero es mejor mientras menos sepas. Nunca fue una buena idea que te dejara acercarte a mí. Olvídame.

Escribí liberando mis preocupaciones en cada pulsación de mis dedos sobre la pantalla. Al enviar el mensaje, una sensación de alivio se apoderó de mí. Sabía que Jake no comprendería del todo lo que le estaba diciendo, pero tenía fe en que finalmente entendería que cuando le hablé de complicaciones, no mentía. Esperaba que tuviera el tino suficiente para olvidarse de mí y comprendiera que no podíamos seguir en contacto.

El peso de la incertidumbre continuaba asentado en mi estómago. Estaba a punto de regresar a la habitación de Valentina para devolverle el teléfono cuando empezó a vibrar en mi mano. Reconocí el número en la pantalla, era Jake.

—Mierda, ¿por qué no capta que nada bueno puede pasar si sigue insistiendo conmigo?

Dudé en coger la llamada, pero finalmente lo hice.

—Ethna.

—Jake, te pedí que me olvidaras, ¿por qué no me haces caso? —le rogué angustiada.

—¿Por qué no me cuentas qué está pasando? ¿Qué te tiene tan afligida? ¿Acaso… no eres libre?

—No quiero seguir hablando, lo siento.

Debí haberlo pensado mejor en Marbella, no debí alentarlo a creer que él y yo podíamos tener algo más que los momentos que compartimos esa noche.

—Los Cavanaugh no me asustan. Sé muy bien quiénes son tus hermanos y lo poderosos que son.

Me quedé en silencio un momento, tratando de procesar la información que él estaba revelándome. No había especificado lo que sabía de ellos, pero no diría nada.

No era extraño que los conociera; todos en Boston sabían el poder que tenían y, por eso, nadie se atrevía a desafiarlos ni a interponerse en su camino. Tenían hasta la justicia de su lado. La mafia es un círculo vicioso del que nunca se logra salir. Por más legalidad que se intente dar a los negocios, siempre habrá alguien con quien tendrás que ceder para cuidar tu espalda, porque las cosas malas jamás se borran, y eso hace que los negocios ilegales sigan existiendo. No había otra forma de subsistir dentro del inframundo al que

pertenecíamos. No obstante, aunque Jake supiera lo peligrosa que era mi familia, nuestra conexión seguía siendo imposible, porque además estaba latente la amenaza de Donovan, y el *enforcer* nunca amenazaba en vano.

—Ethna, no me pidas que te olvide, porque eso es algo que no sucederá.

—Jake, no seas terco. Debes olvidarme.

Hubo un suspiro pesado al otro lado de la línea.

—No pienso hacerlo. Solo me importas tú, no he podido dejar de pensar en ti desde que te conocí, te metiste bajo mi piel. Hagamos una cosa. Supongo que no me llamas desde tu móvil porque tus llamadas son monitoreadas. Puedes quedarte tranquila, no podrán rastrearme. En los negocios uno siempre tiene que ser precavido ante el espionaje informático e industrial, porque van de la mano.

La voz de Jake resonó con determinación, desafiando las barreras que estaban impuestas entre nosotros. Su fortaleza debería darme fuerzas a mí también para intentarlo, pues era perfecto saber que él estaba dispuesto a luchar por mí, a diferencia de Donovan, que solo había hecho lo que mis hermanos le ordenaron que hiciera, sin siquiera intentar blanquear lo que sentíamos.

Era hora de que aceptara que lo que Donovan sentía por mí no era tan fuerte como lo que yo sentía por él, quizá incluso debía reconocer que solo signifiqué una aventura antes de unirse a Zoe Kinkaid, y ahora se mostraba en apariencia celoso, porque no podía soportar su orgullo de macho herido.

—Ethna, ¿sigues ahí?

—Sí, Jake, estoy oyéndote, y asimilando cada palabra. Pero… —negué con la cabeza— esto no puede seguir adelante. Adiós.

—No me cortes. Yo arreglaré todo para que podamos vernos. Que te quede claro que no desistiré de ti. Me tendrán que aceptar a tu lado, sin importar que yo no pertenezca a la Irish Mob.

—¿Qué acabas de decir? No sé a lo que te refieres.

Jake se rio del otro lado.

De pronto tuve la necesidad de negar que mi familia perteneciera a la mafia, pues realmente no sabía quién era Jake, ¿y si todo era una trampa para hacerlos caer? Sentí pánico. ¿Y si me estaba

usando para atraparlos? Todo se había vuelto dudoso, pero también podía ser cierto que Jake estaba decidido a luchar por lo que sentía, sin importar los obstáculos que se interpusieran en nuestro camino. Tal vez debía aceptar que nos volviéramos a ver y comprobar qué era lo que realmente buscaba. Muchos en la ciudad sabían del clan, pero nadie quería cruzarse en el camino de ellos; sin embargo, por teléfono no iba a decir nada que pudiera incriminar a nadie.

Podía ser que Jake estuviera dispuesto a cruzar este infierno por mí, y yo perdía la oportunidad para quedarme lamentando por un hombre que no me amaba lo suficiente.

Me toqué la frente y me dije que estaba siendo ilusa.

Era una locura, y no podía seguir adelante.

Con las manos temblorosas le colgué. Y me quedé viendo el móvil. De inmediato, el mío empezó a sonar, era él. No iba a cogerlo. Enseguida llegó un texto.

> El amor se siente, se vive, y eso es lo que haremos de aquí en adelante. Ahora déjame decirte que me alegra mucho saber que te gustaron las flores.

No iba a contestarle. Jake hablaba de amor, pero mi corazón no podía asimilar ese sentimiento viniendo de él. Además, su insistencia estaba asustándome. Porque si seguía escribiendo aún con mis advertencias, entonces sí estaba confiado en que su contacto no podía rastrearse.

> Quiero llenarte de regalos, Ethna, eso fue un simple recordatorio de que no me borrarás tan fácilmente de tu vida. Si lo piensas, también es una muestra de que puedo hacerte llegar cosas sin que nadie sepa quién te las dio. Nada ni nadie se interpondrá entre nosotros, puedes estar segura.

Bloqueé su número sin contestarle. Mi cabeza era una coctelera. No sabía qué creer, me aterrorizaba pensar que podía estar

poniendo en peligro a la familia. ¿Y si Jake era un espía, alguien de la DEA o del FBI?

Tenía las manos sudorosas. Tecleé en el teléfono de Valentina también, bloqueé su número y borré todo rastro de la llamada y los mensajes que le envié y que él me envió. Aunque sabía que eso no resolvería nada.

Capítulo cuarenta y tres

ETHNA

Había pasado los siguientes días inmersa en una nebulosa de emociones encontradas, tratando de pasar los sinsabores de los preparativos del compromiso entre Donovan y Zoe, sumergida en el trabajo.

Esa tarde estaba pensando en Jake, en que no había tenido más noticias suyas, y que tal vez por fin había comprendido que no quería nada con él, cuando mi asistente entró haciéndome sobresaltar.

—Lo siento, no quise asustarte —se disculpó Darcy con una sonrisa.

—No te preocupes, estaba distraída. ¿Qué necesitas? —respondí, intentando volver a enfocarme en la tarea que tenía entre manos.

—Tu próxima cita acaba de llegar. Es el señor Welton, ¿recuerdas que están interesados en una renovación? Es el encargado de conseguir la propuesta que más se adecúe a las reformas que necesitan hacer en la empresa para la que trabaja. No dio muchos datos, dijo que prefería explicártelo en persona.

—Perfecto, dile que en unos minutos lo atenderé, ofrécele algo para beber, y… llévame un agua Perrier para mí.

Me levanté de mi escritorio, ajusté mi chaqueta y tomé mi tableta para tomar apuntes durante la reunión. La oportunidad de trabajar en un proyecto de renovación siempre me entusiasmaba, y estaba lista para ofrecer toda la ayuda que el señor Welton y su empresa necesitaran.

Al entrar a la sala de reuniones, me encontré con un hombre de aspecto muy formal; le calculé unos cuarenta años. Nos

estrechamos la mano y nos sentamos para discutir los detalles del proyecto. El señor Welton comenzó a explicarme las necesidades y expectativas de su empresa. Yo tomaba notas y hacía preguntas para comprender sus objetivos.

—Estamos buscando darle un nuevo aspecto a la oficina central. En ese piso se ubican el director ejecutivo, el director financiero y el director de operaciones, pero queremos algo más que una simple renovación estética. Necesitamos optimizar el espacio y hacerlo más funcional y energéticamente eficiente. Además, el CEO desea que su ala quede separada y más privada. ¿Cree que puede ayudarnos con eso? —preguntó el señor Welton, mirándome con interés.

Asentí con confianza y le expliqué mi enfoque en proyectos anteriores similares. Encendí la gran pantalla táctil que iba del techo al suelo y busqué algunos de los trabajos que nuestra empresa había realizado para darle algunas referencias de lo que podíamos hacer.

—Una inspección del lugar nos permitirá entender mejor las posibilidades y limitaciones del espacio. A partir de ahí, podré elaborar un plan que cumpla con sus objetivos de renovación, desde la optimización del diseño hasta la implementación de soluciones sostenibles —expliqué, transmitiéndole mi compromiso con la excelencia arquitectónica y la funcionalidad.

»Perdón, aún no me ha dicho en qué empresa serán las reformas. Me gustaría tener un pantallazo del lugar, aunque sea por fotos en la web.

—Si no le importa, a mi jefe le gustaría hablar con usted. Se disculpa por no haber podido venir en persona, pero tenía una reunión impostergable. Sin embargo, a esta hora ya debe estar desocupado, así que, si está de acuerdo, podría ahora mismo conseguir una llamada por FaceTime para ponerlos en contacto.

—Claro, no hay problema, sería fabuloso. Déjeme que le dé acceso para que conecte la llamada con la pantalla interactiva —expliqué, señalando la pared.

—Si me disculpa, mi jefe prefiere que el contacto sea a través de mi móvil. Por seguridad.

Me sonó rara la solicitud, pero accedí. La gente podía ser muy rara y no iba a ponerme quisquillosa.

El señor Welton cogió su móvil, tecleó y luego puso el aparato frente a mí. Cuando la imagen me devolvió a la persona que estaba del otro lado, casi me da un infarto al ver que se trataba de Jake Bright.

—Señor, le presento a Ethna Clancy, la brillante arquitecta que es candidata para liderar el proyecto de renovación de nuestro edificio —dijo el señor Welton con entusiasmo. Él no sabía que nos conocíamos.

Al principio me quedé aturdida, pero Jake rápidamente tomó la dirección de la situación. Él asintió con una sonrisa, sus ojos reflejaban interés y profesionalidad.

—Un placer, señorita Clancy. Mi nombre es Jake Bright y he oído hablar mucho de usted y de sus habilidades en el ámbito arquitectónico. Estoy ansioso por que vea nuestra empresa y recibir su propuesta.

—Mucho gusto, señor Bright. Es un placer hablar con usted. Espero que lleguemos a un entendimiento —respondí, intentando disimular mi sorpresa al verlo. Observé su expresión formal pero amable a la vez, como si estuviera evaluando cada palabra que decía. Me cuestioné por qué le seguía el juego y fingía también que no lo conocía. Aun así, seguí con la farsa.

—¿Qué tal si nos tuteamos? No tengo dudas de que nos vamos a entender.

—Por mí no hay problema, señor Bright.

—Jake, por favor —me corrigió—. Ethna, después de estudiar la reputación y creatividad de varios arquitectos, entendí que tu estilo es el que más se asemeja a las reformas que tengo en mente. He sondeado en tu porfolio y llegué a la conclusión de que necesitamos a alguien con tu visión y experiencia para llevar a cabo esta renovación en Bright Industry. ¿Te explicó Welton las reformas que queremos hacer? —comentó Jake. Su tono de voz mostraba una confianza que me tranquilizó para seguirle el juego, pero me cabreaba que no entendiera que él y yo no podíamos seguir adelante con nada.

—Aprecio tus palabras, Jake. Me estoy enterando ahora del tipo de empresa donde se harán las renovaciones. Lo cierto es que

habíamos hablado muy poco con el señor Welton antes de la llamada. Quiero informarte de que evaluaré el trabajo que se requiere para transformar Bright Industry en un espacio que refleje la innovación y el éxito que la empresa representa. Será un desafío emocionante en caso de que pueda sumergirme en él —respondí, tratando de transmitir mi recelo con seguir adelante.

—Ethna, confío en que eres la persona adecuada para llevar a cabo un trabajo excepcional —afirmó Jake.

—Agradezco tu confianza, Jake. Pero aún no puedo comprometerme con nada hasta no ver el espacio. Estaré en contacto para coordinar la visita al lugar y comenzar el proceso de evaluación —aseguré—. Me comunicaré con el señor Welton —dije, intentando anticiparle la distancia que deseaba mantener entre nosotros, aunque pensaba no acudir a la entrevista.

—Welton te dará el número de mi secretaria para que podamos arreglar una cita ajustando tu agenda y la mía. De ahora en adelante, seguiremos tratando tú y yo. Espero que muy pronto puedas venir para empezar con todo.

La llamada concluyó con una sensación extraña. Después de despedirme de Jake, Welton sonrió satisfecho y agradeció mi disposición para considerar el proyecto.

—Estoy seguro de que hará maravillas, señorita Clancy. No tengo dudas de que Bright Industry estará en buenas manos —comentó el representante de Jake antes de irse.

Vaya lío en el que me encontré sin darme cuenta. Jake no dejaba de insistir, y yo me sentía completamente desprevenida ante su persistencia.

Habían pasado tantos días desde la última vez que hablamos, que llegué a creer que se había rendido. No era así, ahí estaba, empujándome a continuar en una situación que no me interesaba.

Me había pillado por sorpresa, y mi mente comenzó a dar vueltas tratando de entender por qué había hablado como si no nos conociéramos. ¿Acaso pretendía ocultar algo? ¿Qué motivaba su actitud? Las dudas se multiplicaron en mi cabeza mientras él continuaba presionando para avanzar en esta confusa situación,

aunque merecía la pena considerar que volver a encontrarnos podría arrojar algo de luz sobre la verdad detrás de sus acciones.

No podía negar que estaba intrigada, me extrañaba que intentara involucrarse en mi vida con tanta insistencia.

Aunque siempre me mantuve alejada de los Cavanaugh en todo lo que podía, sabía que en el ambiente en el que crecí no se podía confiar en nadie ajeno a nosotros; solo el mismo interés compartido nos proporcionaba seguridad.

La incertidumbre me envolvió. Aunque lo más sensato era seguir alejada de él, me seducía descubrir las intenciones de Jake y entender si eran sinceras, o si estaba jugando un peligroso juego conmigo y con mi familia.

Para colmo, Donovan, a pesar de no tener ningún derecho sobre mí, había convertido a mis custodios en mi sombra, sin dejarme ninguna oportunidad para escabullirme, y eso me tenía agobiada, me sentía vigilada en todo momento. Cada vez que me lo cruzaba, tenía la osadía de señalar sus ojos con los dedos para indicarme que estaba vigilándome.

La situación me estaba agotando. Mientras él seguía adelante con su vida, pretendía que yo viviera recluida, de casa al trabajo y del trabajo a casa.

Tan solo unos días atrás ocurrió un incidente que intensificó más la protección de la familia. Mis cuñadas apenas salían de la mansión; la tensión por la seguridad era extrema. Y aunque ninguno de mis hermanos proporcionaba demasiados detalles de lo que estaba sucediendo, transformaron Manor Place en un bastión de precauciones, lo que me obligaba a jugar un juego peligroso, tratando de buscar la oportunidad de escapar de la manipulación que Donovan había impuesto sobre mí.

La sensación de estar atrapada aumentaba cada día, con mis escoltas respirándome en la nuca en todo momento, y no me sentía bien. Hasta tenían vigilada a Valentina cada vez que salía y entraba de la casa, pues revisaban su coche, y eso no podía ser más que una orden directa de Donovan, que seguramente se las había arreglado para hacerlo sin el consentimiento de mis hermanos,

puesto que solo él estaba al corriente de cómo había salido de la casa escondida en el maletero de su automóvil.

«Maldito infeliz». Había osado convertir mi vida en una especie de prisión dorada. Pero estaba dispuesta a detenerlo en cuanto las cosas se tranquilizaran.

Capítulo cuarenta y cuatro

ETHNA

El día del compromiso de Donovan y Zoe había llegado y sentía que las paredes de la casa me aprisionaban. Estaba furiosa y triste a partes iguales. Por suerte, logré mantenerme al margen de los preparativos, aunque Vero, Deé, Claudia y Alex me quisieron incluir. Siempre utilicé alguna excusa, que estaba dispuesta a usar también hoy para no asistir al evento. Por más que me devanaba los sesos, no se me ocurría ninguna convincente para esquivar el momento, así que lo más probable era que debiera resignarme y asistir.

Con el correr de las horas, el acontecimiento se hacía cada vez más cercano, convirtiéndose en un juego de ajedrez emocional dentro de mi pecho. Entretanto, el reloj avanzaba inexorablemente, y muy dentro de mí, lo que más deseaba no era otra cosa que arruinarle la noche, como fuera posible, a la chica Kinkaid, aunque lo que me frenaba era saber que ella no tenía la culpa de nada, pues el único culpable de mi sufrimiento era Donovan Connell.

Valentina, de pronto y como una tromba, irrumpió en mi habitación, quejándose a viva voz.

—¿Quién se cree que es esa insípida, flacucha rubia teñida?

—¿Qué te pasa? Estás roja de la bronca. ¿De quién hablas?

—De Zoe Kinkaid. Me humilló delante de Deé y Alex: tiró a propósito su café en mi uniforme. Mira cómo me ha puesto. Por eso he venido a cambiarme. —Val se había ofrecido a echar una mano al personal—. La tonta esa se cree de la realeza porque harán su fiesta de compromiso en la mansión. Es insoportable, muy pedante y malcriada. Y su amiga es otra niñata idiota. Es exasperante las bobadas que hablan para que yo escuche.

»Estuvieron haciendo alarde del vestido que se pondrá, que es de Gucci. Se ve que es la primera vez que usa uno de esa marca, porque, si no, no veo para qué tanto engreimiento. Y lo tiene porque entendí que se lo regaló Donovan, aunque no lo veo yendo a comprar nada. Sin embargo, no es gran cosa; parecerá una gallina desplumada con esas plumas de color rosa. Estoy segura de que no es un modelo tan actual; lo tengo visto en colecciones pasadas, y es más, ni siquiera lo llena. La chica es puros huesos.

Ambas nos miramos. Las dos, sin decirlo, recordamos el vestido con esa descripción que estaba en mi armario empotrado y que nunca había estrenado. Me lo había comprado para el compromiso de una de las hijas de Doyle, el jefe del condado de Norfolk. Mi mamá insistía en que lo usara ese día, pero consideré que era demasiado llamativo y opacaría a la novia, así que lo descarté. Mientras Val continuaba despotricando contra Zoe, al tiempo que salía rumbo a su habitación, la seguí, y, al escuchar a Valentina desahogarse, pensé que había llegado el momento de usarlo, y que me había dado una excusa para no sentir que la chica Kinkaid era inocente.

La ironía de la situación no se perdía en mis pensamientos, pues unos momentos antes de que mi mejor amiga apareciera, estaba pensando en cómo ensombrecer a Zoe Kinkaid. Tenía en mis manos la oportunidad de reparar la frustración que ella le había causado a Valentina, ya que me acababa de enterar de que pensaba pavonearse con un atuendo de alta moda. Pues bien, ya veríamos quién llevaba mejor un auténtico Gucci.

Mientras Val continuaba con su diatriba, mis pensamientos siguieron su curso y regresé a mi armario para buscar el vestido.

—¡Nooo! —El grito me hizo sobresaltar.

—¿Qué pasa?

—No puedes hacer eso, será muy obvio que yo te dije cómo era el atuendo.

—Será muy obvio que lo hiciste a propósito, y que yo también lo haré a propósito, y me importa una mierda con tal de hacerla sentir mal.

—Bae…, no puedes.

—Sí que puedo, y deja de hacerte la honesta, que me lo contaste con doble intención. Te conozco demasiado. Tú también recordaste el vestido que nunca usé y que aún estaba colgado en mi armario.

Ella sonrió irónica y levantó la mano para que la chocáramos.

—Somos el equipo perfecto, Bae. Le arruinaremos la noche a esa estúpida. Te ayudaré a arreglarte, solo déjame cambiarme. Tengo mojada hasta la ropa interior.

Desde su dormitorio podía oírla blasfemar.

Fui para calmarla y que dejara de sentirse fatal por lo ocurrido.

—Basta, no despotriques más. La venganza se sirve en plato frío, y va en camino.

—No, estoy blasfemando porque cuando me cambié, me di cuenta de que me ha bajado la regla. ¿Puedes creer que tenga tan mala suerte? Justo cuando me toca trabajar en la fiesta, estaré incómoda con el período.

Sentí que la realidad se resquebrajó bajo mis pies, tragándome entera, y que la habitación empezaba a dar vueltas cuando la escuché.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? Estás pálida. ¿Te sientes mal? Me estás asustando, Ethna, contéstame.

Salí corriendo hacia el baño y alcancé a levantar la tapa del váter antes de que mi estómago se volcara por completo. Cuando todo el contenido se fue por el retrete, me puse de pie y me lavé la cara. Tras enjuagarme la boca para quitarme el mal sabor, miré a Valentina a través del espejo, y supongo que ella leyó el terror que ensombrecía por completo mi rostro.

—No te lo había dicho, pero… la noche que me quedé en casa de Donovan, lo hicimos sin protección.

—Ay, no…, dime que no es lo que pienso.

—Lo olvidé. Pasaron tantas cosas que no lo tuve en cuenta. Esa noche, me compró el anticonceptivo de emergencia. Luego fue el nacimiento de Stephen, lo que mamá quiso hacer conmigo…, conocer a Jake, regresar y enterarme de que Donovan había seguido con su vida como si yo no existiera…, y simplemente se me esfumó de la cabeza. —Me toqué la frente—. Bae, no me bajó la regla… y no lo tuve en cuenta.

—Ay, Dios mío, no nos desesperemos. Tal vez no sea nada, tal vez es casualidad.

—Soy muy regular.

—Bueno, siempre hay una primera vez.

—Te acabo de decir que no nos cuidamos y que tenía que estar pendiente de que me bajara la regla, pero… lo olvidé.

—Mierda…, saquemos cuentas. No, mejor no saquemos cuentas, tenemos que salir de la duda ya mismo. Posiblemente se trate del estrés por… por… —hizo una seña con las manos, ya que no le salían las palabras—, por todo eso que estás diciendo.

—¿Qué haces? ¿Por qué me aprietas las tetas?

—Dicen que los pechos se ponen sensibles, ¿te duelen?

—No.

—Entonces es una buena señal, seguro que es un retraso.

—No puedo fiarme solo porque no me duelen los pechos.

—No, por supuesto que no. —Se tocó la frente y me informó—: Tengo un test. —Se inclinó y empezó a buscar en el mueble bajo el mármol del lavabo—. Te lo harás ahora mismo.

—¿Por qué tienes una prueba de embarazo?

—Siempre hay que tener una por si acaso, ya ves, nunca se sabe cuándo se puede necesitar. Como ahora, si me lo hubieras contado, ya la hubiéramos hecho. Se puede hacer a las dos semanas de no haberse cuidado. No olvidaré que no me lo dijiste —me cogió por los hombros—, eres una negadora, ¿lo sabes?, por eso pasó esto.

—Lo que menos necesito es un sermón. No estás ayudando con la ansiedad que siento.

—Está bien, es que yo también estoy nerviosa y no sé lo que digo. Pero es la verdad, eres una negadora.

—Dame eso.

Le quité la prueba de la mano, la empujé fuera y luego cerré la puerta.

Pasados unos minutos, me encontraba en el baño, con las manos temblorosas, sosteniendo el resultado de la prueba de embarazo. Las dos líneas rosadas eran indiscutibles, confirmándome lo que ya sospechaba. Mi corazón latía con fuerza; una mezcla de emociones tumultuosas recorría mi cuerpo.

¡Estaba embarazada del hombre al que amaba! Y también se trataba del hombre que se había negado persistentemente a luchar por nuestro amor.

A pesar de la alegría que experimentaba ante la idea de traer una nueva vida al mundo, la realidad me golpeó como una ola gigantesca y furiosa.

Donovan hoy se comprometería con otra mujer.

Nunca me había imaginado que él seguiría adelante con el compromiso después de lo que pasó entre nosotros antes de que me fuera a España, y, por eso, al pensar en ello, una mezcla de dolor y rabia me invadía; aunque debí suponer que nada iba a ser como yo me esperaba, pues su silencio fue muy claro mientras permanecí en Puerto Banús.

Mi mente divagaba entre la necesidad de contarle a Donovan sobre el bebé que llevaba en mi vientre y el deseo de protegerme de más desilusiones. Dolía demasiado saber que él había seguido adelante, planeando su vida con otra mujer; pero la idea de que, en un futuro no tan lejano, nos convertiríamos en padres, también cambiaba completamente la perspectiva de las cosas.

Cuando la puerta se abrió de golpe, me sobresalté.

Valentina, al escuchar mi llanto, no se lo pensó dos veces antes de entrar y coger la prueba de embarazo de mis manos.

—Carajo, Ethna. ¿Qué harás?

—No lo sé —contesté entre sollozos—, lo más probable es que no cambie nada, él tal vez ni lo quiera. No habría seguido adelante si no, ¿no crees?

—No puedes ocultárselo. Donovan tiene derecho a saberlo —dijo Valentina con firmeza, mientras me observaba con una mezcla de preocupación y compasión—; de todas formas, se enterará cuando empiece a crecer tu barriga.

Mis emociones se agolparon.

—¿Cómo puede tener el derecho de saberlo cuando ha decidido elegir a otra mujer? ¿No te das cuenta? Le importa más su compromiso y cumplir las órdenes de Aidan que lo que pueda sentir por mí. Tal vez ese será su castigo, si es que alguna vez yo le

importé: enterarse demasiado tarde, cuando ya nos haya perdido a los dos.

Valentina suspiró, acercándose para abrazarme; luego se apartó y me sostuvo de los hombros.

—Ethna, él debe saber que va a ser padre. No se trata solo de ti o de él, sino de esa pequeña vida que está creciendo dentro de ti. Negarle a Donovan la oportunidad de ser parte de la crianza de su hijo no es justo.

—Él no lo quería, estaba aterrado. Me compró esa misma noche el anticonceptivo del día después y me obligó a tomarlo. Incluso si no le digo nada, le estoy haciendo un favor.

Me debatía en mi propia lucha interna. Respiré hondo, secándome las lágrimas con determinación.

—Es un malnacido, pero tengo razón. Estás dolida, pero estoy segura de que, en cuanto se entere, cancela todo y responde por ti.

—Tal vez… Pero no sé cómo enfrentarlo, Valentina. ¿Y si me dice que no quiere saber nada del bebé? —pregunté, temiendo la respuesta—. Además, necesito saber que realmente me ama, no quiero que solo responda por el bebé.

Valentina sonrió con ternura.

—Sea cual sea la reacción de Donovan, es mejor que lo sepa ahora. Este bebé merece tener a su padre presente desde el principio. Y si no lo quiere, pues nada, él se lo pierde, pero si no se lo dices, nunca te enterarás.

Con esas palabras resonando en mi mente, me preparé para la conversación que cambiaría el curso de nuestras vidas. Aunque asustada y resentida, sabía que era el momento de revelar la verdad y enfrentar las consecuencias por el bien de la pequeña vida que crecía dentro de mí.

La atmósfera estaba cargada de anticipación y nerviosismo cuando empecé a acercarme a la fiesta. Mi corazón latía con fuerza: iba a contarle a Donovan que estábamos esperando un hijo. Me sentía vulnerable, pero decidida a compartir la noticia. Tal vez debía llamarlo y advertirle antes, pero mi yo interior necesitaba esta pequeña revancha, quería arruinar el día de Zoe Kinkaid.

Nada podría haberme preparado para la reacción que estaba a punto de experimentar. El bullicio y la música llenaban el entorno cuando comencé a aproximarme a Manor Place. Divisé a Donovan en la terraza, fumando un cigarro. Tenía una copa de champán en la mano; me preparé para acercarme, pero en ese momento Foster apareció, y me quedé tras las plantas viendo desde lejos cómo bromeaban.

Donovan estaba muy elegante, la vestimenta que llevaba puesta destacaba cada músculo de su cuerpo. Irradiaba confianza y parecía estar muy feliz. Eso me ensombreció el ánimo; no esperaba encontrarlo de buen humor. Y aunque quería continuar degustándolo con los ojos, hacía frío, así que decidí salir de mi escondite, aunque lo mejor hubiera sido esperar a que estuviera solo.

Había una energía densa en el aire cuando me acerqué. Los murmullos y risas de la gente llegaban desde el interior; parecía una velada muy animada. Mi atención estaba centrada en Donovan. Atravesé el sendero con determinación, consciente de que mi vestido destacaba en la oscura y fría noche.

Caminé con la cabeza altiva, intentando parecer segura y despreocupada; mis entrañas se retorcían de nervios.

—Buenas noches, Donovan —saludé con una sonrisa sarcástica—. No pensé que te encontraría aquí, lejos de tu media naranja.

Me regañé mentalmente por comenzar así la conversación. La ira se hizo paso en mí antes que el buen tino.

La mirada de Donovan se encontró con la mía cuando hablé. Sus ojos recorrieron cada centímetro de mi vestido con una intensidad que enviaba escalofríos por mi espalda. Su rostro experimentó una transformación rápida, como si hubiera sido tomado por una oleada de emociones contradictorias: confusión y furia entrelazadas.

Mis palabras se deslizaron con una mezcla de burla y desafío. Era inevitable, porque no podía entender que todo entre nosotros hubiera llegado a esta instancia. La tensión crecía a nuestro alrededor, como si el espacio estuviera cargado de electricidad. Incluso el entorno parecía detenerse mientras manteníamos el contacto visual, enfrentándonos en un juego de voluntades.

La confusión en los ojos de Donovan fue reemplazada por la furia contenida. Sabía que estaba tocando una fibra sensible al mencionar a Zoe, además de estar poniéndolo a prueba. Aunque quería demostrar que me deleitaba la incomodidad que mi presencia le causaba, interiormente me generaba inseguridad, ya que él se mostraba muy cabreado. El lugar se convirtió en un escenario de tensiones silenciosas mientras esperaba su respuesta, consciente de que las palabras, como cuchillas afiladas, comenzarían a volar por el aire en cualquier momento.

DONOVAN

Salí de la mansión, sintiéndome oprimido por la atmósfera agobiante de la fiesta. Necesitaba espacio, aire fresco. Zoe, mi inminente prometida, parecía aferrarse a mí como una garrapata, y tenía una actitud pedante que me chocaba, pues el hecho de que la fiesta se hubiera hecho en el lugar de los Cavanaugh tal vez la hacía creer que podría entrar y salir de la mansión como una más de ellos. Sin embargo, estaba muy equivocada; esta era una ocasión excepcional por el hecho de que los Kinkaid aún estaban de luto, y no quedaba bien que se hiciera el festejo en su casa.

Al ver a Zoe en la fiesta, no daba la impresión de estar de duelo; solo le importaba lucirme como un trofeo a su lado frente a sus amistades, demostrando que ahora se convertiría en alguien muy cercano a la familia.

Por tal motivo, la necesidad de escapar de esa sensación de asedio me empujó al exterior, además de lo que estaba ocurriendo, algo que no aceptaba ni deseaba, aunque me obligara a hacerlo.

Encendí un cigarro tratando de encontrar algún respiro en la soledad momentánea. Mis pensamientos se enredaban, aunque no intentaba entender por qué necesitaba huir de algo que debería ser celebrado, ya que sabía demasiado bien la razón, así que no buscaba respuesta.

El corazón me latió con fuerza y me quedé sin aliento. Intenté disimular, porque Foster se me acercó.

—¡Cambia esa cara! Parece terrible imaginar pasarse el resto de la vida al lado de alguien que no amas, pero te aseguro que, cuando empecéis a convivir, todo se acomodará. Ella está preparada desde que nació para aceptar un matrimonio arreglado; sabes que en nuestro mundo casi nunca uno termina con quien desea.

—Espero que tengas razón. Porque en este momento preferiría estar torturando a alguien antes que sentirme torturado con esta situación. Y créeme que por primera vez no me importa mostrarme débil.

Foster me palmeó el brazo y nos reímos.

—Tendrás a la mano una mujer cada vez que necesites un desahogo sin necesidad de salir a buscar una. Eso ya es más que suficiente, créeme. Además, ni siquiera es necesario que le seas fiel. No tiene por qué enterarse si quieres meter la polla en otro lado. No tengo que explicarte cómo funcionan las cosas en la mafia.

Entonces vi llegar a Ethna.

Como cada vez que la veía, ella eclipsó todo a mi alrededor y dejé de escuchar lo que Foster me decía. Por más que lo intentaba, no podía quitar mis ojos de su cuerpo mientras hablaba con él.

Llevaba un vestido con plumas rosadas, sin tirantes, con un escote en forma de corazón que dejaba al descubierto su belleza única. El ajustado diseño seguía la línea de una silueta de sirena, resaltando sus magníficas curvas. La tela estaba adornada con cuentas plateadas que destellaban con cada paso que daba hacia mí.

El vestido era sorprendentemente similar al de Zoe, pero mi enojo no se originó por la coincidencia en el diseño. No, mi irritación provenía del hecho de que Ethna era la persona con la que realmente quería pasar el resto de mi vida. La comparación entre ambas mujeres intensificó mis verdaderos sentimientos, y en ese momento, mientras el humo del cigarro se disipaba en el aire nocturno, me di cuenta de que nada podía aplacar el desasosiego que sentía, y que así iba a ser siempre mi vida junto a Zoe Kinkaid.

Aquella noche, la tensión en el aire era palpable. Ethna, con su mirada desafiante, soltó una observación cargada de veneno que encendió la llama de mi furia.

—Buenas noches, Donovan —saludó con una sonrisa sarcástica, disfrutando del espectáculo que se estaba desarrollando e interrumpiendo nuestra conversación—. No pensé que te encontraría aquí, lejos de tu media naranja.

Mis labios esbozaron una sonrisa forzada mientras mis ojos destilaban rabia contenida. No podía permitir que Ethna se saliera con la suya, menos aún delante de Foster, quien observaba la escena con atención. Mis palabras salieron como flechas envenenadas, dirigidas directamente a ella.

—Pues aquí estoy, Ethna. Al parecer, tu sarcasmo está afilado. Deberías considerar una carrera como comediante, aunque no sé cuánto público soportaría tus chistes.

Foster, testigo involuntario de nuestro intercambio, observaba con curiosidad y cierta incomodidad; tal vez estaba asombrado porque me estuviera dirigiendo de esa forma a la hermana de nuestros jefes. Esperaba que pensara que, como estuvimos trabajando juntos, no era descabellado un poco de confianza entre nosotros.

Por otra parte, sabía que aquella confrontación no conduciría a nada bueno. Al verla aparecer, mi orgullo herido no me permitía retroceder; estaba enojado y no podía disimularlo. Cuando empezaron a llegar los invitados y ella no aparecía, había llegado a pensar que tal vez había tenido el buen juicio de no venir. Acababa de darme cuenta de que no estaba en sus intenciones mantener la noche en paz. Viéndola cómo se había vestido, no me quedaban dudas.

Ignorando las consecuencias, ella también continuó con su ataque verbal. Ethna se mordió el labio inferior y no tardó en devolver el golpe.

—Y tú, Foster, deberías tener más cuidado con las compañías que eliges. No todos son tan leales como parecen a simple vista.

Foster nos miraba a uno y a otro, cada vez más perdido en nuestra conversación, aunque él era muy inteligente y no tardaría en llegar a sus propias conclusiones.

—Oh, señorita Clancy, siempre tan astuta —hablé sin permitir que Foster Hayes contestase—. No se preocupe, no hay forma de que nada pueda arruinar mi noche. Además, Hayes me conoce bien y

sabe que soy leal a mis jefes. Su palabra es sagrada para mí, sobre todo la de mi *boss*.

—Oh, claro, de eso no me quedan dudas. Por eso te estás comprometiendo, ¿cierto?

—Definitivamente has venido a arruinar el momento —lancé la apreciación, harto de hablar con disimulo.

—Creo que te confundes, no estoy aquí para arruinar nada; no es de mi interés. Al contrario, estoy aquí para compartir la dicha de los tortolitos. ¿O acaso tu alma gemela no es suficiente para hacerte sentir dichoso?

Mis puños se cerraron con fuerza, pero luché por mantener la compostura. No podía permitir que Ethna notara lo mucho que sus palabras me afectaban. Foster, entre la incomodidad y la confusión, intentó mediar.

—¿Donovan, te parece que volvamos dentro?

Ya era tarde. La llama de la confrontación ardía con intensidad, y no estaba dispuesto a dejar que se extinguiera fácilmente. La noche prometía ser larga y tormentosa.

—Cuéntame, Foster, ¿cómo va la vida de casado? Me enteré de que formalizaste mientras estuve en España. ¡Felicidades! Por cierto, lamento haberme perdido la boda, hicisteis todo muy rápido.

—Muchas gracias, señorita Ethna, todo va muy bien, y sí, preferimos hacerlo con rapidez. Por cierto, felicidades a usted también por el nacimiento de su sobrino.

—Gracias, realmente estoy muy feliz. Ahora, si me disculpan, creo que entraré. Hace frío aquí fuera, y, además, me muero por saludar a la novia.

Quise salir tras ella, pero Foster me detuvo.

—¿Qué fue eso? —preguntó apenas Ethna se alejó.

—No preguntes.

—Aguarda, estoy muy perdido, pero es evidente que tú y ella tuvisteis algo. —Él se carcajeó—. Mierda, te lo tenías muy bien guardado.

—Vamos adentro, déjame evitar un estropicio.

—No, espera, ella parecía dolida. Y tú… te la comías con la mirada; nunca te vi mirar así a ninguna mujer.

—¿Quieres callarte? ¿O prefieres que te haga callar con mis propias manos?

—Donovan, ahora entiendo, mierda.

—Basta, Foster, o me desquitaré contigo la ira contenida que siento.

—Aguarda, no me estoy burlando. Tal vez soy quien más puede comprender por lo que estás pasando. ¿Crees acaso que me olvidé de Caitríona? Lo lamento, Donovan, tanto tú como yo pusimos nuestros ojos en las personas equivocadas. Ellas son sus hermanas, por tanto, no están reservadas para nadie como tú ni como yo.

—No hace falta que me lo digas. Lo sé muy bien, ¿por qué crees que esta noche le pondré un anillo de compromiso a Zoe Kinkaid?

ETHNA

La música resonaba mezclándose con risas y murmullos animados en la lujosa fiesta. Apenas había llegado y ya quería marcharme. Ahora entendía que no debería haber entrado. Nada resultó como me lo había propuesto, y la ira se abrió paso. En vez de apaciguar las cosas con Donovan, y decirle lo que venía a contarle, lo arruiné.

Los invitados, todos conocidos miembros del clan, se movían elegantemente por la mansión, y el alcohol corría a raudales. En cuanto entré, mi vista buscó a la novia. Vi a su padre antes que a nadie: estaba demacrado y parecía triste. Dicen que él y la señora Kinkaid estuvieron muy enamorados desde la primera vez que se vieron.

Seguí buscando en el gran salón, hasta que mi atención se desvió a Zoe. No tardé en advertir y disfrutar de su gesto de desconcierto al ver mi vestido.

Casi al instante pude sentir la tensión en el aire cuando nuestros ojos se encontraron. Ella se ofuscó, sin poder ni querer disimular, al notar que su elección de vestuario no era tan única como había pensado.

Traté de mantener una sonrisa amigable mientras me acercaba para saludarla. Su expresión revelaba claramente su descontento.

Era evidente que había conseguido opacar por completo su presencia en su propia celebración.

—Aquí estás, ¡felicidades! Te ves… —hice como si acabara de reparar en su vestimenta—, ¡oh! —Me cubrí la boca—. Lamento mi elección, nunca hubiese imaginado que tuviéramos gustos parecidos.

—No se preocupe, señorita Clancy. Ya sabe lo que dicen: que lo más importante en un vestido es la mujer que lo usa, y usted y yo somos muy diferentes. Usted es una invitada, y yo, la novia.

Mis ojos se clavaron en los de Zoe mientras ella soltaba esas palabras con una sonrisa forzada. La competencia era el plato principal de la noche, y, aunque intentaba ocultar su disgusto, sus ojos delataban una mezcla de rabia y frustración. Sin embargo, no pensaba cederle el terreno tan fácilmente.

—Tienes razón, Zoe. Cada mujer es única y especial a su manera, ¿verdad? —respondí con calma, manteniendo la compostura ante la tensión palpable—. Y aunque la elección de vestuario puede ser importante, no debería opacar la felicidad de este día tan especial.

Aunque ella no lo supiera, yo era su rival más difícil, y aquella noche no iba a retroceder.

Donovan se nos acercó, y ella inmediatamente lo cogió por la cintura. Donovan asintió con una sonrisa nerviosa, tratando de calmar la situación; era evidente que había escuchado nuestro intercambio. A pesar de sentir un regocijo interno al notar la incomodidad de Zoe, la satisfacción se había opacado casi al instante en que la vi reclamándolo como suyo, y él permitiéndolo.

—Ethna tiene razón, Zoe. No dejemos que pequeños detalles arruinen este día tan especial para nosotros —intervino Donovan, mirándonos a ambas. Luego la tomó por el mentón y le dejó un tierno beso en los labios, provocando que mis nervios estuvieran a punto de estallar.

Sentí que mi estómago se volcaría frente a todos, y mi corazón dolía como si se hubiera partido en dos. Él me había hecho sentir una tonta por vestirme igual que su novia, y me maldije por ponerme en esa situación. «¿En qué estaba pensando cuando decidí venir vestida así?».

Zoe soltó una risa forzada, y luego, sintiéndose respaldada por él, no retiró su mirada desafiante de la mía. La música seguía sonando, y entre nosotros resonaba un silencio incómodo.

—¡Donovan! —interrumpió una voz detrás de mí—. Ven conmigo.

Me volví para encontrarme con mi hermano Róni, quien me dio un rápido beso en la mejilla y se alejó con Donovan, como si se hubiese presentado un asunto urgente que tratar, o tan solo negocios, considerando que había varios invitados de renombre. Después de todo, la celebración no había sido tan austera. En eventos como este, jamás se dejaba pasar por alto la oportunidad de sumar actividades comerciales ni asociados.

Zoe Kinkaid y yo volvimos a quedar solas, pero esta vez su amiga Kylee York se unió a nosotras.

—Lo siento, perdiste, él es mío. Hoy me pondrá un anillo en el dedo —declaró Zoe dejando atrás la formalidad y tuteándome con una seguridad que me dejó sin palabras, sobre todo porque no me lo esperaba.

—¿Qué idiotez dices? No entiendo qué insinúas de mí y el *enforcer* del clan. Me haces reír; él es un empleado nuestro —respondí, tratando de mantener la compostura.

Ambas se miraron con complicidad y estallaron en risas, como si estuvieran compartiendo un secreto que yo desconocía por completo.

—Puedes negarlo, pero te vi saliendo de su casa —sentenció—. Aunque al principio sentí celos, luego me di cuenta de que los hombres siempre buscan desahogos antes de casarse, y ahora me doy cuenta de que no me importa nada lo que pudo tener contigo, porque es evidente que solo fuiste pura diversión antes de nuestro compromiso.

—¡Ja! Finalmente hay una vencedora, amiga, y esa eres tú —acotó la chica York, aportando a la conversación una sonrisa burlona.

Mis mejillas se encendieron, y mi mente buscó una respuesta adecuada para contrarrestar sus afirmaciones. Tal vez era mi oportunidad para que todo volara por los aires y la petición de manos se suspendiera, pero comprendía que no era la forma en que

quería que él me eligiese. Zoe soltó una observación que me dejó sin aliento y más humillada.

—Vestirte igual que yo fue estúpido. ¿Pensabas que compararía y te elegiría? Realmente eso fue algo desesperado por tu parte —sentenció con una crueldad disfrazada de diversión.

Traté de mantener la calma. La verdad era que su comentario había herido profundamente mi orgullo. Sin embargo, tenía razón, y ahora me preguntaba: ¿cómo podía haber caído en algo tan infantil?

Mis ojos buscaron los de Zoe, desafiándola, porque yo era una resiliente, y ni ella ni nadie jamás me verían rendida.

—No estoy compitiendo por nadie. Si piensas que esto es un juego, estás demasiado equivocada. —Mi tono era firme. En el fondo, una mezcla de confusión y dolor bullía en mi interior—. Si quisiera, tú te esfumarías en un santiamén, pues por algo te mantuviste callada. Sabes perfectamente que no eres más que un cuatro de copas en esta mano. Entérate de que soy yo la que no quiere retenerlo, ya sabrás de lo que hablo, pero te doy un consejo: trata de amarrarlo muy fuerte a tu lado, porque cuando suceda lo que tiene que suceder, y créeme que tarde o temprano sucederá, te aseguro que no habrá nada que lo detenga para estar donde realmente quiere estar —me acerqué a su oído—: entre mis piernas. No te envalentones tanto, pues me queda claro que, si te has mantenido con la boca cerrada, es porque realmente sabes lo que te conviene, ¿cierto?

Comencé a alejarme mientras intentaba procesar lo que acababa de suceder. Esta disputa, por mi parte, había llegado a su fin. Donovan y yo éramos simples peones en un juego mucho más complicado del que habíamos imaginado, pero no me quedaría para dar pelea en la partida. Cada uno acababa de elegir con quién quedarse: yo, con mi hijo; él, con una niña malcriada que pensaba que había ganado algo más que un matrimonio forzado, y que no tenía orgullo, porque a pesar de saber que él metía en su cama a otra, creía que se había llevado el premio mayor, cuando en verdad solo había ganado una relación con alguien que desde el inicio no la respetaba.

Mientras me abría paso entre la gente que no dejaba de saludarme en el camino, tuve la sensación de que la tierra me traicionaba, cediendo a mi peso después de que la realidad me abofeteara.

—Ethna. —La voz de Deé me detuvo antes de que pudiera salir de la mansión—. ¿Estás bien?

—Sí —intenté sonreír—, voy a casa a cambiarme. Nunca pensé que el vestido que elegí pudiera parecerse al de la novia. Realmente me siento desubicada vestida así.

—¿Quieres que vayamos a mi habitación y te presto algo mío, así no tienes que ir hasta tu casa?

—No, no hace falta —agité la mano restándole importancia—, volveré rápido.

—¿De verdad estás bien, Ethna? ¿Quieres contarme?

—No hay nada que contar. Solo lo que te acabo de decir. Gracias por estar tan atenta.

Me alejé de ella cuando vi que Vero y Alex se aproximaban, porque no estaba segura de poder continuar conteniendo las lágrimas. Estaba derrotada, y mis tres cuñadas sabían muy bien lo que me estaba pasando, aunque no lo dijeran. Por otra parte, Zoe Kinkaid tenía toda la razón: mi actitud había sido muy inmadura. Aunque no hacía falta que ella me lo dijera, ya me había dado cuenta de que me había expuesto a esa humillación.

El bullicio de la fiesta disminuyó apenas cerré la puerta tras de mí.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¿Quieres volverme loco y arruinar el compromiso? —me espetó Donovan, elevando la voz y cogiéndome por el brazo, saliendo de la nada entre los macizos de plantas que rodeaban la casa—. Lo hiciste a propósito, ¿tenías que ponerte un vestido casi idéntico al de Zoe?

—¿Crees que tengo una bola de cristal y ahí lo veo todo? ¿Cómo podía saberlo? Era un vestido que tenía en mi armario, y es de una colección pasada, a ver si crees que me esmeré para vestirme así para el acontecimiento. ¿Cómo podía saber que tu novia no es nada original? —intenté decir en mi defensa, aunque a esas alturas de la noche me importaba muy poco seguir disimulando.

—Pensé que tendrías la sensatez de no aparecer.

—Ah, de eso se trata, ¿te molesta mi presencia? Pues no te preocupes, haber venido fue un error en toda regla.

—Pues, qué bien que te dieras cuenta.

Mi mente estaba llena de pensamientos turbulentos; lo único que quería era alejarme. Donovan había elegido y no merecía saber de nuestro bebé.

Aidan apareció de la nada.

—Aquí estás. —Mi hermano me miró sin disimular el asombro al verme con Donovan. Su vista se clavó en la mano de su *enforcer*, que sostenía mi brazo—. ¿Pasa algo? —agitó la cabeza—. ¿Qué me estoy perdiendo?

—No pasa nada —se apresuró a decir Donovan, soltando rápidamente mi brazo.

—Sí —espeté, contradiciéndolo—. Donovan me está pidiendo explicaciones porque mi vestido se parece al de la chica Kinkaid y ella se amargó.

—Solo fue un comentario.

Aidan empezó a reírse.

—Dios, Donovan, deja de meterte en cosas de mujeres. Ven conmigo, ya el alcohol está bullendo demasiado en todos. Será mejor que le pongas el anillo y así, en un rato, todos se irán. Le prometimos a tu suegro que sería algo sobrio, y esto se está desmadrando, pero no podíamos perder la oportunidad de algunos negocios.

Al apartarse, Aidan me lanzó una mirada inquisitiva.

—Aunque debo reconocer que Donovan tiene razón. Ethna… el vestido es casi igual, aunque el tuyo se ve como más relleno de todos lados, hermanita.

—Una terrible coincidencia, qué se le va a hacer —dije, encogiéndome de hombros.

—Donovan, cuando te cases, preocúpate de que Zoe se alimente bien. Esa chica se ve desnutrida, parece enferma, quizá tiene un trastorno de alimentación.

—Al parecer, a Donovan le gustan las mujeres que están en los huesos. Aunque ya sabes lo que dicen: para gustos, los colores. Es

un chiste, no lo tomes a mal, creo que la situación de su madre puede haber influido.

Aidan me tomó por el hombro.

—Vayamos dentro, hace frío y no estás vestida para estar aquí fuera. Vas a enfermar.

—No, está bien, mejor id vosotros, yo iré a cambiarme.

—Lo harás después. Donovan le pondrá el anillo ahora y te lo perderás.

Aidan se quitó la chaqueta y me la puso sobre los hombros de manera sobreprotectora. En otro momento, el gesto me habría agradado, pero no en ese instante en que lo único que quería era desaparecer. Tener que regresar me hacía sumar más frustración.

Cuando entramos, me topé con Valentina, que esa noche estaba ayudando con el servicio. Mi amiga tenía una bandeja en la mano y se acercó a ofrecernos champán. Aidan aceptó la copa; Donovan y yo la rechazamos. Ella nos miraba con preocupación.

—Ya los alcanzo —dije mientras le devolvía la chaqueta a mi hermano.

La música cesó y Aidan comenzó a golpear su copa para que todos le prestaran atención. Junto a él, Donovan y Zoe se encontraban tomados de la mano uno frente al otro. Mi hermano, al parecer, estaba disfrutando de ser el gran celestino de la ocasión.

Donovan hizo la pregunta y ella aceptó.

El anillo brilló en la mano de Zoe como símbolo del amor eterno; la sala estalló en aplausos.

—¿Qué pasó? —me preguntó Val en cuanto ellos se alejaron—. ¿Se lo dijiste y aun así siguió adelante?

Negué con la cabeza, tenía un nudo en la garganta.

—Ayúdame a salir de aquí.

—¿No quiso el bebé? —me preguntó Valentina susurrando.

—Necesito irme. No me siento bien.

Mi corazón se retorció, y el dolor se extendió por mi pecho mientras observaba la escena.

Valentina dejó rápidamente la bandeja en una mesa auxiliar que estaba a nuestro lado y, envolviéndome entre sus brazos, fuimos

hacia la salida trasera aprovechando que la atención estaba puesta en los grandes protagonistas de la noche.

En el camino, le conté entre sollozos que no había podido decirle a Donovan lo del bebé, y que estaba furiosa por su reacción.

—Él no merece saber de su futura paternidad.

Valentina se detuvo y me tomó por los hombros, intentando hacerme entrar en razón.

—Debemos volver, debes decírselo.

—No lo haré, ya tomé una decisión. Este bebé será solo mío.

—A ver, ¿y cómo piensas ocultárselo?

—No lo sé, ya se me ocurrirá algo. Faltan algunos meses para que se empiece a notar. Apóyame, te lo ruego, me siento muy sola.

Mientras nos alejábamos, el eco de la música y las risas de la fiesta se desvanecía, aunque alcancé a escuchar más aplausos, y a todos coreando:

—¡Beeeso, beeeso, beeeso, beeeso!

Los aplausos volvieron a resonar con fuerza, lo que indicaba que habían cedido a la presión de los invitados, entregándose a un beso frente a todos.

La luna iluminaba el camino, pero mi corazón estaba envuelto en sombras. Había elegido a mi hijo por encima de Donovan, optando por la responsabilidad y el amor maternal en lugar de aferrarme a él.

Cuando llegamos a casa, Valentina me ayudó a quitarme la ropa y el peinado, luego me metí en la cama y me acurruqué abrazándome a mí misma, en un vano intento por encontrar consuelo. La oscuridad de la noche era el único testigo de mi dolor, y aunque Donovan había decidido seguir su propio camino, yo también tenía elecciones que hacer. La vida, aunque complicada y llena de giros inesperados, no se detendría por mi sufrimiento, y yo tampoco.

DONOVAN

El dolor que infligía a mis víctimas no me inmutaba en absoluto; al contrario, me proporcionaba una extraña satisfacción. En ocasiones había llegado a pensar que mi corazón carecía de emociones, y que

yo era un ser humano incapaz de experimentar compasión. En gran medida, responsabilizaba a mis padres por mi actitud, ya que me habían enseñado con claridad que no sentían ninguna conexión emocional conmigo. No podía negar que la indiferencia era un sentimiento que había heredado de ellos.

No obstante, era consciente de que estaba destrozando el corazón de Ethna en mil pedazos al comprometerme con otra mujer, y eso avivaba mi deseo de atravesar la sala hacia donde sabía que ella estaba de pie, observándome. Sentí la urgencia absoluta de envolverla entre mis brazos y confesarle que, a pesar de la oscuridad que albergaba mi corazón, mis sentimientos le pertenecían completamente. Deseaba explicarle que, por ella, había descubierto que poseía una parte luminosa dentro de ese músculo, una revelación que había emergido gracias a su presencia en mi vida.

Después de un fugaz beso y sin alternativa frente a las expectativas de los presentes, giré la cabeza y noté la repentina ausencia de Ethna.

Su dolor aún resonaba en mi pecho como una punzada aguda, como si una daga me estuviera atravesando la carne, robándome hasta el aliento.

Rápidamente, toqué mi bolsillo y simulé que mi móvil sonaba, buscando una excusa para alejarme de Zoe. Cogí el teléfono y lo acerqué a mi oído, aparentando que estaba ocupado en una conversación.

Al abandonar la casa, mi instinto inmediato fue seguir a Ethna. Casi como un acto impulsivo, me preparé para correr, di dos grandes pasos en dirección al sendero que conducía a su hogar, pero Foster me detuvo en seco.

—No hagas nada estúpido. Los jefes vienen por detrás —me advirtió—. Ella no es para ti, no te humilles suplicando por algo que nunca podrás tener.

—¿Quién te contactó para que salieras tan apresuradamente? —interrogó Róni.

Mis latidos temblaron con indecisión durante unos segundos, pero un impulso de sinceridad fue lo único que salió de mi boca.

—No sé si podré. No la amo. En cuanto a la llamada, no era nadie; necesitaba alejarme.

Aidan, que también se había acercado, me cogió por el hombro.

—Aún tienes un poco de aire, por eso le pedí a las mujeres que organizaran tu compromiso y no tu boda, para darte tiempo a que te acostumbres a la chica Kinkaid. Estoy siendo condescendiente contigo precisamente porque te aprecio.

—Nunca llegaré a tener sentimientos por ella, Aidan, de ninguna manera…

—Yo también pensaba que el amor no era para mí, pero te aseguro que lo experimentarás. La chica Kinkaid está preparada para llevar a cabo un matrimonio arreglado, y le gustas, así que hará que tu vida sea agradable, ya verás, ella te conquistará.

Sacudí la cabeza.

Foster se colocó entre nosotros, suplicándome con la mirada que no dijera más.

—El *boss* tiene razón —intervino.

—Bueno, tampoco es tan así —apuntó Keiran—: ninguno de nosotros se enamoró de nuestras esposas a la fuerza…

Róni le golpeó el hombro para que se callara.

—Puede ser que nosotros no, hermano, pero Aidan no estaba enamorado cuando tuvo que casarse con Alex. Sin embargo… —añadió Rónán.

—Yo también doy fe de eso —interrumpió Foster—. No sentía amor por mi esposa, y ahora no me molesta tenerla a mi lado.

—Ahí tienes el testimonio de Foster. Y… ¡ya es suficiente! Pareces un niño caprichoso y… y…

—Y tienes que casarte. Fin —intervino Aidan, interrumpiendo a Róni y tratando de mostrar su conocida dureza—. Ahora lárgate antes de que me arrepienta. Inventaré cualquier excusa para disculparte, desaparece de una vez. —Sacudió la cabeza—. De verdad que no entiendo por qué diablos paso por alto tus errores. ¡Maldita sea! ¡Lárgate ya mismo!

El corazón latía con fuerza dentro de mi pecho mientras corría hacia donde tenía aparcado el coche. La urgencia de alejarme superaba cualquier otra consideración. Ni siquiera me detuve a

especular sobre lo que pudieran pensar los demás, y mucho menos me importó la posibilidad de parecer un cobarde. Lo único que me importaba era huir de aquella fiesta en la que no me interesaba estar y mucho menos protagonizar.

Las luces de la ciudad empezaron a parpadear a lo lejos. Mi mente estaba inmersa en la necesidad de poner distancia entre Zoe y yo. El rugir del motor resonaba en el silencio de la noche, mezclándose con el latido apresurado de mi corazón. Sin mirar atrás, aceleré, dejando el lugar.

El viento golpeaba mi rostro mientras las calles se desdibujaban a mi paso. El murmullo de la ciudad se mezclaba con el zumbido de los automóviles a mi alrededor; conducía sin rumbo fijo. En ese torbellino en el que me encontraba inmerso, las luces parpadeaban como destellos fugaces, y mi mente estaba atrapada en un caos de emociones. El recuerdo del dolor que le había causado a Ethna pesaba sobre mí como una roca, y la adrenalina fluía por mis venas a raudales.

A medida que avanzaba, la turbación se mezcló en mi interior: el miedo que había desencadenado mi huida, la incertidumbre sobre lo que ocurriría y el alivio de estar lejos de Zoe se magnificaron en mi pecho. Cada semáforo en rojo parecía ser un recordatorio de mis errores.

¿Cómo había llegado a ese punto?

No quise hacerle daño. Ethna era la única persona a la que quería proteger, pero la había herido y no había marcha atrás para mis actos. Las palabras ofensivas brotaron de mi boca impulsadas por la ira que me invadió al verla aparecer. Su presencia era un constante recordatorio de lo que anhelaba y se escapaba de mis manos, y eso me llevó a perder el control. Ahora quedaba en mí un profundo arrepentimiento. Mis acciones la lastimaron de una manera que no podía deshacer.

La situación con Zoe añadía otro capítulo a esta historia complicada. No podía excusarme por dejarla plantada en nuestro compromiso; no era justo para ella hacerle vivir esa situación. Sin embargo, no sentía arrepentimiento por eso.

Encendí el reproductor de música para ahogar mis pensamientos con cualquier melodía. *Lose Control*[1] sonaba a todo volumen, pero mis demonios no se silenciaban con nada. A pesar de la velocidad, el tiempo parecía transcurrir de manera diferente, como si cada segundo estuviera cargado de algo ominoso. Tenía la sensación de que algo más estaba en juego, algo que aún no salía a la luz, pero que complicaría todavía más mis sentimientos y decisiones.

Sin darme cuenta, aparqué frente al remodelado Kings.

Al cruzar las puertas del antro, una mezcla embriagadora de luces tenues y música sensual envolvió mis sentidos. Como siempre, el ambiente estaba impregnado de una energía magnética que fluía entre las parejas que se contoneaban en la pista de baile al ritmo de *SexyBack*[2] . Intenté relajarme y que mi corazón latiera al compás de la melodía, dejando que la atmósfera de seducción me cercara.

Me dirigí al bar, donde el murmullo de conversaciones íntimas se entrelazaba con risas y susurros sugerentes. El peso de mi realidad me tenía atrapado en una oscuridad profunda.

—Señor Connell, ¿qué le sirvo? —preguntó la chica encargada de la barra, esbozando una sonrisa cómplice.

—Prepárale una botella de Armand de Brignac Brut Gold y haz que Allison se la lleve al reservado de la familia.

La voz de Croía Fitzpatrick, la gerente del Kings, se abrió paso mientras sostenía una copa de champán, presumiblemente Cristal, ya que no bebía otra cosa. La giró entre sus manos, y las burbujas brillaron bajo las luces dentro del líquido dorado.

—¿Hoy no se celebraba tu compromiso?

—¿Para qué me preguntas si estás muy bien informada?

La ira me quemó como ácido en la garganta. Apreté los dientes y mi mandíbula dolió; el resentimiento se deslizó por mi torrente sanguíneo.

—¿No tienes trabajo que hacer, nada que controlar? Para eso te pagan —le indiqué sin paciencia.

—Uff, veo que tu energía negativa está más oscura que nunca.

—Déjame en paz, Croía, no necesito tu análisis terapéutico.

—Seguramente que no, nadie viene al Kings para eso.

La agarré por el cuello, acercándome a su rostro para asegurarme de que me escuchaba sobre la música.

—Te garantizo que no querrás que canalice mi energía negativa contigo, porque cuando estoy así, lo único que me calma es la violencia. Deja de molestarme.

Rio tratando de ocultar su miedo, pero noté el temblor de sus labios. Croía sabía que nunca hacía amenazas vacías.

—Eres el niño mimado de los Cavanaugh, pero parece que tu encanto no te sirvió de mucho, ya que te están casando con la hija de Kinkaid. ¿Qué pasa, no eras adecuado para la nueva hermana de Róni? Creí que él y tú erais como hermanos, pero no te eligió para que te convirtieras realmente en su familia.

Apreté más su cuello con mi mano y la presioné contra la barra. La perra loca de Croía tenía el valor de seguir hablando, y yo tenía la determinación suficiente para matarla allí mismo ante a todos sin inmutarme.

Una mano agarró mi antebrazo para detenerme.

—No vale la pena, Donovan.

Persistí en ejercer presión en el cuello de Croía; la copa de champán que sostenía se estrelló contra el suelo, y me agarró la mano en un intento para que dejara de apretar. No tuve que darme la vuelta para reconocer la voz de Foster.

—Donovan, déjala; te está provocando a propósito. Sigue resentida porque no consiguió el premio mayor.

—¿De dónde mierda sacaste esa estupidez? —le pregunté haciéndome el desentendido de sus dichos—. Vuelve a decir algo como lo que acabas de sugerir, y cumpliré mi amenaza. Foster tiene razón, sigues cabreada porque te ilusionaste con Róni.

La solté y empezó a toser. Yo me pasé la mano por la cabeza.

—Vámonos de aquí. Ve a tu casa, Donovan, no estás bien, amigo.

—No necesito tus malditos consejos.

—Si no quieres que se hable de eso, entonces deja de llevarla a tu casa: el chisme aún no es *vox populi*. Pero se regó lo suficiente —me informó Croía tan pronto como pudo hablar—. No soy tu enemiga, solo quise ponerte sobre aviso.

—Deja de mentir, tú nunca tienes buenas intenciones, solo buscabas sembrar más cizaña. Nos conocemos bien, Croía, y tu lengua es la de una serpiente venenosa. Si me entero de que pronuncias el nombre de Ethna nuevamente, te prometo que te arrancaré la lengua.

Croía aún continuaba tosiendo y se enderezó con cierta dificultad. Sus ojos no perdieron su astucia.

—Puedes amenazarme todo lo que quieras, Donovan, pero no cambiará el hecho de que estás metido en un enredo que te va a explotar en la cara. Ignóralo si quieres, pero tu relación con Ethna y la futura unión con la hija de Kinkaid están generando más rumores de los que crees, y que por lo visto no quieres que salgan a la luz.

Me abalancé sobre ella nuevamente, pero Foster intervino para calmar la tensión.

—Donovan, no dejes que esta situación te afecte. No vale la pena.

—Tienes razón, Foster. Croía no sabe cuándo callarse.

—Te estoy advirtiendo de lo que se rumorea en las sombras. Tú decides qué hacer con esa información.

Capítulo cuarenta y cinco

Días después…

DONOVAN

Desde mi compromiso con Zoe había vivido en una vorágine de cazar y matar chinos; como si la oscuridad fuera todo lo que quisiera habitar. Y ahí estaba ahora con mi último botín, estrenando la nueva sala de torturas.

Lo estudié por última vez, entrecerrando los ojos. Le había prometido que si me daba información lo dejaría ir. Era una promesa que caería en saco roto; sin embargo, el asiático había querido creer que podía confiar en mí. Pobre infeliz, no quería darse cuenta de que verme a mí era como ver la cara de la muerte, y que, si algo no tenía, era compasión por mis víctimas.

La práctica me había enseñado que los hombres cuando están desesperados hacen cosas estúpidas; y este tipo era uno de esos. Mi destreza en el arte de torturar me indicaba que no era un hombre de mucha pericia dentro de la mafia china; estaba casi seguro de que había sido reclutado recientemente, ya que hacerlo hablar no me había llevado demasiado tiempo.

—Ya le dije cuanto sé. Déjeme ir, por favor —me rogó con lo último de su aliento.

Estaba de pie frente a él. El chino estaba agotado, y su suerte había llegado al final.

Tomé su cuello con una sola mano, mirándolo a los ojos, y comencé a aplicar presión en su carótida a la espera de que en segundos su cerebro empezara a quedarse sin oxígeno. Era muy

frecuente que mis torturados pensaran que podrían liberarse de mí, sin embargo, cuanto intentara sería en vano, por el contrario, el esfuerzo provocaría lesiones en su propio cuello; no obstante, me alegraba que al menos lo intentara y no fuera tan débil como me había demostrado.

Sonreí cuando las petequias aparecieron en su rostro y los derrames se hicieron presentes en sus ojos. Su muerte ocurriría en cuestión de segundos; mi presión debía ser exacta para que no se desvaneciera antes de tiempo, pues quería disfrutar del momento exacto en que su tráquea se partiera por la presión de mis dedos. Mientras continuaba observando mi obra, advertí el momento en el que las venas yugulares se bloquearon impidiendo de esa forma que le fuera posible respirar.

Apliqué más presión y no tardé en sentir como la garganta se deformaba en mi mano; en ese instante disminuí la fuerza, dejándolo que cayera al suelo. Estaba seguro de que estaba experimentando burbujas de aire debajo de la piel a la altura del tórax, del cuello, de los brazos y del tronco.

Sentía cierta fascinación en ver cómo el chino intentaba respirar pero no podía hacerlo, así que me incliné y con un simple movimiento rompí su cuello para terminar con todo. El crujido de los huesos rotos siempre me excitaba: por más que hubiera matado a demasiados hombres durante toda mi vida, esa sensación de poderío no se disipaba.

El cadáver quedó derrumbado en el suelo junto a la silla en donde lo había mantenido atado. Sonreí ante el resultado de mi faena.

Alertado al escuchar pasos sigilosos acercándose, levanté la cabeza y cogí el cuchillo que llevaba en mi cintura. Mis sentidos siempre estaban listos para lo que fuera. Al mirar, comprobé que se trataba de Aidan, Keiran y Róni, que acababan de llegar.

Mis manos aún vibraban por la violencia reciente, y mi mirada reflejaba una frialdad imperturbable. Observé a los tres hombres que se encontraban frente a mí, y divisé sus expresiones inalterables ante el macabro espectáculo que acababa de culminar. El vínculo que nos daba la lealtad que compartíamos era más fuerte que cualquier rastro de humanidad que pudiera quedar en mí.

—Veo que has hecho una gran inauguración. ¿Obtuviste algo? —preguntó Aidan, observando a mi presa desde cierta distancia.

Me reí jactancioso y asentí con la cabeza mientras me limpiaba las manos en un trapo cercano. La adrenalina aún fluía en oleadas por mis venas.

—Por fin las cartas están echadas. Este chino me hizo algunas revelaciones, así que ahora sabemos para qué desembarcaron en Boston: quieren introducir el *tranq*[1] en el mercado ilegal de fentanilo. —Miré mis manos y mi torso desnudo; tenía sangre salpicada por toda la piel.

—Si creen que les dejaremos el camino libre para apoderarse de nuestro mercado, son demasiado idiotas —dijo Róni, que se acercó para observar el cadáver que yacía en el suelo.

—Esto nos afecta directamente. El control legal de este opioide en la empresa farmacéutica es nuestro, y eso nos permite blanquear la comercialización de esa droga. No queremos que los adictos opten por el *tranq*, ¿verdad? —dijo Keiran.

—Desde luego que no. El comercio de fentanilo en pastillas, parches o inyectable, como la Naloxona, el antídoto contra una sobredosis de ese medicamento, es nuestro, no hay lugar para nadie más —contestó Aidan.

—El rostro y paradero del maldito Wong aún sigue siendo un misterio —tercié mientras continuaba limpiándome—, y no es de extrañar. Así funcionan las tríadas: son expertos en esconder su pista, pues como es su costumbre, su enredo es muy turbio. Se organizan en grupos de tres personas, y están conectados con otros grupos solo por uno de los integrantes, así que seguir el hilo de la conexión es muy difícil, lo que lleva a un sistémico desconocimiento del resto de los integrantes del grupo dentro de la organización. No obstante…

—¿Qué? ¡Habla ya! —dijo Róni, impaciente.

—He conseguido un nuevo dato acerca de Wong, además de que es sobrino de Zhao Yu, en el mercado se lo conoce como el Emperador, según me dijo el infeliz este. —Miré al cadáver que yacía en el suelo—. Ese nombre se lo ganó porque se le considera el

mayor traficante de *tranq*. Este chino era un simple distribuidor de calle, no tenía datos de dónde, ni cómo, ni mucho menos de cuándo planean meter el *tranq* en Boston.

—Necesitamos más información sobre Wong y sus planes. No podemos permitir que se apoderen del mercado ilegal de fentanilo, y menos aún que introduzcan la droga zombi. Debemos actuar con rapidez y precisión —dijo Keiran con determinación.

—Volveré a contactar con Johnson —hablaba del jefe de policía—: Me prometió información. Ese hijo de perra dijo que investigaría con aquellos que tienen conexiones en el bajo mundo chino —espeté molesto—, pero aún no ha dicho nada. Sospecho que alguien ya adornó su bolsillo y selló su boca. De ser así, sus días están contados.

—Debemos descubrir los movimientos de Wong y sus asociados. ¡Maldición! —intervino Aidan mientras ajustaba su corbata, mostrando que estaba listo para tomar medidas—. Róni, quiero que investigues más a fondo sobre la conexión de Wong con Zhao Yu y cualquier otra información que pueda llevarnos a su paradero. Lo que nos envió Trevor por lo visto no es suficiente, y acompaña a Donovan a hablar con Johnson. Creo que ese hijo de puta ya se debe haber metido dinero chino en los bolsillos. Sabemos que se vende al mejor postor, pero hacedle saber quién tiene el poder en esta ciudad y a quién le conviene tener de aliados. Necesitamos refrescarle la memoria a Jonhson —ordenó mirando a su hermano con seriedad.

—Sabíamos desde un comienzo que esto no sería fácil, pero ahora que investigué lo de los nombres, creo que será más difícil, pues los malditos chinos los cambian al entrar al país —dije obsesionado con eso, ya que me había quedado varias noches leyendo sobre el tema —. La falta de traducción directa de los nombres se debe principalmente a las diferencias lingüísticas y culturales entre el chino y otros idiomas —expliqué—, así como a la estructura única de los nombres chinos. A menudo están compuestos por caracteres que pueden tener significados específicos o simbolizar conceptos, elementos, o incluso deseos para el individuo o la familia.

»Los caracteres chinos no se corresponden de manera directa con las letras de un alfabeto occidental, como el inglés, español o francés —dije a modo de ejemplo—. Además, algunos caracteres pueden tener múltiples pronunciaciones y significados según el contexto y la combinación en la que se utilicen.

«Mierda, si hubiera aprendido más de mi madre, si al menos ella hubiera servido para eso», pensé.

—Tal vez la madre de Yuhang nos pueda ayudar con el idioma, ya que cuando las personas chinas se trasladan a países de otra lengua, a menudo eligen adaptar sus nombres utilizando transliteraciones fonéticas —seguí explicando para refrescarles la memoria de la investigación que les había entregado unos días atrás. Había llegado a esa averiguación tras recordar que mi propia madre se había cambiado el suyo—. Estos nombres adaptados intentan reproducir la pronunciación de sus nombres originales en el nuevo idioma —seguí detallando—, pero no siempre capturan el significado original de los caracteres chinos.

—Leímos tu informe, Donovan —corroboró Aidan—. Fue muy interesante tu enfoque, porque creo que por ahí es por donde debemos desandar el camino. No obstante, se supone que tenemos los contactos suficientes en todas las áreas de migraciones para encontrar a quien sea, aunque está llevando más tiempo del que previmos y no me gusta nada, porque los deja avanzar.

Róni asintió.

—Chinos de mierda. Tengo pesadillas con ellos, pero en mis sueños les corto la cabeza uno por uno cuando los atrapo.

—Lo haremos, hermano —le aseguré.

Keiran continuó:

—Tal vez subestimamos a las tríadas. Nos están demostrando que conocen su oficio. Al principio nos confiamos por nuestra experiencia con el anciano Zhao.

—También conocemos el nuestro, y no permitiremos que se salgan con la suya —dijo Aidan confiado—. Manteneos alerta y reportad cualquier novedad de inmediato.

La sala se llenó de la tensión palpable de la situación. Estábamos en una carrera contra el tiempo, y cada movimiento debía ser

calculado. El destino del control sobre el mercado ilegal y legal de fentanilo estaba en juego, y estábamos más que nunca decididos a protegerlo a cualquier coste.

—No podemos permitir que esto vaya más allá de nuestras narices —sentenció Rónán.

—Hay que focalizarse en cada alias que utilicen. No importa cuántas identidades haya adoptado, encontraremos a Wong. Kei: tú y yo nos encargaremos de seguir revisando la lista de los chinos que han entrado en el país en la fecha que se supone que llegó el sobrino de Zhao —indicó Aidan—. Es una buena idea hacérsela llegar a la señora Wang.

—Recordemos que cada pieza de información es vital. No dejemos nada al azar —propuso Róni.

Capítulo cuarenta y seis

ETHNA

El sol del atardecer coloreaba el cielo con tonalidades cálidas cuando llegué al Park Square Building Office, sede de Bright Industry. La imponente fachada del edificio hizo que mi corazón latiera con una mezcla de nerviosismo. Había intentado rechazar la entrevista e ignorar a Jake, pero él no me dejó más opción que asistir, pues parecía no entender mis negativas y siempre encontraba la forma de contactar conmigo. Así que aquí estaba, a punto de encontrarme con el misterioso líder de Bright Industry, y ahora que estaba frente a la entrada, sentía una extraña combinación de determinación y ansiedad.

Brandan, mi custodio, descendió del automóvil y me abrió la puerta, listo para escoltarme hasta la reunión con Jake. Mi instinto de independencia se manifestó, y con firmeza le pedí que esperara fuera.

—No necesito un séquito para caminar por pasillos empresariales, y mucho menos para entrevistar a un cliente.

—Tenemos órdenes —fue su seca contestación.

—¿Y quién dio esas órdenes?

—No importa quién, las órdenes son órdenes y siempre se cumplen, vengan del superior que vengan. No me lo ponga difícil, señorita Clancy; no me olvido de lo de Marbella.

—Lo único que me faltaba era que ahora tampoco tuviera libertad en mi trabajo —expresé agobiada, comenzando a caminar.

El aire fresco me acarició el rostro mientras cruzaba resignada la entrada majestuosa del edificio junto a mi escolta. Me detuve un momento para admirar la arquitectura moderna y elegante de Bright

Industry, preguntándome qué secretos se ocultarían tras esas paredes. A simple vista, se notaba un lugar muy hedonista, y era más que obvio que no necesitaba ninguna reforma.

Las puertas automáticas se abrieron ante mí, invitándome a adentrarme en el corazón de la corporación. La recepcionista, con una sonrisa profesional, me indicó el piso donde debía dirigirme apenas me anuncié. Mientras caminaba por los pasillos, noté la mirada curiosa de algunos empleados. Era consciente de que mi presencia no pasaba desapercibida, y más con Brandan caminando a mi lado como si yo fuera un miembro de la realeza. No quería distraerme, prefería centrarme en el objetivo de mi visita.

Llegué al ala que me habían indicado y me topé con el escritorio de una asistente.

—Buenas tardes, ¿señorita Clancy?

—Sí, buenas tardes.

—El señor Bright la está esperando, permítame guiarla hasta la sala de reuniones.

—Te quedas aquí —dije con firmeza—. Este es mi trabajo, no necesito que me espantes a los clientes —le advertí a Brandan cuando la asistente se puso de pie y esperó a que la siguiera.

Él asintió de mala gana.

La sala de reuniones estaba iluminada por la luz tenue de las lámparas colgantes, y Jake estaba sentado al otro lado de la mesa con una expresión imperturbable. Su mirada penetrante se encontró con la mía cuando entré, y un gesto de reconocimiento cruzó su rostro.

Su asistente cerró la puerta y, con un mando a distancia, Jake bajó las persianas; al instante sentí una energía siniestra fluyendo entre ambos.

Me quedé en la entrada observándolo; su mirada intensa buscaba la mía con un deseo palpable. Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, se acercó a grandes zancadas. Instintivamente, mi cuerpo reaccionó ante la proximidad, demostrándole que mi mente estaba muy atenta. Cuando Jake intentó inclinarse para besarme, levanté la mano en un gesto de detención. Mi voz, firme pero tranquila, resonó en la habitación:

—Jake, lo siento. Estoy aquí porque pareces no entender mis negativas. Acepté esta reunión por educación.

Podía advertir en sus ojos un atisbo de decepción, o incluso furia contenida. Aunque su presencia había sido intrigante y la conexión palpable cuando lo conocí, sabía que ciertas líneas no debían volverse a cruzar. Además, estaba esperando un hijo de otro hombre, y aunque no tenía pensado revelárselo, mi negación tendría que ser suficiente.

—¿Por qué aceptaste este juego entonces?

—Porque no me dejaste opción, y además porque nos merecíamos una conversación frente a frente. Lamento si recibiste señales equívocas por mi parte. Se acabó.

—Pareces no entender que nadie me detendrá, y menos tu familia.

—¿Por qué tanta terquedad?

Arrinconándome contra la puerta, me enjauló entre su fuerte cuerpo. No llevaba puesta la chaqueta de su traje azul de raya diplomática de tres piezas. No podía negar que era un hombre muy atractivo; además, se veía fuerte y poderoso. Demostrándome lo deseoso que estaba por mí, respiró sobre mi cuello y me habló al oído:

—Cuando quiero algo, voy a fondo y no paro hasta conseguirlo. Pero mi paciencia tiene un límite y no me gusta que me tomen el pelo.

La brusquedad en su voz hizo que me estremeciera.

—Jake, no estás escuchándome. No siempre se puede tener lo que se quiere.

—No es mi caso —dijo mirándome a los ojos. Estábamos a unos escasos centímetros el uno del otro.

—¿Por qué los hombres siempre creen que pueden hacer su voluntad?

Jake respiró profundo y luego retrocedió de mala gana, intentando recuperar la compostura. Asintió con rendición y, mediante un ademán, me invitó a sentarme. La tensión, sin embargo, estaba lejos de disiparse.

—Siéntate, comencemos nuevamente. ¿Deseas beber algo? Permíteme demostrarte que puedo ser un anfitrión con muy buenos modales.

Corrió mi silla, invitándome a que me acomodara, pero me quedé de pie. No sabía dónde nos llevaría que siguiera quedándome allí.

—Jake…

—¿Quieres ver el espacio que quiero remodelar? —dijo mientras se acomodaba en su sitio.

—No creo que en tu empresa haya que remodelar nada. Todo está perfecto, armonioso y moderno. No se trata solo del espacio… El color, la iluminación, la temperatura, la humedad, la textura e incluso los aromas se posicionan en la primera plana del diseño como un todo en este lugar.

Yo seguía de pie, demostrándole que no pensaba quedarme mucho tiempo.

Se repantingó en su asiento y se quedó mirándome, mientras con sus dedos cepillaba su labio inferior.

—¿Estás diciéndome que rechazas el trabajo? Creí que eras más profesional; te hacía una mujer capaz de separar la vida personal.

—Soy profesional —lo corté—. De hecho, quien acaba de cruzar la línea no he sido yo, pero te repito: no creo que haya nada que renovarle a tu empresa, y si lo hay, bueno, en ese caso, sí, voy a rechazar el trabajo.

Como si el tiempo se hubiera ralentizado, él se quedó mirándome.

—¿Por qué tu disposición a que nos encontráramos es tan reticente?

—Jake, hablemos en serio, fuiste tú el que insistió. Hay cosas que han cambiado desde que nos conocimos.

Se enderezó en su asiento.

—Me dijiste que eres libre.

—Lo soy. Otra vez estás mezclando todo.

—¿Qué quieres que haga, Ethna? —me preguntó, enderezándose en su asiento—. Desde que te conocí, no puedo dejar de pensar en ti.

Cuando se movió, ese maldito aroma llegó nuevamente hasta mí y me trajo el recuerdo de lo que no podía ser, de lo que ansiaba y ya

no me pertenecía. ¿Por qué demonios Jake tenía que usar el mismo perfume que Donovan?

El corazón me empezó a martillear dentro del pecho, y la escena del compromiso se reprodujo en mi cerebro. Lo vi nuevamente cogiendo la mano de Zoe y deslizando un anillo en su dedo. Cuando levantó su mirada para verla, él la miró como si nada más que ella importase.

El pensamiento hizo que se me anegaran los ojos, y entonces parpadeé rápidamente para que mis lágrimas no se derramaran. Fue ahí cuando me di cuenta de que Jake estaba frente a mí; él me reclamaba como Donovan nunca lo había hecho ni lo haría, pero debía entender que nada entre nosotros podía avanzar.

Donovan me había arruinado; sí, él era mi infierno en la tierra porque no podía olvidarlo, y por si fuera poco haber sido utilizada por él y desechada, mi recordatorio de lo que había ocurrido entre nosotros sería imposible de evitar, ya que estaba esperando un hijo.

Jake respiró estentóreo, captando mi atención.

—No estás oyéndome.

—Lo siento, es que tú no entiendes y yo ya no sé de qué forma explicarte.

Jake me miró con cierto hartazgo.

—Tu apariencia es la de alguien que carga una preocupación —reflexionó.

Como no quería compartir nada con él de mi vida personal, intenté sonar contundente y proseguí:

—Estoy bien, gracias por tu preocupación. Estaría mejor si aceptaras que esta es una despedida.

Jake sacudió la cabeza.

—Aunque no me permitas llegar a tu corazón como deseo, quiero que sepas que también podemos ser amigos. Aquí me encontrarás cuando comprendas que puedes confiar en mí y te decidas a hablar.

—Gracias, todo está bien, solo es cansancio.

Mi corazón latía con insistencia dentro del pecho. Jake me estaba ofreciendo la normalidad que siempre había ansiado, pero no podía aceptarla, porque amaba a otro hombre, al padre del hijo que crecía

en mis entrañas, y porque su mundo normal jamás podría llevarse bien con el mío.

Me sentí abrumada por su gentileza. Él estaba extendiendo una rama de olivo en medio del torbellino emocional que yo estaba viviendo. Sabía que no podía aceptarlo sin traicionar mis propios sentimientos y sin ponerlo en peligro. Jake no quería tenderme una trampa, se preocupaba por mí, y mi paranoia al pensar que quería atrapar al clan, usándome, era infundada.

Con un nudo en la garganta, lo miré y le sonreí con tristeza.

—Eres increíblemente generoso al ofrecerme tu amistad —dije, haciendo una pausa y reuniendo mis pensamientos mientras evitaba el contacto visual—. Valoro tu afecto y tu comprensión.

—Estaré aquí cuando estés lista para hablar, sin importar cuánto tiempo sea.

Asentí.

—Gracias. Eres un hombre excepcional, pero esto es un adiós.

Capítulo cuarenta y siete

ETHNA

Al salir de Bright Industry escoltada por mi guardia, tuve la sensación de precipitarme en un abismo invisible.

Si había un hombre que lograba desestabilizarme, sin duda era Donovan Connell. Apenas crucé la puerta, ahí estaba él, apoyado despreocupadamente contra el coche que me transportaba. Mi corazón dio un vuelco, mezcla de ira y dolor.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Mi voz sonaba más firme de lo que me sentía.

Él me miró con esa expresión que solía derretirme, y que ahora me enfurecía más. Noté que le hizo un gesto casi imperceptible a Brandan y Oscar para que se mantuvieran alejados, y observé que ellos miraban a su alrededor sin fijar la vista en nosotros.

—Solo quería verte, Ethna —respondió con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Me enteré de que estabas viendo un trabajo, así que aproveché. Las cosas entre nosotros no quedaron bien la otra noche en la fiesta, y desde entonces no hemos vuelto a hablar.

Fruncí el ceño, sintiendo cómo las palabras se amontonaban en mi garganta, luchando por salir.

—¿A qué crees que estás jugando? No tienes ningún derecho a acecharme, Donovan. Deberías estar ocupándote de tu futura esposa. Tú y yo ya no tenemos nada de qué hablar. —Mis palabras salieron menos duras de lo que pretendía.

Él dio un paso hacia mí, como si pudiera acortar la distancia entre nosotros, como si la sola cercanía pudiera arreglar lo que estaba roto.

—Ethna, tú sabes que…

Lo interrumpí antes de que pudiera terminar.

—Sí, sé que hiciste tu elección. Y tu elección no fui yo. —Mi voz temblaba, pero me negaba a dejar que él lo notase.

Él bajó la mirada, y creí ver arrepentimiento en sus ojos. Ya era demasiado tarde para eso; no volvería a caer en su trampa. Él solo se había divertido conmigo.

—Lo siento, Ethna —susurró.

Miré al cielo. Había empezado a llover.

—Ábreme la puerta, aquí fuera hace frío. Después de todo, solo eres un empleado más de mis hermanos, así que compórtate como tal.

Antes de que pudiera subir al SUV, Donovan tomó mi brazo con firmeza. Me volví a él, sintiendo esa mágica electricidad entre nosotros, esa conexión que nunca desaparecía por completo.

Nuestros ojos se encontraron, y todo pareció detenerse, o tal vez era mi deseo. Sacudí la cabeza. No quería que advirtiera el tormento reflejado en mis ojos, la lucha interna que estaba librando.

Deshaciéndome de mis tontos deseos, me di cuenta de que ya no podía permitirme ser arrastrada por esos sentimientos que solo existían por mi parte.

Me aparté de su agarre con determinación, negándome a dejarme envolver por la nostalgia.

—Es hora de seguir con mi día, estás haciéndome perder el tiempo —respondí con toda la firmeza que pude reunir.

Me metí en el coche y él cerró la puerta, dejando detrás lo que una vez fue y enfrentando lo que vendría de ahora en adelante. Donovan debía quedar atrás junto con los pedazos de mi corazón que aún seguían perteneciéndole. Fijé mi vista al frente, negándome a darle otro vistazo.

Estaba furiosa. ¿Cómo se atrevía a seguir presentándose ante mí después de haberme despreciado como lo había hecho?

Mis custodios subieron al Escalade.

—¿Dónde la llevamos, señorita Ethna?

—Necesito ir a recoger algunas cosas a mi antiguo apartamento.

En el camino, le envié un mensaje a Valentina para que se uniera a mí. Quería alejarme de Manor Place, al menos por algunas horas.

Precisaba la soledad de un lugar donde no me sintiera oprimida por el entorno.

En cuanto Valentina llegó, se sentó a mi lado en el sofá. Sus ojos marrones reflejaban preocupación mientras me veía secarme las lágrimas.

—Ethna, ¿otra vez llorando? —Su voz sonó suave mientras colocaba una mano reconfortante en mi hombro.

Traté de enderezarme.

—Acabo de verlo. Donovan es un maldito idiota. Me marcharé de Boston; hablaré con mis hermanos y me iré a vivir con Cait. Ya terminé los trabajos que me habían encargado, así que creo que aceptarán. No puedo seguir aquí, no puedo continuar con esto. Pronto él se casará con Zoe y mi vientre empezará a crecer. Necesito poner distancia entre nosotros; te llamé porque quiero que te vengas conmigo.

Una mueca de comprensión cruzó el rostro de Valentina.

—Lo siento mucho, Bae. Sé que no es fácil, pero sabes que, si hablas y se lo dices, tal vez las cosas cambien. —Val frunció el ceño; la preocupación enmarcaba sus rasgos—. Ethna, debes hablar con él. Donovan tiene derecho a saber que esperas un bebé suyo.

Negué con la cabeza, las lágrimas amenazaban con volver.

—No insistas, porque no lo haré. Y si se entera, sabré que fuiste tú, porque nadie más lo sabe.

Valentina tomó mi mano con firmeza.

—Entiendo tus razones, sé que no quieres que lo obliguen a estar contigo, pero estás equivocada, y con quien él está por obligación es con ella.

—Nooo. Si me amase, habría luchado por lo que dice sentir.

—Este bebé merece tener a su padre en su vida. Además, Donovan podría querer estar ahí para ti y para su hijo.

Mis pensamientos se agitaron mientras luchaba con mis emociones.

—No quiero que obliguen a Donovan a asumir esa responsabilidad. Y tampoco sé si yo quiero que esté presente después de lo que sucedió entre nosotros.

Valentina me miró con pena, aunque no me molestaba que lo hiciera.

—Ethna, entiendo tu dilema, pero debes pensar en lo mejor para tu bebé. Te repito, Donovan merece tener la oportunidad de ser parte de su vida, y tú mereces tener su apoyo también. El bebé necesita a sus dos padres.

Me quedé en silencio, dejando que sus palabras se hundieran en mí, pero no iba a persuadirme.

—No te hice venir para que me convencieras de nada. Espero que no me traiciones y no abras la boca. Quiero saber si vendrás a Marbella conmigo.

—No te dejaré sola. Dime: cuando te pregunten por el padre, ¿qué dirás? Cuando él se entere podrá suponer que es suyo. Incluso cuando tu madre lo sepa, ¿sabes lo que pasará? Se volverá loca.

—Donovan cree que me acosté con Jake; y mis custodios también piensan que esa noche en Puerto Banús me alejé de ellos para tener intimidad con un hombre, por tanto, puedo decir que es suyo. —Agité la mano divagando—. Diré que fue un encuentro casual, que nunca más tuve contacto con él y que no sé cómo dar con su paradero. No, mejor inventaré un nombre. Además, ni siquiera sabe quién fue el hombre con el que supuestamente estuve en España, y nunca lo sabrá. Mentiré, daré datos falsos. Mi hijo solo me necesita a mí, Val. Por mi madre no me preocupo; Cait y Trevor me ayudarán. No estaremos solos. Ellos no permitirán que mamá se nos acerque.

Valentina asintió.

—Veo que lo tienes todo planificado.

—Sí, hace días que lo vengo pensando, y es la mejor opción. Verlo cuando salía de Bright Industry me hizo decidirme; no voy a ser testigo de cómo Donovan sigue adelante con su vida sin mí. Entonces…, ¿te vienes con nosotros?

—Está bien, aunque no esté de acuerdo con lo que estás haciendo, jamás te abandonaría, y menos en un momento así. ¿Cuándo nos vamos?

—Trataré de dejar todo listo para que viajemos la semana próxima. —La abracé—. Gracias por no dejarme sola.

—Sabes lo que pienso, pero no me apartaré de ti. Ahora volvamos a Manor Place; es tarde y quiero despedirme de…

—De Cian —la interrumpí.

—¿Cómo lo sabes?

—No sois nada discretos, y tu habitación y la mía están en el mismo piso. Por fin alguien que no es casado. Por favor, no le digas que nos vamos. No quiero que nadie lo sepa.

—Está bien, no te preocupes.

—Oye, ¿Cian es importante para ti? Porque en ese caso…

—Solo es una polla más. Despreocúpate, no se me romperá el corazón por dejarlo en Boston.

Capítulo cuarenta y ocho

ETHNA

Estábamos de regreso en Chestnut Hill y avanzábamos por el camino que conducía a Manor Place. Los muros que resguardaban la majestuosa mansión ya eran visibles y nos indicaban que estábamos a punto de llegar a la entrada. Había sido un día muy largo y lo único que deseaba era que terminase.

Apoyé la cabeza en la ventanilla y me quedé observando los árboles a ambos lados del camino. Sus frondosas copas se agitaban en la noche, susurrando inquietantes secretos al viento; los faros del Escalade iluminaban el sendero.

Valentina nos seguía de cerca en su propio coche, justo detrás.

Mis dedos temblorosos acariciaron mi vientre, con mis pensamientos girando en espiral. Una cosa tenía clara: debía serenarme por el bien de mi bebé. Era imperativo que comenzara a cuidar de él desde ya; por eso debía alejarme de Estados Unidos para empezar a hacerme todos los chequeos médicos. Brandan estaba al mando del volante esa noche, con Oscar sentado en el asiento del copiloto. De pronto, los neumáticos chirriaron cuando mi escolta accionó el freno abruptamente, deteniéndose antes de llegar.

Sentí una oleada de terror y me volví para ver que Val también había detenido su automóvil muy pegado al nuestro. Bajé el vidrio que separaba la cabina del conductor y pude advertir el momento en que Oscar desenfundaba su pistola.

—¿Qué está pasando? —pregunté desajustándome el cinturón de seguridad e inclinándome para tener una mejor visión.

Advertí que otro automóvil delante de nosotros desaceleró frente a la entrada de la mansión para arrojar algo oscuro al suelo desde el

vehículo en movimiento. Todo ocurrió en un pestañeo. No pude evitar gritar al ver un cuerpo caer pesadamente sobre la acera, justo frente al portón.

—Estaremos bien, señorita Clancy; no se asuste —me indicó Brandan intentando calmarme.

El misterioso coche aceleró y desapareció en la oscuridad.

Oscar no tardó en descender al ver que los hombres de la garita de vigilancia aparecían; se agazapó, listo para repeler cualquier ataque, aunque era evidente que solo quedábamos nosotros.

—Permanezcan aquí —indicó de todas maneras al descender, y escuché cómo Brandan accionaba los seguros de las puertas para que desde fuera nadie pudiera abrir.

Observé con afán el momento en que Oscar se inclinaba junto al cuerpo, tocaba el cuello en busca de pulso, luego negó con la cabeza y miró hacia nosotros.

—¿Quién es? —pregunté sin darme cuenta de que inconscientemente había abierto la puerta para salir del SUV. Por supuesto, no era lo más prudente, ya que posiblemente todavía estábamos en peligro. Sin embargo, el cuerpo se había desenvuelto de la bolsa negra que lo cubría, y el cabello rubio que refulgía en la noche aceleró mi curiosidad, porque era alguien a quien conocía.

Brandan se bajó con celeridad y quiso detenerme. Escuché los gritos de Val, que también me pedía que regresara, pero mis pies no obedecían. Oscar quiso atajarme, pero ya era demasiado tarde: el rostro de Zoe Kinkaid estaba frente a mí.

—Debe regresar a su coche. Este es un asunto de seguridad —dijo Brandan con tono firme mientras tiraba de mí.

Retrocedí, mis ojos llenos de lágrimas y confusión. Val salió rápidamente de su coche y me rodeó con su brazo, llevándome de regreso.

—Ethna, hagamos lo que nos dicen —dijo Valentina con voz decidida, instándome a que nos metiésemos en el Escalade.

Mientras nos alejábamos, no pude evitar mirar una vez más hacia el cuerpo inerte de Zoe.

—La mataron —expresé absorta.

—Ethna, ¿te volviste loca?, ¿cómo bajas así sin pensar en tu propia seguridad?

—Está muerta, Val. Ella está muerta. —El estupor se había apoderado de mi razón.

Estaba desencajada. Zoe era mi enemiga y mi piedra en el zapato, pero nunca le había deseado la muerte.

Nos metimos en el SUV, y Brandan nos encerró allí. Mi vista permanecía anclada en la escena frente a la entrada de Manor Place.

Mis hermanos no tardaron en aparecer, llegaron corriendo y empuñando sus armas. Seguramente habían sido advertidos por la seguridad de la entrada. No me extrañó que Donovan también estuviera con ellos.

Lo vi inclinarse y recoger el cuerpo sin vida de su prometida, llevándolo dentro para despejar la entrada. El portón se abrió y dos Escalades salieron raudamente para perseguir al automóvil que acababa de arrojar a Zoe. Lo más probable era que la persecución fuera en vano, pues les llevaba una gran ventaja. Brandan puso nuestro automóvil en marcha para que pudiéramos entrar y ponernos a salvo.

Estaba atónita; no había que ser demasiado inteligente para saber que se trataba de un mensaje para Donovan. Era evidente que era un ataque dirigido a él.

Bajé la ventanilla. Cuando el coche avanzó y pasamos junto al cadáver que había sido depositado en el césped, junto a la caseta de vigilancia, Donovan levantó la vista y me miró mientras se pasaba la mano por la cabeza.

Sus ojos estaban fijos en mí, y aunque no pude ver su expresión claramente en la oscuridad, sabía que estaba consternado y lo único que deseé en ese momento fue abrazarlo, porque, aunque él solo permitiera ver su lado inhumano, era bueno escondiendo su lado compasivo.

Lo sé, era estúpido querer darle consuelo a alguien a quien no le importó romperme como él lo hizo. Pero lo amaba tanto…

—Detén el coche —le indiqué a mi chófer.

—Tengo órdenes de llevarla a la casa —me contestó Brandan.

—¡Detén el coche, maldición!

Mi orden cayó en saco roto, pues él se detuvo frente a la explanada de la casa. En ese instante, me percaté de que Val frotaba mi espalda porque yo no dejaba de temblar; había entrado en *shock*.

—La mataron…, la mataron… —repetía una y otra vez.

—Lo sé, tienes que calmarte, ya pasó.

—Nooo, no pasó, Val, Zoe Kinkaid está muerta. ¿No lo entiendes?

—Bajemos, señorita, vayamos adentro —dijo Brandan mientras mantenía la puerta del Escalade abierta para que yo pudiera descender—. ¿Quiere que la ayude a hacerlo? —preguntó al ver que yo no me movía.

Lo miré con la mente confundida, hasta que fui consciente de que era preciso que reaccionara.

DONOVAN

La arrojaron envuelta en bolsas negras. Al hacerlo, se salió su cabeza, dejando a la vista su identidad. Miré su rostro; sus ojos habían sido arrancados sin piedad. Y en nuestro mundo era un claro mensaje: nos estaban observando.

Un cadáver siempre habla, así que, en cuanto verificamos el resto de su cuerpo, pudimos comprobar que Zoe estaba desnuda y toda su piel muy magullada. Antes de acabar con su vida, la habían violado.

El mensaje era contundente y estaba dirigido exclusivamente a mí. Porque si lo hubieran querido entregar a la organización, le habrían arrancado los ojos a cualquiera de nuestros soldados.

Tenía la boca seca, y la cabeza me latía con fuerza. Me sentía confundido y mareado, y mis pensamientos estaban nublados.

—¿A quién carajo hiciste enojar tanto? —Róni formuló la pregunta que yo mismo me estaba haciendo en silencio.

—Puede que el mensaje esté dirigido a él, pero es para todos —intervino Aidan—, primero porque lo dejaron en la puerta de nuestra casa, y no en la suya, y segundo, porque si él hizo enojar a alguien fue en nuestro nombre.

—Tal vez esto también es obra de los chinos —sugirió Keiran—. Buscan demostrar que pueden atacarnos desde todas partes para debilitarnos.

—No lo creo —volvió a decir Rónán—. Se metieron con algo que le pertenece a Donovan. La chica era su prometida.

—Esto es contra mí, creo lo mismo que Róni.

—Esto es contra todos, ¿o acaso tú no formas parte de nuestra familia? ¿Quién no tendría en cuenta que atacar a tu prometida es lo mismo que si lo hicieran contra cualquiera de nuestras esposas? Supongo que fue la chica Kinkaid porque no tuvieron oportunidad de acceder a ninguna de nuestras mujeres. No previmos que podían atacarnos a través de Zoe. El hilo siempre se corta por lo más delgado —concluyó Aidan—. Y no olvidéis que la tiraron aquí, así que eso es un doble mensaje.

—Debí ponerle custodios. ¡Joder! Es mi culpa.

—Somos todos culpables por subestimar a nuestro enemigo —dijo Rónán—. Su padre también tendría que haberla cuidado mejor. Desde el día de tu compromiso debió tener en cuenta que su hija ya no podía andar como cuando solo era la hija de un general de la Irish Mob.

—Callum Kinkaid no tiene cabeza; acaba de perder a su mujer.

—No es justificación, Keiran. Él es un general que está acostumbrado a lidiar con la mierda de los miembros y los problemas de Charlestown. Ella aún era su responsabilidad. Donovan todavía no es su esposo.

—Yo también debí poner más atención en su seguridad… —Me guardé el hecho de que la chica no me interesaba—. Llamaré a Callum para ponerlo al tanto —dije mientras sacaba mi móvil del bolsillo.

—No se lo digas por teléfono. Haz que venga y se entere aquí. Como dijo Keiran, acaba de perder a su mujer, y ahora le pasa esto a su hija —ordenó Aidan—. Es demasiado para cualquiera. Buscad una manta, poned a la chica en condiciones para cuando él llegue.

Me hice a un lado para hablar con Kinkaid. En ese momento, los dos coches que salieron a perseguir al que se deshizo de Zoe regresaron.

Apenas colgué la llamada, me di cuenta por las órdenes de Aidan de que no habían tenido suerte.

—No, señor, no tenía matrícula —le contestó Oscar, que había salido en la búsqueda junto con los demás hombres. Él y Brandan fueron los que mejor vieron la escena, al igual que Ethna.

—¿A quién tenemos en tránsito? Necesitamos las imágenes de las cámaras del vecindario para determinar hacia dónde fue y si podemos seguir un rastro.

—Yo me encargo de eso. —Aidan asintió al escucharme.

—Propongo que revisemos nuestras cámaras también, tal vez podamos conseguir alguna imagen de los rostros de los hijos de puta a través del parabrisas del automóvil.

—Me parece bien, hermano. Tú y yo nos encargaremos de eso. Keiran, ¿tú te puedes quedar aquí con Donovan para esperar a Callum?

—Sí, por supuesto.

—Cuando llegue Kinkaid me avisáis; mientras tanto, iremos a tranquilizar a las mujeres. Donovan, entretanto llega Callum, avisa a la funeraria que trabaja para nosotros para que sepan que les llevaremos el cuerpo. Encárgate también del certificado de defunción. No sé, muerte traumática en un accidente, que sean creativos, como siempre.

Cuando Callum llegó, lo hizo acompañado por dos de sus hombres de confianza.

—Entra tú solamente —le indiqué al verlo aparecer.

El cuerpo de Zoe ya estaba metido en el maletero de uno de los automóviles, listo para trasladarlo a la funeraria.

—Vine lo más rápido que pude, ¿qué necesita el *boss*?

—Ha ocurrido algo, Callum. —Me sentía insensible, y por más que lo intentaba, no encontraba las palabras adecuadas para comunicarle la noticia, así que opté por abrir el maletero del coche y que él mismo lo descubriera.

Keiran puso una de sus manos en el hombro del hombre. Él siempre demostraba que podía ser el más piadoso de los cuatro.

—Encontraremos al culpable —le indicó.

Kinkaid corrió la manta que cubría a su hija y, de inmediato, su cuerpo trastabilló como si no pudiera mantenerse en pie.

Lo sostuve.

—Lo siento. No soy bueno para dar consuelo, pero vengaré su muerte; de eso puedes estar seguro.

Mi tono frío habitual no transmitía nada más que desinterés. No podía sentirme de otra forma. No es que no lamentase lo que le pasó a la chica, sino que simplemente la muerte no me inmutaba.

Kinkaid se alejó de mí y me miró odiándome. No me importaba.

—Supe cuando la reclamaste que no iba a ser nada bueno para mi hija, pero… ¿cómo negarme a un pedido de mi *boss*?

Lo cogí por la garganta.

—Tus manos tampoco están limpias, perteneces a esta organización y has hecho cosas tan malas como todos.

—¡Calmaos los dos! —intervino Keiran.

—Te la entregué hace apenas unos días, y no la cuidaste.

—¿Hablas en serio? ¿Y tú qué hiciste? Ella solo era mi prometida, aún no era mi mujer. Entiendo que estás dolido, imagino que no es fácil pasar por lo que estás pasando, por eso te aguanto.

Keiran intentaba separarnos.

—El jefe quiere verte, Callum. Te acompañaré a su despacho, él te recibirá allí. Despídete de tu hija si así lo deseas, porque se la llevarán para la funeraria —le indicó Keiran.

Cuando entramos en la mansión, todas las mujeres estaban sentadas en derredor de Ethna, quien aún estaba muy conmocionada.

Aspiré profundamente, permitiendo que su perfume invadiera por completo mis pulmones y me calmara. No era la única que estaba allí, pero para mí lo era, y solo podía sentir su olor.

Ella era un ser inocente, como si en verdad no perteneciera al mundo en el que vivíamos. Mi pecho se contrajo cuando su mirada y la mía se encontraron; sabía mejor que nadie lo mucho que la afectaría lo ocurrido, me sentía impotente debido a que no la podía consolar.

Entramos en el despacho que Aidan usaba para recibir a los hombres que formaban parte del clan, que en verdad eran muy

pocos, por no decir nadie. Él prefería pactar las reuniones fuera del ámbito familiar, pero los acontecimientos de hoy así lo requerían.

A su búnker solo entraba la familia y sus hombres de mayor confianza, y sobraban los dedos de la mano en cuanto a estos.

Aidan se acercó para abrazar a Kinkaid.

—Lamento mucho lo que te toca afrontar. Mi familia y yo estamos consternados, estamos familiarizados con estos acontecimientos, pero cuando le toca a uno de los nuestros, es imposible ser fuerte e indiferente. —El mentón de Callum temblaba, estaba intentando mantenerse estoico—. Como comprenderás, es un ataque a toda la familia. Han dejado esta noche el cuerpo de tu adorada hija frente a la puerta de mi casa, lo que indica que este atentado es personal por varias razones. —Lo cogió por la nuca, y sus dedos se cerraron intentando darle confianza mientras lo miraba fijamente a los ojos—. Siempre respondo por la familia, lo sabes bien. Estás frente a tu jefe, pero hoy puedes permitirte ser un hombre común y débil, y llorar por tu hija. Te ofrezco mi hombro.

—Gracias, jefe. —Aidan lo volvió a abrazar, y Kinkaid se desmoronó en sus brazos—. Lo lamento.

—No me agradezcas ni te sientas mal por mostrarte humano; las familias se construyen en el día a día y deben estar siempre para los momentos difíciles.

»Haremos lo que tengamos que hacer, porque todos los miembros de esta comunidad son importantes para mí. A veces hay daños colaterales en nuestra forma de vida. Tú no eres ajeno. Sin embargo, cuando atacan a uno de los nuestros, nos lo hacen a todos. No descansaré hasta encontrar quién atentó contra mi familia. Porque no tienes dudas de que tu familia es la mía también, ¿cierto?

—Sí, jefe, lo sé.

—Bien, ahora ve a descansar. No te preocupes por nada, nosotros nos encargaremos de todo. Le pondremos custodia al resto de tus hijos. Solo te quiero hacer una pregunta.

—Dígame —preguntó mientras tomaba un pañuelo desechable que Aidan le ofreció acercándole una caja.

—Es fácil pensar que esto es un ajuste de cuentas que puede venir por el lado de quien era el futuro esposo de tu hija, pero ¿tú

no hiciste enojar a nadie? Yo también podría pensar que, si la dejaron aquí, es porque de repente, no sé, hablaste con alguien cosas que no debías hablar, y me lo están queriendo hacer saber.

—No, jefe, ¿cómo cree? ¡Jamás! Se lo prometo. Yo nunca haría eso. Yo le debo lealtad a la familia Cavanaugh, todo lo que tengo y todo lo que soy se lo debo a ustedes.

—Está bien, tranquilízate, te creo. Sé que sabes que los comentarios fuera de la familia no deben suceder.

»Así como tú estás seguro de eso, nosotros también sabemos que nadie se atrevería a desafiarnos de esta manera. Obviamente, tenemos una gran encrucijada por desentrañar: si es por tu culpa o es por la nuestra.

Aidan suspiró y se apartó, liberando la nuca de Callum.

—Es un asunto complicado —continuó diciendo—. Todos aquí tenemos un papel concluyente, y cuando uno de nosotros es atacado, la respuesta debe ser contundente y precisa. Ahora, como te dije, lo primordial es la seguridad de los que quedan.

El hombre asintió, todavía afectado por la reciente pérdida.

—Lo entiendo, jefe. Mi familia está en sus manos.

—Y así será. Vamos a redoblar la vigilancia, y nos aseguraremos de que nada ni nadie os haga más daño. También necesitamos transparencia. Cada detalle, por más insignificante que parezca, cuenta. Así que, si recuerdas algo, cualquier cosa sobre posibles enemigos o situaciones sospechosas, debes decírmelo de inmediato. Tú estás a cargo de hombres a los que tienes que mantener a raya. No quisiera enterarme de que tal vez alguno se te doblegó aprovechando que estás débil por la pérdida de tu esposa.

—Sí, jefe, descuide. Estaré pendiente como siempre.

Aidan lo miró con severidad, pero también con esa mirada de comprensión.

—Confío en tu palabra, aunque debo recordarte que no es bueno ser demasiado confiado, pues la confianza a veces puede ser un arma de doble filo. No podemos permitirnos errores. Ahora ve y descansa. Mañana necesitaremos ser más fuertes que nunca. Realmente sentimos mucho lo de tu hija, nos han arrancado a un ser con mucha luz.

—Sí, hombre, lamentamos tu pérdida —le aseguró Rónán, palmeando su hombro—. Quien haya sido lo pagará.

—Ella no merecía este final; estaba tan llena de vida, y tan feliz e ilusionada con su próximo matrimonio.

—No descansaré hasta hallar al culpable —le aseveré.

—Espero que cuando lo encuentres, lo hagas sufrir mucho, Donovan.

—Dalo por hecho.

—Lamento haberte tratado como te traté cuando llegué.

—Yo no soy bueno con las palabras, pero esto que le hicieron a Zoe es una puta locura.

Kinkaid asintió. Me acerqué y le di un abrazo imitando a Aidan, y luego él se retiró acompañado por Keiran.

Róni y yo nos quedamos junto con Aidan.

—Admiro tu doble moral, hermano, me asombra cómo puedes hacer que un santo pueda parecer culpable.

—Necesitamos que Callum dude y no que nos eche la culpa. Eso no sería bien visto ante nuestra gente. Se supone que estamos siempre para protegerlos. El tipo está destrozado, le mataron a la hija; puede alguien acercarse y aprovecharse de su dolor y tentarlo para que nos traicione. Siempre hay que estar cubierto. Además, aunque por lo general intentamos cuidar de nuestra gente, a veces hay acontecimientos que se salen de nuestra órbita.

»Por otra parte, no queremos que este hecho nos haga perder liderazgo. Esto no quiere decir que no me importe quién haya matado a su hija, pues no descansaremos hasta dar con los culpables. Necesitamos exterminar esta amenaza permanente que han lanzado sobre nosotros. Y aunque nada apunte a que fueron los chinos, hoy por hoy son los únicos que realmente representan una provocación para nuestra organización.

»Las próximas horas serán cruciales, y debemos mantenernos alerta para proteger a la familia y al clan.

—No dejaremos piedra sin remover hasta encontrar a los responsables —le aseguré—. Esto nos roza demasiado cerca, y aunque yo no estaba enamorado de ella, estaba dispuesto a cuidarla.

—Bien, tratemos de encontrar una imagen clara de la cara de los hijos de puta que hicieron esto —sentenció Róni.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. Cuando leí la pantalla, mis dedos se movieron con rapidez para cliquear en el archivo que me acababa de enviar nuestro contacto en tránsito.

—Tenemos una cara y tenemos un nombre, porque conozco a este hijo de puta.

Di vuelta al móvil para que Aidan y Róni lo vieran. En ese momento entró Foster, acompañado por Keiran y Cian.

—Es Francisco David Pacheco Espinoza, el número dos del cártel de Sinaloa, conocido en su mundo como el Mago, fiel partidario de José Manuel Jiménez Cruz, alias el Chepe, quien como sabéis es el líder del cártel de Sinaloa.

Se dice que, aunque el Chepe es la cara más expuesta en el cártel, el Mago es el verdadero cerebro encargado de casi todas las operaciones. Se lo conoce por su habilidad para mantener la unión y la estructura del cártel, así como por sus amplias conexiones y su capacidad para negociar y formar alianzas. Mientras que el Chepe es la fuerza necesaria para que todos les teman.

—Mexicanos hijos de perra —gritó Aidan—. El hijo de puta entra y sale de Estados Unidos cuando le da la gana y se caga de risa en la cara del FBI, de la DEA, de la Interpol y de todos los organismos que lo buscan. Sé quién es ese maldito cabrón.

—Entonces esto tiene que ver con los Underworld Kings.

—¿Por qué atacar a Donovan matando a su prometida? —preguntó a viva voz Keiran.

—Tal vez saben que él es quien coordinó la última operación en la frontera. La dejaron aquí porque Aidan es el líder —sugirió Foster—. Por cierto, lamento mucho lo que le pasó a tu novia. Me enteré y vine para aquí. —Me apretó el hombro.

—Gracias.

Cian sacó su móvil del bolsillo y leyó rápidamente al tiempo que sus dedos volaron sobre el teclado.

—Me acaban de avisar de que el coche fue visto en las cercanías del aeropuerto de Logan. Ya he enviado a nuestra gente.

—Me voy para el aeropuerto —dije—, no quiero que ese hijo de puta se escape de Estados Unidos, quiero arrancarle los ojos tal y como se los arrancó a Zoe.

—Te acompaño —dijo Róni.

—Yo también voy —terció Foster.

—Conduciré —indicó Cian—, esto es personal, estoy harto de los chinos, y ahora también de los mexicanos.

—No es tu culpa que la seguridad no esté funcionando —dijo Keiran—. Están desesperados por aniquilar el poder que significa la unión de los Underworld Kings, no quieren dejarnos crecer.

—Me comunicaré con los otros líderes para ponerlos sobre aviso. Puede que estén planeando un asalto contra ellos también, así que es necesario armar un contraataque —informó Aidan.

—Yo me encargaré de lo relacionado con Zoe para darle cristiana sepultura cuanto antes —expresó Kei—. Donovan ya inició los trámites. Yo prepararé el ceremonial. Necesitamos que Kinkaid se sienta consolado. En este momento no queremos un nuevo enemigo, y él podría ser uno peligroso, porque sabe demasiado del manejo de la organización.

Capítulo cuarenta y nueve

DONOVAN

Estaba sentado en la sala, bebiendo todo el maldito *bourbon* que tenía en la casa, y ni siquiera así los fantasmas de la derrota se alejaban.

Necesitaba venganza.

Todo mi cuerpo clamaba por conseguirla.

Lo que ocurrió aún seguía ardiendo en mi mente, y ni el alcohol podía desvanecer la sensación que sentía.

Me repantingué en el asiento y pasé la palma de mi mano por la corbata suelta que aún colgaba de mi cuello. Junto a mis pies descansaban Juno y Marcus; desde que llegué, habían advertido la oscuridad que me circundaba y no se habían despegado de mi lado.

En silencio repasaba los acontecimientos cuando llegamos al aeropuerto. Dentro del RAV4 de color negro nos encontramos con un idiota al que le habían colocado un chaleco explosivo cuando lo detuvieron en un semáforo, en una zona donde no había cámaras de seguridad.

—Por favor, quítenme esto, no me quiero morir.

—Mierda, aléjense todos.

—No, no se vayan, esos tipos me obligaron a que cambiáramos de coche y me pusieron esto. Me dijeron que tenía que venir al aeropuerto, si no, me harían estallar en mil pedazos.

—No te muevas, tío, trata de no respirar hasta que llegue el equipo especializado —le indicó Cian.

Entretanto llamé a Zane. Era uno de nuestros hombres: había servido en el ejército y era experto en explosivos, así que se acercó

para revisarlo. Apenas llegó, de inmediato pudo comprobar que el chaleco no era en verdad una bomba, sino que simulaba serlo.

—Tranquilízate —le indicó Róni—. No será hoy el día de tu muerte, ya todo pasó, hombre. —Palmeó su hombro—. Dime la matrícula de tu automóvil para que lo busquemos.

—¿Uno de los tipos que te detuvo era este? —le mostré la fotografía del Mago en mi móvil—. ¿Recuerdas cuántos eran?

—No lo sé, es posible que sea él, no lo recuerdo, pasó todo demasiado rápido. Eran tres, pero me apuntaban mientras me gritaban y continuamente me decían que no los mirara a la cara, así que por eso no recuerdo sus rostros, pues no quería hacer nada que los enfureciera.

—¿Hablaban en inglés? —quiso averiguar Rónán.

—Un inglés muy rudimentario. Yo estaba aterrado. ¿Ustedes son de la policía? —Róni asintió levemente sin pronunciar palabra.

El tipo, ya más calmado, nos dio la matrícula de su coche y de inmediato la pasé para que empezaran a buscarlo. En pocos minutos, nuestros contactos dieron con el paradero de su automóvil. Por supuesto, no tardamos en comprobar que había sido abandonado a unas pocas manzanas de donde se lo habían sustraído, en otra zona donde tampoco había cámaras de seguridad.

Con base en los hechos, era fácil deducir que allí habían cambiado de automóvil, finalizando de esa forma con cualquier pista que nos llevara a ellos.

Róni le pasó un brazo por el hombro al tipo que olía horroroso, pues se había cagado literalmente en los pantalones.

—Esos tipos que te detuvieron son criminales muy buscados y peligrosos. Tuviste suerte de que no te mataran. Nosotros somos del servicio secreto de inteligencia y estamos tras su pista, así que sería bueno que tomes este consejo: no hables de esto con nadie, porque si ellos se enteran de que hablaste con nosotros, podrían hacértelo pagar. ¿Me entiendes?

—Sí, señor. Haré lo que me dice, no diré nada.

—Apenas te vi me di cuenta de que eres un hombre inteligente y un buen ciudadano. En unos pocos minutos te traerán tu automóvil y te podrás ir. El chaleco solo te lo pusieron para ganar tiempo y

despistarnos; son muy escurridizos, como podrás ver. Así que, mi consejo, amigo: olvídate de lo que pasó hoy.

—Así lo haré, no se lo contaré a nadie.

—Es una excelente decisión.

Tragué otro sorbo de *bourbon* sin hacer caso al ardor cuando pasó por mi garganta. Levanté la otra mano y le di una fuerte calada al cigarro que tenía encendido, dejándolo colgado de mis labios.

Todo lo ocurrido requería de mucha logística para que el Mago lo hiciera solo acompañado por dos hombres, sobre todo si se tenía en cuenta que todos los organismos de seguridad lo buscaban, así que era evidente que debió recibir ayuda local.

Agité la cabeza. No tenía sentido seguir dándole vueltas al asunto. Habíamos lanzado una investigación exhaustiva, por lo que muy pronto habría resultados.

Volví a tomar otro sorbo de *bourbon* y luego apoyé mis codos en las piernas, dejando que mi cabeza colgara. Yo era un hombre fuerte, pero cuando se trataba de ella, mi voluntad pendía de un hilo siempre. Finalmente, era imposible seguir con mi autocontrol, así que, resignado, cogí el móvil.

Tenía miles de problemas por resolver, pero no había podido dejar de pensar en Ethna ni un solo instante. Su mirada afligida cuando pasó dentro del Escalade camino a la mansión me persiguió todo el día. Por Oscar, me había enterado de que Ethna bajó antes de que nosotros llegáramos a la entrada, y había visto a Zoe muerta.

Escribí un mensaje:

> Lamento que hayas tenido que presenciar lo que le pasó a Zoe. Sé cuánto te afecta la violencia. Quiero saber si estás bien. Si no puedes dormir, recuerda los ejercicios de respiración, o si lo prefieres, puedo enviarte un audio para ayudarte a que los pongas en práctica.

Estaba a punto de enviar el texto, pero un pensamiento cruzó por mi cerebro en el último instante. Debía ser cuidadoso y resistir la tentación de saber de ella. Pues acababan de matar a Zoe, y tal vez

era por mi culpa, así que no podía ponerle precio a la cabeza de Ethna. Era imperioso que la protegiera de cualquier mal, ya que aún estábamos evaluando cuánto habían averiguado en nuestras operaciones. Por tal motivo, nadie debía relacionarla conmigo, puesto que aún eran muy pocos los que sabían del parentesco sanguíneo que ella tenía con los Cavanaugh. Era mejor dejarla al margen.

Apreté la mandíbula y sentí el golpe de la adrenalina recorrer mis venas al imaginar el momento en que agarrase al Mago y le volara la cabeza, esparciendo su cerebro por el suelo.

Capítulo cincuenta

DONOVAN

Llegué a la misma iglesia donde semanas atrás se celebró el funeral de la señora Treasa Kinkaid. Era como estar viviendo un *déjà vu*, sin embargo, aunque el lugar fuera el mismo y los actores de la trama también, el muerto había cambiado.

El día estaba gris, y la nieve caía implacable desde muy temprano. Levanté el cuello de mi abrigo, bajé del automóvil y avancé hacia la entrada de la iglesia.

El operativo de seguridad montado para ese día era muy fuerte. Cada uno de los hombres que vigilaban con recelo toda la manzana estaba listo para repeler cualquier inconveniente. En otros tiempos había códigos que jamás se rompían cuando había una boda o un entierro; ahora no era lo mismo, así que debíamos estar alerta.

Por tal motivo, se habían extendido invitaciones exclusivas para los asistentes.

Por supuesto, yo no la necesitaba. No había quien no supiera que Zoe Kinkaid era mi prometida.

En la entrada, me tomé unos segundos para sacudirme el abrigo y así deshacerme de la nieve atrapada en el camino.

—Señor, mi más sentido pésame.

—Gracias, Loingsigh —le contesté al soldado que me abrió la puerta.

Los otros tres que lo acompañaban y que estaban a cargo de controlar la entrada también me dieron sus condolencias.

Al cruzar el pórtico principal de la iglesia, los murmullos y cuchicheos estaban a la orden del día. Miré al techo. No me gustaba sentirme observado, así que intenté no hacer caso a las miradas

curiosas. Fijé mi vista en los altos vitrales, y luego vagué por los ojos de la gente que se ubicaba en los bancos de madera oscura. Quería que quienes se sintieran intimidados fueran ellos, por estar hurgando en mis sentimientos.

Con determinación caminé al frente. Mis pasos resonaron en el respetuoso silencio que de pronto se instaló en el recinto al verme.

Maldije para mis adentros por la situación, sin importarme faltar al respeto a la casa de Dios.

«Mierda, podría haber sido como la otra vez que me encontré con los Cavanaugh en la entrada y no tuve que entrar solo».

No se trataba de que fuera un cobarde; simplemente no me gustaba que las personas sintieran pena por mí.

Cuando llegué al centro del altar, allí estaba ella, rodeada de flores blancas que contrastaban con la oscura madera del ataúd. Parecía dormida, su rostro sereno y pálido; evidentemente, los maquilladores habían hecho un gran trabajo, porque cuando la arrojaron, no era así como se veía con sus cuencas vacías.

A mi alrededor se oían sollozos y lágrimas contenidas, seguramente de su familia y amigos, en un intento por consolarse unos a otros. Yo… yo no sentía nada.

Lo cierto es que no habíamos llegado a conocernos; después del compromiso, solo nos habíamos visto una vez. Ella se había presentado en mi casa y había querido que tuviéramos más intimidad. En cuanto abrí la puerta, sus manos se enredaron en mi cuello y su boca buscó la mía. Aunque no la rechacé, el beso solo sirvió para comprobar que no me movía ni un pelo.

Me mostré esquivo y le expliqué que no era un buen momento porque tenía trabajo que cumplir.

—¿Así va a ser nuestra vida cuando nos casemos? Sé que ella te visitaba aquí y no la despedías —me echó en cara—. ¿Qué pasa? ¿Te asombra que lo sepa? Los chismes corren rápido y llegan a la persona que tienen que llegar.

—¿Es una amenaza? Ten mucho cuidado, no olvides quién soy. Lo mío sí lo es —le dije cogiéndola por el mentón con fuerza—. No sé de qué mierda estás hablando. —Fue mi respuesta; ni siquiera intenté disimular mi ira.

Por supuesto que me había pillado por sorpresa. Era evidente que ni Róni, ni Keiran, ni mucho menos Aidan lo sabían. Incluso Foster, hasta el día del compromiso, no estaba al tanto. Así que no entendía quién demonios había visto a Ethna en mi casa, porque era la única persona que la visitó. Estaba seguro de que Val no podía ser; Ethna confiaba ciegamente en ella. No hacía más que confirmar lo que Croía me había dicho. Por otra parte, no creía que fueran sus custodios, ellos tenían mucho que perder, y la tripulación del *jet*, tampoco, pues ese día había visto el terror en sus rostros.

—No importa que no lo aceptes, no esperaba otra cosa. Sin embargo, sabes perfectamente de quién hablo. Ella es inalcanzable para el asesino a sueldo de los Cavanaugh.

»Mira, Donovan, acepté casarme contigo. Fui criada para un eventual matrimonio arreglado, y el nuestro lo es; lo justo es que lo intentes tanto como yo, ya que tendremos que pasar el resto de nuestra vida juntos, puesto que los matrimonios en la mafia son para toda la vida.

—Aún no nos hemos casamos. Solo estamos comprometidos.

—Compórtate como mi prometido entonces. Invítame a salir, empecemos a construir nuestra intimidad.

—No tengo tiempo para jugar a los novios. Cuando lo tenga, te lo diré. Mientras tanto, esto es lo que hay. Si no te parece bien, avísame y cancelamos todo.

—¡Eres un grosero!

—Así soy yo, ve acostumbrándote. Ahora márchate a tu casa. —Estaba siendo un cabrón, pero me importaba una mierda—. ¿En qué viniste? ¿Tengo que pedirte un Uber?

—No te preocupes, he venido en mi coche. No es justo cómo me estás tratando.

—No me importa lo que te parece justo —dije encogiéndome de hombros, consiguiendo que ella se fuera enfurruñada.

Volviendo a la realidad, me acerqué un poco más, hasta estar justo al lado del ataúd. Fijé la vista en su rostro, tratando de encontrar en mi interior una chispa de sufrimiento, de pérdida, pero definitivamente no había nada de eso en mí. Tal vez si lo hubiera intentado como Zoe me lo había pedido, me habría preocupado más

por protegerla. Aunque lo intentara, por más que supiera a ciencia cierta que yo era en parte el culpable de lo que le había sucedido, no sentía otra cosa que ver a una extraña, alguien que no significaba nada para mí.

Escuché un nuevo murmullo generalizado, lo suficientemente alto para alejarme de mis pensamientos. Miré hacia la entrada y comprobé que la familia Cavanaugh estaba entrando. Caminaban por la nave central y se acercaban al féretro.

Una corriente asaltó cada resquicio de mi cuerpo cuando vi a Ethna del brazo de su hermano. Aidan iba por delante guiando a su esposa y a Ethna. Como cada vez que la tenía cerca, su sola presencia hacía que mi razón se nublara. No me resistí a la sensación, pues era en vano. Ethna llevaba gafas oscuras al igual que yo, así que no me molesté en desviar la mirada. Estaba seguro de que la suya estaba encadenada a la mía, lo podía sentir.

Mientras los Cavanaugh se acercaban, el coro de la iglesia comenzó a entonar *Amazing Grace*[1] al tiempo que Callum Kinkaid se acercaba al altar donde Zoe descansaba en el ataúd. Callum estaba desmoronado. No lo culpaba: en poco tiempo había perdido a su esposa y a su hija.

—No puedo creer que ella esté ahí dentro. Uno siempre sabe que estamos expuestos, señor, pero… nadie está preparado para que la muerte de un hijo preceda a la de uno. Verla ahí es devastador, créame.

—Estamos aquí —le dijo Aidan—, no tienes que enfrentar esto solo, la familia está contigo.

—El dolor de perder a un hijo no se compara con nada. Usted sabe que yo siempre he sido un hombre fuerte, pero siento que nada más importa…

—Lo entiendo, pero tus otros dos hijos te necesitan, hazlo por ellos.

La atmósfera era densa, cargada de tristeza y una tensión que se podía cortar con un cuchillo. Podía sentir los ojos inquisitivos de los presentes posados en mí, esperando una reacción, alguna señal que mostrase que el dolor me estaba alcanzando. Yo solo podía mirar

fijamente el ataúd mientras mis pensamientos vagaban, haciendo más notorio mi vacío emocional.

Levanté la cabeza. Róni me estaba mirando fijamente. No hacía falta que dijera nada, sabía lo que me estaba pidiendo. Me acerqué y puse una mano en el hombro de Callum.

—Es increíble, hace nada que estábamos celebrando nuestro compromiso.

—Encuéntralos, Donovan —dijo apretando los dientes—, hazles pagar por esto.

—No tienes que pedírmelo, así será, pero no hablemos de esto ahora. Estamos en la casa de Dios y ahí viene el obispo.

—Me importa muy poco, es mi niña la que está ahí, ella es la niña de mis ojos, mi tesoro, y no sé cómo voy a hacer para seguir de pie. Estoy destrozado y solo quiero venganza, me da igual que me oigan.

—Lo sé, no es que a mí me importe, solo cálmate.

—Tranquilízate, Kinkaid. Tú sabes cómo funcionan las cosas —dijo Rónán.

—Necesito hacer justicia por mi hija.

—Démosle sepultura, luego nos encargaremos de eso.

—Señor Kinkaid, mis más profundas condolencias. De verdad, lo lamento mucho. —La voz de Ethna se quebró, cada palabra surgía de su boca cargada de un dolor genuino que no hacía más que reflejar su alma transparente.

—Gracias, señorita Clancy —respondió Kinkaid con voz grave y apagada.

Las demás mujeres de la familia se acercaron una tras otra, expresando sus condolencias a Kinkaid, dándole palabras de consuelo.

Ethna se acercó a mí con un gesto sincero, cargado de compasión.

—Lamento mucho tu pérdida, Donovan —dijo cerca de mi oído, simulando un saludo más íntimo—. Nunca deseé esto, por favor, créeme.

Al separarse, asentí con una leve inclinación de cabeza y le di un suave apretón en el brazo, indicándole que la creía. Quería decirle que no se sintiera culpable, que sabía más que nadie de su alma bondadosa. Quería decirle, además, que no se preocupara por mí,

que mi corazón estaba vacío respecto a la mujer que yacía en el ataúd. Lo único que ansiaba era abrazarla para consolarla a ella, porque sabía que se sentía muy mal, pero la gente a nuestro alrededor hacía imposible una conversación sincera.

Cuando nos acomodamos en las bancas, me di cuenta de que Val también estaba allí, acompañada por Cian. Esos dos hacía un tiempo que habían empezado una relación o lo que fuera que tuvieran.

Por suerte, el funeral no se extendió demasiado. En el camino de salida, la chica York se acercó caminando a mi lado. Estaba destrozada: eran grandes amigas.

—¿Qué mierda hace ella aquí? No tienen vergüenza ni en el día del funeral de Zoe.

La miré asombrado, más que nada porque me pilló por sorpresa. Era una niña inmadura al igual que su amiga, porque no era el lugar para esa respuesta. Podía entenderlo y hasta justificarlo por su dolor: eran muy cercanas, y era obvio del lado de quien estaba.

—¿Qué pasa, te asombra que yo también lo sepa? Pues estábamos ese día en el aparcamiento cuando ella llegó y se metió en tu casa. ¿Qué crees que diría el *boss* si se entera que todos los saben y él no, y que se han estado riendo a sus espaldas?

—¡Cierra la boca!

—¡Que se vaya entonces! Ya la humillaste demasiado en vida, no permitiré que humilles su memoria.

—Yo no humillé a nadie, aún no había nada formal entre nosotros. Y cierra el pico si sabes lo que te conviene.

Caminé dejando a Kylee York y apresurándome para partir hacia el cementerio.

En el momento en que estaban bajando el féretro, levanté la vista deseando que todo terminara rápido. Me sentía asfixiado, necesitaba dejar de ser el centro de atención. En ese momento, un punto de mira se fijó en la frente de Aidan.

El disparo resonó como un trueno. El caos se desató inmediatamente, pero por suerte mi reacción fue rápida; había conseguido empujar a Aidan, llevándome en el empujón a Alex también. Desde el suelo fui testigo del momento en el que el sepulturero caía muerto, recibiendo la bala destinada a nuestro jefe.

Varios automóviles surgieron de la nada, y hombres enmascarados irrumpieron en el lugar, disparando sin cesar. Aidan, Keiran y Róni se abalanzaron sobre sus mujeres, sacando sus armas con rapidez y devolviendo el fuego. Yo ya había desenfundado la mía y, sin perder un segundo, respondí al enemigo y derribé a varios atacantes, procurando que cada bala fuera disparada con precisión mortal. Foster y Cian, que también estaban allí, no dudaron en contraatacar.

—¡Corred a la capilla! —gritó Aidan, mientras vaciaba su cargador en dirección a los agresores—. Pongamos a salvo a las mujeres —indicó a sus hermanos.

—¡No dejaré que se acerquen, yo te cubro! —respondió Keiran con una determinación feroz, protegiéndolo con su propio cuerpo mientras disparaba.

—Corred, no os detengáis —exclamó Róni sin dejar de disparar.

Los gritos y la confusión se apoderaron del momento, y la desesperación me consumía buscando a Ethna entre el caos. Protegerla fue mi primer instinto, pero yo estaba alejado de ella en el momento en el que los hechos se desencadenaron. Todo pasó demasiado rápido, como si cada segundo, antes de que los adversarios emprendieran la retirada, estuviera minuciosamente cronometrado.

Miré a mi alrededor, viendo los cuerpos caídos, el humo de las armas y la sangre mezclada con la tierra y la nieve, formando un escenario dantesco. La rabia se apoderó de mí. Corrí hacia la capilla para ver si Ethna estaba allí. Los demás me siguieron para ver a sus mujeres.

Nos dimos cuenta de algo aterrador: el personal del cementerio no era tal; ellos y nuestros hombres habían sido asesinados y abandonados en el templo, revelando la trampa en la que habíamos caído. Los asaltantes sin duda habían planeado muy bien el ataque al tomar su lugar.

Un grito desgarrador me detuvo en seco. Desde el suelo, herida, Valentina gritaba con todas sus fuerzas mientras Cian intentaba contenerla.

—¡Valentina! —grité, corriendo hacia ella—. ¿Dónde está Ethna?

—¡Se la llevaron! —Su voz resonó nublando todo a mi alrededor y provocando que cada palabra se clavara como un puñal en mi pecho.

Mi corazón se paró un instante. La furia me impulsó a salir corriendo, pero Val me detuvo aferrándose a mi abrigo.

—Tienes que encontrarla, Donovan. Está embarazada, espera un hijo tuyo.

ETHNA

—¡Al suelo, nos atacan!

La voz de Donovan sonó atronadora y, cuando giré la cabeza, vi justo el momento en que se arrojaba sobre Aidan, interponiendo su cuerpo y derribando de un empujón a él y a Alex. Inmediatamente, el estruendo de un disparo resonó y, sin tiempo para procesar lo que estaba sucediendo, vi caer a uno de los sepultureros tras recibir la bala que, de no ser por Donovan, habría impactado en mi hermano.

Mi corazón latió desbocado, y el pánico se apoderó de mí al ver cómo varios hombres encapuchados descendían de diferentes automóviles y nos rodeaban rápidamente.

—¡Corred a la capilla! —vociferó Aidan, intentando ponernos a salvo mientras mis tres hermanos disparaban contra los atacantes.

—¡No dejaré que se acerquen, yo te cubro! —avisó Keiran.

—¡No os detengáis! —gritó Róni sin dejar de disparar.

—¡Vamos, Ethna, corre! —me instó Valentina.

Tomándonos de la mano, nos apresuramos para buscar refugio entre las antiguas paredes de piedra del templo. Los disparos continuaban resonando como explosiones constantes en mis oídos.

Mi corazón iba a estallar, no solo por el miedo de que nos pasara algo, sino porque Donovan había quedado expuesto entre las balas. Valentina tironeó de mí, impulsada por el puro instinto de supervivencia que yo parecía haber perdido. Para colmo, el suelo resbaladizo y la nieve hacían que cada paso fuera más dificultoso.

De repente, sentí un tirón violento en mi mano y vi cómo Valentina caía al suelo emitiendo un gemido de dolor mientras

sostenía su costado. Abrí su abrigo y comprobé una mancha roja extenderse rápidamente por su ropa. Me desesperé tratando de auxiliarla, pero su cuerpo se debilitaba rápidamente.

—¡Val! —grité. El pánico se apoderaba de mí—. ¡No te rindas, Bae! Levántate, ayúdame a ponernos a salvo.

Pasé su brazo por mi cuello y la cogí por debajo de la axila para ponerla en pie. Antes de que pudiera dar un paso con ella a cuestas, unos fuertes brazos me rodearon, arrancándome de su lado. Intenté resistir, grité, pataleé… No me podía liberar; ahora eran dos hombres los que intentaban arrastrarme con ellos entre las tumbas. No obstante, estaba decidida a no rendirme, hasta que un puñetazo impactó en mi mandíbula nublándome la vista. Mi entorno se oscureció, y mi cuerpo se tornó laxo.

Haciendo un esfuerzo supremo por mantenerme alerta mientras alguien me sostenía, emití un leve quejido, y noté de manera extraña cómo mi cuerpo continuaba sin control.

Comencé a escuchar voces profundas y el rugido de motores en funcionamiento, también disparos, aunque empezaron a escucharse cada vez más lejos.

Capítulo cincuenta y uno

ETHNA

Estaba mareada, y las extremidades me pesaban, como si mi cerebro no pudiera enviar las órdenes adecuadas para moverme. Me esforzaba por reconquistar el dominio de mis sentidos al abrir con dificultad mis pesados párpados.

Finalmente, mi cuerpo empezó a reaccionar del letargo en que se encontraba. Con esfuerzo, intenté incorporarme al darme cuenta de que mi mejilla estaba apoyada en el frío suelo.

Logré sentarme y apoyarme contra la pared. Mi visión se tornó borrosa, y mi entorno empezó a dar vueltas.

Me pasé la mano por la frente, intentando recordar un poco más, pero mi memoria estaba vacía; no había recuerdos de cómo me habían traído al lugar donde me encontraba, ni tampoco de quién había sido.

Un grito salió de mi garganta sin que lo pudiera detener cuando recordé que estábamos en el cementerio. Empecé a hiperventilar y evoqué a Val herida y yo queriéndola ayudar.

—Por favor, Dios, ¡no permitas que le pase nada!

Miré a mi alrededor y comprobé que mis recuerdos no se trataban de un mal sueño, ya que el lugar en el que estaba se asemejaba mucho a una celda. Había un colchón maloliente, con manchas de lo que parecía ser sangre, una puerta de hierro, ciega, y un hoyo en el suelo que servía de letrina, del que emanaba un olor nauseabundo.

Las náuseas se apoderaron de mí y tuve que ponerme de pie para no vomitarme encima.

Cuando logré calmarme, después de vaciar todo el contenido de mi estómago, recordé que en el momento de atraparme traté de

escapar, pero el encapuchado era mucho más alto y fuerte que yo, por lo que no tuve posibilidad alguna de liberarme. Me toqué la cara; me dolía la mandíbula, y entonces todas las imágenes se presentaron de una vez.

El golpe que me había dado aquel tipo me había nublado la visión, propiciando que después de eso todo lo ocurrido fuera como un abrir y cerrar de ojos. Tenía la impresión de haber oído voces, pero hablaban en un idioma desconocido para mí.

No estaba segura, pero en algún rincón de mi cerebro me parecía haber oído una conversación que sonaba como chino. Todo era tan confuso…

No llevaba el abrigo puesto. Me toqué el brazo donde me dolía y me miré pensando que tal vez en la lucha se me había hecho algún moratón. Vi que tenía un pinchazo. Eso explicaba por qué mi mente estaba tan nublada, debido a que tal vez me habían sedado.

Toqué mi vientre, y las lágrimas brotaron de mis ojos al pensar en mi bebé. Fue como si todo se congelara desde dentro, provocando que empezara a temblar.

«Nos matarán»

«¡No!».

Me obligué a pensar en positivo: Donovan y mis hermanos nos vendrán a buscar, al menos a mí, porque nadie sabe de la existencia de mi bebé, salvo Bae, y ella posiblemente ya esté…

Me arranqué a llorar sin poder detenerme; no podía concebir que Val muriera, y tampoco nosotros. No podían terminarse así nuestras vidas.

Me sequé las lágrimas y recordé las palabras de Donovan la vez que me hirieron: «El miedo desaparece cuando comprendemos que nuestra mente es quien crea esa emoción».

Lo que me estaba pasando no era algo irreal, estaba ocurriendo de verdad; sin embargo, debía asegurarme de que el pánico no me paralizara, pues si se volvía irracional, no habría forma de luchar contra el peligro que me acechaba.

«Debes utilizar el miedo, no dejar que él te utilice a ti —había dicho también el padre de mi hijo—. Si empleas la emoción como una alerta, podrás conectarte con tu armonía emocional, y eso te

ayudará a enfocarte en lo que quieres lograr. Solo debes pensar en eso, en lo que tú deseas, y el miedo se alejará».

Respiré calmadamente e intenté oír la inducción de su voz para guiarme al sosiego; estuviera cerca o lejos, él había sabido calmarme y ser mi mejor opción para despejar mi mente en momentos de conmoción. Debía enfocarme y confiar en que muy pronto vendrían a rescatarme. Conocía a mi familia, y podía estar segura de que no me dejarían sin luchar por mí.

Escuché sonidos fuera de la puerta, y el corazón se me aceleró nuevamente. Intenté mantenerme todo lo calmada que pude.

Los ruidos se acrecentaron, y el corazón se me volvió a acelerar; volví a instarme a no perder la calma.

Busqué algo que me sirviera para defenderme, pero a simple vista no había nada, así que intenté que mis pensamientos no se estancaran. Debía encontrar una pronta solución para mantenerme con vida.

Continué mirando a mi alrededor y lo único que estaba a la vista era una cadena con un grillete asida a la cama. Debía reaccionar rápidamente, ya que los pasos resonaban cada vez más cercanos. Repelí el asco, me senté sobre el repugnante y nauseabundo colchón, y escondí la cadena tras de mí para golpear con ella a mi captor.

Tal vez si lograba darle en la cabeza conseguiría escapar.

Tras el ruido del cerrojo, la puerta se abrió de golpe y entonces lo vi, vestido totalmente de negro. Estaba magnánimo de pie en la entrada. Corrí a su encuentro y me sujeté de su cuello, experimentando un alivio instantáneo en mi cuerpo.

—¿Cómo me encontraste? ¿Cómo supiste que me habían traído aquí?

Él me apartó y me miró inmutable sin pestañear.

Me mordí el labio para detener el temblor, alejándome de su lado. Me sentí una tonta por pensar que había venido a salvarme.

Jake vestía como el hombre que me había secuestrado, tan solo le faltaba la capucha que cubría su rostro.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Hubiera sido todo tan fácil si no me hubieras rechazado… Eres la única culpable de que las cosas sean como son. Te cortejé como se suponía que querías que lo hiciera.

—¿Qué locura es esta, Jake? No puedes retenerme contra mi voluntad.

—Te dije que no le temía a la Irish Mob.

Lo miré fijamente. Era un demonio, y su buena apariencia solo me había engañado. O peor, yo había querido creer que podía haber un hombre que no fuera oscuro en mi vida.

—¿Quién eres, Jake? No fue casualidad nuestro encuentro en Puerto Banús, ¿verdad?

—Tenía gente siguiéndote, tardaste demasiado en darte cuenta. Tu madre tenía razón, eres bastante ingenua para ser una hija de la mafia. No creí que fuera a coincidir tan pronto contigo; la suerte estuvo de mi lado, y solo hiciern falta unos cuantos dólares para conseguir una mesa en KAO. Hacía algunos días que me había reunido con Enya, que me contó de tu gusto por las fresas bañadas en chocolate entre otras cosas… Fue fácil hacerle creer que iba a pedir tu mano, pero ella me aconsejó que debía conquistarte, porque nunca accederías a un matrimonio arreglado, y los Cavanaugh no te obligarían.

Trastabillé contra la cama y caí sentada nuevamente en el colchón cuando nombró a mi mamá.

«Mamá, ¿qué mierda hiciste esta vez?», pensé.

—Soy tan poderoso como tu familia. Soy uno de los jefes de la mafia china. —Jake Bright movió la boca esbozando una sonrisa artera—. No es nada personal contra ti, eres un daño colateral —explicó calmadamente—. Te fijaste en la persona equivocada, y yo destruiré todo lo que a Donovan le importe.

De pronto lo supe sin motivo ni lógica: no saldría viva de allí. Las manos de Jake habían quitado la vida a mucha gente, y no dudaría en matarme.

Mis manos tocaron la cadena que permanecía tras de mí. La aferré con fuerza y me levanté de golpe, atizándole un golpe con el grillete en la cabeza. Me moví con presteza hacia la salida, y aunque el golpe lo había atontado, no fue suficiente para que sus reflejos

dejaran de funcionar. Jake era un hombre muy fuerte y para nada improvisado. Me cogió por la cintura arrojándome contra la pared, luego se aproximó tironeándome del pelo y arrastrándome por el suelo para ponerme de pie.

—¡Maldita zorra! No quería mostrarte este lado de mí, pero me obligas a hacerlo. Eres la culpable de lo que está pasando, solo debías elegirme a mí, pero tú, al igual que mi madre, preferís a ese bastardo.

No sabía de qué carajo hablaba, y no tenía tiempo para ponerme a descifrar lo que quería decir. Me arqueé y luché con fuerza, pero sus brazos parecían el grillete con el que había intentado noquearlo.

Jake me empujó derribándome sobre el colchón y me inmovilizó poniendo mis manos sobre la cabeza mientras se subía a horcajadas sobre mí.

Le lancé un escupitajo y continué moviéndome bajo su peso para intentar zafarme. Aunque era inútil y estaba exhausta, no tenía pensado claudicar, puesto que tal vez era la única oportunidad para escapar, ya que de ahora en adelante él estaría más atento cuando se me acercara.

Me soltó una de las manos y quise abofetearlo, pero su mano fue más rápida y comenzó a golpearme en el rostro con el puño.

—¿Por qué me haces esto? —Sus dedos acariciaron mi mejilla. Quise apartarme, pero los golpes me habían atontado—. No quería destrozar tu hermoso rostro, es innegable tu hermosura.

Intenté sacar fuerzas para seguir luchando, pero Jake me sostuvo por el cuello y comenzó a hacer presión.

Me faltaba el aire, sentía que muy pronto dejaría de respirar, sin embargo, estaba decidida a sobrevivir por mi hijo. Apoyé las manos sobre las suyas para intentar librarme de ellas, pero no había manera de igualar su fuerza. Probablemente sería mi final.

Mi mano cayó laxa sobre el colchón, y aunque casi inconsciente, palpé el frío de la cadena; aferrándome a ella, la levanté para coger el grillete y con él volver a golpearlo.

Lo intenté, pero sin fuerza; solo logré que se ofuscara más.

Fue suficiente para que soltara mi cuello. Ahora sus manos empezaron a desgarrar mi ropa.

El corazón comenzó a latirme lenta y dolorosamente, y la repercusión de su latir me golpeó en la garganta como si sus manos aún estuvieran haciendo presión ahí.

—No, Jake, no, por favor, no me hagas esto, no, no, nooo —le supliqué como si fuera peor que matarme.

Sentía en el pecho un agujero que me impedía respirar con espontaneidad. Él no me escuchó ni se detuvo. No supe con exactitud el momento en que mi cuerpo se separó de mi mente cuando Jake, tras bajarse los pantalones y abrir mis piernas, se metió dentro de mí.

Algo en mi interior se contrajo, como si mis vísceras fueran retorcidas dentro de mi cuerpo.

Mis recuerdos regresaron, y dolía mucho.

Jake era el culpable, y comprendí por qué siempre había tenido repulsión a acostarme con los hombres. Ahora entendía por qué tanto mi madre como mi padre se preocuparon en llenar esos espacios en blanco de mi mente. Estaba segura de que el psicólogo de la nómina al que me hicieron ir estaba muy bien instruido para que yo nunca progresara.

Pues… mi papá… durante años había abusado de mí, y mi madre lo sabía y no había hecho nada. Por el contrario, me entregaba y me preparaba para cada ocasión.

Me esforcé por hallar un escondite seguro en lo más profundo de mi ser, un rincón donde pudiera refugiarme de la brutalidad que estaba viviendo.

Me encontré de pronto mirando un punto fijo en el techo y esperé hasta que Jake dejara de moverse. Sabía que por más que le siguiera suplicando no se iba a detener hasta tanto no se saciara. Cuando por fin lo hizo, se levantó dejándome inerte en la cama. Aunque veía lo que pasaba a mi alrededor, no podía moverme.

Jake se subió los pantalones y me miró con desprecio, escupió en el suelo, luego se inclinó y me colocó en la muñeca el grillete con el que quise golpearlo, amarrándome a la cama.

—No eres más que una puta occidental. No fue por las buenas, pero te tuve, y también le dolerá. Le quitaré todo lo que a él le importa. Nunca tendrá tu cariño, haré que siempre pienses en mí

cuando se te acerque, porque sabrás que esto que te pasó fue por su culpa; nunca serás suya por completo, de la misma forma que yo nunca tuve por completo a mi madre porque ella siempre estaba pensando en él.

Sus palabras no tenían asidero, no lograba comprender a lo que se refería. Mi razón estaba tan nublada con lo que acababa de ocurrir que no sabía si era yo la que no lograba hilar sus palabras.

Una mujer entró, y él la empujó para sacarla de allí.

Hablaban en chino, así que no podía entender lo que decían. Mi mente estaba atrapada en otra dimensión. Escuchaba lo que pasaba a mi alrededor, a lo lejos, como si no me encontrase en la misma habitación.

Estaba rota, me sentía muerta en vida. Me hice un ovillo e intenté cobijar mi desnudez. Estaba temblando y no podía dejar de llorar.

En un momento giré la cabeza para mirarlos: estaban forcejeando. De pronto sentí un tirón en mi mano. Me di cuenta de que aquella mujer se había sentado junto a mí y me estaba cubriendo con su abrigo. Le exigía que me quitara la cadena.

—No lo haré, no te metas.

—¿Qué hiciste? ¿Qué hiciste, hijo mío? —habló la mujer en inglés.

Jake le contestó en chino, así que no le entendí. Ella levantó mi mano y continuaba exigiéndole. Lo deduje por el tono de la conversación, aunque era difícil saberlo, pues ese intrincado idioma era muy difícil de comprender.

—No lo haré —dijo él en inglés. Creo que ahora Jake estaba muy interesado en que yo comprendiera, por eso se rehusaba emplear su idioma—. No me obligues a matarla, no me conviertas en el monstruo que no quiero ser, porque todo esto es tu culpa y de él. No me empujes a tratarte mal también.

Esa conversación no tenía sentido para mí, seguía sin entender nada. Mi mente estaba encadenada a lo que Jake acababa de hacerme.

La mujer se apartó de mí y se puso de pie para tomar el rostro de Jake entre sus manos. Empleando un tono más suave, le dijo algo que tampoco comprendí, porque volvieron a emplear su idioma.

Cambiando al inglés, ella le rogó:

—Tú no eres como tu padre, no te conviertas en un ser despiadado, nunca quisiste ser como él.

—¿Por qué fuiste a verlo? ¿Creías que no me iba a enterar? Me traicionaste.

—No te traicioné, Wong, os amo a los dos. Incluso amo a Kuo, aunque no lo haya engendrado, pero lo crie desde muy pequeño, y lo amo como si fuera mi verdadero hijo.

»¿Cuándo lo entenderás?

»Es necesario que pares de alguna manera. Desde que volvimos a Boston estás fuera de ti. Por favor, recapacita, frena esta violencia y volvamos a España.

—Es tarde, es demasiado tarde. Sal de aquí, te he dicho que no quiero tratarte mal. Vuelve a casa y no vuelvas a bajar si no quieres que ella pague por tu desobediencia. Tú no tienes permitido venir aquí.

La mujer se cubrió el rostro, no dejaba de llorar. Tras unos instantes, salieron de allí.

DONOVAN

—¡Esos hijos de puta! —murmuré con rabia.

La desesperación y la furia eran mis únicas compañeras. Iba a matarlos a todos cuando pudiera encontrar quién se la había llevado.

Habíamos salido del cementerio tras ellos, pero los bastardos se nos escaparon. Ahora nuestros especialistas rastreaban las cámaras de seguridad de la ciudad. Era como hallar una aguja en un pajar, pues se les perdía el rastro en una zona sin vigilancia y donde seguramente cambiaron de vehículo. Mismo *modus operandi* que utilizaron los mexicanos después de arrojar el cuerpo de Zoe.

Lo ocurrido en el camposanto había sido una masacre. Perdimos gran cantidad de buenos hombres; algunos de los de ellos también habían perecido, pero se los habían llevado para que no los pudiéramos identificar. Tenían todo planificado minuciosamente.

Llegué a Manor Place tras encargarnos de limpiar el cementerio de nuestros muertos. Aidan me llamó para indicarme que me quería ver

cuando terminara, así que no me quedaba otra opción más que enfrentarlo.

Róni me abrió la puerta, olía a cigarro y *whisky*, y su semblante denotaba el cansancio.

—Hermano…, yo no sabía…

Rónán giró la cabeza movido por la ira que a duras penas lograba mantener a raya.

—¿Hermano? No te atrevas a llamarme así después de que te cagaras en cómo te he considerado siempre. No quiero hablar contigo, porque lo único que quiero es asesinarte. Aidan te está esperando en el búnker.

—Estás siendo injusto, estoy desesperado, la amo.

Su puño se descargó en mi estómago, y empleó tanta fuerza que no sería extraño que hubiera roto alguno de mis órganos y me desangrara a causa de una hemorragia interna. Pero no iba a defenderme.

—¡La follaste y la preñaste, y estabas por casarte con otra! —me echó en cara—. ¿En qué mierda estabas pensando cuando despreciaste así a mi hermana? —Golpeó mi sien con sus dedos mientras me hablaba—. ¿Acaso creíste que era una de las putas del Kings a las que jodes por todos los agujeros y sigues con la otra?

Su puño ahora terminó en mi boca, y de inmediato sentí el sabor metálico de la sangre.

Caí al suelo, y Róni se inclinó para continuar golpeándome sin que yo opusiera resistencia.

Merecía cada golpe por no luchar por ella, merecía morir por hacerla sufrir y por no protegerla.

Aidan y Keiran aparecieron tras subir corriendo por las escaleras que llevaban al sótano. Seguramente vieron a través de las cámaras la paliza que Rónán me estaba dando. Se abalanzaron sobre él y lo sujetaron, pues estaba desquiciado.

—¿Qué mierda haces? ¿Acaso quieres despertar a todos en la casa? Es de madrugada, ¿te has vuelto loco? —lo increpó Aidan.

—Lo voy a matar, lo quiero moler a palos, es un imbécil.

—Basta, Róni, ahora lo importante es encontrar a Ethna con vida. No tenemos tiempo para pelearnos entre nosotros. —Aidan había

sido concluyente.

—Estás tan enojado como todos —reflexionó Keiran; su mirada parecía dagas clavándose en mí—, pero no podemos perder más tiempo.

—Es que este idiota —dijo golpeándome la nuca; yo ya me había puesto de pie— no aprendió nada en todo este tiempo. ¡No se muerde la mano que te da de comer! —manifestó acercándose peligrosamente a mi rostro, como si estuviera a punto de iniciar nuevamente la paliza.

—He dicho que basta —volvió a gritar Aidan, poniendo fin a la discusión.

Róni se acomodó la ropa y a regañadientes aceptó hacer un alto. Cuando estaba así de cabreado, no había forma de hacerlo entrar en razón, solo se calmaría cuando viera mucha sangre. Sin embargo, accedió a que bajáramos para seguir hablando en el búnker, ya que era un lugar insonorizado.

Entramos en la oficina de Aidan y nos sentamos. Róni en una punta, y yo en la otra, con Keiran en medio de ambos.

El jefe nos sirvió *whisky* a todos. Cuando me entregó mi vaso, se me quedó mirando antes de soltarlo y sentarse tras el escritorio.

—No estaba en la lista que Róni me entregó. Asumí que no me creíais digno de ella —dije sin mirar a Rónán y sosteniéndole la mirada a Aidan—. Sabes perfectamente que no quería casarme con Zoe.

Una rabia ardiente fue seguida por el frío al comprender que podía perderla para siempre.

—Y tampoco con Ethna, solo querías seguir jodiendo putas —gritó Róni desde la otra punta.

—Solo hice lo que mi *boss* me pidió, elegí entre las opciones que se me indicaron. Cuando me diste la lista, asumí que Aidan estaba al tanto de esos nombres —contesté, con la vista fija en Aidan.

Sacudí la cabeza y me pasé la mano por el pelo.

—Chiss. —Róni dejó escapar el aire entre los dientes y se rebulló en su asiento.

—Te dije que eligieras, que yo lo arreglaba todo. Mis palabras tienen un solo sentido, Donovan, ¿acaso no hablo claro? —Aidan me

tendió una caja de pañuelos desechables para que me limpiara la sangre que chorreaba de mi boca y que había enjuagado con el *whisky* antes de tragarlo y se había impreso en el vaso.

—Soy un asesino a sueldo —me levanté de golpe, y mi silla cayó al suelo—, no pertenezco a ninguna puta familia influyente que os sirva para hacer negocios, y tú —miré a Róni— me entregaste una putísima lista con los nombres que podía considerar, así que acaté las órdenes, es lo que mejor hago. Acatar órdenes siempre —repetí —. Ethna es la única persona que me hizo sentir que mi corazón no solo funciona cuando mato o torturo, pero tuve que obligarme a olvidarla, y ni así lo he conseguido.

»Cuando tiraron a Zoe mutilada, solo quería ir y abrazar a Ethna porque sabía lo que habría sido para ella verla en ese estado. Estaba más preocupado por Ethna que por la vida arrebatada a la chica Kinkaid. Por otra parte, ¡maldición! —tiré de mis mechas—, no me dijo que estaba embarazada, me lo ocultó.

»Tal vez ese fue mi gran error, lo reconozco. Estaba aterrado porque no sé si podré ser un buen padre, mis genes son los peores que un hombre pueda tener. Quise creer que nuestros encuentros no habían tenido consecuencias por esa razón.

»Además, ¡joder! Creí que había puesto mis ojos en alguien inalcanzable, tal como le pasó a Foster con Caitríona. Quisiste casarla con el tío de Trevor por negocios —le recordé a Aidan. Me pasé la mano por la frente para sosegarme—. Tendría que haberla escuchado. Ethna me pidió que luchara por nuestro amor, pero me limité a seguir las órdenes, es lo que siempre me enseñaron. Toda mi vida me limité a aceptar que la vida siempre me quita lo que quiero, así que simplemente lo acepté. —Me golpeé el pecho.

Capítulo cincuenta y dos

«Leve es el dolor que habla.
El grande calla».

Séneca

ETHNA

No podía decir cuánto tiempo había pasado, estaba sola mientras recordaba. Deseaba dormirme, así que permanecí con los ojos cerrados. Tenía la esperanza de que, al despertar, todo hubiera sido una pesadilla. O, con suerte, los recuerdos volvían a desaparecer, como ya había pasado una vez dentro de mi cabeza.

Estaba agotada y no podía dejar de temblar. Mi cuerpo estaba frío como el de un muerto.

Me ovillé un poco más y cerré los ojos con más fuerza. Intenté reproducir en mi mente la voz de Donovan para acallar los demonios que se habían presentado sin invitación.

Tras permanecer inmóvil un tiempo, una escena de cuando era niña invadió mi pensamiento. Abrí los ojos; tal vez si los abría desaparecería el mal sueño que estaba teniendo; no ocurrió. Entonces mi llanto se hizo más desgarrador, porque ya no había espacios vacíos en mi mente.

Pasado

—No quiero ponerme ese vestido.

—Tienes que acompañar a tu padre, a él le gusta ese vestido, dice que te hace más mayor y no una niña. No discutas conmigo,

debemos complacerlo.

—No, mamá, no quiero ir; por favor, no me obligues.

—Ethna…, ¿en qué quedamos? Sabes que él te quiere de manera especial, eres su niña adorada, y cuando pide que lo acompañes, debes hacerlo. Tú eres la mayor, tus hermanas son muy pequeñas y…, por supuesto, no queremos que papá las quiera de manera especial a ellas. ¿Acaso quieres que él sea como es contigo con Reagan o Cait?

—No, no quiero que las haga sufrir, lo sé, pero yo tampoco quiero, haz algo, te lo suplico.

—Me golpeará, Ethna, ¿quieres eso para tu madre? Sabes lo que me hizo el día que lo encontré en tu habitación, lo escuchaste perfectamente cuando prometió que me mataría a mí y a tus hermanas si alguna de las dos hablaba.

—Por favor, mamá, ¿y si le decimos al tío Connor?

—Él no hará nada, sé por qué te lo digo. No le importa lo que tu padre haga, siempre lo consiente. No se te ocurra abrir la boca o tu papá hará lo que dijo.

—No quiero, mamá, por favor, no quiero que me toque, no quiero que… se meta en mí…, no quiero que me bese como lo hace.

—Solo tienes que cerrar los ojos y pensar en cosas lindas. Te prometo que luego saldremos de compras y te compraré muchos vestidos y todo lo que me pidas. Siempre que está contigo, después tiene muy buen humor y me da dinero.

Era como si de pronto todo el oxígeno se hubiera acabado dentro de mis pulmones al saber que yo también había sido una víctima del monstruo que fue Brady Clancy.

Evidentemente, mi memoria se había vuelto selectiva para protegerme de los hechos aberrantes que era preferible no recordar.

Suspiré. Tras unos instantes comencé a sentir murmullos que luego se convirtieron en llantos y gritos. Personas que pasaban por mi puerta y que suplicaban que las dejasen ir, hasta que las voces se alejaron y dejaron de escucharse. Unos momentos después, la puerta se abrió y acalló temporalmente mis pensamientos.

Otra vez estaba ahí mi nuevo verdugo.

Había luchado con uñas y dientes no solo aquí, también en el cementerio. El esfuerzo ahora se sentía en mis músculos, no obstante, no era nada comparado con el dolor que llevaba dentro. Mi memoria seguía retrocediendo en el tiempo, así que parpadeé y giré la cabeza. No quería que él viera reflejado en mis ojos lo muy rota que estaba.

—Come, no te quiero en los huesos.

Su voz me hizo regresar nuevamente del pasado. Continuaba sin poder moverme, estaba entumecida, como cuando papá se subía encima de mí, o como me pasó cuando él lo hizo.

Jake también era un engendro como mi padre.

Él también acababa de violarme, y ahora, para lavar su conciencia, pretendía cuidarme trayéndome alimento. Como si la comida pudiera unir lo que había contribuido a romper.

Eran demasiadas heridas por sanar, y no creía poder seguir soportando, así que tal vez si él me mataba podía dejar atrás todo el asco y el dolor que estaba sintiendo.

Tenía la boca seca, por eso me lamí los labios. Al hacerlo, noté el sabor salobre de las lágrimas; entonces me di cuenta de que nunca había dejado de llorar. Un sentimiento de culpabilidad se apoderó de mí, como si lo que me hicieron fuera mi falta y no la de ellos.

Jake se inclinó y volvió a cubrirme con la chaqueta que me dejó la mujer. Quise apartarme, pero no podía ir a ningún lado: estaba encadenada a la cama.

—Come. —Sus ojos despiadados y apáticos me observaban—. Todo esto es por tu culpa; no quería hacerte daño, te traté bien y me rechazaste.

Volvió a esgrimir esas palabras como si fueran una justificación creíble. Nada podía enmendar la atrocidad que había cometido.

DONOVAN

Sonó el teléfono. Aidan miró la pantalla.

—Es De Luca —nos informó antes de atender—. Hola, te escucho.

—Aidan, tengo algo para ti.

—Leandro, dime por favor que tienes buenas noticias. —Aidan había activado el altavoz para que todos pudiéramos escuchar.

—No son las mejores, pero es un gran avance. El informante de mi cuñado nos acaba de confirmar que efectivamente el cártel de Sinaloa y los chinos se han unido, y además hay rumores de que el viernes habrá una entrega de mujeres y niños que cruzarán la frontera hacia México. Se dice también que entre el cargamento llegará alguien de la realeza, y que el destino es la explotación sexual. Aunque no se obtuvieron nombres, creo que podemos estar seguros de que se trata de Ethna.

—¡Hijos de puta! —blasfemó Aidan. Yo veía todo rojo, intentaba contenerme para no salir volando hacia China Town y matar a todas las víboras chinas que pudiera encontrar.

—Falta saber qué ruta emplearán para cruzarla. Igualmente tratamos de conseguir el sitio en donde la tienen antes de que intenten sacarla del país. Perdón por la hora en que te llamo, pero me dijiste que estarías esperando las noticias.

—Yo te pido disculpas a ti, y te doy las gracias por estar aún despierto a estas horas.

—No es nada, hombre. «Lo que le pasa a uno, les sucede a todos». Cuando nos unimos para conformar Underworld Kings, ese fue el lema que acordamos seguir. Creo que es hora de empezar a actuar en conjunto.

—Así es, y aunque esta unión está comenzando, les haremos saber que juntos somos invencibles. Iba a llamar yo mismo a Gonzales Montero. Aunque nuestra relación es buena, tú te entiendes mejor con tu cuñado, y yo me siento más cómodo contigo. No dejes de darle las gracias de mi parte.

—No te aflijas, no ha sido ninguna molestia. Edgar te manda decir que te quedes tranquilo, que se está moviendo muy rápido para conseguir la información que necesitamos. Me dijo que como sea la obtendrá e interceptaremos ese envío, y yo agrego que confíes, no estás solo en esto, la rescataremos entre todos.

—Carajo, sabía que encontraríamos el dato por el lado de los mexicanos. ¡Gracias, amigo!

Sentía que había pasado una eternidad desde que se la llevaron. Me pasé la mano por la cara y por el pelo cuando Aidan colgó la llamada.

—Ella sobrevivirá —dijo Róni—, aguardará hasta que la rescatemos; esos hijos de puta no tienen idea de con quién se metieron. Prometo por la memoria de mi madre que hasta aquí llegaron sus correrías en nuestra tierra.

Estaba furioso, y quería tener la certeza que Rónán tenía, ser optimista también. Aunque ahora sabíamos en poder de quién estaba, era lo mismo que nada, porque parecía que no había forma de llegar a ellos.

Definitivamente era el enemigo más astuto y feroz con el que nos había tocado enfrentarnos.

—Tenemos que ser cautos, lo que quiero ahora mismo es atacar al jodido *tong* y matar a cuanto chino se me cruce para aplacar lo que estoy sintiendo, pero sé que no podemos hacer nada que pueda poner a Ethna en peligro, así que lo mejor será que sigan confiados y creyendo que van un paso delante de nosotros —dijo Aidan.

—Voy a volverme loco. Necesito hallarla ya mismo. No me fío de esas bestias —declaré.

—Muerta no les sirve. Si lo que quieren es meterla en el mercado, la cuidarán —expuso Keiran.

—No me jodas, Kei. Sabes que les importa un carajo en qué condiciones llegue.

—Seamos positivos. No llames a la desgracia —dijo Rónán.

—Ella ya cayó en desgracia, Róni, esto está muy jodido. Espero que sea inteligente y no desvele que está embarazada. Preñada no es útil para ellos, así que, si se enteran, la ocultarán para vender la criatura al nacer.

—Nadie comercia con humanos en los territorios que controlamos —aseguró Aidan—, no lo permitiremos. Como dijo Róni, hasta aquí llegaron sus correrías.

Estaba a punto de irme de Manor Place cuando Róni me detuvo.

—¿Quieres seguir golpeándome? —No era razonable que le hablara así, pero estaba tan furioso que necesitaba descargar mi ira, y sabía que Rónán podía hacerme morder el polvo si lo provocaba.

—Debería, pero no olvido que tú me pusiste el hombro cuando tuvimos que rescatar a Ava, y que siempre me apoyaste con Deé, aun sabiendo que ella era una Hannigan. —Sacudió la cabeza—. Sinceramente, no sé en qué mierda estabas pensando que no me dijiste lo que había entre tú y Ethna. —Quise hablar, pero me cortó —. Ya sé toda la mierda que dijiste allí dentro. —Señaló el búnker—. Escuché cada estupidez que salió de tu boca, y eso es lo que más me encabrona. Yo nunca te traté como a un empleado, hay confianza entre nosotros. Se supone que somos amigos, casi como hermanos. ¿Cómo pudiste creer…?

El arrepentimiento se apoderó de mí, y una extraña emoción me invadió. Róni tiró de mí y me abrazó, y su gesto me dio un respiro, ahuyentando fugazmente la tensión que me agobiaba. Levanté los brazos y palmeé su espalda; cuando nos separamos, froté los dedos en mi cabeza, sobre el dolor punzante en mi sien.

—No solo te defraudé a ti, también a ella, y si le pasa algo…, no me lo podré perdonar.

—No le pasará nada, no quiero oírte decir nada negativo. La rescataremos. Esta familia no puede soportar otra desgracia, así que sencillamente nada malo ocurrirá.

—Quisiera ser optimista como tú, pero sabemos bien que en el mundo en que nos movemos la violencia está en todas partes. Y desde que esos chinos hijos de puta desembarcaron en Boston, ha sido un desastre tras otro, y no atinamos a frenar esta ola de violencia que nos azota sin descanso.

»Estoy a punto de perder la cabeza.

Róni levantó la mano y me apretó el hombro.

—No se imaginan en lo que se han metido: les llevaremos la guerra adonde sea que vayan. La fuerza de las seis familias más poderosas de la mafia les caerá encima, y los destruiremos, es el momento de que conozcan a Underworld Kings.

Asentí con la cabeza para que Rónán se quedase tranquilo, pero yo no estaba convencido de nada. Ethna, sin duda, era mi debilidad, y tal vez mi perdición.

Capítulo cincuenta y tres

ETHNA

Todavía perduraba la sensación de él cerniéndose sobre mí, una sensación intolerable que propagaba el poderoso deseo de querer evaporarme en el aire hasta convertirme en nada y desaparecer en el olvido. Aunque eso era lo que ansiaba, había otras cosas que deseaba mucho más, como proteger a mi hijo por encima de todo y de todos: él era mi única razón por la que vivir.

Miré a mi alrededor tras una inspiración profunda. En ese lugar era muy difícil discernir el paso del tiempo; para colmo, mi cerebro estaba tan abrumado que, aunque al principio intenté contar las comidas para tener una idea de los días, finalmente me rendí.

En aquel sitio donde no entraba ni una gota de luz natural, no había diferencia entre un día y el siguiente, todos se escurrían sin distinción, acentuados por el miedo y la incertidumbre. Mi único consuelo era saber que dentro de mí existía un latido constante que me recordaba por qué debía luchar cada segundo.

En la luz difusa de aquella celda, la esperanza de sobrevivir por mi bebé me daba fuerzas para resistir.

También albergaba la esperanza de que Donovan y mis hermanos me estuvieran buscando y muy pronto llegarían a rescatarme. Necesitaba creerlo, aferrarme a esa ilusión y alejar la oscuridad en la que había caído, ya que mi hijo no merecía que me rindiera tan fácilmente.

A pesar del agobio y de lo que me había ocurrido a lo largo de mi vida, precisaba por fin dejar de compadecerme y enfrentarme al destino y, por encima de todo, torcerlo.

No obstante, no podía dejar de odiarme por haber interpretado tan mal a Jake; me maldecía incluso por haberlo protegido de Donovan. Él me había usado, dejándome ver lo que ansiaba ver, y me había engañado; y no olvidaba lo que dijo: que mamá tuvo algo que ver.

Me toqué la cabeza; mis pensamientos no se detenían. Ahora me daba cuenta de por qué siempre había sido una víctima. Mis instintos de preservación realmente apestaban.

Me senté en la cama y decidí que era necesario trazar un plan para escapar o, al menos, mantenerme con vida hasta que me encontraran. Aunque estaba decidida, comprendí que mi valentía tenía su propia autonomía en el momento en que Jake regresó, ya que el terror invadió mi cuerpo, inmovilizándome.

El pánico comenzó a irradiar dentro de mí, alcanzando su punto álgido cuando él se acercó lentamente. Miré la entrada de la celda; había dejado la puerta abierta, pero yo seguía con el grillete en la mano, y además ya me había demostrado que era mucho más fuerte que yo. Pude advertir que llevaba un arma en la cintura.

Sacudí levemente la cabeza para alejar los pensamientos y ponerme en guardia. Era muy consciente de que, si volvía a atacarme, poco podría hacer. Tenía miedo; por más que lo intentaba, no podía alejarlo, así que, inconscientemente, me aferré al colchón clavando mis uñas en él.

«Necesitas ser fuerte y sobrevivir a esto. Debes tomar tanto como todos los monstruos que pasaron por tu vida y tomaron de ti, y usarlo a tu favor».

Me encontré recitando ese nuevo mantra. Mi respiración se aceleró cuando decidí enfrentarlo, y entonces comprendí lo que debía hacer: tenía que odiarlo para sobrevivir. No debía permitir que mi mente borrara todo, como lo había hecho con mi padre. Tenía que aborrecerlo con todas mis fuerzas para destruirlo.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, pero traté de respirar con calma, apropiándome de mis propios temores. Jake apestaba a alcohol y me miraba con ojos estrechos y calculadores, sin parpadear, demostrándome con una sonrisa supina lo mucho que disfrutaba de

su poder. Ya había visto esa mirada, y la odiaba, al igual que su sonrisa victoriosa.

—Solo tuviste mi cuerpo, no sé de qué te ríes. Mi alma le pertenece a otra persona. Que te haya rechazado no justifica la monstruosidad que hiciste; demuestra que no puedes conseguir una mujer por ti mismo.

Me cruzó la cara de un bofetón y me golpeé la cabeza contra la pared al caer sobre ella.

—Deja de provocarme. Me importa una mierda cómo te tuve; lo que verdaderamente me importa es que él lo sabrá, y lo más importante —largó una carcajada— es que no seré el único.

Mis pensamientos solo pudieron tener un destinatario: Donovan.

—No te quiero para mí —continuó diciendo—. Nunca te quise; tu etnia occidental es muy poca cosa, pero si me hubieras elegido, te hubiera conservado al menos por un tiempo como trofeo, para que mi hermanito supiera lo que se siente cuando el corazón de alguien que amas no te pertenece.

¿Qué mierda estaba diciendo? ¿Su hermano? ¿A quién se refería? Ahora sí que estaba más perdida aún.

—Cuando fuiste a Bright Industry y vi por las cámaras que él te esperaba fuera, firmaste tu sentencia.

Sin darme tiempo a nada, ya que estaba atontada por el golpe en la cabeza, se arrojó sobre mí y sentí un pinchazo en el brazo. Intenté luchar, mis pulmones se llenaron con otra inhalación temblorosa. Mientras él me sostenía, traté de coger más aire, pero comencé a sentir una relajación muscular que disminuía tanto mi frecuencia cardíaca como mi respiración; percibí que la sensación había pasado del miedo a otra que no podía identificar.

Me había drogado. Nunca había probado ninguna droga, pero sabía que algunas causaban ese efecto. Aunque él continuaba hablándome, mi cerebro se había ralentizado, y las funciones vitales de mi cuerpo parecían en pausa.

Había perdido la razón del tiempo, no podía encauzar mis pensamientos, era como si mi cerebro no me perteneciera. A pesar de mi seminconsciencia, escuché el golpe de la pesada puerta y me di cuenta de que Jake se había marchado.

«¿Qué me hizo? —me encontré preguntándome, y no sabía si estaba hablando o solo lo estaba pensando—. Acaso… ¿volvió a violarme? ¿Por qué no lo podía determinar?».

Cada fibra de mi ser estaba al tanto del temor que se agitaba en mi interior, aun cuando no lograba expresarlo, ¿o sí lo estaba haciendo?

Todo era demasiado confuso.

Capítulo cincuenta y cuatro

ETHNA

Estaba segura de que habían transcurrido algunos días, intentaba seguir contando comidas, pero era imposible saberlo, porque, además, cada vez que Jake regresaba, volvía a drogarme, así que estaba muy desorientada.

En mi estado de seminconsciencia empecé a escuchar una voz que ya había oído antes, una voz que me era familiar, pero no podía establecer a quién pertenecía.

—Despiértate, vamos, por favor, colabora, Ethna. Ayúdame para que pueda vestirte, no tenemos demasiado tiempo.

Mi cuerpo no tenía dominio, y mi mente tampoco.

—Soy Mei, la madre de Donovan…, y también la de Wong, o Jake, como tú lo conoces.

«¿Quién carajo era Wong? También nombró a Jake… y a Donovan, ¿o mi mente imaginó que dijo su nombre? Recordé a la mujer que vino el primer día que me trajeron. Jake llamó a aquella mujer «mamá»; acaso… esa voz ¿era la de ella? Entonces…, ¿Wong era Jake? También nombró a Donovan, no, yo estaba alucinando, se trataba de eso, mi cerebro estaba fabricando cosas que no podían ser, ¿o sí?».

—Quiero ayudarte. Si no colaboras, no podré hacerlo.

Continuaba oyendo esa voz que me apremiaba a levantarme, pero mis párpados se resistían a abrirse. Por más que lo intentaba, no lograba separarlos, era como si estuvieran sellados. Mi cuerpo parecía ajeno a mi voluntad, permanecía inerte y totalmente fuera de mi control, como si estuviera sumida en un trance.

—¿Falta mucho, señora? Los minutos corren y pronto será el cambio de guardia. Tenemos que cargarla en el coche antes de que encuentren al soldado muerto.

¿Quién era ese hombre?, parecía un sirviente, porque la llamó «señora».

—Lo sé, Tao, no me pongas más nerviosa de lo que ya estoy. Entra y ayúdame, ya le he puesto la ropa interior, no puedo sola con ella, su cuerpo es un peso muerto y está desorientada, creo que la ha drogado.

—Yo me ocupo.

—Estoy arrepentida de haberte involucrado, Tao, de verdad, lamento haberte metido en esto.

—Por mí no se preocupe, sabe que siempre estoy a su servicio. No me iré hasta verlas irse en el coche. Solo quiero estar seguro de que podrá conducir. ¿De verdad no quiere que las lleve?

—Gracias, Tao. Prefiero dejarte al margen, solo aceptaré que nos acompañes hasta el coche, porque en este estado no podrá caminar. Con respecto a conducir, hace mucho que no lo hago, pero estoy segura de que podré hacerlo. Sin embargo, si esta niña no colabora, no lograremos sacarla de aquí, se nos acaba el tiempo.

La mujer palmeaba mi rostro suavemente.

—Vamos, cariño, haz un esfuerzo, por favor.

—Yo la cargaré, señora. Usted vaya por delante y abra las puertas.

DONOVAN

Aquella noche, Aidan salió a la terraza con una actitud que decía más de lo que sus palabras estaban a punto de revelar.

Yo me encontraba cruzado de brazos, apoyado contra la pared, con mis pensamientos en Ethna, imaginando si estaría resistiendo o ya se habría entregado. Estaba desesperado, barajando mil y una posibilidades, y estaba enloqueciendo porque nada de lo que imaginaba era bueno. Mis lucubraciones se interrumpieron en el mismo instante en que vi salir a Aidan. Me separé de la pared a la espera de lo que vi venir, pues por su actitud supe de inmediato que

traía noticias. Róni también lo advirtió. En cuanto lo vio aparecer, arrojó el cigarro y fue hacia él, expectante de lo que dijera. Keiran, adelantándose, preguntó:

—¿Qué hay?

—Acabo de recibir la confirmación —soltó Aidan sin preámbulos—. El viernes será la entrega de pollos. Los mexicanos utilizan ese término para referirse al tráfico de personas. Tenemos información precisa, los cruzarán por Otay Mesa, en San Diego. Usarán un túnel cuya entrada se encuentra dentro de un almacén y desemboca en una iglesia en Tecate, así que debemos impedir que lleguen al final, porque del otro lado ellos cuentan con apoyo y serán amos y señores.

—Eso colinda con Tijuana.

—Así es, Donovan —me contestó Aidan.

—¡Malditos chinos hijos de puta! —blasfemó Róni—. Si al menos tuviésemos un rostro que buscar, estaríamos rastreando la ciudad de otra forma para impedir que la movieran, pero no tenemos idea de cómo es Wong, y tampoco tenemos placas de sus coches.

El aire a mi alrededor se volvió más denso. Lo que decía Aidan no era información, era una sentencia. Si no llegábamos a tiempo, sería muy poco lo que podríamos hacer. Creo que palidecí, porque Róni, que solo me hablaba lo justo y necesario, pues aún seguía cabreado conmigo, se acercó y apretó mi hombro.

—La rescataremos —dijo, infundiéndome confianza.

Quería decirle que también tenía su seguridad, pero las palabras no me salían. No era un hombre miedoso, podía soportar cualquier cosa, incluso no le temía a la muerte, la había mirado a los ojos demasiadas veces, pero esta vez la guerra no era solo por poder, era algo personal, y no podía soportar que Ethna estuviera sufriendo.

—La operación no será sencilla. Más que nada porque estaremos muy cerca de un paso fronterizo donde habrá autoridades que se dedican a impedir estos cruces clandestinos, y donde no hay gente de la nómina. —Aidan nos miró uno a uno con el rostro endurecido —. Gonzales Montero y De Luca con sus hombres nos estarán esperando en el punto de encuentro para colaborar. Intentaremos

detenerlos. Destrozaremos a los chinos y al cártel de José Manuel Jiménez Cruz. No dejaremos a ninguno vivo.

Sentí la adrenalina correr por mi cuerpo. Sin embargo, era consciente de que no sería una ofensiva fácil. Nos enfrentábamos a dos de los grupos más peligrosos. Cuando me apunté a este trabajo, siempre supe a lo que me arriesgaba. Nunca mis sentimientos estuvieron tan involucrados como en esta ocasión, puesto que se trataba de rescatar con vida a la mujer que amaba y al bebé que se estaba gestando dentro de su vientre, mi hijo.

—Preparaos —dijo Aidan con un tono de voz cargado de una determinación feroz—. Nos iremos mañana, mientras Montero termina de gestar la inteligencia del ataque. Debemos llegar antes que ellos y tomar el almacén. Nos detendremos en un lugar cercano para planearlo todo.

ETHNA

El mundo a mi alrededor era un borrón; sentía que mi cuerpo pesaba toneladas, y no conseguía mantener mis párpados abiertos, parecía como si tuvieran pegamento. Tanto que apenas podía vislumbrar la tenue luz que nos iluminaba en lo que creía era un pasillo.

Me parecía oír voces, pero opinaba que venían de un lugar lejano, como si se tratasen de ecos atrapados en un túnel, no sé en verdad, todo era confusión y más confusión.

Me encontré recostada en el asiento trasero de un automóvil, envuelta en sombras, incapaz de moverme. La droga que Jake me había inyectado corría por mis venas como un veneno líquido, robándome el control, solo esperaba que no fuera perjudicial para mi bebé.

Esa mujer continuaba estando cerca; podía sentir su perfume, algo dulce y empalagoso. Susurraba apresuradamente, pero mi cerebro seguía ralentizado. No podía recordar su nombre, me parecía que ella lo había dicho, pero mi cabeza estaba tan embrollada que no estaba segura de nada.

El sonido de un motor rugió suavemente, y antes de que el auto pudiera avanzar, otro sonido cortó el aire: el retumbar de una puerta cerrándose de golpe…

DONOVAN

Después de salir de Manor Place, ignoré todos los límites de velocidad mientras tomaba la carretera camino a mi casa. Quería llegar cuanto antes y hundirme en la soledad.

Al llegar al *parking*, dejé escapar un suspiro y me arrastré exhausto fuera de mi Clase G. Mi vista recorrió el área en busca de una posible amenaza, como siempre con la mano lista para coger mi arma. El aparcamiento estaba despejado; así que comencé a caminar atento a que las puertas de mi SUV se bloquearan mientras me alejaba del lugar, pues mi automóvil contaba con un sistema de acceso y bloqueo sin llave.

Al entrar en casa vi que Juno y Marcus ya estaban en la entrada, ansiosos, esperándome.

—Buenos chicos —dije mientras rascaba tras las orejas de ambos.

Tras una dosis de saludos pasé directo al sitio donde almacenaba su alimento y les di una ración a cada uno. También me aseguré de que sus bebederos estuvieran limpios y los rellené con agua fresca.

Respiré profundamente y comencé a bajar las escaleras. Contuve la respiración, y la rabia que sentía quemó dentro de mis pulmones. La ira y la frustración continuaban bullendo dentro de mi pecho, y eso era así desde que esos bastardos se la habían llevado.

Entré en mi dormitorio, corrí la fachada de una pared falsa y dejé a la vista el lugar destinado a guardar el arsenal de armas que poseía. Cogí mi fusil favorito, un HK416 de fabricación alemana, y lo preparé. También cogí cargadores y municiones; luego elegí entre mis cuchillos y aparté los que había decidido llevar; por supuesto, llevaría mi pistola habitual, pero consideré que sería bueno agregar otra Glock de repuesto y algunas granadas. Quería dejar todo dispuesto, así que también preparé mi equipo de vestimenta táctica. Sería una noche larga esperando el amanecer para partir.

Me quité la chaqueta del traje y la arrojé sobre la cama.

«Resiste, por favor», me encontré rogando, al tiempo que encendía la luz del baño; inspiré hondo otra vez. Estiré la mano y abrí los grifos de la bañera para que se fuera llenando; una ducha no sería suficiente, estaba demasiado cansado, aunque seguramente Ethna estaba en peores condiciones que yo, así que no sabía si era justo conseguir alivio.

«¿Estarán torturándola?».

«No, si la quieren colocar para trabajo sexual, lo más seguro es que no la estén maltratando. Keiran tiene razón».

En el instante en que lo recordé supe que era una gran mentira que él había repetido para tranquilizarme, ya que yo sabía que no era así, y que no era bueno engañarme con falsas esperanzas. En la mafia no hay nada bueno; a los enemigos jamás se los trata bien.

¡Joder! Mi cabeza iba a estallar.

Lo que era un hecho es que Ethna debía estar sumamente asustada, y eso me desgarraba el pecho y el corazón, suponiendo que tuviera uno, aunque al parecer sí lo tenía porque cuando pensaba en ella, siempre y en cualquier circunstancia, el maldito músculo se colapsaba.

—Aguanta, nena, por favor, no te rindas, hazlo por nuestro bebé.

Me di cuenta de que estaba hablando con las paredes.

Joder, iba a volverme loco si no la encontrábamos rápidamente. Sabía muy bien lo que esos infelices podían hacerle, y ninguna de las posibilidades que barajaba eran buenas; por más que quisiera idealizar que no la estaban tratando mal, lo cierto era que para ellos solo era un pedazo de carne para usar como mejor quisieran.

—Ethna cree en ti. Dios, no permitas que la dañen demasiado, escucha sus súplicas, estoy seguro de que debe estar rogándote, así que no la abandones.

Mi cuerpo se sacudió violentamente, y volví a tomar una profunda bocanada de aire en un intento por calmarme. Me lavé el rostro y sostuve mi cabeza. Moví los hombros para quitarme la pistolera axilar con mi arma, y la dejé sobre la encimera del lavabo para terminar de desvestirme.

El sudor perlaba mi cuerpo. Me atormentaba saber que Ethna tenía razón y yo era un timorato. Si me hubiese plantado y la hubiese reclamado a su familia, la habría protegido con mi vida, porque hubiese tenido derecho a hacerlo. Todo lo que pasó no fue más que por mi maldita cobardía, lo que me llevaba a recordar el pasado, mi madre…, mi padre…, mis inseguridades que me hacían siempre sentirme un hombre sin verdadera identidad; por ellos no me creí digno de Ethna.

Ella era tan perfecta, y yo estaba tan roto y corrompido…

Minutos más tarde salí del agua sin haber podido relajarme ni calmar ninguno de mis malditos demonios.

Envolví una toalla en mi cintura y abandoné el baño. Debía comer algo, aunque sentía el estómago hecho un nudo; no podía permitirme caer por inanición, precisaba estar fuerte para poder recuperarla. Así que me obligué a ir a la cocina para prepararme una cena ligera y nutritiva.

Cuando estaba terminando de comer, el timbre de mi puerta comenzó a sonar con insistencia. Cogí el arma que me acompañaba a todas partes y al acercarme a la puerta revisé en mi móvil las cámaras exteriores antes de abrir.

«¿¡Qué carajo!?».

Abrí la puerta de un tirón.

—¿Qué mierda haces en mi casa? Te dejé muy claro que no quiero saber más de ti —le grité.

—Ayúdame a… No hay tiempo, hijo, necesito que bajes a Ethna del coche —balbució ella un poco en inglés y otro poco en chino, pero pude entenderla.

—¿Qué mierda dices, Mei?

Miré por encima de su hombro y vi un automóvil al frente de mi puerta. No era prudente que saliera sin tomar precauciones, pero salí disparado sin importarme que estuviera semidesnudo. Debía comprobar lo que mi madre me estaba diciendo.

—Espero que no me hayan seguido, pero es muy probable que ya sepan que me la llevé y estén buscándome, así que este no es un lugar seguro. Tienes que sacarla de aquí, debes irte y ponerte a

resguardo tú también, no me lo perdonaría si te pasara algo —me dijo mientras me seguía.

Abrí la puerta del automóvil y, efectivamente, el amor de mi vida estaba allí en el asiento trasero. Estaba en mal estado, golpeada, su rostro lleno de moretones y sangrando, y estaba inconsciente. Mei sostuvo la puerta, yo hinqué la rodilla en el asiento sin perder tiempo y levanté su cuerpo inerte en mis brazos. Corrí dentro con ella, sin mirar atrás. Solo sentí el ruido de la puerta de entrada cerrándose detrás de mí, lo que me hizo caer en la cuenta de que Mei me seguía, Juno y Marcus también, que no intentaron detener a mi madre; malditos animales traidores.

—¿Qué mierda le pasó?, ¿quién la dejó así?, ¿cómo sabías tú donde estaba ella? —le pregunté mientras la depositaba en el sillón de la sala y constataba su pulso desesperadamente. Estaba tan dañada… Su hermoso rostro estaba tan desfigurado que temía estar haciéndole más daño del que ya le habían hecho.

—¡Hijos de puta! —grité. Me sentía impotente.

—Está drogada. Se recuperará, es una chica muy fuerte —dijo Mei. Yo verificaba que sus latidos eran muy lentos. Aun así, sentí alivio al saber que permanecía con vida. Me alejé para ir a mi vestidor a ponerme ropa adecuada, no sin antes ordenarle a Mei:

—No la dejes sola, ¿me oíste?

Al regresar, Mei aún estaba junto a Ethna, acuclillada, hablándole muy tiernamente. Ella intentaba en vano abrir los ojos.

—Hazte a un lado —le indiqué para inclinarme sobre Ethna—. Bebé, ya estás a salvo, ya estás conmigo, respóndeme, porque estás asustándome.

—Debo irme —me dijo Mei.

—Ni lo sueñes, hay demasiadas cosas que debes explicarme. No saldrás de aquí hasta que lo hagas.

Cogí a Mei de un brazo y la senté de malos modos en uno de los sillones.

Llamé a Róni, pero no contestó, así que llamé a Cian, poniéndolo sobre aviso para que enviara un escuadrón de soldados a mi casa y nos escoltaran en la salida para llevarnos a una de las casas seguras.

También llamé al médico de la nómina para que viniera: era crucial que Ethna recibiera asistencia profesional.

Seguía inclinado intentando hacer reaccionar a Ethna, pero no respondía.

—Tengo que irme.

—Te dije que no te irás —le grité ya sin paciencia—. ¿Qué mierda le dieron?

—Quise avisarte, pero no me escuchaste. No sé qué le dio; supongo que fentanilo o… *tranq*. Él no es un mal chico, solo que te tiene celos. Desde que descubrió tu existencia está obsesionado contigo. Cree que yo nunca lo amé tanto como a ti, pero para una madre… —Mei se pasó la mano por la frente—. El corazón de una madre tiene espacio suficiente para amar a todos sus hijos por igual.

—¿Qué mierda estás diciendo? —Me aparté de Ethna impulsado por la ira y zamarreé a Mei para que me explicara la sarta de estupideces que estaba diciendo.

—Wong… es tu hermano.

—¿Qué carajo?

Me froté la nuca, y miré nuevamente lo dañada que Ethna estaba. Recordé toda la gente que había muerto en los últimos días y… me sentí tan culpable.

Yo, un hombre que nunca se arrepentía de sus actos, de pronto me sentí más débil que nunca, sabiendo que podría haber evitado todo si hubiera dejado hablar a Mei en el sendero aquella noche.

Cogí el móvil mientras con la otra mano volvía a constatar la frecuencia vital de Ethna. Su corazón apenas palpitaba. Necesitaba que el médico viniera cuanto antes.

—No es tu culpa, sé lo que estás pensando…

—Tú no sabes un carajo de mí —le grité a la defensiva, sin querer admitir que tenía razón.

—Mi esposo actual es el líder de la mafia china, por eso me alejé de ti. —Se arrodilló a mi lado y cogió mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarla. No pude apartarla, su contacto me calmaba, por alguna razón lo hacía—. Él nunca te hubiera aceptado, Donovan, lo hice para protegerte de su ira y de su maldad, créeme. Era peor

que dejarte con Hunter, yo… yo podía soportar lo que fuera, pero no que te dañaran a ti.

»Apenas me fui, quise volver a buscarte, pero él me encontró antes de que pudiera hacerlo.

Me soltó y dirigió la vista a sus manos, la culpa dibujándose en su rostro, así que quiso esconderla. Tomó una bocanada de aire y siguió hablando, esta vez mirándome nuevamente.

—Yo estaba prometida con Yu, pero me escapé. Era un matrimonio concertado. Mi padre, tu abuelo, trabajaba para la tríada, y Yu era el heredero. Yo nunca le presté atención, y eso hizo que él se obsesionara más conmigo, y me pidió en matrimonio. Mi padre no pudo negarse: rechazar al hijo del Dragon Head suponía una afrenta que le hubiera costado la vida a toda nuestra familia. Huang Yu Zhao, ese es el nombre de mi esposo, siempre fue un ser muy despiadado, así que cuando supe que tendría que casarme con él, comprendí que mi vida junto a Yu sería un infierno. Por eso hui de China. Al llegar aquí, conocí a tu padre. Creí que Hunter era mi salvación, me enamoré de él; Hunter… —lo nombró con añoranza—, él no siempre fue el hombre que tú conociste, solo que las drogas causan estragos en las personas.

Mei parecía mi Pepe Grillo, aunque no era precisamente la voz de mi conciencia, ni mucho menos la voz de mi sentido común. No dejaba de parlotear en mi oreja mientras yo me ponía mi equipo táctico y juntaba mis armas. Parecía como si no existiera otra oportunidad para decirlo todo, y me perseguía por toda la casa.

—La noche que escapé, tuve la mala idea de llamar a mi madre para pedirle ayuda. No tenía dinero, necesitaba buscarte, y sin recursos, supuse que era mi mejor opción, pero mi familia estaba amenazada, incluso… Yu. Había matado a mi hermano por haberme ayudado a escapar de China, lo había cortado en pedazos frente a mis padres con una motosierra, así que ella se asustó pensando que podía enterarse, y le avisó de que yo la había contactado, y no pude regresar a por ti. Por suerte, no le dijo nada de tu existencia, así que pensé que eso era lo mejor, que él nunca se enterara de que yo tenía un hijo.

»Cuando me atrapó, él ya se había casado, pero su obsesión desmedida por mí hizo que se deshiciera de su mujer, así que en cuanto enviudó me obligó a casarme con él. El niño que viste el día que te llevaron los Cavanaugh no era Wong, era su hijo, al que me hizo criar como si fuera su madre. El niño no tenía la culpa, así que siempre lo atendí.

»Por entonces, la Tríada estaba aquí con el plan de conquistar Boston, pero los Cavanaugh eran muy fuertes, así que luego nos fuimos a España y allí nos establecimos.

»Mi debilidad por saber de ti hizo que años más tarde se enterara de tu existencia. Ese día… —pareció recordar el episodio, pero se detuvo en su relato—, no importa lo que pasó ese día, lo importante es que logré que me creyera, le prometí que nunca más te buscaría y que me olvidaría de ti, a cambio de que él nunca te hiciera daño. En realidad, creo que supo que estabas protegido por los Cavanaugh, y por eso no se acercó a ti.

—No quiero escuchar más.

—Sí, me vas a escuchar, porque tienes que entender lo peligroso que es esto. Nadie sobrevive a la Tríada, por eso debes ser precavido.

—Soy un asesino, sé a lo que me enfrento cada día. Hazte a un lado.

—Donovan, por favor, tienes que entender que debes irte muy lejos. Yu aún sigue siendo muy poderoso, respetado y temido. Aunque siga siendo el Mountain Master, delegó muchas cosas en su hijo mayor, su futuro heredero. Hace algunos años, su primogénito se enteró de que mató a su madre, así que, en vez de culpar a su padre, me hizo responsable a mí, me culpó de haberlo enloquecido. Kuo sabe que no puede hacerme nada porque Yu nunca le dejaría, su obsesión por mí nunca ha desaparecido; por eso, para hacerme daño, Kuo le contó a Wong de ti y lo envenenó en tu contra, sabiendo que era peor que si me hiciera algo a mí directamente. Además, su padre no hará nada para detener a Wong. Yu siempre codició Boston, y si la venganza de Kuo y Wong consigue la debilidad de los Cavanaugh, conseguirá un plus.

Pasé la mano por mi pelo. Lo que me estaba revelando era una puta pesadilla. Ahora entendía el porqué de todos los ataques a la Irish Mob. Todo era en contra de mí.

La oscuridad hizo su aparición dentro de mí. Quería destruir a la maldita Tríada. Cada músculo de mi cuerpo se tensó, y la violencia que me invadía amenazó con dejar escapar la brutalidad que habitaba en mi interior.

La sed de venganza me atenazaba las entrañas.

Aunque fuera lo que más ansiaba en ese momento, debía esperar, pues había regresado a la sala y cuando miré a Ethna seguía muy mal. Debía actuar rápidamente y llevarla a un médico, porque el maldito matasanos no llegaba. Me preocupaba que tuviera una sobredosis, estaba demasiado aletargada. Además, si habían seguido a Mei, cada minuto que pasaba era nuestra sentencia de muerte. Debíamos movernos, pero los malditos hombres de apoyo tampoco llegaban.

No podía atender lo que Mei me decía. Debíamos ponernos a resguardo.

Cogí mi móvil y le indiqué a mi madre:

—Tú te vienes conmigo.

—¡No! Se desatará más la ira de Wong. ¿No entiendes? ¿No escuchaste lo que te dije? No quiero una guerra entre vosotros, o habrán sido en vano todos estos años de sacrificio para mantenerte vivo. Eso es lo que Kuo desea que ocurra, y Yu no lo impedirá, porque obviamente le encantaría que murieras, pero si él no se mete, tampoco estaría faltando a la palabra que me dio.

—No hay discusión. No te vas…, pero necesito conseguir ayuda para Ethna y para nuestro bebé.

Mei se cubrió la boca.

—¿Está embarazada?

Asentí.

Mei volvió a cogerme por el rostro y me besó tiernamente en la mejilla; sus ojos estaban acuosos.

Mi teléfono sonó. Era Róni. Me alejé para hablar y para buscar más abrigo para Ethna, que no dejaba de temblar.

Volví a la sala y alcancé a coger a Mei por el brazo, ya que intentó una vez más escabullirse. La obligué a sentarse nuevamente, y ordené a mis perros que la vigilaran.

Entretanto, volví mi atención a la conversación con Rónán.

—¡Ya! Te vienes a Manor Place, olvídate de ir a ninguna de nuestras casas seguras. Cian ya me informó y tiene instrucciones.

—No lo haré, no los seguiré poniendo en peligro.

—Maldito cabeza dura, ¡te vienes ya mismo para acá!

—Espero los refuerzos, estoy seguro de que están a nada de caer en mi casa. No pondré a la familia en peligro.

—Si no vienes para casa, cuando te agarre te meteré una bala yo mismo entre los ojos —me gritó Aidan, que le había quitado el teléfono a Rónán—. Es una orden de tu *boss*, ¿me oíste? ¿O quieres que tu hijo crezca sin su padre? Ethna necesita atención médica, y aquí está Alex para ocuparse de ella; no hay ningún lugar más seguro que la mansión. Os estaremos esperando; la asistencia para tu casa está a dos minutos de llegar. Prepárate para salir en cuanto lleguen. Y no dejes ir a tu madre.

Apenas me avisaron de que los hombres nos esperaban fuera, me moví. Arropé a Ethna con una manta y la cogí en brazos. Estaba listo para lo que viniera, pues presentía que cada paso que dábamos nos acercaba a lo inevitable.

—No iré contigo —dijo Mei.

—No me hagas cabrear más de lo que ya estoy. Estás aquí y no te irás.

»Déjame concentrarme y no me traigas más problemas de los que ya tengo. Piensa en mí por una vez en tu puta vida.

Apenas salimos le indiqué a uno de los soldados que no la perdiera de vista.

—Toda mi vida he pensado en ti, por eso quiero evitar una masacre entre vosotros. Sois mis hijos.

—Pues yo me estoy enterando ahora de que te acordabas de mí. Sube al coche, Mei, hazme la vida fácil una maldita vez —le ladré mientras acomodaba a Ethna dentro de uno de los Escalade que habían llegado a recogernos. La deposité con todo el cuidado que pude, como si se fuera a romper más de lo que ya estaba.

Una energía subyacente me recorría, me sentía pletórico, ansiaba poder salir de cacería, ya que a través de mi madre llegaría a Wong y me cobraría todo por lo que me había hecho pasar. Me importaba un carajo que Mei no quisiera que nos enfrentáramos: ese cabrón pagaría por todo el daño que había ocasionado, solo necesitaba poner a Ethna a salvo.

Me había hecho a un lado y sostenía la puerta del automóvil para que mi madre subiera, porque seguía resistiéndose. De pronto mi cuerpo se tambaleó, y ella chocó con mi pecho. Durante una fracción de segundo, el estruendo de un disparo fue lo único que oí. Sin voces…, sin sonidos… Solo una detonación, como si el mundo de pronto se hubiera detenido.

El infierno no tardó en estallar a nuestro alrededor.

—¡Mamá! —dije rodeándola con el brazo al ver que se desplomaba.

Los gritos venían de todas partes. Nuestros hombres hacían frente al asalto.

La metí dentro del Escalade y cerré la puerta dejándola a ella y a Ethna con el chófer. Era la mejor opción, pues el blindaje del automóvil las resguardaría. Alcancé mi arma para repeler el ataque. Mi vista voló al lugar desde donde sospeché que vino el disparo y alcancé a ver un francotirador en la terraza de enfrente. Poniéndome de pie, comencé a disparar, pero el maldito cobarde ya estaba en retirada, como los otros malnacidos que nos habían agredido.

Corrí para evitar que el hijo de puta se escapara. De un disparo rompí el cristal de la puerta, me abrí paso en el interior del edificio y comencé a subir las escaleras. Por suerte, las construcciones en la zona no eran demasiado altas. Cuando llegué a la azotea, el tirador me llevaba una ventaja considerable, lo que lo ponía bastante fuera del alcance del arma corta que llevaba conmigo. Sin darme por vencido, continué corriendo y saltando tejados, hasta que logré ver que se subía en un automóvil que lo esperaba algunas manzanas atrás. Le disparé con mi Glock, en vano, ya que se trataba de un automóvil a prueba de balas.

—Donovan, por aquí. —Escuché la voz de Róni y me asomé. Estaba abajo, en su McLaren 720S, brindándome apoyo, así que bajé

rápidamente por la escalera de incendios y me monté en el asiento del copiloto.

—Apresúrate, se fue por ahí en un Aston Martin DB12 Ultramarine Black.

Róni salió raudamente marcha atrás por el callejón, mientras pasaba las señas del automóvil para rastrearlo.

—¿Qué haces aquí?

—Estábamos de camino a la ciudad con Aidan y Keiran cuando hablé contigo. Fuimos informados cuando pediste el apoyo. Era previsible que los chinos caerían en tu casa, así que no había tiempo que perder. Mis hermanos… —miró por el espejo retrovisor, y yo seguí su mirada girando el cuello— están tras nosotros.

»Mandé el coche con Ethna y tu madre a Manor Place. Ellas estarán bien.

—Gracias. Tal vez no debí dejarlas, pero no quería que el francotirador se escapara.

»¡Maldición! Esas víboras chinas no pueden ser tan escurridizas. Estoy seguro de que era el hijo de puta de Wong el que me disparó.

—Creo lo mismo que tú.

—Wong no le cedería a nadie la satisfacción de matarme. Si yo fuera él, tampoco lo haría. Estaban esperando a que saliéramos.

—Nunca imaginamos que lo que estaba pasando podía venir por ese lado.

—Sí, carajo, ese cabrón de mierda solo quiere destrozar todo lo que me importa.

—¿No pudiste ver la matrícula?

—No tenía. Igual que nuestros automóviles, tendrá instalado un sistema que la oculta. El coche estaba blindado, así que no era de un soldado, sino de alguien importante de la Tríada.

Continuamos dando vueltas a ciegas por la ciudad, pero no había rastros del Aston Martin.

Nos detuvimos. Keiran también paró su Dodge Challenger SRT Demon junto al coche de Róni. Aidan bajó la ventanilla y dijo:

—Desaparecieron otra vez, será mejor que regresemos a Manor Place, es inútil seguir dando vueltas, dejaremos a nuestros hombres patrullando.

—Tal vez tengan algún sitio donde meter los automóviles y desaparecer rápidamente, si no, no se explica cómo lo hacen siempre.

—Podría ser —contestó Keiran.

—Busquemos zonas cercanas donde no haya cámaras pertenecientes a tránsito, y vayamos en busca de cámaras particulares.

—Muy bien pensado. —Róni me palmeó el hombro.

—Estoy harto de lidiar con estos chinos —comentó Aidan.

—Necesito encontrar a Wong. Ese cabrón ya me hartó —declaré—, y ahora que sé quién es, quiero justicia.

Capítulo cincuenta y cinco

DONOVAN

Llegamos a Manor Place. Alex me estaba esperando al pie de la escalera que conducía al sótano.

—Lo siento, Donovan. Tu madre está muy grave, no sé si se salvará. La bala está alojada en una zona de su cerebro donde no creo que se pueda acceder. Lamento tener que decirte esto, pero tal vez ni el mejor neurocirujano lo consiga. De todas formas, ya he llamado a uno de nuestra nómina para que la evalúe. Al menos logré estabilizarla.

—Gracias, mi amor —Aidan abrazó a su esposa y le besó la sien.

Róni apretó mi hombro.

—Haremos todo lo que esté a nuestro alcance por ella —me dijo.

Las palabras de Alex viajaron a través de la habitación y rebotaron en las paredes hincándose en mi pecho. Nuevamente estaba perdiendo a mi madre. Me guardé la ira; no quería que nadie viera lo mucho que me afectaba. La vida me había enseñado a esconder mis sentimientos, y es lo que una vez más estaba haciendo, porque se me daba muy bien. En realidad, no sabía cómo reaccionar en absoluto.

—¿Cómo está Ethna? ¿Ya volvió en sí?

—Le he tomado una muestra de sangre, y los resultados arrojaron positivo de xilacina y fentanilo.

—*Tranq* —reflexioné.

—Exacto, así que le he aplicado Nolaxona, que, aunque revierte el efecto del fentanilo, no lo hace con la Xilacina; por eso le coloqué oxígeno y la estoy hidratando y controlando con un monitor cardíaco, ya que no sabemos qué dosis le han dado. Ethna es fuerte

y lo superará. Claudia, Vero y Deé están con ella, porque estaba volviendo en sí cuando bajé.

—¿El bebé estará bien?

—Bueno, no soy obstetra, y estaría bien que la viera uno para hacerle pruebas específicas. Le he hecho una ecografía y aparentemente todo está normal, pero con otros estudios se podrá determinar mejor el estado del bebé. Las drogas a largo plazo pueden provocar la disminución del crecimiento fetal. La Xilacina, además, es un potente depresor del sistema nervioso central que afecta a múltiples funciones vitales del cuerpo y potencia la hipoxemia, lo que puede causar una disminución del flujo sanguíneo a la placenta. Eso, sumado a que es una droga específica para animales… En fin… Pero Ethna es una persona que se cuida mucho, su estado general es fuerte, así que tengamos fe en que esta exposición a drogas, que no ha sido muy extensa, no afectará al bebé.

—Quiero verla.

—Estaba un poco alterada cuando despertó. Ha preguntado por Valentina. Le expliqué que sigue delicada y que está peleando por salir adelante. Luego no ha dejado de llorar. Hasta que salí de la habitación no habló de nada, se ha hecho un ovillo y se ha cerrado en banda.

—Ten paciencia, no es momento para reproches —intervino Róni.

—Róni —le advirtió Aidan—, no nos metamos.

—Y una mierda que no me voy a meter. Sé el poco tacto que este imbécil puede tener.

—¿Vais a empezar a pelear otra vez? —preguntó Keiran uniéndose a la conversación.

Exhalé profundamente.

—Está en la última habitación del ala este de la casa —me informó Alex.

—Ve —me indicó Aidan—. Nosotros nos encargaremos de rastrear a ese hijo de puta.

Me dirigí a las escaleras que me llevaban a la planta superior, dejando a todos atrás.

No golpeé la puerta, simplemente entré, y al hacerlo me encontré con Deé sentada en un sillón junto la cama de Ethna.

—Acaba de dormirse —me dijo entre susurros, poniéndose de pie para salir a mi encuentro—. Está muy angustiada. ¡Qué suerte que ya está en casa!

Me acerqué sigilosamente, sentándome en el sitio que antes ocupaba Deé. Con la mirada recorrí el rostro de Ethna, levanté una mano y aparté algunos mechones que caían por su frente. Su cabello estaba despeinado, y su rostro, lleno de contusiones. Aun así, seguía siendo la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Quería que se despertara y me mirase, y que me dijera que todo estaba bien, pero temía que no fuera eso lo que saliera de su boca. Estaba siendo cobarde y dejando que el miedo me revolviera el pecho.

De algo estaba seguro: cuando tuviera a Wong frente a frente, iba a matarlo muy lentamente si tenía la oportunidad, y me cobraría cada golpe asestado sobre el hermoso rostro de mi mujer. Le cortaría uno a uno los dedos, y luego le arrancaría las manos. Levanté la ropa de cama y comprobé que su cuerpo también estaba lastimado; toda su piel estaba teñida de una tonalidad púrpura.

Arropé su pequeño cuerpo acurrucado, y dejé caer mi cabeza, pasándome la mano por la nuca.

«Está aquí, y es todo lo que importa», pensé.

Los pitidos del monitor cardíaco aumentaron de repente de ritmo cuando abrió los ojos y me vio a su lado.

Me arrodillé en el suelo y cogí su mano.

Sus ojos me miraban atormentados.

—Estás a salvo, bebé, ya todo pasó, estás en Manor Place. —Quitó su mano del alcance de la mía y se acurrucó más, cubriéndose con el edredón.

—Lo siento.

—No, cariño. —Quise tocar su rostro con el torso de mi mano, pero ella se movió para que no lo hiciera. Fingí que no notaba su movimiento esquivo y continué hablando—: Tú no tienes que disculparte por nada, soy yo quien debe hacerlo. Soy yo quien lo siente por no haberte hecho caso y reclamarte. Tus hermanos ya

saben todo y nos apoyan, ya no hay nada que nos impida estar juntos.

—Te equivocas. Quiero estar sola, Donovan. ¿Dónde está Deé? —gritó.

Cada molécula de mi cuerpo estalló de rabia.

ETHNA

El miedo y la culpa devastaban mi mente. Me sentía atrapada en mi propio cuerpo. Tenía mucho frío, y los dientes me castañeteaban. No sabía si era por el dolor de los golpes, por el efecto residual de las drogas o porque aún estaba en *shock* por todo lo vivido y por lo que ahora recordaba.

Aunque ya estaba a salvo, no lo sentía así.

Tenía temor y desconfianza hasta del hombre que por única vez en la vida me había hecho sentir en paz, y del que además esperaba un hijo.

Me sentía tan fuera de mí que era como si yo misma fuese un espectador externo de mi propio yo.

Toqué mi vientre, y empecé a pedir que viniera Alex.

—Llámala, necesito hablar con ella.

—¿Quieres saber cómo está nuestro bebé? —Una sensación desgarradora recorrió mi cuerpo. Me sentía tan sucia e indigna.

Tragué saliva y me esforcé por concentrarme en lo que estaba pasando. Debía continuar, encontrar la forma para seguir adelante.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté en un susurro.

—Cuando te llevaron, Valentina nos lo contó. Fue lo último que dijo antes de quedar inconsciente.

Ladeé la cabeza y miré a la puerta. No podía enfrentar la mirada de Donovan. Me sentía tan desequilibrada. Lo que me había hecho Jake dejó escapar todos los demonios que estaban atrapados dentro de mí. Fue como frotar la lámpara de Aladino y liberar al genio. Solo que lo que se liberaron fueron mis tormentos, además de nuevos monstruos.

El aire parecía atascado en mis pulmones.

—Perdón —Donovan se había movido y tenía su cabeza apoyada en mi vientre—, no os merezco, haré lo que sea necesario para revertir eso, te lo prometo.

Necesitaba que se alejara, que lo hiciera, porque un ataque de pánico estaba empezando a forjarse en mi interior. Sentía una profusa presión dentro del pecho y me estaba faltando la respiración. Dolía demasiado moverme; aun así, me senté contra el cabecero de la cama y me ovillé sosteniéndome las piernas.

—Ethna, ¿qué tienes? Háblame, por favor.

La sudoración perlaba mi cuerpo, y no podía dejar de temblar. No quería que él lo supiera, él había sido mi lugar seguro. Ahora había dejado de serlo, y si se lo decía, tal vez hasta me despreciaría.

—¡No me toques!, ¡no lo hagas!, ¡aléjate!, por favor, por favor, no me toques.

—Cariño, soy yo, tranquilízate, nadie te hará daño, estás en casa. Ya todo pasó.

—No, por favor, no, así nooo, nooo, Jake, nooo, no me hagas esto, nooo, no papá, no papito, por favor, no quiero, me duele, nooo, no me toques así, nooo, noo, esas son mis partes privadas; no, papá, no me acaricies, nooo. Jake, no me hagas esto, detente, no, así nooo. Mamita, por qué, no quiero ir con papá, no quiero que me toqueee.

DONOVAN

Ethna no paraba de gritar y rogar que no le hicieran daño. Aparentemente veía en mí a otras personas; tocarla para calmarla parecía que desataba más su desesperación. Quería negarme a mí mismo que no podía ser lo que estaba pensando. A decir verdad, cuando me contó lo de sus lagunas mentales y que nunca había podido tener un orgasmo con un hombre, presentí que algo estaba mal, y esto hacía que cada pieza encajara.

El ataque de pánico que estaba teniendo confirmaba mis sospechas de que algo en su cabeza no funcionaba bien, y que por

eso ni su padre ni su madre se habían preocupado en subsanarlo. Es más, ahora entendía por qué les convenía que ella no recordara.

Entraron todos para ver lo que pasaba. Los gritos de Ethna eran atronadores, y lo que se vivía en esa habitación era como descender al jodido infierno.

—Déjame a mí, Donovan, aléjate. Ya la tengo.

Me aparté de ella. Deé la cobijó en un abrazo y comenzó a hablarle al oído empleando murmullos, guiándola a los recuerdos que la hacían feliz: su sobrino, su hermana Caitríona, el momento del parto que ella presenció, y eso poco a poco la calmó.

Salí de la habitación y me lie a puñetazos con las paredes hasta que Róni me detuvo ciñendo mi cuerpo por detrás.

—Quiero desenterrar al hijo de puta de Clancy y volver a matarlo yo mismo. Lo nombró a él y a un tal Jake. Esos hijos de puta la violaron, hermano, está destrozada. ¿La has oído? Quería calmarla, y se desesperaba más al tocarla. No soporta mi tacto. ¿Lo entiendes?

»Enya lo sabía; la nombró también.

—Voy a matar a esa hija de puta —dijo Aidan.

—No, ella es mía —le advertí—. De esta no se salva.

Keiran se acuclilló en el suelo y se agarró la cabeza, claramente consternado.

—¡Dios mío! Lo tendríamos que haber hecho sufrir antes de que muriera —se quejó Rónán, refiriéndose a su padre biológico.

—Ni después de muerto deja de hacer daño —farfulló Kei.

En ese momento salió Vero de la habitación.

—Ya está más tranquila.

—¿Dijo algo más? —preguntó Aidan.

—Dice que Jake es… el hermano de Donovan. Está angustiada porque dice que tú no la perdonarás, que él se acercó a ella con engaños, que ella no sabía quién era.

—Wong. —Cerré los ojos y golpeé mi cabeza contra la pared—. Jake es el nombre americano, eso debe ser.

—Dijo que lo conoció en España. Está afligida porque lo rechazó, y por eso él…, bueno, ya se imaginan.

—Tiene que ser el hijo de puta de la foto. Él la interceptó en Puerto Banús, ahí se acercó a ella —conjeturé en voz alta.

—¿De qué hablas? ¿Qué tiene que ver eso con que Wong se la llevó, si tu madre dijo que Wong era tu hermano?

Me apreté las sienes con ambas manos.

—Cuando fue para el nacimiento de su sobrino, ella se les escapó a sus custodios, y para cabrearme me mandó una fotografía donde se veía que estaba cenando con un hombre. Tiene que haber sido ahí donde lo conoció. Ella lo protegió, y por más que busqué pistas para arrancarle los ojos, no las hallé. No pude ver su rostro en las grabaciones del restaurante de Trevor donde estuvieron —expliqué.

—¿Por qué mierda no dijiste nada? —indagó Róni.

—Porque soy un idiota. Estaba celoso, y no pensaba con la cabeza.

»¿Dónde están las pertenencias de mi madre? Tiene que haber alguna identificación en la que figure dónde vive. Voy a destrozar a ese hijo de puta.

—No había nada en el automóvil. Y el coche estaba sin matrícula. Ella no quería que rastrearas a su otro hijo —me contestó Róni.

—Ya lo requisamos del derecho y del revés —dijo Aidan—. Estamos viendo qué se puede averiguar por el número del motor. Ya mandamos la información.

—Tranquilízate. Deé está con ella, y no hay nadie más adecuado para entender por lo que está pasando. —Róni intentó confortarme.

—Róni tiene razón. Deé y Alex son expertas en sobrellevar traumas, así que está con las personas indicadas —me aseguró Aidan.

—Volveré con Ethna. También pasé por un secuestro, así que entre las tres la consolaremos; ahora que habló, se sentirá más aliviada.

—Gracias, mi amor, yo estaré pendiente de *baby* Norah —le aseguró Keiran.

—¿Dices que ella conoce el rostro de Wong?

—Es lo que estoy suponiendo, no ha estado con otro extraño.

—Por lo que veo, también puedes ser tóxico, si no, no estarías asegurando que no estuvo con nadie.

—Deja tu sarcasmo para otro momento, Róni. Tengo que hablar con Ethna —dijo Aidan. Róni puso los ojos en blanco por el regaño.

Ese cabrón no iba a perder la oportunidad de tocarme las pelotas.

—Déjame a mí, por favor —le pedí.

—No quiere estar contigo. Lo siento, Donovan; creo que no se abrirá si entras tú— opinó Keiran con sinceridad.

—Al menos quiero intentarlo. Necesito que vuelva a confiar en mí. Debo manejar esto.

Después de pensárselo unos segundos, Aidan hizo un ademán para que yo entrase, y Róni me empujó por la espalda con un movimiento torpe, indicándome que apreciaba que mostrase mis sentimientos por su hermana.

Entré en la habitación y vi a Ethna cobijada en los brazos de Deé. Sentí envidia de no ser yo quien pudiera consolarla. Cuando Alex me vio entrar, estaba al teléfono, así que al terminar de hablar se acercó y me informó:

—Iré con tu madre. La enfermera acaba de avisarme de que llegó el neurocirujano. Acércate después, ¿de acuerdo?

Asentí. No había dejado de pensar en Mei; mi corazón se dividía en dos, entre mi madre y la mujer que amaba, y todo indicaba que estaba perdiendo a ambas.

Apenas Alex se retiró, me centré en Ethna.

Su mirada esquivó la mía.

ETHNA

—Necesito que hablemos, no me acercaré, no quiero incomodarte, pero es importante que lo hagamos.

—Os dejaré solos —dijo Deé—. Estás a salvo con Donovan, lo sabes Ethna; él nunca te haría daño.

Asentí de manera imperceptible. Sabía que ella tenía razón, que no tenía qué temer, solo que mis demonios no querían entenderlo.

Vero también se movió de donde estaba y ambas salieron de la habitación.

Mis movimientos eran temblorosos. Constantemente recorría el rostro de Donovan, y podía advertir lo afligido que estaba.

—Quisiera poder cobijarte en un abrazo, sostenerte, y darte la seguridad que necesitas. No hay nada que desee más, pero no te preocupes, sé que en este momento no lo toleras. Así que aguardaré a que estés lista.

—No sé si alguna vez volveré a estar lista.

—Lo estarás, Ethna, esto también lo superarás, yo te ayudaré a hacerlo, todos lo haremos. En verdad quisiera que nunca hubiese ocurrido, y te pido perdón, nena…, porque… esto es por mi culpa, soy el único culpable, eso lo tengo bien claro. Primero… porque no defendí lo que sentía por ti, y luego, porque este ataque fue para hacerme daño a mí. Aunque sé lo que estarás pensando: a mí no me hicieron nada. Te equivocas. Daría mi vida por haber recibido yo el castigo por existir; hoy más que nunca sé que mi existencia es un error en esta vida.

Negué con la cabeza, quería reconfortarlo, pero no podía, las palabras no salían de mi garganta, estaban atascadas ahí, estaba muy dolida. A pesar de que no creía que él tuviera la culpa de que Jake fuera un monstruo, y mucho menos de que tuviera algo que ver con la perversidad de mi padre, no podía aliviar su dolor. Era paradójico: mientras estaba cautiva, clamaba por él, y ahora quería que se alejara. Evidentemente, algo no funcionaba bien en mi cabeza.

—Tú nombraste a Jake, pero mi madre solo nombró a Wong, y me dijo que él es mi hermano. Ella te trajo a casa y… nos atacaron cuando estábamos saliendo hacia acá. Recibió un disparo que iba destinado a mí, no sé si alguien te lo contó, pero por eso no puedo esperar más información por su parte. Está herida…, posiblemente muera, a lo mejor vuelvo a perderla una vez más. Necesito saber, Ethna: ¿dónde conociste a Jake? ¿Él es Wong?

—No quiero hablar de él.

—Sé que no quieres hacerlo, y que prefieres olvidar, como ya hiciste una vez, y te juro que quisiera sacar a tu padre de la tumba y volverlo a matar si fuera posible. Pero al menos ayúdame a encontrar a Wong. Solo con tu colaboración podremos hacerlo. Necesitamos detener todos los ataques contra la familia.

Me temblaba la barbilla y no era capaz de asimilar nada, era como estar en piloto automático; tampoco podía contener las lágrimas, yo también quería que lo encontraran, pero no podía hablar, seguía en *shock*, o tal vez era el efecto residual de la droga y por eso no podía actuar con naturalidad.

—Él fue amable, y yo… solo quería darte celos…, que te dieras cuenta de que podías perderme. Te mentí, nunca pasó nada con él hasta…

—Yo fui consciente de que te estaba perdiendo, pero creí que no había nada que pudiera hacer, que solo podía mirarte y desearte, porque no eras para mí.

Intentaba enfocar mis pensamientos, alejarlos del ataque y escuchar lo que Donovan me decía.

—Estoy segura de que no fue casualidad cruzarme con él, por lo que me dijo…

Me arranqué a llorar. Donovan se debatía entre quedarse alejado o acercarse a mí, pero se mantuvo firme esperando alguna señal por mi parte. Intenté calmarme.

—Mamá —llené mis pulmones con una profunda bocanada de aire —: fue ella quien le dijo cómo conquistarme. Ella me entregó. Su codicia… no tiene límites.

Volví a llorar desconsoladamente. Dolía demasiado saber que las cosas no habían cambiado; para mi madre yo siempre fui un pedazo de carne, pues ella era la que me preparaba para entregarme a mi padre…, y no había manera de separar los hechos.

Donovan apretaba con fuerza sus puños. Cerré los ojos con fuerza. Debía ser valiente, era necesario para sanar las heridas.

El cielo y el infierno cohabitaban en mi interior, y no había manera de que descendiera más profundo de donde me encontraba. Era el momento de elegir dónde quería vivir: si en la miseria, o el camino hacia la luz, porque no podía quedarme en el purgatorio. Mi hijo no merecía que después de haber resistido tanto, ahora bajara los brazos y me quedara rodeada de penumbras.

Un impulso desmedido me indujo a estirar los brazos hacia Donovan. Él una vez había sido mi luz, y no sabía cómo, pero volvería a serlo.

Continuaba tiritando, pero no iba a ceder, no iba a dejar que ni mi padre ni Jake me arruinaran.

—No me sueltes, pase lo que pase, no me sueltes —le rogué cuando me abrazó—. Sé que tú puedes curarme como ya una vez hiciste.

—No pienso hacerlo, solo muerto podrán apartarme de tu lado.

Pasó un buen rato en que solo nos sostuvimos en silencio. Él acariciaba mi espalda lentamente, calmándome, hasta que finalmente me tranquilicé y decidí que era momento de enterrar mis demonios. Solo Donovan podía lograrlo.

—No uses más ese perfume, él usa el mismo.

—Maldición, lo haré, no te preocupes.

—Cuando se me acercó la primera vez me recordó a ti, creo que por eso accedí a su conversación.

—Seguramente averiguó de alguna manera el perfume que uso, no creo en coincidencias.

Asentí, conteniendo las lágrimas, al darme cuenta de que me había engañado premeditadamente.

—Jake Bright, de Bright Industry.

—¿Me estás diciendo que cuando nos vimos fuera de Park Square acababas de estar con él?

—Yo no sabía quién era, lo conocí en Marbella, y me estuvo acechando desde que regresé, porque me negaba a volver a verlo. De hecho, después de esa cena en Puerto Banús, no tuvimos más contacto hasta que buscó la forma de llegar a mí haciéndose pasar por un cliente. Quise alejarlo, pero no escuchaba mis negativas, y me desesperaba que no lo hiciera. Yo quería protegerlo de nuestro mundo, creí que era un hombre ajeno a la mafia, que era un hombre bueno que me reclamaba como tú no te atrevías —inspiré con fuerza, y continué entre sollozos—. Ese día… fui a que de una vez por todas comprendiera que nada era posible entre nosotros. No me había acostado con él, te mentí el día de las flores. Después, él… tomó todo lo que me negué a darle… No sé si alguna vez podré superarlo.

Me arranqué a llorar sin consuelo otra vez.

—Chiss, no llores… —levantó su mano y con un dedo me acarició suavemente—, no tienes que explicarme nada. Él solo tenía un fin, y pagará por todo, lo prometo; quisiera volver el tiempo atrás y…

—No se puede deshacer lo ocurrido. Por más que mi memoria se volviese selectiva como antes, nada desaparecerá.

—Morirá muy lentamente, te lo prometo.

Donovan quiso acercarse, pero puse las manos deteniéndolo, no creía que pudiera soportar que otra vez me tocase.

Se puso de pie, porque estaba arrodillado en el suelo junto a la cama y estaba a punto de salir.

—Regresa a salvo.

—No hay otra posibilidad. Volveré.

Capítulo cincuenta y seis

DONOVAN

Salí de la habitación en modo depredador. Quería cazar a Wong.

Debía reconocer que había sido muy inteligente, pero hasta aquí había llegado su suerte.

—Lo tengo —informé a las tres cabezas del clan Cavanaugh al entrar en la sala—, y no vais a creer cómo logró esconderse todo este tiempo.

—No estoy para misterios, dilo sin rodeos, quiero cortar la garganta de ese hijo de puta —dijo Rónán.

—Bright Industry, Jake Bright; su CEO es Wong.

—¡Justo debajo de nuestras narices! —dijeron los tres a la vez. Esa frase que tanto se usa cuando algo no se encuentra, porque uno no espera que esté ahí, donde es demasiado fácil de hallar.

—Ya me estoy encargando de investigar su guarida —continué—: no tardarán en darnos la información. Será muy fácil encontrar dónde vive ahora que sabemos quién es. También mandé vigilar la empresa y los aeropuertos, por si quiere escapar después de que Mei lo haya traicionado.

—Bien, preparémonos para atacar —dijo Róni, siempre ávido de sangre.

—Que los hombres no se dispersen y permanezcan alerta —indicó Keiran, demostrando que también estaba hastiado de los chinos y quería terminar cuanto antes con ellos.

—Sí, ya he ordenado eso también.

—Perfecto —señaló Aidan—, porque la teoría de un escondite cercano no es evidente. Han evitado las cámaras de tránsito en su escape desde tu casa. Haré algunas llamadas a las otras familias de

la unión para informarles de las nuevas noticias. Este será el debut de Underworld Kings.

Aidan notó la preocupación en mis ojos, porque me dijo:

—Descuida, todo el aparato de rastreo ya está desplegado, lo encontraremos muy pronto, esta vez no se nos escapará.

Salí a la terraza trasera y encendí un cigarro. Alex me había pedido que fuera adonde estaba montado el hospital, pero me negaba a hacerlo.

Miré el cielo, estaba despejado. Estaba consumido por la sed de venganza, necesitaba que Wong pagara por todo el daño que nos había hecho, en especial, a mi mujer. El último hombre que deseé matar con tantas ansias fue a mi padre, pero el disfrute de verlo muerto no sería nada comparado con la satisfacción de acabar con la vida de Jake Bright. Sería mi revancha también por no poder matar a Clancy, ya que estaba desde hace tiempo a dos metros bajo tierra.

Por otra parte, quería devolverle un poco de tranquilidad a Ethna. También iba a encargarme de Enya: esa hija de puta tendría su merecido.

Entrelacé las manos detrás de mi cuello y dejé que mi cabeza colgara. Pensar en Ethna y en lo que tuvo que soportar me cerraba el pecho, pero no era momento de flaquear, era muy consciente de que no podía permitirme el lujo de distraerme.

Mi teléfono vibró contra mi muslo en el bolsillo de mi pantalón. Aunque me parecía que había pasado una eternidad desde que se dieron las directivas, no era así. Me apresuré a atender la llamada, deseando que fuera la que esperaba. Apenas leí el nombre, sonreí ansioso.

—Dime, Merrick. ¿Qué conseguiste?

Era nuestro nuevo técnico informático; desde que Robinson murió había tomado su lugar.

—Señor, aún no logro entrar en el sistema de seguridad de Bright Industry, pero estoy a nada de conseguirlo. Deme unos minutos más.

—¡Maldición!, ¿para qué me llamas entonces?

—Porque hallé algo con respecto al informático que trabaja en el depósito de Wesport. ¿Recuerda que me pidió que lo investigara? Cuando lo hice, estaba limpio. Bueno, creo que hallé algo que lo podría incriminar con el ataque. Le he enviado los archivos, revise su móvil.

—Aguarda en línea, no me cuelgues.

—Aquí me quedaré, señor.

Abrí rápidamente lo que me había enviado.

—¿Sigues ahí, Merrick?

—Sí, señor.

—Explícame, ¿qué es ese fideicomiso?

—El fiduciario es la hermana de la señora de Meyler, y está a nombre de los dos hijos de Meyler. Cuando revisé antes, no encontré nada anormal. Se tomaron su tiempo, ya que se creó esta semana. Además, los hijos de Meyler ya no llevan su apellido; pero como había dejado varias alertas para que me llegara cualquier información anormal, esto confirma su participación.

—No entiendo, explícame mejor.

—Creo que lo hizo para salvaguardar el patrimonio y que no lo detectemos. Su cuñada y el marido de la mujer de Meyler han adoptado a los niños, así que legalmente ya no llevan el apellido Meyler, sino De Armas, como el de su concuñado. Seguramente pensó que de esa forma no íbamos a detectar el dinero.

—Maldito hijo de puta. ¡Qué bien lo ideó!

—Fue bastante astuto. Cuando rastreé el dinero, saltó que el depósito lo recibieron de una cuenta de Society International en Samoa. Samoa está incluido en los actuales paraísos fiscales que aún están fuera de los acuerdos internacionales, ya que las leyes de las islas, como la Ley de Servicios Financieros Internacionales (SIFA), ofrecen una fuerte protección de activos a empresas y particulares.

—Entonces no podremos saber quién le pagó.

—Hackear el sistema de Samoa es muy complicado, pero nada es imposible, lo intentaré.

—Está bien, Merrick, con lo que averiguaste es suficiente. Ya tenemos a ese maldito traidor; hacerlo cantar será un juego de

niños.

—¡Aguarde!, no me cuelgue. Acabo de conseguir el pasaporte de Jake Bright. —Se escuchaba teclear en el ordenador mientras hablaba conmigo—. Lo tengo, jefe, déjeme chequear su domicilio. Intentaré entrar en su sistema de cámaras para hackearlas, así le entrego la información completa. Ya estoy buscando planos de la vivienda. Aguarde unos minutos más, que ya le mando todo.

—Eres un genio —dije exultante.

Colgué la llamada. En ese momento, Róni salía de la casa.

—Lo tenemos —le informé—. Merrick está a punto de enviarme todo, y además halló evidencia de un pago que le hicieron a Meyler. Al parecer, Byte sí era el traidor del ataque al almacén de Wesport. Seguramente también fue quien facilitó el acceso al otro almacén, la inteligencia en el cementerio, el domicilio de Robinson y vete a saber cuántas cosas más.

—Oye, de eso mismo venía a hablarte. Aidan acaba de hablar con Trevor; descubrió que Enya fue quien le pagó a Meyler. Ella también recibió dinero. A la estúpida la usaron no solo para llegar a Ethna, sino para conseguir un judas que les vendiera información de nuestros movimientos.

La traición comprobada me avivaba los nervios, ya de por sí alterados. Enya ya estaba sentenciada por lo que le hizo a Ethna cuando era niña, y ahora por lo de Wong. Hasta un animal protege a sus crías, y lo que ella hizo no tenía perdón. Enterarme de esto sumaba una nueva razón para acrecentar mi furia.

—¿Caitríona lo sabe?

—Trevor aún no se lo ha dicho.

—Ya me encargaré de Enya. Entretanto, que Trevor no le pierda ojo. No sé cómo lo hace, pero siempre se entera de todo. Supongo que haber sido la mujer de Clancy la volvió un poco estratega y por eso nos ha visto la cara a todos. Ahora la prioridad es atrapar a Wong. Enviaré a buscar a Meyler, no quiero que esa rata se escape; haré que lo lleven al pozo.

—Descuida, Trevor ya la tiene en custodia; se le acabaron los días de suerte a Enya. Trevor y Aidan también están hasta las pelotas de

ella. Te esperará para saber qué es lo que quieres hacer, él entiende que esto es personal para ti.

Asentí.

Mi móvil volvió a vibrar contra mi muslo, y lo saqué apresuradamente del bolsillo, ojeando la pantalla antes de coger la llamada.

—Habla, Merrick —ladré, y puse el altavoz para que Róni también escuchara.

—Señor, he podido acceder a las cámaras de la casa y hay mucho movimiento. Van a trasladar a gran cantidad de gente dentro de un camión. Se trata de tráfico humano, hay mujeres y niños.

—¿Y Wong? ¿Dónde está ese cabrón? ¿Lo has podido ubicar?

—Sí, se encuentra ahí, y también el Mago.

—Pásame toda la información y mantente alerta. Tendrás que informarnos de todos sus movimientos, y no los pierdas de vista. Tú serás nuestros ojos mientras llegamos. Cuenta cuántos hombres son, y localiza sus posiciones.

—Cuente con ello, señor.

—Tú encárgate de reunir a todos nuestros hombres —me indicó Róni cuando colgué—, yo iré con Aidan para que se comunique con Trevor, Moretti, Socolov, De Luca y Gonzales Montero, y saber en cuanto lleguen, porque ya han aterrizado. Debemos impedir que esos hijos de puta crucen la frontera, es necesario que desbaratemos sus negocios en nuestra ciudad.

Mis dedos volaban sobre el teclado de mi móvil. Debía cerciorarme de que ya habían atrapado a Meyler, no quería que ese topo se enterara de ninguno de nuestros movimientos y pudiera pasar información, así que me comuniqué con Cian para saber si ya lo tenían. Por suerte, ya no era una amenaza.

Eran demasiados flancos abiertos, y muchos focos por apagar. Siempre habíamos podido con todo, y esta vez no sería la excepción.

Llegó una fotografía a mi móvil y me quedé viendo absorto, perdiendo la noción de cuanto acontecía a mi alrededor. Reconocí de inmediato al Mago, y quien estaba con él no podía ser otro que Wong. Lo miré fijamente, intentando encontrar una similitud entre él

y yo, ya que éramos hermanos. No había ninguna más que el odio mutuo que nos teníamos.

—¿Estás listo? —habló Keiran, que salía calzándose un arma larga en bandolera.

—Más que listo, acabo de chequear con Merrick. Mira. —Le enseñé la imagen.

—Malditos hijos de puta. Tienen los minutos contados.

Enviamos la foto a los hombres que nos acompañarían para que supieran que esas ratas eran las más importantes de capturar. A ser posible, Wong tenía que ser atrapado con vida.

Nos subimos en el Escalade y en caravana salimos de la mansión para emprender el camino a la cacería.

Estaba ansioso y no me podía quedar quieto. Aunque había revisado mis armas varias veces, por si acaso volví a hacerlo, no quería que nada fallara. Tras unos pocos minutos, decidí pedir una nueva actualización, pero en ese momento mi teléfono sonó, y contesté rápidamente poniéndolo en altavoz.

La voz de Merrick se escuchó inmediatamente:

—Señor, hay más movimiento, están saliendo de la propiedad, pero se separaron en dos direcciones diferentes.

—¡Mierda! ¿Cuántos hombres son?

—Con Wong van diez hombres, y se trasladan en tres automóviles.

—No pierdas de vista a ese chino hijo de puta.

—No lo haré, ya estoy dentro del GPS del automóvil, descuide.

—El camión con la carga, ¿quién lo custodia? —preguntó Aidan.

—Es seguido muy de cerca por el mexicano, señor. Con él van seis hombres más.

—Detén el coche, nos dividiremos —ordenó Aidan—. Tú, Róni, ve con Donovan y Cian. Tú, Kei, y tú, Foster, venid conmigo.

Aparcamos a un costado del camino y cambiamos de SUV, acompañados por otros hombres.

—Nos mantendremos comunicados —informó Róni a Aidan y a Keiran mientras nos preparábamos para abordar el otro coche.

—Los jefes de las demás familias y sus hombres ya están en camino —aseguró nuestro *boss* mientras guardaba su teléfono—. Leandro de Luca y Gonzales Montero se unirán a nosotros. Ya les

mandé la ubicación; interceptaremos la carga antes de que puedan salir de Massachusetts. Y Trevor, Socolov y Moretti se acoplarán a vosotros en pocos minutos, hacia donde sea que Wong vaya. Trevor ya está cuadrando ruta con Merrick.

Estaba tan ansioso que hubiera preferido llevar el control del automóvil, pero Róni no me dejó ir al mando del volante, así que no me quedó más remedio que ir de copiloto. Merrick estaba tratando de rastrear alguna pista de aterrizaje privada en la dirección adonde iban los chinos, que claramente estaban escapando.

El velocímetro comenzó a subir de inmediato, y nuestro GPS se sincronizó con la ruta del Toyota RAV4 para interceptarlos.

—La encontré. Hay una fábrica abandonada con una pista de aterrizaje, camino a Edwartown en Martha's Vineyard. Estoy noventa y nueve por ciento seguro de que se dirigen allí, así que es muy probable que alguna embarcación los esté esperando para llevarlos a la isla. El satélite me muestra movimiento en la finca, pero no tengo una imagen nítida para contar cuántos hombres hay. —La voz de Merrick sonaba exultante a través del altavoz.

—Envíanos la ubicación con la mejor ruta —le indiqué. Cargué el sitio en el geolocalizador de mi móvil y lo puse a la vista de Róni sin sacar la ubicación que indicaba la pantalla del Escalade.

—¿Qué quieres hacer, Donovan? Esta se ha convertido en tu propia guerra.

—Creo que podemos interceptarlos si agarramos por aquí —le indiqué el camino señalando la ruta en Google Maps.

Róni giró bruscamente a la izquierda, acelerando a fondo.

Estiró su mano y tocó la pantalla para que empezara a sonar su himno, *Lost yourself*[1] . La canción ya era un clásico que nos llenaba de adrenalina, euforia y sed de muerte, y a estas alturas, después de haber matado a tantos enemigos junto a él, también la sentía un poco mía.

En el camino se unieron a nosotros los demás aliados que venían a asistir.

—Cuarenta segundos para hacer contacto, señor. En el Toyota del medio va Wong —nos Avisó Merrick, que tenía una vista ampliada

desde su monitoreo satelital.

Todos revisamos nuestros cargadores como si no lo hubiéramos hecho antes, y nos preparamos.

—Hoy es la batalla final —dije convencido de que mataría al hijo de puta de Jake Bright.

Todo se detuvo dentro de mí a medida que la distancia se reducía. Entonces Merrick gritó:

—¡Ahora!

Róni volteó bruscamente a la derecha, y Trevor nos rebasó por delante para encerrarlo por el costado. Moretti lo rodeó colocándose por detrás, enjaulando de esa forma el automóvil de Wong.

El sonido de las llantas chirriando amortiguó el resto de los otros sonidos. Otro SUV, con Socolov en su interior, se posicionó en su flanco libre, para que no tuviera por donde escapar. De inmediato, los otros dos automóviles que lo escoltaban advirtieron la maniobra y se prepararon para repeler el ataque. El de atrás comenzó a golpear de frente el SUV donde estaba Trevor para quitarlo del camino, con la esperanza de darle una vía de escape a su jefe y que este pudiera maniobrar el coche y salir de la encerrona. No estábamos dispuestos a que eso ocurriera.

Sabía que él estaba al volante, así que bajé la ventanilla para que pudiera verme y me reí endiabladamente gesticulando «Hoy es el día de tu muerte» mientras lo apuntaba con mi arma simulando un tiro en medio de sus ojos.

En el momento en que bajé la ventanilla, su acompañante actuó rápidamente y salió del vehículo, pero no tenía ninguna posibilidad, puesto que Trevor estaba listo para abrir su puerta y eliminarlo; a veces, en la vida se toman decisiones que no son del todo acertadas, y evidentemente esta había sido una de esas en la suya.

Wong, con rapidez cerró la puerta y metió el muerto dentro.

Podía oler su miedo, podía notar lo desesperado que estaba mientras intentaba pergeñar cómo escapar.

El caos ya le había caído encima. Por más refuerzos que pidiera, no iba a escapar de mí.

Bajé del todoterreno dispuesto a probar el arma que había traído Moretti, regalo de su cuñado para los Cavanaugh. Empuñé el

lanzallamas y comencé a incendiar el automóvil de mi querido hermanito, quien tenía dos caminos: salir y enfrentarme, o terminar como pollo asado.

Los chinos que quedaron rezagados en el SUV abandonaron el coche y empezaron a dispararme, pero me mantuve en mi posición sabiendo que los demás me cubrirían.

El fuego del lanzallamas iluminaba la noche con un naranja diabólico, lamiendo el metal del Toyota que tripulaba Jake. El maldito hijo de puta no estaba listo para morir. En un movimiento desesperado aceleró, embistiendo el SUV de Trevor con fuerza y logrando abrir una brecha mínima. De inmediato pisó a fondo el acelerador sin importarle que su coche estuviera incendiándose.

—¡Se escapa hacia el muelle! —rugió Róni, y volvimos a saltar al Escalade.

La caravana de los Underworld Kings bramó en persecución después de terminar con los chinos. Al llegar a Woods Hole, Wong no se detuvo; atravesó la barrera de seguridad del muelle principal y bajando casi con el coche sin detenerse, saltó a una lancha rápida que ya gruñía con el motor encendido.

—¡Cuidado, las motos! —gritó Moretti, señalando la avanzada que estaba frente a nosotros y que eran tripuladas por más chinos. Abrimos fuego deshaciéndonos de ellos. Todo pasó muy rápido, y no tuvieron oportunidad de defenderse, los superábamos ampliamente en número.

No lo pensé y salté sobre una de las motos de agua. La adrenalina de la persecución retumbaba en mis oídos mientras aceleraba a fondo, dejando atrás a los demás. No podía permitir que Wong se me escapara. Imaginar lo que le había hecho a Ethna hacía que la rabia me atenazara las entrañas hasta dejarme sin aliento.

La estela de las hélices formaba una turbulencia de grandes olas que salpicaban creando un muro frente a mí. El maldito chino pilotaba hacia la isla, seguramente para hallar el apoyo de más de sus hombres, y donde lo esperaba un *jet* para culminar su escape. No iba a dejar que me guiara adonde yo no tuviera oportunidad, así que comencé a dispararle para alejarlo de su ruta de huida, obligándolo a que rodeara la isla.

A medida que nos acercábamos a la costa de Aquinnah, aceleré al máximo. Mi moto golpeó la popa de su lancha y salté cayendo sobre la cubierta, y de inmediato nos trenzamos en una lucha de puños y patadas.

El estruendo del metal contra la arena se convirtió en el primer acorde de nuestra sinfonía final.

La lancha encalló en la caleta de Moshup Beach con tal violencia que el casco se partió como una cáscara de huevo. Wong salió despedido, rodando por la arena húmeda.

En medio del caos, el viento rugió en los acantilados, castigándonos, acompañado por la lluvia torrencial que se desató sobre nosotros.

Wong logró zafarse de los restos de la lancha que cayeron sobre él y trepó hacia el borde del acantilado arañando la arcilla, incluso se puso en pie con una agilidad infernal. Sus ojos brillaron bajo la lluvia, reflejando en ellos el fuego que empezaba a consumir el motor de la embarcación a nuestras espaldas.

Aunque yo estaba aturdido por el choque, debía reaccionar con rapidez. Me levanté de entre los restos y lo vi apuntándome. Instintivamente, me arrojé al mar. Una bala zumbó junto a mi cabeza, pero logré esquivarla. Luego siguió disparando, pero se le terminaron las municiones. Maldición, había perdido mi Glock cuando salté de la moto, sin embargo, aún me quedaba la de repuesto que siempre llevaba conmigo, así que emergí del agua y comencé a correr en dirección adonde lo había visto por última vez, cogiendo el arma que tenía en la pistolera atada al muslo. Cuando lo tuve en la mira, comencé a dispararle. A lo lejos también se escuchaban detonaciones de otras armas.

Mis balas lamentablemente no atinaban en el cuerpo del maldito, que era muy escurridizo. Su risa se destacó cortando el rugido del Atlántico y lo vi ahí, donde ya no había más donde correr.

—¡Mátame, hermano! —gritó Wong—. ¡Pero cada vez que la toques, ella sentirá mis manos! ¡He dejado mi marca en su alma, y eso no puedes borrarlo con tus balas!

Sentí un estallido en el pecho. Era la furia de mil años de soledad, y saber que él tenía razón.

Furioso y ávido por hacerle pagar cada golpe que le dio a Ethna, me lancé contra él con la fuerza de un alud y dejé caer mi arma. Necesitaba que mis manos tuvieran la oportunidad de arrancarle el aliento. No ansiaba una pelea de caballeros; y obviamente muy pronto la lucha se transformó en una carnicería bajo el barro y la lluvia.

No había tregua para los golpes, ambos éramos muy hábiles para luchar; logré conectarle varios puñetazos en el rostro. Él no se quedaba atrás. En cuanto conseguí derribarlo, comencé a golpearlo con saña, pero se logró zafar.

Comenzamos a rodar por la ladera del acantilado, golpeándonos con tal brutalidad que pensé que no volvería a ver otro amanecer. Mi espalda contra el suelo me dejó en desventaja cuando Wong sacó un cuchillo táctico y con el acero brillando en la oscuridad buscó mi garganta. Reaccionando lo más rápido que pude, logré bloquear su brazo, pero el filo me rasgó la piel. El dolor fue un combustible. Mientras continuábamos forcejeando, le hundí el pulgar en una herida abierta de su hombro, que al parecer una de las tantas balas que había disparado sobre él le había dejado, y escuché el crujido de su ligamento. Gritó, pero no se detuvo; me golpeó con la cabeza, rompiéndome el tabique nasal.

La sangre, caliente y metálica, inundó mi boca. Escupí a un lado y lo agarré por las solapas de su chaqueta, estampándolo contra una roca.

—¡Tú no eres mi hermano! —rugí en su oído mientras le propinaba un rodillazo en las costillas que sonó como madera astillada—. ¡Eres el error que voy a borrar de esta tierra!

Wong logró soltarse nuevamente, dándome una patada en el pecho que me dejó sin aire por un segundo eterno. Se arrastró hacia la cornisa del acantilado, justo donde el mar golpeaba con más fuerza abajo. Estábamos al borde del abismo, en todos los sentidos.

—¿Crees que Mei te amaba? —escupió Wong, tambaleándose, con el rostro desfigurado por el odio—. ¡Ella deseaba que murieras para que su conciencia pudiera estar en paz!

Continuamos luchando y lo golpeé como un depredador que no tiene prisa. La lluvia nos empapaba, uniendo nuestra sangre en el

fango de Aquinnah.

—Ella no se encontrará contigo en el infierno, Jake —empleé el nombre con el que lo había conocido Ethna, dejando que la rabia por lo que le había hecho a ella me invadiera nuevamente. Mi voz sonó más gélida que el viento—. Mei se interpuso entre tu bala y yo. Tu último acto en este mundo fue herir de muerte a la única persona que te amaba de verdad. Se fue protegiendo al hijo que ella sí eligió.

Mentí. Mei aún no había muerto, al menos no lo había hecho cuando abandoné Manor Place, pero eso él no tenía por qué saberlo, lo que sí era verdad es que me había protegido.

Esa verdad fue el golpe más letal que le di en toda la noche. El cuchillo tembló en su mano. La locura en sus ojos se apagó un microsegundo, reemplazada por un vacío absoluto. En ese instante de vacilación, el suelo de arcilla, erosionado por la tormenta y el peso de nuestra lucha, cedió.

El mundo se inclinó. La lancha, que estaba siendo succionada por la marea alta justo debajo de nosotros, generó un remolino de metal y espuma. El desprendimiento del acantilado nos lanzó al vacío y caímos al agua gélida y violenta de Aquinnah.

Bajo la superficie, el caos era absoluto. El agua negra me envolvía, entumeciendo mis músculos en segundos. Wong, en un último arranque de odio puro, me agarró del chaleco táctico con ambas manos, intentando arrastrarme con él hacia las hélices de la lancha que se hundía. Sus pulmones soltaban burbujas, y sus labios intentaron hablar desesperadamente antes de que el agua los llenara.

Sus dedos perdieron la fuerza. Vi su rostro, pálido y desencajado, desaparecer en la oscuridad abisal del Atlántico. La estructura de la embarcación se lo tragó, hundiéndose como un sarcófago de acero. En ese momento vi una luz, y también a Ethna con un vientre abultado extendiéndome su mano. Luché contra la corriente, con los pulmones ardiendo y el corazón a punto de estallar, hasta que una mano poderosa me aferró del cuello.

Emergí a la superficie jadeando, buscando desesperadamente que el aire entrara en mis pulmones. Los brazos de Róni me sacaron del agua con la fuerza de un titán. Me envolvió en una manta. El frío

que sentía no era físico; era el peso de haber cerrado el círculo de sangre de mi madre.

—Se acabó, Donovan —dijo Moretti, que también estaba en la lancha.

Más embarcaciones se unieron a nosotros. Pude divisar al resto de los hombres de la Irish Mob y a los otros líderes que formaban parte de los Underworld Kings y que esa noche estaban en esta cacería junto a nosotros.

—El mar se ha quedado con lo que era suyo. —Una mano apretó mi hombro, y moví la cabeza para encontrarme con la mirada de Róni—. Todo terminó, me alegra ver que estás bien.

De pronto, como escupido por el mar, el cuerpo de Wong salió a la superficie y quedó flotando. Lo sensato hubiera sido dejarlo allí para que la fauna hiciera su trabajo y desapareciera, pero al verlo sentí que aún no era suficiente.

Metí mi mano en la muslera que aún llevaba atada y cogí mi cuchillo, sujeté su cuerpo y arranqué su corazón del pecho. Luego solté el cuerpo y la inmensidad del mar se lo volvió a tragar.

Regresamos en silencio. Nadie preguntó lo que haría con su corazón, pero nadie cuestionó tampoco que me lo llevara.

Capítulo cincuenta y siete

DONOVAN

En el camino nos enteramos de que los hombres que se separaron de nosotros para interceptar a David Pacheco Espinoza habían hecho su trabajo con éxito, liberando a las mujeres y niños que iban camino a cruzar la frontera, lo que supuso un gran logro en la primera incursión de los Underworld Kings en una guerra.

Entré en la mansión de los Cavanaugh. Mi ropa aún estaba húmeda, con el olor a sangre, salitre y pólvora pegado a la piel como una maldición. El silencio que me recibió era denso. En el vestíbulo, Alex, la mujer de Aidan, me esperaba. No tenía que decir nada; su rostro, marcado por una tristeza gélida, fue suficiente para comprender.

—Donovan… —Su voz se quebró. Se acercó y me puso una mano en el brazo—. Tu madre… Mei no sobrevivió a la cirugía. Lo siento mucho.

Me arrepentí por no haberme despedido de ella antes de irme. No lo había hecho porque Mei no hubiera aprobado que saliera a cazar a su otro hijo.

Dejé escapar el aire.

El mundo se detuvo. Sentí un vacío en el pecho que ninguna venganza podría llenar. Mei se había ido justo cuando la había recuperado. Cerré los ojos, tragándome el nudo en la garganta. El dolor de esa pérdida era un motor que ahora me impulsaba en una dirección: Ethna.

—Donovan. —La voz de Trevor me detuvo—. Hay algo que no te dije: traje a Enya conmigo. Está en casa de los Clancy.

Caminé por los jardines de la mansión con una calma que me asustaba a mí mismo. Al entrar en la casa que tantos años habían habitado los Clancy, el olor a podrido impregnaba las paredes. Cada paso que daba hacia el despacho que fuera de Brady era un eco de los pasos que Ethna había dado obligada durante tanto tiempo. Utilicé la llave que Trevor me había dado, y al abrir la puerta, encontré a Enya. Estaba sentada frente a la chimenea, con una copa de cristal en la mano, como si fuera la dueña de un imperio que estaba a punto de ser reducido a cenizas.

—Donovan —dijo, volviéndome a dar la espalda. Su voz era tan fría como el hielo del Atlántico—. Supongo que vienes a darme las gracias por haberte puesto en el camino de Wong. Escuché a los hombres que me trajeron aquí que salisteis de cacería.

Cerré la puerta con un golpe seco. El sonido la hizo sobresaltarse. Vi el miedo asomarse tras su máscara de aristocracia.

—¿Gracias? —Mi voz salió como un gruñido del fondo de un pozo —. No vas a torcer la historia esta vez, Enya, se acabó tu suerte. Ya todo salió a la luz. Vengo a hablar de deudas.

—Yo no le debo nada a nadie, y menos a ti.

—Hablo de la deuda que tienes con tu hija.

Me acerqué a ella, proyectando mi sombra sobre su rostro. Intentó alejarse, pero le puse una mano en el hombro, hundiéndola en el sillón.

—Sé lo que hiciste, la entregaste —susurré, y la rabia empezó a hervir bajo mi piel—. Tu propia hija, ¿cómo pudiste? La llevaste al matadero primero con Clancy. —No pudo esconder una mueca de asombro—. ¿Te asombra que lo sepa? Ethna lo recordó todo. Sabías lo que él era. Sabías lo que le hacía en este mismo despacho, y te quedaste fuera, despreocupada como ahora, bebiendo tu maldito licor, mientras ella moría por dentro. Una madre protege —le dije a centímetros de su cara—. Una madre se sacrifica por su sangre.

—¿Qué podría haber hecho? Me hubiera matado, hice lo necesario para mantener la posición de la familia Cavanaugh y para que mis hijas sobreviviesen, Donovan —escupió Enya, intentando convencerme de que lo que hizo estaba bien—. Clancy era el poder. Sacrifiqué una pieza para salvar el tablero.

—Ella no era una pieza. ¡Era tu hija! —Le arrebaté la copa y cogiéndola de un brazo la estampé contra la pared—. La vendiste por un estatus que se acabó y te importó una mierda. Y también la entregaste a Wong, hija de puta —crucé su rostro con un bofetón, haciendo que cayera sobre el fuego de la chimenea—, y mientras él la profanaba, solo pensabas en cómo mantener tus privilegios.

Se había quemado las manos, pero la adrenalina del miedo no le permitía sentirlo. Sin embargo, me iba a ocupar de que sufriera mucho más y que lo notara.

—¡Tú no entiendes nada! —gritó, levantándose finalmente—. Clancy la quería a ella. Si no se la daba, me habría destruido a mí. Y a mis otras hijas. ¿Qué madre no querría sobrevivir para protegerlas? Yo las protegí, aunque no lo puedas ver.

—Una madre de verdad muere antes de permitir que toquen a su hijo —le respondí, acortando la distancia—. El sacrificio fue solo el de Ethna.

Vi en sus ojos el segundo en que comprendió que no habría negociación. No había dinero suficiente en Boston que pudiera comprar su vida en ese momento. Me abalancé sobre ella. Quería sentir cómo la vida abandonaba el cuerpo que nunca supo proteger a su hija.

Mis manos se cerraron alrededor de su garganta. Enya luchó, sus uñas rasgaron mis muñecas, pero yo era un bloque de hierro.

Mientras apretaba, la imagen de Ethna llorando inundó mi mente. Cada jadeo de Enya era un pago por cada grito de Ethna que ella decidió ignorar.

—Mírame, perra —le ordené. Sus ojos empezaban a inyectarse en sangre—. Esto es por la niña que dejaste sola en la oscuridad, por la mujer que protegeré con mi vida como tú no supiste hacerlo; esto es por la mujer que amo, por la madre de mi hijo, por el amor de mi vida, que me enseñó que mi corazón también tiene luz y esperanza, y no solo oscuridad.

Sus movimientos se volvieron espasmódicos, luego débiles, hasta que se detuvieron. La sostuve un segundo más de lo necesario, asegurándome de que el silencio fuera absoluto. Cuando abrí las

manos, su cuerpo cayó sobre la alfombra como un despojo sin valor. Cogí mi cuchillo y arranqué también su corazón.

Salí de allí sin mirar atrás. En el vestíbulo me esperaban Róni, Aidan y Trevor. Me miraron las manos y luego a los ojos, y asintieron. Luego me incliné y cogí de la mesa del recibidor el corazón de Jake que había dejado al entrar.

—Ahora sí acabó, Donovan —habló Róni, mi hermano de la vida—. La casa está limpia.

—No —respondí, caminando hacia la salida—. Estará limpia cuando las llamas consuman este lugar y se lleven el horror que guardan estas paredes.

Esa noche, mientras la mansión de los Clancy ardía bajo el cielo de Massachusetts, regresé con Ethna. El pasado ya no tenía voz para hablar. La deuda estaba saldada.

Subí las escaleras y entré en su habitación. Ella estaba de pie junto a la ventana, bañada por la luz de la luna. Al verme, se volvió con dificultad por la cantidad de golpes que tenía. Sus ojos buscaron los míos, analizando cada herida, cada mancha de barro, hasta que se posaron en mis manos.

En ese momento me dije que tal vez no había sido una buena idea traerle esos corazones, porque no quería que ella me temiera. Quería que estuviera completamente segura de que ni Enya ni Wong le harían más daño.

—Todo acabó, princesa. Ni tu madre ni él se volverán a acercar a ti. —Sus pupilas se dilataron al comprender que tanto su madre como el hombre que la había profanado ya no existían—. Tal vez no fue una buena idea traerte este macabro trofeo, pero si aún me quieres en tu vida, me tienes que aceptar tal cual soy. Con la seguridad de que jamás te dañaré como lo hicieron ellos. Por el contrario, siempre seré tu roca.

ETHNA

Miré lo que Donovan traía en sus manos. Cualquier otra mujer habría gritado, se habría horrorizado ante la brutalidad del gesto. Yo no era

cualquier mujer; era una superviviente que había sido liberada, y que me sentía más fuerte que nunca. Estiré las manos y cogí los órganos, y sentí el frío de la muerte contra mi palma y, por primera vez, el aire entró en mis pulmones sin quemar.

—Se acabó, Ethna —volvió a asegurar Donovan, con la voz rota—. Él nunca volverá a tocarte. Y ella nunca volverá a beneficiarse de ti ni de nadie. Ni en el mundo real, ni en tus sueños, porque te prometo que siempre estaré para alejar tus pesadillas.

Las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas, calientes y redentoras. No lloraba por la crueldad, sino por la devoción de este hombre que había ido al infierno para traerme la única prueba que mi mente necesitaba para creer que estaba a salvo.

—Gracias… —sollocé, dejando caer los corazones al suelo, y toqué mi vientre—. Gracias, Donovan. Por pelear las batallas que yo no podía, no solo por mí, sino por nuestro bebé.

DONOVAN

La atraje hacia mí con una delicadeza que me dolía. Estaba empapado, sucio y cargado de muerte, pero ella se aferró a mí como si fuera su único refugio en el mundo, aunque no dejaba de temblar.

—Lo siento tanto, Donovan… Lo de tu madre —susurró ella contra mi pecho, sintiendo mis lágrimas mezclarse con las suyas.

—Murió para que tú pudieras vivir sin miedo, nena —le dije, acariciando su pelo—. Y ahora vamos a asegurarnos de que su sacrificio valga la pena, cuidando de este bebé. —Acaricié su vientre, y ella puso su mano sobre la mía.

Esa noche no hubo espacio para el horror. Había una paz sangrienta en la habitación.

Me aseé, me senté en el suelo, junto a su cama, vigilando su sueño, y ella cerró los ojos sin temblar. El precio había sido alto, pero al mirar el perfil de Ethna descansando, sería capaz de pagarlo mil veces más caro.

Capítulo cincuenta y ocho

Un mes después.

ETHNA

La casa del horror había desaparecido y ahora vivía en la mansión con mis hermanos.

Caminábamos por el sendero del jardín trasero, lejos de los oídos de los guardias, pero con la mirada vigilante de Donovan, que nos observaba desde el porche como si fuera un centinela de piedra.

El aire de Chestnut Hill estaba inusualmente quieto. El andador de Val contra la piedra era el único sonido que competía con mi pesada respiración. Mi mejor amiga se había recuperado del ataque en el cementerio. Era una resiliente como yo, pero había esperado a que estuviera bastante repuesta para tener la conversación que hoy tendría con ella.

—Donovan no me quita el ojo de encima —dije con una sonrisa, rompiendo el hielo—. Cree que, si parpadea, el mundo volverá a estallar.

—Donovan es un buen hombre, Ethna. Pero hay tantos fantasmas en este lugar… Nadie os conoce, deberíais iros de aquí, daros otra oportunidad. Aún no me has explicado por qué lo sigues rechazando.

Era el pie perfecto para abordar el tema del que quería hablar.

Me detuve frente al viejo camino que llevaba a la que fuera mi casa, sintiendo el peso de mi bebé en mi vientre, que ya se empezaba a notar; una presencia concreta que me recordaba por qué valía la pena cada batalla que estaba librando.

Val se detuvo a mi lado, apoyando su peso en el andador. Sus piernas, marcadas por las balas y la cirugía, temblaban ligeramente, pero su rostro mostraba esa terquedad que siempre la había definido.

—Estás agotada, Val. Sentémonos —le pedí, señalando el banco, desde donde iba a darse cuenta de que algo faltaba en el paisaje.

Ella asintió y, con un esfuerzo que me dolió ver, se acomodó a mi lado. El silencio que se instaló entre nosotras no era el de siempre. Era un silencio cargado de palabras que llevábamos un tiempo evitando.

De pronto levantó la cabeza y se dio cuenta.

—¿Qué pasó con la casa? ¿Qué me perdí todo este tiempo que estuve inconsciente?

—Donovan la quemó.

—¿Qué? ¿Por qué hizo eso?

—He tenido recuerdos, Val —solté sin preámbulos, mirando mis manos entrelazadas sobre mi vientre—. Wong… Él abrió una puerta que mi mente había sellado con cal y arena. Cuando Jake me secuestró, me violó, y eso hizo que recordara lo que también me hizo mi padre. —Tomé una profunda bocanada de aire antes de continuar—. También recordé a Brady violándome hasta que fui adolescente, y a mi madre entregándome. Donovan quemó la casa con Enya dentro, después de arrancarle el corazón.

Vi cómo el cuerpo de Val temblaba sin parar. Sus nudillos, blancos por la presión sobre el andador, parecieron brillar bajo la luz mortecina de la tarde.

—Lo siento tanto, Bae —dijo. Su voz no era más que un hilo de aire—. No quería que eso te ocurriera también a ti. Lo siento.

Me volví para coger sus manos, pero ella evitaba mi contacto visual. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, perdiéndose en el cuello de su blusa.

—¿Qué quieres decir?

—Ethna… —Su voz se quebró—. Cuando éramos adolescentes, Clancy me llamó a su despacho. Me dijo que te observaba, que sabía que estabas creciendo y que pronto «serías una mujer». Y que le gustabas mucho, no como debería gustarle una hija. Sus palabras

me aterrorizaron. No quería que te hiciera lo que él me venía haciendo desde que era niña. Me dijo que, si yo no «colaboraba», tú serías la siguiente. Que te haría pedazos si yo no me seguía sometiendo a él. Fue cuando aparecieron tus lagunas mentales —me aclaró.

El mundo pareció detenerse.

—¿Val? ¿Qué estás diciendo? —Quería que me dijese que había oído mal.

La agonía en sus ojos era algo que ninguna cirugía de descompresión y estabilización de médula podría reparar.

—Me entregué a él, Ethna, aunque antes, cuando éramos niñas, él ya había abusado de mí, y cada vez que me tomaba me amenazaba con matar a mis padres si yo decía algo. Esa vez lo hice por propia voluntad. Siempre le tuve mucho miedo, pero ese día me entregué.

»Durante años fui a ese despacho cada vez que me llamaba. Lo hice por ti, fue un pacto con el diablo. Creí… fui tan estúpida… creí que, si yo le daba lo que quería, nunca te pondría una mano encima. Que mi entrega compraría tu seguridad.

Llevé mis manos a la boca para ahogar un grito. El aire quemaba en mis pulmones. La culpa de Val era tan terrible que podía sentirla emanar de su piel. Comprendí su llanto el día que le conté lo de la tía Norah.

—Lo siento mucho —sollozó, tapándose la cara con las manos—. Siento que no pudiera protegerte. Creí que mi sacrificio bastaría, pero Clancy no tenía honor. Me usó, y también te usó a ti, y al final no pude evitar que ese monstruo te alcanzara.

Me quedé paralizada, procesando la magnitud de su amor y su dolor. Sabía que la culpa del superviviente era una carga devastadora, y Val la había llevado en silencio durante demasiado tiempo. Yo al menos había olvidado. Había creído que sus fracasos en las relaciones eran porque no sabía elegir, cuando en realidad era la manipulación sistémica de un depredador como mi padre. Ahora entendía todos sus amoríos destructivos.

Me acerqué a ella ignorando el dolor de su espalda, y la envolví en un abrazo. Val se derrumbó contra mi hombro, y nuestros gritos de dolor hicieron que Donovan se tensara a lo lejos. No me importó.

Cuando él se acercó, le dije que todo estaba bien y nos volvió a dejar solas.

—Escúchame, Val —le dije al oído con una firmeza que nació de lo más profundo de mi alma—. Tú no me fallaste. No te disculpes por intentar salvarme de un incendio que no provocaste. Clancy era el monstruo, tú no hiciste nada malo.

»Y nunca fue por voluntad, él te coaccionaba; primero con tus padres, y luego conmigo. Tu sacrificio no fue en vano, Bae. Me demuestra que el amor de una hermana es más fuerte que la sangre compartida.

Nos quedamos allí, llorando juntas por la niñez que nos fue robada. Y mientras la abrazaba, sentí una patada de mi bebé dentro del vientre. Tal vez era una señal. Un ser inmaculado y engendrado con amor anidaba dentro de mí.

Lo más importante era que la verdad estaba fuera, y ya no tenía poder para asfixiarnos a ninguna de las dos.

Capítulo cincuenta y nueve

ETHNA

El vestido era una nube de encaje blanco, con una larguísima cola, y diseñado con una caída imperial que abrazaba mi vientre abultado, sin oprimirlo. Frente al espejo de mi habitación, donde luego sería la fiesta, me veía como la mujer que siempre soñé, pero con los ojos de quien ha visto demasiado. Liam se movió dentro de mí, ya sabíamos el sexo del bebé, un recordatorio constante de que la vida seguía floreciendo sobre las cenizas.

Donovan había sido tan paciente. Solo faltaba un mes para que nuestro hijo naciera, pero finalmente había logrado convencerme para que me casara con él.

Mi hermana acababa de irse tras ayudarme a vestir, y Róni entró a recogerme. Deé seguramente ya estaba junto a Donovan en el altar esperándome. Las demás mujeres de la familia cumplirían el rol de damas de honor.

Cuando las puertas de la catedral de Boston se abrieron, el sonido del órgano retumbó en mi pecho. Róni me ofreció su brazo con una firmeza que me devolvió el aliento. Él no era solo mi medio hermano; era el hombre que, junto a Aidan, me había protegido de los lobos desde que éramos niños, sin embargo, no habían podido protegerme del lobo alfa de la manada, ese se les había escapado, pero no los culpaba.

—Estás hermosa —me dijo una vez más mientras empezábamos a subir la escalinata—. Y él te está esperando como si fueras el aire que le falta. Te adora, no tengo dudas.

Asentí.

—Basta, o me harás llorar.

Subí cada peldaño sintiendo el peso de mi historia, pero con la mirada fija en el hombre que me esperaba en el altar.

DONOVAN

La vi aparecer y mi mundo se detuvo.

He pasado la mayor parte de mi vida en callejones oscuros y muelles ensangrentados, pero ver a Ethna subir esa escalinata, con nuestro hijo en su vientre y esa lozanía en su rostro hizo que mis piernas temblaran. Róni la traía hacia mí, y se me hizo un nudo en la garganta. Él no era mi hermano de sangre, pero era el que la vida me había dado; jamás olvidaría lo que él y Aidan hicieron por mí. Por eso hoy entregarme a Ethna era el acto de fe más grande de nuestras vidas.

Estiré mi mano para recibirla, y cuando nuestras palmas se rozaron, sentí una corriente eléctrica. No se trataba de deseo carnal, al menos no del tipo que quema; era una devoción incontrolable lo que se disparaba en mi interior.

La ceremonia comenzó y no podíamos dejar de mirarnos.

Sabía que sus heridas aún sangraban por dentro. Así que cuando llegó el momento de los votos, los míos no fueron sobre posesión, sino sobre refugio.

—Te elijo para cuidarte —enuncié. Mi voz resonó en las naves de piedra—. Para ser el muro de contención que nunca te deje caer. Seré tu abrigo, tu refugio y tu fuerza.

ETHNA

—Te elijo para sanar, Donovan —respondí, y por primera vez en mi vida no sentí que estaba mintiendo ante Dios.

Nos pusimos los anillos, y Donovan me besó en la frente después de que el oficiante le diera el consentimiento tras declararnos marido y mujer.

Tras la ceremonia, la fiesta fue un despliegue de lujo en uno de los hoteles de la familia. Había invitados de todos los ámbitos

sociales: políticos, asociados, empresarios, miembros de otras familias del clan, en fin, mis hermanos habían decidido tirar la casa por la ventana, y aunque Donovan al principio se había opuesto, queriendo costear los gastos de la boda, por nada del mundo se lo permitieron.

Cuando entramos en el salón donde estaba montado el banquete, bailamos, y luego todos se acercaron a felicitarnos. Cait fue la primera en abordarme.

—Hermanita, qué hermosa ceremonia. Me dio nostalgia de la mía. Te deseo toda la felicidad del mundo; de verdad espero que seas tan feliz como yo, te lo mereces más que nadie. Me alegra que decidieras dejar que Donovan te ayude a sanar.

—Gracias, Cait. Te amo tanto, hermana.

Nos habíamos prometido no hablar de lo ocurrido siempre y cuando yo no lo necesitara. Fue la única vez que lo hicimos, y había pasado un tiempo desde que fui a España para su boda.

Luego se acercaron nuestros padrinos, Róni y Deé, quienes esa mañana nos habían sorprendido con uno de sus regalos. Le habían entregado a Donovan los negocios de los Hanigan, convirtiéndolo en el nuevo *boss* de esos territorios.

Aidan y Alex fueron los siguientes. Alex y yo estiramos la mano y nos tocamos el vientre mientras los hombres se fundían en un abrazo. Alex llevaba en su barriga al próximo heredero del clan y ya se sabía que era un varón, así que la sucesión estaba asegurada.

Keiran y Vero también hicieron su camino.

—¿Y Norah? La vi en la iglesia —pregunté.

—Se durmió en el camino al hotel, así que la niñera que contratamos para esta noche la llevó a la habitación.

En el festejo también estaban los demás jefes de las familias que conformaban los Underworld Kings. El lugar estaba lleno de hombres enfundados en trajes caros, y con armas ocultas; no era de extrañar, así era nuestra vida.

Todo estaba saliendo según lo planeamos, era una hermosa fiesta que las chicas me habían ayudado a proyectar. Claudia, que siempre se mantenía mesurada, se acercó:

—Se te extrañará en la casa, pero sabes que estoy muy feliz porque por fin hayas aceptado al chico. Estaba cansada de verlo como alma en pena. Mira lo feliz que está hoy.

Nos reímos.

—¿Dónde estabas? —le pregunté a Valen a mitad de la noche cuando se dignó aparecer, aunque en verdad no necesitaba hacerlo, ya que había visto el momento en que entró en el salón seguida muy de cerca por Cian.

—Lo siento, me distraje. Ya sabes, algunas cosas no cambian —explicó encogiéndose de hombros.

—¿Cuándo le darás el gusto y formalizarás la relación?

—Nunca, no sirvo para estar atada a nadie.

—No es cierto, hace un tiempo que solo tienes ojos para él, pero te empeñas en decir lo contrario.

—Bueno, tú y yo sabemos que te tomaste tu tiempo para dejar que el pobre Donovan dejara de rogarte que lo volvieras a aceptar, así que eres la menos indicada para dar consejos. —Chocamos nuestros hombros. Ella se había sentado a mi lado. Bae ya estaba totalmente repuesta de sus heridas.

Miré hacia la pista al escuchar aplaudir al ritmo de la música.

Donovan, mis hermanos y también algunos hombres del clan que se habían unido a ellos bailaban al ritmo de una clásica danza irlandesa, infaltable en todas las bodas de la familia. Donovan pronto se separó para regresar a mi lado, casi no se había apartado de mí ni un segundo. Me traía agua, me acomodaba los cojines, vigilaba mi cansancio como si fuera un tesoro nacional, hasta que le dije que quería bailar. De inmediato empezó a protestar, pero a regañadientes me dio el gusto. El momento me hizo sentirme muy viva y feliz.

Aunque me sintiera muy cómoda con esta cercanía, el verdadero desafío comenzaría cuando fuéramos a nuestro hogar.

DONOVAN

Entramos, y, como correspondía, la cargué en brazos. Todavía no estábamos seguros de si nos mudaríamos o si manejaría todo desde

Boston; por el momento nos habíamos acomodado en mi casa.

El día anterior trajimos las cosas de Ethna y las llevé a mi habitación. El espacio, como siempre que quedábamos en la intimidad, estaba cargado de fantasmas.

Al cerrar la puerta, vi el pánico fugaz en sus ojos cuando miró la cama matrimonial. El trauma que Wong le había dejado, sumado a la sombra de su padre, era un intruso gigante que por más que quisiera no podía echar de un día para otro.

—No voy a subir a la cama, Ethna —le dije suavemente, quitándome la chaqueta—. Ya hemos acordado que el peso de alguien a tu lado es algo que tu cuerpo aún no puede procesar, así que dormiré en el sofá.

—Sé que es egoísta, pero aun así te necesito cerca. Me siento mal por ello, pero no soporto dormir sola en una habitación. En la mansión siempre se turnaban Val o Claudia para acompañarme. Soy consciente de que en el sofá no entras, no es justo que duermas incómodo.

Sin decir más, le dije que me esperara, saqué un colchón extra de otra de las habitaciones y lo puse en el suelo, justo al lado de la cama. Ella me miró con una mezcla de gratitud y tristeza que me partió el alma.

—Lo siento, Donovan…, es nuestra noche de bodas y yo… —empezó a decir con la voz quebrada.

—Chis —dije posando un dedo sobre sus labios—. Esta es nuestra noche de paz, no de intimidad. La intimidad llegará cuando tu corazón deje de estar en guardia. Hasta entonces, este suelo será mi convento de clausura. Y no te preocupes, nada se compara a la frustración de no tenerte junto a mí.

—Quiero que hablemos de algo que supe hoy. Aun desconociendo la verdad, yo ya no pensaba en eso: ella selló su destino dentro de la familia con lo que hizo… Hoy, camino a la iglesia, Róni mencionó el tema y me he enterado de que tú no mataste a Reagan. Quiero pedirte perdón por creer que habías sido tú.

Me quedé mirándola unos segundos.

—Eso ya no importa.

—Sí, importa, porque no es justo que haya asumido eso sin averiguar.

—Era lo más lógico: para ti yo solo era el ejecutor del clan.

—Aun así, no debí darlo por hecho.

—Ya pasó, y no definió lo que ambos sentimos por el otro a pesar de creerlo.

—Quiero disculparme, porque en su momento lo usé para alejarme de ti, cuando en verdad no era más que una excusa para seguir negando que lo que me ocurría con los hombres era algo mucho más profundo, y que había decidido borrar de mi memoria para protegerme.

—Aunque lo creyeras, no cambió lo que sentíamos.

—Tendrías que haberme corregido de mi error. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque una muerte más, o una menos, no cambiaría quién soy, y si tú decidías amarme, tenía que ser también con toda esa oscuridad. Si hubiera sido cierto, también habría tenido que vivir con ello. No lo fue. Y ya no importa.

—Sí importa —susurró—. Porque no quiero que quede nada entre nosotros que no sea verdad.

Tomé su mano.

—Entonces dejemos que la verdad sea esto —dije, enlazando sus dedos con los míos—. Lo demás pertenece al pasado. Ahora nos queda construir la vida que elegimos juntos.

Apagué la luz y me quedé mirándola, acostumbrándome a la oscuridad.

«Siempre que mate, será para que tú nunca vuelvas a temer».

ETHNA

Me acosté de lado sintiendo el vacío de la enorme cama, pero reconfortada por su presencia a centímetros de distancia. Estiré la mano y así nos dormimos.

El sueño trajo consigo el pasado.

Desperté gritando, con el sudor frío pegado a la piel, y la sensación de manos invisibles oprimiendo mi cuello. El recuerdo de Clancy y de Jake-Wong se fundían en una sola mancha negra dentro de mi cerebro.

—¡No! ¡Suéltame! —sollocé, luchando con las sábanas.

DONOVAN

Encendí la luz.

—¡Ethna! ¡Aquí estoy! ¡Mírame! ¡Abre los ojos!

No la toqué. Había aprendido que el contacto físico brusco durante un *flashback* podía ser un detonante aún peor. Me quedé sentado en el suelo, a su altura, manteniendo las manos a la vista, e intentando calmarla con el sonido de mi voz.

—Respira conmigo. Inhala… exhala… Soy Donovan. Estás en casa. Y tanto tú como Liam estáis a salvo. Yo estoy en el suelo, y tú eres la dueña de esta habitación.

Poco a poco, sus ojos se enfocaron en mi cuerpo, y sus sollozos se volvieron respiraciones entrecortadas. Estiró una mano, buscándome. Dejé que sus dedos rodaran sobre los míos y los entrelacé cuando me di cuenta de que estaba totalmente despierta. Me quedé así, vigilando su sueño el resto de la noche, hablándole en susurros sobre el futuro, sobre lo que aún nos faltaba decorar en el cuarto de Liam y sobre cómo Mikhail Socolov, que había tomado cartas en el asunto para aliviar un poco a Trevor, nos enviaría el mejor sistema de seguridad del mundo para que ella nunca más tuviera que mirar por encima del hombro.

Era mi noche de bodas, en el suelo, con la espalda dolorida y el corazón en vilo. Pero mientras ella volvía a conciliar el sueño apretando mi mano, era el hombre más rico y afortunado de Boston. Estábamos reconstruyendo nuestro templo, y yo no tenía prisa. Por lo pronto, ya la tenía donde deseaba, en mi casa, y portando mi apellido. Los avances eran lentos, pero estaba seguro de que todo volvería a ser como una vez había sido entre nosotros.

Combustión y fuego.

Era cuestión de tiempo.

Epílogo

DONOVAN

El otoño de Boston ya había empezado, y el viento golpeaba con furia los cristales de nuestra casa, pero dentro, el silencio ya no era un enemigo.

Estaba sentado junto a la chimenea, y en mis brazos sostenía a mi hijo Liam. Se había despertado, y acababa de alimentarlo con la leche que Ethna se había extraído. Tenía la intención de que ella durmiera un rato más.

Ya hacía casi una semana que nuestro bebé había nacido y aún me costaba creer que ya estaba con nosotros revolucionando nuestros días.

El niño, por suerte, era muy tranquilo, y a mí me encantaba consentir a mi mujer. Me extrañaba que yo pudiera ser tan cuidadoso con un ser tan frágil.

Era tan pequeño y ajeno a que su padre era un hombre con las manos manchadas de una justicia que los mortales comunes no podían entender… Con él sería lo contrario, sobre todo, le daría el amor y el cuidado que yo nunca había tenido de mis verdaderos padres. Lo miraba y me preguntaba cómo algo tan puro podía haber nacido de alguien con tanta oscuridad. Entonces recordaba a Ethna, y la respuesta estaba allí.

Escuché el suave crujido de la escalera. No me moví, ni siquiera cuando sentí su mano rozar mi hombro. Sabía que cada centímetro que ella recorría hacia mí era una victoria sobre los monstruos de su pasado.

—Aún me cuesta creer que esto sea real —susurró Ethna, sentándose en la mesa baja, frente a mí, apoyando la cabeza en mi

brazo—. A veces despierto y espero ver las paredes de aquella celda…, o algo peor. Luego miro a mi alrededor y veo que todo es perfecto, y desde que Liam nació, mucho más.

Le acaricié el cabello con una torpeza que ella siempre perdonaba. Mis manos de *enforcer* eran toscas sobre la seda de su pelo.

—Las únicas paredes que te rodean ahora son estas, bebé —dije con la voz más ruda de lo que pretendía—. Y mientras yo respire, nadie que no sea bienvenido cruzará esa puerta.

ETHNA

Cerré los ojos ante el contacto de Donovan. Él siempre había sido mi salvación.

Después de lo que Wong me hizo, supe que el verdadero verdugo no era uno de los líderes de la mafia china, sino la memoria que él había despertado. Cuando me violó, el muro que mi mente construyó para protegerme de mi padre se hizo añicos, y recordé cada instante de aquella infancia robada. Cada sombra que yo creía que era un sueño, resultó ser una realidad desoladora.

—Donovan… —lo llamé en voz baja, buscando sus ojos—. La noche que me rescataste, hablo de la noche en que hicimos el amor y engendramos a nuestro hijo, esa vez te dije que nunca había dejado entrar del todo a ningún hombre en mi corazón, y también te dije que no sabía por qué no podía. Creo que mi cuerpo lo sabía todo. Mi piel recordaba a mi padre incluso cuando mi cabeza lo había borrado para sobrevivir. Poder decirlo en voz alta hoy es como romper las cadenas que ni siquiera sabía que arrastraba. Siento que poco a poco dejo de ser la víctima de una memoria fragmentada para convertirme en la dueña de mi propia historia. Una historia que construiremos junto a nuestro hijo y que borrará todo lo malo, sepultándolo definitivamente.

Donovan dejó de acariciar mi cabello. Sentí la tensión en sus músculos, esa furia protectora que siempre lo definía.

—Lo sé —respondió él, y su voz tembló—. Y aunque la vida nos regala un nuevo comienzo, me mata pensar que pasaste años

cargando con ese dolor sola. Lo que más rabia me da es que cuando me contaste lo de las lagunas mentales, permanecí ciego ante lo que estaba a la vista.

—No estabas ciego —lo corregí, tomando su mano y llevándola a mi mejilla—. Estabas respetando mi silencio. Tú intuiste que algo no estaba bien. Luego tu paciencia fue lo que me permitió recordar sin volverme loca. Wong creyó que me estaba destruyendo, pero lo que hizo fue sacar la espina que me impedía amar con libertad. Él no ganó, Donovan. Perdió en el momento en que me devolvió la verdad.

»Mi cuerpo, que una vez fue el mapa de un dolor mudo, junto a ti ha encontrado un nuevo lenguaje: uno de libertad y de paz.

DONOVAN

Ethna no era la mujer rota que sacó mi madre de aquel sótano; era un ave fénix que había aprendido a usar sus propias cenizas como armadura. Era mi oruga que se había convertido en mariposa, abriendo sus alas para aprender a volar.

—Perdón por ir tan lento en nuestra relación. Al menos ya tus besos y tus abrazos no me incomodan.

Me incliné hacia ella, con cuidado de no despertar a Liam, y le toqué el rostro con mi mano libre.

—No tienes que pedir perdón por tus muros, Ethna. Mi trabajo no es derribarlos, sino quedarme sentado junto a ellos hasta que decidas abrir una puerta. Y si mañana resuelves cerrarla de nuevo, ten por seguro que me quedaré ahí fuera, incluso bajo la lluvia, esperándote otra vez.

Ethna soltó un suspiro tembloroso, una mezcla de risa y sollozo, y se aferró a mis muñecas.

—Aunque vaya a una misión con los Underworld Kings o aunque tenga que quebrar algunos huesos o quitar una vida, siempre seré el hombre que cuidará de ti y de Liam, mi familia. Si tengo que luchar, será para que nunca tengas que volver a recordar el sabor del miedo. Pronto volveremos a encontrar el fuego que una vez nos

unió, te prometo que mantendré las brasas ardiendo bajo las cenizas para que cuando sea el momento, la llama vuelva a cobrar vida.

ETHNA

Me puse en pie con lentitud y tomé a Liam de sus brazos para dejarlo en el catre que estaba en la sala. Regresé a él y me senté en su regazo, rodeando su cuello con mis brazos, sintiendo la firmeza de su pecho. Por primera vez en mucho tiempo no había fantasmas entre nosotros. Ni mi padre, ni Wong. Solo él y yo, y me sentía feliz de que sus besos y sus abrazos fueran nuevamente tan tolerables y deseables.

—Hazme una promesa, Donovan Connell —le pedí, pegando mi frente a la suya—. Prométeme que no te culparás más por lo que no pudiste evitar. Lo que me pasó… lo que nos pasó… ahora es parte de nuestros cimientos.

DONOVAN

Le pedí al sistema de sonido que reprodujera *With the devil I'm going down*[1] .

Con los acordes de la canción la estreché con una fuerza que me hizo sentir que, por fin, las piezas del rompecabezas encajaban. El dolor de mi madre, el odio a mi padre y a mi medio hermano…, todo se disolvió en el calor de su abrazo. Ella era mi salvación, y yo la de ella.

—Te lo prometo —susurré contra sus labios—. Aprenderé a vivir con las cicatrices si tú aprendes a vivir con la paz que te ofrezco.

Nos quedamos así, viendo cómo el fuego crepitaba en la chimenea, entendiendo que la sanación no era un destino, sino un proceso lento y silencioso.

Yo siempre había sido un experto en destruir; ese era mi oficio, mi lenguaje. Mientras Ethna me besaba con la libertad de quien ya no tiene secretos, comprendí que mi obra maestra era esta: reconstruir

nuestro hogar y su corazón, pieza por pieza, hasta que el pasado no fuera más que un susurro lejano.

«Lo que es para ti te busca, te encuentra
y se queda contigo».

Alejandro Jodorowsky

«Donde hay fe y amor suceden milagros».

Fabiana Peralta

MIKHAIL

El silencio en mi búnker de Buckhead tenía un sonido inconfundible: el zumbido constante de los servidores, procesando millones de dólares por segundo. Se trataba de un sonido que me daba seguridad, o al menos lo hacía hasta esa noche.

A mi alrededor se encontraban cuatro de los reyes de la alianza, que me observaban como jueces.

La victoria de Donovan en Boston debería habernos dado un respiro en la guerra, pero en este negocio, el éxito solo atraía más escrutinio, y había muchos que no querían que nuestro poder se expandiera.

—Perdón que sea franco, dijimos que siempre nos diríamos la verdad. Estás construyendo un imperio de cristal, Mikhail —soltó Leandro de Luca, desafiando el aire con su arrogancia—. Deberías saber que el cristal a menudo se rompe con arrojar una piedra. Y esa piedra en este caso se llama Elena Kastrati.

Mantuve mi rostro impasible, una máscara que perfeccioné mientras veía a mi padre destruir todo lo que amaba. No le di el placer de un parpadeo, pero por dentro, mi mente estaba buscando posibilidades.

Romeo Moretti jugueteaba con la ficha de uno de sus casinos. Su mirada de buitre de Las Vegas analizaba mi lenguaje corporal.

—Si ella es el cebo, Mikhail, estás mordiendo el anzuelo con demasiada hambre —se burló—. En el *strip*, el que se enamora de la carta equivocada se queda sin manos.

—No es amor, Romeo —me reí—, es arquitectura. Por algo me dicen el Arquitecto. Estoy construyendo una trampa —mentí, y mi propia voz me sonó extraña.

Edgar González se ajustó los gemelos, impaciente. Para el hombre de Tijuana, el mundo era blanco o negro.

—En la frontera, a las mujeres de los enemigos se las marca, y si entran en nuestro territorio, se las sepulta. Si los albaneses entran en nuestra red por su culpa, yo mismo vendré a Atlanta a limpiar el desastre.

Sentía que la presión aumentaba. Eran mis socios, los hombres que me ayudaban a sostener mi mundo, y yo el de ellos.

Aidan dio un paso al frente.

Mi cuñado. El hombre que sangró conmigo para destronar a mi padre.

Su mano pesó sobre mi hombro como una sentencia.

—Escúchame, Mikhail —habló—. No voy a permitir que pierdas la cabeza por la hija de un animal como Gjon Kastrati. Si ella pone en peligro a mi familia o a los Kings, yo mismo le pondré una bala. Y lo haré por ti, no creo que sea una damisela en apuros, es conocida por ser el as en la manga de su padre.

Aidan jamás bromeaba. Lo podía ver en sus ojos: la misma lealtad brutal que nos hizo invencibles era ahora la que me ponía una soga al cuello.

—Confiad en mí. Ahora, si me disculpáis, no quiero ser grosero, pero tengo asuntos que atender. —Les di la espalda, dando por terminada la reunión.

Cuando se marcharon, inspiré con fuerza. Me acerqué a la consola principal y activé la cámara del refugio cuatro. Allí estaba ella, Elena, durmiendo con una serenidad que no pertenecía a nuestro mundo; tal vez ellos tenían razón y ella me estaba subestimando, por eso dormía tan plácidamente.

Mis socios veían una debilidad.

Yo, en cambio, veía la única pieza de mi estructura que no había sido diseñada por el miedo.

Cerré el sistema, saqué mi viejo cuchillo y lo hice girar. El metal brilló bajo las luces led.

Los Underworld Kings sabían de lo que era capaz para proteger la alianza, pero no tenían idea de lo que era capaz de hacer para proteger lo que era mío.

La guerra con los albaneses tal vez estaba cerca.

Mi verdadera misión acababa de comenzar y no pensaba dar marcha atrás.

Me mantendría como un líder leal, no iba a poner en peligro a mis socios; iba a demostrarles que podía tener ambas cosas: el imperio y a Elena.

Agradecimientos

Escribir estas líneas fue, para mí, el acto más significativo de mi carrera por innumerables razones.

Quiero agradecer a mis queridos lectores: gracias por esperarme.

En este tiempo, el silencio no fue una elección, sino una necesidad. Atravesé momentos en los que mi mente y mi cuerpo parecían haber olvidado cómo sanar. Incluso hubo instantes en los que las cirugías y el dolor me arrebataron la capacidad de seguir creando, y el miedo a no poder volver a conectarme con la escritura, créanme que fue real. No quiero ser reiterativa, pero gracias por su infinita paciencia, por no soltarme la mano y por darle un sentido a mi regreso.

Mi gratitud también es para mi equipo de correctores, quienes con su profesionalidad hacen que mis novelas siempre brillen. También agradezco al equipo de diseño, que sigue consintiéndome con cubiertas que son perfectas. Y por supuesto, a mi editora y a la editorial que me vio nacer: gracias por estos doce años de fe inalterable. Su apoyo incondicional ha sido el refugio que necesité para no rendirme; me han ayudado a crecer y, sobre todo, a trascender.

El año 2024 fue un desafío que puso a prueba cada fibra de mi ser, pero Dios guio las manos de mis médicos para que hoy pudiera estar aquí. El 2025 comenzó con la calma que esperaba. Luego, otra vez todo se desmadró, sumando tres cirugías a las dos del año anterior. Sin embargo, cada prueba que me tocó vivir me ha regalado la lección más valiosa de todas: el verdadero significado de vivir «un día a la vez».

Por eso hoy cada pequeño avance tiene un valor especial.

Finalmente, gracias a mi familia y a mis amigos.

En las buenas es fácil estar, pero ustedes se quedaron en las sombras, en las salas de espera y en los momentos más oscuros. Son mi fuerza, mi paz y mi motor. Gracias por ayudarme a volver a ser yo.

Biografía



Fabiana Peralta nació un 5 de julio de 1970, en Buenos Aires, ciudad donde reside actualmente y desde donde proyecta sus historias al mundo. Es de las voces más influyentes de la novela romántica contemporánea en español. Su idilio con las letras comenzó a los ocho años con un ejemplar del clásico de todos los tiempos, *Mujercitas*, una chispa que la transformó en una lectora voraz y, finalmente, en una narradora capaz de tejer tramas donde la pasión y la lealtad son las verdaderas protagonistas.

Aunque empezó a escribir sus propias historias en 2004 como un refugio personal, fue en 2014 cuando su pasión saltó a las librerías de la mano del sello **Esencia** de **(Editorial Planeta)**. Desde entonces, Fabiana ha consolidado una trayectoria impecable, destacando por su versatilidad para saltar desde la sensualidad más profunda, hasta la complejidad de los *thrillers* románticos y las sagas, creando así universos literarios.

Esposa, madre, abuela, y soñadora incansable, su pluma es hoy un refugio para miles de lectores que buscan historias intensas, adictivas y, sobre todo, con alma.

Cuando no está escribiendo su próximo éxito, probablemente la encuentres perdida en las páginas de un nuevo libro, alimentando la misma pasión que la acompaña desde la infancia.

Explora el mundo de Fabiana Peralta:
Si has disfrutado de esta historia, te invitamos a explorar otras de sus obras:

Sagas y Series de Éxito:

- **Herencia y Sangre:** *Así no me puedes tener* | *Mi propiedad* | *Corrompido | Porque puedo | Lo quiero contigo*
- **Personal Shopper:** *Vol. 1* | *Vol. 2* | *Passionately (Bonus Track)*
- **Santo Grial del Underground:** *Viggo e Igor (Vol. 1* y *2)*
- **En tus brazos… y huir de todo mal:** *Seducción* | *Pasión*
- **Hueles a peligro:** *Vol.1* y *Vol. 2*

Novelas Imprescindibles:

- *Rompe tu silencio* y su *spin-off*: *Nací para quererte*
- *Dime que me quieres*
- *Jamás imaginé* y sus *spin-offs*: *Devuélveme el corazón* | *Primera regla: no hay reglas* | *Todo lo que jamás imaginé* |*Fuiste tú*
- *Desde esa noche*

Para los más pequeños:

- *Las aventuras de Pipí* (Infantil)

Conecta con Fabiana:
Encuentra noticias, adelantos y nuevos lanzamientos en:
Instagram: https://www.instagram.com/authorfabianaperalta/
Web: fabianaperalta.wixsite.com/fabianaperalta
Catálogo completo: bio.site/fabianaperalta

Notas

Capítulo once

1. *BAE:* Este acrónimo, muy popular en inglés, proviene de *before anything else,* que significa «antes que todo» o «antes que cualquier otra cosa». Figuradamente, quiere decir «por encima de cualquiera», «más importante que los demás» o «prioridad antes que otros», por tanto, es una forma de escritura moderna para expresar afecto entre las personas, que enfatiza la jerarquía de la relación.
2. Aporofóbica: persona que siente rechazo, aversión, temor y desprecio a los pobres.

Capítulo dieciséis

1. *Where are you:* Interpretada por Elvis Drew feat Avivian. 22 de mayo de 2020 ℗ 2020 1997 *under exclusive license to* Amuseio AB.

Capítulo diecinueve

1. *Dancing with the devil:* Interpretada por Emo. Álbum *Someday* EP ℗© 2022 EKIPA sp. z o.o./FUTURE SPACE Maciej Kawulski/ Two Lipińska. *Produced by* Hotel Torino.
2. *Promises:* Interpretada por Emo. *Simple.* ℗© APR 26, 2022, EKIPA sp. z o.o./FUTURE SPACE Maciej Kawulski/ Two Lipińska *Produced by* Hotel Torino.

Capítulo veintiuno

1. «Último hurra»: la frase original es *last hurray* y se trata de un modismo en el idioma inglés que se usa para representar una acción, esfuerzo o intento final antes de un cambio importante en la vida de una persona.

Capítulo veintitrés

1. *Straw Sandal:* conocido también como 432, Sandalia de Paja (Cho Hai) es una jerarquía dentro de la Tríada China, es el mensajero. Se le asignan las relaciones con otras sociedades, las comunicaciones a los miembros y la elaboración de documentos falsos. También organiza reuniones y peleas de pandillas.

Capítulo veinticuatro

1. *Tong:* literalmente, «salón» o «lugar de reunión». Tipo de organización entre inmigrantes chinos, predominantemente los que viven en los Estados Unidos. Tales organizaciones son sociedades secretas o hermandades bajo juramento, a menudo vinculadas con actividades delictivas.

Capítulo veinticinco

1. *Walk:* Interpretada por Saint Chaos feat Sam Tinnesz, 19 de noviembre de 2021© 2021 Saint Chaos ℗ 2021 Saint Chaos.

Capítulo veintiséis

1. *The wall:* Interpretada por Patrickreza © Bruce Springsteen Music, James Mathe Music, Spirit Two Music Inc, Sony Pop Music Publishing, Eldridge Publishing Co.

Capítulo treinta

1. *Dr. Jekyll y Mr. Hyde:* Jekyll es un científico que crea una pócima que, al ingerirla, es capaz de separar la parte más humana y compasiva del lado más maléfico y perverso de una persona. Cuando Henry Jekyll bebe esta mezcla se convierte en Edward Hyde, un criminal capaz de cualquier atrocidad. *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde* es un libro de Lorenzo Mattotti.

Capítulo treinta y uno

1. *Please:* Interpretada por Omikdo, Ex Habit. 20 de abril de 2022. © 2022 CloudKid ℗ 2022 CloudKid.

Capítulo treinta y cinco

1. Underworld Kings: Reyes del Inframundo.
2. *Memories:* David Guetta feat Kid Cudi © Kobalt Music Publishing Ltd., Reservoir Media Management Inc, Sony/ATV Music Publishing LLC, Universal Music Publishing Group © ℗ 2010 Parlophone (France), Universal Music Publishing.
3. *Just a lil bit:* 50 Cent © Reservoir Media Music, Tvt Music Inc, Hipgnosis Sfh I Limited ©2004 ®2004 Fuente: Aftermath/Shady, CTM Publishing.

Capítulo cuarenta y cuatro

1. *Lose Control:* Teddy Swins ℗ 2023 SWIMS Int. *under exclusive license to* Warner Records Inc. ℗© 2024 Warner Music Group - X5 Music Group.
2. *SexyBack:* ℗© 2021 LithuaniaHQ.com. Álbum sencillo. SexyBack.

Capítulo cuarenta y cinco

1. *Tranq:* La xilacina, conocida en las calles como *tranq* o «droga zombie», es un sedante veterinario que suele combinarse con opioides como el fentanilo para abaratar su costo.

Capítulo cincuenta

1. *Amazing Grace:* The Golden Gospel Choir. Oliver Schott. R&B Soul 2003 ℗ 2003 Schott Music Event.

Capítulo cincuenta y seis

1. *Lost yourself:* compilación 2002 Shady Records / Interscope Records, interpretada por Eminem.

Epílogo

1. *Love into a Weapon:* Madalen Duke /Adrianne Elaine Gonzalez © Movers and Makers, Frtyfve Songs, Concord Soprano Cc1 2020.

Lo quiero contigo.
Herencia y sangre, vol. V
Fabiana Peralta

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Fabiana Peralta, 2026

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración/fotografía de la portada, Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2026

ISBN: 978-84-08-32408-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones/94

Otros títulos de Click Ediciones

Todo lo que jamás imaginé
Fabiana Peralta

Devuélveme el corazón
Fabiana Peralta

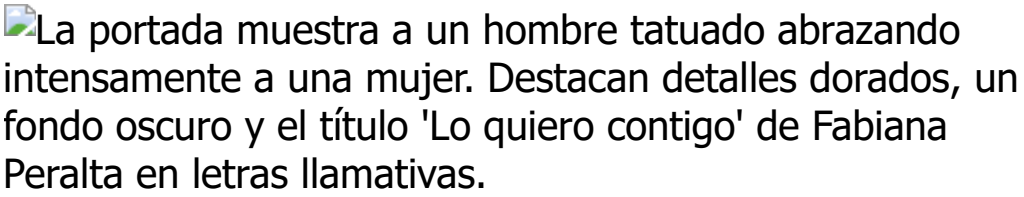
Primera regla: no hay reglas
Fabiana Peralta

Viggo
Fabiana Peralta

Igor
Fabiana Peralta

Fuiste tú
Fabiana Peralta

Personal shopper, vol.1
Fabiana Peralta


La portada muestra a un hombre tatuado abrazando intensamente a una mujer. Destacan detalles dorados, un fondo oscuro y el título 'Lo quiero contigo' de Fabiana Peralta en letras llamativas.